

11



REVISTA DE ARTES Y LETRAS

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

7492

TOMO XI



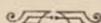
SANTIAGO DE CHILE

OFICINA: CALLE DE HUÉRFANOS, NÚM. 64-A

1887



⇨MERCEDES⇩



(Continuación)

IV

Dueños Voltero y Serena de su propia felicidad, en cuyo cielo transparente no divisaban ni la sombra de una nubecilla, y exentos de todo cuidado por el porvenir, apasionados, cual de los dos más, de la causa del bien, jóvenes, ardientes y entusiastas, activos y diligentes por naturaleza y por hábito, no prolongaron largos días la fase de ocio de su luna de miel; sino que se dieron pronto ambos á contemplar por todas sus fases la nueva esfera de deberes que cumplir, de buena simiente que sembrar, de ópimos frutos que cosechar, de vida, en fin, de trabajo y de acción continua que el destino entregaba á su actividad; y sus conversaciones, que siempre empezaban por ardorosas protestas de amor, concluían muchas veces, ya por rodar sobre asuntos literarios ó científicos, ó sobre proyectos de obras de propaganda, ó de reformas políticas ó religiosas.



Una tarde en que, cansados de haber corrido por la playa, se habían sentado los jóvenes esposos sobre un montículo de arena, desde el cual contemplaban absortos y silenciosos el hermoso espectáculo de una puesta de sol, interrumpió de pronto el silencio Serena, exclamando, mientras acariciaba la cabeza de Voltero, que reposaba en sus faldas.

—¿Sabes, Voltero mío, que cuando contemplo desde aquí, exenta de cuidados y libre de recuerdos, este inefable espectáculo que diariamente nos regala nuestra bondadosa madre naturaleza, asáltanme no sé qué extraños temores de emprender ese viaje de que continuamente me hablas? Verdad que sólo así podré admirar los grandes monumentos que la mano del hombre ha levantado y extasiarme ante las grandiosas maravillas de la naturaleza; pero en tanto que yo sea feliz ¿quién cuidará de mis ancianos padres?

—Bien mío—repuso Voltero—tu voluntad es la mía. Yo ansío oír la palabra de los maestros que con sus inmortales obras han iluminado mi inteligencia y redimido mi corazón, y ver, y palpar, y que tú veas y palpes también los rastros de sangre, de miseria y de ignominia que ha dejado por doquiera la tiranía; pero si la satisfacción de mis deseos hubiera de costarte una sola lágrima, una sola hora de temor y de zozobra, renuncio á ella; ya buscaré en tus brazos mi compensación. Tú, estoy cierto de ello, sabrás mantener vivo y encendido en mi pecho este odio inextinguible á los tiranos y avivar con tu aliento este santo anhelo del bien en que me abraso.

—¡Ah! Voltero, sí—replicó entusiasmada Serena.— Bien sé que tu sed de justicia, de amor y de libertad no se calmará jamás mientras haya un desgraciado, un solo oprimido sobre la tierra; pero si alguna vez flaquea tu corazón ó tu ánimo desfallece, yo sabré reanimar tu fe y dar nuevo vigor á tu corazón.

—Eso me basta, Serena. Pero no me niegues, al menos, el venir conmigo á recorrer en breves días nuestra querida patria. Necesito conocer de cerca los males que la aquejan para emplear en su curación estas fuerzas que la política ha pretendido condenar á la inacción. ¿Verdad que me acompañarás?

—Y con tanto gusto, amigo mío, como que así satisfago una ambición que tengo yo también.

—¡Una ambición! ¿Y podré saber cuál es?

—La de probar á la faz de todo el mundo, para bien, lo espero, de mis infelices compatriotas, que también puede ser feliz una mujer al lado de un hereje.

—También yo—agregó Voltero, riendo alegremente—he de probar á mis amigos que puede ser excelente esposa una volteriana, casi una atea; ya que entre ellos no abundan ciertamente los que no reconocen en el fanatismo una cualidad esencialmente necesaria en la mujer, sin la cual como que les parece que ésta se hombrera.

—¡En verdad que no han de mirar los fanáticos con muy buenos ojos nuestra felicidad!

—Así, con ser felices contribuiremos también al triunfo de nuestra causa, rompiendo la venda que ciega á nuestros amigos.

Pocos días después empezaba la feliz pareja su proyectada excursión, en la que se proponía emplear unos cuantos meses y cosechar abundante mies de placeres y triunfos.

Imaginábase Voltero que doquiera se presentara entre sus amigos y compañeros de lucha, iban éstos á estallar en frenéticas manifestaciones de júbilo y de adhesión al más glorioso de sus jefes, y saboreaba de antemano las dulces emociones que agitarían el corazón de su amada cuando palpara la gloria y el inmenso prestigio de su nombre, en toda la extensión de la república. ¡Qué dicha para él verla conmovirse de orgullo y de ventura ante las tiernas efusiones de sus amigos ó ante las entusiasmadas aclamaciones del pueblo!

Y entretanto Serena se decía:

—¡Qué felicidad la mía, qué gozo cada vez que Voltero, embriagado de placer, conmovido, enajenado ante las frenéticas ovaciones de la muchedumbre, sintiéndose débil ante las brillantes seducciones de la gloria, corra á buscar en mis brazos un refugio contra los impulsos de su propia ambición, probándome así que prefiere los dulces halagos de mi amor á los embriagadores encantos de la gloria!

Con estas y parecidas imaginaciones se recreaban los jóvenes esposos en tanto que recorrían el trayecto que separa á la Serena de Santiago en los ratos en que, agotada la conversación, se quedaban uno y otro entregados á sus propios pensamientos.

Cualquier observador habría notado, empero, que antes de terminar esta primer jornada había cambiado ya un tanto el carácter de Voltero, el cual, de franco, abierto

y comunicativo que era habitualmente, se había tornado un sí es no es taciturno y silencioso.

No pasó este cambio desapercibido para Serena, que atribuyéndolo al cansancio natural del viaje, no le dió mucha importancia; por lo cual, en vez de inquirir sus causas, hízose la desentendida, procurando, empero, distraer el ánimo de su esposo con tierna solitud. Pero notando en la última parte de la jornada que se había puesto éste de súbito más taciturno y pensativo que nunca, llegó á concebir temores por su salud, ya que no veía otra causa ostensible que lo desazonara; le preguntó entonces con todo el interés que el amor le inspiraba:

—¿Qué tienes, amigo mío? ¿te sientes mal?

—No tal—replicó secamente Voltero—sino que quiero estar hoy mismo en Santiago, y así te ruego que apuremos la marcha.

Penetró esta respuesta en el susceptible y enamorado corazón de Serena como dardo envenenado: había comprendido la joven por ella que su marido algo le ocultaba; se sintió por esto ofendida y humillada por la primera vez en su vida. No quiso, sin embargo, manifestar su resentimiento, y así, disimulando sus impresiones, con dulce y afable sonrisa, contestó:

—Está bien. Ya sabes que tu voluntad es mi ley y que soy más fuerte que tú para esta clase de ejercicios.

Y así diciendo, esquivó la respuesta de Voltero llamándole la atención á otros asuntos.

¿Qué había operado entretanto aquel inesperado desabrimiento en el carácter de Voltero?

Ya hemos dicho cuál fué la disposición de ánimo en que había salido de Miramar la joven pareja de despo-

sados. Ahora bien, desde los primeros pasos que había dado en su camino había notado Voltero que la realidad no correspondería á sus ilusiones. Desde Ovalle hasta San Felipe cada jornada fué para él, en efecto, una nueva decepción. Y en esta última ciudad recibió la más amarga de todas: uno de aquellos rudos artesanos á quienes él había entusiasmado antes hasta el frenesí con su palabra, le lanzó al verlo pasar una injuria grosera y sangrienta sin ningún disimulo y en presencia de numeroso concurso. El temple del alma de Voltero ¡buen temple, lo hemos dicho, para las grandes ocasiones! no era sin duda á prueba de este género de pruebas, por que con la última que hemos recordado, en vez de cobrar mayor firmeza y solidez, cedió. Fué entonces cuando Voltero, desconcertadas las brillantes facultades de su espíritu, se dejó dominar por la acerba desazón que le había producido aquella serie de inesperadas decepciones; y a tal punto se desazonó, que sin atender siquiera á la tierna solicitud de su joven compañera, en nada pensó más que en romper á todo trance y sin pararse en los medios, el compromiso á que debía su libertad, pero también su deshonra y la pérdida de su gloria en tantos años de dura labor conquistada.

Herida por su parte Serena en lo íntimo, en la fibra más sensible y delicada de su corazón por la reserva y el desvío de su esposo, con cuyas causas no atinaba, por más que se devanaba los sesos en escrudiñarlas, propúsose á su vez perseguirlas llegada á Santiago, hasta ponerlas en completa transparencia, y hecha esta aclaración, tomar el camino que su dignidad de mujer le señalara aunque tuviera que cegar para ello la fuente de su felicidad, su amor.



Así, pues, llegado que hubieron á Santiago, diéronse cada uno de los esposos á la obra de realizar sus reservados designios: Voltero á presentarse por doquiera como enemigo franco, decidido y encarnizado del candidato triunfante y del bando que lo apoyaba, juzgando con severidad sus doctrinas y sus actos, con lo cual no creía faltar á su compromiso, y Serena, á observar á Voltero en cuanto le era dado el hacerlo sin desdoro.

No tardó la última en hallar lo que buscaba, la explicación del inesperado cambio de carácter de su marido. Y juzgando desde ese momento deber suyo de consorte y de amante ofrecer á éste su consejo y su ayuda, esperó sólo una oportunidad para ofrecérselos sin lastimar su delicadeza, y no se hizo esperar mucho.

Una noche llegó Voltero á casa mucho más tarde de lo acostumbrado, y en lo demudado de su rostro revelaba que no era esto un hecho casual. Serena, que en aquel momento revolvía en su pensamiento por la milésima vez las ideas que venían agitándola á la sazón, se lanzó á su encuentro manifestando en su semblante su extrañeza y su inquietud, y exclamando al mismo tiempo con viva solitud:

—¿Qué tienes, qué te ha sucedido, amigo mío, que tan demudado vienes?

—¡Demudado!..., Pues, nada, amiga mía.

—¡Voltero!—replicó Serena enternecida—¿no merezco ya tu confianza?

—Pero ¡qué te imaginas, Serena!

—Mil cavilaciones me atormentan, Voltero, desde

que vengo observando en tu rostro las huellas de oculto sufrimiento; me aflijo y me desvelo, no sé, en verdad, si tanto por la idea de tus sufrimientos como por el temor de que pueda tener yo parte en ocasionártelos. Si no calmas pronto mi zozobra, no sé, Voltero mío, qué va á ser de mí.

Un lampo de felicidad brilló en los ojos de Voltero, que cayendo de hinojos á los pies de su esposa y oprimiendo sus manos entre las suyas, replicó al punto con amante y conmovido acento:

—Perdóname, bien mío, si, por no afligirte, algo te he ocultado.

—Gracias. Mas ahora, en esta actitud en que estás, en castigo de tu anterior reserva, cuéntame todo lo que me has ocultado, todo ¿lo oyes? Ya sabes que aunque mujer puedo saberlo todo y ayudarte en algo, si has menester de mi ayuda.

—¡Oh! No se remonte tan alto tu fantasía; lo que me aflige es bien sencilla cosa, es una mísera página de la prosa de la vida, es... ¡vamos! el necio he sido yo, que me he dejado sorprender por un hecho que se está repitiendo día á día y para el cual debí prevenirme, cuerda-mente; porque al fin y al cabo es natural que nuestros amigos, nuestros amigos de un día, digo, mientras más numerosos, sean menos sinceros y menos fieles. Y esa plebe ruda é ignorante, esa muchedumbre inconsciente y heterogénea, cuyos componentes cambian además y se remuevan sin cesar, ¿podrá jamás mantenerse una é inmutable en una sola idea, en una sola aspiración, en el amor ó en el odio á un solo hombre? Nó, mil veces nó... Nadie ha visto como yo agitarse á esa multitud al eco de su voz; conmovirse, callar, mantenerse muda,

suspensa, absorta, pendiente de una palabra, prendarse de una idea hasta el entusiasmo, acogerse á un sentimiento hasta el delirio, reír de placer y llorar de dolor, angustiarse de conmiseración y cegarse de ira, temblar de espanto y rugir de coraje, seguirme, identificarse conmigo en todos los múltiples movimientos de mi alma, en ideas y en pasiones, y ciega, arrebatada, delirante, envolverme al fin en tumultuosa explosión, en tempestad de frenéticos aplausos. Y ahora...

Al decir estas últimas palabras, Voltero, que se había alzado de su anterior posición y devoraba la estancia á grandes pasos, se detuvo frente á Serena.

Impresionada ésta por aquel pequeño rapto de elocuencia de su esposo, lo interrumpió al llegar aquí exclamando con varonil intención:

—¡Y ahora esa villana multitud te olvida y te escarnece quizás!... Pues bien, así cobrará mayor realce el generoso desprendimiento con que abrazaste su causa, y será más fecunda en apóstoles que la propaguen y en mártires que glorifiquen la sangre que por servirla derramaste.

—¡Noble ilusión! amiga mía, pero nada más que ilusión; pues mientras el pueblo apedree á sus bienhechores, no tendrá apóstoles ni mártires su causa, que éstos no nacen ni se multiplican sino al calor de la noble emulación de la gloria y del renombre.

—¡Y los que por el bien del pueblo y por su amor contra el mismo pueblo lidiaron!

—¡Fueron locos sublimes ó pobres alucinados!

—¡Y tú, Voltero!—gimió, más bien que dijo Serena.

—Lo sería también,—replicó con noble entereza el interpelado,—si por pusilanimidad ó por despecho olvi-

dara en las presentes circunstancias lo que debo á mi nombre y á mi gloria. Antes no lo fuí, porque ni luché contra el pueblo ni el pueblo me negó jamás la justa recompensa de mis sacrificios, sus aplausos y su amor. Ni jamás me la negara, estoy cierto de ello, si desleales adversarios y envidiosos rivales no hubieran extraviado su criterio, para explotar en provecho propio su ignorancia y su ingenuidad, haciéndole aparecer como acto de cobardía ó deslealtad á mi bandera el compromiso á que debí el indulto de mi destierro, que no fué, en el peor de los casos, y esto sólo ahora lo conozco, más que un acto de ceguera incalificable, ó á lo más, debilidad.

—Ó de abnegado sacrificio á nuestro amor, ¿verdad, Voltero?

—Nó, amiga mía; ceguera y debilidad y nada más. Había hecho y manifestado yo la resolución inquebrantable de no aceptar el indulto que se me ofrecía cuando, para acudir á tu llamado, cedí no viendo en la condición que se me imponía para concedérmelo más que una sugestión del miedo de mis adversarios; no debí en verdad ceder, y esta es mi debilidad. Pero si hubiera vislumbrado siquiera, y aquí estuvo mi ceguera, que la condición que se me imponía era un lazo que me tendían adversarios y rivales poco escrupulosos, no habría ciertamente cejado de mi primera resolución; habría marchado al destierro á pesar de tu llamado.

—¿De manera que entre la gloria y mi amor?...

—No finjas conflictos imposibles, amada mía. Si debo á mi gloria el ser amado por tí, entre tu amor y mi gloria...

—¡Voltero!

—Oscuro y desconocido ¿habría conmovido por ven-

tura una sola de las fibras de tu corazón? Nó, Serena desde que prendado de tu hermosura sin par, de tu preclaro ingenio y de tu gran corazón, busqué en mi mente los medios de acercarme á ti y de hacerme digno de tu amor, no advertí otros que los que conducen á la gloria por el sendero de la virtud; llegar á la gloria por otro camino ó marchar por el sendero de la virtud á otro término que el de la gloria, era alejarme irremediablemente de ti, era perderte; me aferré, pues, á esos medios como el náufrago á la única tabla en que puede hallar salvación; y con ellos y con tu imagen adorada por norte y guía, llegué al término de mis ilusiones y esperanzas, á la gloria y á ti. ¡Cómo, pues, habría podido consentir en sacrificar mi gloria al primer embate de la fortuna adversa si era ella el hada misteriosa que infiltraba en tu corazón las dulces emociones del amor!

—Luego la gloria ¿no fué sólo el premio, sino también el objeto de tus afanes?

—Y el incentivo de mis más dulces devaneos, y el aguijón de mis más rudas empresas y de mis horas de desaliento y de cansancio, y la primer fuente en que probé la dicha, y la más ardiente aspiración de mi alma, porque era la mejor ofrenda que podía ofrecer en aras de mi amor.

—Y ahora que con ser mi dueño ves ya alcanzado el objeto final de tus aspiraciones ¿halagan todavía á tu fantasía las brillantes seducciones de la gloria?

—Y tanto que ante el afán de recuperar la que he perdido, son apenas ligerísimas sombras en que no paro la atención ó que olvido y desprecio, la ingratitud del pueblo y la ruin deslealtad de mis amigos.

—Y si yo te suplicara que abandonarás tus nuevos

proyectos, en los que presiento peligros y sinsabores sin cuento, y que nõs volviéramos inmediatamente á Miramar, en donde, bien lo sabes, podemos servir á nuestra causa, sin gloria tal vez, pero con frutos, si no ópimos, sabrosos y sazonados ciertamente.

—Me pides un imposible, amada mía. Esta plácida tranquilidad que por todas partes hemos encontrado es calma artera y engañosa bajo la cual se esconde sorda fermentación; á pesar de la injuriosa reserva que conmigo han guardado mis antiguos compañeros, significativos rumores han llegado á mis oídos: el pueblo, la nación en masa, oprimida y humillada bajo la planta del tirano, va á alzarse de súbito airada y fiera contra sus opresores, dispuesta á ahogarlos en su propia sangre ó á derramar hasta la última gota de la suya en defensa de sus derechos vilipendiados y de su honra mancillada. Mi puesto está en las filas de sus defensores, porque su causa es mi causa, la causa del bien, de la justicia y de la libertad; recobraré también así la estimación del pueblo, que he perdido, y tendré otra vez un nombre puro y sin mancha que legar á mis hijos. Ante esta obra de abnegación política, de regeneración social y de honra propia ¿qué vale la que podríamos emprender en Miramar, de propaganda lenta y de tan remotos resultados, que quizás no alcanzaríamos nosotros á verlos?

—¡Olvidas que Miramar es el nido de nuestro amor, que nuestra acción va á ser ahí toda de paz y de concordia, y que la obra de violencia y de trastornos que tú meditas, con no poder dar más que frutos efímeros y fugaces como todas las de su especie, te expone á llevarte muy lejos, á arrebatarte quizá para siempre de mis brazos, de nuestro dulce hogar al menos... Voltero!

—No insistas, amada mía. Tú en Miramar y yo en todas partes, cumplamos los deberes que nuestra posición nos impone, y dejemos al porvenir el secreto de nuestra suerte.

—¡Vas á dejar entonces desierto y desdeñado el blando regazo que mi cariño y mi ternura te tienen preparado! No eran esos tus juramentos de ayer no más, cuando contemplando con alta mente el ir y venir incesante de las olas, me decías con sencilla melancolía:

«Hé ahí la imagen de nuestra varia existencia: como aquellas olas que furiosas y rugientes se despedazan entre las rocas de la ribera deshaciéndose en blancos penachos de espuma, así es la mísera vida del obrero, del hombre de trabajo, que parece por generaciones para allanar obstáculos que él no verá allanados; como aquellas otras que cruzan al azar en encontradas direcciones la ancha faz del mar, así la vida del hombre ambicioso que corre en peligrosa lucha tras la gloria ó la fortuna; y como éstas que sin apartarse de la orilla vienen tras prolongado remedo de la agitación de las otras á morir al fin sobre la blanda arena con la plácida quietud de un lamento que se extingue, así imagino la dulce vida del hogar, la regalada vida que tu amor me tiene deparada.» ¿Te acuerdas?

—Eso dije yo—replicó Voltero—cuando exento mi nombre de toda mancha, sana mi reputación política de toda sospecha, podía entregarme tranquilo y sin zozobra al dulce reposo del hogar y á mis blandos ocios literarios. Pero hoy que me veo no ya oscuro y desconocido, sino reducido á la maldecida condición del paria, porque amigos y enemigos me repulsan, hoy no ha de ser, no puede ser mi vida la de aquellas olas que iban á morir blan-

damente á nuestros pies, si no la de aquellas otras que cruzaban el ancho mar en vertiginoso curso y en inciertas direcciones, hasta que como ellas halle ó arenosa playa en que tenderse con la plácida quietud de un lamento que se extingue...

—¡Ó rugiente sirte—interrumpió Serena—en que se despedace con estrépito aunque deshaciéndose en penachos de vana espuma!

—Aún entonces me quedaría, al menos, la satisfacción...

El estampido de un cañonazo que rasgó de súbito el silencio de la noche heló la sangre en las venas de Voltero, que al oírlo perdió el hilo del pensamiento y se quedó mudo é inmóvil, como suspenso y estupefacto, y cubrió de mortal palidez el rostro de Serena y llenó de sobresalto su ya sobresaltado corazón.

Tronó de nuevo el cañón; y entonces, como impelidos por un mismo resorte, lanzáronse los dos esposos á la ventana que daba á la calle, del lado precisamente de donde parecía llegar el sonido; y apenas la abrieron, el rojizo resplandor de una nube de humo de sombríos colores que se levantaba hacia el norte, el confuso rumor de mil voces diversas que de todas direcciones les llegaba, junto con el estruendo de nutrido fuego de fusilería y el estampido, cada momento más frecuente, del cañón, les revelaron al punto lo que sucedía. Rechinó Voltero los dientes, presa de un acceso de furor, y apretando los puños y sacudiendo convulsivamente todos sus miembros, rugió con voz de trueno, aunque ahogado por la rabia:

—¡Maldición sobre mí y sobre los traidores que me vendieron! ¡Álzase el pueblo á reivindicar sus derechos

y á exterminar á sus tiranos en lucha heroica y desigual, y yo me estoy aquí atados los brazos con lazos ignominiosos al poste de la inacción! ¡Oh! nó; mil veces, nó; yo no he jurado, yo no he podido jurar permanecer impasible á la vista de la sangre inocente derramada: ¡volemós al combate!

Serena, que seguía con viva inquietud la creciente exaltación de su esposo, se interpuso, cuando éste, poco menos que fuera de sí, se lanzó hacia la puerta, entre ésta y él, dispuesta á disputarle el paso á todo trance, comprendiendo que dejarlo salir era dejarlo exponerse á mil peligros sin provecho para nadie, ni para él, que iba á mancillar su nombre con el quebrantamiento de su compromiso, ni para la causa del pueblo amotinado, que si ganaba un soldado para el tumulto, perdía un jefe para después.

Algo de extraordinario, extraña mezcla de indomable energía, de inmenso amor y de pánico á la vez, debió de haber en la actitud de la joven; porque deteniéndose ante ella Voltero, con las manos crispadas, alterado el rostro y jadeante el pecho, exclamó, empero, con humilde acento y suplicante tono:

—¡Serena, por piedad!

—¿Qué pretendes, insensato?—exclamó Serena.—¿Olvidas que un compromiso de honor te tiene sellados los labios y atadas las manos?

—¡Oh! nó—replicó Voltero;—y sintiendo que en aquel momento llamaban cautelosamente á la puerta, dando la voz de «Adelante», agregó, dirigiéndose á su esposa:—Son mis amigos, sin duda, que al fin se acuerdan de mí; quizás me necesitan.

No concluía sus últimas sílabas, cuando junto con las

palabras «¡Voltero! ¡Voltero!» pronunciadas por una voz que era muy familiar al interpelado y que no hirió los oídos de Serena con timbre del todo desconocido, penetró en la estancia con la celeridad del rayo un mancebo correctamente metido en el uniforme de capitán del batallón Chacabuco, el cual apagó la luz sin dar tiempo para hacerse reconocer; y sin cuidarse de la impresión que su extraña conducta habría causado, dijo con acento de íntima convicción:

—Tu tranquilidad, tu vida misma corren peligro, Voltero. Es menester que te ocultes ó que salgas al punto de Santiago.

—¡Qué!—rugió Voltero—¿aún no están contentos mis buenos amigos, mis leales adversarios con haberme arrebatado la honra! ¿Quieren mi vida? pues bien, que vengan á tomarla. Pero tú el primero de todos probarás antes que me la arrebaten de cuánto es capaz la indignación de un hombre de honor.

—¡Otra vez, Voltero! Pocas horas há...

—Pocas horas há te lancé en público afrentosa injuria para castigar la artera alevosía con que me enredaste en aquel lazo del indulto; pero, aunque vi saltar el rojo de la vergüenza á tu rostro, quedaron mudos tus labios y ociosa é inerte tu mano, ¡prueba palpable de tu complicidad; de tu vileza y de tu hipocresía!

—¡Voltero!—interrumpió Serena con acento de convención.

—Gracias, señora—respondió el capitán—pero nada temáis: sé dominarme y medir mis palabras, y abrigo, por otra parte, la convicción íntima de que vuestro esposo ha de concluir por hacerme justicia.

—Pero ¿quién sois?—interrogó Serena con sumo interés.—Hay en vuestro proceder tanto de extraordinario, que no acierto á comprenderos.

—¡Quién soy!—replicó el interpelado con tal amargura que Serena se sintió hondamente impresionada—eso os lo dirá más tarde vuestro esposo. Lo que por ahora importa es que os pongáis ambos inmediatamente en salvo, ocultándoos ó huyendo al punto.

—Huyen y se ocultan los malvados como tú, nó los hombres de honor—tronó Voltero con violencia.

—No perdamos el tiempo en vanas palabras—replicó angustiado el capitán—el peligro que os amenaza es más serio de lo que imagináis, y, ó me seguís al punto, ó no respondo de lo que pueda sucederos.

—¿Qué hay, pues?—preguntó Serena visiblemente alarmada, notando que su interlocutor se acercaba á la ventana abierta y que parecía escuchar con zozobra el eco de un tumulto lejano.

—¿No oís?—repuso éste:—el rumor del combate ha cesado, pero se oye un ruido siniestro y extraño, como de gente que se acerca hacia aquí en tropel: es que, excitados por el combate y la ebriedad, vienen á desahogar su encono en injurias contra Voltero. Resistirles es locura: de las injurias de palabra pasarán á las de hecho, y de éstas, sabe Dios á qué excesos; cuando se convidaban á venir, no faltaron voces sangrientas de odio y de rencor, de «¡Muera al traidor y el cobarde!».

—¡Al traidor!—exclamó Serena con más admiración que espanto.

—Sí—repuso el capitán.—Voltero se ha hecho sospechoso para uno y otro bando: el pueblo lo acusa de ha-

ber desertado de sus filas en la hora del peligro; y el gobierno, de ser uno de los principales promotores de la insurrección de la Serena.

—¡Insurrección en la Serena!—exclamaron á una Voltero y Serena, en tono ésta de suma sorpresa, y de despecho y desaliento á la vez el primero.

—¡Qué! ¿no lo sabéis?—repuso no menos sorprendido el capitán.—Se afirma, sin embargo, que en vuestra propia casa se ha fraguado el complot y que en ella habéis tenido oculto por largo tiempo al jefe que la encabeza.

—¡Cómo! ¡Carrera acaso!—interrumpió Voltero con ira reconcentrada.

—De su puño y letra viene escrita la carta que traje á sus amigos de aquí la primera noticia de los sucesos, la cual llegó anteayer y trae fecha del mismo día en que dice se llevó á efecto el levantamiento, el 7 del actual.

—¿Nada más se ha sabido después?—preguntó Voltero.

—El gobierno ha recibido hace pocas horas comunicación oficial de la rebelión; y por esto ordenó el inmediato envío del Chacabuco al teatro de los sucesos y ha decretado la prisión de muchos de vuestros amigos sindicados de cómplices de los rebeldes, y la tuya la primera de todas.

—¿La mía?

—Sí; y los agentes encargados de prenderte no deben haber tardado en cumplir su cometido sino á causa de la insurrección del Chacabuco.

—¡Se ha insurreccionado el Chacabuco!

—Apenas se vió con las armas al brazo y bien provisto y amunicionado, se declaró en masa, con excepción de unos pocos oficiales, adicto á la causa revolucionaria

y emprendió marcha hacia Aconcagua para pasar de allí á Coquimbo á reunirse con los rebeldes. El combate, cuyo rumor ha llegado hasta aquí, se ha librado entre su retaguardia y una pequeña fuerza que el Gobierno destacó en su persecución; la cual, á poco de haber emprendido el ataque, tuvo que abandonarlo y replegarse á la ciudad para contener al pueblo, que amenazaba tomar á su vez la ofensiva, haciendo causa común con los rebeldes. Mis deberes profesionales me han retenido en el propio cuartel del batallón sublevado para atender á los heridos que ahí se recogían; de modo que sólo por éstos he sabido los incidentes de la noche, y á última hora, que grupos de exaltados, inducidos y azuzados no sé por quiénes, vendrían á asaltar tu morada y á inferirte quién sabe cuáles injurias. He podido abandonar un momento mi puesto para prevenirte lo que te aguarda; pero es ya tiempo de que vuelva á él. Si quieres evitarte á ti mismo, y sobre todo evitar á tu esposa los peligros de una asonada, vete al punto; y sal como puedas de Santiago, antes que llegue el día, si no quieres volver á caer en prisión. En cuanto á tu esposa, déjala á mi cuidado dime no más á dónde quieres que la conduzca.

—Sí, esposo mío—agregó Serena—apresúrate, que ya se oyen distintamente los gritos siniestros de esa chusma desenfrenada, y nada temas por mí.

—¡Dejarte yo! ¿estás loca, amada mía? Consiento en huir, pero contigo y por ti, que si no estuvieras tú conmigo, aquí esperaría yo á esa canalla imbécil para probarle que un hombre de honor no se arredra ni ante la muerte.

—Concluyamos ¡por Dios!—interrumpió el capitán.—Venid al punto conmigo: la muchedumbre que se acerca

parece más numerosa de lo que yo me imaginaba, y por sus gritos y vociferaciones, no cabe ya duda de que se dirige aquí; en pocos minutos más va á desembocar á esta calle, y entonces no será ya posible huir.

Así diciendo arrastraba á Voltero hacia la calle y lo obligaba á salir poco menos que á empellones secundado por Serena, cuyo ánimo empezaba á flaquear ante la inminencia del peligro.

Ya era tiempo.

Instantes después, las turbas lanzaban una lluvia de ultrajes groseros y otra de piedras y otros proyectiles sobre aquella mansión, y no se detenían ante el asalto sino repelidas por las fuerzas del orden, que sólo allí les dieron alcance.

Voltero, Serena y el capitán habían conseguido sustraerse á su persecución tomando por la primera calle de atraveso que hallaron en su fuga antes de ser descubiertos; y asilándose poco después en una casa adonde los condujo el último, logró Voltero escapar también á la persecución de los agentes de la autoridad, que lo buscaban para reducirlo de nuevo á prisión.

RICARDO DÁVILA BOZA

(Continuará)

◀ DE LA LENGUA CASTELLANA ▶

COMO INSTRUMENTO DEL ARTE LITERARIO

SEÑORES:

Una vulgar preocupación de ciertos escritores hispano-americanos, ha venido repitiendo con el aplauso de las indoctas muchedumbres que la lengua literaria de Castilla, hermosa y grande en los pasados tiempos, no es apta ya para servir á las tendencias y aspiraciones del siglo en que vivimos. Fiel y magnífica expresión de la antigua cultura española, vivo trasunto de las pasiones guerreras y el fervor religioso, exaltados por una lucha secular y gigante cual ninguna otra de la historia humana, la lengua clásica de los siglos XVI y XVII, fué el único instrumento digno de celebrar las fabulosas proezas de aquellos grandes capitanes que después de sangrientos combates y á través de obstáculos que parecían insuperables, plantaron la insignia de la cruz en las soberbias torres de Granada y en las remotas playas del mundo descubierto por Colón. Á los primeros vagidos de la Musa castellana se advierte ya que esta lengua, y no la de

Corneille, es aquella en que el Cid Campeador debía retar en inmortales acentos á los enemigos de su padre y declarar á Jimena sus castos y varoniles ardores: del propio modo que al oír los majestuosos y acompasados alejandrinos de Racine, nos transportamos con la imaginación al siglo de Luis el Grande, ó bien aun como las dulces estrofas del Tasso evocan todavía en nuestra memoria el recuerdo de aquellas cortes italianas cuyas nobles princesas, radiantes de hermosura, de elegancia y de ingenio competían en gay saber con los más diestros poetas y servían de modelo á los grandes artistas del Renacimiento.

Pero esos ideales que podían satisfacer á las antiguas generaciones, contemplados ahora y mejor conocidos á la luz de una nueva filosofía, no corresponden á los gustos y tendencias de la sociedad en que vivimos. El ideal caballeresco que informó por espacio de diez siglos la literatura y las costumbres europeas, huyó para siempre de la humanidad el mismo día en que Alonso Quijano el Bueno, con la estoica serenidad del héroe y la humilde resignación del cristiano, rindió la vida, que nó la fuerte espada, y expiró dulcemente en el materno regazo de la inmortal razón. Y en cuanto al ideal religioso encarnado en el espíritu español desde los tiempos de Pelayo, á aquel sobrehumano entusiasmo que inflamaba en nobilísimo ardor el pecho de los guerreros y como en nube de fuego arrebatava á los alcázares del cielo la fantasía de León y el alma toda de la insigne Carmelita; vosotros y yo sabemos que los últimos descubrimientos de la fisiología experimental, le han asignado un lugar preferente en el importantísimo ramo de las enfermedades mentales.

Hijo legítimo de la Enciclopedia, el siglo XIX repugna á todo lo vago, misterioso y sublime; detesta la metafísica y adora la mecánica; derriba los templos y edifica museos; deja á sus astrónomos el cuidado de contemplar los cielos y ahonda en las entrañas de la tierra para buscar el oro que la prudencia y sabiduría de nuestra madre común ha escondido á la insaciable codicia de los humanos. Como torrente impetuoso ó desbocado corcel, la humanidad se lanza á los ignotos campos del porvenir sin que nadie sea osado á detenerla en su rápida carrera. El filósofo que pretenda amonestarla, el historiador que intente hacerle oír las severas lecciones de la experiencia, el poeta que alce la voz para cantar las glorias del pasado ó las negras inquietudes del porvenir, si quiere ser escuchado, ha de ser rápido y breve como el tiempo que ella se da para cobrar aliento en las estaciones del camino. Y si tal es la índole de los tiempos y es ley el progreso de las sociedades humanas, ¿cómo se intenta resucitar ahora el pomposo y elíptico lenguaje en que hablaron y escribieron los grandes maestros del siglo de oro? ¿cómo exigir que los contemporáneos de Edison se expresen del mismo modo que lo hacían Cervantes en sus novelas, Granada en sus oraciones, Rivadeneira en sus tratados y Calderón en sus comedias, si no hay comparación ni cabe arreglo entre aquellos interminables períodos, vastos y sinuosos como el ramaje de una encina y la nueva sintaxis que han descubierto los inventores del telégrafo eléctrico? Y ¿á qué la hermosura y magnificencia del follaje y el agreste perfume de las flores y lo apacible de la sombra y el discreto susurro de las hojas y el murmurar de la fuente que corre al pie y todo cuanto halaga la imaginación y adormece

nuestros sentidos, si lo que importa es cosechar el fruto y exprimir el aceite, cuando no derribar el árbol para explotar la madera? Á otros tiempos, otras costumbres; y á otras costumbres, otro lenguaje. Darnos pues, una lengua conforme á los hábitos é inclinaciones de la sociedad contemporánea: clara como el agua, positiva como el siglo, sólida como el acero de nuestras máquinas, flexible como la diplomacia y elegante como las modas del tiempo presente.

Tal es, señores, el raciocinio que sirve de base, ó mejor dicho, de pretexto á los enemigos de nuestra clásica lengua para declarar su inhabilidad y exigir su renovación en nombre del progreso moderno. No me detendré á manifestar los muchos y graves errores que contiene en orden á la filosofía moral y á las leyes de la historia, sino que concretando mis observaciones á la lengua castellana, voy á exponer brevemente las principales causas que han contribuido á formar este falso concepto de su carácter y condiciones literarias.

Desde luego, habréis notado que al hablar de nuestra lengua clásica se la considera únicamente en los escritos de una época determinada, se la supone inmóvil y fija dentro de la forma y el tipo que le imprimieron los grandes poetas y prosistas del siglo de oro. Error es éste que conviene desvanecer porque su divulgación y predominio sería fatal al progreso de las letras en esta parte del continente americano. En toda lengua, literaria ó vulgar, hay que distinguir dos elementos: uno sustancial que es inherente á la raza y otro accidental que varía y se modifica incesantemente, á medida que cambian las costumbres, las instituciones y los gustos de las humanas sociedades. La lengua no está toda en el vocabulario, ni

tampoco reside en la gramática; no es un conjunto de voces inertes ni un cuerpo de reglas abstractas, como algunos parecen creerlo; es un organismo vivo que se mueve al través del tiempo y del espacio, que vive la propia vida de la raza y se identifica y se transforma con ella sin que estas transformaciones sean causa bastante á destruir la identidad de su sér; como las plantas que renuevan periódicamente su follaje y aun alteran sus tejidos, sin que por ello pierdan la integridad del principio vital que las anima ni el carácter que las distingue dentro de su respectiva especie. La vida es un movimiento espontáneo, ha dicho Santo Tomás, nuestro insigne patrono, y esta definición tan profunda como hermosa resulta ser aplicable á las lenguas, lo mismo que á todas las creaciones divinas.

En esta evolución constante de las lenguas, llega un momento feliz en que merced á un raro conjunto de circunstancias históricas, todas las fuerzas vivas de una raza parece que despiertan como por encanto y se aúnan y conspiran á realizar el más bello fenómeno que pueda ofrecer la historia de un pueblo, el fruto de oro que ha de representarlo como tipo de la especie en el banquete de la universal cultura, el signo *castizo* por excelencia que debe encarnar el espíritu y simbolizar las grandes tradiciones de una raza. Llevada á tal extremo de perfección, la lengua no es solamente insignia de combate para adelantarse al encuentro de las naciones rivales, sino también escudo de defensa para resistir á las injustas pretensiones del invasor. Conjuntamente con la propia raza y en los mismos confines del territorio, se han ido formando y creciendo poderosos imperios y florecientes repúblicas dotadas de una lengua abundante, expresiva

y hermosa, y quizás cultivada por nobles ingenios que son como los nuestros el orgullo y la delicia de sus compatriotas. El comercio, la diplomacia, los viajes, y en general, todos los medios de comunicación que sirven para acercar á los pueblos, van creando poco á poco relaciones literarias, que si fueron en un principio fecundas, llegan á ser fatales á la pureza é integridad de la lengua.

Cúmplese aquí, señores, una ley semejante á la que un sabio naturalista de nuestro siglo ha dado el nombre de selección natural. Llega un momento en que la lengua dotada de mayor fuerza expansiva, salvando los límites del propio territorio, invade poco á poco la lengua y la literatura de las naciones vecinas. Habréis observado que esta invasión se verifica en los períodos de mayor decadencia y postración intelectual, cuando, privada la nación de sus más notables ingenios, muda la lira del poeta, avergonzada la historia, corrompida la novela, envilecida la tribuna por los aduladores de la plebe, entregada la escena á vulgarísimos histriones y el púlpito á los discípulos de fray Jerundio, rota la disciplina de los estudios, perdidas las buenas tradiciones y esclava del mal gusto en todos los géneros literarios, la nación se reconoce impotente para luchar en campo abierto con las fuerzas del invasor.

Entre todas las influencias que ha ido experimentando la lengua castellana, ninguna ha dejado huellas más profundas, ninguna más fatal al progreso de las hispanas letras que la ejercida por el gusto francés desde mediados del siglo XVIII hasta lo que va trascurrido del presente. ¡El *francesismo*! hé ahí, señores, el vicio capital de nuestra literatura y ¿por qué no decirlo? de todas

nuestras costumbres é instituciones públicas y privadas, la gangrena sutil que devora traidoramente las vísceras de nuestro cuerpo social. Porque todo es francés en nuestro país: la noción que tenemos del hombre y de la vida humana, los gustos que predominan en las altas clases de la sociedad, la política de nuestros hombres de Estado, los libros que sirven de texto en la enseñanza oficial y los que sirven de mera recreación al espíritu, la conversación de nuestros salones, el estilo de la prensa diaria, el vino que se bebe en nuestros banquetes y hasta la piedad y devoción de nuestras señoras; todo, todo está contagiado de esta plaga terrible que en su fecundidad maravillosa se ha extendido por todos los campos de la actividad social, como ese cardo negro, terror de los agricultores, que en un breve instante ha invadido los hermosos valles de nuestra república.

¿Cómo asombrarnos entonces y á qué fingir escándalo por la introducción de algunos vocablos sospechosos de galicismo, si nuestro sér moral, de que la palabra es mero instrumento expresivo, es todavía más galicano que los mismos abusos introducidos en el lenguaje? Saavedra Fajardo compara ingeniosamente la república literaria á una ciudadela rodeada de murallas, de fosos y puentes levadizos que cierran ó dificultan el paso á los invasores. Uno de los más celosos guardianes de la integridad y pureza de la lengua castellana, el autor del *Diccionario de Galicismos*, en su afán ó monomanía de perseguir toda locución que tenga el más ligero sabor galicano, llega hasta desear que perezca la lengua, el Diccionario, la Academia y el universo entero, antes que admitir como legítimo el uso del adjetivo *gubernamental*; y ¡cosa extraña! el mismo Baralt que así se indigna y así declama

y vocifera contra el uso de un infeliz vocablo, está impregnado también, como la mayor parte de sus compatriotas, en esas mismas ideas francesas cuya propagación ha traído como inevitable consecuencia el uso de los galicismos correspondientes. De pie sobre las murallas que nos pinta Saavedra Fajardo, el terrible centinela, á fuerza de observar los más pequeños movimientos del enemigo, no ha visto que éste ha socavado los muros y penetrado en el interior de la fortaleza.

Casi á un tiempo con Baralt, se ha levantado en España y aquí en América una legión de gramáticos eruditos y filólogos de toda especie que, faltos del ingenio necesario para acreditar con sus propias concepciones la eficacia de sus doctrinas, han ido á buscar en el purismo un remedio á la corrupción de nuestra hermosa lengua. Grave error ha sido éste en mi concepto, que en vez de facilitar la reacción, no ha hecho más que dificultarla poniendo trabas al estudio y cultivo de las letras castellanas. Como los médicos inexpertos que atacando el síntoma creen haber curado la enfermedad, los puristas se imaginan que el escribir castizo consiste únicamente en no emplear galicismos ni construcciones viciosas. Lo propio sucede con ciertos escritores que, llevados de un noble propósito, han creído regenerar la lengua volviendo al vocabulario y la sintaxis de los siglos XVI y XVII. Los arcaístas olvidan lastimosamente que hay una íntima relación entre los escritores y la época en que han vivido, de modo que no es dado á un siglo remedar el lenguaje de otro sin que al punto se note la imitación. Podemos vestirnos, si nos place, con el traje talar de los griegos y romanos ó bien con la férrea armadura de los siglos medios; pero estoy cierto que á nadie se le ha de

ocurrir tomarnos por compatriotas de Julio César ni por colegas de Ricardo Corazón de León. Cervantes es clásico porque no imitó á nadie y es universal porque fué de su siglo. Imaginad, por el contrario, que en vez de seguir las naturales inspiraciones de su genio, se hubiera dado á imitar el estilo del marqués de Villena ó del *Centón Espistolario* de Gómez de Cibdareal: ¿se hubiera escrito el *Quijote* en aquella prosa rítmica cuya armonía incomparable es la desesperación de los contemporáneos? Si Calderón, obedeciendo al criterio de los arcaístas, hubiera pasado su vida descifrando códices y poniendo en limpio viejos manuscritos, ¿dónde habría espaciado aquel vuelo poderoso y audaz como el hipógrifo, de la *Vida es Sueño*, dónde aquella insaciable imaginación que, sintiéndose estrecha en las prisiones de la tierra, gozábese tan sólo en las altas regiones del mundo sobrenatural?

No menos grave é igualmente infundada me parece la preocupación de creer que el período largo y elíptico es el único que convenga á la índole de la lengua castellana: no puede negarse que ésta ha sido la forma predilecta de los más elocuentes varones que haya producido la España, desde ambos Luises, Rivadeneira y Mendoza, hasta Galiano y el ilustre marqués de Valdegamas; pero no faltan ejemplos de autores que, como Saavedra Fajardo y don Francisco de Quevedo y en nuestro tiempo Campoamor y Selgas, hayan usado la forma breve y sentenciosa, sin dejar por eso de ser castizos y en mi humilde concepto, verdaderos clásicos de la lengua.

Otra de las causas que han contribuído á formar esta opinión que vengo combatiendo, es el *americanismo* ó

sea la tendencia manifestada por algunos escritores americanos en el sentido de reformar la lengua, dándole el carácter y sabor indígena que hasta ahora le falta por cierto respeto que indebidamente guardamos á las viejas tradiciones del coloniaje. Júzgase necesaria esta reforma como una consecuencia histórica de la revolución de independencia llevada á cabo por la América española en los primeros años del presente siglo. Si todo ha cambiado en nuestra sociabilidad, se dice, desde la organización política hasta las costumbres domésticas, es natural y justo que el lenguaje corra la misma suerte que las demás instituciones sociales. De ahí el empeño de algunos escritores y estadistas americanos por vincular nuestra existencia de pueblos libres á la condición de las razas indígenas que habitaban el continente á la época de la conquista española. Habréis notado, en efecto, que casi todos nuestros himnos nacionales y cantos guerreros, inspirados en el odio á los conquistadores, nos hacen descender de Caupolicán y de Lautaro y otros héroes cuyos nombres serían desconocidos de todos, si un poeta español no hubiera cuidado de transmitirlos á la posteridad. Comprendo, señores, que un aventurero vulgar explote en provecho suyo estas supercherías que la ignorancia y los odios populares enseñan á las ingenuas muchedumbres; pero los hombres que representan la cultura americana, los que tienen á su cargo la dirección intelectual de nuestras repúblicas no debieran autorizar, como hasta aquí lo han hecho, tan viles preocupaciones, tan ridículas y perniciosas enseñanzas. Las lenguas no se inventan ni se decretan; fórmanse por lenta y sucesiva elaboración de los varios elementos que forman la cultura de una raza; mayormente la lengua literaria que,

como toda producción artística, requiere antecedentes y tradiciones que en vano buscaríamos en los países hispano-americanos. Bello, Heredia, Olmedo, Gabriel de la Concepción Valdés, todas las eminencias de nuestro suelo ¿dónde aprendieron la lengua de sus cantos y recursos poéticos de su estilo? ¿fué, por ventura, en los trovadores de Mama-Oello ó en la imperial biblioteca de Motezuma? ¿Quién no adivina la filiación que une á Olmedo y Heredia con Herrera, Cienfuegos y Quintana? y ¿qué hombre dotado de instinto literario puede tomar la *Agricultura de la Zona Tórrida* por un fragmento de epopeya indígena, cuando apenas hay verso, movimiento ó imagen que no recuerde alguno de Virgilio, de Meléndez Valdés, de Quintana y de un poeta para muchos desconocido, Pedro Soto de Rojas, cuya égloga *Marcelo y Fenixardo*, si no me engaño, ha servido de modelo á las famosas descripciones del poeta venezolano? Y Plácido, el mulato Plácido, el más indígena y pintoresco de todos los poetas americanos ¿no ha ido á buscar en el Romancero castellano la estructura y el tipo de aquellas graciosas poesías que llevan por título *La flor de la caña* y *La flor del café*?

Dejemos, pues, á los americanistas que sigan llamándose descendientes de Colocolo, hijos del sol, ó ilustre progenie de Motezuma; que vosotros y yo, puestos en el caso de elegir entre los héroes de Ercilla y el modesto labriego de las provincias vascongadas, optaremos por el último, aun cuando renunciemos al altísimo honor de ser cantados en octavas reales. La independencia política de nuestro país no importa la ruptura de los vínculos naturales que nos ligan á la vieja metrópoli; una misma sangre circula por nuestras venas, uno mismo es el idio-

ma que hablamos y una misma la fe que nos legaron como herencia inmortal nuestros abuelos. Hubo un tiempo en que era moda y aun daba crédito el renegar de nuestro origen y maldecir nuestro pasado en ditirambos calumniosos y sangrientos contra la España y los monarcas españoles, la superstición, el fanatismo y la ignorancia de la nación española, y toda suerte de lugares comunes de retórica vil y populachera. Á Dios gracias, la reacción comienza á abrirse paso en las repúblicas americanas, y las rudas lecciones que la experiencia ha dictado á nuestro orgullo, abatido ahora y humillado por recientes y dolorosos desengaños, nos van enseñando poco á poco á ser más modestos, á mirar con desconfianza los grandes progresos de que tanto nos ufanábamos y á juzgar con más libre y generoso criterio la historia de nuestros antepasados. Mejor inspirada que nosotros, la España ha sabido escoger un momento propicio para llegar sin mengua de su decoro á un avenimiento que, si bien, es favorable á sus intereses comerciales y políticos, lo es más todavía al progreso de la lengua y la literatura castellana. La oliva ha dado ya su primer fruto y la Real Academia Española se ha apresurado á cogerlo como timbre de honor y prenda de amistad internacional. Guiada por un noble espíritu de justicia y un cálculo feliz de su propia conveniencia, esta sabia corporación, tan celosa de sus fueros, ha dado carta de ciudadanía en la última edición de su *Diccionario* á muchas voces de origen americano, con lo cual ha satisfecho las justas reclamaciones de nuestros gramáticos y puesto término á odiosas querellas que sólo servían para dar pretexto y ocasión de hablar á los pedantes.

Pero la causa principal de estos errores es la propia

ignorancia y el ningún valer de aquellos que, sin conocer la índole y los recursos de nuestra lengua, se han declarado enemigos suyos, á ejemplo de los malos pintores y los músicos ignorantes que, en vez de confesar humildemente sus yerros, culpan de su desdicha al instrumento, cuando sólo debieran quejarse del pobre ingenio que les dió naturaleza. Mas ¿qué mucho que tales ideas se propaguen acerca de la lengua castellana, si los mismos que dirigen el movimiento literario en nuestra república afectan el más profundo desprecio por las obras maestras de la literatura española? Conozco un literato de profesión, hombre por lo demás de agudo ingenio, que me ha confesado no haber leído el *Quijote* sino á trozos, y esto, en la traducción francesa de Viardot. Otros hay que, presumiendo de sabios y humanistas, no tienen la más remota idea del teatro español, ni sospechan los tesoros que se ocultan en nuestro incomparable Romancero, fuente viva y fecunda donde han ido á beber sus inspiraciones los más insignes poetas de nuestro tiempo, desde Schiller y Byron hasta Heine y Víctor Hugo. Y en cuanto á nuestra colección de autores místicos, la más rica á no dudarlo de todas las naciones modernas, no sólo se ignoran los nombres de Ávila, Juan de los Ángeles, Diego de Estella y otros de menor importancia, sino aún los escritos de Granada y Rivadeneira, cuyos nombres apenas se conocen por las referencias de Ticknor ó de algún otro historiador extranjero, ya que extranjeros son ó eran hasta hace poco los que han dado á conocer la importancia y las riquezas de nuestra antigua literatura. Nada tiene, por consiguiente, de extraño, si bien mucho de vergonzoso y deplorable, que algunos escritores, americanos de origen, pero franceses por afe-

ción y gusto, lleguen á cobrar antipatía ó menosprecio á una lengua cuyo sabor no perciben y cuyas facultades en absoluto ignoran.

Tres son las cualidades principales que en mi sentir constituyen la excelencia y perfección artística de una lengua: claridad, abundancia y armonía. Si la palabra fué dada al hombre para manifestar la verdad de los afectos que poseen su corazón y las ideas que se despiertan en su espíritu, no hay duda que la claridad es la primera y más importante de aquellas tres condiciones. Tipo de claridad y de perfecta hermosura debió de ser la lengua que hablaron nuestros primeros padres en las verdes alamedas del paraíso, cuando á los ojos de Dios que los miraba sonriendo con la inmensa pupila azul del firmamento, y rodeados de aquella virgen naturaleza maravillosamente vestida por la bendición del Eterno, comunicaban entre sí, como dos cuerdas de una misma lira, como dos rayos desprendidos del mismo foco, ó, para hablar con la enérgica sencillez y el magnífico lenguaje de la Escritura, como la carne de su carne y el hueso de sus huesos.

Y así como vestidos de la gracia divina, sus cuerpos andaban desnudos sin sombra alguna de malicia, así la lengua de nuestros primeros padres, sin torpes adornos ni viles reticencias, era como el limpio cristal de la fuente que deja ver la arena de oro de su lecho. Á diferencia de las lenguas modernas que más parecen disimular nuestras intenciones que darlas á conocer, la palabra humana era entonces el verbo luminoso del pensamiento, como que la transparencia de las almas era perfecta y los nombres de las cosas se presentaban de suyo á los labios del hombre por la armonía perfectísima que rei-

naba entre todos los seres de la creación. Con la caída original vino la pérdida consiguiente de la gracia, y el lenguaje se vió así privado de aquella virtud y hermosura sobrenaturales que en un principio le vestían; sintióse el hombre avergonzado de andar desnudo, y la palabra, como el cuerpo humano, buscó también un ropaje para cubrir la profunda miseria de nuestro sér.

Ahora bien: de todas las lenguas modernas de origen latino, el castellano es la que ha conservado en mi sentir mayores vestigios de aquella claridad y transparencia primitivas. Refiere Gœthe en una de sus novelas, *Wilhem Meister*, que cierta heroína alemana entró en sospecha de que su amante la engañaba, un día que éste le escribió una carta en francés. Y en realidad, señores, que á pesar de su intención epigramática la observación no deja de ser exacta; ni la sospecha carecía de fundamento, porque la lengua de Montaigne y de las *Cartas Provinciales* tiene tantos modos de decir sin decir nada, tantas inflexiones y medias tintas para hacer ambiguo el pensamiento, tantos modos de prometer sin quedar ligado por compromiso alguno y de halagar sin que parezca adulación, y hasta de herir y sacar sangre sin faltar á las reglas de la más exquisita urbanidad, que sin duda por estas cualidades ha llegado á ser la lengua de los diplomáticos y del trato social en los grandes salones europeos y americanos.

Entendida así la claridad, tiene razón un docto y elocuente jesuíta de nuestros días, cuando dice que hablar castellano es sinónimo de hablar claro; pero si ella se refiere á las condiciones dialécticas de un idioma, á su mayor ó menor facilidad de comprensión, es justo reconocer que la lengua francesa aventaja en este sentido á

la nuestra castellana. La forma elíptica que tanto contribuye á dar magnificencia y esplendor al período, es un obstáculo á la perfecta claridad y precisión del pensamiento. Mientras la lengua francesa va siguiendo por regla general el orden lógico de las ideas, los grandes prosistas castellanos, en su afán de conservar el hipérbaton, sacrificaron la lógica en aras de la hermosura, porque el hipérbaton sin la declinación quedaba como un instrumento defectuoso. Éste fué el único beneficio que, á trueque de infinitos males, produjo la influencia francesa en la literatura española del siglo XVIII. Perdió la lengua muchas de sus antiguas y más principales bellezas: la rotundidad y pompa del período, la originalidad pintoresca de ciertas expresiones, y sobre todo, aquel andar majestuoso del hipérbaton que como manto real cubría las robustas y magníficas formas de su cuerpo; pero algo obtuvo en aquellos tratos con su vecina de allende los Pirineos: la sencillez, la flexibilidad, la ligereza y una exornación mas sobria y oportuna que la usada por los clásicos del siglo anterior. Basta leer una página de Feijoo, del Padre Isla, de Jovellanos, una fábula de Iriarte ó una oda de Moratín el hijo, para comprender la influencia que había ejercido el gusto francés en los más puros y castizos escritores del pasado siglo. El árbol y la tierra son los mismos; pero el sabor del fruto es ya distinto.

De la abundancia, parece excusado hablar, siendo esta cualidad de nuestro idioma tan manifiesta y notoria que nadie intenta disputársela. Conviene, sin embargo, recordar aquí para enseñanza nuestra que esta misma abundancia ha contribuido en no pequeña parte á fomentar los vicios que empañaron nuestra lengua en la

segunda mitad del siglo XVII. Así como el oro de las Indias trajo consigo la decadencia industrial y económica de la Península, del mismo modo y por idénticas razones la riqueza de la lengua dió alas al culteranismo, esto es, al derroche extravagante de la imaginación en el uso y colocación de los vocablos, que en el fondo el culteranismo no es otra cosa. Infinitamente más pobre que la nuestra, la lengua francesa ha compensado este defecto mediante el cultivo y el arte de sus grandes ingenios. Cuando se leen las *Oraciones Fúnebres* de Bossuet ó los pensamientos de Pascal, se ve que el instrumento es inferior á la elocuencia de estos grandes hombres; al paso que leyendo á nuestros más insignes poetas, á los más elocuentes oradores de la España antigua y moderna, se comprende que la lengua castellana es capaz todavía de mayores prodigios y de más alta sublimidad que la alcanzada hasta ahora.

Pero donde más brilla la lengua castellana y donde ostenta con más profusión sus primores y facultades artísticas, es en aquella noble armonía que le dieron los grandes maestros de los siglos XVI y XVII. Buscadme, señores, en todas las literaturas europeas algo que pueda compararse en esta materia con la fábula inmortal de Miguel de Cervantes Saavedra. Oíd aquel lenguaje que como río de oro corre por entre guijas y sonoras peñas y va despertando á su paso los mil rumores de la naturaleza, desde el insecto que zumba entre la olorosa hierba hasta el eco adormecido en las profundas concavidades de la montaña. ¡Qué estilo, señores, y qué lengua! Cuando describe, pinta; cuando se entusiasma, canta; y cuando llora, suspira como la flauta de los pastores. Si quiere regalarnos con el magnífico espectáculo de la al-

borada, nos parece ver las sonrosadas nubes que anuncian la venida del sol y oír el canto de los pájaros y la alegre sinfonía de los arroyos que bajan coronados de blanquísima espuma. Si quiere pintarnos el baile de las gitanillas, la frase primeramente se mueve cadenciosa y viva, rápida y voladora en seguida; óyese el ruido de las castañuelas y tamboriles, la voz argentina de las bailadoras, los entusiastas vivas de la muchedumbre y la confusa gritería de los muchachos; parécenos que estuviéramos allí como espectadores y hasta creemos adivinar en los graciosos movimientos del cuerpo, las dulces malicias de la intención.

Y si es lícito pasar de lo regocijado y travieso á lo que hay de más augusto en la tierra y en los cielos ¿qué os diré, señores, de aquel otro maravilloso libro, modelo y dechado de todas las perfecciones imaginables, que se llama *Los Nombres de Cristo*? ¿En qué otra lengua hubiera expresado Luis de León con más acierto y hermosura lo que quiso darnos á entender cuando dijo: «Vive en los campos Cristo y goza del cielo libre y ama la soledad y el sosiego; y en el silencio de todo aquello que pone en alboroto la vida, tiene puesto él su deleite. Porque así como lo que se comprende en el campo es lo más puro de lo visible, y es lo sencillo, y como el original de todo lo que de ello se compone y se mezcla, así aquella región de vida adonde vive aqueste nuestro glorioso Bien, es la pura verdad, y la sencillez de la luz de Dios, y el original expreso de todo lo que tiene sér y las raíces firmes de donde nascen, y adonde estriban todas las criaturas. Y si lo habemos de decir así, aquellos son los elementos puros, y los campos de flor eterna vestidos, y los mineros de las aguas vivas, y los montes verdaderamente preñados de

mil bienes altísimos, y los sombríos y repuestos valles, y los bosques de la frescura adonde exentos de toda injuria gloriosamente florecen la haya y la oliva y el linaloe, con todos los demás árboles del incienso, en que reposan ejércitos de aves en gloria y en música dulcísima que jamás ensordece»?

He vuelto á leer los diálogos de aquel divino Platón cuyo armonioso lenguaje hizo decir á los griegos que las abejas venían á posarse en sus labios para libar la miel de sus discursos; nuevamente he recorrido las admirables páginas que el dulcísimo Fenelón ha consagrado á describir los elementos que componen el universo visible; he buscado prolijamente en mi memoria los más bellos ejemplos que pueda ofrecernos la prosa italiana, llevada á un alto grado de perfección por algunos escritores de nuestro siglo, como Leopardi, por ejemplo; y sin embargo, señores, debo confesar que en punto á armonía y condiciones musicales, no encuentro nada comparable á aquella lengua peregrina de *Los Nombres de Cristo*, diáfana como la luz y melodiosa y suave, como imagino que sea el arpa de los serafines.

No menos armoniosa y rica se manifiesta la lengua castellana en la serie inagotable de inspirados poetas y diestros versificadores que la España no ha cesado de producir jamás. Al paso que la versificación francesa, salvo muy pocas aunque bellísimas excepciones, se ha encerrado en el metro alejandrino cuya eterna y monótona salmodia concluye por fatigar el oído, sin que baste á evitarlo el ingenio de sus mejores poetas, la riqueza y plenitud de los acentos castellanos se presta á las más felices y artificiosas combinaciones métricas. Los vocablos franceses, aun cuando sean breves, resultan agudos para nosotros

descendientes de españoles y habituados al sonido franco y completo de nuestra lengua nativa, y por la inversa, el italiano es tan rebelde ó refractario á los agudos que no los admite sino en forma de apócope ó en virtud de poética licencia. Dueño de sus tres magníficos acentos y libre de emplearlos á la medida de su gusto, la musa castellana corre, vuela y juguetea como cabra triscadora por los amenos valles y graciosas colinas de la imaginación. ¡Qué infinita variedad de ritmos y de estrofas, qué de recursos pintorescos y musicales, no ofrece nuestro Parnaso á la diversa índole de los ingenios poéticos!

En buena hora se diga, y yo no lo niego, que el italiano es la lengua del canto, la lengua musical por excelencia; que en cambio posee nuestro idioma cierta varonil dulzura que nunca ó rara vez degenera en meliflua y empalagosa como suele acontecer á la lengua del Tasso. Ya en los principios del siglo XVI, Margarita de Valois, que á más de mujer, era persona de clarísimo ingenio y de gran competencia y autoridad en las dulces flaquezas del alma, había adivinado esta feliz condición de nuestra lengua, cuando dijo: *Le langage castillan est sans comparaison mieux déclarant cette passion d'amour que n'est le françois*. Compárense las canciones de Garcilaso y los sonetos de Góngora con sus respectivos modelos italianos, y dejando á un lado el valor intrínseco de la composición y el mayor mérito que corresponde á la originalidad, se verá que nuestra lengua es capaz no solamente de obtener los mismos efectos de sonoridad y euritmia que la del Tasso, sino también de arrancar otros que le pertenezcan exclusivamente. Sin atreverme á pronunciar un juicio, para el cual no me siento autorizado, acerca de los orígenes de la lengua española ni mucho

menos á pretender, como Juan de Valdés que el griego haya tenido una influencia considerable en su formación; hablando sólo del arte literario, pareceme que la lengua castellana une á la armonía y suavidad del griego, la majestuosa gravedad del latín. Villegas y Meléndez Valdés en sus anacreónticas, Góngora en sus felices momentos, Arquijo en sus sonetos, Mira de Amezcuca en su canción famosa, están impregnados de sabor helénico; Rioja, Herrera, Bartolomé y Lupercio de Argensola, Quevedo en sus sátiras, y por cima de todos, el autor de la *Epístola Moral*, se acercan á veces á la energía y concisión de nuestra lengua latina.

Sea cual fuere la razón filológica de esta doble y preciosa cualidad de nuestro idioma que le permite expresar con idéntica hermosura los sentimientos graciosos y delicados y los sublimes arranques de la pasión, hay una razón inmediata que podemos verificar á la simple vista, y es la abundancia de las vocales y su oportuna distribución en medio de las consonantes cuya aspereza van corrigiendo con suma discreción y donaire. Aquéllas representan la gracia, la ternura, la suavidad, en una palabra, el elemento femenino de una lengua; éstas son como las piezas de un esqueleto en la armadura del cuerpo humano. Otra de las circunstancias que concurren á dar sonoridad y esplendor á los vocablos castellanos, es la frecuencia de aquellas vocales que designamos con el nombre de *llenas*, por la plenitud del sonido que encierran. Sirva de ejemplo este verso admirable de don Francisco de Quevedo:

Derramado y sonoro el oceano

en el cual tres palabras compuestas de vocales llenas,

han bastado á producir con un sólo y brevísimo rasgo de pluma la sensación que despierta en nuestro ánimo y en nuestros sentidos, el grandioso espectáculo del mar.

No pondría término á este desaliñado discurso si hubiera de seguir enumerando las excelencias y facultades artísticas de nuestra hermosa lengua castellana, porque los finos amadores en comenzando á decir las perfecciones del objeto amado, no se dan fácilmente por satisfechos, ni toman en cuenta la fatiga y el aburrimiento del auditorio á quien suponen dominado por el mismo entusiasmo y la misma pasión que a ellos los inspira. Sin embargo, señores, este nobilísimo culto que profesamos á la lengua nativa, no ha de cegarnos hasta el extremo de convertir en cualidades sus propias é inevitables imperfecciones. Ya hemos dicho, hablando de la claridad, las graves consecuencias que nos trajo el abuso del hipérbaton; otro tanto pudiéramos decir de la brevedad y precisión que son parte ó complemento de la claridad. El pueblo español es colorista por instinto de raza y por ley física de su suelo. En efecto, lo que más nos maravilla en las obras maestras de la pintura española, no es la pureza de las líneas, ni la severa precisión de los contornos, ni aquella sabia ordenación que tanto admiramos en las escuelas romana y florentina; es el vigor del colorido, la valiente franqueza de los tonos, el portentoso realismo que infunde sello de vida á sus más fantásticas y absurdas creaciones. En la prosa de Cervantes como en las telas de Velázquez, en la visión poética de fray Luis como en las sublimes *Concepciones* de Bartolomé Esteban Murillo, en los cuadros ascéticos de Granada, San Juan de la Cruz ó Malón de Chaide como en las

terriblicas y penitentes figuras de Zurbarán ó de Ribera; en las fantasías picarescas de Quevedo ó Estébanez Calderón, del mismo modo que en los caprichos y pinturas de Goya: el procedimiento es igual en todos ellos, el color es el alma del estilo y el medio de expresión que se presenta naturalmente á la inteligencia del artista.

Ahora bien, señores, esta pasión del colorido que es inherente á la nación española, se manifiesta en el arte literario por cierto lujo y prodigalidad en el empleo de las imágenes y por la sustitución del lenguaje figurado al lenguaje propio, cual es la expresión inmediata y substancial de nuestros pensamientos. En ninguna parte es más sensible esta peculiaridad característica de nuestro idioma que en las obras de los místicos españoles, cualquiera que sea la época en que hayan florecido, por el contraste singular que ofrecen la espiritualidad de la doctrina y lo abstracto y sublime de los conceptos con el materialismo, grosero y vulgar á veces, de sus expresiones más usuales y favoritas. Así, cuando Granada, Diego de Estella ó el padre Nieremberg, en alas del más puro y acendrado misticismo, se elevan á la contemplación de los altos misterios que forman la vida sobrenatural: ya sea que nos pinten los tormentos del pecador en los abismos del infierno, ya sea que descubran los maravillosos efectos de la gracia en el alma de las criaturas ya sea que, apurando el vuelo de la fantasía lleguen á descorrer una punta del velo que oculta á nuestra vista las inefables perfecciones del Ser Increado; en vez de abstraerse, como San Agustín, de toda imagen terrena, de todo símbolo ó adorno que pudiera distraerles de la pura visión de las cosas espirituales, arrastrados por la índole de la lengua y la fuerza de su temperamento me-

ridional, rompen los diques de la imaginación y se pierden en un mar de metáforas y expresiones figuradas de toda especie que si deslumbran por su riqueza y osadía, en cambio no dejan ver la realidad de los conceptos que representan.

Fáltame el tiempo, señores, para seguir discurriendo á medida de mi deseo sobre las condiciones literarias de la lengua española, torpemente juzgada y peor conocida, según se deja ver en sus escritos, por aquellos que intentan demostrar su inhabilidad para servir á la expresión de las ideas y tendencias contemporáneas. Mi propósito no ha sido otro, en realidad, que llamar vuestra atención al estudio y cultivo de este noble instrumento cuyo manejo no es dado alcanzar, á menos de divina inspiración, sino con la lectura asidua y metódica de los buenos modelos, los cuales dichosamente abundan en nuestra antigua y moderna literatura. No imitemos, pues, el ejemplo de los vulgares enemigos de nuestra lengua. Por grande y legítima que sea la admiración que nos inspiran las obras maestras de las demás naciones, no es justo que neguemos á la lengua y á los ingenios españoles el culto que naturalmente les debemos. Sigamos el ejemplo de Moratín el viejo, que, habiendo sido consultado acerca de los autores que un joven debía escoger para formar su librería, contestó: «Griegos y españoles, latinos y españoles, italianos y españoles, franceses y españoles». Y ya que se habla de la lengua castellana como de un documento arqueológico, y se niega á los ingenios contemporáneos lo que se reconoce á los antiguos, yo me permito agregar en este momento: leed con preferencia á los antiguos; pero sin despreciar á los modernos; porque, si es verdad que la España de hoy no es sombra de lo que

fuera en los tiempos de Carlos V y de Felipe I, aún viven y prosperan, para honra de su patria y regocijo de las letras, inspirados vates y doctos escritores que continúan noblemente las gloriosas tradiciones del ingenio español.

Y si el fruto que recogemos no corresponde á las esperanzas que en él habíamos cifrado; si, á pesar de nuestros esfuerzos, la lectura de los grandes maestros no llega á enseñarnos el secreto de la inmortalidad, no culpemos á nuestra hermosa lengua, sino á la pobreza del ingenio que, como el mío en esta ocasión, se impuso una tarea superior á sus fuerzas y llega apenas al término, avergonzado, corrido, y pidiendo perdón al ilustrado y benévolo auditorio.—He dicho.

JUAN AGUSTÍN BARRIGA

➤ ALGO SOBRE MÚSICA ➤

Asistí en noches pasadas á una tertulia en casa de un excelente caballero muy aficionado á la música. Había hecho aprender canto y un instrumento á cada uno de sus hijos, de manera que, por estar ya crecidos algunos de ellos, podía amenizar sus reuniones con piezas de música de diversa especie. La vez que asistí, el programa era tan escogido, las piezas estaban tan al alcance de los ejecutantes y tan bien las interpretaron, que quedé realmente encantado y prometí no faltar á tan agradable solaz. Y no sólo por la música, sino también por esa armonía y comunidad de afectos, acompañada de elevación moral, que establece entre las almas. No discurría allí ese ambiente hipocritón, un tanto vulgar, cargado de voluptuosidades ocultas, ni reinaba la almibarada cortesía de las reuniones en que el baile es el único atractivo, sino que había expansión, franqueza, y el verdadero mérito ocupaba el lugar que le correspondía. Otra cosa me gustó, y fué que no se oían palabras fran-

cesas. Lo noto, porque en los bailes y tertulias suelen volverse franceses recién llegados á Chile muchos de los varones concurrentes. Si ofrecen algo, dicen: *Voulez-vous?* Llaman a sus amigos *Mon cher*; y si á uno le pisan el pie ó le dan inadvertidamente un codazo, exclaman muy comedidos: *Pardon*, caballero! Á mí más me incomoda el *Pardon* que el codazo; pero ¿cómo no aceptar la excusa, cuando, en el modo con que la dice, bien se echa de ver que esta buena gente cree con sinceridad que *Pardon* es cosa mucho más fina y delicada que el castellano y vulgar *Dispense usted?*

No recuerdo bien todas las partes del programa; pero dos me gustaron sobremanera.

Un joven que tenía bonita voz de barítono, cantó una composición de Rotoli bastante bella, *Ho sognato*, con la énfasis, el brío, el entusiasmo de un verdadero italiano. De ordinario, estas piezas italianas para ser cantadas en los salones, manifiestan pasiones exuberantes, desbordadas, como las que suelen encerrar los novelistas en algún tipo esencialmente meridional. El autor de la letra de las piezas referidas, por cualquiera muchacha, manosea á Dios, á los ángeles y alborota al mundo entero: el músico hace suyo el caso, y rebusca melodías apasionadas y notas vibradoras. Los franceses entienden el asunto de otro modo, y sus cantos amorosos son sencillos, ingenuos, y tienen un tinte de melancólica contemplación. Compárese el sonido dulce y suave de las palabras *Je t'aime, amour, cœur*, con el sonoro y naturalmente apasionado sonido de sus equivalentes italianos: *T'amo, amore, cuore*. Esta diferencia indica de algún modo lo que pasa en la música de ambas naciones.

Puede inferirse de lo anterior que nuestras señoritas

que, por lo común, nada tienen de meridionales, seguramente se quedarán cortas en la expresión de los cantos italianos, y que los cantos franceses están mucho más á su alcance y se conforman más con su modo de sentir. Y si alguna niña posee imaginación artística suficiente para interpretar como es debido los cantos apasionados, no se atreverá en un salón á cantar como ella deseara hacerlo, por cierto temorcillo que es bien fundado. Las señoras tienen mucho miedo á las inclinaciones artísticas muy manifiestas de sus hijas: imaginan encontrarse el día menos pensado con alguna escalera de cuerda, ó raptó, ó casamiento desigual inevitable. Á una niña que canta suavcito y monótono, que dice con desgano y como sin comprenderlo: *T'amo, morró per te*, á esa la aplauden con sinceridad, dicen de ella que sabe cantar, le celebran la gracia á porfía, sobre todo si hace pocos meses que está estudiando, como se apresura á atestiguarlo la mamá, y no falta alguna alma sensible y lacrimosa que hable de un frío especial con erizamiento, indicios de honda emoción. Pero si una niña se posesiona de su papel, se imagina amante; si canta con ardor, con entusiasmo; si el rostro se le anima y le brilla la mirada; si saca la voz con valentía, ó la suaviza y apaga hasta asemejarla al rumor de un aura cariñosa; si á ratos parece dejarse arrebatado por momentánea inspiración, entonces... ¡oh! entonces asusta, casi ocasiona un pequeño escándalo: las niñas que la oyen se ponen coloradas, los mozos se codean y se entienden mutuamente, los viejos se muerden los labios, y las señoras se comunican al oído:—«Qué exageración! ¡Si parece comediante!»

La otra pieza que me agradó fué una sonata de Haydn que tocó Julita, la hija mayor de la casa, con gracia y

limpieza incomparables. La inspiración de Haydn es clara, sencilla y de divina ingenuidad; pero, al propio tiempo, de extremada delicadeza. Por poco que el intérprete se descuide ó carezca de sensibilidad musical, puede volver á Haydn monótono, y lo que es peor y más expuesto, pueril. En la sonata que digo, había un *allegretto innocente* que la joven tocó de tal suerte que no menos me conmovió la música misma que lo inesperado de una ejecución perfecta. Y es lo bueno que Julita (á quien por primera vez conocía), antes de sentarse al piano, me pareció poco simpática y sin gracia: no le hallaba punto de comparación con una niña pálida, de ojos negros, brillantes, húmedos, llenos de insondables misterios, que me tenía fascinado desde que entré á la sala. Pues bien, cuando Julita se levantó del piano, me pareció simpática y graciosa, y me interesaba más que la de los ojos negros. Debo dar aquí una explicación. Mientras Julita tocaba, la otra no atendía á la música sino á la conversación de un barbilucio insignificante que estaba á su lado. En una pausa de la sonata, oí que el jovencito informaba á su compañera acerca de un nuevo caballo que por esos días iba á correr en el hipódromo. Debía de ser una bestia extraordinaria: alcancé á percibir que se llamaba *Saucy Boy I*, y era hijo de *Twilight IX* y de *Countess Dowager IV*. Tomé nota de esto por lo que pudiera ofrecerse. Advertí también que el jovencito pronunciaba malísimamente estos nombres ingleses; pero con tal cerramiento de boca y aparato británico que, cualquiera que no supiese inglés, lo podía tomar por hijo legítimo de la nebulosa Albión.

Terminada la sonata, me acerqué á un amigo mío y, sin acordarme de que le iba á tocar su lado flaco, le dije:

—¡Qué admirable!... ¿Y me lo crearás? Pues te juro que ahora me atrae más Julita que aquella sirena de ojos negros...

Y le referí lo que había presenciado.

Mi amigo se sonrió, movió la cabeza como dando á entender que comprendía bien, y me dijo:

—Te lo creo.

Sébase previamente que este joven andaba desde hacía dos ó tres meses entregado al estudio de la estética. Tomaba sus estudios con mucho ardor y tenía un espíritu propagandista de los mayores, de manera que no desperdiciaba ocasión de desenvolver sus teorías y doctrinas á cualquiera persona de buena voluntad para escucharlo, y como era individuo de muy buenas partes, uno no podía excusarse de sufrir su inofensiva charla.

—Te lo creo—me repitió cogiéndome un botón del frac y llevándome á un rincón, adonde lo seguí cabizbajo y mordiéndome el bigote.

—Aquí, amigo mío—continuó él—tienes un caso (y me felicito de que se haya presentado tan oportunamente) un caso, digo, que te podrá iniciar en la teoría de Platón sobre la belleza suprasensible, de la cual te he hablado en otras ocasiones. ¿Por qué te desagradaba Julita? No debía de ser tan sólo por la poca gracia de su aspecto, puesto que ahora la miras con los mismos ojos y no la encuentras como antes. Te desagradaba porque en la figura y cuerpo de Julita, creías hallar la manifestación de una alma apática, fría y sin gracia. ¿Por qué te atraía esa sirena, como tú la llamas? Te atraía porque en la simpatía de su persona y en los ojos principalmente, creías hallar la manifestación de una alma sensible y apasionada; veías

tú un bien que tu voluntad apetecía y que hermoseaba tu intelecto (á mi amigo le ha caído muy en gracia esta palabra «intelecto» y no usa otra). Ahora bien, Julita te acaba de probar que posee un alma superior, capaz de comprender y sentir las sublimes concepciones del arte. No ves ya en su aspecto lo que antes veías y, por eso, ahora te gusta. Por su parte, la sirena, con preferir la frívola conversación de un lechuguino á una inspirada composición musical, te ha probado que es un alma vulgar, que no corresponde al ideal de belleza suprasensible femenina que tu intelecto había aprehendido erróneamente...

Mientras así hablaba, me había llevado á una salita inmediata, donde sólo se hallaban dos jóvenes que estaban disputando muy acalorados. Al principio sospeché que tratarían algún negocio de dinero; pero no era eso, sino que discutían acerca de las cualidades de la raza latina y la germánica. Me divertí la ocurrencia. Sin dejar de aprobar con la cabeza la charla estética de mi amigo, me puse á escuchar lo que los otros decían.

En esto entró el dueño de casa, y viendo lo que ahí pasaba, exclamó:

—¡Está bueno! ¿Qué se han figurado ustedes? ¿Que están en los claustros de la Universidad? Me harán el favor de salir de aquí inmediatamente, y de ir á ofrecer el brazo á las señoras para llevarlas al comedor.

Obedecemos esta orden de muy buena gana, y yo con alborozo.

Al pasar á la otra sala, en un descuido del caballero, me dijo mi amigo en voz baja y casi misteriosa:

—Hay consideraciones muy importantes que se des-

prenden natural y lógicamente del caso concreto que acabamos de analizar, y que nos llevarán poco á poco hacia la gran teoría de Platón. Siento...

—Más lo siento yo—me apresuré á decir—porque ya el asunto me iba interesando seriamente. Será para otra vez...

Por la mayor de las casualidades me tocó acompañar al comedor á la sirena de ojos negros. ¡Fragilidad, tu nombre es el de cada sér humano, hombre ó mujer! Me vi de nuevo hechizado. Me consideré muy feliz con poder pasar un rato al lado de ella. Le hablé del buen *Saucy Boy I* y de sus nobles ascendientes; conversamos de la temperatura, de paseos, visitas, amorcillos, de la simpatía ó fealdad de tal ó cual persona, de mil tonterías sobre las cuales discurría ella gravemente. Á pesar de las variedades que estaba oyendo, esos ojos me atraían con fuerza irresistible, y me empecinaba en ver en ellos las puertas de una alma sensible, apasionada, llena de insondables misterios, y el más insondable de todos me parecía la vulgaridad y frivolidad mismas de esa hermosa niña.

Pero estos fueron simples incidentes de la velada: la parte sustancial le correspondió á la música, y en ella me fuí pensando al volver á casa.

¿Por qué no sabrán todos música? decía yo. En cualquier parte podría uno pasar ratos tan deliciosos, y ya no valdría mayor cosa el arte de hablar sin decir nada, y no se volverían las tertulias puro floreo y baile, que es de lo más aburrido para quien no gusta de bailar ni de hablar sin ton ni són.

Pero, por desgracia, todavía falta mucho para llegar allá. Aún no es aquí obligatorio el estudio de la música, ni su conocimiento es mirado en la sociedad como indis-

pensable para una persona ilustrada. La miran como un ramo de adorno, siempre que no sirva para ganarse la vida. Si es adorno, para mí lo es tanto como la corbata en el vestido. En los tratados de higiene se da explicación racional de todas las prendas de nuestro traje; pero el corbatín que ahora usamos no puede tener sino un fundamento estético, que debe de ser interrumpir la monotonía del blanco de la camisa. Una persona que no siente ni entiende la música, por muy ilustrada que sea en otros ramos, se me representa como si anduviese sin su corbata moral, y me da idea de un individuo interiormente desaliñado y poco cuidadoso de la delicadeza, pulcritud y gracia de su persona moral. Nadie que se estime en algo se atrevería á presentarse, ni aún delante de sus amigos íntimos, sin el adorno de la corbata; pero muchos no tienen inconveniente en echarlo á gracia aquello de no saber palabra de música. Y es curioso lo que pasa en esto. Cualquiera medianamente ilustrado, pide, cuando se ofrece la ocasión, que le expliquen prácticamente el significado de los términos técnicos de ciencias ó artes que oye con frecuencia ó que ha adoptado el lenguaje figurado ó el corriente, y aún, si no teme molestar, querrá que le expliquen los procedimientos artísticos ó científicos que estén á su alcance; pero, con respecto á la música, no sucede lo mismo. Tal individuo asiste con frecuencia á óperas y conciertos, oye todos los días tocar el piano en su casa, ve montones de piezas de música, y, sin embargo, mira los caracteres musicales como gero-glíficos indescifrables, no comprende cómo el que toca piano puede seguir dos renglones á un tiempo, no sabe en qué consiste la sonata, el rondó, la sinfonía, no tiene idea de la estructura general de la ópera. Permanece

tranquilamente en su ignorancia y, sin duda alguna, se avengonzaría mucho de una ignorancia tal como esa en un ramo con el cual estuviera tan en contacto como está con la música.

Todo esto no impide que juzguen las composiciones musicales con satisfecho dogmatismo. Nadie tiene empacho para decir y sostener que tal pieza es bonita, fea ó que aburre soberanamente. Nadie cree que le falta razón para aplaudir ó silbar á un artista cuando le da la gana. En cambio, aquí existe grandísimo respeto por la pintura. Cuando á alguno que no conoce la pintura se le pide opinión respecto á un cuadro, vacila, titubea, espera otros dictámenes y, si lo apuran, declara sencillamente que nada entiende en esta arte, y que por tal motivo no se atreve á decir nada. Sin embargo, á mi entender, un individuo dotado de sensibilidad artística, educada por la lectura de grandes poetas y la contemplación de las obras de arte que una capital ofrece á sus moradores, y que, por otro lado, ignore por completo la parte científica de la pintura y de la música, acertará más fácilmente en la verdad al juzgar del mérito de un cuadro que de una composición musical.

La razón está en que las realidades de la naturaleza con su forma y colorido son el medio de expresión de la pintura, y este idioma en que nos habla el pintor nos es conocido, como que desde que abrimos los ojos no vemos otra cosa. Si un pintor no pasa más allá de copiar servilmente la naturaleza, es claro que hasta la gente más zafia podrá decir si ha acertado ó no, con tal que juzgue de lo que bien conozca. Si otro pintor, por carecer de inspiración no aspira más que á ocasionar una sensación agradable por medio de la armónica distribución de los co-

lores y cierta elegancia en la elección y disposición de los objetos y figuras, podrá apreciar este mérito una persona de buen gusto. El mismo criterio que guía á una señorita distinguida en la elección del matiz de un vestido, tomando en cuenta la circunstancia en que se ha de usar, la estación y lo más ó menos luminoso del día; el mismo criterio que le sirve para tomar posturas graciosas cuando está conversando, ó sentada, ó al andar, ese mismo le servirá para apreciar la obra del referido pintor. Y si se trata de un artista verdadero que se dirige al entendimiento por medio de la representación de la naturaleza, será entendido y comprendido por todo el que sea capaz de remontarse á esas regiones y sea sensible á la belleza pictórica. Es claro que siempre ha de requerirse alguna práctica de contemplar cuadros para acostumbrarse á los distintos estilos y á los recursos y procedimientos de que se valen los pintores para reproducir la naturaleza, puesto que una reproducción exacta es, en la mayor parte de los casos, materialmente imposible. Si á un rústico le presentan una copia fiel del horizonte que ve todos los días desde el corredor de su casa, no lo reconocerá por de pronto en la copia, luego lo encontrará parecido y, con poco más que contemple el cuadro, lo encontrará igual.

No he querido decir, por cierto, que sea cosa sencilla llegar á un juicio pronto y acertado. Ya para esto se necesita práctica y mucha. Y siempre es bueno imitar á la mujer hacendosa que, antes de comprar un género, lo mira y remira, lo examina al revés y al derecho, lo saca á la luz, lo palpa, lo frota y, todavía no contenta con esto, pide una muestrcita para llevarla á su casa, examinarla con detención y someterla á diversos experimentos, y todo sin prestar el menor caso á las recomendaciones del

tendero que le dice que ese género es el más bonito, barato y bueno que nunca ha tenido.

Por si algún lector desconfiado creyese que estoy hablando de la pintura con un desenfado que no me corresponde, contaré que no soy lego en esta materia: he tenido sucesivamente á tres profesores, todos los cuales habían practicado su arte en Europa; yo mismo paso ratos muy entretenidos borroneando telas; he leído obras tocantes á la pintura y no le he encontrado hasta ahora nada de misterioso é isotérico. Recuérdese que los griegos exhibían sus cuadros en la plaza pública y tomaban en consideración los reparos de los transeúntes. Pero eso era en tiempos de la sencillez clásica; ahora estamos bajo la pedantería moderna. Antes que un pintor se allane á reconocer en su cuadro el defecto que le señala uno que no sabe pintar, probará con mil razones que el defecto no está en el cuadro sino en los ojos y en los sesos de crítico impertinente. No faltan aquí pintores que, encastillados en lo inexpugnable de su arte para los profanos, nos dan gato por liebre, y quieren que se les reconozca originalidad y genio en virtud de sus atrevimientos de estilo y colorido. Uno con sus borrones grises, otros con sus verdes crudos, éste con horizontes encendidos, aquél con perspectivas violentas, procuran mantener á raya á los profanos. Y si uno dice:—¿Qué significa este cuadro?—Tal cosa, le responderán.—¡Pero si esta cosa, replica el otro, no se ve ni parecida en ninguna parte!—¡Ah! le contestan misteriosamente, es la manera, la escuela del pintor.—Ahora bien, como esta escuela y manera es ininteligible por ir fuera de lo ordenado, racional y lógico, resulta que la concepción estética queda sumida en profundas tinieblas para el que no está en el secreto.

En literatura hay escritores mediocres que, á falta de pensamientos, la emprenden con el estilo, lo rellenan de palabras altisonantes é inauditas, las colocan fuera de todo orden gramatical, alargan ó acortan los períodos como nadie lo hace, y con esto se echan atrás y miran por sobre el hombro. Así estos pintores, temerosos de que los tachén de copiadorez serviles de la naturaleza, se lanzan á extravagantes exageraciones y todo lo componen con decir: «Es mi escuela, es mi manera». Al templo de la belleza no se llega por atajos ni senderos extraviados, sino por aquel camino que la inspiración señala, el de la sencillez, camino ancho, recto y siempre accesible al favorecido de las musas.

Decía que no era fácil acertar en los juicios sobre una composición musical, sin conocer siquiera los elementos de este arte. En efecto, el músico manifiesta sus ideas por medio de sonidos musicales combinados y ordenados de suerte que forman verdaderas frases y períodos que se explican unos á otros, que desenvuelven una idea matriz ó «motivo», ni más ni menos que en el discurso literario. El discurso literario tiene signos de puntuación, y el musical tiene sus equivalentes en las diversas especies de cadencias. Aquél no puede manifestar simultáneamente varios pensamientos independientes entre sí, y éste lo puede, encerrándolos en una idea general que los abarque á todos ellos y los unifique, sin estorbar su desenvolvimiento propio. ¿Y cómo se conseguirá penetrar la idea del músico y seguirla, cómo se conseguirá sentir lo que él ha querido que se sienta, si no comprendemos claramente su idioma, si no sabemos distinguir lo principal de lo accesorio, lo explicativo de aquello que está explicando? Bien creo que en melodías sencili-

llas, de ritmo y corte familiar al oído, no habrá esta dificultad; pero aparece por poco que la melodía se complique, sobre todo en música instrumental. Se necesitará entonces de repetidas audiciones para comprender la pieza y formarse acerca de ella un conocimiento práctico, á fuerza de oírla; pero, de ordinario, cansan y disgustan antes que se llegue á este resultado. Y puede asegurarse que ni aún así el conocimiento será completo. Por muchas veces que un individuo haya oído un adagio de Mozart ó de Beethoven, por ejemplo, cuando pueda leerlo musicalmente, todavía hallará bellezas en que no había reparado y que le ocasionarán nuevas y más concretas sensaciones. La aversión que suele inspirar la música clásica no proviene de que los clásicos sean embrollados de por sí, sino de que no los entiende el que los oye, y no los entiende puramente por ignorar los elementos de la música, dado que por otra parte posea suficiente sensibilidad estética. Con frecuencia oímos decir: «Tal música me gusta porque es clara, y la considero buena porque me ocasiona sensaciones agradables; tal otra no me gusta porque es confusa, y me aburre.» ¿Y si la que él considera confusa es tan clara como la otra, ó más todavía? Bien puede decirse: Si á un poeta que conoce todos los recursos del idioma y los emplea con acierto, le dijera un ignorante:—«Sus poesías me disgustan porque son oscuras. Hay en ellas multitud de palabras y giros extraños que nunca he oído y cuyo significado no comprendo.—Usted querrá sin duda, contestará el poeta, que escriba como el popular Guajardo ú otro así. Trajine un poco el diccionario de la lengua y después hablaremos.»

Muchos creen que comprenden y sienten la música

porque á menudo se entusiasman con ella, pero probablemente no se han tomado el trabajo de averiguar el origen de sus sensaciones. En la mayor parte de los casos se encontrarían con que el origen es simplemente acústico; quiero decir con esto, que dicho origen está en la belleza propia de los sonidos musicales y nó en la belleza del pensamiento que los sonidos manifiestan. Todos pueden observar lo que pasa en los teatros y salas de concierto. Un *do* de pecho limpio y sostenido, un trino fresco y argentino, las *fioriture* graciosas, las cadencias prolongadas con variedad en la emisión de la voz, las notas picadas, los pasajes brillantes de los instrumentos, las masas corales numerosas y bien ensayadas, las partes musicales con ritmo muy acentuado, sea cualquiera su valer melódico, y otras cosas á este tenor, arrancan indefectiblemente aplausos, levantan y alborotan á un auditorio que tal vez acaba de oír con mortal frialdad un pasaje delicioso y correctamente interpretado. Quizás en todo el auditorio habrá habido muy pocos que hayan tenido sensaciones verdaderamente musicales, emanadas de la inspiración misma del músico. De aquí proviene que los cantóres se cuiden poco de interpretar concienzudamente la obra, sino que, por agradar al público, se guardan para admirarlo con sonidos inesperados y briosos, que inventan y agregan á la pieza en caso necesario.

Con la música, de piano sobre todo, que oímos en los salones, pasa lo mismo. Se atiende á agradar á los oyentes con la agilidad de los dedos, la brillantez de los sonidos ó cierta expresión afectada. Los alegros se vuelven carreras y los andantes plegarias lloronas; al simple acompañamiento le dan tanta importancia como á la melodía; el pedal mantenido reúne armonías discordan-

tes; pero de todo eso resulta una bulla musical que deja muy satisfecha á la señorita que está tocando. Uno de los recursos de expresión más usado, y que es harto insoportable, consiste en no tocar las notas del bajo simultáneamente con las que acompañan, cuando así está escrito, sino un poco antes ó después, con lo cual creen conseguir una expresión de languidez muy grande ó de elegante descuido. La música que escogen va también por este camino: vales de moda ó *fantasías* sobre temas de ópera hacen todo el gasto. Tal vez será ingenuidad mía confesarlo; pero me atrevo á decir que prefiero una pieza de regular bondad escrita directamente para piano, á las mejores fantasías, aunque sean de Liszt, Thalberg ó Prudent. Verdaderamente tienen algo de heterogéneo estas composiciones: por una parte siguen la inspiración del autor de la ópera, y hay que imitar ya á la voz humana con su blandura, ya á la orquesta con su rigidez y sonoridad; por otra parte, entran por cuenta propia el autor de la fantasía y el piano. Sin duda alguna, maestros como los nombrados lograrían con su genio y maravillosa destreza dar unidad á la composición y conseguirían que apareciera toda entera como resultado de una misma inspiración; pero este secreto no lo podían transmitir en el papel. Mientras tanto, las tales fantasías sirven maravillosamente para echar á perder el gusto. Desde luego aparece que el motivo emprastado á la ópera, es un pretexto para amontonar escalas y arpeggios; así no más lo entienden de ordinario, y se acostumbran á mirar del mismo modo cualquier género de piezas. Todo el empeño de las señoritas tiende á salir lucidas en los referidos pasajes y variaciones brillantes; miran el motivo como parte secundaria, y le apuran, retardan ó

suspenden el movimiento según les convenga. ¿Y cómo habrían de imitar voz humana, ni orquesta, si muchas veces no han oído la ópera del caso, y no tienen idea alguna de los afectos que dicha melodía manifiesta, y si se preocupan tan poco de comprender el sentido de lo que saben leer, de modo que generalmente tocan como leería un niño de doce años un capítulo de Hegel? En todo caso, si desdeñan aplicarse á interpretar los autores con sencillez y corrección, más vale que destrocen todas las fantasías del mundo antes que un valse de Chopin ó una sonata clásica.

Estamos viendo que se puede leer la música sin entenderla; pero, para que una persona esté, en general, en aptitud de juzgar y sentir la música como es debido, ha de saber leerla. La solfa ó arte de leer y entonar la música, viene á ser lo que el Silabario. Y para guiarse en la música y tener un criterio más ó menos seguro, hay que leer obras sobre ella, como es necesario conocer obras de crítica para formar el gusto literario. Las hay muy buenas, de fácil comprensión, de lectura entretenida y que todos pueden procurarse. Me tomaré la libertad de recomendar algunas. Cito en primer lugar *La Música puesta al alcance de todos*, de M. Fétis. Aunque este título trae el siguiente agregado: "ó sea breve exposición de todo lo que es necesario para juzgar de esta arte y hablar de ella sin haberla estudiado," sin embargo, el que ignore la solfa no comprenderá fácilmente la primera parte, y sin alguna práctica de la música bien puede aburrir la lectura de la obra; pero así y todo es de lo mejor y más accesible que pueda hallarse en libros de esta clase. *Los Músicos célebres* de M. Clément es obra que ya va siendo conocida. Antes de oír

una ópera es muy provechoso consultar el *Diccionario Lírico* del mismo autor.

Á propósito de óperas, parece que es indispensable hojear una buena transcripción para piano de la ópera completa, si uno quiere ponerse bien al cabo de ella, conocer sus partes y estructura y saberla apreciar. No basta con la audición sola, por frecuente que sea. El aparato escénico, la parte dramática, el papel de la orquesta que no sabemos distinguir y poner en su lugar, y hasta la concurrencia, distraen más de lo que uno se imagina. Haga cualquiera la experiencia: recorra en el piano una transcripción completa de la ópera que más haya oído en el teatro, y hallará que se le había escapado buena parte.

La excelente obrita de Castro y Serrano, *Los cuartetos del Conservatorio*, disipará muchas prevenciones contra los clásicos.

Con las buenas revistas y críticas musicales uno aprende muchísimo. Á mí me encantan las que M. C. Bellaigue publica en la *RÉVUE DE DEUX MONDES*, tanto por lo racional y acertado de sus juicios (en cuanto uno puede apreciarlos) como por el entusiasmo verdaderamente ingenuo y espontáneo, y su estilo ingenioso, vivo y en extremo poético. Á veces tanto se entusiasma delante de cada bella página musical, que uno llega á perder la noción del mérito relativo de dicha parte; pero si éste es defecto, es defecto muy simpático. En el número de la citada REVISTA que corresponde al 15 de marzo del año pasado, publicó M. Bellaigue un artículo, «El cincuentenario de los *Hugonotes* en la Ópera», artículo que tengo por acabado modelo de crítica de la interpretación de una ópera. Bueno sería que lo leyeran (porque no se nota que lo

hayan leído) los que aquí acostumbran escribir revistas de música teatral. No poco les asombrará ver que ahí para nada salen bemoles, sostenidos, compases de tres por cuatro y de seis por ocho, modos mayores y menores, ni la frase tal que se desenvuelve en tantos compases, ni nada de esa jerga pedantesca con que ellos acostumbran empajar sus artículos. Y todo para venir á parar en que la soprano señorita Tal (porque en el teatro las mujeres tienen la gracia particular de no llegar nunca á señoras, aunque sean casadas y tengan más de cuarenta años, sino que se quedan siendo señoritas), que la señorita Tal canta como un ángel, que el señor Cual es un tenor de alto bordo, y así con los demás; y para que la imparcialidad no pierda el equilibrio, cogen á un par de artistas pobres diablos, y unas veces los amonestan severamente, y otras les dan caritativos consejos con modo magnánimo y protector, asegurándoles, para que no se desalienten, que si hacen como les dicen, llegarán en un tiempo dado á las nubes ó poco menos.

Pero es el caso que el estudio de los elementos de la música, si bien corto, exige paciencia, y la paciencia anda siempre muy escasa para estudios áridos y de puro provecho moral. La cosa se complica, si se atiende á que bien pocos querrían estudiar la solfa, si, al mismo tiempo, no habían de aprender á tocar algún instrumento, y ya para esto se necesita mucha paciencia. Cuántos no dicen: ¿por qué no me obligarían en el colegio á aprender música? Y en efecto, cabe preguntar: ¿por qué no es obligatorio el estudio de la música? ¿Tal vez porque ya hay bastante que estudiar? Pero ¿qué inconveniente habría en restringir tal ramo y suprimir tal otro inútil en provecho de la música? Hasta ahora me estoy preguntando con qué objeto me

obligarían á estudiar el álgebra; sin embargo de que nadie podrá negarle su primordial importancia en la carrera del matemático. Respecto á la gramática, se profundiza de tal manera que no parece sino que todos se fueran á dedicar á la filología. Con la vigésima parte de ese montón de reglas, un escritor tiene de sobra. Lo que á él le importa es tener á la mano bastantes palabras propias y giros expresivos que den al discurso claridad, novedad y elegancia; y para esto de bien poco le sirve la gramática, sino el ingenio propio y la lectura constante de los clásicos de la lengua.

¡Cuánto mejor no sería que estas superfluidades de ciencia, que se olvidan en la semana misma del examen, cediesen su lugar á la música, hacia la cual el hombre que la comprende y la posee se vuelve con más y más amor cada día! Y téngase presente que el conocimiento de alguna de las bellas artes y su cultivo, es ya indispensable para contrapesar en cada uno de nosotros la influencia de esta atmósfera positiva, egoísta, interesada, que nos envuelve con creciente densidad, atmósfera que marchita las ilusiones no bien comienzan á abrirse, y pronto acaba con todo sentimiento noble, ideal y generoso. La belleza artística llega á nuestra alma y la ensancha, dilata y vivifica, como á las flores el sol y el aire puro. Dejando á un lado á la poesía, que es de otro orden, ¿cuál de las bellas artes es más accesible y menos exigente de tiempo, comodidades especiales y hasta de gastos que la música? ¿Qué arte ocasiona como la música esas sensaciones tan dulces y vagas, tan suaves en su vehemencia misma, que nos conmueven hasta lo más hondo, sin fatigar el espíritu ni excitar las pasiones con imágenes vivas y brillantes? ¿Qué arte ofrece más entretención en

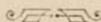
el ocio, más descanso al ánimo, cuál trae más plácido deleite en las horas de tristeza? ¿Qué arte hay más social, más propio para juntar en una distintas voluntades, y más individual á un mismo tiempo? Porque cuando uno toca ó canta hace suya, encarna en sí la inspiración ajena y la produce de nuevo como si brotara espontáneamente de su propio sér. ¿Ni qué arte hay más inocente? Bien puede decirse que en dos ocasiones el hombre más malo parece un santo: cuando duerme y cuando toca.

PEDRO N. CRUZ



ALGO DE ARTE

POLÍTICA, LITERARIA Y PLÁSTICA



I

No hace cuatro años, los viejos escritores lamentaban en sus conversaciones íntimas cierta inmovilidad literaria que les revelaba, si no una absoluta esterilidad intelectual, á lo menos un parasismo alarmante. Procuraban explicarse de mil maneras el fenómeno, el cual se hacía más notable, desde que con él coincidía una afición artística exagerada y por lo mismo de una infabilidad absoluta; puesto que los más entusiastas carecían hasta de una mediana preparación para juzgar de artes, salvo los que habían viajado y los pocos alumnos que en Europa habían aprendido á dibujar ó á plasmar.

Entretanto la Universidad promovía certámenes literarios, cuyos resultados quedaban encarpetados, y el que en 1883 abrió un particular para composiciones dramáticas fué bien infecundo. Había esterilidad sin duda, y oficialmente, por otra parte, se protegía aquel conato artístico, y también á las sociedades de fomento, las cuales,

por desgracia, no conciben el progreso en el orden activo sin la protección de los impuestos legales y las exclusiones y privilegios, que no pueden dejar de entabrar las industrias en un país, como el nuestro, de escasas y costosas producciones, sin capitales ni población y de un vivir excesivamente caro, por muchas causas, y sobre todo por la que tiene origen en el papel moneda.

Hasta pocos años antes, el movimiento literario había sido coetáneo con el desarrollo de las ideas liberales; y ambos habían prevalecido y tomado mayor vigor, mientras más estrecha se mostraba la política de la clase gobernante, como si se reanimaran con la esperanza de hacerla más liberal, más social. Pero cuando ya esa política comenzaba á ensanchar sus horizontes, y el espíritu público cobraba nuevos alientos desde 1874, estalló la guerra, que lanzó en otro rumbo las fuerzas activas del país, y nos mantuvo por tres años embriagados de gloria, de deslumbrantes ilusiones y de osadas esperanzas.

Gloria, ilusiones y esperanzas fortificaron naturalmente nuestro egoísmo, que en nosotros es un instinto disciplinado por nuestra estrecha civilización colonial, y cuyas falsas inspiraciones nos tienen en momentos de extravíos, que nos desvanecen. En una organización política, como la nuestra, que hace irresponsables á los mandatarios, dejando cuando más para algunos cierta responsabilidad muy difícil, y dando á todos ellos el poder de hacer mal, desde que su autoridad no se limita á las atribuciones necesarias para servir y hacer el bien de los gobernados; en una organización semejante, no es extraño que aquéllos crean seguir las inspiraciones del egoísmo nacional, cuando no obran sino por las del

suyo propio, confundiendo inmoderadamente su personalismo con la autonomía y el interés de la nación. De aquí nuestros gobiernos bizantinos, con reyes absolutos, disfrazados de presidentes temporales, los cuales hasta favoritos tienen, como los Felipes de España, aunque sin los talentos de Antonio Pérez, si bien lucen la sandía soberbia y la alteza del conde duque de Olivares.

Un gobierno al estilo, lo absorbe todo y se hace en propiedad el centro de todas las esperanzas y egoísmos individuales, de todas las ambiciones y codicias, cortando el vuelo al espíritu y secando en su fuente todas las espontaneidades. El movimiento social cesa, el cultivo de las letras se esteriliza, porque el favor del poder omnipotente encarrila todas las actividades en la esperanza de enriquecer pronto y á poca costa á su sombra, y porque el predominio de la voluntad de los mandones debilita el orden legal, desde que ella se sobrepone á las leyes. Sin legalidad, medran naturalmente la sordidez y las avaricias.

Pero eso tienen de bueno los gobiernos personales, que afortunadamente no pueden satisfacer á todos, ni dominarlo todo: siempre quedan fuera de su círculo los desengañados, los que carecen de favor y de influjos, los que se sienten con fuerzas para luchar de su cuenta, sea por su propio interés, sea por orgullo, sea en defensa de la verdad, de la justicia, de la ley, y por tanto del pro comunal. Esta es su fatalidad, aunque su organización sea fan hábil y tan poderosa como la del segundo imperio francés. Todo personalismo en el poder es infecundo, enervante y corruptor, y por lo mismo perece. Sólo es fecundo y duradero el poder de la ley. ¡Qué mucho en-

tonces que en 1887 haya empezado entre nosotros una reacción que brota en todo el horizonte!

En la política se muestra por el terrible desprecio con que la nación mira al gobierno, á sus representantes y los negocios públicos, desengañada ya de los que se dan título de liberales para matar la causa, para desacreditar sus principios, para hacer creer que el partido liberal es tan hábil ó casi más que lo que fué el conservador hasta 1861, para emplear en su provecho y el de sus secuaces el poder absoluto, irresponsable, invasor, conculcador de toda ley y de todo derecho, que la Constitución de 1833 pone en manos de ese titulado *Jefe Supremo de la Nación*, á quien, con el nombre de Presidente de la República, *está confiada la administración y gobierno del Estado, y cuya autoridad se extiende á todo cuanto tiene por objeto la conservación del orden público en el interior, y la seguridad exterior de la República.* ¿Con esta disposición del artículo 81 de la Constitución, puede existir en Chile la república? Lo estamos preguntando desde hace treinta y ocho años, y sólo ahora que los fingidos liberales han mostrado que son tan capaces como los contrarios de la verdadera idea liberal para sacrificarla, principia el desprecio, que se traducirá pronto en conflicto. Va á llegar el día de decirles lo que el Dante á Florencia.

*La gente nuova, e i subiti guadagni
Orgoglio e dismisura han generata,
Firenza, in te, si che tu già ten piagni.*

Lo que Rossell traduce: «La gente nueva y las fortunas repentinas te han dado, Florencia, ocasión á orgullo y á excesos tales, que ya los estás llorando,» *Inf.* 16, t. 25.

En el orden social se muestra esa reacción por una pronunciada aspiración á la legalidad y al imperio de la justicia, aspiración infundida por los desórdenes que provoca la desmoralización administrativa y por los crímenes con que escandalizan la pasión y los vicios individuales alentados, por una parte, con la lentitud de la administración de justicia, y por otra, con la esperanza de los empeños que pueden ponerse en juego para obtener, á lo menos, una conmutación de la pena, que concede el gran funcionario cuya autoridad se extiende á todo cuanto tiene por objeto la conservación del orden público.

En el orden especulativo, la reacción, aunque igualmente espontánea, es, por fortuna, más franca y no teme obstáculos, desde que la autoridad apenas puede ponerlos, encareciendo la impresión de libros por el impuesto con que grava la importación del papel adecuado. El espíritu, emancipado de los mirajes que la situación política le presentaba, se ha sentido fuerte y ha irradiado con nuevas aspiraciones al arte y á la literatura de una manera espléndida y extraordinaria. Los certámenes promovidos en este año por la Universidad y por el señor Varela, han tenido una concurrencia tan inesperada como asombrosa: tan sólo en el segundo, no se han presentado menos de treinta composiciones en prosa y de novecientas sesenta en verso, entre himnos, poesías líricas y fábulas. Los concurrentes han pasado de un centenar.

Esto, al mismo tiempo que, por una parte, llamaba la atención el arte plástica con pinturas y esculturas nacionales, y que, por otra, aparecían tres ó cuatro volúmenes de poesías y de prosa. Semejante movimiento tiene algo de extraordinario y merece el estudio de los amigos del progreso intelectual. Tratemos de caracterizarlo, que ya

que la estética no halla nada de bello en la política militante, puede encontrar materia de estudio en la literatura y las artes plásticas.

II

El último libro que en estos días se ha publicado, *Reoglones Cortos*, poesías de Alfredo Irarrázaval Zañartu, nos da pie, como dicen, para hacer nuestro pequeño andamio, porque el señor Darío que suscribe el prólogo, después de aseverar que si el autor fuera francés, pertenecería «al grupo de rabelesianos que hoy encabeza Armand Silvestre, y que tiene por primer pontífice al creador de Gargantúa, y por uno de los padres de su iglesia al buen Brantôme,» agrega estas palabras que nos han llamado la atención, por venir de un notable poeta extranjero, que ya tiene celebridad entre nosotros: «No nos ha llegado á Chile, por dicha, dice, la invasión pseudorealista que alienta en España, á pesar del azote de Clarín, y que ha surgido aunque flojamente del otro lado de la cordillera. Pero estamos plagados de un falso *neurotismo*, de una literatura hinchada y pretenciosamente filosófica, y lo que es peor aún, de una *grafomanta* poética que es hartó peligrosa.» Luego se complace de que su amigo nos dé el gustoso manjar de lo burlesco, de que no escriba rimas *chatas* y doloras imposibles, de que tenga originalidad, aunque á veces demasiado; pero le censura que escriba en *chileno* y no en castellano.

Las poesías de Irarrázaval, si bien revelan el talento de la burla y la fina percepción del espíritu satírico, están muy lejos de ser licenciosas, como el Pantagruel, y mucho más del escepticismo infecundo de Rabelais, y de

las obscenas intimidades de *Le Seigneur de Brantôme*. Irarrázaval no es de esa escuela, que no puede tener imitadores entre nosotros, puesto que aquí no hay público libertino que pague libros que hacen consistir la gracia en las crudezas del lenguaje, imitando á Rabelais, sin el juicio y el donaire de Montaigne y Voltaire. Por más que se crea que esa «escuela es vigorosa y los frutos lozanos y nada dañinos,» ha de ser falsa é inconsistente, desde que es brutal en su lenguaje y escéptica en el pensamiento, aunque la *sal gala* fuera verdadero *Santo Graal*, y el señor Irarrázaval se juntara á aquellos *caballeros de la risa* para adorarla, como los caballeros del *Graal* adoraban este vaso sagrado que sirvió en la cena de Cristo con sus apóstoles, y aunque escribiera otro romance como el de Merlín el encantador.

Esto supuesto, pediríamos todavía perdón al autor del prólogo para no pensar como él acerca de las plagas que descubre en nuestro movimiento literario. Nosotros no las vemos! En la rica colección de poesías que verán la luz en el primer tomo del Certámen Varela, como en las del señor Irarrázaval y en las líricas, dulces y sencillas que con el título de *Primavera* ha dado á luz don Rosendo Carrasco, buscaríamos en vano la plaga de un *falso neurótismo*, ó mejor neurosis; porque falta en todas ellas la afectación, ó aquel prurito de rebuscar el numen que no hay, como lo hace algún novicio que aspira á ser poeta, olvidando el *Tu nihil invitâ dices, faciesve Minervâ*, de Horacio, y acabando por adquirir una verdadera irritación nerviosa, ó como dicen los médicos, una neurostenia, causada por la ambición de tener estro.

Esto no es común entre nuestros poetas, mucho menos en los que han aparecido en este renacimiento; y si

algunos concurrentes á los certámenes han hecho versos *invitâ Minervâ*, ó sólo por manía (*grafomanía*) poética, se han llevado chasco, porque no han sido considerados, como no son leídos, sino para la risa, los que en los diarios suelen publicar poesías sin inspiración, en estrofas mal construídas ó de lenguaje impropio. Sin duda son de esta clase las que el autor del prólogo llama *rimas chatas*, y que, según él, escriben muchos; pero tampoco creemos que sea notable este defecto en los que como poetas han sido laureados ó distinguidos en los certámenes de este año. Mas esto es muy relativo: no hay obra en versos, allí donde no hay rima, en el sentido general de la palabra; y desde que las estrofas están bien hechas, cosa muy fácil en lengua española, sólo pueden carecer de relieve, cuando no hay poesía, ó en otros términos, cuando no la da el pensamiento. Becquer y Campoamor tienen muchos joyeles poéticos en versos octosílabos de aquellos que Sarmiento llamaba de *cieguecitos*, y sin embargo el lector se olvida de la forma, arrebatado por el estro ó por la profundidad del pensamiento. Esto probaría que no hay rimas chatas, como no hay versos prosaicos aunque lo sean, en obras de esos méritos. Precisamente hace poco se leía en los diarios una crítica literaria del *Canto Épico* del señor Darío, premiado en el Certámen Varela; y á pesar de que lo fué por su versificación generalmente buena y sonora, por su inspiración y buen gusto, y sobre todo por su fantasía delicada y viva, y su numen generoso y potente, se le hacían notar algunos versos prosaicos, como si pudiera haberlos en una obra de semejantes dotes, siendo versos adecuados y bien medidos. Así se podría también achacar tales defectos á los demás poetas del día, si en lugar de contem-

plar sus obras en su forma y su fondo, filosófica y artísticamente, les aplicáramos el cepillo de Hermosilla.

Más sensible es todavía que el distinguido poeta, que considera plagada de aquellos defectos nuestra literatura actual, crea que ella sea además *hinchada y pretenciosamente filosófica*; cuando, á nuestro parecer, no sólo nos falta filosofía, sino, lo que es peor, el ánimo, ó siquiera las pretensiones para buscarla. Somos meticulosos para lanzarnos á las regiones de lo desconocido, de modo que aún los que se hacen escritores por necesidad ó por fatuidad, van siempre con cierta reserva, procurando ser claros y aparecer modestos; y escriben con una llaneza que raya en vulgaridad: la conciencia de que no tienen estudio, y de que no pueden comprobar la verdad de los hechos y de las ideas que van á exponer ó á discutir, los arredra. Esto no deja de ser cierto, aunque de cuando en cuando aparezca algún novicio que, con todo el fuego de la fatuidad, brote juicios á trochemoche, y escriba como avezado pensador sobre personas ó hechos que no conoce, sobre sucesos ideales que no estudia, ó sobre cuestiones políticas cuyos principios ignora; pero aún así, lo hace siempre con la misma llaneza de los otros, aunque la vanidad ó la soberbia den á su mente hinchazón que no le alcanza para su estilo. Es justo no confundir la hinchazón de estilo con la redundancia, la cual es vicio más común entre nosotros.

No son, pues, la hinchazón de estilo, ni las pretensiones filosóficas las plagas de nuestra pobre literatura; ni podrían serlo, desde que tales defectos son individuales, puesto que dependen de la idiosincrasia de cada escritor. No se ha visto aún el hecho de que todos los que escri-

ben en un país sean igualmente hinchados y pretenciosos.

Cierto que hay cualidades generales que caracterizan las literaturas, pero aquéllas no pueden hacerlo, como las que sacan su poder del sentimiento nacional y del arte mal comprendido ó nó. En vano un genio poderoso como el de Góngora pondrá de moda la hinchazón culterana que nace de la conceptuosidad, y será seguido por Lope, por Quevedo y otros; pues la grandiosa sencillez de Cervantes y la encantadora naturalidad de Calderón, de Alarcón y de otros, impedirán que aquella sea una plaga de la literatura de su tiempo. Entretanto la literatura francesa se ha hecho enteramente artística, sobre todo en los últimos cincuenta años, mediante la crítica severa y elevada de Janin, de Sainte-Beuve, Renan, Taine, Théophile Gautier y Paul de Saint-Victor; al mismo tiempo que los escritores españoles olvidan el arte, y los de Chile no lo conocen. Una literatura puede entonces ser artística, y el estilo de tales ó cuales escritores puede ser hinchado, pretencioso, sin arte.

Pero la muestra carece de arte, y casi sería preferible que fuese, si pudiera, hinchada y pretenciosamente filosófica, que no tan incolora, tan sin movimiento, sin estilo y sin carácter en su forma estirada y sin brillo; pero eso sí, generalmente cuidada. En la prosa, desde que faltaron los hermanos Arteaga Alemparte, que cuidaban de abrillantar su estilo, Justo, lapidando sus ideas con facetas angulosas y vivaces, y Domingo con su atildada elocución que tan bien cuadraba á la profundidad de su pensamiento, no quedan por lo común más que prosadores de fraseología lánguida, aunque generalmente correc-

ta, la cual no cobra vigor sino al calor del interés político, ó de la vivacidad de la sátira, careciendo de él en lo expositivo y narrativo. Esto, con una que otra excepción. Si prescindimos de la historia de alto coturno, que no de los escritos históricos y biográficos de pacotilla, las obras de imaginación publicadas en el último tiempo, carecen, como éstos, tanto del arte en su argumento y estilo, en su invención y disposición, que no son comparables con las de Alberto Blest Gana; y las hay de tal inanidad y de tal languidez, que muy atrás se quedan en elegancia á la historia de Crisóstomo contada por Pedro en vocablos que á cada paso le zahería Don Quijote, y por supuesto á la anécdota de Leandro contada por el otro cabrero Eugenio á todos los que llevaban al caballero andante. No sólo les censuraría los vocablos un Don Quijote, sino también sus formas antiartísticas.

No tenemos escritores que posean el secreto de dar vida y movimiento á su prosa, colores, vivacidad, brillantez á sus frases; ni que tengan siquiera un vocabulario abundante, ni el cuidado para hallar siempre las palabras propias y adecuadas. Todos hablan como quería Berceo, en la lengua que cada cual *fabla á su vecino*; y si tienen á veces un estiramiento didáctico, relumbrones bobos y giros afectados, son siempre triviales y hasta vulgares, aun en los asuntos serios y elevados. Para qué exigirles un buen gusto educado, contornos netos, líneas puras, estilo, en fin, como el de los grandes escritores franceses, como el de esos admirables folletinistas que se llamaron Gautier y Saint-Víctor, á quien decían los Goncourt: «arte, siempre arte en la imaginación, en el estilo, en la idea; y siempre palabras como relámpagos, palabras que tienen la pureza del diamante, pala-

bras que arrancan chispas, en el camino, de los pederuales de la historia; agrupaciones de recuerdos y de comparaciones que ninguno, sino vos, sabe encontrar.»

Ello vendrá. No falta el talento, falta sí el estudio en los que no son viejos escritores; y por ahora, el cuidado para no sacrificar la elevación por ser claro, para no olvidar el buen gusto por la vulgaridad, que es nuestra verdadera plaga, y la que tal vez choca á los que han lamentado que el poeta Irarrázaval *escriba en chileno* y no en castellano, si es que nuestro prosaísmo sea escribir en chileno. Si es así, es lástima que la bella novela titulada *El ideal de una Esposa*, esté escrita en prosaísmo de Chile.

Mas, á nuestro juicio, son los poetas los que levantan nuestra literatura actual. Todos, en general, cual más cual menos, tienen numen y buen gusto, sensibilidad, lirismo y formas elevadas y correctas. Los imitadores de Becquer revelan profundidad de pensamiento, y las composiciones de esta especie que figuran en el libro del señor Irarrázaval, aunque muchas de ellas sean satíricas, son sencillas y de una naturalidad exquisita, que se aparta mucho de la trivialidad. Esta se nota sin duda en sus composiciones burlescas, pero tal vez la mejor sal de su gracejo está en la vulgaridad nacional, como la del *Pelo de la Dehesa* y de otras obras de Bretón de los Herreros estaba en las vulgaridades españolas. Con todo, no hacemos el juicio crítico de los *Renglones cortos*, como no pretendemos tampoco anticipar el juicio del público, ni menos atribuirle el nuestro, acerca de los centenares de poesías presentadas en este año á los certámenes. Nos basta abrigar la esperanza de que, al ver la luz, formarán ellas una aurora esplendorosa en el hori-

zonte de nuestra naciente literatura; y á su claridad podrá verse que no estamos plagados de los defectos que se enuncian, por más que nuestro prosaísmo acuse esterilidad y falta de estudio, y á pesar de que no sea cierta la dicha que se nos concede de habernos salvado de la invasión pseudorealista.

III

No se comprende tampoco cuál realismo merece el epíteto de *pseudo* ó falso, á no ser el que alguien ha llamado imaginario, pretendiendo que también lo hay byroniano, fisiológico, como el de Gustavo Flauvert, y *bourgeois*, como el de Champfleury; pues semejante clasificación es infundada. El realismo en literatura es una cuestión ilusoria, como lo fué en filosofía, puesto que cada cual puede ser realista á su modo; y no pasan de vanidades todos los sistemas ó escuelas que se han inventado, durante los últimos veinticinco años, sobre el modo de representar en literatura la realidad.

Todos saben que entre Platón, que sostenía que las ideas abstractas correspondían á una realidad sustancial existente en el mundo intelectual, y Aristóteles, que le objetaba que aquellas ideas eran resultado de la abstracción y por consiguiente no tienen realidad sino en el espíritu, dieron ocasión á la eterna cuestión entre *realistas* y *nominalistas*, que tanto entretuvo á los filósofos de las edades media y moderna, y que tan ardientes querellas sublevó.

¿Qué tiene de análogo aquel realismo filosófico con el que así se llama en literatura y bellas artes, por una metáfora violenta, que introduce una palabra que hasta im-

propia y poco castiza era, en opinión de Próspero Mérimée? Nada, á nuestro juicio, si *realismo* ha de llamarse la reproducción ó pintura de la naturaleza, tal como es, ó tal como se cree verla; sentido que todavía no admiten los diccionarios de nuestra lengua.

Sin embargo, se pretende hacer del realismo literario un sistema, y todavía, una escuela, estableciendo como novedad que «el realismo es el sentimiento de lo real y de lo verdadero transportado á las artes y á la literatura». Pero ¿cuándo no se ha enseñado lo mismo? ¿Hay nada más realista, ya que así quiere llamarse la copia de la naturaleza, que las artes y las literaturas de Grecia y Roma antiguas? Nosotros mismos ¿no hemos estado enseñando, desde cuarenta y cinco años á esta parte, que en toda obra de imaginación es necesario estudiar antes el suceso que se va á contar en su conjunto y en sus detalles, cuidando de copiar á la naturaleza y de imitar en la exposición la verdad de lo que sucede en la vida real, para exponerlo con arte? Y ¿qué hemos entendido por arte en literatura, sino la manifestación filosóficamente artística de la idea, esto es, la reproducción de lo que concibe nuestro espíritu, hecha de una manera *propia y bella* por medio de la palabra y haciendo prevalecer siempre el interés de la especie sobre sus instintos y sus vicios?

Es cierto que la doctrina de lo natural y de lo verdadero tuvo que reaccionar en Francia desde fines del siglo pasado, y en España desde las primeras decenas del presente, contra el gusto de los dos siglos anteriores que había reducido lo bello en literatura á lo heroico, lo fantástico y lo idílico; pero el arte moderno, nacido de tal reacción, si bien aspira á completar el desarrollo integral

de todas las facultades del hombre en sus relaciones con su especie y con la naturaleza, no condena por eso ni excluye la imaginación, puesto que el ideal estético, como dice Schiller, consiste en la feliz armonía de las facultades sensibles é intelectuales. De este modo, si los *realistas* que pretenden hacer escuela, acusan á Balzac, su verdadero jefe, de haber idealizado mucho lo real, si su continuador Flauvert se propuso en su *Madame Bovary* reducir el arte á la copia, al calco de la naturaleza, en lugar de describirla como su maestro, conservando sin embargo su misma minuciosidad en los detalles; es evidente que su arte no es completo, que su ideal estético es deficiente, puesto que aun la copia de la naturaleza necesita de ser embellecida por la inteligencia.

De aquí las dos formas del moderno realismo francés, si así pueden llamarse dos métodos ó procederes para pintar la naturaleza, el uno embelleciéndola con el ideal estético, en el sentido que antes le dimos, y el otro copiándola crudamente sin cuidarse de lo bello, ni de lo filosófico, ni de lo moral; pero ambos coincidiendo en el estudio minucioso de los detalles, de los caracteres y de los hechos para dar la realidad neta. Estas corrientes comenzaron á diseñarse con la publicación de *Madame Bovary*, en 1857, por Gustavo Flauvert; en aquella época del imperio en que imponiendo éste el silencio á las discusiones políticas, como lo observa Delzant en su libro sobre *Paul de Saint-Victor*, toda la atención del público se contentó con admirar, en literatura á Balzac, á los dos Dumas, á Augier, Feuillet, Sardou, Renan; en el teatro á la Rachel y la Ristori, y en la plástica á los viejos y los nuevos pintores y escultores.

La primera de estas formas continuó siendo la de los

grandes maestros, como Víctor Hugo, Balzac, que contemplan al hombre todo entero, en lo físico y lo moral, en sus luces y en sus sombras, para buscar la verdad y el interés dramático en la antítesis del mal y del bien, del vicio y de la virtud, de lo bello y de lo feo. La segunda fué reducida á sistema literario por Flauvert, los dos hermanos Goncourt, Champfleury, Faydeau y Zola, quien con sus imitadores abjura lo bello ideal, renuncia á toda enseñanza, por pintar á la sociedad en sus deformidades, haciendo entrar en la literatura lo feo, lo ruin, el vicio con todas sus groserías y sus odiosos aspectos; é imaginándose que en ello hay una novedad, en la cual pretenden fundar una escuela que denominan *Naturalista*. Sin embargo, pueden hallar á sus maestros en todas las épocas de la literatura universal, porque ello no es una novedad; y en su patria los tienen desde el siglo quince, principiando por el escolero Villon, el que, en opinión de Théophile Gautier, que le hace figurar como el primero en su bello libro titulado *Les Grottesques*, inspiró á Rabelais el tipo delicioso de Panurgo, el que fué la personificación más completa del pueblo de su tiempo, que nos inicia en toda la vida interior de la edad media, nos hace conocer multitud de usos y maneras que no se describen en ninguna parte, y que es tan curioso por lo erudito, como por lo poeta. Cuál de los discípulos de Zola podría superarle, cuando el autor de *Mademoiselle de Maupin*, hablando de una balada de Villon, dice que es imposible transcribirla, pues la afectación y la decencia de la lengua francesa moderna rechazan las libertades y los francos movimientos de su vieja hermana; sin embargo de que así no lo hagan siempre aquéllos.

Con todo, semejantes libros hacen el servicio de re-

velar á la historia la vida privada, las costumbres y sentimientos íntimos de una época de la sociedad humana, que no deja rastros en las manifestaciones públicas del modo de ser social. Sin Ovidio, Catulo y Marcial, se ignorarían algunos secretos de la vida de los antiguos romanos. *Naturalistas* ha habido en todos los tiempos, y no han faltado entre ellos, ni faltan hoy, escritores que han servido á la moralidad, sirviendo al interés de la especie humana.

Por eso no hay realismo falso que pueda contraponerse á otro verdadero, por más que haya escritores que, teniendo ó no el sentimiento de lo real, sean profundos ó superficiales en su observación, y tengan ó no el arte de pintar lo verdadero, y de ser buenos escritores ó absurdos. El realismo es una tendencia en todas las literaturas modernas, por más que no falten grandes escritores ilusos, metafísicos, espiritualistas ó sectarios, y talentos cojos, que no tienen el sentimiento del ideal estético, aunque tengan el de lo real; de modo que no hay por qué asustarnos de que aparezcan discípulos buenos ó malos de Zola. Si aparecen y alientan éstos en español, más cerca de ellos tienen el modelo, en la «Musa VI» de Quevedo, que ahora tres siglos decía mejores lindezas, porque *lascivo gaudet sermone*.

El realismo está y ha estado en nuestra literatura naciente. Barros Arana lo ha traído á la historia, dando relieve á los detalles con la elevación de Thierry y de Michelet, y pintando, como ellos, la verdadera fisonomía de los hombres, de los hechos y de los tiempos; y Amunátegui, que lo ha introducido con todas las crudezas de la segunda forma en sus cuentos y anécdotas de la época colonial, lo ha llevado también á la historia de *El Terre-*

moto del 13 de mayo de 1647, con tal franqueza en la pintura de las costumbres, que tiene páginas que no podría leer, sin rubor, una joven honesta. En nuestra poesía existe, y sin tal vez en ello consiste su mejor mérito, puesto que, desde Sanfuentes hasta los poetas que han aparecido en estos momentos, todos pintan la naturaleza y la verdad, embelleciéndolas, aunque en el estro y la inspiración piquen más alto algunos. Ojalá el realismo que prevalece también en los romances y en nuestra casa dramaturgia, fuera tan estético como el de las composiciones poéticas. No tenemos muestras todavía en estos géneros de la forma que calca lo real, olvidando lo ideal, olvidando enseñar; pero las tenemos de la que busca lo bello en la novedad, y mucho más de la que lo hace consistir en su conformidad á las creencias, lo que no es un defecto, i hasta con las supercherías religiosas, como es de estilo en gran parte de los novelistas y de los más celebrados dramaturgos españoles del día. En estos tres procederes falta el verdadero ideal estético, y sus obras serán como la flor del loto, que, dicen, es blanca y amarilla, que dura solamente unos cuantos soles y que hace olvidar hasta la patria.

Tendremos que repetirlo: el mal gusto que hace consistir lo bello en lo nuevo, como el que lo cifra en la copia de la realidad, sin embellecerla, sacrificando á tales fines el ideal estético y cayendo fácilmente en lo extravagante, son tan contrarios al arte como el que lo hace consistir en un bien relativo á ciertas convicciones secretarias. No es eso el arte, porque, siendo su ley fundamental la verdad en toda su extensión, él no existe allí donde no aparece la naturaleza embellecida, y en donde no se traduce en un estilo de buen gusto y en un len-

guaje correcto por su propiedad y su cultura. Tan extraño al arte es pensar falsamente y sentir sin verdad, como el expresarse sin corrección y con trivialidad. Esto, en cuanto á literatura.

IV

No se nos alcanza mucho de pintura y escultura, ni siquiera hemos leído la *Gramática de las artes del dibujo* de Carlos Blanc; pero se nos ocurre que su estética no es diferente de la del arte literario, salvo las modificaciones de la aplicación. No hemos visto sino tal cual original de Murillo, de Zurbarán y de Velázquez, que nos han dejado, por cierto, una impresión bien superior á la que nos causan las pinturas americanas, si exceptuamos las de Blanes y de dos ó tres artistas más.

Pero estamos en la aurora del arte y son muchos los que se despiertan á su esplendor, formando recientemente su gusto. En el Salón de este año, que algunos consideran pobre, aparecen noventa y dos cuadros de pintura, catorce dibujos y acuarelas y diez esculturas; en todo, ciento diez y seis piezas, presentadas por veintitrés artistas, entre quienes figuran ocho señoras. Pero falta un crítico ilustrado que forme el gusto del público, á fin de que no se extravíe, á fin de que no forme aureolas falsas ó se enferme de un extrabismo artístico.

Sin pretender de modo alguno desempeñar aquel papel, nos parece en general que nuestros artistas están dominados por el gusto de los detalles, sobre todo en el paisaje; ó diríamos, por el realismo minucioso, si se exceptúan *Tarde Serena* y algunos otros paisajes de González Méndez, de Vega, de Tobar, y algún otro. Hay mucho dibujo, lo que no siempre es defecto, pero el co-

lorido es exagerado, y las agrupaciones recargadas y sin vida; lo que no es extraño, puesto que es tan raro el talento de Doré, para agrupar objetos ó personas. El mismo recargo de minuciosidades en los pocos cuadros de costumbres, de historia ó de imaginación que se exhiben, aunque hay algunos tan sobrios, que llegan á parecer tristes, desolados. Afortunadamente no han aparecido en los paisajes de este año aquellas lunitas de que suelen gustar los pintores, figurándolas como globos flotantes á impulsos del humo, ó como aquellas que suelen recorrer el telón de fondo en el Municipal. Esas lunas llenas ó en cuartos chocan, sobre todo si en el cuadro hay verdad, porque en ellas no se puede imitar á la naturaleza, aunque haya perspectiva.

Pero el realismo, en el sentido que tiene en la literatura moderna, no puede existir en la pintura. Y no puede existir, si ésta ha de ser la traducción de lo real, la traducción de las ideas, de las costumbres, del aspecto moral de la época; desde que el arte, como dice Proudhon, debe ser la representación idealista de la naturaleza y de nosotros mismos, en vista de la perfección física y moral de nuestra especie. Menos podrá existir si es que la pintura no debe ser la imitación absolutamente exacta, ni éste puede ser su único objeto, como lo dice Taine en su *Filosofía del Arte*, traducida por don Pedro Lira, uno de nuestros más afamados pintores.

Si hay una de las artes que no pueda vivir fuera del ideal estético, de aquella feliz armonía de las facultades sensibles é intelectuales, es la pintura: pueden tener aficionados y admiradores *Madame de Bovary*, *Nana*, como la música del porvenir, y todas las obras de la especie; pero sería raro que los tuviera un cuadro que mo-

lestara al buen gusto, que atormentara la sensibilidad, representando lo feo, lo crapuloso, en toda su deformidad, y sin un lampo de lo ideal, de lo inteligente, ni en el dibujo, ni en el colorido.

Otro tanto sentimos de la escultura, y si paramos al frente de las vidrieras á reír un poco de la alfarería de *nouveauté*, de esas obras plásticas de fantasía que tanto se venden en las tiendas, como obras de arte, choca á nuestro ignorante criterio que el gusto de los aficionados se esté educando de tal manera, en semejantes modelos. Sería injusto que aludiéramos en esto á las esculturas presentadas este año por Cheloni, Medina y su maestro Nicanor Plaza, porque todas son severas y correctas, aunque nos disgusta ver al americano más sério y más solemne de la época, don Bernardino Rivadavia, en la actitud teatral que le ha dado en su estatua este último escultor: don Bernardino habría tomado lecciones de Talma, como Napoleón, para presentarse augusto, olímpico; y jamás se habría puesto de jarras con aire cómico. Pero que el gusto de los aficionados se está formando por los plásticos de fantasía, nos lo prueba el boceto de la estatua de Vicuña Mackenna que se exhibió hace poco en una vidriera. Entonces nos asombramos al ver la aceptación y los aplausos con que se acogió aquel boceto, y se nos atravesó la idea de que con él recibía el celebrado escritor un castigo por haber infligido á la memoria de O'Higgins la estatua de la Alameda, que vista de frente, antes que la interceptaran piadosamente, como hoy sucede, las ramas de un sicomoro, parecía la de un caballo volando con la boca espantosamente abierta. El boceto representaba al escritor haciendo una contracción violenta para escribir, en pie, sobre una rodilla, así como el

tocador de guitarra con una pierna al aire que se ve en la «Ville de París». Era aquello una extravagancia.

Por si acertábamos en evitar que tal modelo fuera admitido, ya que se le aplaudía, escribimos un pequeño artículo, muy ligero, criticándolo, y lamentando que se olvidara tanto en la estatuaria la severidad triunfante, la actitud victoriosamente noble del tipo griego, como se había olvidado en la estatua de Bello y en la de O'Higgins, á propósito de la cual recordamos que Mr. Church, el célebre viajero y explorador del Beni y del Madera, en su primer viaje á Santiago, mirándola de frente, sin haberla visto antes, se quedó estupefacto, preguntando qué era eso. Se le respondió que era la estatua del general O'Higgins, y él, con toda seriedad británica, exclamó: «¡Ah! Irlandés! ¡Debía yo haberlo reconocido en la cabeza!» El artículo produjo efecto á lo menos en la *Libertad Electoral*, que lo publicó á duras penas, porque le disgustaba; pero que hoy elogia con justicia la estatua de Vicuña Mackenna que ha modelado con primor el escultor Blanco, y censura el boceto del escultor francés, mientras que antes había censurado nuestra crítica, porque aquél era de su gusto.

En materia de gustos no hay disputa, sobre todo en composiciones literarias, que pueden ser contrarias más al interés que al gusto; pero en la escultura es y debe ser otra cosa, desde que ella tiene el tipo absoluto de la belleza en la escultura griega, según el juicio del más eminente de los críticos modernos, Paul de Saint Victor, quien creía que «la escultura era en sí misma la forma más severa y la más elevada del arte, la lengua de los dioses, que no se presta para asuntos pequeños». En el libro acerca de este brillante escritor que hemos cita-

do antes, se exponen los principios que guiaban su criterio, y nosotros hallamos necesaria su reproducción, ya que así serviremos mejor al propósito de que sea más correcta la afición que se despierta entre la gente ilustrada de Santiago por la escultura.

«La escultura no sufre ideas comunes, dice Saint-Victor en su reseña del Salón de París en 1866. Las actitudes burlescas, los gestos pueriles, las risas bobas le están prohibidas. ¿Cómo conciliar la idea de duración, casi de eternidad, que sugiere su materia, con los actos frívolos, insignificantes, fugitivos que el lápiz puede atrapar al vuelo, porque es ligero y fugaz como ellos, y que llegarían á ser ridículos si se fijaran en la piedra ó el metal? Tanto valdría grabar en mayúsculas lapidarias una canción, un retruécano.»

«En la exageración contraria caería quien condenara la escultura á un serio impasible. Pero aun sus juegos deben ser exquisitos ó severos. Le es permitido representar danzas solemnes, imitar la embriaguez de los sátiros, enlazar nudos de flores en rondas de niños, figurar á Sileno tambaleándose sobre su asno ó al amor juguetando en las espaldas de un monstruo: pero le está prohibido jugar á la gallina ciega ó á las arlequinadas.»

«Todavía, hay en los juegos inocentes del mármol ó del bronce el inconveniente de rebajar los tipos. ¿Qué modelo escogería el artista para representar á un jugador de trompo, ó al que hace la marmota? Á un pilluelo cualquiera, á un niño mal formado, tomado en la plaza pública en la edad ingrata? De ahí la decadencia escultural que hiere la vista en el Salón. ¡Qué de piernas flacas, de pechos débiles, de rodillas regordidas, de fisonomías gesticulantes! Hay estatuas tales, decoradas con el

nombre de semidioses, de pastores griegos, que un médico rechazaría para la conscripción.»

Á propósito del desnudo, Saint Víctor dice:

«El desnudo, desterrado de la pintura, persiste naturalmente en la estatuaria, porque en ella es el tema, el ideal esencial, el *desnudo es lo bello*, y basta que se mantenga para consagrar su predominio. Y luego la escultura, aún en decadencia, no puede alcanzarlo, como lo hace la pintura, por la corrupción de la forma. La tela y el papel lo sufren todo; el mármol se resiste á la mentira y á la ignorancia, pues exige de los que lo tallan estudios plásticos que los prestigios de la paleta no pueden suplir. Sus errores chillan, sus defectos se tocan: lo que no es un Dios, será una cuba.»

«Es la escultura la que en la escuela contemporánea perpetúa las formas y los principios del grande arte. Siempre ha sido así en Francia, la estatuaria ha estado siempre sobre la pintura... Parece que este arte abstracto, palpable, incoloro, conviene al genio de la nación. Hoy mismo, á pesar de la indiferencia del público y del medio inhospitalario de la vida moderna, la escultura despliega una actividad notable. Si el genio es raro, el talento abunda, porque un arte tan severo no llama si no á los elegidos por la vocación y las aptitudes.»

Las máximas que se van á leer no son nuevas, pero están expresadas en un estilo lapidario:

«La escultura no sufre el sobrentendido lascivo ni las reticencias libertinas. Puede ser voluptuosa, jamás provocativa. Por lo mismo que es desnuda, debe ser casta.»

«El mármol correcto y puro no corresponde sino á los dioses y á los héroes de raza blanca. Es en el atormentado molde del bronce donde sólo se puede echar á los

bárbaros, á los negros, á los salvajes, todo lo que se aparta de cierto matiz de la piel, de cierto grado del ángulo facial.»

«Tened por seguro que los asuntos de escultura que exigen más de cuatro palabras de título ó de explicación son de pésima elección.»

«El vestido en escultura debe flotar al rededor de la forma, seguir sus contornos, modificarse según su postura, participar de su vida, y no estrecharse á la manera de una traducción interliniaria que deletrea el texto. Lo que hace el carácter antiartístico del traje moderno es justamente la estricta regularidad servil con que estrecha los miembros. Calcar el desnudo, no es modelarlo, es atiesarlo, contrahacerlo.»

«Se sabe en lo que han parado hoy los hijos de Donatello y de Miguel Ángel. Hacen la escultura de *crochet*, trazan la *confecção* y la *nouveauté* del mármol: lienzos bordados, telas arrasadas, velos diáfanos pegados al rostro expresivo, que se amoldan como la más fina gasa: todo lo que concierne á su estado de prácticos superfinos. La engañifa es el ideal único de este arte pueril que al parecer se sirve de una máquina de costura para tallar el mármol. Si se levantara un templo al Mal Gusto, sus productos debían decorar el pórtico... Sólo falta el mecanismo de los autómatas á estas obras maestras tan tontas como detestables.»

«¡Nada más bello que una simple cabeza comprendida, penetrada, sentida, modelada sobre el alma! Eso es la revelación del sér íntimo y oculto, una segunda creación superior á su modelo, en cuanto aparta los accidentes y los detalles vulgares del rostro, para hacer resaltar las facciones expresivas que determinan ó idealizan su

vida interior. Los más grandes maestros han concentrado en el retrato la esencia de su genio. En él han refinado, en cierto modo, todas las elegancias ó todos los atrevimientos de su estilo.»

«Lo bello es el esplendor de la verdad, dijo Platón. ¿No se podría decir, cambiando la palabra, que el ideal del colorido debería ser el esplendor del estilo?»

«Es preciso no abusar del mito: es un disolvente en las artes.»

«La esencia del arte consiste justamente en no ser la misma cosa que la naturaleza, y en distinguirse de ella, imitándola.»

«¡Cuán grande no es la potencia del arte! Hace revivir la materia muerta, idealiza las más viles sustancias, los más vulgares utensilios, con tocarlos. Según da su luz á los objetos inanimados y las sombras, los alegra ó entristece, los glorifica ó los consterna. He visto cuadros de frutas de la escuela española que tenían un aspecto siniestro, casi trágico. Se habría dicho, por su tono febril, que fermentaba un secreto veneno en su pulpa; recordaban los higos de Locusta, los duraznos de Alejandro VI.»

«Cuando Rubens, se dignaba pintar flores, les daba no sé qué brillo fabuloso de plantas recogidas en un astro. Rembrandt hizo un cofre oriental de un buey abierto.»

«La naturaleza interpretada por el arte debe acordarse con las acciones de los hombres; la belleza natural debe envolver, como con un vestido, la belleza moral. Quisiera que el paisaje inclinase sus líneas para decorar el paso de un héroe ó la meditación de un filósofo.»

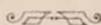
Pero basta de apotegmas y de reglas: no tratamos de

hacer la gramática de las bellas artes, sino de generalizar algunos preceptos estéticos. Nuestro objeto no es otro, como siempre, que el de servir al desarrollo intelectual, rectificando las ideas, para cooperar al progreso de esta patria, en el único medio en que sus favores nos han colocado, el de simple escritor sin prensa. Estamos en un momento de noble aspiración al ideal en literatura, en pintura, en escultura: era necesario decir algo sobre las artes, y hasta de arte político, que no deja de ser arte, aunque nó de las bellas, por lo cual apenas es, en manos de los *hábiles*, un arte de birlibirloque, ó una añagaza para cazar pájaros.

J. V. LASTARRIA

De la Academia Española

⇨MERCEDES⇩



(Continuación)

V

Quince días después, esto es, el penúltimo día de septiembre, llegaban á Miramar Voltero y su esposa después de un penosísimo viaje de incógnito sembrado de peligros.

La Serena presentaba entonces el aspecto de un campamento en actividad. Todos sus habitantes, sin excepción de niños, mujeres ni ancianos, se ocupaban en preparar la defensa de la ciudad, que se veía privada de sus mejores defensores con la expedición de sus tropas regulares sobre la provincia limítrofe de Aconcagua y amagada por las que la provincia de Atacama había destacado á su vez sobre ella para sofocar al nacer la revolución.

Ya habrá columbrado el lector que la amarga y nunca imaginada decepción que había experimentado Voltero había operado algún cambio en su carácter y en su

juicio, si no ha olvidado que no salía todavía nuestro protagonista de la edad en que el carácter y las ideas del hombre son susceptibles de reforma y alteración.

Á su buen humor y alegría habituales sucedió, en efecto, cierta desazón que á las veces rayaba en taciturnidad, y á su genial franqueza y abierta ingenuidad, un principio de aquella sombría desconfianza de las personas y las cosas, que agosta los más nobles sentimientos del alma en el hombre cargado de años y experiencia. La duda invadió en su corazón el campo que antes cultivaban solas en amable consorcio la grata satisfacción de sí mismo y la dulce confianza en los demás; y su cruel agujijón tanto llegó á aguzar su recelo y suspicacia, que alguna vez se preguntó ¡infeliz! si sería cierto y sincero el afecto que su esposa le manifestaba. ¡Inmensa desventura para quien ni del respeto de sus enemigos había dudado jamás!

Sus ideas se habían desviado también un poco del sendero en que hasta entonces las había mantenido encarriladas. No veía ahora más que objeto de interés secundario para el hombre en la causa del bien público, de la justicia y de la libertad universales, en la cual veía antes el único objeto digno de que á su prosecución consagraran toda su actividad el genio y el talento, el valor y la virtud; estimando, al contrario, que el deber primordial del hombre consistía en procurar conservar ílesa su buena reputación y fama y en no servir la causa del bien público sino secundariamente, en cuanto con ello se pudiera adquirir honor ó gloria ó no se irrogara al menos detrimento al buen nombre adquirido ó heredado; llegando, al fin, por este camino á justificar y á aplaudir muchos hechos que antes vilipendiaba y á mu-

chos hombres á quienes antes anatematizaba con la enérgica imparcialidad del filósofo ó con la fría indiferencia del historiador.

El cambio de ideas y de carácter acarreó un cambio de juicio y de criterio, habiéndose sustituido á la magnanimidad con que juzgaba á unos y á la rigidez con que juzgaba á otros un criterio más imparcial, que lo inclinaba más bien á ser indulgente con los adversarios y severo con los amigos. Pero no era este cambio, fuerza es decirlo, hijo de la equidad, como Voltero se lo imaginaba, sino obra exclusiva del escondido resentimiento para con sus amigos que maleaba ahora las inspiraciones de su corazón.

En tal disposición de ánimo y en la inacción física y febril agitación de la mente á que lo condenó la necesidad de mantenerse oculto, fué abandonando Voltero unos tras otros todos los ardientes deseos de su corazón, todas las brillantes ilusiones de su fantasía, todos los generosos proyectos que junto con su esposa se había propuesto llevar á cabo, hasta no quedar pendiente más que de un solo pensamiento, de un solo propósito, de una sola ambición: la reconquista de su gloria y de su popularidad.

De modo, pues, que cuando se decidió á volver á Miramar abatido y humillado, no lo hizo por ceder á las vivas instancias de su esposa, sino sólo porque así se acercaba al teatro de unos sucesos que preveía le podrían servir maravillosamente para su intento.

Por lo cual, ya se deja comprender que llegado que hubo á la Serena, no se preocupó sériamente de otra cosa que de atisbar el desarrollo de los sucesos paso por paso, al acecho de cualquier oportunidad que le

ofrecieran para ingerirse en ellos con honra y provecho; salvando, sin embargo, entretanto las apariencias con todo el arte que le sugería su conocimiento del mundo político y diplomático, porque no quería ser sorprendido en sus cavilaciones. Convidó con instancia á Miramar y dió en sus holgados aposentos suntuoso hospedaje á las familias de más valer en la Serena, cuidando escogerlas de todos los partidos y opiniones. Se esmeró en cultivar relaciones de simple amistad con los revolucionarios de dentro y de fuera de la ciudad y con los jefes y oficiales de las fuerzas del gobierno; á todos los cuales atraía con exquisito tacto á las fiestas de Miramar. Confesaba con llaneza y con estudiado entusiasmo su adhesión y sus ardientes simpatías por la causa revolucionaria, pero declarando á reglón seguido, como apesarado, aunque sin ambages, que su compromiso con el gobierno le vedaba toda ingerencia en asuntos políticos y le imponía, por consiguiente, en aquellas circunstancias, la más estricta neutralidad. Probó ésta, entre otros mil medios, con el de abrir á su propia costa el hospital de Miramar á los heridos de uno y otro bando el día del combate de Peñuelas, dedicándose él mismo á recogerlos del campo de batalla; condolerse de las pérdidas y celebrar los actos de valor y de heroísmo de ambos combatientes con igualdad perfecta de criterio, y con no admitir jamás las invitaciones que repetidas veces se le hicieron de uno y otro campamento.

Pero mientras así alejaba de sí todo motivo de sospecha, se ganaba el afecto de algunos oficiales y soldados de una y otra parte, se mantenía al corriente de todos los sucesos hasta en sus menores incidentes, penetraba el secreto de muchas intenciones y proyectos, y no

ignoraba un ápice de lo que en el resto de la república se hacía ó se pensaba.

Los sucesos se desarrollaban, entretanto, no rápidos y vertiginosos como la impaciencia de Voltero los habría deseado, sino lentos y pausados cual convenían, en realidad, a sus miras.

Rechazados de todas partes los pequeños destacamentos revolucionarios que recorrían la provincia de Coquimbo, vencido el grueso del ejército que iba á expedicionar sobre la de Aconcagua, á las puertas de Petorca, antes de llegar á su destino, y acantonadas las fuerzas del gobierno que habían venido desde la de Atacama, después de haberse apoderado del puerto de Coquimbo y después del combate de Peñuelas, en el campamento de Cerro Grande, había quedado Miramar precisamente en el centro del terreno endonde se iba á librar la acción decisiva entre los combatientes, endonde se iba á decidir del triunfo en pro del gobierno ó de la revolución.

Esta circunstancia contribuyó en mucha parte á que, bajo la imparcial mediación de Voltero, se hicieran, durante muchos días, recíprocas proposiciones de arreglo entre las partes contendientes, con la esperanza de evitar la efusión de sangre.

No se llegó, al fin, á resultado alguno.

Las fuerzas del gobierno, considerablemente reforzadas, pusieron entonces estrecho sitio á la ciudad, y en sus alrededores se fortificaron como para no moverse de allí hasta rendir á los sitiados.

Éstos, por su parte, reducidos al estrecho recinto del centro de la ciudad, se fortificaron también, como resueltos á no rendirse jamás.

Pasados algunos días en estos aprestos y en dispu-

tarse palmo á palmo el terreno y los puntos estratégicos, empezaron las hostilidades.

Sucedieron sin tregua las escaramuzas y choques entre las avanzadas, los golpes de mano y los asaltos parciales á las trincheras enemigas, más atrevidos y temerarios que imaginarse puede; los combates de cuerpo á cuerpo, las emboscadas, las represalias, crueldades y venganzas que á toda guerra acompañan.

Fué varia la fortuna: perdían los combatientes en la tarde lo que habían ganado en la mañana, ó á la izquierda lo que habían ganado á la derecha.

Enconáronse los ánimos y quisieron la acción decisiva, la muerte ó la victoria final.

Desde el 5 hasta el 8 de noviembre, durante ochenta horas continuas, tronó la artillería, sin descanso ni reposo de un solo cuarto de hora, en todos los fuertes y reductos que tenían uno y otro enemigo al frente; los había que no distaban entre sí cuatrocientos pasos; ¡medio tiro de fusil!

¡Encarnizamiento inútil! Aunque más enconados que nunca con los daños recibidos y con la inutilidad de la fatiga soportada, tuvieron que pactar los combatientes un corto armisticio para enterrar á los muertos, curar á los heridos y recobrar las ya casi exhaustas fuerzas corporales.

¡Feliz acontecimiento para Voltero! porque, gracias á él, volvió á ponerse en comunicación con sus amigos y agentes de la plaza sitiada.

En posesión entonces de todos los datos relativos á la situación, recursos y estado de los ánimos de los defensores de la plaza, halló en ellos su rica y poderosa imaginación más de lo que necesitaba para idear un

acabado plan de campaña que lo llevara con plena certidumbre al éxito anhelado.

Hé aquí su plan:

Sus amigos de la plaza deberían aprovechar cuanta coyuntura se presentara para arrojar la manzana de la discordia entre los dos jefes que encabezaban la revolución, el intendente civil don José Miguel Carrera y el gobernador militar don Justo Arteaga, entre los cuales había ya á la sazón antiguos motivos de celos y desavenencias; atizar en seguida su encono y malquerencia y la mutua rivalidad de sus partidarios con ocasión de cualquier descalabro, de cualquiera medida, de cualquiera disposición que ofreciera un punto vulnerable; y sembrar, en fin, con este motivo y los demás que se ofrecieran, el descontento y hasta la indisciplina entre la tropa. Cuando el desacuerdo entre los jefes y oficiales y el descontento de la tropa hubieran llegado a su mayor grado de exaltación, un desertor bien instruido y sigilosamente despachado comunicaría á los jefes enemigos el estado de la plaza, la distribución de su guarnición y los puntos débiles y fáciles de asaltar con la seguridad del éxito. El enemigo no tardaría indudablemente en lanzarse al asalto general simulando un ataque de concentración sobre los puntos mejor fortificados, en tanto que fuerzas convenientemente dispuestas estarían prontas para arrojarse sobre los puntos débiles en el momento oportuno. Llegaría un instante en que la situación de la plaza sería, más que crítica, desesperada; entonces se presentaría Voltero con un pequeño destacamento, á retaguardia de los asaltantes, los cuales, creyéndose víctimas de una celada, no tardarían en ceder el campo y emprender la retirada. Habría llegado la hora de Vol-

tero: sus amigos y todos los descontentos lo aclamarían en el acto salvador y jefe único en adelante de la plaza.

Lo demás era obra de poco momento. Jefe de los revolucionarios, poco más que una palabra le bastaría para atraerse á su bando la mitad, por lo menos, de las fuerzas sitiadoras, con cuyas simpatías y adhesión contaba ya, y entre las cuales sembraría también el descontento con el mismo arte que entre las de los sitiados; el resto no tardaría en caer prisionero ó muerto en el campo de batalla ó en dispersarse á los cuatro vientos.

Y después...

Marchar sobre Santiago con aquel aguerrido y entusiasmado ejército, derrocar el gobierno usurpador, imponerse á la nación como su libertador y como el protector y el restaurador de sus libertades y derechos conculcados, no era ya para nuestro joven héroe más que dar el primer paso en la carrera de la gloria; y engrandecer la patria haciéndola fuerte y respetada, y pesar en los destinos de América al igual de las espadas de Washington, de San Martín y de Bolívar, no era todavía alcanzar la meta, cerrar el círculo de la órbita inmensa que el genio puede recorrer. ¡Tanto había levantado el vuelo su fantasía, que, olvidando los lindes que la realidad impone á sus ensueños, se había lanzado por el piélago inconmensurable por donde se ciernen las nubes!

VI

En tanto que Voltero se remontaba en alas de su impetuosa imaginación desde la sima del deshonor, en donde se había visto por un instante descendido, hasta

la esplendente altura en donde se ciernen las nubes, su joven esposa, de imaginación no menos arrebatada que la suya, descendía en alas de la desilusión desde el encantado paraíso de perpetua felicidad que el amor le había forjado hasta el fondo de la sima de la decepción, de la duda y del hastío.

Ofendida de la reserva que había guardado Voltero para con ella, herida en lo más delicado de su alma por su franca declaración de tener en más alta estima la gloria que el amor, desilusionada, en fin, acerca del verdadero mérito del hombre que la había fascinado, no encogido su corazón, se empeñó, sin embargo, la joven en atraer á su esposo á Miramar, esperanzada en que el alejamiento de los sitios en que había experimentado tan rudas decepciones, la quietud del aislamiento, los dulces abandonos del amor, las múltiples y agradables ocupaciones con que ella procuraría distraer su ánimo y la reflexión tranquila, volverían bien pronto la calma á su espíritu y el contento á su corazón.

¡Vana ilusión!

Todo el acabado arte con que Voltero supo encubrir sus intenciones y extraviar el juicio de los demás acerca del verdadero estado de su alma, no consiguió más que azuzar la natural perspicacia de su esposa, que con el instinto propio de la mujer se había puesto de antemano en guardia contra el engaño, presintiendo que á él podría recurrir Voltero para no verse importunado en sus proyectos. Así prevenida de ánimo y observando con sumo cuidado y cautela, llegó en breve la joven á penetrar las escondidas intenciones de su esposo y pudo seguir después escena por escena el desenvolvimiento de de aquel drama íntimo, mitad fantástico, mitad sombrío,

que se desarrollaba por entero en el escenario de su imaginación.

La nueva decepción á que equivalía para ella la insistencia de su esposo en las mismas ideas y propósitos que le había manifestado en aquella infausta noche del levantamiento del Chacabuco, engendró la duda y la incertidumbre en el corazón de Serena. La cual, más bien apesadumbrada que ofendida, se preguntó entonces con íntima sinceridad si aquella ansia invencible de su esposo de gloria y de renombre habría de ahogar siembre en su alma el germen de todo afecto dulce y delicado, ó si, saciada alguna vez, lo dejaría volver á sus brazos tan tierno y tan rendido como ella se lo había soñado en sus numerosos transportes. En la duda, prefirió dejar al tiempo la solución de aquel tremendo enigma á exponerse á encontrarle ella, por pretender aclararlo anticipadamente, una que cerrara su corazón á toda esperanza, á todo consuelo.

Mas como no es la duda alimento que pueda nutrir el corazón de la mujer, empezó á poco la joven á sentir el vacío en torno suyo. La ternura con que amaba á sus padres era un sentimiento tan plácido y sereno que no tenía propiamente conciencia de él, y aquella inmensa y ardiente pasión del bien que, como hemos ya repetido, formaba el fondo de su naturaleza moral, no la comprendía ella sino encarnada en el amor real á un hombre que á su vez no había de tener más pasión que la del bien, que fuera el modelo perfecto de aquellos caballeros que todo lo sacrificaban por su Dios, por su rey y por su dama. ¡Era la Magdalena bíblica que no había de amar sino á un hombre superior á los hombres! Creyó una vez que ese hombre era Voltero, y lo amó. Desva-

necida más tarde esa ilusión, quedaba, pues, su corazón vacío.

¡Vacío! ¡Qué desventura mayor á los veinte años! No tardó, pues, la desdichada joven en sentir que el hastío hacía presa en su alma y la desesperación en su corazón. Halló entonces amarga una vida que aún no saboreaba; perverso, un mundo que aún no conocía; inútiles, unas facultades que aún no ejercitaba; preñados de dolores, unos afectos que aún no sentía, y privados de satisfacciones, unos deberes que todavía no llenaba. Sus padres no habían sabido prevenirla de los peligros de la vida; su esposo la olvidaba; entre sus amigos no había uno sólo superior en algo á su esposo, y entre sus amigas ni una sola digna de su confianza y capaz de comprenderla. Quiso aturdirse, anonadar su pensamiento. Mas, en vano. En la lectura, en los quehaceres domésticos, en los paseos solitarios, en todas partes, no halló más que placeres insulsos, que ni le daban consuelo alguno, ni le apartaban la mente de la contemplación de su desventura. El desaliento penetró, al fin, á raudales en su espíritu, desmayó su energía, su ánimo se abatió, y, sin darse cuenta de lo que hacía corrió á encerrarse en su aposento y ¡desdichada! por primera vez en su vida se echó á llorar.

*
* *

¡Bendito dón de consuelo que á ningún desgraciado se negó! ¡Cuántos y cuántas, oh lágrimas, hallarían en vosotras su tabla de salvación!

Aligerada Serena por el llanto de aquel enorme peso que abrumaba su cabeza, aliviada de aquella angustia que oprimía, que asfixiaba su corazón, sintió en su pecho

una nunca sentida necesidad de agradecer á alguien el beneficio recibido; quería imaginarse que un amigo, que un bienhechor había llevado el alivio á su alma y quería verlo para amarlo y bendecir su nombre; lo buscó á su alrededor con una mirada impregnada en inmensa ternura; y no hallándolo, cayó de hinojos, alzó la mirada al cielo á través de una ventana y de las copas de los árboles que allí cerca se alzaban y pronunció un nombre que sus labios no conocían.

Orar es salvarse.

En el momento en que alzada la mirada al cielo llena de intensa inquietud y enlazadas las manos sobre el pecho, modulaba la joven con indecisos labios no una palabra, sino una idea, se abrió de súbito una puerta del aposento, y una mujer no anciana todavía, de no muy agraciado rostro, pero de dulcísima expresión apareció en ella placentera y sonriente; la cual, viendo que Serena trataba de incorporarse, se avanzó hacia ella diciéndole cariñosamente:

—No se levante, su mercé; que me dá tanto gusto de verla rezando. ¡Si yo lo decía! Cuando la señorita tenga que sufrir, entonces veremos si se ríe de mis oraciones.

—¡Que sufrir!—repitió Serena maquinalmente, y luego agregó con angustia:—¿Cómo sabes tú que yo tengo que sufrir?

—¡Vaya, su mercé! ¡si de á legua se le conoce! Desde que volvió de la capital me fijé yo en que su mercé no era la misma de antes.

—Te engañas, Brígida.

—Pues á mi me parece que nó: antes su mercé y el patroncito... ¡si daba gusto verlos juntos! parecían un

par de pichoncitos. Y ahora... ¡misericordia! cada uno por su lado; el patroncito encerrado en su cuarto, paseos van y paseos vienen, ó rompe que rompe papeles, ó revuelve que revuelve libros; y su mercé... ¡por mi señora del Carmen! con unas tristuras que le parten á una el alma de verla.

—¡Todo eso has visto, Brígida! ¿Y qué piensas tú de ello?

—Si su mercé no se enfada...

—¡Qué he de enfadarme! Di no más.

—Pues ¡misericordia! á mí me parece que uno de los dos está celoso.

—¡Brígida!

—Lo dicho ¡misericordia! Y no sólo á mí me parece así; porque acabo de oírles el mismo parecer á unos caballeros que conversaban en el jardín.

—¡Qué! ¿esos caballeros se ocupaban de nosotros?—preguntó Serena con zozobra.

—Ya lo creo, como que yo misma los oí.

—¿Y qué decían? Dímelo, Brígida, sin temor, que es necesario que lo sepa yo al punto.

—Decían... ¡misericordia!... decían que tal vez su mercé... se había traído de la capital... algún recuerdo; que como había llevado aquí una vida tan retirada... y había arreglado sus bodas tan de repente...

—¡Que mienten, Brígida! Corre, vé, diles que mienten—interrumpió arrebatadamente la joven.

—¡Pero, su mercé!...

—¡Ah! sí, imposible, es verdad. Eso sería dar pábulo á la maledicencia. ¡Ay, desgracia mía! ¡cuánto mayor eres de lo que yo te imaginaba!

—No se aflija, su mercé—le interrumpió Brígida

próxima á lanzar el llanto;—que al que eso decía le corrigieron en el acto los demás.

—Bién, Brígida; basta por ahora. Véte y déjame sola. Nada me ocultes en adelante; pero á nadie comuniques lo que has oído y á nadie vuelvas á expiar.

—Haré lo que su mercé me manda; pero no se enfade, su mercé, por lo que le he dicho; lo he oído sin quererlo: yo estaba...

—Nó, Brígida; antes bién, te lo agradezco. Vete ya.



Apenas hubo entornado Brígida la puerta tras de sí, cayó de nuevo Serena en profundo abatimiento. Desplomada sobre un canapé y con la cabeza entre las manos, permaneció largo tiempo inmóvil y silenciosa.

¿Qué ideas cruzaron entonces por su mente? Ni ella misma podría decírnoslas.

Alzó al fin la gentil cabeza, pronunciando al mismo tiempo con voz impregnada en amargura infinita estas enigmáticas palabras:

—¡Pero esas palabras destilaban escondido veneno! ¡Por qué siento resonar ahora en mi corazón la voz de aquel mancebo, cuyo rostro no vi, con timbre tan dulce como el eco de una melodía lejana cuyo recuerdo se pierde entre las brumas de la memoria! ¿Será que esa voz no me es desconocida? ¿Ó tal vez le prestó dulzura la generosa humildad de su dueño ó el contraste de todas las emociones de aquella noche infausta?



Momentos después paseábase Serena por el jardín rodeada de jóvenes de uno y otro sexo y radiante de be-

lleza, de ingenio y de bondad. Pero algún tinte de melancolía, algún rastro de sus recientes emociones empañaba su tierna hermosura, ó mejor dicho, le daba mayor realce, porque una de sus íntimas, observándola con atención, le dijo:

—¿Sabes, Serena, que la palidez de tu semblante empieza á ser comentada entre nosotros?

—Y que á todos nos trae alarmados, señora—agregó uno de los circunstantes.

—¡Oh! no hay motivo ni para tales comentarios ni para tanta alarma, amigos míos—respondió Serena, ruborizándose al notar el aire malicioso y de pésimo gusto que tomaban sus interlocutores:—son ligeras indisposiciones que pronto pasan.

—Hé aquí los inconvenientes de la hermosura—exclamó con énfasis un aprendiz de tribuno:—no poder ocultar á los estraños ni aquellos íntimos secretos con que se desearía darles más tarde agradable sorpresa.

—¡Ah, picarueta!—interrumpió una morena que la echaba de maliciosa—¿con que esas teníamos? y ¡nada nos ha dicho!

—¡Basta, amigas mías—respondió la joven, que empezaba á fastidiarse de aquella charla insulsa.—Permitidme más bien que os invite á una corta excursión por la playa para esta tarde. Tomaremos mate de leche y divisaremos siquiera desde lejos á los vencedores de Petorca, que han llegado esta mañana á Coquimbo en el *Cazador*, y que, según dicen, vienen muy dispuestos á arrebatár á César la propiedad de su famoso «Vine, vi, vencí».

—Aceptado—exclamaron todos en coro.

—Pues bien—dijo Serena—cada cual á sus preparativos.

VII

Ya hemos dicho que en Miramar los paseos se improvisaban á la sazón con suma facilidad.

Pero un mate de leche se improvisaba siempre con facilidad en la Serena en aquellos tiempos en que no eran desafectos á él ni sus galanes ni sus damas, y con mucho menor dificultad cuando el paseo era á la playa.

Ahí no se necesitaban ni manteles, ni bancos, ni mesa, ni alfombras; á todo esto y á mucho más suplía la blanda arena.

Metíanse, pues, en uno ó más canastos, según el número de los paseantes, sin orden ni concierto, cuantas golosinas se hallaban á la mano: pan, bizcochos, queso, mantequilla, sabrosos hoquenditos, almendrado alajú, piñonate etc.; agregábanse sendos paquetes de hierba-mate y de azúcar, más veces de Pernambuco que refinada; colgábanse los canastos al brazo izquierdo de las criadas, á las cuales se les ponía en la mano derecha una tetera llena de leche al mismo tiempo que se les daba la orden de marchar, ora adelante, ora atrás de la alegre comitiva.

Hízolo Serena como de costumbre, si bien en grandes proporciones.

La tarde, por otra parte, estaba espléndida. Los rayos del sol, oblicuos y algo amortiguados por la brisa impregnada de los efluvios del mar, que mecía suavemente la copa de los árboles, producían en la pupila y sobre la piel del rostro grata é indefinible sensación; dábanles á los que la experimentaban como ganas de tornar á la niñez; habrían querido lanzarse á correr, y saltar, y revolcarse en la arena, y perseguirse los unos á los otros,

y empujarse, y hacerse rodar al fondo de las hondonadas que encontraban al paso, y reírse y tirarse puñados de polvo á la cara, como niños ó como locos.

Locos, en efecto, llegaron todos á la orilla del mar. Distribuyéronse al punto en pequeños grupos y entregáronse todos á la más franca y cordial alegría. Sentáronse las señoras y algunos caballeros alrededor de la chisporroteante lumbre, en tanto que donceles y doncellas departían por las cercanías, juguetones y bullangueros. Cernía una la fragante hierba y quemaba otra el oloroso azúcar, en tanto que otros acopiaban la por ahí esparcida chamiza y hojarasca. Recogían unos piedrecillas y conchuelas; desafiaban otros á las mugidoras olas, y no faltó quien llevara tan lejos su entusiasmo, que esperara imposible que una lo cubriera hasta por sobre la rodilla.

Todos, pues, callados los unos y bullangueros los otros, procuraban divertirse y apartar el ánimo de los pensamientos serios y de las ideas tristes.

Serena misma experimentaba cierta agradable sensación de calma y de tranquilidad.

Sólo Voltero parecía extraño á la común alegría. No dándole á la sazón tregua ni descanso el aguijón de sus locas ambiciones, se había alejado buen trecho de los demás en dirección á Coquimbo, solo y entregado á sus habituales cavilaciones, sin parar la atención en el aire de tristeza y de abatimiento que revelaba el rostro de su esposa y desentendiéndose por completo de las tiernas demostraciones de cariño con que ésta procuraba retenerlo á su lado.

Sintió la joven intensísimo pesar y se descorazonó más que nunca ante aquel no disimulado desdén de su marido.

Disimuló, sin embargo, su dolor y manifestó siempre la misma franca alegría que los demás, diciéndose, empero, mentalmente mientras veía alejarse á Voltero:

—¡Cuán grande lo imaginaba yo y qué pequeño es!... ¡Imposible, imposible! No puedo amarlo ya; no fué amor su pasión!



Preparábanse ya los paseantes para emprender el regreso á Miramar, cuando uno hizo notar que Voltero no volvía solo.

Venía, en efecto, acompañado de un numeroso grupo que, cuando la distancia lo permitió, se reconoció que era compuesto de oficiales del ejército del gobierno.

En aquel momento se habían detenido como indecisos entre volverse atrás ó continuar adelante. Después de algunos momentos en que Voltero pareció afanado en hacerlos seguir en su compañía, se vió que uno solo dió la vuelta hacia atrás á pesar de las muchas instancias que los demás le hacían para continuar y que todos los otros se dirigían hacia el punto en que se hallaban los paseantes.

Emitían todavía éstos sus varios pareceres sobre los recién venidos, cuando fueron éstos presentados por Voltero.

—Jefes y oficiales del batallón Chacabuco—dijo—llegados en el vapor *Cazador* que fondeó esta mañana en Coquimbo.

Al oír el nombre del Chacabuco, se estremeció ligeramente Serena, echó sobre el grupo de oficiales una rápida mirada y pareció contrariada de no hallar entre

ellos al que buscaba: dirigiéndose entonces al que parecía de más alta graduación, le dijo con fina cortesía:

—Tenéis bizarra oficialidad, señor coronel, y os aseguro que tendréis la mitad de la victoria alcanzada si le permitís que venga á nuestra casa á hacerse ver de la que se la ha de disputar, con mayor tesón del que os imagináis tal vez.

Agradecieron los recién llegados tan favorable acogida, quedando al mismo tiempo encantados de la sin par belleza de la joven.

Hízose general la conversación, franca y cordial; sin que ninguno de los circunstantes, sin embargo, le diera mayor importancia de la que en sí tenía el punto que se tocaba. Pero un observador sagaz habría notado sin mucho trabajo que Serena y Voltero no tomaban las cosas como los demás, sino que parecían darles mucho mayor importancia.

Voltero, yendo de uno á otro de los recién venidos, procuraba, en efecto, informarse de cuanto le era posible sin hacerse sospechoso acerca de los propósitos de los jefes, de las fuerzas con que podrían contar y del estado de éstas, y al mismo tiempo captarse la amistad de los oficiales y ganarse su confianza.

Serena, á su vez, parecía buscar entre aquel brillante grupo de jóvenes uno que descollara mucho sobre los demás, tanto en su aspecto exterior, en su aire distinguido, como en sus dotes intelectuales y morales, en ideas y en sentimientos. Convencida, al fin, de que no se hallaba ahí, parecía deseosa de aventurar alguna tímida pregunta sobre su ausencia; pero luego se detenía como ruborizada. ¿Qué tenía, el preguntar por un ausente, de extraño ó de inconveniente? Nada, en verdad.

Pero el ausente era también un desconocido, y preguntar por un desconocido sin motivo ninguno puede dar ocasión á falsas interpretaciones ¡Qué necesidad! Por un desconocido se puede preguntar en cualquiera ocasión, con motivo ó sin motivo, sin temor de que nadie pueda extrañarse de eso. Y con mucha mayor razón cuando á él se le deben algunos servicios. ¡Ah! pero ¿si el recuerdo de esos servicios no puede traer-se á cuenta?... Y en todo caso ¿qué le importaba á ella que estuviera ó no estuviera todavía en el Chacabuco?... En realidad de verdad, lo mejor era dejar de preocuparse de tal cosa; que si estaba todavía en el Chacabuco, no había de tardar ciertamente mucho en saberlo.

Como todas las de alegría, pasáronse las horas de aquella tarde demasiado rápidas, y para los oficiales del recién llegado batallón Chacabuco, llegó el momento de separarse cuando menos lo pensaban.

—¿Por qué no venís con nosotros á Miramar?—interrogó afablemente Serena.—¡Tendríamos tanto gusto de regresar en vuestra amable compañía!

—¡Oh! sí, en verdad—agregó Voltero;—venid con nosotros; Miramar está á un paso de aquí.

—Mil gracias,—replicó el coronel;—bien sabéis que nuestro bote nos espera; la marea sube y el embarcadero no tiene nada de cómodo; en la noche puede ser peligroso. Además, la distancia que tenemos que recorrer para llegar al buque no es corta.

—¿En dónde habéis desembarcado, pues?—preguntó Serena.

—Á un par de millas de aquí. No conocíamos el mar y elegimos un mal punto, me parece.

—Sí, en efecto,—agregó Voltero;—pero nada temáis

iré yo mismo á hacer regresar el bote y á traerlos á mi buen amigo el doctor.

Sintió Serena un martillazo dentro del pecho al oír las últimas palabras de su esposo. ¿Por qué no habrá venido? pensó; ¿en dónde se habrá quedado? Pero temiendo que su emoción hubiera sido notada, no se atrevió á aventurar ninguna pregunta.

En aquel momento felizmente había exclamado otro de los oficiales:

—No lo conseguiréis: aunque el menos militar de nosotros, en el más apegado á la ordenanza: tiene que estar á bordo precisamente antes de la puesta del sol, aunque sea un solo minuto.

—¡Celo de neófito!—interrumpió entonces Serena con cierto tono picaresco, que no era sincero.—¿Es acaso novicio en la carrera?

—Nó, señora,—respondió el interpelado:—hace años que nos acompaña; pero en tanto tiempo no ha cambiado un ápice de como se mostró el primer día.

—Es un joven demasiado tímido y pundonoroso,—continuó á su vez el coronel,—que por no merecer el más ligero reproche es capaz de no sé qué extremos. Si nuestra ausencia produjera ahora algún percance á bordo, quedaría creyéndose él durante toda su vida el único responsable, porque sólo por ceder á sus instancias bajamos á tierra.

—Motivo de más para que no rehúse retardar algunas horas su regreso á bordo—replicó Serena.—Probablemente conocía estos sitios, cuando deseó visitarlos tan pronto.

—No lo sé en verdad—contestó el coronel.—Desde antes que echáramos ancla se empeñó en que lo acom-

pañáramos á tierra; fué él quien nos hizo venir hacia aquí en lugar de bajar á Coquimbo; quiso ser el primero en tocar tierra y así que estuvo en ella no cesaba de repetir:

—«¡Qué encantadores sitios! ¡Cómo me recuerdan á los en que yo me crié!»

—Sin embargo—continuó el coronel,—cuando le instamos para que viniera hasta aquí con nosotros, rehusó obstinadamente acompañarnos y nos comprometió á que lo encontráramos en tiempo oportuno en la proximidad del lugar en que dejamos el bote. Es ésta la única causa que me impide aceptar la benévola invitación con que nos honráis; sin ella, creédmelo, señora, nada sería para vosotros más agradable que acompañaros á Miramar.

—Siento en el alma, coronel—replicó afablemente Serena—el que no nos acompañéis; pero prometí venir á visitarnos tan pronto como os sea posible y me daré por satisfecha.

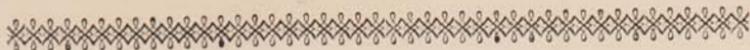
—Os lo prometo, señora; entendido que honra y placer serán para nosotros.

—Invitad también en nuestro nombre—agregó Voltero—á vuestro cirujano y empeños en traérmelo; le debo servicios que jamás podré corresponderle debidamente y quisiera manifestarle mi gratitud.

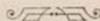
—Contad con él—replicó el coronel;—nada me rehusa cuando sé pedirle.

RICARDO DÁVILA BOZA

(Continuará)



EN LA GRAN BRETAÑA



(FRAGMENTOS INÉDITOS DEL DIARIO PRIVADO DE VIAJES DE DON
BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA)

(Continuación)

Willville, 31 de julio.

Escribo á la vista de la ciudad de mis antepasados, tumba de los fundadores de mi raza y cuna humilde de la generación de desterrados que llevan mi nombre, y de los que uno de los náufragos escapados en las playas de Sud América nos dejó su nombre como una lección de severa y noble vida.

He venido á empapar mi alma en estos santos recuerdos. He encontrado la desolación y la ruina en el sitio en que brilló la felicidad doméstica de mis mayores. Habitaciones desiertas y cubiertas de polilla son ahora los sitios en que los jóvenes Mackenna pasaron su alegre niñez y una juventud tronchada prematuramente por la persecución. Aquí nacieron los abuelos de mi ma-

dre, y yo he hincado la rodilla en el mismo sitio donde lanzó su último suspiro el varonil Bully Mackenna.

Desde aquí partió, hacen 70 años, mi propio abuelo, en dirección á España, proscrito en la flor de su edad, y fué ahí, en esa puerta que está á mi vista, donde su madre lo bendijo y le pidió que volviera. ¡Ay! no pudo volver nunca. Murió en el destierro y el infortunio.

Y yo, desterrado también, he venido á saludar estos sitios que tanto guardaron de querido, y que ahora están desiertos y mudos.

¡Oh tiempo! tal vez en algunos años otros peregrinos desprendidos de mi propia familia buscarán en Chile el sitio de nuestra cuna y de nuestra vida. Parece que una misma estrella hubiera guiado los pasos de todos los que llevan nuestro nombre.

Adiós, sitios de dolor; os he visto con una emoción concentrada, porque el recuerdo de dolores pasados se refleja vivamente en nuestra vida actual.

Enneskellen, 31 de julio.

Me levanté á las 7½, y á las 9 me dirigí con un guía á Willville, la cuna de mis abuelos, situado en una altura, á una milla al sur del pueblo.

Las emociones con que visité este sitio no pueden describirse. Estaba absorbido por mil pensamientos; el dolor, la indignación, el desengaño y un placer amargo me agitaban en medio de esas ruinas de un bienestar pasado.

Un indiferente y andrajoso *farmer* me mostró la casa de mis antepasados. Es pequeña, de dos pisos, con

cuatro piezas en cada uno. Abajo, á la izquierda, está el saloncito de recibo de la familia, y detrás la cocina; á la derecha, el salón de recibo y el dormitorio de mis abuelos, donde ambos murieron y donde probablemente nació toda la familia. Saqué con mi navaja una astilla de la moldura; sólo un pedacito, porque me pareció un delito que la mano del hijo mutilase lo que había mutilado la férrea mano de los opresores.

Arriba hay cuatro cuartos de la familia; todo es muy pequeño, y no puedo concebir cómo vivían ahí más de diez personas.

La cocina se abre sobre un pequeño corral, que da á una arboleda hoy derruida.

Al frente hay un jardincito de aspecto sombrío, rodeado de álamos y pinos, que parecían tristes como mi alma y como la mañana lluviosa en que visitaba estos sitios.

Lo recorrí todo con algo de febril en el alma, y apenas recogí algunas reliquias, pero sí muchas hojas de pino de la casa, tal vez porque era lo más funeral y lo que estaba más en armonía con mis sentimientos.

Á las 10 volví al pueblo y fuimos con Sánchez á visitar á mi tía. Almorzamos con ella, y en seguida nos fuimos en un carruaje, con la tía y un clérigo Smith á ver al obispo Mac Orrelly. Lo encontramos en su jardín, como un pastor. Pocos hombres he visto más simples, amables y buenos. Nos mostró su jardín, aunque estaba lloviendo, y la capilla edificada por mi bisabuelo, que es ahora su oratorio. Sentí ahí emociones inexplicables, y caí á los pies del sacerdote, que me dió su bendición.

Pasamos por el panteón, donde están enterrados sólo los hijos de Mtrs. Mac Lanag, mi única tía viva junto con la tía Leticia.

El obispo es muy fervoroso católico, y está persuadido de la inicua persecución inglesa contra el espíritu católico de Irlanda.

Á la 1 dejamos á la tía en su casa, y me despedí con cariño de la pobre anciana. Tal vez por última vez ha andado conmigo por el mismo camino por donde, hace ya 80 años, y siendo ella ya mujer, conducía á mi abuela á la aldea!

Á la 1 y media salimos por entre la muchedumbre de gente desgarrada de la calle de Monaghan, porque era un día de mercado, y tomamos un coche cerrado. Prometí al cochero 4 chelines si llegábamos á tiempo para la diligencia de Clones, que partía á las 3 y media. En hora y media anduvimos cuatro leguas, y llegamos á las 3.

Nos trasbordamos á la diligencia, y á las 6 llegamos á Enneskellen. Venía en el coche un capitán inglés, preguntón, ignorante, pues ni siquiera conocía el nombre de Chile, y muy decididor de versos.

En todo el camino, aun en las más miserables chozas, había lindísimas fisonomías. No creo que haya mujeres más altas, más frescas y de más airoso porte que las irlandesas.

Comí con tres irlandeses, todos muy amables. Uno de ellos, Mr. Moore, director de los jardines botánicos de Dublín, que me invitó á visitarlos; el otro sabía mucho de Chile, y había viajado por Asia y África; parecía un sabio; el tercero había estado en Valparaíso. La sociedad de esta gente valía por la de cien ingleses.

Á las 8 tuve el gusto de abrazar á John Mackenna, que pasaba por la puerta con el cura del lugar. Hemos hablado de la familia y de Irlanda; es un joven inteli-

gente, instruido y activo, que me ha gustado mucho; al conocerlo he tenido un placer mayor que el que esperaba.

1.º de agosto.

Á las 8 vino mi primo John Mackenna, y oí su misa en una triste capilla y con pobrísimos aparatos.

En seguida almorzamos con él y visité á un boticario Mr. O'Donell, pariente de afinidad de Fanny Mackenna.

Recorrimos el pueblecito, que es pobre, pero bastante animado y en buena situación. Hablé con un bodeguero de excelente pasta, que tiene dos hermanos en Coquimbo.

Á las 4 comí con John y otros dos clérigos, muy joviales. Los clérigos parecen ser aquí muy respetados, pues vi que todos los pobres doblaban la rodilla en la calle á John.

Después de ese día pasado todo entero con mi primo, me despedí cariñosamente de él, y tomé la diligencia que trae la mala de Eneskellen á Dublín.

Me preparaba para una pesada noche de 34 leguas de camino. La diligencia era estrecha y los otros dos compañeros que venían parecían poco agradables; pero después de media noche, todo fué muy confortable.

Volvimos por el mismo camino que habíamos recorrido ayer hasta Newtown Butter; luego pasamos por la posta Bridge Water, donde comenzó á oscurecerse; por la aldea de Cavan, donde tomé un vaso de chivato; por las de Virginia, Kells, Navan; y finalmente llegamos á Dublín, al patio del correo, á las 6 de la mañana.

El servicio postal es excelente; mudábamos á cada 3 leguas, y en 100 millas cambiamos 40 caballos en 10

postas. Los cocheros, buenos y pedidosores de plata; el camino excelente, muy superior á los de Inglaterra.

2 de agosto.

Me eché á la cama á las 6 de la mañana, hora de nuestra llegada, y me levanté á las 12.

Después de almorzar salimos á andar. Visitamos la Catedral de San Patricio, verdadera caballeriza que tiene 700 años, y cuyo santo nos decía la sacristana que no se sabía bien si era católico ó protestante.

Pasamos después por el hediondo y horrible barrio que la rodea, atravesamos los puentes en miniatura del Liffey; pasamos por las Cuatro Cortes; subimos al monumento de Nelson, desde cuya cumbre se domina una hermosa vista; y por último comimos como no he comido nunca mejor en Inglaterra y por el barato precio de 10 chelines, lo que en otro hotel inglés habría costado libra y media.

Dublín me ha gustado; tiene la planta de París, su río se parece al Sena, y su Parque es el Bois de Boulogne. Aunque animada, la ciudad es pobre, sin monumentos, ni iglesias, ni grandes construcciones. Lo más notable es la calle de Jackville, la calle más ancha de Europa, y que presenta desde el monumento de Nelson una hermosa vista del correo, la aduana, la Bolsa, las Cuatro Cortes, el Colegio Verde, con la perspectiva de la bahía y de las montañas de Wicklow á la distancia.

Tiene actualmente 250 mil habitantes. Tal vez la mitad es protestante, pues el materialismo ha ganado mucho terreno. Los irlandeses católicos son verdaderamente heroicos.

3 de agosto.

Á las 7 me vestí, y á las 8 tomé un baño salado á orillas del Liffey, en el inmenso establecimiento de Northumberland, donde cada tina ocupa un departamento de tres piezas.

Almorzamos á las 7, y á las 10 nos fuimos en un *car* á los jardines botánicos de Glasnevin.

El director Mr. Moore, y su compañero Mr. Alexander Mellville de Gallway, nos estaban esperando, conforme á la promesa hecha en el hotel de Enneskellen.

Nos mostró Mr. Moore todos los conservatorios llenos de utilísimas plantas, los jardines botánicos y medicinales, los bosques naturales y artificiales, en los que se distinguía el árbol del corcho y el piñón chileno (*Chilian-pine*).

En seguida nos fuimos en el coche á la Escuela Modelo de Glasnevin, donde estuvimos una hora deliciosa y muy útilmente ocupada. La lechería es una monada, y la dueña de casa ó llavera una hermosa y señoril mujer. El director, doctor Kirkpatrick no estaba ahí, pero lo encontramos en la calle y nos hizo mil amables ofrecimientos.

Visitamos en el cementerio católico la tumba de O'Connel, con su ataúd de terciopelo carmesí descubierto al aire. Así yace el que con su palabra arrastraba como en un torrente de fuego los corazones de 8 millones de hombres. Mr. Mellville, que es presbiteriano, nos decía que O'Connel había decaído en sus últimos tiempos, explotando al pueblo; pero que antes había sido un patriota muy puro y un gran irlandés. Atribuye él su muerte al

pesar que le causó el predominio del partido de la *Joven Irlanda*, al cual acusa Mr. Mellville de temerario é insensato.

Volvimos á la ciudad, y nos presentaron al secretario de la Real Sociedad de Agricultura de Irlanda, Mr. Harkness hombre activo, actualmente muy ocupado en la Exposición de Armagh.

En seguida nos llevaron al Museo de Agricultura, que tiene un buen surtido de máquinas y colecciones. En la misma extensa casa está situado el Museo de la Real Sociedad de Dublín y la Escuela de Dibujo y Estatuaría, todo sostenido por el gobierno, pero sin gran desarrollo. La mayor curiosidad del Museo es un fósil del antiguo venado de Irlanda, de una estatura colosal y con cuernos que pesan cada uno medio quintal, lo que está en gran desproporción con el tamaño de la cabeza.

Vimos después el curioso Museo y Librería de la Sociedad de Anticuarios Irlandeses. Hay en él muchos adornos, sellos, anillos de puro oro de la antigua Erin, armas y, lo que es más notable que todo, las peculiares arpas de los antiguos bardos.

Había allí un sabio anticuario, Mr. O'Curry, que ha copiado y traducido varias obras de la antigua lengua irlandesa, y conoce la genealogía de todas las familias del país. Conocía también á la mía; me escribió mi apellido en caracteres antiguos irlandeses, que equivalen á *Mac Cionnavith, of Fringh*, y que se pronuncian en inglés *Mac Kenna, of Hough*, y significan *hijo del hombre de cabeza sabia*. Después, registrando un libro genealógico, encontró mi nombre y me dijo que éramos descendientes de reyes que existieron hace más de 1,570 años. Al salir, encontramos una talabartería con el nombre de

su propietario, un Mackenna, y mis compañeros me observaron que aquel era, sin duda, un pariente de sus antiguas Magestades Mackennas.

Después nos mostraron el Colegio de Irlanda, el establecimiento más vasto que yo haya visto, superior en sus edificios á todos los de París. Es inmenso, con salones, patios, jardines, bosques etc. Ahí se despidieron de nosotros, después de una compañía de ocho horas, esos dos amabilísimos caballeros, cuyas atenciones recordaré siempre con un placer bien difícil de sentir en esta inhospitalaria y egoísta Europa.

Á las 5 y media comimos, y á las 7 tomamos el ferrocarril para Kingstown.

El Royal Arcade Hotel es el único en que creo que no nos han robado.

El ferrocarril, de nueve millas, es excelente y barato; los alrededores de Dublín lindísimos, rebosando verdura i con colinas cubiertas de bosques, sobre la hermosa bahía de la ciudad.

Kingstown es un pueblo bonito, nuevo, y con vastas obras hidráulicas.

El vapor nos estaba esperando, y en menos de cinco minutos, con orden y rapidez, estábamos ya en marcha. El vapor marchaba bien; me entretuve con mi excelente compañero en agradable charla, y á las 12 desembarcábamos en un alto muelle, después de haber pasado la Holyhead de Inglaterra y sus costas vivas con faros de toda clase de luces.

Salimos de Holyhead á las 2 de la mañana, pasando media hora después el estrecho de Menoy, que separa la Inglaterra de la isla de Anglesea, y á través del cual pasa el ferrocarril por el estupendo puente de *Britannia*,

la obra maestra de Stephenson, y que consiste en un inmenso tubo de hierro de dos cuadras, que se sostiene por su propia ley de gravedad.

Á las 4 de la mañana llegamos á Chester. Mi compañero sintió aquí fuertes dolores de vientre, que llegamos á temer fueran síntomas del cólera, epidemia que ha aparecido simultáneamente en muchos puntos de Inglaterra. Por fortuna, se mejoró pronto.

Á las 6 pasamos por Stafford, de triste apariencia, en cuya vecindad está el gran distrito de las fábricas de loza.

Poco después, habiendo dejado atrás un campo lindísimo de crianza, engorda y siembras, entramos en Wolverhampton, donde comienza el gran distrito del hierro, que se extiende hasta Birmingham. Nunca he visto un espectáculo más extraordinario; un dependiente que iba en nuestro carro me decía que aquello era el infierno sobre la tierra. Pueden contarse millares de chimeneas ardiendo ó lanzando negras columnas de humo, cerros de escorias, máquinas y cilindros levantando carbon, canales, etc. Es un espectáculo extraordinario y tremendo. En presencia de esa inmensa faena de fuego y hierro es cuando uno cree que la raza inglesa es raza de titanes, pero que, como los dioses de la mitología, tiene más cuerpo que alma.

X
Á las 8 llegamos á Birmingham, y después de almorzar recorrimos las calles viejas, hediondas, miserables, de esta ciudad que yo creía de palacios. No encontramos otras tiendas que carnicerías y puestos de pescado hediondo, sin nada que pudiese distraer la vista. Birmingham es la metrópoli del hierro. Encontramos á un muchacho que llevaba una carretilla llena de cañones de

fusiles, como quien encuentra en las calles de Santiago un vendedor en canastos, de peras ó duraznos.—«¿Á cómo la docena?»—le preguntamos, porque los fusiles podían comprarse aquí por destajo. La fabricación de armas es la principal industria de la ciudad.

Á las 10 y media volvimos á ponernos en marcha, y atravesando el lindo condado de Worcester, en cuyos campos crece el oblón como la viña, llegamos por fin á mi residencia de Cirencester, donde después de un mes de ausencia, encontré una acogida tan deseada como deliciosa, y cartas de familia que me llenaron de placer.

8 de agosto.

El cólera hace tremendos estragos en Europa. En Génova han muerto 500 personas en quince días, y cincuenta mil habitantes han abandonado la ciudad. Desola también á Nápoles y Florencia. En París hay veintiuna muertes diarias. En Londres hubo en la última semana cien. La plaga hace estragos hasta en Turquía y en el Báltico.

10 de agosto.

Asistí hoy á una cacería de zorras.

La caza de la zorra es la diversión clásica de los ingleses. Lord Bathurst tiene una jauría de 120 perros cuya manutención le cuesta anualmente diez mil pesos.

Francamente, este placer puede parecer animado y pintoresco para el que lo mira, pero los actores toman en él un interés extraordinario que llega hasta el frenesí. Se corre un día entero detrás de una pobre zorra hasta

alcanzarla, descuartizarla con los perros, y volver, cuando la zorra ha sido atrapada, trayendo por único trofeo y resultado la cola revolcada del pobre animalejo.

Ví pasar á través de los campos la fatigada víctima arrastrando ya la lengua de cansancio, y los perros siguiendo la pista, mientras los jinetes corrían más atrás desaforados, unos sin sombrero, otros sin guascas ni riendas, y hay veces en que quedan hasta sin cabeza, porque al saltar zanjas y tapias, caballos y jinetes suelen dejar la vida. ¡Morir así por la cola de una zorra!

Volví después de haber presenciado aquel espectáculo con curiosidad, pero sin grande interés.

13 de agosto.

Leyendo hoy THE SPECTATOR, ví que ayer ha muerto en Londres, de un ataque fulminante de cólera, Lord Jocelin, y como yo no había almorzado más que dos tazas y media de té, mis nervios se impresionaron hasta creer que yo mismo estaba con el cólera. Sentí calambres en los pies, movimientos en el vientre, ímpetus de vómitos, etc.

Sólo vine á reponerme de todos estos síntomas cuando la acción del té había pasado. Entretanto, la epidemia hace estragos considerables y aterradores: durante la última semana han muerto en Londres cuatrocientos, y miles han caído ya en el Continente.

14 de agosto.

Á las 9, después de un fuerte aguacero, fuí al Colegio.

La mañana estaba hermosa, y me entretuve un rato en el Parque viendo cazar ciervos. La operación se hace á la bruta: se corre el rebaño hasta que el cazador llega cerca de un animal, le apunta el rifle á la cabeza y dispara.

No he salido en la noche, y me entretuve con los niños y mi buena Madama, que me contaba sus aventuras de soltera, picarescas pero honradas. Me decía que ella podía muy fácilmente hacerse católica. Lo que más le cuesta es creer que en la Santísima Trinidad pueda haber tres personas distintas y un solo Dios.

Dicen que nuestro profesor, Mr. Buckman, está enfermo del cólera, pero que ya se encuentra mejor. La plaga sigue de mal en peor.

25 de agosto.

Hoy cumpla 23 años.

Nada puedo decir de mí, porque estoy indeciso sobre mi porvenir; pero estoy contento del pasado, y esto basta. No soy feliz; deseo como la vida misma el volver á mi patria, al seno de mi familia, y fijar de algún modo mi camino. Entretanto, preparo éste, y ése mi único consuelo.

El día ha sido penoso, y yo he vagado triste y dulcemente por los bosques, desde las seis de la mañana. He sentido hoy brotar en mi alma goces y penas como no los había sentido jamás.

He comprado un perrito, que espero será un buen compañero para mí.

27 de agosto.

He leído hoy con delicia un *Compendio de los viajes de Humboldt por Méjico y Sud-América*, que me ha hecho recordar á mi tan querido Chile.

Creo que este es el día más lindo que he visto en Inglaterra. La tarde era dulce y clara, y el aire diáfano, coloreado juntamente por la verdura del bosque y las amarillosas cosechas de trigo permitía distinguir el sol poniente y al mismo tiempo el primer cuarto de la luna, lo que es un espectáculo raro en este país. Mi pensamiento estaba lleno de Chile, que recuerdo con más amor que nunca.

En la noche he leído á ratos, y otros me he divertido con mi perrito, que todavía está huraño.

28 de agosto.

M. Bugg me ha traído hoy algunos números de L'INDEPENDANCE BELGE, mandados, según me dijo, por Lord Bathurst.

Éste me vió ayer en el campo, y ha hecho muchas preguntas acerca de mí, sobre si fumo, si bebo, etc., de todos los vicios que aquí nos atribuyen á los sud-americanos. Ha quedado sorprendido de mi sobriedad, y dice que debo ser uno entre mil. Probablemente el viejo Lord me cree un animal curioso y desea conocerme. Estas atenciones valen mucho aquí, pero yo aprecio cien veces más un vaso de cerveza que hoy bebí con los segadores en el campo.

17 de septiembre.

Amaneció un día hermosísimo.

Después de almorzar á las 10, nos fuimos á Winchcombe, una antiquísima aldea distante siete millas de Cheltenham, pero desde cuyas colinas se disfruta la más grandiosa vista sobre el valle de Saverna, con todos sus pueblos, bosques, caseríos, prados, siembras, etc.

Volvimos al hotel á la 1, y después, hasta las 4, dimos lentamente un paseo por el pueblo, bello en su silencio de domingo, con sus lindas *villas, cottages, mansions, terraces, lodges, crescents, avenues*, y todas esas bonitas formas de arquitectura peculiar á los ingleses, y que en muchos casos podría denominarse, como en esta linda ciudad de Cheltenham, bajo el nombre de palacios.

The promenade y todos sus alrededores estaban bellísimos. Creo que no hay en el mundo un pueblo más bonito que Cheltenham, y aun sus baños, sus infinitas boticas, sus magníficos hoteles, originados todos por la peste y enfermedades de la gente que busca mejores climas, contribuyen á su embellecimiento.

Á las 6 comimos, y después, dando un distraído paseo, entramos por casualidad en la pobre iglesia católica de Cheltenham, donde yo debía sentir emociones que se grabarían para siempre en mi memoria.

Habría unas 300 personas en el pequeño recinto; el servicio era ejecutado por un sacerdote de modesta apariencia, y cuatro niños como acólitos. El canto general, las voces de los niños y mujeres, el zahumerio alzándose en nubes al aire, el eco grave del órgano, el toque medio apagado de una campana, el recogimiento de todos

cuando se alzó la hostia consagrada; todo esto arrebató mi alma hasta el éxtasis. Tal es el poder de estas escenas cuando asistimos á ellas sin violencia, obedeciendo, nó á la costumbre, sino á nuestra propia buena disposición.

El sacerdote pronunció un sermón que me pareció un modelo de habilidad, dirigido á excitar á los fieles para contribuir á levantar una iglesia dedicada á San Gregorio. Explicó primero la eficacia de rogar á Dios por medio de la intercesión de los santos, y citó numerosos pasajes de las sagradas escrituras.

Luego narró en compendio la vida de San Gregorio, y refirió el episodio de ella en que se encuentra el Santo en relación directa con Cheltenham. En el Mercado de los esclavos de esta ciudad en el siglo VII, encontró San Gregorio varios Anglers, prisioneros de Anglia, y desde entonces se propuso la conversión de estos infieles, que no tenían conocimiento del cristianismo. En efecto, cuando San Gregorio fué papa, envió á ellos á San Agustín, que los convirtió.

El predicador refirió después la manera como los pueblos salvajes llegan á edificar templos en sus desiertos, cuando son convertidos á la fe: unos acarrean la madera; otros, ladrillos ó adobes; otros, piedras etc.—«Pero aquí, añadió, no se hace esto, porque somos país civilizado, y podemos contribuir á la fábrica de un templo sin necesidad de poner nuestro servicio personal.»

La acción siguió á la palabra, y comenzó á circular entre los fieles una bolsa de terciopelo.

En seguida el sacerdote propuso á los asistentes que hicieran el compromiso de no beber, los aficionados, siquiera hasta que se abrieran al culto las puertas de la

nueva iglesia, y dar los ahorros de esta abstinencia para su construcción. Al efecto se repartió á la salida el siguiente papelito:

"I.....hereby to dake the *Temperance Pledge*, and will keep it under the conditions now specified by me, until our *Church of St. Gregory* be opened for Divine Service. I also empower my Spiritual Director to *release* me at my request.

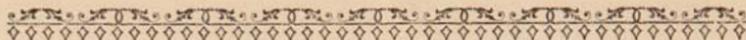
Witness, The Rev.....

N. B.—Part at least of the money thus saved you will not refuse for our new church."

Gozando con estas emociones, salimos de la iglesia á las 9.

B. VICUÑA MACKENNA

(Continuará)



REVISTA LITERARIA ⁽¹⁾



“REGLONES CORTOS” POR ALFREDO IRARRÁZAVAL Z.

Tengo una deuda pendiente, y como, según el rústico de Sancho Panza, al buen pagador no le duelen prendas, voy á pagarla en este artículo para descargo de mi conciencia literaria.

Dije ya hace algunos días al autor de los *Reglones Cortos* que escribiría una crítica ó quisicosa, que el nombre es lo de menos, sobre sus poesías; el compromiso quedará saldado cuando termine las presentes líneas, y quedará saldado honradamente, porque no me comprometí á decir lo que al autor le pareciese bien sino lo que yo creyese justo. Puede, pues, el lector, hacer de cuenta, si le place, que no existe la deuda, para los efectos de considerarme del todo imparcial, primera norma y más grande anhelo de mi profesión de crítico sin clientes.

(1) Estos artículos estaban en nuestro poder desde hace tiempo, pero la abundancia de material nos ha impedido darles publicidad en los números anteriores.—(Nota de los editores.)

En los *Reglones Cortos*, á diferencia de lo que sucede en muchos libros que se publican en esta tierra, se encuentra algo que vale la pena de examinar; el tomo no es un desierto de infecunda arena sino un campo cultivado en el cual hay que recoger ya el sazonado fruto, dar riego á la semilla para que fructifique y arrancar de cuajo la maleza para que no atraiga y absorba la savia de la tierra.

El fruto lo constituyen algunas composiciones, humorísticas en su mayor parte, que provocan sonora carcajada y guían el espíritu, muchas veces triste y no pocas abatido por las contrariedades de la vida, á las regiones del buen humor, por lo intencionado de la idea, por lo picaresco de la frase y por lo desenvuelto del verso.

No es necesario citar ni una línea: quien lee los *Reglones Cortos* tiene la risa comprimida á las puertas de los labios, esperando que llegue, de un momento á otro y cuando menos lo piensa, el verso que se las abre involuntariamente para darle franca salida. Y ese verso llega con frecuencia, con tanta frecuencia que á veces atropella la rima, atropella la concisión y atropella por fin hasta el idioma mismo.

Esta es una de las malezas que encuentro en el huerto de Alfredo Irrarázaval. Como ha dicho perfectamente el señor don Rubén Darío en la Carta-Prólogo que precede á los *Reglones Cortos*, la demasiada originalidad del autor es un defecto porque á ella se sacrifica el estilo, como si fuera asunto baladí. Esto hace que me úna al prologuista para recomendar al autor de las poesías en que me ocupo que ponga empeño en que sus trabajos sean más correctos, en no martirizar á la rima y en no

abusar del provincialismo y del modismo propio de la gente zafia, que si esto último agrada una vez, desagradada con frecuencia.

En vez de acudir al arsenal inagotable del mal decir de nuestra gente ignorante, cosa que puede y debe hacer para corregirlo riéndose, busque Irarrázaval armas en el abundantísimo tesoro de la poesía clásica castellana, donde encontrará infinita variedad de tonos, de giros y de expresiones que, sin hacerle perder la originalidad, le darán, adaptados al gusto del día, nuevos horizontes á sus poesías. Concentre más el pensamiento que trasladada al papel, desprecie cuanto verso sea inoportuno y no procure producir mucho sino bueno.

Los *Reglones Cortos* acusan más de una vez, por el descuido y flojedad de los versos, que el autor no se ha curado de corregirlos y de perfeccionar sus obras: y es este un mal que merece acérrima censura, no tanto por el defecto actual que entraña como para que sirva de lección y de escarmiento en lo futuro.

Ya que Alfredo Irarrázaval ha manifestado en sus *Reglones Cortos* excelentes disposiciones de poeta humorístico, conviene que no las emplee en nimiedades insignificantes y que se fije en que si es verdad lo de la misión del poeta, él tiene una que no por ser alegre deja de ser grande y severa. En su nota cómica, y mediante la observación, que ningún artista puede despreciar, debe contribuir al perfeccionamiento social; en el campo meramente social, en el político, en el artístico, en el literario, en todas las esferas, en suma, en que se ejerce, como fuerza impulsora del progreso, la actividad humana, encontrará defectos ó vicios que subsisten á pesar de los ataques del moralista y del censor y que

no resisten, generalmente, al más leve soplo de la amarga sátira ó de la donosa burla.

En esta obra no recorrerá solo el camino, aún cuando los medios de que se valga sean diversos de los que otros empleen; marchará junto con todos los que desean destruir el mal y sustituirlo por el bien y con todos los que anhelan contemplar la belleza en lugar de horrorizarse de la fealdad.

Por esto, y para cumplir debidamente con la indicada misión, no debe olvidar Irarrázaval que la Verdad, la Belleza y la Bondad son tres diosas supremas que imponen su culto al artista del mismo modo que al moralista, y que en ellas debe inspirarse cuando, riéndose, trate de corregir lo que su paso detenga ó á su vista encuentre.

Después de tantas cosas serias como acabo de decir, me parece pertinente, por vía de paréntesis, recordar á Irarrázaval que el campo en que ha lucido sus mejores galas es el literario; voy al decir que censurando defectos literarios ha mostrado más que en otras composiciones, á mi juicio, su vena cómica; y recordárselo no tanto para indicarle que se duerma sobre los laureles conquistados, cuanto para pedirle que cultive con más frecuencia el género á que pertenece, en su mayor parte, la composición *Mi entierro*, que es en general una buena sátira contra el ameramiento de algunos jóvenes literatos y contra la abrumadora pretensión de escritores de algunos individuos que no lo son. Ayude en esta tarea al crítico y al lector, que ven con tristeza cómo la plétora de obras de ningún valer literario ahoga la producción de obras meritorias, y habrá prestado un indisputable servicio á las letras nacionales.

Si es verdad que en los *Renglones Cortos* sobresale la nota cómica, encuéntranse en ellos algunas vibraciones, aunque escasas, de la cuerda del sentimiento. Unas cuantas piezas, ligeras en la forma, bien que de profunda intención, acreditan que el autor observa y siente, como observan y sienten los poetas en sus buenos momentos.

Aunque no siempre originales en cuanto á la forma, hay en las composiciones á que me refiero un sello de sentida observación que acerca mucho al autor á los mejores poetas castellanos; sirva de ejemplo la composición *De Dios á las Plantas*, en que, no obstante la visible imitación de Becquer, se encuentra un fondo de tierna poesía, algo como un quejido del alma ante las injusticias que no tienen más sanción que la del corazón:

Pusieronle flores
Y sedas y gasas;
Y llegó la niña
Junto al ara santa;
Y no vió el magnate
Sús mejillas pálidas
Ni sus ojos verdes
Preñados de lágrimas;
Ni vió que la niña
De Dios á las plantas,
Exhaló un suspiro
Del fondo del alma;
Ni en la nave oscura
De la santa casa
Vió al pobre muchacho,
Como sombra vaga,
Mirando lloroso
Casarse á su amada;
Ni vió que el suspiro
De la niña pálida
Arrancó al labriego

La mitad del alma.

.....
 Pero el sacerdote
 Llegó hasta la grada,
 Y en nombre del cielo
 Dijo las palabras...
 ¡En nombre del cielo...
 Cuántas veces ¡cuántas!
 Se sella un engaño
 Y un amor se mata!

Las pocas poesías de este linaje que hay en los *Requiescencias Cortas* me inducen á indicar á Irarrázaval que no olvide la cuerda sentimental del arpa de sus cantares, y que la pulse sólo cuando esté bien seguro de la nota que va á dar á fin de que sus sonidos no salgan destemplados.

Á quien ha publicado un libro como el que motiva estas observaciones, no puede sino aplaudírsele por las donosas composiciones que el libro encierra y por las excelentes cualidades que revela; censurársele por los defectos que, como las incorrecciones y la verbosidad literarias, afean á veces las mejores poesías; y, finalmente, pedirle que pare mientes en dichos defectos para que los nuevos trabajos que emprenda, libres de ellos, sean dignos de las cualidades poéticas del autor y merecedores de más encomiástica crítica.

"EL IDEAL DE UNA ESPOSA", POR VICENTE GREZ

Para hablar en justicia y con entera franqueza, es necesario decir que la novela *El Ideal de una Esposa*, recién publicada, es una de las mejores que la literatura nacional ha producido en los últimos tiempos, pero que no alcanza al grado de perfección absoluta requeri-

da en obras de este linaje que se le ha atribuído pública y privadamente: la acción, que arranca su origen de un hecho social muy aceptable; la lógica de los acontecimientos, que con ligerísimas excepciones se mantiene desde el principio hasta el fin; el drama humano, que palpita en cada una de las páginas; la variedad de las escenas, ricas la mayor parte en verdad y en colorido, armónicamente distribuídas en el cuerpo de la obra; y la animación y viveza del estilo, son condiciones que se aúnan en *El Ideal de una Esposa* para asignarle lugar preferente entre las novelas nacionales, y aún (porque esto solo no significaría gran cosa), para llamarla novela de mérito, en la más amplia acepción de la palabra; pero esas mismas ligeras excepciones de que he hecho mención en cuanto á la lógica de los sucesos, cierta vaguedad por lo que respecta al punto principal de la novela, ó sea la idea que le da vida y título, y que no se sabe de fijo si se refiere á la idolatría de la esposa por un hombre que la engaña, á las esperanzas que funda en un hijo que se le muere temprano, ó á la soñada felicidad de que sólo alcanza á disfrutar corto tiempo, y muchos defectos de estilo, que no reúne toda la corrección y elegancia apetecibles, dan derecho para decir que *El Ideal de una Esposa* no tiene el grado de casi absoluta perfección artística que algunos le han asignado.

Por estas salvedades no se entienda que la novela en general merece censura; antes por el contrario, yo le tributo alabanza sincera, porque es una obra que hiere delicadamente la imaginación de los lectores de buen gusto, y cumple con los requisitos que se exige en la novela moderna, no obstante la propensión á la escuela naturalista, que considero perniciosa al arte.

Faustina, como empieza la novela, es hija única de un antiguo abogado, el señor L. B., que después de hacer en el foro un brillante papel se retira con alguna fortuna y mucha honra, enfermo, cansado, y más que todo, escéptico, con ese escepticismo poco amable que comunica á los demás su tristeza y sus brumas. Viviendo una vida retirada y nada sonriente, que influye sobre su carácter haciéndolo concentrado y firme, pasa Faustina su niñez, hasta que en casa de unas tías, únicas personas á quienes visita, conoce á Enrique, joven de mundo y alegre á quien, andando el tiempo, consagra ante el altar el amor que le profesa.

Los primeros años del matrimonio son felices y sin nubes, y los esposos tienen pronto la satisfacción de que un hijo venga á coronar su amor, un hijo que nace raquíptico y que se desarrolla taciturno y regalón. Pero al cabo de algún tiempo, cuando el carácter y la salud de su hijo, Luchito, comienzan á preocuparle seriamente, nota con dolor Faustina un gran cambio en la vida de Enrique, que se ausenta mucho de su casa y llega tarde de la noche.

Un día, no pudiendo soportar la impaciencia de que Enrique no llegue á comer, y siguiendo las insinuaciones de Luchito, Faustina toma un coche y se dirige á buscarle al Club, donde por los dichos insolentes y maliciosos de un cochero sabe que su marido está de comida en una Quinta, para ella desconocida, del Tajamar. La sospecha se apodera entonces del corazón de la ya infortunada esposa, y la impaciencia que la dominaba cámbiase súbitamente en desesperación; va á la Quinta, no obstante que la tarde está fría y que Luchito, su compañero, convalece de penosa enfermedad; desciende

del coche, atraviesa los desiertos patios agitada de inquietud febril, avanza siguiendo el rumbo que le indica un ruido de voces y de vidrios que se quiebran, y puede entonces observar que á orillas de una laguna, mezclados con mujeres de vida licenciosa, se encuentran en báquica orgía algunos jóvenes, entre los cuales distingue con dificultad al esposo de su alma obsequiando á precio las caricias que antes le prodigara á ella amorosamente.

Transida el alma de dolor, sigue Faustina observando aquella escena que rompe con saña cruel el velo de sus ilusiones y que le permite conocer la maldad que se encierra en el fondo del corazón humano, y cuando los alegres comensales se disponen á retirarse, huye al coche en que Luchito, cansado de esperarla, yace dormido, y toma precipitadamente el camino de su casa. Pero Enrique alcanza á ver á la mujer que huye, se acerca al coche antes de que parta, y en la semi-beodez que le domina distingue á Faustina y siente que el hielo de la duda, de la tristeza y de la desesperación circula por sus venas.

Enrique se arrepiente de su falta, imagina una excusa, trata de purificarse á los ojos de su esposa y de pedirla perdón; pero Faustina, enferma primero, y altanera después ante el desacato cometido á su amor, se resiste á olvidar la culpa y se niega tenazmente á perdonar al culpable. La desilusión brusca que ha experimentado la pone altiva, decidida á luchar contra la maldad, que ella no conocía antes de haber sufrido la de su esposo, y todo contribuye á alejarla más y más de Enrique. El amor de Enrique y Faustina es un amor imposible, que se va apagando con presteza y que concluye por separarlos enteramente.

En estas circunstancias, casi olvidada del mundo de rosadas ilusiones que poblaban su corazón, dispuesta á sacrificarse toda la vida por castigar la culpa de que ella ha sido víctima, Faustina se reconcentra en el amor de su hijo, que la salva de ser, á su vez, culpable, cuando la pasión por el doctor Guillermo, de quien alcanza á recibir algunas caricias, comienza á invadir su alma. La mujer fuerte, de sentimientos enérgicos y de carácter altivo, siente la tentación, da los primeros pasos en la pendiente y, antes de caer en el abismo, es detenida con todo el poder de una pasión superior, por el amor á Luchito. Las últimas escenas de esta lucha del alma tienen lugar en San Bernardo, donde Faustina ha resuelto habitar por ser favorable el temperamento á su hijo y por vivir más alejada de su esposo.

Enrique, en tanto, deshecho para él el caliente nido de sus amores, al cual ansía volver, y despechado por el desprecio de su esposa y el abandono en que le deja, se entrega á la vida de disipación y de club, de que por más de seis meses, deseando redimir su falta, había huído, entretiene sus ratos de ocio en fáciles amoríos callejeros, y sólo vuelve á ver á Faustina cuando ésta, desesperada y llorosa, vela al lado de su hijo recién muerto.

La escena que entonces se verifica tiene algo de grandioso y de terriblemente patético que conmueve el alma. Enrique, exasperado ante el cadáver de su hijo, al cual, manifestándole su amor profundo, quiere darle su propia vida, «extremecía al pequeño muerto con más angustia que si se estremeciera su propio cadáver.

«Todos lloraban; sólo Faustina, de pie, contemplaba la escena, fría é inmóvil como una estatua de mármol.

—«¡Oh! la miserable—exclamó Enrique cubriéndola con una mirada de mortal odio—ha querido vengarse y me arroja sobre el corazón el cadáver de mi hijo!...

«Todos, menos Faustina, se imaginaban que Enrique había perdido la razón.

—«Es Dios que te castiga—dijo ella—y no quieres creerlo.

—«¿Por qué? ¿Qué le he hecho? ¿Qué crimen he cometido?...

«Esa escena de recriminaciones parecía un sacrilegio junto al cadáver de un ángel.»

Muerto Luchito, único lazo de amor que podía unir á los desgraciados esposos, toda reconciliación es imposible. El señor B. la intenta en vano; y después de vencerse de que son inútiles sus palabras y sus ruegos, se aleja de su hija murmurando pensativo:

—«Sí; ese será el momento oportuno... en el instante de mi muerte... Ni ella ni Enrique resistirán á los ruegos del que los abandona para siempre. Se arrodillarán junto á mi lecho y les bendeciré. Será como la celebración de un nuevo matrimonio. Esperemos...»

Esta reseña rapidísima del argumento de *El Ideal de una Esposa* basta, según creo, para convencer á quien la lea de que hay en la novela una lucha de pasiones y de sentimientos, lucha lógica, verosímil, á la que el lector asiste en todos sus detalles, en todas sus indefinibles vacilaciones y en todos sus dolorosos resultados. El autor ha sacado partido, con lucimiento digno de elogio, del carácter decidido de Faustina, que se yergue altiva como la virtud ante la maldad humana que no conocía, y que después de conocerla no la perdona ni la acepta como un hecho común; y de la falta de Enrique, que más que

por depravados sentimientos parece originada por debilidad de carácter, pues no se comprendería de otra suerte que llevara vida disipada mientras suspiraba por la dicha tranquila de su hogar, y que mezclase repetidas veces el amor á su esposa con las caricias ficticias de una mujer cualquiera.

El drama que nace del choque de esos dos elementos no es una concepción atrabiliaria que se aleja de la órbita de lo verosímil, sino un drama social, esencialmente humano, en que entran los grandes caracteres y las bajas pasiones, y en que el desenlace tiene que corresponder al predominio del elemento más fuerte.

El mérito intrínseco de la novela está, pues, en la lucha de las pasiones y de los sentimientos que el autor nos presenta, arrancada con mano firme del teatro de la vida, y desarrollada mediante la observación de los caracteres y de la lógica profunda del corazón humano. Este mérito, excusado parece manifestarlo, no es muy inferior, por cierto, al que tienen las mejores novelas de nuestros días que, inspirándose en las sanas ideas de la escuela realista, respiran el ambiente de su vida en el corazón de la sociedad.

No puede, sin embargo, decirse que *El Ideal de una Esposa* es una obra artística acabada, porque no obstante la observación profunda que en ella se advierte, tiene algunos lunares que no existirían, probablemente, si los caracteres fueran más acentuados, y que sólo enunciaré rápidamente.

He dicho antes que tal vez la falta de Enrique no nace de depravación del alma sino de debilidad de carácter; hay, en efecto, que suponer eso porque el marido conserva sentimientos sanos y ama á su esposa, aunque

no en el grado que antes le profesara; ese amor ha ido entibiándose paulatinamente y sólo se enciende cuando por la falta del hombre le separa ancha sima del objeto amado. Si Enrique amase á Faustina como en los primeros tiempos de matrimonio, habría tenido, tal vez, también ánimo bastante entero para no incurrir en el hecho que motiva la separación; por consiguiente, hay una causa oculta que produce el entibiamiento del cariño de Enrique y que, alejándolo de su hogar, prepara su carácter á no resistir á la falta que origina la ruptura con su esposa.

El lector se pregunta: ¿Por qué Enrique, que aparece como muy enamorado de su esposa, sufre esa transformación que entibia su amor y le aleja de su hogar? Y la novela sólo contesta con el hecho, cuando es necesario conocer la causa para apreciar el efecto.

Otro lunar de esta naturaleza se encuentra en la pasión de Faustina. Cierto es que el amor propio herido, la dignidad ultrajada y el velo de la inocencia cruelmente destrozado, se unen en la esposa para condenar el delito de Enrique y para no olvidarlo jamás; pero me parece que dentro de la lógica del corazón humano es muy posible, más aún, casi es forzoso que ante tal delito y ante tales circunstancias el amor verdadero se levante más fuerte y más avasallador; se comprende que después de muchos años de tenaz separación sea imposible la unión de los esposos porque el tiempo ha destruído los lazos del amor y muerto Luchito no queda ya nada en la vida que les úna; pero no es fácil creer que el amor de Faustina, herido por la falta de Enrique, no se alce más intenso para perdonarla en vez de dejarse subyugar por los otros sentimientos que la condenan. Esa falta pro-

dujo intenso dolor en el corazón de Faustina y el dolor es el alimento más poderoso de la pasión generosa.

Y no cuento como lunar, propiamente, de la novela, la propensión á la escuela naturalista que indiqué al principio de estas líneas, porque, más que error del autor, es defecto del sistema. Esa propensión se manifiesta en la escena de la comida en la Quinta del Tajamar, escena que el señor Grez ha dibujado con asaz de coloridos detalles que serán necesarios para palparla (si vale la palabra), pero que son inútiles para el efecto de conocer el alcance de la traición de Enrique á su esposa, y perjudiciales para alimentar con ellos la fantasía y el corazón de los lectores. Yo no pienso, como un crítico amigo mío (1), que sea una lástima que en este capítulo el autor «vacile en algunas ocasiones, no use la palabra propia, el colorido fuerte y brutal, pero más verdadero y que impresiona más», sino, por el contrario, que es sensible que el señor Grez se haya dejado llevar del sistema naturalista, y que lo sería más aún que, siguiendo advertencias poco saludables, llegase en obras posteriores á usar *el colorido brutal* con que se ufana el naturalismo.

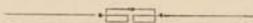
Previa esta corta digresión, repetiré, antes de terminar, que el estilo de la novela es animado y en general de bastante brillo; pero que tiene muchas incorrecciones y no siempre toda la elegancia de formas apetecible. Si el señor Grez aceptase mis consejos, yo le aconsejaría que puliese más la vestimenta de sus obras, en la seguridad de que con ello ganarían mucho y alcanzarían lugar prominente en el recuerdo de la posteridad.

LUIS COVARRUBIAS

(1) Luis Orrego Luco, en un artículo que sobre *El Ideal de una Esposa* publicó en LA ÉPOCA del 16 de noviembre.



LA COPA DEL POETA



(EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DELIA VERGARA CLARK)

Vació el poeta en su dorada copa
miel, blanca leche y néctar;
deshojó rosas y tiñó de púrpura
el licor suave que vertiera en ella.

La copa circuló de mano en mano,
calmó dolores, penas,
mojó los labios del anciano estéril,
mojó los labios de gentil doncella.

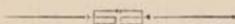
Cuando el suave licor se hubo concluido,
la recogió el poeta,
se la llevó á los labios, y en el fondo
halló de acíbar una gota negra.

N. TONDREAU

Santiago, diciembre de 1887.



CARTA ÍNTIMA ⁽¹⁾



(Á MI HIJO)

Agobiado bajo el peso del más profundo dolor, he pasado mucho tiempo sin dirigir mi vista á parte alguna, sin concentrar mi alma en un solo pensamiento. No he tenido conciencia de mi vida, y encerrado mi espíritu dentro de sí mismo, sin otro espíritu que le comunicara su aliento, sin luz que le guiara en las tinieblas, sin lágrimas que vertiesen una gota, siquiera de amarga hiel, en la aridez del vacío, ni tuve fuerzas para buscar consuelos que no imaginaba, ni he comprendido que para mí alumbrara ese astro que dicen ser bello y que otros llaman esperanza.

Hay situaciones, hijo mío, en que el alma no vive, porque sólo es vida la lucha en el placer ó en el llanto,

(1) Esta carta y la composición que va en seguida, fueron escritas en los días del fracaso de la negociación Paraff, que ocasionó al autor la pérdida total de su fortuna.

La *carta íntima* la conservó oculta entre sus papeles y sólo después de su muerte ha tenido conocimiento de ella la familia.

la lucha ardiente en que se persigue el éxtasis de cierta contemplación ó el punzante sufrimiento. Y en esa muerte de mi alma he pasado mucho tiempo.

Yo he andado constantemente en el mundo; he sonreído como todos y más que algunos; he tenido (así lo dicen) un carácter tierno y apacible; he simpatizado con la desgracia, y no he vivido mal con los que se decían dichosos; y al ver mi mirar sereno y mi actitud tranquila, todos á una me han llamado el feliz.

¡Cuántas tormentas hay, hijo mío, en las profundidades del mar! ¡Cuán inmensos son los dolores que sólo anidan en la impasibilidad del silencio!

Hoy, déjame llorar, hijo mío; déjame llorar, que por vez primera y después de muchos años he venido á encontrar en tu frente pura y en tu angelical sonrisa una fuente de preciosas lágrimas por tanto tiempo guardadas en las oscuras nubes que envolvían mi espíritu...

Por vez primera, el Dios á quien adoro ha permitido que fijara mi mente en un sér que no hará traición á mis sentimientos. Tu frente pura no es el nido de las frases engañosas; tu sonrisa ingenua dista, como el cielo, de la burla cruel que el mundo lanza á los corazones que nacieron demasiado grandes y sobrado puros para la vida de falaz mentira!

Déjame llorar. Tú puedes soportar mis lágrimas, porque no has aprendido la falsa ciencia del mentir cobarde; porque yo he mecido tu cuna ayudado por tus ángeles; yo he sufrido por ti tus no sentidos dolores; yo te he dado en ofrenda la parte más noble de mi sér elevada en los perfumes de mi oración más tierna.

Y además, las lágrimas de un padre no queman al hijo

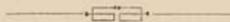
sobre el cual se vierten: serán el riego de tu pureza de niño, el holocausto para tu redención futura.

Tú no me oyes, hijo mío; y quizás estas palabras no llegarán jamás á tu memoria. Pero yo necesito decirte lo que sufro, llorar contigo, confundirme en el seno de tu inocencia y alegrarme en la húmeda sonrisa de tus ojos.

¡Sufro tanto y eres tan puro!

MIGUEL CRUCHAGA

NO POESÍA, UN CONSEJO



(EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA F. C. DE R.)

I

Dulce niña, no sabes cuánto encierra
esta alma helada, de profunda pena;
no sabes cuán intensa es esa guerra
entre las olas de que vive llena;
no sabes cuál mi espíritu se aterra
en el sudario ¡ay Dios! que le encadena;
perdóname, pues, tú, que das la vida,
el consejo veraz de una alma herida.

II

Los que felices son; los que han vivido
lejos de la discordia y la mudanza;
los que en el aire puro han recorrido
el sendero feliz de la esperanza;

los que tan dulce goce no han perdido,
esos no más (su fe todo lo alcanza)
sueñan al resplandor del claro día
y dueños son del alma poesía.

III

Ésta es misterio, y sueño, y fe y ventura;
es la flor que despide grato aroma;
es el aura que gime en la espesura;
es la esperanza que al doliente asoma;
es lágrima sin pena ni amargura;
el solo néctar que nuestra alma toma;
amor de estrellas que el dolor concibe,
sólo el feliz y soñador la escribe.

IV

Diosa sin cuerpo, de pasión vestida,
cuentan que alguna vez bajó á esta fosa.
Toda la humanidad quedó rendida
para verla, siquiera, tan hermosa.
Desconsolada al par y agradecida,
dijo al volar al cielo nuestra diosa:
«Parte daré de mi inmortal esencia
á quien tenga del genio la conciencia.»

V

No la pidas de mí; yo, triste y viejo,
sólo puedo dejarte un buen consejo:

En vez de pompa, y de placer y gala,
toma de la virtud la áspera escala;

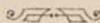
haz de la vida partes desiguales,
y guarda para ti todos los males;

busca tu solo goce en la pureza,
en el beso de madre, en su grandeza;

tu espíritu no arrastres por el suelo,
y gozarás así de un doble cielo.

MIGUEL CRUCHAGA

RENACIMIENTO



Non v'accorgete voi, che noi siam vermi
nati a formar l'angelica farfalla
che vola alla giustizia senza schermi?

(DANTE, *Purgatorio*, Canto X)

De nuevo en nuestra zona reverbera
con encendido aliento el sol fecundo,
numen de la lozana primavera:
su luz se espacia por la azul esfera
y al beso de la luz despierta el mundo.
Torna de nuevo á circular la vida,
en la tierra y el alma comprimida
por el hielo invernal. Naturaleza,
de sus flotantes nieblas desceñida,
con nupciales adornos se adereza;
y cual Venus, renace entre vapores,
entre rayos de sol, templadas brisas,
nubes, aromas, cánticos, rumores,
y arrullos, y suspiros y sonrisas;
dulce explosión de férvidos amores.

Ábrese á influjos del calor nativo
el terrígeno seno en que cautivo
duerme el hinchado germen de la planta,
que, aire, rocío y luz buscando activo,
sobre la haz de la tierra se levanta.
Sube desde las húmedas raíces
por las fibras del árbol savia nueva.
Copia el alba los diáfanos matices
de la flor, y en sus lágrimas se abreva;
albas y flores con su amor felices.
Con maternal cariño guarda el ave
la prole que ya alegre balbucea
gritos de libertad; el aura suave
mece la aérea y bulliciosa nave,
y el pajarillo trina y aletea.

Como á impulsos de interna sacudida,
efluvios creadores se levantan
del seno de la tierra adormecida;
y en la ráfaga, el surco y la ola cantan
séres sin cuento, el himno de la vida.

La aurora, envuelta en su purpúreo velo,
pasa anunciando dichas é ilusiones
por el oriente pálido; y el cielo
vierte en los desmayados corazones
fresco rocío de amoroso anhelo.
Desde el cenit ardiente lanza el día
su vivífica luz germinadora
sobre la tierra en flor, y una armonía,
un inmenso murmullo de alegría

del hervor de los séres se evapora.
Sueña de amor la tarde, y desplegando
sus alas de arreboles, por la esfera
va en sollozantes brisas suspirando,
cual se van en recuerdos alejando
los devaneos de la edad primera.
Como el amor que triunfa del olvido
y en el alma leal vive escondido,
así fulgura entre la sombra densa
la luna, blanco oasis suspendido
en el desierto de la noche inmensa.

Y amor exhala su inefable aliento
en el plácido aroma, en las caricias
con que arrulla á los árboles el viento,
del íntimo coloquio en las delicias
y en el santo ideal del pensamiento.
Toda la gran naturaleza canta
con voz de amor su propia florescencia:
mientras que el hombre su cerviz levanta,
mira en torno de sí belleza tanta,
y maldice abrumado la existencia.

«¡Todo, exclama, se enciende y se reanima
en tu seno vivaz, Naturaleza!
Desde el abismo oscuro hasta la cima
coronada de luz, la vida empieza
á circular por tus arterias; todo
sediento bebe su raudal fecundo,
desde el éter sutil, alma del mundo,
hasta la inerte pesantez del lodo.

Todo con ansia juvenil se agita
y extiende hacia la bóveda infinita,
cuna del sol, su renaciente anhelo;
solo la etérea luz, hija del cielo,
en la serena atmósfera dormita.
Por doquiera se escuchan los arrullos
trémulos del amor: ya el aleteo
del aura entre las frondas, los murmullos
del torrente fugaz, ó el bisbiseo
del insecto que zumba en los capullos.

«¡Primavera feliz! tú eres la Hebe
siempre bella é inmortal con que soñaba
la Grecia antigua! Á tus halagos debe
sus alas la crisálida, que en leve
gasa trueca su túnica de esclava.
Flores te debe el prado; trepadoras
plantas, musgos y líquenes la cumbre;
el bosque solitario aves canoras,
y el firmamento azul estiva lumbre,
noches serenas, vívidas auroras.
Y el hombre... ¿qué te debe? Por ventura
¿es menos que esa larva que adherida
vive á las ruinas? Si tan poco dura
¿por qué darle apurar tanta amargura,
ó por qué abrirle el cielo de la vida?

«Cual las hojas del árbol macilento
que ruedan al azar por el camino
del pardo otoño al implacable aliento,
así nos lleva sin rumor el viento,

el viento misterioso del destino.
No volverá á alumbrar nuestra existencia
la rauda juventud; su pura esencia
se va desvaneciendo en nuestra vida,
y á la vez pierde el alma decaída
su antigua luminosa transparencia.
Pensamientos bellísimos, anhelos
castos como un recuerdo de los cielos;
esperanza y amor, savia y rocío
de nuestro corazón ¡todo ha pasado!
¡Oh! mi antiguo ideal, si no apagado,
envuelto en sombras de infernal hastío,
¿qué es sin ti la existencia? Mar helado,
cielo de plomo, vendabal sombrío.
Ya se alejaron para siempre aquellas
noches de inspiración en que las bellas
ilusiones surgían á millares
como hadas vaporosas, sus cantares
preludiando á la luz de las estrellas.
Visiones adoradas, tentadores
engendros del deseo y la esperanza,
mirajes de placeres ó de amores,
¡cuán bellos parecéis en lontananza,
del recuerdo á los áureos resplandores!
¡Noches de juventud! ya entre sus olas
el nebuloso tiempo os arrebató!
Allá van con sus tenues aureolas
y su oscuro cendal, cantando á solas
por el cielo su eterna serenata!...
¿Qué esperas, corazón, gárrulo nido
de afectos mil, que aún guardas la fragancia
de un antiguo ideal? ¡todo ha concluído!

¡Vuela en pos de los años el olvido,
y es el olvido la mayor distancia!»

Cediendo á su tenaz melancolía
y al pesimismo amargo de su mente,
se abismó silencioso.

En occidente,
su inefable tristeza difundía
la tarde al expirar; lánguidamente
se iba entre sombras esfumando el día
y el pensamiento en sueños. De repente,
se oyó una tenue y dulce melodía,
cual ser pudiera el himno de las rosas
al abrirse á la luz enamoradas,
como soplos de brisas armoniosas,
cánticos de ilusiones misteriosas,
eco ideal de músicas soñadas.
Era el arrobó místico, el lejano
coro de los espíritus que al cielo
subían desde el mundo: el polvo humano
de nuevo había retornado al suelo
y el alma á Dios; y así, con soberano
gozo, expresaban su celeste anhelo:

SALMO DE LOS ESPÍRITUS

«Las sombras traspusimos
del tiempo y de la muerte
y nos inunda un alba
de inmensa claridad.
¡Hosanna en las alturas
al Increado, al Fuerte!

¡Cantarle ya podemos
con voz de eternidad!

«Feliz quien señoreando
la vida transitoria,
combate y vence: espada
y escudo es la virtud.
Al expirar triunfante,
las brisas de la gloria
le infundirán eterna,
divina juventud.

«Mas ¡ay de aquel que aspira,
con voluptuoso exceso,
de plásticas esencias
el fluído enervador!
La vil materia embriaga
con su irritante beso,
y pliega sollozando
sus alas el amor;

«el casto amor, el ángel
de faz siempre serena,
que alumbra y purifica
la vida del mortal;
que con su acento solo
los ímpetus refrena
de las pasiones que alzan
interna bacanal...

«Mirad: ya el mundo nuestro
feliz se balancea,

como una cuna, envuelto
por transparente tul:
y en el cerebro humano
oscila audaz la idea,
como una ola de sombras
en el espacio azul.

«Lamenta el hombre ciego
su decadente vida,
al contemplar que todo
renace en torno de él.
¡Pobre inmortal insecto
que, al arrastrarse, olvida
que no es sino una larva
perdida en un trojel!

«¡Oh espíritu, reanima
tu moribundo anhelo,
cobíjate á la sombra
viviente de la Cruz!
La eterna primavera
te aguarda aquí en el cielo
con plenitud de vida,
de gozos y de luz.

«Aquí, sin horizontes
navega la mirada
y, en su unidad, percibe
la arcana creación.
En éxtasis de dichas
indescifrables nada,

siempre anhelante y siempre
saciado el corazón.

«Cuando la muerte rompa
tu frágil envoltura
y, mariposa angélica,
te eleves hacia Dios,
verás como una niebla
lejana esa hermosura
que hoy día te arrebató
de su vislumbre en pos.

«¡Despierta, oh pensamiento
que en lóbreguez dormitas!
trabaja y lucha ahora
para triunfar después.
Cuando por fin te abra
sus alas infinitas
la eternidad, el mundo
verás que huye á tus pies.

«Nosotros ya rompimos
las sombras de la muerte
y nos inunda un alba
de inmensa claridad.
¡Hosanna en las alturas
al Increado, al Fuerte!
¡Cantarle ya podemos
con voz de eternidad!»

Fuése la voz perdiendo en el vacío,
semejante á una vaga melopea,

ó á los murmurios del lejano río,
ó al canto que en las siestas balbucea
el soñoliento céfiro de estío.
Y como aquél que aún sueña enajenado
con las delicias que gozó un momento,
alzó el Mortal su rostro iluminado
por interna fruición; y transformado
ya, prorrumpió con jubiloso acento:

«¿Quién en mi exhausto pensamiento encancia
el licor de un anhelo generoso,
la espuma de los sueños, la fragancia
de un recuerdo feliz, y aquel reposo
de las serenas tardes de la infancia?
Como se abrió á la luz y á la armonía
mi oscuro y silencioso pensamiento
con el primer amor del alma mía,
así en las sombras de mi vida siento
la fecunda expansión de un nuevo día.
Conozco que en mi espíritu se eleva,
con invencible fuerza creadora,
la vida superior, la vida nueva;
la cual, no á la molicie enervadora,
sino á la lucha por el bien, nos lleva.
La vida es un palenque: la divisa,
sublimar el espíritu; la palma
de la victoria, la eternal sonrisa
de Dios al alma vencedora, al alma
que, al romper las mortales ligaduras,
con radiantes virtudes centellea
y asciende como el alba á las alturas.

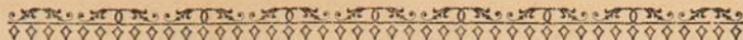
No más, Naturaleza, en tus oscuras selvas, perdida, vagará mi idea; con toda tu grandeza, que anonada, no eres más que una niebla condensada, por misteriosa fuerza, en el espacio; mi alma puede subir purificada hasta el solio de Dios; trono y palacio puede hallar en el cielo su albedrío, venciendo de esta vida la quimera. Dame con mano pródiga, Dios mío: la fe, de tus verdades mensajera; la esperanza, dulcísimo rocío; y el amor, que conforta y regenera.»

Absorto enmudeció. Por las alturas aun vagaba la luz del sol poniente con triste palidez: nubes oscuras flotaban en el cielo transparente orladas de purpúreos resplandores; los montes eran un pensil riënte; cesto, los valles, de lozanas flores; hálito de perfumes el ambiente; eco de la existencia los rumores. ¿Quién podría seguir el raudo vuelo de las ideas en aquella hora en que se enluta silencioso el cielo, se recoge la luz y el aura llora? Caen el alma en un éxtasis profundo y en sopor inefable los sentidos, y se alejan en eco vagabundo con los postreros cánticos del mundo

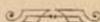
los deleites soñados ó perdidos...
Su mente á un tiempo dócil y voltaria,
se apaciguó, tal vez al soberano
influjo de la mística plegaria;
como al surgir la luna solitaria,
parece apaciguarse el oceano.

FRANCISCO A. CONCHA CASTILLO

Santiago, 1887.



❖ MERCEDES ❖



(Continuación)

—¿Por qué no querría venir?—se preguntaba Serena.
—No ha de ser, seguramente, porque conserve algún rencor á Voltero; bien probó que no le guardaba alguno en aquella noche fatal... ¡Qué hermoso corazón parece el suyo! El cariño que manifiestan tenerle sus compañeros revela muy á las claras que no debe de ser un hombre vulgar... El puesto que ocupa indica que no ha de ser tampoco un cualquiera entre los de su profesión; sin duda que su inteligencia ha de ser despejada y no escasa su ilustración... Pero ¿por qué lo trata Voltero con tanto desdén y tilda de apocadas sus ideas?... No he advertido preguntarle por su edad; pero es evidente que ha de ser joven; en la vejez no se tienen arranques de tanta generosidad, de tanta abnegación y olvido de sí mismo; nó.. Ya me figuro que... si es soltero, tendrá muchas interesadas... Blanca, indudablemente, Blanca... sí, con ella más que con ninguna simpatizará... Por mi parte, los aconsejaré bien... Pero ¿qué estoy diciendo?

Aún no lo conozco... ¡y se engaña una tan fácilmente! Veremos...

En aquel momento llegaba la comitiva á Miramar.

*
* * *

Aquella noche no fué de plácido sueño para la joven.

Apenas puesta en el lecho, contemplándose sola y casi abandonada por su marido, al que sentía en la pieza vecina afanadísimo en hojear libros, borrar papel y pasearse agitadamente á veces, se puso á repasar la breve historia de sus amores hasta llegar al punto en que se hallaba. De ahí pasó inmediatamente á recorrer las escenas del día, y terminó por preguntarse:—¿Por qué no vendría?... ¿Vendrá?...—y por entregarse en seguida á interminables y nada ordenadas cavilaciones sobre lo que sería ó no sería el joven capitán del Chacabuco, que tan oportunos servicios les había prestado á ella y á su marido la noche del 13 de septiembre. Dormíase á ratos; pero ni aun entonces descansaba su imaginación: soñaba. Veía unas veces la bíblica escena de la casta Susana: inmensa multitud, ebria de odio y de venganza, perseguía á la indefensa víctima con saña brutal, lanzando desapiadadamente piedras sobre ella; pintábase en el rostro de ésta el espanto y el terror; pero ni una voz se alzaba de compasión y de perdón; antes al contrario, enfurecíase más y más la torpe multitud. ¡Qué indecible agonía!... De pronto se oye una voz suplicante, pero firme y resuelta, que pide perdón para la tierna víctima, y se ve adelantarse á un joven de airoso porte y de varonil hermosura, que la defiende de las piedras cubriéndola con su propio cuerpo; detiénese respetuosa y admirada la multitud; y calmada por las palabras de

aquel joven, retrocede y deja ilesa á la inocente Susana. Otras veces era Guzmán el Bueno, que, desde lo alto de los muros de la fortaleza que defendía, arrojaba á los enemigos el cuchillo con que debían inmolar á su propio hijo, porque no hacía él traición á su patria entregándoles la plaza. Otras veces era Ricaurte que agitaba la incendiaria tea á cuyo rojizo resplandor veíase iluminado su rostro con los lampos del más puro, del más abnegado patriotismo. Otras veces... pero sería cuestión de nunca acabar el relatar las mil escenas de acendrado heroísmo que la fantasía de la joven recordaba con minuciosa exactitud mientras dormía ó parecía dormir; bástenos decir que el actor principal en todas ellas era siempre un joven de airoso porte y de varonil hermosura, de limpia extirpe y de acrisolada virtud, y que, llamárase Daniel, ó Guzmán, ó Ricaurte, ó de cualquiera otra manera, era en todos los casos el mismo que vestía el uniforme de capitán-cirujano del batallón Chacabuco, y que pronto, muy pronto debía venir á Miramar.

Apenas los primeros rayos del sol habían empezado á dorar las copas de los árboles, cuando Serena saltó del lecho y se dirigió al jardín á tomar el fresco de la mañana, después de haber refrescado sus enardecidas sienes sumergiendo repetidas veces la gentil cabeza en agua aromatizada con una gota de esencia de violeta. Habría preferido tomar su baño de costumbre; pero su doncella dormía aún, y no quiso llamarla para disfrutar de un rato de soledad. Temía, además, que su rostro revelara la noche de insomnio y de febril agitación que había pasado, y esperaba que el aire frío de la mañana borrara tales huellas antes que nadie las notara.

Pero en el jardín estaba ya Voltero. Al verlo, sintió

Serena que el rubor subía á sus mejillas, y quiso retroceder.

—Pero ¿qué he hecho yo—se preguntó entonces con resolución—que me avergüenzo de hallarme con mi esposo?

Y avanzó hacia éste diciéndole:

—¡Qué hermosa mañana, Voltero! Parece que hemos tenido la misma idea de gozarla ¿no es verdad? Nuestros numerosos huéspedes nos hacen muy agradable la vida en Miramar, sin duda alguna, pero una corta soledad tiene también tantos encantos!

—Sí que los tiene—replicó maquinalmente Voltero.— Sin embargo, hoy voy á procurar aumentar el número de nuestros alojados.

—¡Oh! lo que es para mí, será siempre muy agradable recibir á tus amigos. ¿Sería una indiscreción preguntarte á quiénes vas á invitar hoy para esperarlos?

—Me ha molestado durante la noche la idea de que mi buen amigo el doctor, á quien debo, como sabes, tantos servicios, me guarde todavía algún rencor por aquella injuria injusta y grosera que le hice en un momento de ofuscamiento; ayer se negó hasta con descortesía á venir con sus compañeros á donde yo los invité. Hoy me he propuesto ir á darle mis satisfacciones é invitarlo á Miramar, al mismo tiempo que á los demás oficiales del Chacabuco, que son todos antiguos amigos y compañeros míos. Espero que me hagas el favor de atenderlos esmeradamente. El doctor, además, nos es casi indispensable en Miramar, y á él le estaría muy bien tener su alojamiento en un lugar central desde el cual puede llenar fácilmente sus deberes hacia cualquiera dirección que lo llamen.

—¡Pierde cuidado!—respondió Serena con mayor alegría que la que en tales casos solía manifestar;—que yo haré cuanto esté de mi parte para que quedes tú contento de mí. ¿Vendrán á almorzar?

—Ese es mi deseo; pero si no se puede satisfacer, los traeré sin falta á hacer las once.

—Conque hasta luego, amada mía, que ya el sol empieza á calentar y quiero lograr la fresca.

VIII

—¡Misericordia!—exclamaba la buena Brígida pocas horas después de la partida de Voltero.—¿Quién puede entender á estas niñas de ahora? ¡Ayer tan triste y hoy tan alegre! ¡Y tanta agitación! ¡Y tanta compostura! ¡Vaya! si es para no creerlo ¡misericordia!

Y, en efecto, si los habitantes de Miramar no hubieran estado preocupados de los nuevos acontecimientos que se preparaban con la llegada de las nuevas fuerzas que el gobierno había mandado para sofocar la revolución de la Serena, habrían notado que aquel día la joven dueña de casa se afanaba de una manera completamente inusitada en que el almuerzo estuviera mejor aderezado que nunca, más adornado de flores y de verdura el comedor y de riquísimos encajes y de finísimas joyas su gentil persona. Y cuando llegó la hora de sentarse á la mesa, habrían observado también los comensales que en su hermoso rostro se pintaba claramente cierta expresión de desagrado y desazón nunca vista en ella.

Reinaba en la mesa, como de costumbre, animada conversación, en la que, por esta vez, ninguna ó casi ninguna parte tomaba la joven, preocupada como se hallaba

con la ausencia de su esposo, cuando se oyó un tropel de caballos que penetraba al patio de Miramar y la voz de Voltero que decía:

—Algunos minutos atrasados hemos llegado; pero no importa, amigos míos, estáis en vuestra casa y nada de etiqueta; así no más, después os sacudiréis, que si más nos tardamos nos dejarán debajo de la mesa; adentro, adentro.

Sintió Serena que el corazón le palpitaba con nunca sentida violencia, pero sin preguntarse siquiera cuál podría ser la causa de tan extraño fenómeno, esperó con la mirada fija en la puerta, la entrada de los recién llegados.

Eran éstos una decena de jóvenes de vario aspecto y de diversa catadura. Los examinó ligeramente Serena y pareció dudar en detenerse entre tres ó cuatro de los que eran indudablemente de más airoso porte y de más hermoso rostro; creyó tal vez hallar entre ellos al que esperaba; porque se encendieron sus mejillas en vivísimo carmín, se velaron sus ojos de rubor y una rápida conmoción recorrió todo su cuerpo cuando Voltero se volvió hacia ella en ademán de presentarle á sus invitados.

Pero no fué la emoción de la joven de larga duración.

Al llegar al quinto invitado, dijo Voltero con cierto tono como de superioridad y de protección:

—Mi buen amigo el doctor León Montero.

Saludó éste embarazadamente balbuceando entre dientes algunas palabras que nadie le entendió, y cuando alzó tímidamente los ojos hacia la joven, vió en ésta la expresión del más despreciativo desdén.

Antes que Voltero concluyera de nombrarlo, había reconocido Serena en el joven cirujano del Chacabuco á

uno de sus más antiguos y más olvidados compañeros de la infancia, al hijo de una antigua ama de llaves de Miramar que á las veces le había servido de niñera en calidad de suplente. De aquí su desencanto, sentimiento que tomó antes de un segundo el carácter de un encono despecho, sin que la joven acertara, empero, á darse cuenta de tan encontradas impresiones como la atormentaban.

—¡Por mi señora del Carmen!—exclamaba poco después la buena Brígida.—¡Qué tiene mi señorita que está otra vez con esas tristuras que me parten el alma! Esta mañana ¡tan contenta! y ahora ¡misericordia!...

Y Brígida tenía razón para admirarse.

En efecto, apenas terminado el almuerzo, corrió Serena á encerrarse en su alcoba sin consentir que nadie la acompañara, y, al verla entrar, cualquiera habría notado que se encerraba á llorar.

Pero no lloró. Tocando un resorte hizo saltar de un grifón de plata sobre una fuente de mármol, abundante chorro de agua perfumada y cubriendo su seno con un rico peinador, colocó por algunos minutos bajo el chorro su cabeza, destrenzada ya la profusa cabellera y despojada de las alhajas que la adornaban. Mientras eso hacía pensaba para sí:

—Bien merecida tengo mi humillación, porque he sido una necia al suponer hidalgo y generoso corazón en quien había soportado impasible, injusta y grosera injuria recidida con pública afrenta. Mal que me pese, debo reconocer que si no es Voltero el ideal perfecto que yo había soñado, es indudablemente el que más se acerca á él, el único tal vez que se le acerca, que en cuanto á los demás...

Hizo aquí un gesto desdeñoso y retiró la cabeza de debajo de la lluvia que profusamente la había empapado.

Cambió en seguida su traje por otro compuesto de una simple bata de paño blanco, sin ningún adorno, y se dirigió á la biblioteca, endonde á la sazón se hallaban reunidos los más de los huéspedes de Miramar, diciéndose al salir de la alcoba:

—De alguna manera he de hacerle comprender que no es la gratitud lo mismo que la estimación y que no ha sido para él para quien me he afanado en coger las flores de mi jardín.

Al llegar á la biblioteca divisó, en uno de sus ángulos, un numeroso grupo de que formaban parte Voltero y el joven cirujano; se dirigió hacia ahí y aprovechando el silencio que todos guardaban para recibirla, después de saludar en general, se dirigió al joven cirujano diciéndole en tono un sí es no es familiar y desdeñoso, que no pasó del todo desapercibido:

—Si no me engaño, nos conocemos, señor cirujano.

Comprendió al punto el interpelado la intención de su interlocutora y á las claras reveló en su semblante que tal intención le causaba más tristeza que sonrojo y más amargura que humillación, y con suave y humilde entonación, contestó:

—Tenéis razón, señora; cuando...

—¡Ah, sí!—interrumpió Voltero dirigiéndose á su esposa, temeroso de que se trajera á colación su aventura de la noche de la asonada, que hasta entonces nadie conocía á ciencia cierta en Miramar—os habéis encontrado ambos muy cerca en cierta ocasión en que yo descuidé presentaros uno á otro, olvido que mi amigo me ha perdonado ya con su habitual benevolencia.

No prestó Serena mucha atención al propósito de Voltero de desviar la conversación de aquel asunto; pero viendo el efecto que su pregunta había causado en el joven cirujano, tuvo un arranque de compasión y desistió de su propósito de obligarlo á darse á conocer.

—Y pensándolo bien—se dijo—¿qué culpa tiene el infeliz de que yo haya cometido la locura de creer un momento que iba á hallar en él el dechado del hombre de bien, tal como yo lo imagino, para oponerlo á Voltero y hacérselo considerar como el modelo que debería imitar? No sé, en verdad, fingir; pero creo que esta vez no me costará mucho simular que no lo conozco.

Y que fué sincera esta resolución, lo probó poco después contestando con un gesto de indiferencia á su padre, que le preguntaba en presencia del joven cirujano si no reconocía en él á uno de sus compañeros de la infancia.

Pero también esta vez tuvo que arrepentirse de su fingimiento, porque notó que una sombría nube de tristeza y de amargura oscureció el semblante del joven cuando la vió contestar con tan desdeñosa indiferencia.

—¡Pero es singular!—se dijo—denantes no le agradó que lo conociera y ahora parece agradarle menos que no lo conozca. ¡Vaya! vaya! que no es cosa tan fácil entenderse con los viejos amigos!

Estaba sin duda escrito que aquel día no fuera día de bonanza para Serena; pues tuvo todavía la joven que soportar otro incidente que dejó más amargo recuerdo en su corazón.

Cuando llegó la hora de que los oficiales del Charabuco volvieran á Coquimbo, tanto Voltero como don Diego y su esposa suplicaron con instancia al joven cirujano que se quedara en Miramar ó que se volviera al menos

al día siguiente á alojarse ahí, haciéndole ver lo ventajoso que sería para él el hallarse en el centro preciso del vasto campo en que tendría que llenar sus deberes profesionales y lo indispensable que era su presencia en Miramar mismo. Rehusó el joven obstinada aunque cortesmente. Contrariaba esto de tal modo los planes de Voltero que llegó éste á enfadarse; en su irritación atribuyó la obstinación de su buen amigo al recibimiento no sólo frío y glacial, sino impolítico é impertinente que le había hecho su esposa, y como suponía que ésta obraba así á causa de que él mismo le había repetido muchas veces que su buen amigo era de muy humilde origen y de muy apocadas ideas, así que se halló á solas con ella le dijo en tono acremente reprensivo é irónico además:

—Mi buen amigo el doctor es de muy humilde origen; pero sus méritos personales lo han elevado lo bastante para merecer un cortés recibimiento en Miramar: en Santiago tiene franca entrada á los más aristocráticos salones.

No respondió Serena para explicarse, herida como se sintió por la inusitada aspereza de su marido. Quedó éste, por consiguiente, ignorando siempre que el conocimiento de su esposa con su buen amigo el doctor databa de mucho más antigua fecha de la que él imaginaba.

Serena, en cambio, se preguntó entonces si no habría ido demasiado lejos en su propósito de humillar al joven cirujano para vengarse de la humillación que había sufrido ella dedicándole toda una noche de insomnio y toda una mañana de afanes, y se dolió sinceramente de su mal proceder. Había hecho mal, sin duda, y no se explicaba cómo había podido dejarse arrastrar por tan innoble propósito en contra de un pobre mozo que ningún motivo

de queja le había dado, sino que, al contrario, le había prestado valiosos servicios una vez.

—He hecho mal, se dijo; y estoy en la obligación de reparar mi falta. Su madre fué mi niñera más de una vez; esto me servirá de excusa para tratarlo de igual á igual sin sonrojo para él y sin desdoro para mí.

*
* *

Al día siguiente hallábase el joven cirujano definitivamente instalado en Miramar.

Había al fin Voltero vencido su obstinación recurriendo á un expediente no del todo correcto desde el punto de vista moral, porque en algo ofendía á la verdad, pero de esos que el uso corriente sanciona en toda sociedad, aún en la más delicada y severa.

Previendo el nuevo curso que iban á tomar los acontecimientos militares de la plaza asediada con el refuerzo que acababan de recibir las tropas sitiadoras, despertáronse más impetuosas y arrebatadas que nunca sus locas ambiciones; antes de cuarenta y ocho horas tenía ya trazadas las grandes líneas de su plan de campaña y daba por asegurada la victoria final si obstáculos imprevistos, insuperables no salían á cerrarle el camino. Pero la base de sustentación, la línea fundamental, el punto de arranque de su plan de campaña, consistía en servir de mediador entre los contendientes en las proposiciones preliminares de arreglo pacífico que indudablemente se harían de una ú otra parte para evitar la efusión de sangre; pero de mediador solicitado, nó ofrecido. Ahora bién, después de largas horas de lucubración terminó por convencerse de que para salir airoso en esta primera parte de su plan

le era indispensablemente necesario el concurso de su buen amigo el doctor.

—Será obra de un segundo—se dijo—persuadirlo de la conveniencia y de la posibilidad de evitar el derramamiento de sangre, pues que la echa de humanitario; y no me costará mucho más convencerlo de que soy yo el llamado á servir de mediador. Lo demás lo hará él mismo sin necesidad de que yo se lo indique, estoy seguro.

Al día siguiente, pues, así que vió á Serena, que dejaba el lecho en ese momento, se sorprendió de hallarla tan pálida, y antes de que ella le contestara, le dijo con cariñoso interés.

—Voy á llamar á mi buen amigo el doctor: tiene reputación de acertadísimo en sus curaciones y de discreto cual ninguno.

—En realidad, no siento nada, respondió sencillamente Serena; pero ¿qué inconveniente puedo tener para que tu buen amigo te tranquilice sobre el estado de mi salud, ya que tanto te alarma?

Una hora después recibía el joven cirujano una amable esquila de Voltero, en que éste, muy alarmado por la salud de su esposa, le suplicaba encarecidamente que hiciera el sacrificio de pasar unos pocos días en Miramar. Al mismo tiempo recibía otra el jefe del Chacabuco, en que se le pedía que influyera en el ánimo de su cirujano para que no negara el favor que se le pedía y para que le concediera el permiso necesario.

Cuando el joven cirujano leyó la carta de Voltero, se puso en pocos instantes intensamente pálido y tembloroso y hubo un momento en que pareció que iba á caer en síncope; cualquiera habría creído que había recibido de súbito tristísima noticia que le hería en la fibra más de-

licada del corazón. Pero se tranquilizó algo en breve, y después de volver á leer la carta, que conservaba en las manos:

—Nó—se dijo—no puedo negarme; ¡ahórrele yo una hora de sufrimiento y estalle mi corazón! Mi deber antes que todo; ¿qué importa lo demás? Á ver; veamos si recuerdo bien lo que me recomienda mi madre.

Sacó entonces de la cartera una larguísima carta, uno solo de cuyos acápite leyó. Decía así:

«Lo que más te encargo es que procures no visitar como amigo la casa de don Diego: presiento que querrán humillarte y que tú sufrirás mucho, hijo mío. Pero si necesitan de ti, no olvides ni un momento ni por ningún pretexto que le debemos gran deuda de gratitud; disimula las humillaciones que te impongan y sírvelos con cariño y en mi nombre.»

—Sí; tienes razón, madre mía—exclamó el joven así que hubo guardado la carta—pagaré la deuda de gratitud que debemos, á costa de mi sangre si es necesario; conozco que acercándome á aquellos sitios que fueron mi paraíso terrenal, me acerco al borde de un abismo espantoso cuya insondable sima me atraerá con la fascinación del vértigo; ¡ay de mí si el vértigo me arrastra! Pero el santo recuerdo de tus amonestaciones, madre mía, ¡oh sí! tu recuerdo me escudará, y venceré y volveré á tus brazos siempre digno de ti, que eres la mejor, la más santa, la más digna de las madres.

Á medio día se hallaba el joven cirujano elegantemente alojado en el gabinete de estudio de Voltero, única pieza de las numerosísimas de Miramar que había escapado hasta entonces al asedio de su incontables huéspedes, la cual, por comunicarse directamente con la que servía

á la sazón de retrete común á Voltero y á Serena para leer, dibujar, coser, bordar ó conversar, era la más á propósito para que aquél pudiera estar constantemente al habla con su buen amigo y para que éste pudiera familiarizarse pronto con su nueva enferma y con los demás dueños de casa, sin necesidad de abandonar sus estudios ni sus hábitos de retraimiento y de alejamiento de toda fiesta de la especie de las que entonces se sucedían día á día en Miramar. Así se lo hicieron comprender Voltero y Serena en el momento de instalarlo en su alojamiento con palabras de la más espícita cordialidad. Cuando se preparaban para retirarse, agregó la última con encantadora sencillez:

—Confío en que seremos buenos amigos, señor doctor; pero esto no basta: ni mis padres ni yo hemos podido acostumbrarnos á tratar ceremoniosamente de usted á los compañeros con quienes Voltero se tutea; por ahora será, pues, usted nuestro doctor; pero dentro de pocos días será sencillamente «León», si usted no lo tiene á mal.

Más que confuso y avergonzado, turbado y azorado se hallaba el joven huésped ante tantas y tan delicadas demostraciones de estimación y de amistad con que se le honraba y á las cuales no sabía cómo responder; de modo que cuando le llegó el turno de contestar á las últimas palabras de Serena, no supo hacerlo sino con medias palabras mal balbuceadas además.

—Señora... mi gratitud... mi reconocimiento... eterno... un esclavo... que podéis mandar... de quien debéis disponer...

Y cuando hubo quedado solo, se abismó por largo tiempo en hondas cavilaciones sobre el papel que se querría

hacerle desempeñar y sobre los medios de que podría valerse él para mantenerse en su puesto digna y decorosamente.

—¡Se habrá querido burlar de mí?—se preguntó, más triste que ofendido.—¡Nó! imposible: es buena y generosa, nada ha cambiado desde entonces, y dado caso que me despreciara, cuando más llegaría á compadecerme, jamás á ofenderme. Pero ¿cómo conciliar sus palabras de hoy con las de ayer?... Sin duda alguna que ayer tuvo el propósito de humillarme; ¿porqué? Quizás Voltero... pero nó; Voltero no sabía que nos conocíamos desde niño y no ha podido suponer que es ella... Más ¡si ella le ha comunicado que nos conocíamos! sí, aun no olvidada enteramente de mi nombre, lo ha reconocido en el que ahora llevo, y antes de verme sabía ya quién era yo!... ¡y que desde niño osé levantar mis ojos á ella!... ¡Ah! nó, nó: yo desvarío: si Voltero hubiera sospechado, no habría sido tan cruel conmigo que me hubiera obligado á volverla á ver, y si ella supiera que la amo, no me habría permitido ponerme á su presencia. Nó; no es esta, otra es la causa de su enojo de ayer... tal vez ni se refiere á mí y estoy cavilando inútilmente y sin objeto; el tiempo lo dirá... Ahora sólo me toca prepararme para presentarme dignamente en Miramar y no hacer el ridículo papel de hoy.



Pasaron unos pocos días sin que acaeciera ningún suceso digno de ser narrado.

Los partidos en armas procuraban hallar algún avenimiento pacífico. Y era Voltero quien más empeñosamente los ayudaba en esta tarea; su empeño llegó á tanto que

se olvidó completamente del mal estado de la salud de su esposa, dejando su atención al exclusivo cuidado de su buen amigo, al que se limitó á recomendársela muy encarecidamente una sola vez el primer día, sin volverle á preguntar ni una sola palabra por ella en los días siguientes.

El joven cirujano, por su parte, había sabido corresponder dignamente á la confianza que se había depositado en él. Impuesto de los leves síntomas que acusaba la joven, se limitó á recomendarle algunas prescripciones higiénicas y un poco de entereza de ánimo: la vida, aun para los felices, es un tejido de incidentes no invariablemente venturosos; si no por nosotros mismos, no nos falta qué sufrir por la desgracia ajena; necesitamos, pues, tener siempre dispuesto el ánimo para lo que nos sobrevenga, así nos lo dejó enseñado nuestro divino maestro el Redentor. Serena era una niña mimada, de natureleza excesivamente delicada y susceptible, de sentimientos expansivos y generosos y de no vulgar inteligencia ¿qué extraño sería, pues, que, aún sin que ella lo supiera, la hubieran afectado los dolorosos sucesos de la revolución? De ahí el eretismo nervioso, las palpitaciones de corazón, las emociones sin causa, los insomnios, los ensueños pavorosos, la pereza mental, el decaimiento físico etc. Calma, pues, y un poco de entereza de ánimo para sobreponerse á todos los sinsabores y amarguras de la vida, eran los primeros, los únicos remedios que la joven necesitaba.

Serena, que no se creía absolutamente enferma y que sólo por dar visos de verdaderos á los pretextos alegados por Voltero se había sometido al interrogatorio del médico, se sorprendió muy de veras cuando éste le patentizó, por una serie de preguntas hábilmente combinadas, que

su salud no era en realidad tan buena como ella la juzgaba, y concluyó por alarmarse, observando en el joven mal disimulada emoción á medida que avanzaba en su examen y que llegaba en su interrogatorio á preguntas escabrosísimas. Pero su alarma se convirtió en verdadero temor cuando lo vió plantear con entera seguridad, sin la menor excitación la cuestión de sus propios sufrimientos morales; en vano se afaná él en atribuirlos á los sucesos políticos que á la sazón se desarrollaban; ella adivinó en su mismo afán la seguridad que tenía el joven de que eran otras las causas que la hacían desgraciada; le agradeció con toda su alma la atinada discreción con que disimulaba su convencimiento, pero sintiéndose descubierta, penetrada en las intimidades de su corazón, tuvo miedo y no lo ocultó.

—¡Ah! doctor—exclamó ruborizándose—con lo que le oigo acabo de convencerme de que mi desventura es mayor de lo que hasta hoy me la he imaginado: no ser feliz era ya una gran desgracia para mí, pero tener que confesarlo!...

Y no pudo continuar porque la emoción le embargaba la voz y las lágrimas pugnaban por saltársele de los ojos.

Hubo un minuto de silencio largo como un siglo. El joven cirujano temblaba como azorado, y la expresión cadavérica de su rostro revelaba que un dolor intensísimo oprimía su corazón; quiso hablar, decir una sola palabra, y no pudo. Durante muchos segundos oyéronse perceptiblemente uno á otro, médico y paciente, el violento golpear de sus corazones, y ambos temieron, creyendo haber ido demasiado lejos en sus palabras.

Pero no tardó Serena en comprender que la conferencia había llegado á su término, y que no podría irse un

paso más adelante sin que la situación llegara á hacerse por demás embarazosa, para ella especialmente; tranquilizándose entonces, agregó:

—Pero aún no tengo ninguna enfermedad grave, ¿no es verdad, doctor?

—¡Ah! nó—replicó al punto éste pudiendo apenas disimular la emoción que lo dominaba;—su estado actual no tiene nada de alarmante ni de grave, puede usted estar completamente tranquila por esto; pero permítame que le comunique el único temor que abrigo. No podría prolongarse por mucho tiempo sin que acarreará una afección del corazón, que sería probablemente incurable aunque tal vez no mortal. Por esto le ruego que no desatienda mis recomendaciones por nimias y fútiles que le parezcan.

—Nó, de ninguna manera; al contrario, se las agradezco de todo corazón y le agradezco más aún el que haya tenido la franqueza de decirme cuáles son mis verdaderas dolencias y hasta qué punto pueden comprometer mi salud. Me propongo, pues, seguir al pie de la letra los consejos que me ha dado, pero le ruego que no alarme á Voltero; en este momento debe de estar en la biblioteca; le suplico que vaya á decirle que lo que tengo es nada, nada que merezca la pena.

Y así diciendo, tendió la mano al doctor, que se había levantado para retirarse, y con una amable sonrisa aparentaba quedarse muy tranquila.

No era así en verdad; pues, apenas se vió sola, dejó correr silenciosamente sus lágrimas durante largo tiempo.

Cuando se sintió tranquila en realidad, después de meditar un rato, llamó á Brígida y con su habitual mansedumbre le dijo:

—El doctor que trajo ayer Voltero, en quien habrás tú reconocido, supongo, á Leoncio del Monte, el hijo de tu amiga Viviana, me acaba de hablar de mis sufrimientos morales. Estando recién llegado á Miramar y no teniendo todavía amistad con ninguno de sus alojados, no acierto á explicarme cómo ha podido saber lo que sólo yo y tú sabíamos; cómo ha podido conocer de mis propios sentimientos los que más he procurado ocultar, los que á mí misma me he resistido durante largo tiempo á confesarle. Acaso tú, Brígida, llevada de tu gran ternura por mí... vamos, dime la verdad y te perdono al punto tu indiscreción ¿le has dicho algo?

—¡Yo! ¿Qué está diciendo su mercé? ¡Misericordia! ¡por mi señora del Carmen! Yo, decirle... Él, él fué el que me dijo á mí, para que vea su mercé, ¡misericordia!

—¡Cómo! ¿Qué te dijo? Vamos á ver, cuéntame eso; pero no me ocultes ni una sola palabra, mira que necesito, ¿lo oyes? necesitó saberlo todo.

—Sí, su mercé, él fué el que me dijo.

—Pero ¿qué te dijo?

—Voy á contarle á su mercé. Esta mañana, cuando entré á arreglarle la pieza, estaba él ahí; yo me hice que no lo conocía, creí que tal vez no le gustaría que lo conociera; pero al ratito se me encaró de frente y me dijo, riéndose de gusto:

—“¿Que no me conoces, Brígida?

—“Yo—le contesté—¿y cuándo y dónde lo he visto?

—“¡Vaya—exclamó él—nunca hubiera creído que me habían olvidado tanto, tanto! Conque ¿no te acuerdas de mí, de Leoncio, el hijo de la viuda Viviana del Monte?

—“¡Misericordia!—dije yo, haciéndome que me cau-

saba sorpresa lo que oía—conque ¿es usted? ¡Vaya! si es para no creerlo ¡misericordia!

«Entonces me contó toda su vida, desde que se había ido de aquí hasta el día en que ha vuelto, sin perder pisada.

«Al último, y cuando yo me iba á retirar, me dijo, como con miedo:

—«Quieres decirme, mi buena Brígida ¿por qué está tan desfigurada tu señorita? ¿por qué está tan enferma?

—«¡Enferma! ¡si no tiene nada!

—«¡Que nó!... ¿ha sido entonces siempre tan pálida y de mirada tan triste como ahora? No lo hubiera yo creído, ¡era tan hermosa, tan rosada, tan alegre, y juguetona y bullanguera cuando niña!

—«¡Si lo mismo es ahora!

—«¡Oh, nó!—exclamó él—todo me revela que sufre; tal vez lo oculta.

«Y durante un rato se quedó pensativo y como muy afligido ¡si me daban ganas de llorar, misericordia! Después agregó:

—«Mira, Brígida, no te alarmes por lo que voy á decirte; sé que eres mujer discreta y por eso no más me atrevo á revelarte á ti lo que á nadie más diré nunca, jamás. Si yo permaneciera aquí algún tiempo... pero, imposible; he de estar sólo unos pocos días y nada podré hacer por mí mismo. Óyeme, pues, y cumple bien y fielmente lo que te recomiendo. Desde largos años conozco á Voltero y también conozco á tu señorita á pesar del tiempo que no la veo; bien sabes tú que no ha cambiado. Pues bien, es imposible que Voltero pueda hacer feliz á tu señorita por mucho tiempo; da gracias á Dios si no la hace muy desgraciada, no porque él sea de mal corazón,

nó, nada de eso, es un cumplido caballero; pero tiene unas ideas ¡ay, Dios! y unos juicios para juzgar á los hombres y las cosas... Mira, Brígida, nada digas de lo que me oyes; pero ten mucho cuidado con tu señorita; cada vez que la veas triste procura distraerla de cualquier modo, y si puedes, hazle que te confiese las causas de sus penas; si consigues esto, ya podrás, como mujer de edad, de experiencia y de reflexión, hacerle ver que Voltero está muy joven todavía, que es de carácter ligero é impetuoso; pero que todo eso pasará con la edad; que es necesario que tenga paciencia, mucha paciencia, y sobre todo que procure no lastimar jamás, ni por los más graves motivos, la susceptibilidad increíble, la delicadeza sin igual de Voltero, porque entonces... Quizás me alarmo yo demasiado, tal vez exagero sin quererlo, y ¡ojalá fuera así!... Ya me has oído, Brígida: no lo olvides y obra como tu cariño y tu prudencia te aconsejen.»

—Está bien, Brígida—exclamó Serena así que ésta se hubo callado.—Ahora quedo tranquila, porque veo que aun no se ha percibido tan claramente, como hace un momento lo imaginé, el verdadero estado de mis sentimientos para con Voltero; aun abrigo esperanzas de que mi desconsuelo no pase más allá; vencida la revolución, no tendrá ya campo Voltero en que dar rienda suelta á sus locas ambiciones y entonces volverá á mi regazo tan tierno, tan rendido y tan amante como siempre lo fué y como lo sería ahora mismo si la perfidia de los hombres no hubiera agriado su carácter y lacerado su corazón. Hazlo comprender así, Brígida, á tu joven amigo cuando se presente la ocasión.

Pero la joven se engañaba indudablemente ó aparentaba engañarse; lo que decía, no lo decía de corazón.

Desde el día que descubrió en su esposo pasiones, ideas y sentimientos distintos de los que ella le había estado atribuyendo hasta entonces, se convenció también de que entre ambos no era ya posible el amor de amantes. «Continuará siendo—se había dicho—muy buen marido, pero eso no es lo que ambicionaba mi corazón ni lo que él tantas veces me prometió.» Los últimos sucesos, lejos de desvanecer, habían venido á confirmar más y más su convencimiento anterior: viendo á Voltero completamente entregado á las intrigas políticas, olvidado de sus deberes primordiales de esposo, de hijo y de amigo y nada respetuoso de los compromisos de honor que había contraído para obtener su libertad, llegó á sentir desprecio por él y á negarse á sí misma, por consiguiente, toda posibilidad de futura reconciliación. Cuando decía, pues, que aún abrigaba alguna esperanza, no decía la verdad. La verdad para ella era que había perdido toda esperanza y que aún en el caso de que Voltero volviera sobre sus pasos, ella no podría amarlo ya, porque había dejado de estimarlo.

En tal disposición de ánimo no es raro que hubiera podido oír sin inmutarse los conceptos nada favorables que sobre su esposo había emitido el hijo de una de sus niñeras, de una sirvienta, y que le eran repetidos por Brígida con mayor crudeza de expresión de aquella con que fueron emitidos la primera vez. Y más aún, en el fondo de su conciencia los halló justísimos y los agradeció.

—No es raro—se dijo—que lo conozca mejor que yo, puesto que han sido condiscípulos durante muchos años... Y no sería desacertado que me impusiera yo de su vida de colegial... ¡Si me engañara entonces!... ¡Ah! no; sería demasiado... pero nunca estará demás el sa-

berlo. Sin embargo, Leoncio... nó; no debo descender hasta familiarizarme con él.

Y fuera de estas escenas, que tuvieron lugar al día siguiente al de la llegada del joven cirujano, ningunas otras que las comunes y vulgares sucedieron durante varios días en Miramar.

La instalación misma del joven cirujano pasó casi desapercibida. No viendo en él nada digno de llamar la atención, todo aquel pequeño mundo hizo caso omiso de su presencia; lo recibió en su seno con la misma indiferencia, no fría y desdeñosa, sino afable y lisonjera, con que día á día recibía á unos y dejaba salir á otros de los inconstantes elementos que lo componían.

Verdad es que en el joven no se habría podido observar, por grande benevolencia ó perversidad que se hubiera puesto para encontrarle, ningún rasgo que lo hiciera sobresalir medio palmo sobre el vulgo de los hombres vulgares. Tímido delante de las damas, pero afable con ellas; modesto delante de los hombres, pero franco en su trato; no buscando jamás ocasión de tomar parte en las fiestas y paseos que se efectuaban, pero no rehusando sino con muy fundados motivos las invitaciones que recibía; escuchando siempre con atención, pero no rehuendo nunca el dar su opinón cuando era solicitada; sin tacha en sus acciones, pero sin acciones heroicas ni brillantes conocidas; recto y sano en sus principios, pero ni severo en sus juicios ni riguroso en sus apreciaciones; benévolo de sentimientos, pero no afectado en sus manifestaciones; castigado y elegante en sus palabras, pero ni dado á censurar las ajenas ni insensible á la gracia de los chistes y trastrueques; tan pronto al cumplimiento de sus deberes como á los blandos placeres del ocio y á

las dulces recreaciones de los sentidos; ni flemático ni arrebatado de carácter; ni esquivo á las lisonjas ni insensible á los desaires; sin ninguna pasión levantada ni ningún vicio degradante manifiestos; sin ideal confesado que perseguir, sin amor, sin odios, de natural fácil, benévolo y complaciente ¿por cuál línea de su fisonomía moral habría podido llamar la atención en el seno de sociedad tan distinguida como lo era á la sazón la de Miramar?

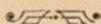
Ahora bien, su fisonomía física era más vulgar, si cabe, que su fisonomía moral. Tendría á la sazón unos veinticinco años; nada hermoso de rostro, ni nada esbelto de talle, tenía en su semblante cierta expresión más bien de modestia y timidez que de dulzura y cortedad, lo cual así le podía granjear el afecto de unos como enagenarle el de otros; el contorno regularmente ovalado de su rostro, su alta frente, sus ojos azules de un azul de cielo, su nariz recta, su boca no grande ni pequeña y sus labios delgados, lo habrían hecho parecer tal vez hermoso si unas espesas cejas negras un tanto juntas hacia su raíz, algunas arrugas sobre la frente, un nada gracioso bigote rojizo, el pelo llevado demasiado corto y el color de la cutis tostada por el sol y el aire libre, no hubieran alterado la regular proporción y armonía de sus facciones y de su conjunto. La pequeñez de las manos y los pies, lo delgado de los brazos, la estrechez del pecho, el color anémico de los labios y su mirada lánguida y sin brillo, indicaban además que, ó su salud no había sido siempre inmejorable ó no se había criado en la holganza. Vestía también sencillamente el uniforme de campaña del batallón de que formaba parte, el cual no tenía, en verdad, nada de elegante.

De modo, en suma, que con su adquisición no había ganado nada Miramar desde el punto de vista meramente social y que ni doncellas ni mamás tuvieron por qué apurar el pensamiento en forjar otra es combinaciones amorosas ó matrimoniales que las que tenían en mientes antes de su llegada.

RICARDO DÁVILA BOZA

(Continuará)

EN LA GRAN BRETAÑA



(FRAGMENTOS INÉDITOS DEL DIARIO PRIVADO DE VIAJES DE DON
BENJAMIN VICUÑA MACKENNA)

(Continuación)

18 de septiembre.

Esta fecha inmortal, escrita por mí en esta soledad, dice por sí sola más de cuanto pudiese yo alcanzar de la inspiración más elevada de mi mente ó de mi más ardiente entusiasmo.

Me levanté á las 7, y saludé con todo el regocijo de mi corazón este espléndido día, cuando el sol, puro como pocas veces, empezaba á brillar.

Me fuí á Londres, almorzamos con Manuel, y entretenimos el día tirando á la flecha en los jardines de Montpellier.

Al llegar de vuelta á Cirencester, encontré cartas de Chile. Este fué el verdadero Dieciocho de mi corazón, mi día de pampa, mi tarde de alameda, mi noche de teatro y de baile, todo reunido en una hora deliciosa.

Mi papá me habla en su carta de la situación política... ¡Hombres de 1810! vuestra obra grandiosa ha caído en manos de una generación pigmea que no la comprende y que la esteriliza. Hoy, día de vuestro aniversario, yo, pobre, humilde, desterrado, pero que sufro y trabajo por mi patria, os invoco como sombras de protección para ella.

25 de septiembre.

Después de almorzar me fuí al parque con los niños, á encumbrar un volantín que les había hecho ayer.

La mañana estaba deliciosa, y el volantín se encumbró airosamente. Los niños y los curiosos se divertían mucho; pero al fin se enredó en un árbol gigantesco y quedó columpiándose después, apesar de las *pesas*.

Recuerdo la innumerable variedad de nombres y de incidentes que entre nosotros produce un volantín: la comisión, la coleada, la recogida, el susto, la roldana, el hilo curado, la media luna, el chupete, la revuelta, la ladeada, etc. Y en seguida la multitud de formas y tamaños diversos, el simple volantín, el pavo de á 2, 3, 4, 6 y 8 pliegos, la bola, las estrellas, los barriletes, las monas, las pandorgas, las águilas, los chonchones, los frailes, los cometas, los cambuchos, las peras, etc. Y en fin, todo el mecanismo de *pesas*, parches, timbales, alargar tirantes, engrosar ó cortar la cola, y como desenlace la chañadura, este comunismo en que nadie sale ganando, pero en que siempre hay un perjudicado.

Entre los ingleses no hay más que una palabra que lo dice todo, la *kite*, y la única diversión es ponerles una cola de papel y correr para encumbrarlos.

9 de octubre.

Me levanté á las 8 y escribí hasta las 11 1/2, para terminar mis apuntes de horticultura, que me han demorado dos meses. Constan de 220 páginas.

Nunca ha estado Cirencester más alegre, más bullicioso, más concurrido. La mañana estaba fresca. Encontré en todas direcciones gente con sus vestidos muy limpios, pobres y ricos. El sábado, la Inglaterra es puerca cuanto se puede ser, porque todo se está lavando; pero el domingo brilla de limpieza.

Á las 12 fuí al Mercado. Había docenas de pequeños teatros de titiriteros, remates en carros de venta, mesones de pasteles y budines, juegos para niños, pregoneros y cancioneros; uno cortándose los dedos y poniéndose emplastos para probar su virtud; otro tragando estopa y vomitando fuego; dioramas de las batallas de los turcos; un negro contando las aventuras de su vida de esclavo y vendiendo por un penique la cuenta de los azotes que le habían pegado; anchos *farmers*, toscos labradores, alegres niños, todos muy animados.

Es ésta la gran feria del *alquiler de las muchachas*, y como el Dieciocho de Cirencester. De todas partes bajaban torrentes de paisanos, y el camino del Colegio estaba lindísimo después de una noche de lluvia, con los carritos tirados por burros, y los transeúntes, unos con fracs hasta los talones y felpa gruesa en el sombrero; otros con túnicas como de fusilados, en forma de camisa, y la bulla, la cerveza y el *ho*, que parece el único sonido del inglés que hablan estas gentes.

Había unos cien muchachos reunidos en la *Town Hall* ó sala municipal del pueblo, puestos en hileras ó en gru-

pos, para que los alquiladores hicieran cómodamente la elección y la contrata. Eran la mayor parte de los muchachos robustos y toscos aldeanos de la comarca, y las alquiladoras y alquiladores eran quienes quisieran serlo, prueba evidente de la *libertad* inglesa.

No sé si era yo quien se sentía humillado, pero me parecía que aquel espectáculo tan alegre y animado era una degradación, muy semejante á un bazar de esclavos. Los contratos se hacían rápidamente; duran por lo general un año, y se estipula un salario de dos ó tres pesos mensuales. Las muchachas que han sido ya contratadas se colocan una rosa de cintas en el pecho, y los mozos (porque también se alquilan algunos) se atan al sombrero un lazo de colores.

Junto con las muchachas y muchachones se alquilaban los servicios de algunos célebres reproductores de razas domésticas. Había una docena de los más espléndidos caballos que he visto, entre ellos uno descendiente del célebre *Eclipse*; era mediano y airoso de estatura, pero su ancha nariz, el fuego de sus ojos y la fina musculatura de sus piernas revelaban sus cualidades de corredor; pedían por él 2,500 pesos.

Estos caballos, que son preparados especialmente durante el invierno, recorren varios distritos, conducidos por un palafrenero. Se hacen anunciar al estilo de los sultanes por una circular en que se expresa el día en que pasará por las diferentes localidades y el precio de cada visita, que es de 25 pesos por el bruto y 20 reales por el lacayo. Algunos de estos célebres animales producen durante la correría mil ó dos mil pesos á sus dueños, y cuando entran á sus pesebreras son ya los padres putativos de 50 ó más hijos.

Después de comer encontré al doctor Voelcker y me fui con él á la capilla Baptista, que es la secta á que pertenece. Hubo mal canto, pero un buen sermón de una hora, dicho con mucha énfasis. La distribución ó servicio, fué: 1.º salmos, 2.º explicación de un capítulo de la biblia, 3.º salmos, 4.º sermón, 5.º prevenciones y noticias de liturgia, y 6.º salmos. En todo, hora y media.

Habría unas cien personas, todas muy devotas. En Cirencester existen unas 10 capillas de todas sectas, y además está refaccionándose una católica, del tamaño de una nuez.

Hotel Paddington, Londres, 16 de diciembre.

Todos estos últimos días los he ocupado en arreglar mis libros, mis papeles y mis colecciones, para salir de Cirencester.

Mi adiós ha sido la indiferencia. En Inglaterra no se conoce la sensibilidad del alma. Sólo una persona me dejó en el corazón las huellas del recuerdo, mi pobre *land lady* tan llena de nobles cualidades.

Cirencester se acabó para mí. ¡Pobre *town!* sucia, vieja como es, se ha ligado á mi vida, y su nombre está ya indeleblemente escrito en una de las más largas y mejores páginas de mi juventud. En ella he estudiado durante un año con una constancia que había sido imposible tener en otra parte.

¡Adiós Cirencester! Mr. Powel, su ministro, me dijo al despedirse: *God bless you!* Le devuelvo en mi corazón su voto sincero por la pobre aldea. Algunas emociones de sensibilidad son inevitables al partir; pero aquí la indiferencia general que nos rodea se comunica

á nosotros mismos, y todo pasa sin lágrimas. Mejor así: ¡son tan pocos en el día los que merecen una lágrima de corazón! Dejé algunos recuerdos de ropa y tres ó cuatro libras entre algunos; éstas son las mejores lágrimas y las que más aprecian los ingleses.

Á las seis y media tomé el ferrocarril, y con una brillante y helada noche, caminando cuatro horas en la oscuridad, llegué al hotel de la magnífica estación de Paddigton á las diez y media.

19 de diciembre.

Á las 9 me vestí, y á las 10 me puse en campaña con José Nicolás Cerda, que vino á buscarme. Fuimos hasta Regent St. en un handsome, y luego hasta el Strand á pie, viendo pinturas de las batallas de la Crimea, representadas de cien diversas maneras. En todas partes se ve gente de luto, principalmente entre la nobleza.

En Covent Garden llamamos la atención de algunos paseantes, comiéndonos un real de peras "á la americana", es decir, á tarascones.

A la una llegamos á la línea férrea de London Bridge, donde José Nicolás me mostró á don José Joaquín de Mora, un viejo de aspecto agrio y cínico, vestido como humilde burgués; talento distinguido, pero sin juicio ni conducta, pues á los poetas les falta generalmente el llamado sentido "común", ó sentido "escaso", como lo llama su hijo José de Mora.

Estuvimos tres horas en el palacio de Cristal, donde no hay nada de nuevo después de seis meses que lo vi la última vez. Á las tres y media tomamos un ómnibus en la estación, y pasamos por el London Bridge, que

era un verdadero infierno con su tropel de carruajes, su muchedumbre de transeúntes, su vaivén incesante y su bullicio. Todo aquello, visto desde el alto pescante de un ómnibus tenía un aspecto extraordinario. Estas excursiones en ómnibus son muy agradables y baratas.

De London Bridge á Paddington hay que atravesar media ciudad, en lo que empleamos una hora, y gastamos un real por persona. El cochero era un revoltoso que quería pasar adelante de otros ómnibus, que cruzaba con ellos animadas disputas, y que con sus dichos y el galopar de los caballos nos traía entretenidos.

En Holborn encontré en otro pescante al aristocrático Undurraga.

Por la tarde fui á comer donde Mr. Davy, donde pasé muy agradablemente hasta las diez. Hablamos de agricultura, de guano, etc. Me dijo que de este abono venderían este año más de 250 mil toneladas á 11 libras. Cree que el guano de Chinchas de mejor calidad puede durar 30 años; pero el común es inagotable. Ellos no venden por nada guano á *rognes*, sino á personas respetables, de quienes están seguros que no adulterarán el artículo, y persiguen á muerte á los falsificadores. Cree que el guano es muy barato comparativamente con otros abonos, en lo que tiene razón.

Hablamos también de Chile, del tiempo en que él había conocido á Llaillay, en 1834, etc. Me vino á dejar después amablemente á casa.

20 de diciembre.

Hoy se decidió la elección de diputados de Magleborne.

Desde mi llegada á Londres había visto carteles, anuncios en los ómnibus, grandes tablas que muchos hombres llevaban á la espalda, y en que se pedían votos para los dos candidatos rivales, lord Ebrington, conservador, y Mr. Bell, un cuáquero independiente. Los carteles decían: *Voto por lord Ebrington, ó bien Voto por Mr. Bell.*

El lord ha ganado la elección al cuáquero por 6,000 votos contra 3,000. Ambos se han presentado al público, el uno triunfante, el otro resignado, para dar el primero las gracias á los electores, y el otro para pronunciar el *speech* obligado. No hay nada comparable á la libertad electoral de los ingleses.

En la tarde se ha suicidado un sargento de la policía, por una pequeña falta del servicio; porque permitió á uno de sus subalternos que tomase la bolsa de una persona muerta, sin contar antes la cantidad que en ella había. ¡Triste pero noble delicadeza en esta admirable institución de la policía inglesa!

Boulogne-sur-Mer, 21 de diciembre.

Nos levantamos á las 6, y á las 7 nos vinimos á London Bridge, atravesando una parte de la inmensa Londres.

Á las 8 salimos de la estación del ferrocarril, para Folkstone, donde llegamos á las 11, después de atravesar el condado de Kent con sus filas de postes para el oblón y su pobre aspecto general agrícola.

El canal estaba tranquilo, y en media hora salimos de la hoya de Folkstone en el pequeño y apretado vapor de pasajeros y caballos. Me senté en la cubierta, y de pronto se me acercó una persona hablándome en español. Era un inglés, Mr. Paker, que había estado ocho años

en Sud-América. Llegamos á Boulogne-sur-Mer á las 5, y nos despedimos, después de una agradabilísima y amable charla, con la promesa de vernos en París.

Pisé con placer el suelo de Francia. La primera figura que vi fué la de un militar; después las de cien otros militares, aduaneros, soldados, pasaporteros, policía, etc. Conmigo anduvieron poco escrupulosos; pero á un caballero le trajinaron hasta las costuras de su capa de viaje.

Llegué en seguida al hotel, de donde no he podido salir por estar lloviendo.

22 de diciembre.

Almorzamos á las 9.

Me asomé á la puerta á mirar la hermosa calle de L'Écu, cuyas celosías en todas las ventanas y los colores de las paredes y puertas hacen el principal contraste con las oscuras, llanas, inconclusas y ahumadas casas inglesas.

Algunas mujeres removían con el pie los montones de basuras de las calles, buscando trapos y papeles viejos: un pedazo de papel es un tesoro para esta miseria.

En el muelle hay una grande actividad de mujeres cargadoras y guardacostas, soldados etc. Desembarcaban con gran facilidad caballos destinados á la remonta del ejército francés.

Á las 10 salimos para ir á ver el campamento de Vimereux, pasando por las calles principales de la ciudad franco-inglesa. Entramos en la *haute-ville* y nos detuvimos en el cementerio para buscar la tumba del general San Martín y dejar un recuerdo y una plegaria al gran campeón; pero el portero, después de muchas pre

guntas, nos dijo que sus restos habían sido enviados á su país.

Seguimos por un camino pantanoso, encontrando carros con provisiones, leña y chamizas para el ejército. Llegamos al campamento á las 12. Los ranchos de la tropa eran buenos y arreglados en calles; el del general estaba á la cabeza, y los de los coroneles en el centro. El ejército es de robustos, sanos, hermosos y alegres muchachos. Todos estaban ocupados como hormigas, unos en ejercicios, otros acarreando carretillas con algunas paladas de tierra, otros canastos con piedra etc., tareas que tenían por objeto adiestrarlos. Por lo demás, el campamento parecía desolado, y á lo lejos, como un singular contraste, se veían los arados en plena y útil actividad, en medio de este ridículo afán de la guerra.

Los restaurants y despachos de tabaco, licores y vinos abundan. Hay también ómnibus para los soldados, costeados por el emperador. En las tiendas de los coroneles se ven tablas con la inscripción *Vive l'Empereur!*

Después de comer á las 4, salimos para Amiens. Los porteros y cocheros nos robaron, como de costumbre. Los cocheros son la raza peor de la humanidad, aún peor que los abogados y escribanos.

Á las 7, bien sacudidos por el ferrocarril, llegamos á Amiens.

23 de diciembre

Á las 8, con un delicioso y brillante sol, salimos á pasearnos por Amiens, donde volví á ver la Catedral, con su exquisita labor, y luego los mercados. Conversamos alegremente con las francas paisanas que llegaban monta-

das en hermosos burros. Estas mujeres eran viejas ó mozas robustas, sin belleza, pero con gran vivacidad y vigor.

Pasando por el Hôtel de Ville, donde se firmó la paz de Amiens, volvimos á nuestro hotel á las 7, almorzamos, y á las 10½ partimos para Breteuil, adonde, dejando hacia el norte un cielo puro y un sol caliente, llegamos después de hora y media con nubes y frío. Pero después llegamos á París con lluvia.

Entré en la gran capital con la misma indiferencia con que había salido de ella en 1853.

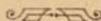
B. VICUÑA MACKENNA

(Continuará)





PREDESTINACIÓN



Era yo niño un tiempo: de la vida
emprendía el camino, sonriente,
como el límpido arroyo su corriente
desliza retozando á su partida.

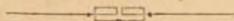
Llegué á la juventud, y la florida
senda en un yermo se trocó inclemente,
al conocer aquel deseo ardiente
de hallar la dicha con que amor convida.

Envióme entonces apiadado el cielo
un ángel que guiara mi camino,
luz esplendente en el oscuro suelo...

Y pues me puso junto á ti el destino,
permite ahora que con vivo anhelo
siga tu rumbo, luminar divino!

LUIS ALBERTO LUCO Y VALDÉS

7 de diciembre de 1887.



LA MISIÓN DE MONSEÑOR MUZI

Y LA IGLESIA EN CHILE EN LOS PRIMEROS AÑOS DESPUÉS DE LA
INDEPENDENCIA

I

El gobierno de O'Higgins acuerda pedir un legado apostólico para Chile.—Antecedentes de este acuerdo.—Instrucciones del plenipotenciario Cienfuegos.

Apenas había comenzado á manifestarse la opinión pública en Chile, despertada por el encadenamiento de hechos que produjeron la revolución, se había podido notar la existencia de un partido nacional realista que, creyendo ver en el movimiento revolucionario sólo injustas ambiciones y desordenada rebelión, se opuso á él con el derecho que cada uno tiene de hacer lo que sus convicciones le imponen como un deber. Mientras los activos comerciantes y los aristócratas propietarios, conformando sus opiniones á sus intereses, fueron el núcleo y la fuerza del partido patriota, el partido realista formó sus filas con los magistrados y curiales, y, sobre todo, con una numerosa y distinguida parte del clero, cuyo ca-

rácter y cuya misión le hacían mirar el orden establecido como la mejor garantía del bienestar social, y le hacían creer que el orden político se encontraba esencialmente ligado al orden religioso.

Esta creencia no la abrigaban sólo los que, invocando los principios religiosos, combatieron la revolución, sino que participaban de ella una buena parte de los caudillos patriotas, quienes, extraviados por malas ideas filosóficas y exasperados por las resistencias que sus opiniones encontraban, concibieron la revolución religiosa como necesaria para efectuar la revolución política, y llegaron á intentar aquélla mientras trabajaban por realizar ésta.

En el artículo 1.º del Reglamento Constitucional provisorio de 1812, se declaraba que la religión nacional era la católica y apostólica, manifestándose, con la intencionada supresión del calificativo de *romana*, que los que, en medio de las protestas de los católicos, promulgaron en aquella forma la disposición, veían esencial oposición entre la cualidad nacional que para la religión del Estado buscaban, y la nota de romana que es inherente á la entonces y ahora reinante en Chile.

Esta innovación cayó en el pronto desprestigio que mató la Constitución misma; pero durante toda la lucha de la independencia, se sucedieron varios esfuerzos de menos trascendencia, pero más prácticos para nacionalizar la Iglesia, ya con reglas para el nombramiento ó elección de preladados y curas, ya con proyectos sobre dotación de los curatos y revisión de sus aranceles, ya, en fin, llevando la acción del Estado á asuntos de un orden meramente religioso, ó en que, por lo menos, no debió procederse sin el acuerdo de la autoridad eclesiástica, como en la prohibición de sepultar en los templos,

con la cual tanto se oprimió en 1821 la conciencia católica. Hasta las discusiones teológicas solían propender á la nacionalización de la Iglesia: en 1813 se publicó una «Demostración teológica de la plena y omnímoda autoridad que por derecho divino y sin dependencia alguna del Papa, tienen los obispos dentro de sus respectivas diócesis».

Pero la causa de las difíciles circunstancias en que la Iglesia chilena se encontró después de las victorias de la patria nueva, no fué únicamente el antagonismo que los más radicales de los patriotas creían ver entre la libertad nacional y la unidad religiosa; contribuyó también y muy principalmente á traer aquel resultado, la actitud resueltamente militante que en defensa de sus ideas y convicciones realistas asumió una buena parte del clero, encabezada por la clara inteligencia y enérgica voluntad del señor don José Santiago Rodríguez, quien después de ser, según todas las apariencias, jefe de su partido, llegó á ser también el jefe de la Iglesia chilena, ó por lo menos, de la diócesis principal de Chile.

Ambas circunstancias, las hostilidades de algunos patriotas á la Iglesia y la hostilidad de algunos clérigos á la revolución, obligaron á una escogida parte del clero que formaba en las filas patriotas, á evitar la publicidad excesiva de su valiosa cooperación á la obra de la independencia, y los distinguidos sacerdotes patriotas, como los Cienfuegos, los Errázuriz, los Larraín, los Eyzaguirre debieron observar una conducta reservada, procurando evitar los choques á que las circunstancias los exponían, tanto con sus compañeros de ministerio religioso, como con sus amigos políticos; para que un sacerdote hablara sin consideraciones y sin freno en apoyo de

lo que se estimaba como intereses de la patria, era necesario, ó profesar ideas filosóficas profundamente erróneas, como Camilo Henríquez, ó ser tan ignorante é imprudente como el obispo Andreu y Guerrero. Y, en efecto, los excesos á que en sus fervores patrióticos se dejaron arrastrar algunos clérigos, los errores que cometieron y pretendieron propalar los privaron por completo de la confianza de los creyentes, y sirvieron para hacer más sensible el antagonismo que muchos imaginaban como existente entre la unidad católica y la independencia chilena.

Sin embargo, al establecerse por segunda vez y definitivamente el gobierno nacional, habían sobrevenido graves cambios en la política gubernativa; el radicalismo atrabiliario é intemperante de los Carreras había sido reemplazado por el autoritarismo firme y prudente de O'Higgins; el elevado patriotismo de éste y de los numerosos conservadores que en sus consejos se hacían oír, ponía atento oído á las necesidades nacionales y trataba de ajustar á ellas sus propósitos; pero á pesar de todo esto, no era posible esperar del gobierno una elevación de criterio suficiente para hacerlo olvidar las luchas políticas pasadas, ni se podía prescindir del influjo que las circunstancias indicadas debían ejercer en los actos políticos. Por eso, pocos días después de la victoria de Chacabuco, el Ilustrísimo Señor Obispo Rodríguez Zorrilla fué desterrado á Mendoza; el obispo, dando un ejemplo único en aquella borrascosa época, había permanecido en su puesto después de la victoria de sus enemigos políticos, y fué ello una prueba de que para él, los únicos deberes de cuyo cumplimiento no podía prescindir, eran los de su ministerio, de que esperaba tener la

libertad de ejercerlos. En realidad, habría sido difícil esperar que así fuera.

El gobierno nacional comenzaba á afianzarse por la fuerza de las armas, y como era natural, debía creerse necesario obtener el dominio absoluto de todos los resortes de gobierno. O'Higgins, á más del obispo, desterró á varios canónigos de Santiago, y por decreto de 8 de agosto de 1818, hizo y deshizo en la constitución del cabildo, destituyendo á unos y nombrando á otros. Entre los nuevamente nombrados estaba don José Alejo Eyzaguirre. Este egregio sacerdote patriota no pudo aceptar aquella intrusión del gobierno civil y casi inmediatamente hizo renuncia del puesto á que lo llamaba una autoridad incompetente; su renuncia aparece solo motivada en su mala salud; pero cuáles fueron sus opiniones á este respecto, lo prueba muy bien el hecho de que ellas le valieron poco después el destierro. «La expatriación del clérigo Eyzaguirre, dice el mismo O'Higgins en carta de 12 de agosto de 1822, publicada por el señor Vicuña Mackenna en su *Vida de O'Higgins*, es tan justa como pública su enemistad al sistema patrio. Él ha sostenido y defiende que no hay autoridad en los gobiernos de América para ejercer el patronato. Por consiguiente, declamaba contra la validez de la provisión de canonjías y toda clase de providencias concernientes á la materia; pero no fué esta sola la causa de su expatriación,» etc.

Á este mismo criterio obedecen las medidas tomadas por O'Higgins para arreglar el gobierno de la diócesis que, con el destierro del obispo, quedaba acéfalo. Ordenó el señor Rodríguez que nombrara á don Pedro Vivar gobernador del obispado; el señor Rodríguez cumplió

esta orden, é igualmente, poco después, habiendo Vivar hecho renuncia de su puesto, consintió en entregar la administración de la diócesis al presbítero don José Ignacio Cienfuegos, á quien O'Higgins dió también el título de Gobernador del obispado.

Vamos á detenernos un momento en referir la forma en que este nombramiento se llevó á cabo, y explicar las relaciones que quedaron subsistentes entre el Supremo Gobierno, el obispo desterrado y el gobernador de la diócesis, porque estos hechos no han sido, á nuestro parecer, suficientemente estudiados, y porque importa sobre manera conocerlos para poder juzgar con acierto los hechos análogos que tuvieron lugar algunos años después, durante la administración Freire.

El señor Rodríguez expidió el nombramiento de Cienfuegos desde Mendoza en 7 de junio de 1817; declaraba en él que lo hacía para cumplir las exigencias del Supremo Director; delega la jurisdicción necesaria anexa á la ordinaria, y por lo que hace á la voluntaria, agrega: «deseando providenciar con solicitud pastoral á la salud de los fieles cuyo régimen y gobierno en lo espiritual nos ha encomendado Jesucristo por medio de su Vicario en la tierra, y que durante nuestra penosa, angustiada, humillante situación, no carezcan de los beneficios espirituales que puede proporcionarles nuestro oficio pastoral, previniendo los embarazos y ansiedades de conciencia que puedan ocurrirles, con una norma autorizada que no dé lugar á inquietudes, le delegamos las que nos es permitido delegar» etc. Se insinuaban, pues, en el nombramiento, con bastante claridad, dos ideas de un orden muy diverso. En primer lugar, la designación del gobernador aparece hecha, no por el obispo, sino por el

gobierno; de manera que el señor Rodríguez no podía considerar á Cienfuegos como un subalterno ó dependiente suyo, á quien pudiera impartir órdenes con la seguridad de ser obedecido. En segundo lugar, aunque con la protesta correspondiente, aparecen realmente delegadas ciertas facultades para el buen servicio de los fieles, y para que Cienfuegos pudiera gobernar como delegatario del obispo. Éste se reservaba algunas facultades, y en él continuaba residiendo toda la autoridad; así lo reconoció no sólo el señor Cienfuegos sino también el gobierno, resultando de aquí que á los ojos de todos, el señor Rodríguez, aunque desterrado, continuaba siendo el obispo de la diócesis de Santiago y ejerciendo la autoridad que en tal carácter le correspondía. Es conveniente establecer algunos hechos para probar la anterior proposición. El señor Rodríguez, escribiendo en 1825 á Cienfuegos, le recuerda que el mismo señor Cienfuegos reconocía en sus actos, durante el primer destierro del obispo, que sólo gobernaba con la autoridad del señor Rodríguez, y que tanto Cienfuegos como el Supremo Gobierno habían acudido á él, ya para obtener providencias sobre asuntos que le estaban reservados, ya para pedirle que ampliara las facultades que tenía delegadas. En efecto, en el decreto en que se permitió al señor Rodríguez trasladarse de Mendoza á Melipilla, se le exigía que delegara todas sus facultades jurisdiccionales; esta exigencia reiterada varias veces por O Higgins, tenía por objeto poner en manos de Cienfuegos el nombramiento de curas en propiedad; mas á ello se negó constantemente el obispo, dejando sólo á Cienfuegos la facultad de nombrar curas interinos. Además, no se hacía ningún misterio de la jurisdicción que se había reservado

el obispo; el mismo gobierno remitió á la resolución del prelado una grave y ruidosa polémica originada entre los frailes de los dos conventos de Santo Domingo, y en el número 68 del tomo II de la GACETA MINISTERIAL, puede verse el decreto en que, con fecha 28 de octubre de 1820, el Supremo Director mandó cumplir el auto que, en forma de dictamen, el obispo había expedido desde Mendoza sobre este asunto. Igualmente acudió más tarde el gobierno al obispo para pedirle que conmutara los legados piadosos de doña Matilde Salamanca, autorizando su inversión á beneficio de la Casa de Expósitos y para escuelas de primeras letras; en el número 9 del tomo III de la GACETA se publicó el auto expedido sobre este asunto en Melipilla á 18 de agosto de 1821. Más todavía: el señor Cienfuegos, que ya solía excederse en el uso de sus facultades, por decreto de 2 de marzo de 1818, atendiendo, preciso es confesarlo, á una necesidad cuyo remedio se hacía indispensable, modificó las oraciones de la misa, mandando suprimir los ruegos por el rey Fernando; esta disposición, por más justificada que parezca, estaba fuera de las atribuciones de Cienfuegos; así debió reconocerse entonces, y así lo declaró implícitamente el señor obispo al facultar posteriormente á su provisor y vicario general don José Antonio Errázuriz, para que hiciera en 5 de agosto de 1821 la misma reforma.

Otro hecho de mayor importancia, manifiesta más claramente que el gobierno de O'Higgins no desconoció nunca al señor Rodríguez su autoridad episcopal; cuando, por atender á su salud, le fué permitido trasladarse de Mendoza á Melipilla é imponerse de cerca de las necesidades de su diócesis, por su propia autoridad y libre

elección, nombró su provisor y vicario general al canónigo don José Antonio Errázuriz, sacerdote que le inspiraba plena confianza, dejando así á un lado á Cienfuegos, cosa que debió de hacerse con el consentimiento de O'Higgins.

Entretanto, el trascurso del tiempo afianzaba cada vez más la estabilidad de la república sobre los triunfos que habían obtenido los defensores de la independencia, y los peligros de una reacción se hacían cada día más remotos, si no del todo imposibles. Don José Santiago Rodríguez, por más que hubiera sido entusiasta corifeo realista, era ante todo obispo y chileno, y como tal no podía menos de desear la felicidad de su patria, y de anhelar la conclusión de la guerra, aceptando los hechos consumados, si no como la realización de un ideal, al menos como la mejor suerte posible para el país. Expresó, pues, en varias ocasiones sus sentimientos patrióticos al gobierno, quitando así á éste el derecho de perseguirlo como á enemigo de la patria.

Habiendo desaparecido las causas que motivaron el destierro del obispo, fué éste repuesto en su silla episcopal y al pleno uso de su autoridad por decreto de 21 de agosto de 1822; el señor Rodríguez volvió al seno de su grey contando con la buena voluntad de las autoridades, públicamente manifestada en las notas que con este motivo se cambiaron entre la Convención Nacional, que solicitó su reposición, y el Supremo Director, y en medio de la alegría y entusiasmo con que recibieron la vuelta del pastor sus diocesanos que acudieron en inmensa muchedumbre á la Catedral para dar gracias á Dios por tan fausto acontecimiento.

Quedó, pues, el señor Rodríguez gobernando en paz

su diócesis; pero aún antes de terminar las dificultades por que el gobierno eclesiástico había atravesado, inspiraron ellas á la administración de O'Higgins la idea de pedir á Roma el remedio á los males que se hacían sentir.

Y no eran las que hemos indicado las únicas dificultades con que la Iglesia tropezaba en Chile.

La diócesis de Concepción se encontraba en circunstancias análogas, pero mucho más graves é irregulares que la de Santiago. Después de los triunfos de los patriotas, el gobierno eclesiástico se encontró del todo acéfalo: el vicario que á nombre del obispo ausente gobernaba esta diócesis, la abandonó sin tomar providencia alguna para su régimen. Fué nombrado vicario capitular el canónigo don Salvador de Andrade, el cual, sin más título que ese nombramiento, que fué sobremanera irregular y sólo justificado por la absoluta necesidad de poner remedio á graves males, gobernó la diócesis durante varios años.

Pero á más de las dificultades nacidas para la Iglesia chilena, de la situación personal en que sus jefes se encontraban, había otro de mucha mayor trascendencia y que nacía de la naturaleza misma de las cosas.

El gobierno español, eminentemente centralizador, había puesto todo su empeño en someter á su inmediata vigilancia y disposición todos los ramos de la organización social; y como, por otra parte, por interés y por convicción había sabido mantenerse durante mucho tiempo como el más poderoso y decidido propagador y sostenedor de la fe católica, llegó fácilmente y casi siempre con el acuerdo de la Santa Sede á tener en sus manos la dirección material de la Iglesia en América. Los privilegios del patronato le permitían disponer de todos los puestos de la

jerarquía eclesiástica; la facultad de percibir los diezmos con la obligación de invertirlos á beneficio de los intereses religiosos, lo hacía dueño de la marcha y progreso de éstos; por otra parte, detalles de organización de una sociedad cristiana como el fuero y las inmunidades eclesiásticas vinculaban y sometían en lo que respecta á algunos graves intereses particulares, la constitución política de la sociedad á las leyes de la Iglesia; la unión entre la Iglesia y el Estado era, en fin, tan estrecha que habría sido imposible señalar límites de separación entre las correspondientes autoridades.

Al romperse el vínculo que ligaba las colonias al poder político central, quedó profundamente trastornado el orden religioso, y se hacía indispensable adoptar nuevas reglas que reconstituyesen la organización de la Iglesia en América.

En Chile había todavía una dificultad más que zanjar: sus dos diócesis eran sufragáneas del arzobispado de Lima, adonde debían pasar en segunda instancia las causas apelables falladas por los obispos; mas, hácia la época de que nos ocupamos, estas y otras negociaciones eran imposibles, porque la dominación española se mantuvo aún por mucho tiempo en el Perú.

Al pensar en poner término á estas dificultades, era natural tratar de remediar un mal que en aquella época preocupaba grandemente los ánimos. Desde tiempo atrás, en América las órdenes religiosas habían decaído considerablemente de su primitiva severidad y celo; se encontraban en ellas muchos individuos que daban escándalo con la relajación de sus costumbres, y otros que eran completamente inútiles á la causa del bien que estaban llamados á servir.

El gobierno de O'Higgins, fuerte y organizador, debía necesariamente tratar de poner término á esa serie de males que aquejaban á la sociedad; y como buscaba sus inspiraciones, no en la ideología que los filósofos de aquella época pretendían hacer dominar, sino en el examen atento de las verdaderas necesidades del país, comprendió que ante todo era necesario respetar los sentimientos religiosos y normalizar el estado de la Iglesia, sujetándose para ello á sus propias leyes.

Por eso, cuando aún el señor obispo Rodríguez no había sido repuesto en pleno ejercicio de su autoridad, se resolvió el envío á Roma de una legación que fué desempeñada por el señor don José Ignacio Cienfuegos.

Las instrucciones dadas á éste para el desempeño de su cargo, ponen de manifiesto el objeto de su misión y el espíritu que la guió en su origen, y hemos de detenernos en darlas á conocer para hacer ver en seguida que el gobierno del general Freire no supo ser consecuente con los actos de su predecesor en el mando supremo.

Por esas instrucciones se encargaba al plenipotenciario que se presentara «personalmente ante Su Santidad, á quien, con la alta consideración que exige su suprema dignidad, le protestará, dice el primer artículo, á nombre del Supremo Director, del Excmo. Senado y de todos los habitantes del Estado de Chile, que tenemos la gloria de reconocerlo, respetarlo y obedecerlo como á vicario de Jesucristo, centro de la unidad cristiana, padre universal y primado de la Iglesia Católica».

Las peticiones que, según el resto de las instrucciones, debían hacerse, guardan completa armonía con aquella solemne declaración: eran inspiradas por las cir-

cunstancias políticas á que hemos hecho referencia, y tendían á dar á este respecto al Estado de Chile una organización semejante á la del reino español. Se debía pedir el envío de un Nuncio Apostólico para que «se arreglen, decidan y esclarezcan con su conocimiento todas las dudas y dificultades que resultan en materias eclesiásticas por la variación del orden civil y político» (artículo 2.º); que se diera á este Nuncio la facultad de conocer en última instancia en las causas eclesiásticas y en las causas de regulares, para evitar los dificultosísimos recursos á Roma, pero entendiéndose que estas facultades concedidas al Nuncio no deberían embarazar la autoridad de los diocesanos (arts. 3.º, 4.º y 5.º). En seguida el gobierno chileno, dando por supuesto que las regalías españolas no habían sido heredadas por los gobiernos de las repúblicas americanas, ó por lo menos, deseando salvar las dudas que á este respecto pudieran originarse, pedía á Su Santidad se sirviera «declarar ó conceder que las regalías del patronato de las Indias concedidas por Julio II á los reyes de España para la presentación de los arzobispos, obispos, canonjías, beneficios curados, etc., residen en el supremo director ó jefe de la nación chilena» (art. 6.º); que subsistiera la donación de los diezmos mediante la obligación del Estado de atender á la *constitución* de las iglesias y á la decente dotación de los arzobispos, obispos, canónigos, curas, seminarios, etc. (arts. 7.º y 8.º); que los privilegios de las bulas de cruzada y de carne comprenden á la América. Se debía pedir también «que las iglesias de las ciudades de Coquimbo, Talca y Chiloé, Osorno ó Valdivia, sean erigidas en catedrales, y la de Santiago, capital ó corte del Estado de Chile, en metropolitana» (art. 16). Respecto

á las órdenes regulares, se pedía, en términos generales, el remedio á los males de que adolecían. Por el artículo 23 se pedía la disminución de los días festivos. Terminan las instrucciones con la facultad otorgada al plenipotenciario Cienfuegos de ampliar las peticiones del gobierno chileno á lo que estimare conveniente, ó de reducirlas en lo que las circunstancias exigieran (artículos 22 y 24).

Para hacer el elogio más completo posible de las precedentes instrucciones, bástanos observar que casi todas las peticiones en ellas contenidas, han sido tarde ó temprano concedidas por la Santa Sede en la misma forma en que entonces se formularon; y que de las trascritas, que son las más importantes, sólo la extensión del patronato no ha sido expresamente concedida, y solamente tolerado su ejercicio; y aún podríamos añadir que la Santa Sede habría otorgado este derecho hace algunos años, si el gobierno chileno hubiera renunciado al monstruoso abuso que más modernos regalistas han puesto en práctica, de someter las bulas y rescriptos pontificios, al trámite de solicitar el *exequatur* del Estado.

II

Desempeño de la misión de Cienfuegos.—Dificultades.—Éxito.

Presentóse el señor Cienfuegos á la corte pontificia el 3 de agosto de 1822. Larga y penosa fué la tarea del plenipotenciario. Encontró en Roma no sólo dificultades provenientes de la falta que allí había de noticias sobre el estado de las iglesias americanas y sobre el efecto de los últimos sucesos políticos, sino también los tro-

piezos que al desempeño de su misión ponían los poderosos intereses nacionales y personales vinculados á la subsistencia del régimen español. En sus diferentes notas y cartas, el señor Cienfuegos daba cuenta al gobierno chileno y á los ministros de las calumnias de que de parte de sus enemigos se creía víctima y manifestaba los graves afanes que le costaba desvanecerlas. Difícil es distinguir en los obstáculos que Cienfuegos creía ver, cuáles eran realmente hostilidades á su misión y á su persona y cuáles eran sólo forjados por su imaginación y fruto de sus propias prevenciones. Pero sí es indudable que encontró la más decidida y poderosa oposición de parte del gobierno español, el cual puso en juego las súplicas y las amenazas para obtener que el Soberano Pontífice se abstuviera de reconocer, ni aún como existente de hecho, al gobierno revolucionario de Chile, y se negara á oír sus peticiones. Tal fué el más grave motivo de la demora y la gran dificultad que la misión de Cienfuegos hubo de vencer.

Á esta causa debe atribuírse el que no fuera recibido por el Papa sino en audiencia privada y sin las solemnidades que habrían implicado el reconocimiento de la soberanía de la nación chilena.

Una de las primeras medidas tomadas por el señor Cienfuegos fué elevar al conocimiento de la corte pontificia un extenso memorial en el cual daba á conocer el objeto de su misión, formulando en él las diferentes peticiones que se le había encargado hacer á nombre del gobierno chileno, y que estaban contenidas en el pliego de sus instrucciones. Las peticiones, además de estar claramente explicadas en ese memorial, van precedidas de una ligera reseña del estado político y religioso de

Chile y de las circunstancias que hacían necesarias las medidas extraordinarias pedidas á la Santa Sede.

Apartándose un tanto de sus instrucciones, el señor Cienfuegos solicitó el envío de una persona «con la investidura de nuncio ó *vicario apostólico*». El haber dado al enviado pontificio el carácter de vicario apostólico no fué, pues, como desde aquel tiempo hasta ahora tantas veces se ha repetido, una medida tomada por la corte romana para quitar á la misión todo carácter diplomático y para no herir la susceptibilidad del gobierno español, que vió siempre en esta misión acreditada ante los gobiernos revolucionarios de sus colonias un desconocimiento ofensivo de su autoridad; el título de vicario apostólico fué dado al enviado á insinuación del mismo plenipotenciario chileno, el cual sin duda comprendió que en tal carácter debía presentarse y obrar un comisionado destinado, no tanto á tratar y arreglar diferencias diplomáticas, cómo á ejercer actos de amplia y extraordinaria jurisdicción en los intereses de los fieles americanos y en la organización de las diócesis.

El aludido memorial concluía con una apremiante exhortación dirigida á Su Santidad para obtener las medidas solicitadas. Se insistía especialmente en señalar al Santo Padre el deber de no dejarse amedrentar por las amenazas del gobierno español, al frente de las cuales, el señor Cienfuegos, asumiendo un tono gravemente impropio en su carácter sacerdotal, al parecer, quiso también formular una serie de amenazas cuando decía: «y es muy de temer que si Su Santidad se niega á mis solicitudes (de cuyo resultado se halla en expectación toda la América meridional), incrementando cada día más y más dichos males, lo que es muy conforme á las aspiraciones

del corazón humano, y mayormente en tiempo de revolución, se llegue al extremo de un funesto cisma (lo que Dios no permita) que prive de la eterna felicidad á tantos millares de almas que habitan aquellas tan grandes regiones». Veremos después que el gobierno pipiolo de 1824 pudo abrigar muy buenas disposiciones para desconocer la suprema autoridad del Papa; pero el enviado de O'Higgins en 1822 no tenía fundamento alguno para atribuir á su gobierno semejantes propósitos, desde que su propia misión era un testimonio elocuente é irrecusable del más completo reconocimiento de la soberanía pontificia. Además, que un sacerdote chileno con muy mediano conocimiento que tuviera de la tradicional y acendrada fe de sus compatriotas, haya podido expresar el temor de que ellos se dejaran arrastrar á un cisma, es, ó una ligereza incalificable ó un imperdonable engaño.

Sea de esto lo que se quiera, es el hecho que las necesidades cuyo remedio procuraba la misión del señor Cienfuegos, eran muy graves y efectivas, y por atender á ellas, el Padre Santo desestimó resueltamente las pretensiones españolas, y resolvió el envío de un vicario apostólico á Chile.

Pero, entretanto, en este país habían ocurrido graves trastornos políticos, de los cuales nos es necesario ocuparnos.

III

Caída de O'Higgins.—Freire Director.

Con la caída de O'Higgins se abrió para Chile el prolongado período en que el gran trabajo de sus hombres

públicos debía ser darle una Constitución; la revolución que derrocó al Director Supremo era impulsada por el deseo noble y patriótico de los mejores ciudadanos, de concluir con el imperio del militarismo; y aunque la provincia de Concepción, al levantarse contra O'Higgins, envió sobre la capital un ejército aguerrido y hambriento, mandado por el militar de más popularidad y prestigio, los comicios populares, y el levantado y magnánimo desprendimiento del Director, evitaron al país los males de la lucha armada y del triunfo de los soldados sediciosos.

En efecto, cuando el general Freire y sus batallones desembarcaron en Valparaíso, el pueblo de Santiago había obtenido ya la renuncia de O'Higgins, y había puesto á la cabeza de los negocios públicos una junta suprema compuesta de los ciudadanos don Agustín Eyzaguirre, don José Miguel Infante y don Fernando Errázuriz.

Quedaba consumada la más noble revolución con el acuerdo unánime del pueblo y con la cooperación del mandatario mismo que era privado del poder. Pero, como dice en su *Memoria Histórica* el señor Santa María, «la verdad es que se entraba en una carrera de ensayos»; y estos ensayos comenzaban con tan absoluta falta de hechos y principios fundamentales, que ni siquiera quedó subsistente, al caer el régimen militar, la unidad de la nacionalidad chilena, y el militarismo no dejó tampoco de disputar la soberanía al poder civil.

Las asambleas de Concepción y de Coquimbo, que habían desconocido la autoridad del Director Supremo, desconocieron también la soberanía de la junta gubernativa constituida en Santiago, y la tenaz porfía de don Ramón Freire, representante de aquéllas, obligó á ésta á recono-

cer la independencia mutua de las tres provincias. Y el mismo Freire, como jefe de un ejército acampado á las puertas de la capital, no se sometió jamás á la junta, antes bien pretendió tratar con ella de igual á igual y aún, en sus repetidas exigencias de auxilio, usó del tono de un superior, como se ve en la correspondencia cambiada entre el general y la junta, y formada por interesantísima piezas que revelan admirable patriotismo, firmeza y prudencia de parte del gobierno de Santiago y no poca torpeza y falta de elevación en sus miras de parte de Freire.

Pero, al fin, la junta invitó, por medio de una circular, á las asambleas de Concepción y de Coquimbo á nombrar plenipotenciarios que declarasen la unión de la república, y designasen la autoridad ejecutiva central; la junta había logrado vencer las pretensiones de soberanía provincial manifestadas por Freire. «Combatiendo estos equívocos, dice la circular, ha sido que la junta no adhirió á la formación de un gobierno compuesto de vocales nombrados separadamente por cada provincia. Y la fuerza de los principios luminosos en que nos apoyábamos convenció á los diputados del general Freire.» En consecuencia, se nombraron los plenipotenciarios, y en las primeras páginas del BOLETÍN DE LAS LEYES, se encuentra el «Acta de Unión» suscrita por ellos en 30 de marzo de 1823. Al día siguiente los mismos plenipotenciarios acordaron nombrar Jefe Supremo del Estado al general don Ramón Freire, y hacer que las asambleas provinciales nombraran cada una tres senadores para formar el Senado Conservador, mientras se reunía el Congreso, todo en conformidad á la misma «Acta de Unión».

Quedaba conseguido el principal propósito de la junta gubernativa de Santiago: la centralización ó *centralidad*, como entonces se decía, del poder. Pero nada tuvo probablemente que oponer al prestigio inmenso del general Freire; así fué que el militarismo, vencido al paracer en O'Higgins, volvió á triunfar con Freire.

Pero este gobierno militar no encontró en el carácter de Freire la firmeza necesaria para mantener una organización cualquiera, ni para hacer prevalecer una política determinada y estable. Este gobierno, sin pretender siquiera ser un gobierno parlamentario, cosa imposible en aquellos tiempos, sufrió variaciones cuya causa racional sería difícil encontrar, y que sólo pueden explicarse tomando en cuenta la debilidad de carácter y la ausencia de ideas propias del Director, dueño absoluto de la situación.

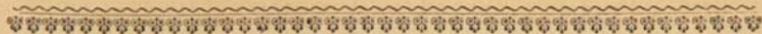
El primer ministerio de Freire fué una amalgama de los más opuestos intereses que se disputaban el campo político; era primer ministro don Mariano Egaña, representante de las ideas autoritarias, aristocráticas y patronatistas más avanzadas, y al mismo tiempo católico sincero; este ministro sufría una guerra sorda dirigida principalmente por su colega don Diego José Benavente, uno de los caudillos del pipiolismo que procuraba la completa reforma social sin reparar en atropellar y trastornar las ideas y las instituciones más hondamente arraigadas en el país.

En el Senado Conservador, que fué convocado para el 11 de abril, y que según la Constitución provisional debía tomar parte tan importante en la dirección y aun en la administración del Estado, había individuos como

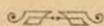
don José Miguel Infante y el padre Camilo Henríquez que no sólo representaban el elemento reformador, sino que eran completamente incrédulos y veían en la unidad religiosa un yugo de que deseaban libertar al país.

NICOLÁS GONZÁLEZ ERRÁZURIZ

(Continuará)



YO TENGO FE



De la desnuda cresta
del alto monte, de la mar, del río,
de la húmeda floresta
y del bosque sombrío
bruma sutil despréndese y, cual velo
de leve gasa, sube,
formándose en el cielo
de flotante vapor la negra nube,
que en lluvia convertida
pródiga vuelve á fecundar la tierra
que despierta á la vida
los escondidos gérmenes que encierra.

Tal, á merced de eterna providencia,
que es madre soberana,
brota en el corazón la fe cristiana,
fecunda de esperanzas y ventura;
y en plegarias y en lágrimas su esencia,
como aroma inmortal, vuelve á la altura.

Tal es la fe, que alienta en su regazo
al ánimo afligido,
que une las almas con estrecho abrazo
y las lleva á la paz y al bien perdido.

Sin fe sólo hay dolor. En la ardua lucha
del mundo ¿á dónde volverá los ojos
quien las promesas de la fe no escucha
y lleva por estériles abrojos
de la vida la carga,
que cuanto más se sufre es más amarga?

¡Ay! cuando no se aduna
la existencia á la fe, las más sensibles
fibras del corazón, una por una,
agostándose van; sombras horribles
velan el porvenir en que se esconde
la hora inevitable; y ciega, inerte,
ni á la justicia ni al amor responde
el alma desolada,
muda como el silencio de la muerte,
como la losa del sepulcro, helada.

Yo tengo fe. Desde la excelsa cumbre
donde el trono de Dios Omnipotente
brilla en la eternidad, celeste lumbre
llenó mi oscura mente;
y es la fe que en mi espíritu se anida
vida de mi alma y alma de mi vida.

Cuando al choque violento
de la ambición que surge arrolladora

se rinde el pensamiento
y en ansias imposibles se evapora;
cuando en alas de fuego
el deseo levántase tirano
para sentirse encadenado luego,
como volcán que sepultó el oceano;
entonces sólo calma
la suprema inquietud la fe bendita,
la fe que presta al alma,
como soplo de Dios, fuerza infinita:
con ella la esperanza resucita
al calor de más nobles ideales
y el hombre cobra aliento
leyendo sus destinos inmortales
en el límpido azul del firmamento.

¡Ah! yo te siento en mí, fe sacrosanta,
de incomparable bien fuente divina.
Olvídase en tu seno esta mezquina
cárcel de sufrimientos y cuidado
y hasta Dios se levanta
en tus alas mi espíritu llevado.

Contigo el alma es fuerte
y en la misma desgracia ennoblecida.
En mi dichosa y en mi adversa suerte
serás mi único escudo, y en mi muerte
luz de mi tumba, de mis huesos vida.

Por ti mi afán se calma, en ti confía
mi inquieto corazón, ambicionando
goces sin fin; en ti mi fantasía

sus alas pliega como en nido blando
de contento y de luz; por ti se alcanza
ese inefable bien que tanto anhelo;
contigo no hay dolor sin esperanza;
contigo voy soñando con el cielo.

¡Salve, sublime fe, germen dichoso
de santa inspiración! Á las edades
salvadora del mundo te presentas,
dominando tu acento poderoso
del alma las recónditas tormentas,
de los pueblos las sordas tempestades.

Por la extensión del orbe tu tesoro
en piélagos de lumbre reverbera
como por la ancha esfera
derrama el almo sol sus rayos de oro.

Pródiga de esperanzas y virtudes
arrebatando vas los corazones
y, de tu carro en pos, las multitudes
tus glorias cantan y tus altos dones
en himno universal de bendiciones.

Los que esclavos del mundo y sus rigores
seguís la áspera senda de la vida,
buscad la fe perdida
porque ella aliviará vuestros dolores.

Yo tengo fe; su protector abrigo
llena mi corazón de orgullo santo,
Yo tengo fe; su aliento va conmigo:
¿cómo puedo dudar cuando amo tanto?

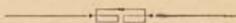
Antes de ser hipócrita ó cobarde
mil veces vea mi existencia rota...
¡La fe es la sangre que en mis venas arde!
¡La fe es la voz que de mis labios brota!

CLAUDIO BARROS



APUNTAIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE
EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE



El artículo 4.º de una ordenanza acordada por la municipalidad de Petorca para el cobro de los derechos de plaza, puestos de abastos y tendales, y aprobada por el presidente de la república en 22 de diciembre de 1866, dice:

«*Artículo 4.º* La tarifa en virtud de la cual debe hacerse el cobro del impuesto es como sigue: por la carne de cada animal vacuno, no siendo ternero, veinte centavos; por la carne de cada ternero no excediendo de un año, cinco centavos; por la carne de cada carnero, oveja ó cordero, cuatro centavos; por cada puesto de pescado, marisco, legumbres de todas clases, loza, zapatos, ropa hecha, *cocinería*, fritura, dulces, frutas, refresco y toda clase de bebidas, artículos comestibles, ya sean preparados ó por prepararse, que se establezcan en la recova, cinco centavos. Los mismos puestos que se sitúen en las plazas ó calles públicas pagarán diez centavos».

El artículo 2.º de un reglamento para la contribución de serenos y alumbrado en la ciudad de Illapel, expedi-

do por el presidente de la república en 13 de marzo de 1867, contiene, entre otras disposiciones, la que va á leerse.

Artículo 2.º—“Los fondos y establecimientos gravados por la contribución se dividirán en cinco clases:

“

“

“Á la quinta, corresponden las casas ó piezas cuyo arriendo no llegue á cincuenta pesos, las pulperías, zapaterías, puestos de pan, *cocinerías* y picanterías.”

Cocinería, en los ejemplos anteriores, se halla sin duda alguna, tomado por lugar ó establecimiento donde se preparan guisos para venderlos.

Y efectivamente, tal es la acepción con que se le usa muy á menudo en Chile.

Mientras tanto, el DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA dice que este sustantivo es anticuado, y que sólo significa “manera de guisar”.

Por mi parte, me parece que el tal vocablo llena una necesidad de la lengua.

Fonda no designa lo mismo que *cocinería*.

La primera de estas palabras significa, según el DICCIONARIO, “casa pública donde se sirven comidas con decencia, á diferentes precios, y también suele darse hospedaje”.

La segunda denota un establecimiento inferior á la *fonda*.

COFIADOR

El epígrafe del párrafo 4, libro 4 del CÓDIGO CIVIL CHILENO dice así: “De los efectos de la fianza entre los *cofiadores*”.

Léanse los dos artículos siguientes del mismo párrafo y del mismo libro.

Artículo 2,378—«El fiador que paga más de lo que proporcionalmente le corresponde es subrogado por el exceso en los derechos del acreedor contra los *cofiadores*.

Artículo 2,379—«Los *cofiadores* no podrán oponer al que ha pagado las excepciones puramente personales del deudor principal.

«Tampoco podrán oponer al *cofiador* que ha pagado las excepciones puramente personales que corresponden á éste contra el acreedor y de que no quiso valerse.»

Don Joaquín Escriche, en el DICCIONARIO RAZONADO DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, emplea igualmente el vocablo *cofiador*.

Sin embargo, la Real Academia Española juzga que debe decirse *confiador*.

Entre las preposiciones castellanas que funcionan como partículas compositivas, se encuentra *co*, la cual proviene de la latina *cum*.

Don B. Rivodó, en su TRATADO DE LOS COMPUESTOS CASTELLANOS, ha procurado fijar los casos en que *con* pierde la *n*, convirtiéndose en *co*.

Léase lo que expone acerca de este punto.

«Por eufonía se suprime la *n* de *con* en los casos siguientes:

«1.º Cuando el segundo componente principia por vocal.

«Ejemplo: *co-acción*, *co-actor*, *co-eficiente*, *co-ectáneo*, *co-eterno*, *co-interesado*, *co-operar*, *co-ordinar*.

«Las dicciones *com-enzar*, *com-estible*, *com-icio*, *com-ítiva*, *cóm-ite* y *cóm-itre*, que, según lo dicho, debieran

escribirse sin *m*, la conservan, no obstante, por traerla del latín, ó bien porque sus segundos componentes son voces que no tienen uso por sí solas en castellano.

«2.º Cuando principia por *h*.

«Ejemplo: *co-hechar*, *co-heredero*, *co-herente*, *co-hibir*, *co-honestar*.

«3.º Cuando principia por *l*.

«Ejemplo: *co-laborar*, *co-lactáneo*, *co-lección*, *co-legislar*, *co-licuar*, *co-lidir*, *co-loquio*, *co-lumbrar*.

«Como excepción de esta regla, se encuentra *con-loar*, y *con-llevar*, *con-llevador*, bien que estos dos últimos son con *ll* y no con *l*.

«4.º Cuando principia por *r*, que, en estos casos, se escribe doble, no obstante de ser compuesta la palabra.

«Ejemplos: *co-rrecto*, *co-rredentor*, *co-rregencia*, *co-rregir*, *co-rrelación*, *co-rreo*, *co-rroborar*, *co-rrosoivo*, *co-rromper*, *co-rrugar*.

«Como excepción, se encuentran, *con-rear*, *con-regnante*, *con-reinar*.

«Adviértase que *co-rreo* está en el significado de cómplice, diferente de *correo*, que no es compuesto, sino un derivado de *correr*.

«Hay casos en que es vario el uso, es decir, que unas veces se suprime, y otras nó, la *n* de la partícula *con*.

«1.º Cuando el segundo componente principia por *m*.

«Ejemplos en que se suprime la *n*: *co-madre*, *co-mandante*, *co-marca*, *co-medar*, *co-medir*, *co-mereiante*, *co-mitente*, *có-modo*, *co-modataria*, *co-munión*.

«Ejemplos en que no se suprime: *con-memorar*, *con-mensurar*, *con-minatorio*, *con-miseración*, *con-mixti6n*, *con-moci6n*, *con-minatorio*, *con-mutar*.

«2.º Cuando principia por *n*.

«Ejemplos de *co*: *co-nato*, *co-nectar*, *co-nexión*, *co-nocer*.

«Ejemplos de *con*: *con-natural*, *con-notar*, *con-novicio*, *con-nubial*, *con-numerar*.

«3.º Cuando principia por *y*.

«Ejemplos de *co*: *co-yunda*, *co-yuntura*.

«Ejemplos de *con*: *con-yugal*, *cón-yuge*.

«Existen también algunos compuestos que se escriben indistintamente de un modo ó de otro.

«Ejemplos: *co-mensal* y *con-mensal*, *co-militón* y *con-militón*, *co-pilar* y *com-pilar*, *co-pilador* y *com-pilador*, *co-pilación* y *com-pilación*. Es de advertir que en *re-co-pilar*, *re-co-pilador*, *re-co-pilación*, no se admite la *n* ó *m*.

«Como excepción, se cuentan algunos compuestos, en que se escribe *co*, no obstante de seguir consonantes en que por lo regular prevalece la *n*.

«Ejemplos: *co-delincuencia*, *co-deznero*, *có-dice*, *co-fra-de*, *co-partidario*, *co-proprietario*, *co-pulativa*, *co-pia*».

Á los ejemplos del último caso, citados por Ribó, puede agregarse *co-partícipe*, autorizado por el DICCIONARIO DE LA ACADEMIA.

Don Andrés Bello, en su GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA, ha formado también el compuesto *co-pre-térito*.

COLCHONERÍA

La tarifa inserta en el artículo 3.º de la ley de 22 de diciembre de 1866 para fijar el precio de las patentes industriales, menciona entre las tiendas ó establecimientos que han de pagar el aludido impuesto las *colchonerías*.

El DICCIONARIO de la Real Academia Española, no autoriza esta palabra.

Tampoco trae las análogas de *cigarrería*, *lamparería*, *mueblería*, *peinetería*; que aparecen en la expresada tarifa.

Sin embargo, el DICCIONARIO declara que son castizos *barbería*, *calderería*, *cerrajería*, *confitería*, *pastelería*, *droguería*, *dulcería*, *herrería*, *hojalatería*, *joyería*, *librería*, *mercería*, *platería*, *panadería*, *peluquería*, *quinca-llería*, *relojería*, *sombrerería*, *talabartería*, *tapicería*, *tornería*, *zapatería*, que emplea dicha tarifa en el sentido del lugar donde se venden los objetos á que ellas se refieren, ó donde se ejecutan ciertas operaciones.

No veo entonces inconveniente para que continúen usándose tanto *colchonería* como *cigarrería*, *lamparería*, *mueblería*, *peinetería* para denotar los lugares aplicados á un destino semejante, porque son palabras necesarias, están bien formadas, y no pueden originar la menor duda acerca de sus significados ni aún á quienes las oyesen por la primera vez.

COLIGÜE

El artículo 1.º de un bando que el intendente de Santiago mandó publicar con fecha 14 de diciembre de 1857, dice así:

Artículo 1.º—“Se prohíbe conducir por los caminos de la provincia de Santiago á lomo de animales cargas de madera, *coligües*, cañas, varillas, barras de hierro, y en general, todo objeto que, por la manera de transportarlo, pueda ocasionar la descompostura de dichos caminos.”

Don Rodolfo A. Philippi, en sus ELEMENTOS DE BOTÁNICA, al tratar de la familia de las *gramíneas*, describe la especie de las *chusqueas*.

Con este motivo, se expresa como sigue:

«Casi todas las especies son de América; y hay, por lo menos, unas ocho ó diez en Chile, que se llaman *quila* y *coligüe* ó *colén*. Algunas tienen el tronco derecho, sencillo, dando solamente lugar á hacecillos cortos de ramitas: *quila*, en las provincias del norte; *coligüe*, en la de Valdivia. Otras tienen el tallo ramificado, y éstas suben en los árboles á veces hasta mucha altura, haciendo con frecuencia los bosques absolutamente impenetrables. Son plantas muy útiles; sirven para cercas, para lanzas de los araucanos, para muchos usos domésticos. Las hojas de todas son perennes, y suministran un pasto excelente para los animales, sobre todo los vacunos. Las semillas del *coligüe*, que florece cada quince ó veinte años, se recogen por los indígenas, y se toman en la sopa, etc.»

El DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA no ha dado cabida en sus columnas á la palabra *coligüe*, la cual, sin embargo, empleamos para designar la planta perteneciente al género de las *chusqueas* á que me voy refiriendo.

Ella no es la única que se encuentra en este caso.

Aunque el DICCIONARIO autoriza muchas de las voces que se usan en Chile para nombrar los vegetales, ya indígenas ó ya introducidos, ha omitido gran número de otras que se hallan en las mismas condiciones.

Voy á enumerar, por vía de ejemplo, algunas de estas últimas.

Acayota (cucúrbita). Es muy usada en Chile para hacer dulce.

Ahira (caña). Es una planta medicinal muy cultivada en los jardines. Se llama también *hierba del rosario* ó *de las cuentas*, porque sus semillas se emplean aún ahora, y

se empleaban particularmente en tiempos pasados, como cuentas de rosario.

Alfilerillo (erodio). Esta hierba se halla exparcida en toda la superficie del globo; pero su abundancia en Chile es tanta, que, según don Claudio Gay, sería difícil negar el que existiese antes de la conquista. Los araucanos la llaman *loiquilahuen*; los españoles europeos, *almizcleña*.

Arguenita (calceolaria). Esta planta ha recibido esta denominación por la semejanza de sus flores con la forma de las *árquenas* ó *alforjas*; también es conocida por *capachitos*. Los araucanos la llaman *topatopa*. Don Claudio Gay asegura que las especies conocidas de esta planta pasan de ciento, y que casi la mitad de ellas son peculiares en Chile. Los naturalistas españoles don Hipólito Ruiz y don José Pavón habían dividido este género en dos: *calceolaria* y *jovellana*, dedicando el segundo al insigne hombre de letras y de estado don Melchor Gaspar de Jovellanos; pero Gay y otros botánicos no consideran fundada esta división.

Cayampa (agárico). Esta palabra viene del quichua *callampa*, "hongo de comer"; pero los chilenos pronuncian *cayampa*, porque, como se sabe, son muy pocos los españoles americanos (si los hay) que dán á *ll* su sonido propio. Don Rodolfo A. Philippi, en sus ELEMENTOS DE BOTÁNICA, dice, en mi concepto, equivocadamente, que esta palabra se pronuncia *calliampa*. Este agárico comestible es llamado por los españoles europeos *seta*, y por los franceses, *champignon*. Nunca he oído ó leído que, en Chile, se diga *seta* por *cayampa*.

Cedrón (lippia). Es un arbusto del Perú que se cultivaba mucho en los jardines, y cuyas hojas son medicina-

les. Según Philippi, en España es denominado *hierba de la princesa*.

Cochayuyo (*durvillæa*). Esta palabra se compone de las dos pertenecientes al quichua: *cocha*, «mar ó lago», y *yuyo*, «hierba», y significa, por lo tanto, *hierba de mar*. Es un alga marina que se encuentra en mucha abundancia, desde las Malvinas hasta Valparaíso, doblando el cabo de Hornos, y que los chilenos comen en gran cantidad.

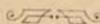
Culén (*psoralea*). Philippi, en sus ELEMENTOS DE BOTÁNICA, escribe lo que va á leerse: «*Culén*, arbusto muy conocido, que se cría desde Coquimbo hasta Concepción, como también en el Perú. Sus hojas aromáticas se han empleado durante mucho tiempo como el té, y son muy estomáticas y vulnerarias; la corteza del tronco y de las ramas se emplea para los empachos y las diarreas; de sus cogollos se hace una especie de aloja; y hasta su resina sirve.

Litre (*litrea*). Léase lo que dice el señor Philippi: «El *litre* se cría desde Coquimbo hasta Arauco. Su leño se pone muy duro, y sus frutos pueden servir para hacer una especie de miel, dulces y una especie de chicha. Se dice que es venenoso, y que produce hinchazones y postillas en la cara y manos de las personas que lo cortan; pero esto será en casos excepcionales; y es muy cierto que el *litre* no tiene nada de cáustico».

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

↳MERCEDES↳



(Continuación)

Pero si una semana de monótona repetición de los mismos diarios sucesos era verdadera calamidad para los moradores de Miramar acostumbrados como estaban á recibir una sorpresa todos los días aun en medio de su variadísima existencia, no tuvo Serena á ésta por tal, que, al contrario, la dió por la de mayor tranquilidad y contento de que había gozado desde los días de su matrimonio anteriores á su malaventurado paseo á la capital.

Desvanecidas como el humo las doradas ilusiones que sobre la vida y sobre el amor habían acariciado durante largos años su mente y su corazón, confirmada cada día más en la convicción de que su marido no tenía de grande más que las apariencias y de que el amor que había tenido por ella, y que tal vez tendría todavía, no pasaba de ser vulgarísima pasión, terminó por hallar, si un tanto desconsoladoras, profundamente exactas, sensatas y atinadas las reflexiones que le había hecho el

joven cirujano. ¿Qué hacer, en efecto, en su situación si no buscar remedio á sus males en su propia energía, en la entereza de ánimo de que éste le había hablado? Antes que todo el mundo penetrara los secretos de su corazón é hiciera sobre ellos inagotables comentarios la inagotable maledicencia humana, ¿no era mejor, más cuerdo y más grande encerrarse dentro de sí misma, esconder de miradas profanas los misterios de la vida conyugal conservando así ilesos el buen nombre del fe mentido esposo y el propio decoro y no buscar otras satisfacciones para el alma que las que le diera el cumplimiento de tan penosos deberes? Y ¿qué mayor satisfacción que sentirse digna de sí misma, de su nombre y de su rango?

Al día siguiente de su conversación con el doctor, preguntó á Brígida, al dejar el lecho «si había cuidado de que su antiguo amigo estuviera bien atendido», y como Brígida, al responderle, le dijera que éste inmediatamente después de haberse desayunado se había ido al hospital y que aún no volvía, se acordó de que hacía varios días que no visitaba á sus enfermos, y haciéndose acompañar de su aya se encaminó al hospital, el cual no distaba sino unos cuantos centenares de pasos de las casas de Miramar.

El número de pacientes que había entonces en el hospital no pasaba de media docena; pero como eran precisamente los más graves de los muchos que habían estado asilados ahí, sus heridas eran de las más complicadas y extensas y su estado general de fuerzas dejaba muy poco lugar á la esperanza de salvarlos; dos de ellos estaban irremediabilmente perdidos; lo único que se podría hacer en su beneficio era aliviarlos un poco de

sus dolencias. Tan pronto como el joven cirujano se hubo dado cuenta cabal de la situación, se propuso emplear todo el tiempo de que podía disponer en el servicio de aquellos infelices y en disputar la victoria á la muerte y al dolor momento á momento sin tregua ni descanso. Cuando Serena se presentó en la puerta de la sala, se ocupaba en lavar con sus propias manos las heridas de uno de los moribundos, al que procuraba al mismo tiempo consolar y dar ánimos con palabras de dulzura indefinible que la joven nunca había oído; el rostro demacrado del paciente revelaba, á pesar del sello del dolor que tenía impreso, el bien que esas palabras le hacían y la gratitud que le inspiraban hacia el joven que se las dirigía.

Ya hemos dicho que Serena tenía un corazón bondadoso y caritativo y que se gozaba en derramar el bien á manos llanos; pero hasta entonces sus obras se habían reducido exclusivamente á dar limosna á cuantos la necesitaban, sustento y vestido á los menesterosos, amparo y abrigo á los huérfanos y viudas y tal cual consejo á los atribulados; unas pocas veces además había guiado de la mano á los mendigos ó á algún anciano por unos cuantos pasos; una sola vez había penetrado en el rancho de una infeliz que se moría, para hacerla acomodar bien en la camilla en que iban á trasladarla al hospital de la ciudad; fué entonces cuando resolvió no volver á visitar más á la gente menesterosa en sus propios ranchos: ¡eran tan desaseados! ¡uf! ¡si daba grima el solo recordarlo!

De modo, pues, que cuando vió á su joven amigo en aquella ocupación nada oliente á rosas ni violetas, sintió un primer impulso de repugnancia y tuvo fugaz recuerdo

del origen plebeyo del joven. Entró, sin embargo, resueltamente y notando que éste cesaba en sus cariñosas amonestaciones al paciente, acercándose hasta colocarse á un paso de él, le dijo:

—Doctor, vengo á ofrecerle mis servicios y no á estorbarle el cumplimiento de sus humanitarios deberes; ¿en qué puedo ayudarlo? Le prevengo que veo esto por primera vez.

—Su sola presencia, señora—respondió el cirujano con una emoción que en vano se empeñaba en ocultar— es más eficaz medicina, estoy cierto de ello, que cuantas puedo yo recetar para estos infelices.

—¡Hola! ¿también se cuenta usted en el vulgo de los lisonjeros?

—No tal; pruébelo usted y verá cómo con unas cuantas palabras calma los sufrimientos de éste. Los que nunca se han aproximado al dolor hasta tocarlo, si puedo decirlo así, no se imaginan, no se imaginarán jamás cuán dócil suele ser á las insinuaciones de la caridad.

Había notado la joven la emoción del cirujano y no hallaba causa á qué atribuirle. Cuando oyó sus últimas palabras, pensó que tal vez pudiera ser causada por el esfuerzo que haría para hablarle con tan desnuda franqueza. Durante algunos instantes no supo cómo tomar estas palabras, que si envolvían un reproche velado, habían sido, sin embargo, pronunciadas en tono de la más ingenua sencillez. Al fin, creyó que debía tomarlas como hijas del interés que el joven cirujano ponía en aliviar á sus enfermos y de la sinceridad con que juzgaría que ella podría contribuir á ese fin. Entabló entonces conversación con el paciente y lo alentó y consoló de tal modo que se terminó la curación de sus heridas sin que

revelara en su semblante más que una que otra fugaz impresión de dolor.

El feliz éxito alcanzado inundó de gozo su corazón: le parecía que una nueva vida empezaba para ella, para ella que hacía poco había perdido toda esperanza de ventura. ¡Qué dicha tan pura, qué satisfacción tan íntima la de hacer el bien con sus propias manos! ahora, sólo ahora comprendía cómo puede hallarse la felicidad hasta en el seno de la indigencia, de la miseria, de la deshonra misma, y veía bien claramente en qué campo era más seguro encontrar la verdadera, la que no está sujeta á mudanza alguna, la que no depende de los caprichos del hombre. ¡Ah, Voltero, cómo te extravías, y tú, pobre huérfano, que has crecido á la sombra de ajena protección, oscuro y olvidado de todos, ¡cuán feliz eres!

Distraída con las nuevas ideas que trabajaban su imaginación, siguió la joven al cirujano durante las dos largas horas por que se prolongó la visita y curación de todos los heridos, ayudándolo en su tarea, ora de un modo, ora de otro, ya consolando y alentando al paciente, ya haciendo las veces de enfermero cuando no era bastante el que desempeñaba este cargo, y probando á cada nueva demostración de gratitud que veía en aquellos infelices, nuevo, más íntimo y más intenso placer que los que lo habían precedido. Tan dulcemente se deslizaban aquellas horas, que cuando llegó el momento de retirarse se extrañó de que fuera tan tarde y de sentirse rendida y cansada como si hubiera hecho una muy larga caminata. Indudablemente que hallaría en el cumplimiento de tan fáciles deberes más que compensación de las amarguras y sinsabores que tendría que soportar á causa de sus disgustos domésticos.

Volvió, en efecto, día á día al hospital y concluyó por pasar en él la mayor parte de su tiempo. No tardó tampoco en arrastrar á algunas de sus amigas, entre las cuales fué la más asidua la compañera de su infancia con quien había cultivado más estrecha amistad; llamábase Blanca y pertenecía á una de las más distinguidas familias de la Serena; hacíanla principalmente simpática su nada vulgar hermosura y su carácter humilde y bondadoso como pocos; habíase avenido siempre á las mil maravillas con Serena, á lo cual debía, sin duda, el singular cariño que ésta le profesaba. Las visitas al hospital llegaron á ser, poco á poco, para los dos jóvenes, una necesidad de todos los instantes; desembarazadas de la presencia de la gran cantidad de gente que encerraba Miramar, sentíanse entonces completamente libres y dueñas de sí mismas, creían volver á los días de su niñez y los aprovechaban como las circunstancias se lo permitían; llegaban con cualquier pretexto, se ocupaban de cualquier cosa, de sacar hilas cuando no hallaban otra ocupación, y en los viajes de ida y de vuelta reían, jugaban y charlaban como en sus mejores tiempos.

En las primeras visitas, si bien afables y corteses con el joven cirujano, no dejaron de tratarlo un tanto ceremoniosamente, como quien procura evitar todo motivo de intimidad; pero, poco á poco, fueron deponiendo su seriedad y en breves días se habían familiarizado con él hasta el punto de que los tres llegaron á figurarse que nunca se habían separado desde los días de la infancia en que se habían conocido. Fué Blanca la que dió el primer paso. En su niñez había querido con todo su corazón, como ella quería siempre, al hijo de la buena viuda que la mimaba á ella más que á ninguna otra de sus nu-

merasas compañeras; cuando llegó á Miramar lo reconoció al punto, y no bien se hubo cerciorado de que conservaba todavía todas las buenas prendas que entonces lo adornaban, sintió renacer en su pecho el afecto que antes le había tenido, afecto que ella no se detenía en analizar y que, por consiguiente, no ocultaba. Una tarde, pues, en que hacían recuerdos de su niñez, dijo Blanca con su habitual sencillez:

—¿Por qué, si fuimos tan buenos amigos antes, nos tratamos ahora tan gravemente de «usted»? Hablando francamente, á mí me cuesta y á veces me tienta á risa decir «señor» al que en otro tiempo no llamaba más que «el cachorro».

—Tienes razón—respondió Serena—y si el señor doctor no nos hace oposición en adelante no le diremos más que Leoncio ó León, como á él le guste.

Á pesar de la familiaridad que gastaban con él, el joven cirujano no las tenía todas consigo cuando se hallaba en presencia de sus antiguas amigas; en el momento de encontrarlas experimentaba como un choque eléctrico, la emoción empalidecía primero y encendía después sus mejillas y hacía temblorosa su voz; serenábase poco á poco y entraba al fin en franca y amena conversación con sus implacables interlocutoras; pero á la menor cosilla volvía á turbarse de nuevo, bastaba muchas veces una sola palabra de alguna de las jóvenes para dejarlo perplejo y aturdido. Comprendían ellas muy bien la causa de aquella excesiva timidez, por lo cual, lejos de evitarle su presencia para no mortificarlo, procuraban encontrarse con él á cada paso; más de una vez, sorprendiéndolo en el acto de rehuir el encuentro con ellas, le cruzaron el camino y le echaron en cara su descortesía con risueña

gravedad. Así, pues, cuando le propusieron el tutearse como en los días de su niñez, no supo hacer otra cosa que aturdirse. El pacto quedó, sin embargo, sellado irrevocablemente: la resolución fué sentenciada por Serena en atención á aquello de que «quien calla, otorga».

Con la imaginaria vuelta á los felicísimos días de su no lejana niñez, acabó Serena, si no por olvidar, por mirar con cierta indiferencia al menos los últimos, recientes aún, de acerba decepción que su esposo le había dado, y con esto sintió que la calma volvía á su corazón y á su espíritu aquella plácida quietud que, si no es la felicidad propiamente tal, es lo que más se aproxima á ella.

IX

Cuando los contendientes hubieron apurado todos los medios de avenimiento pacífico que pudieron idear sin alcanzar el éxito buscado, rompieron con encarnizamiento las hostilidades y las prosiguieron sin tregua ni descanso.

El número de heridos se hizo muy pronto considerable; y como los diversos hospitales que se improvisaron llegaron á ser insuficientes y se viera que el de Miramar era el que reunía mayores comodidades, se le destinó para hospital principal; á él se llevaron entonces hasta cincuenta de los heridos, ó más graves, ó de más alta graduación.

El joven cirujano se vió así retenido en aquel lugar adonde no se había decidido él á ir sino por pocos, por muy contados días, y no tardó en sorprenderse desempeñando en su recinto uno de los papeles prominentes.

Con la ocasión de pasar todo el día juntos, su amistad

con Serena y Blanca se hizo íntima, de toda intimidad. En los ratos de descanso no se cansaban ellas de interrogarlo sobre mil cosas; sus preguntas dejaron de ser poco á poco de mera curiosidad; al fin, rodaron sobre los secretos más escondidos de su corazón. Así llegaron á posesionarse de la historia del joven en todos sus pormenores, que no eran muchos en verdad.

Cuando preparaba el gobierno de Chile la que se llamó expedición libertadora del Perú, mandó á la ciudad de la Serena á enganchar gente á un teniente de caballería apellidado del Monte, un tipo de soldado en su más genuina expresión: valiente, atrevido, rudo, sin Dios ni más ley que la disciplina, la que no dejaba, sin embargo, de quebrantar cada vez que se le presentaba la ocasión propicia. Enamorado de una joven huérfana, de honrados padres y de inmaculada virtud, se casó con ella, como quien dice por casarse. Marchado al Perú, dejó en la Serena á su joven esposa y á su recién nacido hijo, poco menos que abandonados, para no volver á verlos más. De regreso á Chile, tomó parte en mil intrigas de cuartel y cayó al fin en el cadalso de los asesinos de Portales, sindicado de cómplice de ellos y de traidor á sus jefes inmediatos.

La joven viuda, á quien la ley le negaba hasta el pan después de haber infamado el nombre de su hijo, tuvo entonces que ganarse la vida con su pobre trabajo. Amparada durante algunos años en una de las dependencias de Miramar, se vió al fin obligada á irse á Santiago con el único objeto de poder educar á su hijo con un nombre que no lo pusiera en abierto entredicho con la sociedad: de este modo el cachorro Leoncio del Monte se convirtió, andando el tiempo, en el doctor León Montero.

El carácter de la viuda, el recuerdo de sus piadosos padres y sus propias desventuras, la habían hecho una mujer profundamente religiosa. Su mayor cuidado, su más solícito afán fué, pues, siempre inculcar en el corazón de su hijo el amor á la religión, iluminar su mente con las enseñanzas de la fe y no dejar que en su conducta, ni en sus más insignificantes acciones, se apartara jamás de la ley santa del Señor.

El natural blando del joven, la especie de adoración que tenía por su desgraciada madre, el ejemplo y las enseñanzas de los piadosos maestros á quienes había sido confiada su educación, y su ilustración no muy extensa, es verdad, pero más bien sólida que variada, y adquirida por sí mismo á costa de grandísima perseverancia, hicieron fructíferos los desvelos maternos y lo preservaron del contagio de la impiedad é indiferencia religiosa que por entonces empezaba á hacer numerosas víctimas en nuestra religiosísima república.

Así se explicaba el que no hubiera podido seguir los pasos de Voltero á pesar de haber sido durante muchos años protegido por sus padres y de haber sido con él amigo de intimidad y compañero de estudios. Las mismas razones podían servirle de excusa para no dar gusto á sus antiguas amigas cambiando por otras sus amadas convicciones; veía con dolor el disgusto que les daba, pero no le era posible ceder; esperaba, por otra parte, que Serena asentiría al fin al parecer de Blanca, que, lejos de vituperarlo, lo disculpaba por su constancia.

¡De amores! ¡Ah, de amores sí que no tenía nada que contar! ¿Qué podría tener que contarles él, que siempre había vivido retirado, olvidado, desconocido de la sociedad?

—No nos venga con historias el señor doctor—le interrumpió al punto Blanca—aunque quisiera negarlo, el semblante lo vendería. ¡Vamos, díganos lisa y sencillamente cómo se llama la novia, qué tales prendas tiene y en dónde están sus dominios!

—Á majaderas como nosotras tendrás al fin que confesarlo—agregó Serena viendo que el joven se turbaba y aturdía—y el mal camino, pasarlo luego.

—Insistís en vano—balbuceó al fin el interpelado—porque no tengo historia alguna que contar.

—¡No has amado nunca entonces!

—Yo no digo eso.

—¡Ah, ah! ha sido un amor no correspondido...

—No me preguntéis, os lo suplico—replicó tristemente el joven—vuestra curiosidad quedará satisfecha con saber que ninguna mujer ha oído jamás de mis labios ni una sola sílaba del vocabulario del amor, y que por ahora no tiene otra aspiración mi corazón que hacer feliz á mi buena madre, para lo cual no me ha dicho ella todavía que necesite compañera.

Como, á pesar de esto, quisiera otro día volver sobre el mismo tema su amiga Blanca, le dijo Serena sonriéndose maliciosamente:

—Mucho te interesas, amiga mía, en averiguar lo que no te importa; porque ¿qué puede importarte el que León tenga ó no tenga novia? y para bromas, acuérdate que ésta no le gustó mucho.

—El que me importe ó no me importe, no lo sabes tú.

—¡Qué! ¿acaso el afecto que le manifiestas?...

—Es tan sincero como lo ves.

—¿Lo dices seriamente?

—¿Y por qué nó?

—¿Olvidas que su padre murió en el patíbulo?

—Nó, ni tampoco que su madre fué una de tus niñas.

—Luego es un capricho.

—¡Oh! nó, de ninguna manera; antes al contrario, tal vez ha reflexionado más de lo que debe hacerse en asuntos que tocan más directamente al corazón que á la reflexión.

—Pero ¿qué ha podido fascinarte?

—Hallo en todas sus acciones; en aquel completo olvido de sí mismo, en su modestia, en su humildad misma, un cierto sello de grandeza que nunca jamás he visto en todos los demás hombres. Y luego, su varonil belleza, que él procura ocultar ó que desconoce, y el escondido dolor que leo en su melancólico semblante, han impresionado hondamente mi corazón. Lo demás lo he olvidado, ni ¿qué me importa? Su oscuridad y su pobreza le testificarán que mi amor es tan puro, tan grande, tan desinteresado de toda otra mira como yo deseo que él lo juzgue y como presiento que debe de ser el amor que ambiciona.

—¡Oh! amiga mía—exclamó Serena apesarada—¡qué sentimiento me das! Veo que el amor ha echado profundas raíces en tu corazón y aún no sabemos si él te podrá corresponder.

—Ha dicho que estaba libre su corazón.

—Los hombres no dicen nunca la verdad.

—Pero León sí.

—¿Quién sabe? Estoy muy distante de juzgarlo mal; pero es prudente, mi querida Blanca, que no te precipites; no vayas á comprometerte con un paso intempestivo. Déjame á mí el averiguar lo que conviene que sepas,

y te prometo no sólo ser diligente, sino también favorecer eficazmente tus proyectos.

—No esperaba menos de ti, mi adorada Serena—exclamó Blanca con efusión, besando al mismo tiempo á su amiga repetidas veces—y descanso en la promesa que me haces. ¡Oh, cuánto voy á quererte! Con tu ayuda ya creo tener asegurada mi felicidad.



Al tomarla sobre sí, había creído Serena que su comisión sería sencillísima de cumplir: unas cuantas medias palabras bastarían, sin duda, para que el joven cirujano comprendiera todo lo magnánima que la fortuna quería mostrarse con él y para que se apresurara á recibir el rico dón que le ofrecía. No fué pequeño, pues, su asombro cuando lo vió obstinado en no comprender las insinuaciones que le hacía y en no querer aprovechar las ocasiones que le daba de aventurarse en amorosos coloquios con la niña que tan ingénuamente la manifestaba su cariño y su ternura.

Su asombro, empero, iba á convertirse en estupor.

Atribuyendo tan inusitada esquivéz, á falta de otras causas ostensibles, es la natural modestia y timidez del joven, fué Serena aventurando con él poco á poco insinuaciones cada momento más claras, y menos fáciles, por consiguiente, de ser desatendidas; y como todavía hallara el joven habilísimos recursos para rehuir toda explicación, atolondrada, aturdida, irritada, se precipitó al fin en la pendiente que desde el principio se había propuesto evitar á toda costa para ahorrar á su amiga el sonrojo de ser la primera.

—Ya es bastante—le dijo—ya estoy convencida de que no careces de talento diplomático, y en este terreno me doy por vencida. Ahora hablemos claro; tengo mis razones para suponer que mi amiga Blanca estaría dispuesta á darte su mano con poco que tú hicieras por merecerla; conozco tan bien como tú mismo, ó mejor aún, todos los obstáculos que se presentan, y comprendo tu indecisión; pero estando, como estoy, casi segura de allanarlos y de vencer cuantas dificultades más sobrevengan, te ofrezco mi ayuda con la sola condición de que desde hoy seas más galante y obsecuente con mi amiga: me parece que tu equívez, que ella atribuye á desvío y desamor, la hace sufrir mucho más de lo que ú y yo imaginamos. No temas nada de lo que puedan pensar sus padres ni sus amigos y parientes, que todo lo tengo yo previsto y sé de qué medios valerme para salir triunfante. Conque ¿lo harás como te digo?

Mientras Serena hablaba, el semblante del joven había pasado por toda la serie de expresiones que van desde la simple sorpresa hasta la del terror pánico. Cuando llegó el momento de contestar, su turbación era tan grande que no pudo articular palabra, limitándose por eso á bajar los ojos ante la mirada interrogadora de Serena. Mas, urgido, instado, obligado por ésta, consiguió al fin decir con penoso esfuerzo y dolorosa entonación:

—Perdóname, Serena. ¡Sabe Dios qué no diera yo por complaceros á ambas! Pero lo que me propones es imposible!

Serena había observado desde el principio la profunda emoción del joven; pero lejos de atribuirle á la causa que realmente la producía, esto es, á la angustia de hallarse en situación tan embarazosa que de ella no se po-

dría salir sino ó mintiendo ó infiriendo humillante agravio á quien tendía generosa, abnegadamente mano de amigo, la atribuyó, juzgando con su criterio de siempre, á la humildad, á la timidez, á los pocos ánimos del joven, quien no podría menos que sentirse anonadado ante su deslumbradora é inesperada fortuna. ¿Cuál no sería, pues, su estupor, cuando oyó su perentoria negativa contestación? ¡Él, un advenedizo, rehusaba el amor y la mano de Blanca! ¡Qué insensatez y qué insolencia!

Sintió Serena que el rubor de la vergüenza le encendía las mejillas y que la violenta irritación que la agitaba quitaba á su voz el poder de anonadar al insolente con una sola palabra; airada y severa, lanzó entonces sobre él mirada cargada de desprecio y de enojo.

Pero al punto se desvaneció su encono.

Para pronunciar la respuesta que apenas había podido coordinar, había hecho el joven esfuerzo supremo de valor, había tenido que poner á prueba toda su entereza, con lo cual había agotado toda su energía; la palidez mortal, el sudor frío, la demudación cadavérica del rostro, el temblor convulsivo que sacudía todo su cuerpo, su respiración angustiada y su mirada de infinita mansedumbre y resignación, revelaban, sin dejar lugar á la menor duda, que la resolución que había manifestado no era obra de su sola voluntad ni hija de su solo albedrío, sino que le era impuesta por inexorable fatalidad, y que el dolor, que laceraba su corazón, de verse en la imposibilidad de aceptar una felicidad que tan de cerca divisaba era sin comparación intenso, hondo y sincero.

Al comprenderlo así, tuvo Serena piedad del joven, y deponiendo todo enojo y esforzándose por dar á su voz blando acento, le dijo entonces:

—Bien conoces que me causa gran pesar tu respuesta; pero es mayor aún mi extrañeza; no acierto á explicarme tu irresolución por más que pienso y cavilo en las causas que pueden mantenerte en ella: nos has asegurado que jamás has contraído compromiso alguno de amor, que ninguna mujer á oído de tus labios una sola palabra engañadora, que tu madre creería colmada su ventura el día que te viera aceptado en el seno de una familia honrada; Blanca reúne á virtud acendrada, bien cultivado talento y no común hermosura, rango social y fortuna bastantes para devolver con usura á tu nombre la limpieza que dices le falta, y te ama. ¿Cuál es, entonces, el temor que te arredra? ¿Cuál es el motivo por que rehúsas una felicidad que confiesas que para soñada era ya superior á tus aspiraciones? ¡Vamos! sé franco conmigo; dime cuál es la verdadera causa que te impide aceptar la mano de Blanca.

—¡Por piedad, Serena!—exclamó el joven en tono suplicante—no me exijas una respuesta que no puedo darte; si me hubiera sido dado revelarte la causa que me obliga á ser ingrato, ¿crees que no te la habría comunicado desde el primer momento? ¡Tan mal me juzgas que me crees capaz de gozarme en la desdicha ajena y en la humillación ¡de quién! ¡de Blanca! de Blanca, á quien he amado tanto desde niño, de Blanca que fué la última de las compañeras de nuestra infancia á quien tuve el consuelo de abrazar cuando nos despedimos para no volvernos á ver, porque á ti, Serena, á ti no te volví á ver más desde la tarde en que Blanca y sus hermanos se despidieron de nosotros. ¿Te acuerdas tú de eso?

No respondió Serena desde luego; leyendo en la actitud y en las palabras del joven, con aquella imaginación

que salvaba abismos en su vuelo sin pararse á contemplarlos, una historia íntima de dolor, de generoso sacrificio y de abnegación, sin límites, dejó que su pensamiento divagara largo tiempo en llenar de escenas y episodios las páginas de aquella historia. ¿Cómo hacer para que Blanca escribiera venturoso epílogo en la página final? ¡Pobre Blanca, tan enamorada como estaba y tan confiada en su futura felicidad! ¿Qué le diría?

—¿De modo—dijo al fin Serena—que rehúsas la mano de Blanca?

—¡Rehusar! ¿por qué te expresas así? ¡Á Dios pongo por testigo de que sería un crimen si la aceptara!

—¿Qué! ¿estás por ventura casado?

—¡Serena, te juro que nó!

—Ni tampoco comprometido tu corazón en otro amor. ¿Cómo, pues, ha de ser tan hondo el abismo que te separe de Blanca que no puedas salvarlo?

—¡Imposible, Serena, imposible!...

—¿Qué diré entonces á Blanca?

—La verdad, toda la verdad; que yo, para ahorrarle el desagrado de volver á verme, dejo hoy mismo la generosa hospitalidad con que me habéis honrado todos en Miramar.

—Eso nó, León; eso no lo consentiré yo. Blanca misma no me lo perdonaría después.

—Sin embargo...

—Te digo que no lo consentiré.

—Pero, déjame explicarme.

—No insistas; no te dejaré si no me prometes no alejarte de Miramar sin mi consentimiento; creo que tu presencia es de todo punto necesaria para curar á Blanca de su pasión. ¿Me lo prometes?

—Si es así, sí, te lo prometo y me pongo además á tu disposición por si llega el caso que necesites de mi concurso; quizá sabiendo qué atractivos ha visto Blanca en mi humilde persona, pueda yo manejarme de tal manera que consiga desvanecerle todas sus ilusiones y hacerla olvidar tan infundada pasión.

—Veo que eres generoso y sentiría en el alma tener que apelar, en último recurso, á desprestigiarte en el ánimo de mis amigos. Pero es Blanca tan digna de ser feliz que, á verla desgraciada, preferiría serlo yo misma. ¡Ay! ¿qué no diera yo por ahorrarle el dolor que le tengo preparado?

—¡Por el santo nombre de mi madre, Serena, que es imposible!—interrumpió el joven con tan amarga entonación que Serena se sintió tiernamente conmovida en lo íntimo del corazón.

—Desgraciadamente así lo veo—repuso entonces;—pero ya que eres la causa, aunque involuntaria, del mal que aqueja á mi amiga, menester será que no pongas reparo á ninguna medida que para su bien quiera yo tomar.

—Cuenta con un esclavo fiel y sumiso.

—Desde luego te encargo que no te des por entendido de lo que acabamos de conversar y que te muestres cada vez más atento y cariñoso con Blanca. No te admires: tengo mi plan y conozco mejor que tú el corazón y el carácter de mi amiga. Haz como te digo. Y ahora sepáramonos y procura serenarte antes que ella te vea.



Dos días con sus noches llevaba Serena de febril y no

interrumpida cavilación y aún no se daba por satisfecha con el fruto conseguido.

Leoncio del Monte, aquel muchacho pacientísimo, tan humilde de índole como de cuna, que más de una vez le había servido á ella de banco para alcanzar alguna rama ó de puente para salvar algún charco, que hasta los ocho ó diez años no había hecho otra cosa que seguirla á toda hora, como la sombra al cuerpo, escuchar sus mandatos con religioso respeto y adivinar sus deseos, sus más leves caprichos para satisfacerse los al punto, ese niño pálido, enclenque y enfermizo que á nada parecía tener aspiración, había ascendido pacientemente y quién sabe á costa de cuántos sacrificios desde el ínfimo peñaño de la escala social hasta igualarse con ella, hasta hombrearse con sus antiguos amos.

¿Qué móvil lo había impelido á la lucha? ¿Qué estímulo, qué propósito lo había sostenido y fortalecido durante el largo y rudo batallar? ¿Qué aliciente le habría dado vigor y fuerzas para llegar á la victoria?

¿Sería acaso el amor filial, como él se empeñaba en hacerlo creer? Nó, seguramente; al contrario, el amor filial le habría impedido imponer á su madre quién sabe qué privaciones para llegar al fin de sus estudios y lo habría inducido á buscar para ella más tempranas comodidades de la que habría podido procurarle por el camino que había seguido.

Pero tampoco era, ciertamente, la ambición de gloria y de honores, ni la ciega inclinación á los placeres, ni el deseo de adquirir riquezas; que cualquiera de éstos que hubiera sido el secreto impulso que lo había guiado en su conducta, lo habría arrastrado, ó á unirse estrechamente en unidad de miras y de ideas con Voltero, ó á comba-

tirlas y oponérsele de frente, ó á seguir la vida fácil y liviana que llevaban todos sus compañeros, y no sólo á aceptar, sino hasta mendigar, como tantos otros, el amor y la mano de Blanca, que él rehusaba.

¡Rehusar la mano, el amor de Blanca! de Blanca, que era la más hermosa, la más gentil, la más buena, la más aristocrática y la más rica de las jóvenes que adornaban á Miramar!

¡Oh! no cabía duda de que había alguna página misteriosa en la historia del joven, alguna recóndita aspiración en su alma, alguna aún no perdida esperanza en su corazón, ó tal vez alguna herida profunda, incurable, de esas de que hablan los poetas y los novelistas.

Y ¿cuál otra podía ser sino la de un amor desgraciado?

¿No lo revelaban así, en efecto, aquella frente pálida aunque serena, aquellos ojos tan á menudo sombreados por las huellas del insomnio, de las lágrimas tal vez, aquel obstinado rehuir toda conversación sobre el secreto pesar que lo afligía y aquel desdeñoso olvido que hacía el joven de sí mismo?

Pero era en vano cavilar.

Aún no concluía Serena de formularse á sí misma tales interrogaciones, cuando cruzaba el joven cirujano por el jardín, alegre y contento, entonando con sencilla naturalidad una cancioncilla de cuartel:

¡Qué te importa á ti, muchacha,
la tierra de donde soy,
si allá dejé alguna novia,
ni si tengo madre ó nó?

Soy soldado, y eso basta
para que me des tu amor.
¡Qué pasado ni futuro!
¡Lo presente es lo mejor!

Aguijoneada por la imposibilidad misma de hallar la clave del enigma que se había propuesto descifrar, se dejó arrastrar la joven inconscientemente por la resbaladiza pendiente que empieza en la curiosidad pero que no se sabe dónde termina.

Empezó por evocar los recuerdos de su infancia. Acuñaron entonces á su fantasía risueñas, brillantes, encantadoras, mil imágenes llenas de vida, de luz y de calor; borrándose al mismo tiempo los últimos perfiles de las sombrías y tétricas que pocos días antes habían angustiado su corazón. Á la luz de sus recuerdos se descorrió ante sus ojos la tela de la vida entera del mancebo que tan profundo interés había llegado á despertar en su alma: veíalo en ella, infante de tierna edad, hacerse notar entre sus compañeros por sus sentimientos de amistad, de lealtad, de adhesión inquebrantable hacia ella; niño desvalido y abandonado después, perdido en la inmensidad de ciudad extraña y más expuesto á caer en la ociosidad y en el vicio que á entrar en el sendero de la virtud y el trabajo; adolescente más tarde, apasionarse locamente de una joven de quien lo separaría tal vez abismo insondable; luchar desde entonces con esfuerzo sobrehumano por llenar, en parte, ese abismo y acortar la distancia que de su amada lo separaba; ya mozo, humillado, desdeñado, olvidado, amarla siempre y siempre luchar; y hombre, al fin, perdida quizá toda esperanza, conservar viva todavía, pura é inmaculada en su corazón, la llama de su amor. ¡Ah! sentirse amada así, ¡qué incomparable felicidad! qué dicha sin igual!... Y ¿por qué tanta ingratitud en aquella mujer? ¿Á causa tal vez del respeto á alguna necia preocupación social? ¿Ó acaso por dar preferencia á algún otro amor? Pero...

Se fijó entonces la joven en que su huésped no era realmente hermoso sino porque no procuraba parecerlo; que la ligera palidez de su rostro y la dulce vaguedad de su mirada, si no despertaban sentimiento alguno exaltado en el primer encuentro, no tardaban en mover en el seno de la amistad y de la confianza los más tiernos sentimientos del corazón, y que su habitual serenidad y modestas maneras más inclinaban á una respetuosa deferencia que á un inconsiderado desdén.

Y ¿qué decir de su corazón?... ¡Ah! Si ella hubiera sido la mujer tan ardiente, tan loca, tan insensatamente amada, ella habría hecho lo que Blanca: olvidando hasta el afrentoso patíbulo en que el padre del joven había muerto, le habría ofrecido por sólo su corazón, por sólo su amor, todo, todo cuanto le habían dado á ella la naturaleza, la fortuna y el rango en que había nacido. Porque ¿qué son la hermosura, el rango y la fortuna, qué son el talento, la ambición, la gloria misma, sino vanos fantasmas, ídolos aborrecibles, que en cambio del culto que exigen de los hombres les roban el corazón á la única felicidad posible, á la dulce vida del amor?... ¡Ah! Voltero ¿cómo pudiste extraviarte teniendo al lado al que debió servirte de modelo?

Como hemos dicho, llevaba la joven dos días con sus noches ocupados en estas imaginaciones, volviéndolas y revolviéndolas incesantemente de mil maneras, sin alcanzar á dejarse satisfecha á sí misma con ninguna de las mil creaciones que forjaba su fantasía. Fué su esposo quien, sin quererlo ni pensarlo, vino á darle la clave del enigma que se empeñaba en descifrar.

Paseándose una tarde los jóvenes esposos por el huerto de Miramar, vieron al cirujano defendiéndose en ani-

mada conversación de un numeroso grupo de doncellas que lo estrechaban desapiadadamente con sus picarescas y no bien intencionadas preguntas.

Un rayo de luz iluminó la imaginación de Serena, que volviéndose á Voltero, le dijo en tono de la mayor indiferencia:

—¿Has observado cómo pretenden al joven doctor algunas de nuestras amigas?

—¡Qué! ¿lo pretende alguna acaso seriamente?

—No sólo una; varias se lo disputan.

—Entonces harás bien en advertirles que es necesario que desistan de su empeño.

—¿Por qué, amigo mío?—preguntó Serena, pudiendo apenas disimular cuánto le interesaba la respuesta.

—Porque mi buen amigo se halla empeñado en conservarse puro é inmaculado adorador de una ingrata desde su niñez.

—¿Es acaso un don Quijote tu buen amigo?

—Ni más ni menos, amada mía; reconoce en su amor una pasión imposible, casi criminal, á que nunca debió dar cabida en su corazón, y cuando me he ofrecido para curarlo de ella se ha negado redondamente á todo, diciendo que serían vanos todos mis esfuerzos y cuantos él mismo hiciera; que su pasión nació con él y que con él había de morir.

—Y la mujer á quien ama así ¿es acaso una fiera que á tan entrañable amor no sabe corresponder?

—¡Oh! es el caso que ella ni siquiera sospecha ser objeto de tal pasión.

—Entonces...

—Mi buen amigo se enamoró siendo muy niño de una de las muchas niñas con quienes jugaba día á día fami-

liarmente. Crecieron ambos y con él creció su amor; pero siendo la niña de familia muy superior á la suya, tuvo al fin que separarse de ella; dejó de verla desde entonces y se quedó con su amor y sus recuerdos, como quien dice, á la luna de Valencia.

—¿Eso cuenta él?

—¡Contarlo! Eso nó; ninguno de sus mejores amigos sabíamos nada de tan extraordinaria pasión, siendo, como éramos, poco menos que hermanos entre todos y dueños todos de todos los secretos de los demás.

—Y ¿cómo llegaste á saberlo tú?

—De una manera y en cierta circunstancia que no carecen de su sí es no es de poético.

Narró entonces Voltero, con toda la exactitud que pudo, aquella escena que dejamos contada en los comienzos de esta historia y que tuvo lugar entre Voltero y su buen amigo el doctor, la tarde en que aquél recibió la primera carta que Serena le escribiera; con lo cual supo ésta, con indefinible angustia de su corazón, que era ella el objeto de aquella tan grande y noble como inextinguible pasión.



Desde el momento en que las palabras de su esposo le dejaron vislumbrar que podía ser ella la mujer tan noblemente amada, empezó á sentir Serena angustiado su corazón por no sé qué desconocidas zozobras, y á medida que la narración avanzaba confirmándola más y más en su primera creencia, parecíale que se rompían una á una todas las fibras de su corazón. Más de una vez estuvo á punto de interrumpir á Voltero; pero el temor de

que éste columbrara los sentimientos que la agitaban y el deseo de posesionarse de los menores incidentes de aquella narración, le dieron fuerzas para escuchar hasta el fin, hasta quedar plenamente convencida de que había sido la esperanza de aproximarse á ella el único aliciente que había impulsado á su joven amigo á la lucha en que se había empeñado con el adverso destino, que lo había fortalecido en sus horas de desaliento y que lo había llevado á la victoria.

Aquella revelación producía tan brusco y tan violento trastorno en sus ideas y en sus sentimientos, que la joven se sintió como anonadada é incapaz de tomar ninguna resolución por el momento. Encerrada en su alcoba, de la que no se atrevía á salir por el temor de encontrarse con Blanca ó con el joven cirujano y de no poder dominar delante de ellos las nuevas impresiones que su presencia le iba á producir, por lo menos en el primer encuentro, caía á ratos en profundo desaliento, se entregaba otros á recrearse con las más risueñas imaginaciones, y ora prorrumplía en sollozos recordando cómo se había engañado con Voltero, ora resplandecía de contento agradeciéndole su indiferencia y desamor, porque dejaba así libre su corazón para corresponder á quien le había consagrado su vida entera generosa y noblemente, sin pedir y quizá sin esperar recompensa. La noche no trajo la calma para su espíritu, pero sí para su organismo que, trabajado por aquella larga sucesión de encontradas y violentas impresiones, había ido perdiendo poco á poco, á pesar de los cuidados asiduos del doctor y en oposición con lo que las apariencias manifestaban, lo que los médicos llaman la fuerza de resistencia: aletargáronse, pues, profundamente sus sentidos, en tanto que su fan-

tasía poblaba su sueño de encantadoras y riquísimas visiones.

Cuando con la luz del sol y con el largo y no interrumpido descanso de la noche, llegó para Serena la completa calma del espíritu y la completa lucidez del pensamiento:

—Su amor será mío—se dijo—exclusivamente mío, y el mío será suyo, exclusivamente suyo; pero los haré felices: Blanca me comprenderá y León no me negará lo que yo le pida.



Las horas, los días volaban, trayendo cada momento en sus alas nuevos incidentes que conmovieron el impresionable corazón de la joven, nuevos incentivos que avivaran la llama de su naciente amor. ¡Qué de lágrimas enjugadas, qué de dolores consolados, qué de faltas censuradas, qué de vicios corregidos, escondida, humildemente entre los humildes moradores de los ranchos y viviendas que rodeaban á Miramar, por acción de aquel á quien ella había empezado por mirar con tan soberano desdén! y ¡cuán suaves, cuán deliciosos los honestos placeres saboreados y las horas en dulce solaz perdidas en su compañía. Sus ideas, sus sentimientos, sus juicios, sus gustos, ¡cuánta sencillez, cuánta ingenuidad en todo!

Pero lo que más hondamente la conmovió, lo que más profunda impresión hizo en su corazón, lo que la precipitó á dejarse prender en las redes de un nuevo amor, á dejarse embriagar sin zozobra y sin rubor por las delicias de una nueva pasión, fué el convencimiento que adquirió de que el amor con que era amada, era una pasión sin mancha, purísima, ideal, que ardía en el pecho del

joven cirujano con llama inextinguible, pero escondida como en santuario inviolable. ¡Oh! entonces sí que se llamó dichosa y feliz; no con aquella felicidad, mitad ficticia, mitad febril, más bien pensada que sentida, de su primer amor; sino con una felicidad íntima, inefable, que le embargaba el alma y los sentidos en dulcísimos desmayos, que la penetraba de gozo y de deleite hasta en las más recónditas fibras del corazón, felicidad superior aún á la que había soñado en las horas ardientes de su primera juventud, á la que había gozado en los primeros días de su matrimonio. ¡Amar y ser amada! hé aquí la mayor felicidad posible, la única dicha real, cierta, inalterable; tanto mejor si separa á los amantes un brazo de mar, como á Hero y Leandro; mejor aún si los separa un abismo insondable, como á ella y León, porque depurada entonces de todo elemento terreno, de toda ambición mezquina, de toda sombra de egoísmo, arde y se mantiene la pasión en la región serenísima de lo ideal con la llama purísima del sacrificio, de la abnegación, del amor.

Fué en aquellos días cuando Miramar presentó el aspecto más alegre y sonriente que jamás había presentado. La nueva disposición de ánimo de su joven soberana lo llenó hasta sus últimos confines de alegría, de contento, de movimiento, de vida. Sucediáanse entonces los paseos, las comidas y los bailes con inusitada y vertiginosa rapidez, dando apenas á sus huéspedes uno que otro momento de reposo; con gran contentamiento de Voltero, que al amparo de lo distraídos que andaban los ánimos, preparaba y modelaba sus ambiciosos proyectos con todo el sigilo y cautela que, para llevarlos á feliz desenlace, requerían. Serena misma, que había ido olvidando hasta los más hondos pesares que poco antes la afligían, dejó

de poner atención á lo que su esposo hacía, devolviéndole así su más completa libertad de acción.

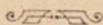
No pasaron desapercibidos de Voltero el cambio que se había operado en la disposición de ánimo de su esposa, ni la intimidad que se había establecido entre ésta y su buen amigo el doctor. Juzgando, empero, como todos los maridos en su caso, que esa intimidad no era más que el efecto inevitable del tiempo y de la proximidad en que vivían su esposa y su huésped, y que en caso de serlo de un plan intencional y premeditado de su buen amigo, que de su esposa eso no era siquiera imaginable, sería hasta impropio de su dignidad de esposo y depresivo del honor de su esposa, el intentar romperla violenta y bruscamente en el grado á que había llegado, dejó á la última el cuidado de cortarla cuando y por los medios que juzgare conveniente, creyendo y diciéndose para sí como única protesta contra su buen amigo:

—Tanto peor para el villano si á tal empresa se atreve; esta vez si que no han de prestarle grande ayuda sus buenos amigos de la corte celestial.

RICARDO DÁVILA BOZA

(Continuará)

EN FRANCIA



(FRAGMENTOS INÉDITOS DEL DIARIO PRIVADO DE VIAJES DE DON
BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA)

(Continuación)

24 de diciembre.

Despertóme á las 8 un hermoso pero pálido sol de invierno que se asomaba por mi ventana, en un quinto piso.

Me ocupé dos horas en arreglar mis modestas maletas, en vestirme con mis empobrecidas galas de Cirencester y en afeitarme la *perilla de farmer*, que aunque aquí viene á ser imperial, me gusta poco.

Á las 10 bajé por la calle del Faubourg St. Denis y la nueva y magnífica de Strasburgo hasta el boulevard. La incomparable animación de París hacía un vivo contraste con mi quietud patriarcal de Cirencester.

Las tiendas estaban todas abiertas, los trabajos de todo género en actividad y los franceses de blusa, frac, y los de casaca, que tanto abundan hoy, en perpetuo

movimiento de piernas, brazos y lengua. En los boulevares se hacían las casuchas para la Pascua, y los gritos de *¡Deux sous la pièce!* anunciaban los objetos en venta.

Bajando por entre las calles del boulevard volví maquinalmente á él, porque el laberinto de gente, principalmente en la calle St. Denis, trastorna la cabeza. Al fin, á las 11 1/2, pasando por el correo, llegué al Palais Royal, café de Orleans, donde me dieron dos tasas de excelente chocolate *à la crème*, espeso como mazamorra, y muy caliente. Lo más agradable en los restaurants de París es la rapidez del servicio. Apenas entra uno, se le planta delante un *garçon*, verdadera máquina de vapor, que con sus invariables gritos de *Crème, Versez, Ici, Oui, monsieur, Pardon, Voilà, Merci*, vuelan de un extremo á otro del salón.

En la tarde comimos en el restaurant del *Diner de Paris*, cuya moda va trasladándose, después de un año de triunfo sin rival, al *Diner Universel, Diner Commercial*, etc. El servicio era instantáneo: pan, mantequilla, una sardina, media botella de burdeos, sopa de arroz, pescado, asado con ensalada, salchichas con papas, helados y dulces, todo por 3 francos, 50 cent., y servido en media hora, lo que vale otros tres francos.

La inventiva de los cocineros para bautizar los platos es tan fecunda como la rapidez de los mozos que los sirven. En el *Diner de Paris* comimos un guiso que se llamaba *Pommes en robe de chambre*, y que no eran más que papas cocidas, envueltas en una servilleta.

Del Palais Royal me fuí á la magnífica inconclusa calle de Rivoli, el Louvre y los Quays, hasta la casa de M. Gay, que me recibió muy bien, y con quien pasé una entretenida media hora.

Á la 1 $\frac{1}{2}$ volví á casa, y luego llegaron los tres Cerdas, don Telésforo, José Nicolás y Carlos, con quienes bajamos al boulevard. Había aquí tal apretura, que casi era imposible andar; los fracs prevalecían sobre los chales femeninos, y las mujeres, aunque pocas, me parecieron todas feas; viniendo de Inglaterra se nota aquí una sensible incorrección de facciones, y sobre todo un color que traiciona la vida alegre y el arte parisiense. Lo mismo observé en la noche en el Teatro Francés.

Al bajar de comer encontré á Undurraga, que me recibió con un abrazo, y después de una explicación sobre su silencio á mis tres cartas, explicación muy cordial y atenta de su parte, me contó sus minuciosos y extraordinarios viajes por todos los rincones de Irlanda, Escocia é Inglaterra.

Á las 7 $\frac{1}{2}$ nos fuimos al Teatro Francés, donde asistimos á una agradable representación de *Une tempête dans un verre d'eau*, por la Fix y Delaunay, que hacen tan hermosa pareja de figura, edad y talento. Luego el *Tartuffe*, inimitable por Geoffroy, la Denain, Anselme, etc. Por último, el imponderable *Médecin malgré lui*, representado hasta hacer reventar de risa por Got, que es sin duda el primer característico de la época. Yo me reía hasta dolerme la cara, hasta sentir punzadas en el estómago, y los estallidos de carcajadas parisienses eran extraordinarios. Samson, Provost y la Raquel están en esta compañía.

Si Got es inimitable en la comedia, la Raquel no tiene rival posible en la tragedia. Su Fedra, la obra maestra de Racine, es lo más acabado que sea dado ver en materia de arte teatral. No hay nada semejante, ni aún en Talma, que se creyó sin competidor posible. Cuando

la Raquel se presenta en las tablas, domina desde el primer momento á su auditorio; parece que su mirada negra y fascinadora electrizará á los dos mil espectadores que la contemplan, inmóviles y mudos. No se oye el más leve murmullo, y todo parece absorbido por aquel acento ronco y vibrante que resuena siempre con los ecos del crimen, de la maldición y de la muerte. Cuando la incestuosa Fedra, abrasada en la llama de un voraz deseo, grita en la desesperación de su martirio el famoso verso:

C'est Venus toute entière à sa proie attachée!

el terror parece helar todas las frentes.

Raquel no se preocupa del público, ni siquiera lo mira: lo domina sin esfuerzo, con sólo su mirada y el timbre de su voz. Esta maravillosa mujer no es ni bella, ni joven, ni siquiera tiene, según dicen, la inspiración del genio. Es alta, pálida, extremadamente delgada y nerviosa, y tiene una cabeza pequeña y flexible, donde brillan como dos chispas sus ojos pequeños y negros. Su fascinación principal consiste en su acento ronco y profundo, claro y penetrante á la vez. Aprende con gran dificultad su papel, pero una vez poseída de él, lo anima con el soplo de su mágico acento. Todo es estudio y arte en esta trágica, y mientras á Talma era necesario sacarlo del proscenio envuelto en un sudario, casi muerto de excitación, la Raquel sale fresca y alegre de su representación, para ir á prostituirse en las orgías á que siempre ha vivido entregada con el más completo desenfreno. Las apariencias, sin embargo, son de la más completa posesión, y si Casacuberta murió una sola vez en la represen-

tación de los *Siete escalones del crimen*, la Raquel debería morir siete veces en *Fedra*...

Las Blanco estaban bajo el palco imperial; pero no entré á saludarlas porque con la lluvia y el barro de las calles me había puesto un traje poco á propósito para visita.

La prensa francesa la he encontrado muy degradada. THE TIMES, el primer diario inglés, es también el rey de estos boletines mercantiles como LA PATRIE, LA PRESSE, etc., donde el negocio de los avisos se suplanta sin embozo á la dignidad de la redacción. LA PRESSE dice ella misma que el costo de su publicación, por cada ejemplar al año, es de 54 francos; la suscripción cuesta 54 francos y además gasta 300,000 francos en redacción. Dicen que las deudas de los redactores á sastres, zapateros, etc., se pagan en artículos ó avisos.

Veo á París con una indiferencia que me habría parecido imposible si no la sintiera muy cierta y profunda. Deseo salir cuanto antes de aquí.

25 de diciembre.

La Pascua amaneció, si no como en Chile, á lo menos agradable y fresca.

Á las 9 me vestí y bajé por el boulevard hasta el café de Orleans, en el Palais Royal, donde me reuní á las 10 con los Cerda. Almorzamos, y á las 11 nos pusimos á buscar un aposento amueblado para hospedarme. Creía que eso era lo más fácil de encontrar, porque la mitad de París se compone de *maisons meublées*; pero en la actualidad, en vísperas de la Exposición, la tarea es harto pifícil. Á las 3 de la tarde no habíamos aún encontrado

nada, después de cuatro horas de trajines, de mil tentativas y de cuatro leguas de caminata.

Las «maisons meublées» tienen por insignia una tableta amarilla ó blanca con la inscripción *On loue des appartements*; si la tableta es amarilla, el aposento está amueblado; si es blanca, no tiene muebles. Cuando el recién llegado se presenta, un hablador portero, ó más generalmente la mujer, sale á mostrar las piezas disponibles:—*Superbe! Oh! comme c'est joli! Regardez, monsieur! Quelle vue! Vous serez ici comme chez vous, monsieur! Et puis, c'est propre! C'est gentil! C'est honorable!* etcétera.

Esta vez, sin embargo, la mayor parte de los aposentos que encontrábamos no eran amueblados, y los que lo estaban, muy escasos, se hallaban ya tomados. En cuatro meses no habrá un rincón desocupado en París.

Por fin, en la calle de Madame, número 40, encontré uno con jardín y una patrona curcuncha, de veinte pulgadas de alto. Me acomodaré ahí. El único fruto de esta fatigosa excursión fué el conocer la arquitectura de París, pues nunca he mirado con más interés la fachada de cada casa; sin duda que en París hay muy hermosos edificios, llanos y elegantes en sus gigantescos frentes. Conocí también muchos ejemplares de *concierges*, algunas viejas bestias, otras bien habladas, y dos ó tres muy seductoras para su negocio.

Á las ocho bajamos del fiacre que habíamos tomado, en el Jardín de las Tullerías. En todo el Quay había no menos de cuatro mil personas esperando con inquietud ver salir al Emperador. Nosotros proseguimos, republicanamente, dando nuestra espalda al gran procónsul de los tiempos.

La plaza de la Concordia está bastante bonita porque está sencilla. Los dorados de los candelabros han desaparecido, y todo tiene ahora más uniformidad y elegancia. La concurrencia de carruajes y gente á caballo es prodigiosa; no sé si será porque vengo de la soledad de Cirencester, pero creo que hay ahora el doble de gente que el año pasado. Pocos grandes equipajes, pero mucha tropa á caballo, algunos animales buenos, y en general mal montados, *quebrando huevos*, como dice José Nicolás por la actitud y los movimientos de los jinetes. Los fiacres con sus caballos motudos que parecen ratones, y los ómnibus con sus compactos, robustos, impasibles y blancos normandos, se mezclaban al remolino.

Luego pasó el Emperador. Su cortejo era elegante y pintoresco sin ostentación: dos libreas van adelante á caballo; luego siguen dos berlinas ó caleches, abiertas, tiradas por cuatro caballos, dos de ellos montados por jockeys; las libreas son todas verdes. Los caballos eran esta vez todos oscuros, y tiran siempre al galope. Una hora después, cuando el Emperador regresaba, los nobles brutos venían jadeantes, pues habían corrido ya dos horas.

La Emperatriz iba en el primer coche, cubierta con un ligero velo y acompañada de una señora vestida de negro. La bella española saludaba á ambos lados con toda la gracia y la dignidad imperial, aunque nadie se movía el sombrero; en general, entre la gente rica, se hacía poco caso del cortejo. La Emperatriz es tan simpática como es rechazante su extraordinario marido.

Éste seguía en otro coche, con un personaje á quien daba la derecha. Al pasar frente á mí, un par de húsares á caballo cruzaron á galope por delante del carruaje

imperial, sin homenaje de ninguna especie. El Emperador volvió vivamente la cabeza y miró hacia atrás por largo rato, como para reconocerlos. Su figurilla es muy vulgar en carruaje: su gran sombrero de pelo y sus bigotes es todo lo que se ve sobre los cogines. Parece un pisaverde viejo ó un tunante rebajado; es, sin embargo, el hombre de la época, y tiene en sus manos una de las bridas que maneja la humanidad; puede impulsar, desviar ó detener la carrera del mundo. Pero tiene también una lúgubre historia que empaña con mancha de sangre el ficticio resplandor de su grandeza.

Muy cansados, nos fuimos por el boulevard, en cuyas tiendas se ostentan el lujo de la Pascua y los aguinaldos de Año Nuevo, hasta el *Diner de Paris*, donde comimos. En seguida nos fuimos á la Magdalena á ver á Liborio Freire y Ramón Varas con quienes pasamos muy agradables momentos acordándonos de lo que yo no olvido un sólo instante: de Chile y de los nuestros.

Á las 9 nos fuimos á dejar á Carlos Cerda á su pensión de la calle Sainte Catherine, y nos volvimos, encontrando por todas partes fiestas y espectáculos de Noche Buena. En el Château d'Eau se exhiben por tres sueldos mujeres enteramente al aire: ¡qué no hacen los franceses! En las vidrieras de muchos cafes hay ganzos y patos parados como si fueran de cera, y que hacen cortesías y saludos á los transeuntes que se detienen. En uno de los circos, una hermosa niña de dieciséis años juega con leones, tigres y osos. En otro, hay un marinero que con solo el mandato de su voz hace asomarse y salir de un gran estanque á las focas.

Llegamos á casa á las 11.

26 de diciembre.

Pasé al Teatro Francés á tomar un billete para la noche, pues ví anunciada la *Fedra* con la Raquel. Hice *cola* un cuarto de hora, porque había unas cincuenta personas que habían llegado antes que yo.

En seguida fui á tomar posesión de mi alojamiento, que he contratado por 65 francos al mes, con libertad de comer y almorzar ó nó: el almuerzo me costará 1 franco 50 cent. y la comida 2 francos.

Á la 1 pasaba por las Tullerías, cuyo patio estaba cuajado de carruajes y con un bosque de libreas en los pescantes. El Emperador abrió las sesiones de las cámaras. Una salva de cañonazos anunció la entrada de la emperatriz á la sala de los mariscales, donde los *elegidos de la nación* van á besar las botas del sobrino del *petit-caporal* en su propio palacio... Pero esta farsa es demasiado ridícula para que interese á un republicano.

Comimos á las 5 en el *Diner de Paris*, y á las 7 nos encontrábamos agregados á una de las cuatro colas que asediaban el Teatro Francés.

Al fin conseguimos entrar. Había una inmensa concurrencia. Levantóse el telón y apareció la Raquel. ¡Qué mujer tan admirable y sublime! ¡Qué declamación, que fisonomía, qué acción, qué genio en todo! Sus ojos, sus cejas, su voz, todo es incomparable. Qué cambios súbitos del amor al odio, de la ira á la ternura! ¡qué pasión en todo! Cada palabra es dicha con tal fuerza y al mismo tiempo con tal naturalidad, que aterra cuando es una palabra de ira y enternece cuando es de amor. La declaración de su culpable amor á Hipólito es el pasaje más sublime que puede representarse en la escena humana.

Yo la admiro sin reservas: mis más ardientes imaginaciones se han realizado.

El resto de los actores es mediocre, ó por lo menos así aparecen naturalmente delante del gran genio. Raquel se posesiona completamente de su papel, no repara en el público ni necesita de él; pero la concurrencia se halla de tal modo subyugada que el bullicio usual se cambia en el más profundo silencio, como si el teatro estuviera vacío.

Después de la tragedia siguió la excelente comedia de Douzet *Los enemigos de la familia*, representada muy bien por Mme. Allan, mujer de gran mundo; Favart y Bressant, que está perdiendo su hermosa figura y pareciéndose á un español pulpero. ¡Cuánto he pensado en Chile en medio de estas grandezas de la vida de París!

27 de diciembre.

Me levanté á las 9, almorcé y leí los diarios. ¡Ni una sola noticia! Toda la prensa mercenaria ocupada exclusivamente de lisonjas al poder, artículos de Bolsa y avisos en toda forma.

Después de hacer una visita á M. Claudio Gay, salí á hacer algunas compras de ropa, con mejor humor que el que acostumbro en estas diligencias.

Entrar á una tienda de París significa *comprar*, y no ir á preguntar, regatear y no comprar. Los dependientes que despachan en el mostrador son generalmente mujeres, y despliegan tal afabilidad, tal arte, tal insinuación, que uno no puede dejar de pagarles lo que piden. Con solo decir lo que uno busca, adivinan al instante el objeto preciso que desea, el tamaño, la forma, el color,

el gusto; lo muestran, lo empaquetan, lo rotulan con la dirección del comprador, y á la media hora está en la casa. El punto capital del trato, el precio, pasa olvidado en medio de los detalles sobre la mercadería misma y entre la abundancia de la conversación.

En la calle St. Martin me vendieron medias tomándome la medida en el puño de la mano con un par de ellas. En el Palais Royal, donde fui á buscar un sombrero, con solo mirarme la cabeza me dieron uno justo y exacto, tal como no lo habría encontrado en Santiago después de veinte probanzas. Prévillé toma en su callosa mano, habituada á las tijeras, la del que va á comprarle guantes, y sin preguntarle número saca la caja con la medida precisa. Á su lado hay una graciosa costurera, una *grisette*, que os los pone en cada mano, dedo por dedo, los abrocha, os dice un *Voilà, monsieur!* y se retira con una cortesía á la francesa.

Entré á comprar una corbata en la *Gallerie Vitrée* del Palais Royal. Había dos lindas morenas que con ojos y manos parecen asaltar el bolsillo del comprador. Se me acercaron sonriéndome con sus hermosos ojos negros y llevando en sus manos un puñado de corbatas: *Comme ça, monsieur! Voyez celle-ci, monsieur! C'est ça qu'il vous faut!* me decían á cada una que pasaba en revista. De pronto me mira una de ellas, y con la gracia más ingenua exclama: *On dirait, monsieur, à votre accent, que vous êtes Russe!* Tomé la *plaisanterie* de los labios de la espiritual *grisette* y le respondí; *Oui, mademoiselle, je suis un prisonnier de Bommar sund.* Persuadida ó nó, ella escribió sobre mi paquete el primer nombre en *off* que se me ocurrió indicarle en ese momento, *Kas-micoff*. Resultado, la corbata me costó 18 francos.

En cada uno de los numerosos pasajes de París, ninguno de los cuales me parece superior en proporciones al Pasaje de Bulnes de Santiago, aunque sí, por supuesto, mejor concluidos en sus detalles, iluminación, vidrieras, piso, etc., se encuentra un bazar completo de todo lo que puede exigir la más refinada *toilette* de ambos sexos, desde la tienda de modista hasta la oficina de lustrar zapatos.

Por la tarde me he ocupado en arreglar mis cosas en mi desnudo alojamiento, pues no tengo más que un catre, una mesa, una cómoda, un sofá y cuatro sillas, todo viejo y truncado. Mi patrona es una curcuncha de poco más de media vara de alto, que sube la escalera á brinquitos, y que posee muy buena educación y los más amables modales.

29 de diciembre.

La estación de París está en su auge. La gran capital es hoy una inmensa ciudad de diversión.

Hay *entrepreneurs de fêtes*, como en otras partes habría empresarios para obras públicas, ferrocarriles, iglesias, edificios. Estos organizadores del placer hacen fiestas de todos los precios y de todos los tamaños, en la ciudad ó en el campo.

¿Quién no ha encontrado sus grandes carros rodando en las calles de París cargados de *amusements* de todo género? En París los ciegos piden limosna tocando el violín en los puentes del Sena, y las viudas arrastrando en un pequeño carro al són de un organito sus hijos y sus lares.

Los Campos Elíseos son una verdadera loquería de

placer. Aquí es un *café-chantant* donde bajo una cúpula dorada se desgañita un coro de figurantes de la Ópera para llamar la concurrencia; allí un grupo de gitanos españoles punteando la vihuela y agitando entre los dedos las castañuelas andaluzas. Ya es un gaitero escocés con las piernas desnudas; ya algún montañés del Piamonte que hace danzar un mono al són de su zampoña.

Aquí está *Mabille*, el *Château des fleurs* y el *Jardín de Invierno*, el paraíso encantado de las loretas, sitio de sus nocturnas danzas y triunfos, y donde, trepado sobre un montículo misterioso, el mágico Edmond, vestido con una túnica cabalística, os dice por un franco los más profundos arcanos de vuestra vida pasada ó futura. Más allá, es la sala de *Bonne-Nouvelle*: podéis entrar por dos francos y ver grupos de mujeres desnudas, representando los *tableaux vivants* de la lascivia.

Aquí el *Circo de la Emperatriz* ó el *Hipódromo* os ofrece su más noble y gracioso pasatiempo, ó entráis á admirar la rotunda del *Panorama* que ha desaparecido hoy para dar lugar al *Palacio de la Industria*.

En todas partes hay *tire au pistolet et à la carabine*, gimnasios para disciplinar los nervios y las fuerzas, *manèges* para saltar á caballo, ó alquilarlos para hacer un paseo al *bois de Boulogne*.

Y entre la música y el bullicio, un charlatán vestido de baile y con un casco de bronce adornado de un plumero feudal en la cabeza, grita sus lápices. Los vendedores de limonadas y *bombones* alzan una constante algazara. M. de Foy, repartiendo sus carteles de «*innovateur fondateur* de la profession matrimoniale», que en 24 horas puede proporcionar á quien quiera «*vingt partis à leur choix dans la haute noblesse, la magistrature, l'épée, la*

diplomatie, les charges en titre, la finance, les négoces, comme aussi les plus riches partis des diverses nations».

Y en medio de todo esto, por la grande avenida central, los *équipages* de la aristocracia deslumbrando con sus galones y dorados; los grupos de amazonas y jinetes seguidos de sus escuderos; los ómnibus del pueblo, trotando impasibles con sus caballos frisonos; gendarmes vestidos como generales, con penachos lacres sobre el casco de metal; transeúntes á pie que sentados aquí en una silleta de á dos sueldos, contemplan, como yo lo hacía, este vasto panorama, hasta que, mareada al fin la vista, la levantan al cielo para descansar... y ven tal vez un globo aerostático en que Godard se acaba de elevar en el Hipódromo, montado en un caballo de palo. Tales son los Campos Elíseos, tal es París.

B. VICUÑA MACKENNA

(Continuará)



AMOR INMORTAL



CARTERA DE UN MÉDICO

Como los monjes sobre sus desnudas mesas, tenemos los médicos sobre nuestro escritorio una calavera,—que infunde pavor á las mujeres y á los niños. Con la diferencia de que ellos interrogan al cráneo vacío sobre los secretos del espíritu y de la inmortalidad, y nosotros sobre los secretos de la materia y de la muerte.

Habituados al trato del hueso y del cadáver, perdemos al fin las sensaciones naturales y miedosas de lo inerte, de los despojos.—Pero esa lúgubre impresión de hielo y de terror que causa al niño el esqueleto ó la calavera, suele producir en mí el perpetuo y monótono tic-tac del reloj que va contando á la cabecera de mi cama los invisibles pasos del tiempo. Hay noches de excitación nerviosa en que ese ruido me desvela. Me parece sentir entre mis propios dedos el vaivén del péndulo,—como si tomase el pulso á un sér fantástico. Se me figura que de pronto va á pararse mi reloj y que todo va á morir en

una muerte inmensa, como si súbitamente dejase de latir el corazón del universo y se paralizase la circulación de los mundos. Me incorporo entonces, y paro el péndulo. Es como un efecto de hipnotismo: el silencio me tranquiliza los nervios,—y vuelvo á sentir en el vasto rumor callado de la noche la vida de la creación que duerme.

Eran las tres de la mañana. Mi reloj contaba implacablemente los instantes que iban perdiéndose en la nada, y yo luchaba como un extraviado contra mi loca superstición. Quien, por las rendijas de la puerta, hubiera podido verme sentado en la cama, con la mirada fija y sombría, la mano derecha abierta, como si tuviese en ella un brazo invisible al cual tomaba las pulsaciones de la agonía, esperando de un momento á otro la muerte,—me habría creído un loco ó un sonámbulo.

Repetidos golpes dados en la puerta de calle vinieron á salvarme de aquella extraña sugestión.

—¡Prefiero eso!—me dije.

Me levanté y salí á abrir, en el momento en que mi portero despedía ásperamente al que llamaba.—Era el sirviente de una dulce y joven amiga mía, casada no hacía mucho tiempo.

—¿Qué ocurre?—le pregunté.

—Que la señora se muere.

—¿Tienes coche?

—Aquí espera.

Volví á mi cuarto, y tomé mi abrigo y mi sombrero. Detalle que me pareció lúgubre, mi reloj de cabecera se había parado solo.

En diez minutos llegué á la casa de la querida enferma.—Era tarde; ya había muerto. Joven, hermosa, amada y rica, dejaba el mundo en los mismos momentos en

que debía llegar á él la creatura que llevaba en su seno y que venía á completar su existencia de sonrisas. Se habría dicho que subía al cielo á ocupar el lugar vacío que dejaba la bajada de su niño. Pálida, bellísima, estaba rígida sobre su lecho; pero creí adivinar en sus labios una indefinible contracción de plegaria.—Estaba pidiendo algo... que salváramos á su hijo, sin duda.

Su joven marido, aturdido, quebrado, loco, estaba tendido sin conocimiento sobre un canapé.—Dos de mis colegas se encontraban en el cuarto. Les hice una señal, y trasportamos al joven á otra pieza. Uno de los médicos quedó á su lado, y los otros dos volvimos junto al lecho de la esposa muerta.

—¿Y bien?—me preguntó mi compañero.

—No hay que perder tiempo; salvemos al niño.

—¿Tienes bisturí?

—Nó.

—Un instante.

Y salió rápidamente.

Me senté al borde del lecho mortuorio, contemplando con indecible tristeza tanta belleza, tanta gracia, tanta ventura y tanto amor perdidos para siempre.—Desde las piezas vecinas llegaban hasta allí, como envueltos en crespones de silencio, los sollozos de los amigos. Dos amigas piadosas entraron calladas, con cirios y candelabros.

—Todavía nó—les dije.

Miré á la muerta... y ¡cosa inexplicable! me pareció que había desaparecido de sus labios aquel gesto de plegaria que antes tenía. Se habría dicho que, oyendo que nos preparábamos á sacar al niño que vivía en sus entrañas, su postrer cuidado había cesado.—Al tacto sentía

yo los movimientos internos de la criatura. No es dado expresar la indecible impresión de sentir que algo vive y se mueve dentro de un cadáver.

Mi compañero llegó.

Practicamos la operación cesárea, para no encerrar en el ataúd y en la tumba al niño que se revolvía, tibio ya, en las entrañas de la muerta.—La imaginación no puede concebir nada más horrible que un pequeño sér humano enterrado vivo en un cadáver.

Es una ilusión mía, sin duda, pero en todas las autopsias que he hecho y presenciado he creído observar que los músculos de los muertos tienen ciertas contracciones casi invisibles cuando los rasga el escalpelo, como si en realidad sufriesen y se resistiesen. Esta vez, los músculos de la joven parecían prestarse contentos á la ancha herida, y buscar por sí mismos el cuchillo,—como los labios del niño que se adelantan á los de la madre para recibir el beso.

Sacamos la criatura; al contacto del aire, lloró.

La muerta abrió entonces sus grandes ojos negros, húmedos de gratitud y de ternura, pidió á su hijo con un ligero movimiento de cabeza, le dió un beso de inmensa vida, porque era de inmenso amor,—y volvió á cerrar los ojos y los labios para siempre.

Y sobre su rostro, bañándolo con luz indefinible, se vió caer una sonrisa inefable...

Nunca he visto este singular fenómeno en el cadáver de ningún amante, ni hombre ni mujer, al sentir en sus labios helados el último beso de la persona amada.

JACOBO EDÉN



➤PALIQUE◀



Si los extranjeros hubieran de juzgar nuestro movimiento literario por lo que se anuncia, creerían seguramente que en Chile vivimos en perpetua ebullición intelectual.

Los noticieros, que ejercen ahora una profesión separada y de grandes expectativas para lo porvenir, andan á caza de noticias y se complacen particularmente, los de la alta escuela, los que se las dan de conocedores de los secretos de gobierno y pretenden saber siempre lo que se dice en los más encumbrados círculos sociales, políticos y literarios, se complacen, repito, en anunciar la aparición de nuevas obras. Esta gente gusta, sobre todo, de proclamar eximios publicistas, grandes literatos, laureados poetas, brillantes polemistas: si Pero Grullo, especie de Judío Errante con más el dón de la ubicuidad para estar en muchísimas partes al mismo tiempo, tuviera la ocurrencia de coleccionar sus cacacenadas, sería calificado de feliz ingenio y de propagador infatigable de las nuevas ideas, cuando menos.

Otros anuncian obras á destajo por ver si caen en el

engaño algunos suscriptores adelantados, y se hacen los mosquitas muertas cuando el reclamo produce mal efecto.

Una tercera serie de individuos adoptan al anuncio como medio de decirse piropos: son miembros de la Sociedad Cooperativa de Alabanzas mutuas; están en su derecho y lo hacen impunemente porque no pagan ni siquiera delegados del gobierno.

Á las promesas de publicaciones literarias solo pueden compararse las promesas ministeriales y las de los amantes, que se olvidan ó se desconocen, la mitad de las veces, al día siguiente de formuladas.

Hace mucho tiempo, más de dos años, los señores don Luis Montt y don Abelardo Núñez anunciaron una «Biblioteca Chilena» ó sea colección de obras, bien impresas en Leipzig y á bajo precio, de autores nacionales. Don Miguel Luis Amunátegui, que era entonces redactor de EL MERCURIO, dedicó á la empresa un encomiástico editorial, y, en escala menos elevada, el que escribe las presentes líneas la alabó también en las páginas de esta propia REVISTA DE ARTES Y LETRAS.

Por no ser menos que los particulares, ó por otros motivos, el gobierno suscribió quinientos ejemplares de todas las obras que publicase la nueva Biblioteca.

Pero la nueva Biblioteca tuvo á bien no publicar más obras.

¿Ha muerto definitivamente esta empresa? Así parece á lo menos, porque no da señales de vida, y la ciencia no cree que los ataques de catalepsia puedan prolongarse por dos años.

Desde entonces acá han venido realizándose, aunque lentamente, algunas promesas halagüeñas, tales como la

Historia General de Chile por don Diego Barros Arana, que ya alcanza, en prensa, al tomo VIII y las *Obras completas de don Andrés Bello*, de las que últimamente ha salido á luz el tomo XI. Pero quedan muchas sin realizarse, como la publicación de las obras de don Benjamín Vicuña Mackenna, publicación que, según se dice, correrá á cargo y por cuenta de la señora viuda del eminente escritor, ya que no fué tarea realizable para un grupo de admiradores.

Para no hacer una enumeración detallada que sería fatigosa, expondré sucintamente que de algún tiempo á esta parte se ha anunciado la publicación de las siguientes obras:

Historia de la Pintura en Chile, por don Manuel Blanco Cuartín.

Historia de la Expedición Libertadora del Perú, por don Gonzalo Bulnes.

Historia de Chile durante los últimos cuarenta y un años, por don Ramón Sotomayor Valdés.

Historia de un período de la vida política de Chile, por don Carlos Walker Martínez.

Apuntaciones sobre algunas palabras usadas en Chile, especialmente en el lenguaje legal y forense, por don Miguel Luis Amunátegui.

Todo esto sin contar con los trabajos de imaginación de algunos jóvenes que principian á figurar en nuestro mundo literario.

Manifestado que se publica un número de obras mucho menor que el que se anuncia, corresponde dilucidar un asunto de más interés, puesto que de más difícil solución: ¿por qué la publicación es tan escasa? Y la pregunta es natural, porque sin necesidad de probarlo con

datos estadísticos que sería punto menos que imposible reunir, adviértese claramente que no hay relación entre lo que se escribe y el número de habitantes que leen, entre lo que se ofrece, calitativa y cuantitativamente considerado, y lo que se demanda.

¿Será porque falta á mis compatriotas talento literario? Yo no creo tal atrocidad, porque numerosos escritores han sobresalido en diversos ramos de la literatura.

¿Será porque el campo es limitado? Líbreme Dios de pensar semejante cosa, porque si bien es cierto que llevamos pocos años de vida de nación, nuestra sociedad tiene ya su historia, que bastante se ha explotado, sus costumbres y su modo de ser, de todo lo cual puede sacarse poesía, drama, novela, en dos palabras, enseñanza y deleite.

De nuevo ¿por qué la publicación es tan escasa? Los autores contestan: porque el público no nos protege; el público dice: porque no nos gustan los ingenios de esta corte. Y en tal emergencia, el que observa desapasionadamente, duda y no sabe atinar de pronto con la verdadera causa, como no sabe tampoco cuál de las dos partes contendientes tiene de la suya la razón.

Hay que convenir ante todo en que la obra verdaderamente meritoria no ha menester de protección—que es muy distinto de aceptación—y que no pueden, por lo tanto, quejarse los autores de que el público no proteja la producción intelectual. Si es cierto que la historia recuerda los nombres de muchos Mecenas, y que los autores favorecidos se han encargado de tributarles encomiásticas alabanzas en el prólogo de sus obras, también es cierto que en nuestros días todas ó casi todas las manifestaciones de la actividad humana, así el comercio

como las artes, están sometidas á la ley económica de la oferta y de la demanda y que, de consiguiente, una obra que no tenga más demanda que la de algún protector de las letras que se encarga de comprarla para favorecer al autor, tendrá vida ficticia.

Los autores no deben, pues, para entregarse á la labor literaria, descansar en la confianza de que alguien les proteja, si no de que el público acepte ó demande sus producciones en el vasto mercado en que cada uno busca la que le agrada más ó la que más desea sin otra mira que el interés propio y sin tomar para nada en cuenta si el autor necesita ó nó de protección.

Ahora bien, si las obras nacionales no tienen más aceptación es, indudablemente, porque no son del gusto del público, ó sea, como el público dice, porque no nos gustan los ingenios de esta corte;—verdad un poco desconsoladora pero que debemos aceptar con franqueza si se quiere encontrar remedio al mal que tanto se lamenta.

¿En qué consistirá este remedio?—Parece que basta enunciar el problema para que la incógnita se despeje: en que los autores comprendan el gusto del público ó vici-versa.

Cualquiera de estos dos términos ofrece dificultades, porque no siempre es fácil hacer que cambie de temperamento el literato (cuando lo es verdaderamente, cuando es un espíritu superior y cultivado), como tampoco es fácil hacer que el público, muchas veces indocto y no pocas vulgar en su gusto, se coloque á la altura del literato.

Para no prolongar demasiado este viaje por las regiones de lo meramente abstracto, pondré un ejemplo que demuestre con claridad cuanto queda dicho.

Tomo como ejemplo de producción literaria la novela, que es el género de imaginación que más se cultiva entre nosotros, y por el cual el público manifiesta decidida preferencia.

Pues bien, sucede á menudo, más aún, sucede casi siempre que una novela chilena, de las mejores, no tiene ni la mitad del éxito, ni la mitad de los lectores que alcanza una novela francesa. Esto quiere decir, ó que no hay novelistas nacionales que compitan con la pléyade de franceses, ó que el público tiene el gusto de éstos y nó de aquéllos. Es necesario entonces acercar los términos, formando novelistas de talento que tengan una escuela que sea de la aceptación de los lectores y formar al mismo tiempo el gusto de los lectores por esa escuela.

Tal es, á mi juicio, la tarea que corresponde á la crítica: enseñar, enseñar, enseñar constantemente para que al fin lectores y autores se encuentren y se comprendan en los espacios en que se cierne la belleza.

En este género literario los autores caminan poco menos que á oscuras; salvo una que otra excepción, los demás no tienen educación artística, no saben cuáles son las condiciones que el arte exige, y cuando conciben el plan de una novela y cuando se ponen á la tarea de darle forma literaria se dejan guiar por las primeras impresiones; de aquí es que las obras salgan á veces un tanto descabelladas, no obstante que encierran elementos de primer orden.

Supongamos por un momento que se acaba de publicar una de estas obras á que me refiero; como es natural, no gusta. ¿Por qué? El público no lo sabe ni el autor tampoco. El público sólo siente, no examina. El

autor no oye una voz que le manifieste cuál es el error en que ha incurrido.

Es necesario, pues, que la crítica eduque el gusto del público para que pueda examinar lo que lee, para que pueda apreciar las impresiones que recibe; y es necesario también que guíe á los novelistas por los senderos de la belleza á fin de que no incurran en lamentables aberraciones.

Esta es la crítica seria y levantada, de que se habla con tanta frecuencia; crítica que exige en el que la ejerce dotes especialísimas de talento, de conocimientos y de buen gusto. Pero hay otra que, descendiendo de la cátedra de la enseñanza, se vale de la linterna y del escalpelo para juzgar las obras á la luz de los principios, y se vale también, cuando es necesario, de la escoba y del látigo para arrojar del templo de las letras á los mercaderes que le toman por asalto.

¿Será posible que una y otra crítica se levanten algún día en Chile con todo el imperio de un poder superior y respetable? Yo creo que sí, aunque pienso que pasarán muchos años antes de que veamos semejante poder, porque (no me cansaré de repetirlo), carecemos de educación artística y parece que nadie se muestra deseoso de adquirirla por sí mismo, para darse después la ingrata tarea de enseñar á los que no quieren aprender.

Además, son muy contados los que pueden ó los que quieren analizar imparcialmente una producción literaria; la razón es obvia: en Santiago (y tomo á la capital como la ciudad más poblada y de más movimiento literario), en Santiago todos nos conocemos y, por efecto de la poca población, todos tenemos que andar dándonos la mano en el comercio, en el paseo, en política como en

cualquiera reunión. Nos es casi absolutamente necesario estar en buenas relaciones con ese gran señor que se llama todo el mundo. Nos es indispensable contemporizar con mucha gente. Por esto, cuando sale una obra que merece censura, lo que sucede con el ochenta y cinco por ciento de las que se publican, la crítica enmudece y la deja pasar, sin que el público tenga una norma que le guíe siquiera para saber si vale la pena de leerse.

¿Y quién duda de que la persona que fuera bastante osada para sacar al sol los defectos y los errores de una obra de autor más ó menos conocido, se acarrearía largo cortejo de malquerencias? ¿Quién duda de que las heridas del amor propio no se cicatrizan jamás y que manan odio constante?

De aquí se deduce por qué el crítico se ve en muchos casos obligado á guardar silencio, precisamente cuando divisa con más claridad los errores de una obra y cuando más fácil le sería indicar los principios olvidados ó desconocidos que inducen en defecto.

Pero, sea como se fuere, es necesario que alguien se preocupe de analizar la producción literaria, y se dedique á ello;—y los escritos aislados que ahora se publican, de personas que no son ni amigos ni adversarios de los autores sino jueces officiosos de sus obras, indican que progresamos y nos dan la esperanza de que progresaremos mucho más aún.

Trabajo de tal naturaleza produce influencia no sólo sobre los autores, pero también sobre el público; porque estimula y entusiasma; porque enseña á los autores el camino que deben seguir y tienta á los lectores á conocer el camino que han seguido; porque, finalmente, atrae al rededor de sí un movimiento literario poderoso.

—En tiempos de Rómulo Mandiola—me decía en cierta ocasión un joven y excelente poeta, honra de las letras nacionales—en tiempos de Rómulo Mandiola se escribía más que ahora y se leía más que ahora.

Y esta es la verdad; aunque el malogrado Mandiola era formidable atleta cuando censuraba á ciertos autores, y aunque no era muy pródigo de alabanzas ni de alentadoras frases para con los que no revelaban muy buenas cualidades, consiguió atraer sobre sí y sobre sus escritos la atención pública, y, lo que es más difícil, consiguió que sus juicios fuesen leídos con avidez, muchas veces con respeto y no pocas con temor.

No debe, sin embargo, encargarse solo á la crítica la ardua empresa de educar y de fomentar el gusto artístico, ó si se quiere, para no salirme de los límites de la materia sobre que vengo conversando, el gusto literario: debe procurarse, para obtener este efecto, la creación de ateneos ó academias que ofrezcan á los jóvenes ancho campo en qué manifestar sus dotes, á los hombres ya formados serena cátedra desde la cual puedan alumbrar á la juventud con los rayos de sus talentos y de sus conocimientos, y á todos imparcial tribuna para debatir, con el calor generoso que inspiran los nobles ideales, los principios fundamentales del arte; debe alentarse, comenzando por iniciarla, la obra de las conferencias públicas sobre materias literarias; y debe aplaudirse también, para que no falte ninguna clase de estímulo, todo certamen serio que, además de un buen premio, ofrezca á los autores garantías de imparcialidad.

Cuando todos estos medios, y algunos otros que quedan por ahora entre los puntos de la pluma, concurren armónicamente á promover el progreso literario, y cuan-

do el público se convenza de que los ingenios de esta corte pueden colocarse por muchos y muy envidiables títulos al lado de los peninsulares y americanos de las repúblicas hermanas, la literatura nacional alcanzará días de gloria, y, como lo merece, será admirada de los extranjeros.

Esperemos que lleguen esos días,—y apresuremos su llegada con nuestro trabajo y nuestro entusiasmo.

LUIS COVARRUBIAS

Enero de 1888.



LA MISIÓN DE MONSEÑOR MUZI

Y LA IGLESIA EN CHILE EN LOS PRIMEROS AÑOS DESPUÉS DE LA
INDEPENDENCIA



(Continuación)

IV

Vacilación de la corte romana sobre el envío de la misión.—Importancia política de ésta.

La noticia de estos sucesos llegó á Roma después de acordada y antes de despachada la misión que Cienfuegos solicitó. El señor Muzi, en su *Carta apologética* publicada en 1825, refiere el efecto que dicha noticia produjo en la corte romana: "Dudaban, dice, por esta causa, así el Sumo Pontífice Pío VII como su secretario de estado el excelentísimo cardenal Consalvi, que ambos entonces vivían, si enviarían ó nó al vicario apostólico, después de aquel acontecimiento, cerca de los nuevos gobernantes de Chile. Preguntado sobre el particular el enviado señor Cienfuegos, constantemente afirmó que la

revolución política de su patria nada tenía que haber con la religión, prometiendo de nuevo en sus dos cartas, la una al excelentísimo Consalvi y la otra al oficial de la secretaría de estado Rev. don Francisco Capaccini, que la autoridad del Sumo Pontífice había de ser venerada en su vicario y de ningún modo comprometida». Según las dos cartas de Cienfuegos á que las anteriores palabras se refieren, la corte romana abrigaba también el temor de que el nuevo gobierno comprometiera al enviado apostólico en dificultades con las potencias extranjeras. Ante las reiteradas y solemnes promesas con que Cienfuegos empeñó el honor del gobierno chileno, de respeto y obediencia al vicario apostólico, desapareció todo temor; y no sólo se accedió á la solicitud del enviado chileno, sino que toda la corte romana, y tanto el Papa Pío VII, que nombró al vicario y sus compañeros, como León XII, que sucedió á aquél y que despachó la misión, pusieron especial empeño en el pronto y eficaz remedio de los males que estaba llamada á atender, como lo hizo presente á los fieles chilenos el Vicario Apostólico en la pastoral que publicó pocos días después de su arribo á Chile.

No sólo el gobierno español estimó la misión de Muzi como un gran triunfo para la revolución americana. Apenas la noticia hubo llegado á Chile, los periódicos católicos de aquella época manifestaron que la opinión pública veía en ella un reconocimiento claro de la independencia chilena, y le atribuyeron á este respecto la importancia que realmente tuvo: «Este paso de la corte de Roma, decía el OBSERVADOR ECLESIASTICO de 27 de septiembre de 1823, es un reconocimiento práctico de

nuestra independencia, de donde esperamos sacar grandes ventajas en lo espiritual y temporal.»

En efecto, por el hecho de acudir el Soberano Pontífice á remediar la necesidades de su grey en Chile sin dirigirse al gobierno español, y sin esperar su consentimiento, quedaba establecido con la fuerza irrefragable de los hechos que la religión no era un obstáculo á la independencia, y que tan queridos hijos del Padre Santo eran los que habían proclamado la soberanía del estado chileno, como los que á todo trance se habían mantenido adictos á los reyes católicos. Y semejante reconocimiento era de la más vital importancia en aquellos tiempos en que toda la discusión científica versaba sobre la compatibilidad de la unidad religiosa con la revolución, y en que la mayor parte de los argumentos de los defensores de la antigua sujeción tenían por objeto oprimir la conciencia católica de los patriotas. El OBSERVADOR ECLESIASTICO, refiriéndose á un breve en que Pío VII manifestaba á un obispo de Colombia su anhelo y su resolución de remediar las necesidades espirituales de la Iglesia en América, había dicho: «Esta prudente y religiosa carta del Santo Padre debe llenar de confusión y de vergüenza á los enemigos de la Iglesia, que han aconsejado á los chilenos el rompimiento cismático con la Silla Apostólica, intentando persuadirlos de que Su Santidad era enemigo de la independencia americana y muy adicto á que siguiésemos unidos al carro del despotismo español.»

Con mucha mayor satisfacción pudieron repetir estos argumentos los patriotas creyentes después de enviada la misión Muzi. En adelante, sostener que para trabajar

por la independencia nacional era necesario separarse de la religión, no fué sino un sofisma, claramente desmentido por los hechos y que no podía alarmar á los creyentes. Aun cuando no hubiera sido más que este inmenso bien el resultado de la misión Muzi, podría ser ella señalada en los anales de Chile como uno de los hechos más trascendentales de su existencia política.

V

Relaciones de la Iglesia y el Estado antes de la llegada del señor Muzi

Hemos visto que había motivo para recelar de la política que la administración Freire adoptara respecto de la Iglesia. Sin embargo, en los primeros tiempos de esa administración, se matuvieron relaciones más ó menos cordiales entre la Iglesia y el Estado. El obispo Rodríguez gobernaba libremente su diócesis y recibía del gobierno muestras de deferencia; así, por nota de 14 de julio de 1823, se le comunicó que en la orden general del ejército de ese día, se había prevenido que debían hacerse al obispo los honores militares correspondientes á los mariscales de campo. El obispo, por su parte, cooperaba en lo posible á esta buena armonía; él mismo pronunció un sermón patriótico en la misa de gracias, celebrada el 12 de agosto, con motivo de la instalación del Congreso Constituyente. Se dijo entonces, y se ha repetido después, que el no haber impreso el señor Rodríguez su discurso, era una precaución tomada para no comprometerse en contra de la causa realista, á la que aún permanecía adherido de corazón: semejante suposición es inadmisibile; mal podía temer los compromisos

que pudiera traerle un documento escrito, cuando sólo prestarse á predicar el sermón, por el solo hecho de alzar su voz de pastor en tan solemnes circunstancias, daba el testimonio más positivo, elocuente é irrefragable de su reconocimiento y sumisión á la soberanía nacional.

Pero aun en medio de esta armonía comenzaban á desarrollarse ideas subversivas del orden religioso, especialmente en el Senado Conservador. Hemos de hablar más adelante del acuerdo que este cuerpo tomó con fecha de 21 de mayo, según el cual se nombrarían comisiones ante las cuales los *ministros del culto* debían comparecer á comprobar su civismo; parece que por entonces esta medida terrorista no fué puesta en vigor; sólo en algunas ocasiones el gobierno declaró sin efecto nombramientos de curas recaídos en personas tachadas de realistas.

Las opiniones que solían predominar en el Senado, se manifestaron también en un acuerdo relativo á la misión del señor Cienfuegos á Roma. En nota de 14 de julio del 23, el Senado pidió al gobierno que revocara los poderes conferidos á Cienfuegos; fundaba este dictamen en la penuria del erario y en el temor vagamente enunciado, de que la admisión de un legado apostólico produjera perturbación y disensiones en la *variación política y civil* que entonces se desenvolvía. En estas medidas parece descubrirse principalmente la inspiración del fraile apóstata Henríquez, que ya antes había manifestado su odio á lo que llamaba fanatismo del pueblo chileno, y su convicción de que la independencia era irreconciliable con la religión católica.

Con todo, hacia los primeros meses de 1824, manteníase la paz, no sólo religiosa, sino aún política. En medio

de grande entusiasmo oficial y popular se había promulgado la Constitución del 23, y los partidos parecían esperar tranquilos que sus preceptos se pusieran en práctica. Además, en 3 de enero, el general Freire había marchado al sur á emprender su desgraciada campaña á Chiloé, y había correspondido el mando supremo al presidente del Senado don Fernando Errázuriz, hombre que, á pesar de haber sido tachado de débil, dió muestras durante su larga vida política de un tino y prudencia que, sin duda, contribuyeron en aquella ocasión á retardar por lo menos los trastornos que sobrevinieron después, y al cual el respeto por la religión católica aconsejó mantenerse en buenas relaciones con las autoridades eclesiásticas.

Tal era la situación política de Chile hacia la época en que llegó á su suelo el enviado del Pontífice romano.

VI

Viaje del señor Muzi y sus compañeros

Don José Sallusti, secretario de la misión enviada á Chile, publicó á su vuelta á Roma en 1827, una *Historia de la Misión Apostólica en el Estado de Chile*. Esta obra no tiene por objeto referir los propósitos y trabajos de la misión, ni los resultados á que llegó, sino narrar las peripecias de un largo viaje, y describir pueblos y tierras desconocidos para sus lectores; es un libro preparado con gran trabajo, escrito con erudición y suficiente conocimiento del asunto, recargado de citas de clásicos, al que á veces hace falta de interés la excesiva repetición de detalles de poca importancia y semejantes entre sí; pero

que contiene numerosas noticias de que ya otros se han aprovechado al escribir sobre estos hechos, y que nosotros no desperdiciaremos.

Vamos á traducir en seguida la primera página de esa *Historia*, para dar á conocer el personal de la Misión.

«La Misión Apostólica, dice, mandada á Santiago de Chile por el Sumo Pontífice Pío VII, fué decretada á instancias del señor don José Ignacio Cienfuegos, como público representante de aquella nación. Éste llegó á Roma el 12 de agosto de 1822, acompañado de su secretario el señor don Pedro Palazuelos, de dos hermanos, señores Salas don Santiago y don Manuel, del señor don Manuel Donoso y un ordenanza, todos venidos de Santiago de Chile, para pedir al Sumo Pontífice un público representante suyo, que, residiendo en aquella capital, pudiese acudir á todas las necesidades espirituales de los chilenos. El Papa, vista la debida autorización del señor Cienfuegos y persuadido de la necesidad que tenía Chile de un vicario apostólico, comisionó con este objeto una congregación especial, compuesta de seis respetabilísimos cardenales, que fueron: Aníbal della Genga, entonces Vicario de Roma y hoy Vicario inmediato del mismo Jesucristo, y nuestro Sumo Pontífice felizmente reinante (León XII); Julio María de la Somoglia, decano entonces del Sacro Colegio, y al presente decano y secretario de Estado; Pacca, camarlengo; Castiglioni, penitenciario mayor; De Gregorio y el difunto Hércules Consalvi, que era secretario de Estado.

«Esta congregación, después de largas discusiones y de un maduro examen del asunto, admitió la petición del señor Cienfuegos, nombró Vicario Apostólico de Chile á Monseñor Hostini, hombre de gran mérito, que era

profesor de Ciencias Sagradas en el Colegio Romano. Este aceptó al principio el nombramiento, pero después, por oposición de su hermano y otros parientes, lo renunció, no sin disgusto de la ilustre congregación, la cual nombró entonces al señor don Juan Muzi, que en ese tiempo estaba en Viena en calidad de auditor del Nuncio Apostólico. Muzi aceptó sin vacilar. Volvió inmediatamente á Roma y fué consagrado arzobispo de Filipos *in partibus infidelium* y declarado Vicario Apostólico de Chile; se le designó al señor canónigo don Juan María, de los Condes Mastay, como compañero, y al autor de esta *Historia*, el presbítero Juan Sallusti, en calidad de secretario.»

El señor Muzi y el señor Cienfuegos, ya reunidos y con sus respectivos acompañantes, recibieron en Génova la noticia de la muerte de Pío VII; pero llególes también allí la noticia de que su sucesor, León XII, había ratificado la misión, y al fin salieron de Italia el 5 de octubre de 1823.

Las tormentas hicieron arribar el buque que los conducía, á las Baleares, donde fué sometido á cuarentena por temor á la peste. Las autoridades de esas islas creyeron servir los intereses españoles, hostilizando y aun deteniendo á los emisarios pontificios, en cuyo viaje á América veían grave ofensa á los derechos de la monarquía; los redujeron á prisión é iniciaron contra ellos una causa criminal. De esta manera, el señor Muzi, que poco después en América debía ser hipócritamente acusado de ser agente de los intereses monárquicos coaligados en la Santa Alianza, comenzó su viaje sufriendo una arbitraria persecución en nombre de la monarquía española. ¡Rara vez los hombres creen ver en las obras de Dios

otra cosa que un reflejo de las mezquinas pasiones de que ellos se encuentran poseídos; y rara vez los que dedican sus esfuerzos á la gloria de Dios, hallan justicia entre los hombres.

Felizmente para el señor Muzi y sus compañeros, las representaciones del obispo de Mallorca, según extensamente lo refiere el señor Sallusti, obligaron á las autoridades á dejarlos en libertad de proseguir su viaje.

Con ligeros accidentes, continuó éste hasta el 4 de enero del año siguiente, día en que llegaron á Buenos Aires.

En Buenos Aires se habían hecho preparativos para recibir solemnemente á los emisarios pontificios: las autoridades civiles y eclesiásticas, rodeadas de un inmenso concurso de pueblo, esperaban al señor Muzi, y lo invitaron á hacer su entrada solemne; mas éste se negó á ello por consejos de Cienfuegos, y aun, según lo asegura Sallusti, porque Cienfuegos opuso insuperables obstáculos á la entrada solemne.

Era avanzada la noche cuando el Vicario entró en Buenos Aires, y sin embargo, fué recibido en medio del entusiasmo de una inmensa multitud, y mientras allí permaneció, se vió rodeado de iguales muestras de veneración y respeto, de tal manera que el gobierno fingió encontrar en ello motivo para temer una revolución, y pedir al señor Muzi que apresurara su viaje.

«Durante toda nuestra permanencia en Buenos Aires, dice Sallusti, el pueblo mostró siempre una fe viva, un obsequio constante á nuestras personas, y suma adhesión á nuestra santa religión. Á la mañana, á la tarde y á todas las horas del día, el patio y la calle estaban siempre llenos de gente, que sin distinción de sexo, de digni-

dad, ni grado, se aglomeraban al rededor de Monseñor para recibir la bendición apostólica. Muchos buenos viejos, al besarle la mano, la estrechaban sobre el pecho derramando abundantes lágrimas, y el concurso era tal, que se hizo necesario tener guardias á la puerta para impedir los inconvenientes. Jamás he visto en Roma tal aglomeración, ni tantas muestras exteriores de verdadera piedad y de adhesión religiosa á la Cabeza visible de la Iglesia, cuantas se dieron en Buenos Aires al Vicario Apostólico... El clero, tanto secular como regular, y todos los señores de alguna distinción se presentaron repetidas veces á obsequiar al Vicario Apostólico. Y el célebre general San Martín, que había reconquistado aquellas provincias, Chile y una parte del Perú, del dominio de la España, depuesta la grandeza de su gloria, se presentó dos veces en traje de particular, á Monseñor para obsequiarlo y felicitarlo por su llegada.»

En Buenos Aires recibió también el señor Muzi los despachos en los cuales el Papa León XII ratificaba plenamente el nombramiento y las atribuciones que Pío VII le había conferido.

¡Y sin embargo, en medio de tales motivos de alegría, los pesares postraron al señor Muzi gravemente enfermo en cama!

«Entre las muchas causas de esta enfermedad, dos fueron, dice Sallusti, las principales que la hicieron inevitable: las noticias que se recibieron de Chile, y la última carta del provisor Savaleta. Éste, después de haber prohibido á Monseñor, por orden del gobierno, dar la Confirmación en la iglesia en el día que se le había señalado, habiendo sabido que administraba este Sacramento en casa, á instancia de los fieles, le escribió una

segunda carta, en la cual le prohibía la Confirmación aún en privado, y le decía con gran sentimiento que se maravillaba mucho de cómo había venido á la América á turbar la paz de los pueblos, y que era un exceso de suma temeridad querer usurpar las atribuciones de la jurisdicción de otro... El golpe violento lo recibió el Vicario de la voluntad contraria, y de las siniestras intenciones que el Supremo Gobierno de Chile había ya manifestado sobre el fin de nuestra misión.»

Ambas cosas eran desgraciadamente ciertas. El gobierno de la Iglesia se encontraba en Buenos Aires entregado á un verdadero cisma en manos de don Diego Estanislao Zavaleta, que se atribuía el mando del obispado, y que ni había respetado los cánones ni respetó la jurisdicción del Vicario, llegando hasta impedirle el uso de las facultades de que venía investido por el Soberano Pontífice. Y el golpe violento venido de Chile á que Sallusti se refiere, era aquel acuerdo de que ya dimos cuenta, en el cual el Senado había pretendido hacer revocar los poderes de Cienfuegos por considerar inconveniente su misión. El señor Muzi tuvo noticia de ese acuerdo por haber sido publicado en Buenos Aires antes de su llegada.

Las dificultades que para la religión se habían originado en América, se presentaron así desde el primer momento al Vicario Apostólico en su carácter más grave; podía suponer que los problemas relativos á las órdenes regulares y al gobierno eclesiástico que en la República Argentina se habían solucionado en el más pernicioso sentido, se agitaban también en Chile, y amenazaban llegar á idénticos resultados. Debió, pues, persuadirse de la necesidad de combatir resueltamente esas tenden-

cias; debió concebir, entonces, la idea de su Pastoral de que hemos de hablar; y sobreponiendo su voluntad á las debilidades de su cuerpo, en medio de tan abrumadoras contrariedades morales, á través de las pampas y de la cordillera, emprendió sin vacilar la marcha á cumplir sus santos deberes.

VII

El señor Muzi en Santiago

Felizmente, aparte de las molestias físicas, el viaje de Buenos Aires á Santiago fué para el Vicario Apostólico una marcha triunfal. En los pueblos del camino, en San Luis, en Mendoza y en los Andes, las autoridades políticas y eclesiásticas le prepararon espléndidas recepciones, y por todas partes acudían innumerables fieles á solicitar gracias espirituales.

Á pocos días después de salir de Buenos Aires, el Vicario recibió dos notas en que el Vicario Capitular que gobernaba la diócesis de Córdoba le tributaba sus homenajes, y el gobierno de la provincia le presentaba sus respetos y parabienes. Refiere el señor Sallusti que la llegada de estos mensajes dió al señor Cienfuegos una ocasión para separarse del señor Muzi; según el citado autor, y en las Islas Canarias, Cienfuegos había manifestado deseos de quedarse atrás para continuar más cómodamente el viaje después; había tenido en el camino y en Buenos Aires algunos disgustos con el señor Muzi, y también se habían provocado varios altercados con el señor Mastai; y ahora, habiendo despachado el señor Muzi por inadvertencia el mensajero venido de Córdoba, sin noticia de Cienfuegos, á quien venía di-

rigido, éste se molestó gravemente, y dos días después, se adelantó solo á caballo por el camino de Santiago. Una enfermedad y tropiezos del camino, lo detuvieron varias veces, y aunque la comitiva del señor Muzi lo alcanzó, no consintió Cienfuegos en reunirse á ella, hasta que le salió al encuentro en Colina para conducirla él mismo á Santiago.

En la tarde del 6 de marzo de 1824, llegó á Santiago la Misión Apostólica; lo avanzado de la hora hacía imposible en ese día la recepción oficial del Vicario, motivo por el cual quedó en el convento de la Recoleta Dominicana, en cuya iglesia fué recibido procesionalmente; sin embargo, en esa misma noche hizo el señor Muzi visita de etiqueta al ministro don Mariano Egaña.

Á la mañana siguiente recibió la visita del señor obispo Rodríguez, y en seguida el señor Muzi y sus compañeros, llevados en los coches del gobierno, espléndidamente escoltados, á través de una inmensa multitud, se dirigieron al palacio directorial, donde, en medio de las autoridades y dignidades civiles y religiosas, fueron solemnemente recibidos por el Vice-Director don Fernando Errázuriz.

En seguida, y siempre en medio del devoto entusiasmo del pueblo, el Vicario fué conducido á la Catedral, donde se hicieron las ceremonias de estilo, y de ahí volvió al palacio en el cual fué hospedado al principio, mientras se le preparaba habitación en la casa de la calle de la Bandera, esquina á la de las Rosas.

En el mismo día 7, el señor Muzi pagó su visita al señor Rodríguez, y creyendo, después de tomar informes, que no era de etiqueta, no visitó al Vice-Director; esta omisión que en nada chocaría con los usos moder-

nos, dió entonces, según refiere Sallusti, motivo para graves quejas, y fué probablemente la causa de que en el banquete ofrecido en esa tarde por el gobierno al señor Muzi, no estuvieran presentes ni el Vice-Director ni el señor Cienfuegos. Sin embargo, al día siguiente don Fernando Errázuriz hizo su visita, y don Juan Muzi la pagó inmediatamente.

El señor Muzi y sus compañeros entablaron fácilmente numerosas relaciones personales en la católica sociedad de Santiago, en la que aún se conservan vivos recuerdos, especialmente del señor Mastai. Sallusti, en su obra, recuerda con grande afección y encomios á los señores Ruiz Tagle, que recibieron el encargo de atender al Vicario, y cuya solicitud no lo abandonó jamás, y aun en su partida á Roma, lo acompañaron hasta el buque en que se embarcó.

Sobre todo, como era natural, la comunidad de elevadas ideas y de nobles propósitos, unió estrechamente al señor Muzi con el señor Rodríguez; hicieron juntos la visita de los monasterios, y parece que el señor Muzi se complacía grandemente con la sociedad del obispo chileno, porque esta amistad dió margen para que sus enemigos lo acusaran de rodearse de enemigos de la patria. Ni podía ser de otra manera, dada la alta idea que fácil y justamente se formó de los relevantes méritos del prelado; idea de la que sin duda es un reflejo, el siguiente entusiasta elogio que copiamos de la obra del señor Sallusti:

«La laudable unanimidad y unión estrechísima del clero secular de Santiago en el celo por la gloria de Dios y en la emulación por su divino culto, es ciertamente el efecto de la buena índole y de la piedad de cada uno.

Pero mucho han contribuído á ello el providencial cuidado, la vigilancia y el celo pastoral del mismo Ordinario, monseñor José Santiago Rodríguez, obispo respetabilísimo por su piedad y sus conocimientos. Él, que siempre ha amado á su clero con verdadero afecto paternal, no ha cesado de vigilar por la buena conducta de cada uno; por lo cual todos fueron ejemplarísimos é irreprochables en todas las cosas, en todas partes y en todo tiempo. Además, estando aquel perfecto pastor íntimamente persuadido de que más se obtiene con el ejemplo que con la simple vigilancia, no ha dejado nunca de aventajar á todos con su vida irreprochable y ejemplarísima. Y como imitaba así los pasos de Jesucristo, que primero enseñaba con sus acciones y después con la voz, no podía dejar de ser fructífera su vigilancia. De lo que se ha seguido que todos lo han respetado siempre, y lo han amado con verdadero amor filial.»

VIII

La Pastoral del Vicario Apostólico

Algunos días después de su llegada, el señor Muzi envió á los chilenos é indirectamente á todos los fieles de América del sur su saludo paternal, publicando una Pastoral fechada en Santiago el mismo día de su llegada. Es ésta un documento que por la forma y propósitos es digno de llamar profundamente la atención del lector.

Está escrito en un estilo sencillo y natural, desprovisto de adornos supérfluos; las ideas se manifiestan en un orden fácil, y la erudita comprobación de su tesis con textos de las Sagradas Escrituras y de los Santos Pa-

dres, es el único adorno que se permitió su autor en la forma literaria. Mas ésta tiene su gran mérito en la severidad de raciocinios y en la firmeza de tonos empleada en ella; esa firmeza cuadra perfectamente, tanto con la energía de carácter que poseía el señor Muzi, que inspiró y firmó la Pastoral, como con la seguridad de propósitos que en el Pontificado mostró después el joven secretario Mastai, á quien se ha atribuído la redacción.

Los antecedentes referidos sobre la apariencia que existía de antagonismo entre la revolución y la unidad católica, manifiestan que nada pudo ser más acertado que la elección del tema desarrollado en la Pastoral. Monseñor Muzi tenía sin duda conocimiento de las tendencias avasalladoras del gobierno chileno respecto á la Iglesia, y de las extraviadas ideas de algunos sacerdotes; había podido verificar por experiencia propia la existencia de iguales males en otras repúblicas; dedicó, por consiguiente, sus primeras palabras á combatir el error más funesto que podía sobrevenir á la religión, y á prevenir á los católicos contra el peligro que aparecía como más amenazador.

Demostrar «la necesidad de conservar la comunión con la Cátedra Romana»; combatir y condenar el error de «algunos sujetos que con el falso y especioso nombre de reformadores tratan como una obra puramente humana á la constitución divina de la Iglesia y de su Suprema Cabeza, pretendiendo formar una iglesia nacional separada de la iglesia universal y su Cabeza; y atribuyendo á los obispos la autoridad propia del Romano Pontífice, para después deprimir la dignidad episcopal sujetándola á su capricho y arbitrio; igualmente despedazando y envileciendo las órdenes regulares, exagerando los desór-

denes de los particulares, para facilitar su supresión, y quitar los interesantísimos y grandísimos subsidios y ornamentos que resultan á la Iglesia de la existencia de las corporaciones religiosas»; afirmar y probar que «la reforma en los artículos de disciplina toda y únicamente compete á los pastores de la Iglesia, conviene á saber, á los obispos, constituyendo un centro y cabeza con el Romano Pontífice». Tal fué el objeto que el Vicario se propuso y que brillantemente alcanzó en su Pastoral, objeto francamente enunciado y valientemente sostenido en medio de la confusión de ideas que á ese respecto había comenzado á introducirse, y hábilmente destinado á fijar para siempre en Chile la meta de los esfuerzos de los católicos en sus trabajos políticos. Quedó herido de muerte el soñado cisma y aun cuando sus resultados en los hechos se hicieron esperar, pudo notarse luego la actitud más decidida y firme que adoptaron los defensores de los derechos de la Iglesia; alzáronse en los púlpitos voces elocuentes en condenación de los errores en boga, y el celo apostólico supo arrostrar las persecuciones y el destierro; el obispo Rodríguez cobró aun nueva firmeza para sostener la independencia de su autoridad. La persecución de la Iglesia se desencadenó, y aun cuando por mucho tiempo pareció triunfante, no encontró ya el camino allanado por las vacilantes ideas de los buenos. Pero no nos adelantemos á los sucesos.

XI

Relaciones del Vicario con el gobierno de Errázuriz.—Decreto sobre asignación para la subsistencia de la Misión.—Exequias de Pío VII.

Las primeras relaciones del Nuncio con el gobierno fueron difíciles en apariencia, pero en el fondo más fáci-

les de lo que, dado el estado de las cosas, era posible esperar.

Se promulgó una ley en la cual se destinaba para la subsistencia de la Misión quinientos pesos mensuales, los cuales debían descontarse en parte de la dotación del coro de la Catedral; y las comunidades religiosas debían concurrir por un rateo á indemnizar al erario de otra parte de este gasto.

Como era natural, el señor Muzi protestó contra esto, manifestando resistencia á admitir una subvención que le era proporcionada mediante el desfalco de los bienes de la Iglesia. Á estas objeciones, el ministro don Mariano Egaña contestó que la subvención sería pagada directamente por el erario nacional, y que las otras disposiciones contenidas en la ley relativas á reintegrar las sumas que se invirtieran, eran de un orden privativo del gobierno, y nada tenían que ver con las relaciones entre éste y el Vicario, y estaban además justificadas por diversas circunstancias y especialmente por la extrema penuria á que se hallaba reducido el erario. El señor Muzi, como lo refiere en su *Carta Apologética*, aceptó las explicaciones dadas por el gobierno; sin duda encontró en las disposiciones que habían motivado su protesta, el fruto de las ideas erróneas predominantes en los círculos gubernativos, y tendentes á un amplio sistema de reforma, por lo cual quedaban por el momento fuera de su acción diplomática; y estimó probablemente que con las explicaciones dadas por el ministro, la aceptación de la subvención no afectaba á la dignidad de su puesto; y la cuestión quedó arreglada.

El 15 de marzo, apenas llegado á Santiago el Vicario, y quizás por el deseo de manifestarle buena voluntad, el

gobierno dispuso unas solemnes exequias en la Catedral, en honor del Papa Pío VII, que había muerto el 20 de agosto del año anterior; las exequias se celebraron el 8 de abril de 1824; fué encargado de la oración fúnebre el presbítero don Manuel Matta, el cual la pronunció en medio de un numeroso concurso y en presencia de todas las autoridades de la capital; al recordar las virtudes de Pío VII, cuyo elogio estaba encargado de hacer, no podía olvidar el rasgo más sublime de la vida de aquel anciano pontífice, su heroica resistencia á las desmedidas pretensiones de Napoleón; le dedicó, pues, palabras de entusiasta admiración, sin que fuera bastante á hacerlo callar el temor de herir la susceptibilidad de los gobernantes chilenos, á quienes sus conciencias acusaban de los mismos pecados cometidos por Napoleón en su persecución contra la Iglesia. Suponiendo que el enérgico anciano protesta contra las pretensiones del emperador, pone el orador, cuyo discurso se conserva entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, las siguientes palabras en boca del Pontífice: «Pide ahora el gobierno francés un patriarca que sea independiente de Nos, le nombra, le declara, nos lo propone revestido de nuestra autoridad, y nos intima queramos reconocerle. Pero Nos, entonces y ahora, protestamos no sólo que no le reconocemos en estos términos, sino que además lo declaramos intruso y lo separamos perpetuamente del gremio de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana... Pretende que aprobemos la libertad y público ejercicio de todo culto. Mas *Nos hemos negado á este artículo* por ser contrario á la religión católica, á la tranquilidad de la vida y á la felicidad del Estado, por las fatales consecuencias que resultarían. Intenta también la reforma de los obispados, y que los

obispos sean independientes de Nos. Esta pretensión se opone á la intención de nuestro legislador y señor Jesucristo, que estableció la unión de San Pedro con los apóstoles, cuya unión representa ahora á la de los obispos con Nos... Por tanto, protestamos que es nuestra voluntad conservar para ellos y nuestros sucesores la plenitud de nuestra primacía y la dependencia de los obispos de esta Santa Sede. Se nos hace instancia para que decretemos la extinción general de todas las órdenes religiosas de uno y otro sexo; mas no lo haremos, porque no tenemos el menor motivo para efectuarlo, antes bien, por el contrario, nos vemos obligados á mantenerlas y promoverlas».

De estas brillantes frases resultaba bien clara alusión, es cierto, á las circunstancias por que Chile atravesaba, y ellas eran una terminante condenación de las reformas en proyecto y aún de la conducta observada por el gobierno respecto á la Iglesia; pero no hay en todo el discurso ni una palabra irrespetuosa, nada que justificara la despótica orden de destierro con que algún tiempo después fué castigado el intrépido apóstol de la libertad de la Iglesia; ni mucho menos nada que diera ni sombra de razón á la acusación de realismo hipócritamente lanzada contra él. Basta, para comprobar que la oración fúnebre nada tenía de subversivo ni de anti-patriótico, el hecho de que el Vice-Director don Fernando Errázuriz no encontró mérito sino para aplicar al orador un castigo ligero, obligado tal vez por la grita de los predicadores de la reforma, cuya condenación se atrajo el señor Errázuriz con su actitud prudente. En una carta citada por el señor Vicuña Mackenna en su *Vida de O'Higgins*, don Miguel Zañartu, escribiendo al ilustre

desterrado, en cuyos oídos debían de sonar bien las ofensas lanzadas contra Errázuriz, que en el día 28 de enero de 1823 supo encarnar como nadie la energía del pueblo de Santiago para exigir la renuncia del Dictador, decía, refiriéndose al Vice-Director: «Llegó á tal grado su criminal tolerantismo, que un godo Matta dijo á sus barbas en el púlpito mil impropiedades sobre el sistema patrio, sin que esta estatua diese señales de sensibilidad. Así es que todos lo desprecian como el hombre más inútil del país, y cuidado que es preciso mérito para lograr aquí tal preferencia.»

No es aventurado suponer que á la prudencia observada por Errázuriz en este asunto para no dejarse arrastrar por las exigencias de los reformistas furiosos, contribuyeron en mucho los ruegos que, según refiere *EL LIBERAL*, periódico de aquella época, interpuso á favor del predicador el señor Muzi; esos ruegos suministraron en contra de éste, uno de los capítulos en que los periódicos impíos fundaron la acusación que, contra el Vicario pretendieron hipócritamente propalar, de ser espía de la Santa Alianza.

Sin embargo, la mediación verbal del señor Muzi fué en definitiva ineficaz, porque, cuatro meses después, el 2 de agosto, cuando ya el gobierno estaba plenamente en poder del pipiolismo, tocó al general Freire la triste gloria de suscribir un decreto de destierro contra el presbítero Matta.

NICOLÁS GONZÁLEZ ERRÁZURIZ

(Continuará)



EN UN ÁLBUM



Cuando en mi patria levantaba un día
la fugitiva voz de mi laúd,
tú escuchaste su acento, amiga mía,
cantar de un pobre niño el ataúd.

Y sin duda soñabas que el poeta
joven y bello debería ser,
de altiva frente, de mirada inquieta,
y el alma henchida de inmortal placer.

Mírale ahora aquí... Mírale ahora,
pálida ya la frente juvenil,
y el alma herida que en silencio llora,
mustia flor arrancada del pensil.

Mírale ahora: en gratitud sincera
quiere á sus solas mísero llorar,
¡y no encuentra una lágrima siquiera,
ni una lágrima sola que brotar!

¡Ah! vélo con piedad! ¡Padece tanto!
¡Si supieras qué grande es su dolor!
¡Cómo le consolara en su quebranto
una piadosa lágrima de amor!

Pero ¿quién verterá por su tristeza
lágrimas ¡ay! que no verá correr?
Tú, llena de ilusiones y belleza,
¡ten piedad de tan hondo padecer!

¡Ten piedad del amigo desgraciado,
del joven peregrino trovador
que en la borrasca lóbrega lanzado
se encuentra sin consuelo, sin amor!

No te pido tu amor: ¡no lo merezco!
sólo quiero que calmes mi ansiedad
con la pura centella que apetezco
de ternura, de pena, de amistad!

¡Oh, no me olvides! Si te hallé cercana
sobre mi estéril senda de dolor,
solo otra vez me encontraré mañana...
¡Ten piedad de tu pobre trovador!

Yo te ruego que al pie de los altares
alces entonces tu oración por mí!
te ruego que no olvides mis cantares,
que el alma mía se refleja allí!

¡Ah! dondequiera que mis pasos guíe
¿no es cierto, di, que no me olvidarás?

Sólo tu imagen á mi mal sonrío...
¡Jamás tu nombre olvidaré, jamás!

¡Oh!... mas silencio! Tan joven,
tan oscuro y desgraciado!
mañana será olvidado
para siempre el trovador.
Y quedará en tu memoria
sólo el recuerdo perdido
de un amigo convertido
en humilde pescador!

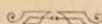
¡Sí! mi imagen en tu mente
pasará como la brisa
que apenas la espuma riza
sobre las olas del mar.
Y yo mi sangre daría
por verte feliz gozar..
¡Desgracia, desgracia mía!...
¿Por qué no puedo llorar?

J. A. MÁRQUEZ

Marzo de 1853.



→MERCEDES←



(Continuación)

X

En tanto que amor tierno, casto y purísimo ganaba en silenciosa lucha la posesión del corazón de Serena á la duda, á la tristeza y al desaliento, mantenían trabada en el del joven cirujano callada pero cada vez más horrenda y encarnizada lucha el deber y la pasión; loca, insensata, arrebatada ésta; frío, austero, inflexible aquél.

Educado en la doble escuela del dolor y del deber y fortalecido en el rudo ejercicio de su profesión, sabía el joven cirujano dominar sus pasiones y encubrir sus emociones á una edad en que la sangre hierve todavía á borbotones en las venas del hombre. Pudo así permanecer por largos días, nó impasible, bastante sereno sí, en presencia de la mujer amada, para no descubrir á sus escrutadoras miradas los secretos de su corazón y para desafiar con éxito feliz la dura prueba á que el destino lo sometía.

La vista de aquellos lugares poblados de los recuer-

dos de su niñez y de las imágenes de su escondida pasión, la presencia continua de aquella joven de sin par belleza á quien amaba desde el primer albor de la niñez con todo el ardiente entusiasmo del primer amor y á quien había vuelto á ver tras largos años de ausencia más hermosa aún de como él la imaginaba; los ocultos sufrimientos que en ella adivinó desde los primeros momentos, y aquel aire de dicha y de felicidad que se respiraba en Miramar, despertaban en su corazón nunca sentidas emociones, que á un tiempo lo llenaban de zozobra y lo colmaban de ventura, y locos devaneos y quiméricos ensueños en su espíritu, que más de una vez lo impulsaban con fuerza irresistible á hacer abierta declaración de su amor y á pedir la recompensa que su constancia merecía. Pero el recuerdo de la gratitud que debía á Voltero y el de los consejos de su amada madre, y más que todo, la resolución inquebrantable que tenía tomada desde niño de permanecer siempre digno de la mujer á quien tanto amaba, lo llamaban bien pronto á la realidad y lo hacían avergonzarse de los momentos en que se había dejado ganar por la debilidad.

Pero, como en tales casos acontece siempre, cuanto más violenta era la tensión á que tenía que someter su espíritu para sofocar en su pecho los impetuosos embates de la pasión, mayor violencia y furor desplegaba ésta en sus nuevas embestidas, cual hinchada ola entre enris cadas rocas aprisionada. Y cuando, cansado de luchar, la dejaba desbordarse por estrecho resquicio, podía apenas contener en seguida, de que se desbordara entera, rugiente y devastadora, y alzábase entonces ante sus ojos más sombrío, más severo y aterrador que nunca el espectro formidable del deber.

La lucha fué haciéndose así poco á poco cada día más ruda y porfiada; con lo cual llegó un momento en que las fuerzas físicas del joven empezaron á decaer al mismo tiempo que á abatirse su entereza, su energía moral.

Verdad es que todo se conjuraba contra él.

Fué entonces cuando Blanca, hondamente impresionada del aire de melancólica tristeza que veía en el joven y del empeño que ponía éste para ocultar sus sufrimientos, se decidió á vencer las primeras zozobras con que sella el rubor los labios de las doncellas y comunicó á Serena la pasión que había concebido y lo que estaba dispuesta á hacer para no retardar ni un solo día la conquista de su felicidad.

Ya sabe el lector á qué inesperados sucesos dió origen el empeño de Blanca y á qué grado de íntima familiaridad llegaron con este motivo Serena y el joven cirujano.

¿Quién podría describir, siquiera con pálidos colores y con nebulosos é indecisos contornos, el desbordado torrente, el vertiginoso torbellino de encontradas, y ora plácidas, ora frenéticas emociones que agitaron al joven cuando comprendió que Serena había descubierto el secreto de su corazón y que, lejos de anonadarlo con su desprecio ó con su desdeñosa indiferencia, lo alentaba en su amor y le entregaba el suyo generosa y noblemente, entero, sin reticencias ni vacilación?... Quince años, una vida entera de acerbísimo penar, la miseria, la deshonra, la ausencia, el olvido, los celos, la muerte misma, todos los tormentos que puede imaginar la refinada crueldad de los hombres, todas las desventuras con que puede pesar la mano de Dios sobre el mísero mortal en este valle de lágrimas, ¿qué eran en comparación de

aquel momento, de aquel solo instante de suprema, de inefable, de indecible felicidad? . . . ¡Oh! entonces sí que había llegado la hora de darse por vencido, de rendirse á su destino. . . Recorría uno á uno aquellos deliciosos lugares en que había sentido nacer su pasión; iría á arrojar-se á los pies de Serena, le contaría con toda la sinceridad de su alma la historia entera de su amor, de su primero, de su único amor, oiría de sus labios una palabra de perdón, de indulgencia, de gratitud, ¡de amor tal vez! . . . y allí á cien pasos ¿no tenía hermoso campo endonde ir á morir en seguida honrada y gloriosamente, vindicando la memoria de su padre, mereciendo las bendiciones de su madre y pronunciando el nombre de su amada? . . . ¡Oh ventura! oh felicidad!

*
* * *

Mas ¡oh insondable abismo del corazón humano! Aquella lucha tenaz que venía minando la delicada naturaleza del joven, en vez de hallar término y fin en la éra de paz y ventura que empezaba para su enamorado corazón, tomó proporciones colosales y espantables y anunció desde entonces que no se daría tregua ni reposo hasta que no se decidiera en favor de uno ú otro de los contendientes la victoria final.

Agujoneada de aquella propensión fascinadora que ha puesto la naturaleza en el corazón del hombre para probar el poder de su razón y la fuerza de su albedrío y que ejerce su imperio más en absoluto en el corazón de la mujer desde los días en que Eva inmoló en sus aras los destinos de la especie humana, de aquella propensión,

decimos, que nos arrastra á buscar perpétuamente la felicidad en otros bienes que los que poseemos, no tardó mucho Serena en hallar que la simple certidumbre de ser amada no la compensaba de la amarga decepción que le había dado Voltero, y que para que su dicha fuera cumplida necesitaba oír de los labios temblorosos y palpitantes de emoción del joven cirujano la ingenua confesión de su amor. ¡Oh! entonces sí que empezaría para ella la éra de una perpetua ventura.

Contadas veces necesita la mujer que ama de poco más que la mera congetura de ser correspondida para adelantarse en el terreno de las insinuaciones amorosas: la vehemencia de sus sentimientos, su ingenuidad, su candorosa credulidad, su inexperiencia misma, su ciega confianza en la bondad del hombre que ama, todas aquellas cualidades, en fin, que caracterizan su sexo, le impiden mantenerse tranquila en la incertidumbre por largo tiempo y la precipitan con empuje irresistible á romper el fuego en las contiendas de amor si el amado no se apresura á romperlo antes.

Tal aconteció á Serena.

No esperando nada de la excesiva timidez del joven, temiendo, al contrario, que la ciega adoración con que la amaba lo mantuviera siempre en respetuoso silencio, y enardecida en sus deseos por la dificultad misma de realizarlos, no vaciló en adelantarse á hacer al joven algunas de aquellas manifestaciones de inequívoca significación para que tan ingeniosamente saben hallar oportunidad los enamorados.

Una mañana le ofreció el joven, como de costumbre, una flor al saludarla.

—¡Qué lindo clavel!—exclamó ella tomándolo con agradecimiento.—Y por su color significa amor ardiente. ¿Quién te lo ha dado?

—Lo he cogido yo en el jardín.

—¿Para quién?

—Para ti.

—¡Para mí! ¿De veras?

—¿Por qué lo dudas?

—Pues bien, lo conservaré toda mi vida; y así, cuando, ingrato y desleal como siempre, te alejes de Miramar para no volver, tendré un recuerdo tuyo que me consuele en mis horas de amargura y de soledad.

En la comida del mismo día se sirvió entre los platos el conocido manjar blanco. Cuando Serena había probado ya el primer sorbo de su plato, dijo el joven cirujano:

—Esto es obra de mano maestra.

—¿Te gusta?—le preguntó Serena.

—Lo hallo exquisito.

—Siento no ofrecerte más, porque es éste el último resto de un poco que para muestra hice hace días, y el mío le he tocado ya.

En la noche halló el joven sobre su velador el mismo plato que había tenido Serena, con una flor desecada de pensamiento en que estaba escrito:

—Perdone su merced á la dulcera el que haya osado probar su obra maestra.

Otra tarde dijo Serena á uno de sus huéspedes, que se adelantaba á ofrecerle su ayuda para subirla al caballo:

—No se incomode usted, y perdone; aquí está León que tiene cierto arte especial para refrenar las impaciencias de este bruto.

Y en el momento de apoyar su mano en el hombro del joven, no lo hizo sencillamente, sino que lo oprimió cariñosamente con sus dedos al mismo tiempo que lo envolvía en una mirada impregnada de pasión y de ternura.

Y cuando corrían en vertiginosa carrera por la playa:

—¡Qué harías tú—le preguntó al joven, que iba á su lado—si en un raptó de locura me echara yo aquí al mar en mi soberbio alazán á desafiar las olas tan embravecidas como están?

—Me echaría yo en pos de ti en mi valiente tordillo.

—¡Nada más! Eso mismo haría cualquiera otro en tu lugar.

—¿Y qué querrías que hiciera?

—Yo quiero que hagas por mí lo que ningún otro se atrevería á hacer.

—¡Serena!

—Sí; y que por mí estés dispuesto á perderlo todo, ¿me entiendes? todo incluso el honor y la vida.

—¿Y nó....?

En aquel momento quebró una ola colosal y el estampido que produjo hizo encabritarse á los caballos; cuando éstos se calmaron, los demás paseantes se habían reunidos á los jóvenes amantes, cortándoles la conversaci3n en el momento preciso en que iba á tomar el giro que tanto deseaba Serena y que tanto rehuía el doctor.

Con tales ó parecidas insinuaciones, con reservar para él sus más ardorosas miradas, sus sonrisas más impregnadas de ternura, sus palabras más seductoras y sus más íntimas confidencias, y con rodearlo en público de todas aquellas atenciones que debían hacerlo tener por el predilecto de sus amigos, fué Serena venciendo poco á po-

co la nunca quebrantada resolución del joven cirujano de permanecer eternamente mudo ante su amada; no tardó en convencerse de que su excesiva timidez no era hija del miedo ni obra de la naturaleza, sino arma de defensa que el joven había elegido para escudarse tras ella contra los peligros á que lo exponía su pasión; lo que llenó su corazón de dulce satisfacción, ¡así quería ella ser amada! y le dió la seguridad de que no tardaría en adquirir el triunfo que perseguía.

El joven, en efecto, se había ido familiarizando con el peligro: ya no lo detenía tan fácilmente el temor, y más de una vez encaminó él la conversación por entre escollos de los cuales no había salvado sino providencialmente, gracias á incidentes extraños que habían venido á cortarla en tiempo oportuno; no esquivaba como antes el encontrarse con sus jóvenes amigos, y sabía sostener las miradas de su amada con otras más apasionadas; alguna vez tambien aventuró algunas palabras que, si bien retiró inmediatamente, fueron causa bastante para que Serena creyera que había llegado para ella el momento tan ardentemente deseado.

No era así, sin embargo.

Cualquier observador menos preocupado que Serena habría notado en el rostro del joven cirujano las huellas de una dolencia mortal, la cual lejos de ceder al benéfico influjo de la felicidad de ver correspondido un amor tan largo tiempo escondido dentro del pecho, parecía agravarse día á día á pasos agigantados.

Era que la porfiada contienda que se peleaba en su corazón había ido adquiriendo proporciones superiores á las que pueden resistir las fuerzas humanas y había llegado

á su punto culminante, á aquel instante crítico que en todo combate decide del éxito final.

Mientras la presencia de su amada le enajenaba el alma y los sentidos con aquella embriaguez innarrable del amor, abandonábase el joven á su felicidad con todo el ardiente é irreflexivo entusiasmo de la pasión, sin remordimientos, sin miedo y sin zozobra.

Pero así que la fascinación cesaba, ¡qué contraste! Nuevo Adán, veíase desnudo en la presencia de su Creador, y avergonzándose de su desnudez, corría á esconderse en los más espesos matorrales y á hundir su frente en el polvo, contrito y humillado.

Á días de fiebre y de locura sucedíanse así noches de insomnio y de delirio, y á raudales de consoladoras lágrimas, rugidos espantosos de desesperación. Las inflamadas palabras con que creía haber alarmado el immaculado pudor de su amada, caían después sobre su corazón como gotas de hirviente lava; y las miradas de fuego con que había encendido quizás impura llama en su pecho, endentados puñales parecíanle en seguida que le rasgaban las entrañas.

Infundíale nuevos bríos el terror, y aunque sus fuerzas se agotaban ya en aquella lucha sin tregua, bastábanle aun para mantener en alta asta enarbolada su tres veces amado pendón de la gratitud, de la sumisión filial y del respeto á su amada.

Pero flaqueáronle al fin.

Como volcán que, oprimido por el peso de los siglos, estalla un día en más violenta erupción que jamás y cubre la montaña de torrentes de incandescente lava, desbordáronse de súbito de su pecho, voraces é inextinguibles

las llamas de su amor, envolviéndolo en una atmósfera de fuego, de pasión, de voluptuosidad; se oscureció su razón, flaqueó su espíritu, desmayáronse sus miembros; y ebrio, loco, delirante de amor, de pasión, de inmensa felicidad, se rindió al peso de su destino.

*
* *

Como despeñado á la mata providencial que lo detuvo en su caída, como náufrago á su única tabla de salvación, así se aferró el joven cirujano al único punto de apoyo que advirtió en la fatal pendiente por que se precipitaba irremediabilmente en el abismo.

Concebida la idea salvadora, la acarició en su mente con mezcla de contento y de tristeza, la consideró detenidamente por todas sus fases y acabó por convencerse de que no tenía otro camino que tomar.

—¡Oh! sí—se dijo—Blanca será un abismo insalvable entre nosotros: su tierna abnegación me permitirá amarla con toda la efusión de mi agradecido corazón sin olvidar á Serena, y en su común amistad hallarán nuestras almas lazo indisoluble de íntima unión y fuente perenne de no contaminada ventura; á su lado, al amparo de su amor, al abrigo de sus amantes miradas, no hay peligros que temer y es imposible la caída.

Pero ¿cómo decírselo á Serena? ¿qué pensaría de tan inesperada resolución? . . . Y ¡cuánto sufriría viéndose víctima de una nueva decepción! ¡ella, que tan generosa había sido, y más que generosa, abnegada y heroica! . . . ¡Oh, nó, imposible! no podría jamás resolverse á darle tal dolor.

Pero era necesario. era el único medio de salvación,

y no había tiempo que perder: los innumerables huéspedes de Miramar no tardarían en sorprender el secreto de aquella pasión que á tan hondo precipicio los arrastraba, y entonces ¿qué sería de Serena?

Tomó al fin el joven su heroica resolución y determinó con fiera energía llevarla á efecto inmediatamente.

La tarde estaba bellísima.

De pie sobre la cumbre de un montículo de arena, contemplaba la amante pareja su predilecto espectáculo de una puesta de sol.

Refrescábale los rostros, encendidos por la doble emoción del amor y de la admiración é iluminados con las reverberaciones de la ondulante superficie del mar, blanda y suave brisa impregnada de efluvios marinos y salpicada de las partículas de espuma que arrebatava á las olas.

Tenían éstas su eterna algazara de choques estridentes y hondos y plañideros lamentos en su pujante lucha por llegar á tenderse en la arenosa playa, y su monótona melodía resonaba en los enamorados corazones con ecos de plegaria y oración haciendo vibrar las solas fibras del amor y de la gratitud.

El sol declinaba majestuosamente á su ocaso por entre multitud de nubes de variadas formas y de elegantes contornos, vistiéndolas con riquísimos cambiantes de oro, nácar y grana y reflejando su imagen en el océano en ancha faja de fuego.

Las aves marinas plegaban sus alas y se acogían á las rocas lejanas de la ribera, y con sus melancólicos graznidos parecían dar sus adioses al moribundo día.

¡Hora feliz!

Largo rato estuvieron los amantes embebecidos en

sus pensamientos, contemplando mudos y silenciosos el magnífico espectáculo. Sus labios callaban; pero sus ojos, pero sus corazones se lo habían dicho todo ya mil veces, cada vez que sus miradas se habían encontrado. El disco del sol, descendiendo visiblemente momento á momento y agrandándose á medida que descendía, iba á tocar ya con su borde la resplandeciente superficie del océano; fijó Serena en él sus ojos un instante, y volviéndolos al joven cirujano como deslumbrada, exclamó:

—¿Te acuerdas, León? como esta tarde, pero más triste y sombría fué la última en que te vi. Aquí, en este mismo sitio, estabas tú cuando pasé yo á carrera tendida sin poder detener mi caballo para hablarte; ¿te acuerdas? Pero ¡qué tienes!—agregó—veo que tiembles y que tu rostro se demuda; ¿qué sientes, amigo mío?

—Nada, Serena, sino que me apena con negros presentimientos la coincidencia que traigas á la memoria el recuerdo más doloroso que conservaba mi corazón precisamente cuando me preparo para repetir aquella escena de despedida.

—¡De despedida! ¿qué dices, amigo mío? ¿sabes lo que dices? ¡irte tú ahora, imposible! oh, es imposible! aunque me lo jures, no te lo creo!

Dijo Serena estas palabras con tan dolorosa entonación, que el joven se sintió conmovido en lo íntimo del alma; fué á hablar, y no articuló palabra: la emoción lo embargaba.

—¡Oh! dime por piedad—continuó entonces Serena—que no es cierto lo que has dicho.

—Nó, Serena—balbuceó el joven—es cierto que me

preparo para dejarte, pero sin salir de Miramar, por ahora á lo menos.

—¡Ay! ¡cuánta amargura destilan tus palabras, amigo mío! Pero yo prefiero saberlo luego todo; dímelo, pues.

Al decir esto tomaba las manos del joven cirujano y las estrechaba entre las suyas con tierna efusión, al mismo tiempo que con sus miradas cargadas de lágrimas que pugnaban por saltársele parecía suplicarle que desistiera del propósito que iba á comunicarle. Y como el joven callara, indeciso y conmovido:

—¡León!—agregó Serena envolviéndolo en una mirada impregnada de amor y de ternura infinita—¡oh, León!

Cayó aquella última mirada como catarata de fuego sobre el joven; sus miembros todos se estremecieron en prolongada conmoción; los latidos del corazón le resonaban precipitados y tumultuosos dentro del pecho, como martillazos de una fragua; sus sienes parecían próximas á estallar; zumbáronle los oídos, nublarónse los ojos y, sintiendo que iba á morir de emoción, cayó de hinojos apretando convulsivamente las manos de la joven, y exclamando con fallecida voz:

—¡Oh, Serena!

Y posó sobre ellas sus labios ardientes de pasión y trémulos de placer.

El contacto de fuego de aquellos labios temblorosos hizo estallar en violenta llamarada la hoguera de pasión que encerraba el pecho de la joven; sintió ésta que desde el punto en que la habían tocado se infiltraba por sus venas con la vertiginosa rapidez del rayo una corriente de hirviente lava; y oscurecida la razón, enajenados los sentidos y estremeciéndose en galvánica conmoción de

amor, de placer y de pasión, se inclinó hacia el joven, y atrayéndolo suavemente hacia sí, lo oprimió contra su seno, y en un raptó de amoroso frenesí juntó á los suyos sus labios con arrebatada violencia.

¡Beso inmenso de amor!

En aquel preciso instante se hundía el sol en el océano, y un relámpago de sombra cruzó por la faz del cielo.

XI

Triste y sombría cual ninguna y preñada de lágrimas y de zozobras fué la tarde del 13 de noviembre de 1851 en la siempre apacible ciudad de la Serena.

El armisticio pactado entre sus defensores y sus sitiadores iba á terminar en breves horas, y se sabía que apenas terminara, antes que el día rayara, iba á empezar de nuevo el combate general; pero esta vez más encarnizado que nunca por una y otra parte, á sangre y fuego, sin tregua ni cuartel. La bandera negra tremolaba ya en ambos campamentos, en las torres de todos los templos de la ciudad y en altas astas en cada una de las trincheras, como anuncio de muerte y exterminio; y su fatídica silueta, tan profusamente prodigada, si por acaso infundía encono y la tremenda resolución de matar ó de morir en los esforzados y empedernidos pechos de los combatientes, llenaba de pavor y espanto el corazón de sus mujeres, padres, hijos, deudos y amigos.

La naturaleza, por su parte, contribuía á aumentar lo tétrico y sombrío de aquel cuadro.

En tanto que helado cierzo entumecía los miembros de los seres vivientes y arrancaba hondos y prolongados gemidos á los árboles, densas estratas de nubes, que en-

capotaban el cielo y que recio viento del norte empujaba en inmensas moles, parecían gravitar con enorme pesadumbre sobre la tierra y como disponiéndose á descolgarse en torrenciales lluvias sobre su faz. Algunos rayos de sol que conseguían paso á través de las escasas grietas que dejaban las nubes, iluminaban el poniente con un sombrío resplandor de incendio, el cual, reflejándose sobre la encrespada superficie del océano, daba á sus aguas siniestros cambiantes de sangre; en tanto que las olas, embravecidas por el viento, estrellándose y rompiéndose las unas contra las otras con nunca igualada violencia, mugían con sordos rugidos de tigre encadenado y salpicaban la ribera hasta muy lejos con sus espumas.

Ante la doble perspectiva del espectáculo de la naturaleza y de la sangrienta catástrofe que los hombres preparaban, todo enmudecía amedrentado: amparábanse los hombres al abrigo del hogar, y al de las trincheras, de sus armas y arreos militares los que no lo tenían; oraban ó gemían los ancianos, los niños y las mujeres; y hasta las aves y cuadrúpedos parecían haber buscado anticipadamente el refugio del nido ó del aprisco. La ciudad, muda; los campos, desiertos; y en el aire no más ruido que el del viento y las olas: hubiérase dicho que el helado soplo de la muerte había pasado por aquella comarca ahogando en ella todo germen de vida.

Dos mujeres, sin embargo, desafiaban la inclemencia del tiempo y los peligros de la soledad, recorriendo á aquellas horas la ribera del mar, y hacía poco que también la había recorrido un mancebo durante algunos momentos.

Saliendo de pronto de uno de los senderos que de Miramar conducían á la ribera, contempló éste durante

algunos instantes con cierto arrobamiento el espectáculo que ofrecía la naturaleza; se dirigió en seguida apresuradamente hacia el norte á lo largo de la playa; cuando hubo avanzado algunos centenares de pasos, se detuvo en un punto en que una hebra de agua filtraba de la arena y se echaba al mar; entretúvose largo rato en obligarla á seguir el curso que él le trazaba y en formar letras en la arena con piedrecillas y conchuelas á medio enterrar; y avanzando un poco más allá hasta enfrenar los primeros callejones que conducían de la playa á la ciudad misma, ascendió á uno de los más altos montículos que por ahí vió, escudriñó los contornos pausadamente con la mirada y se recostó en una pequeña hondonada abierta al occidente, es decir, hacia el lado del mar.

Menos de una hora haría que el solitario paseante había llegado á la playa, cuando por distinto sendero que él aparecieron las dos mujeres que hemos dicho.

Vestía la más joven sencilla basquiña de rico paño gris solapada hacia arriba por las faldillas de una chaquetilla de color terciopelo granate, que por lo bien ajustada que era dejaba manifestarse en todas sus correctas proporciones el alto seno, el flexible talle y los torneados brazos. Y cargaba la de más edad una corta saya de grosera tela de lana de color café prolongada hasta por sobre los hombros por medio de una especie de justillo con mangas cortas, que dejaban al desnudo los robustos brazos hasta más arriba del codo.

Las dos parecían inquietas y recelosas. Sin embargo, la más joven marchaba con decisión y un tanto apresuradamente; en tanto que la otra se rezagaba á cada momento á causa del cansancio que le ocasionaba lo pesado

del piso, formado de arena suelta y en sumo grado undoso y accidentado además. Trasmontaron, empero, en pocos momentos el cordón de montículos que espaldean la playa en aquel sitio; y descendiendo hasta mojarse los pies en los últimos avances de las olas, se encaminaron en seguida en la misma dirección que había tomado el joven que las había precedido, esto es, hacia el norte, hacia el punto en que el río Coquimbo desagua en el mar.

Habían andado apenas unas cuantas decenas de pasos cuando la más joven, viendo el cansancio de su compañera, se volvió hacia ella diciéndole:

—¿Estás segura, Brígida, de que por este camino he de hallarlo? ¿no se habrá dirigido más bien hacia la parte opuesta? Porque ¿qué objeto podría traerlo á estos sitios á exponerse á ser cogido y muerto por espía, por alguno de los destacamentos que suelen recorrerlos y á veces deshonrarlos con sus crueldades?

—Tan segura, su mercé, como que cada y cuando su mercé me ha mandado seguirlo, se ha venido siempre hacia estos lados. Eso sí que yo no sabré decir hasta dónde va, que ha de ser muy lejos, sin duda; porque ¡misericordia! á veces ha tardado más de mediodía en volver, el mismo que me he estado yo plantada por aquí esperándolo, ¡por mi señora del Carmen!

—Ya lo sé, mi buena Brígida, y no dudo de tu celo en servirme. Pero tan extraña me parece su conducta y tan á gritos me dice el corazón que soy yo la causa de su tristeza y abatimiento, que quiero cerciorarme por mí misma de lo que tú has visto y de mucho más que tú no sabes.

—Ya lo decía yo, ¡misericordia!... desde que llegó

aquí me pareció que el señorito sí que la amaba muy de veras. ¡Y qué bonita pareja que habrían hecho los dos! ¡si me parece que los estoy mirando! Pero ¿qué hemos de hacer? ya no tiene remedio... Si su mercé hubiera seguido mis consejos... Continúas que á mí me parece que no está su merced casada; porque, digan lo que digan, la verdad es ¡misericordia! que entre cristianos ¡si el cura no los casa!... ¡por mi señora Santa Ana!

Pero la joven, que por la centésima vez se había vuelto á adelantar algunos pasos, no escuchaba ya lo que su compañera le decía. Notando ésta lo cual, alzó la voz como para dominar el mugido de las olas, diciendo:

—¡Misericordia, su mercé! ¿Cómo no tiene miedo de aventurarse por estas soledades y con este tiempo? Mejor será que nos volvamos, que ya se hace tarde, y que deje su diligencia para mañana.

—¿Qué dices, Brígida, de volvernos? ¿no sabes que mañana sería tarde ya? Más bien quédate tú aquí descansando, mientras continúo yo hasta donde sea necesario, que he de verlo esta tarde, sin remedio.

—Pero, su mercé ¿cómo va á ir sola por estos lugares y á estas horas? ¡Misericordia!

—Oh, nada temas. Está atenta no más á cualquier incidente que ocurra, y acude á avisármelo en el acto si así lo juzgas conveniente.

Así diciendo, se alejó resueltamente la joven en la dirección ya indicada, con gran zozobra y pesar de Brígida, que permaneció, sin embargo, en su puesto, acostumbrada como estaba, á obedecer ciegamente á su «niña».

Habría andado ésta quizás un cuarto de hora, cuando llegó al punto en que el mancebo que la había precedido se había entretenido en trazar letras en la arena. Detú-

vose al verlas, y al leer en ellas su propio nombre, un relámpago de felicidad iluminó su rostro y una llamara-da de pasión y de ternura lo tiñó de levísimo carmín.

Quedóse ahí, contemplando aquella pueril pero terní-sima expresión de cariño, largo rato indecisa y vacilante entre retroceder, segura como estaba ya de que su amado no se había alejado de Miramar y de que no podría ale-jarse sin que ella lo volviera á ver, ó continuar hasta en-contrarlo, temerosa de que tal vez quisiera aprovechar las sombras de la noche para efectuar su partida.

Al fin venció el amor á la duda. Siguiendo entonces unas huellas frescas en la arena, no tardó en llegar al montículo en que hemos dejado recostado á nuestro soli-tario paseante.

Habíase éste dormido á causa del cansancio de mu-chos quehaceres que había desempeñado en el día y de muchas emociones que había experimentado y gracias al monótomo murmullo de las olas.

Como el lugar en que se hallaba formaba una honda-nada abierta al poniente, Serena, que venía del sur, no pudo verlo sino de súbito, cuando estaba á dos pasos de él, ni él pudo sentirla venir á ella, porque en la arena húmeda y suelta no hacían ruido alguno sus leves pisa-das, y el crujido de la poca arena que rodaba era apa-gado por el intenso rumor de las olas.

Dormía, pues, el joven apaciblemente y se aproxima-ba Serena á él con ánimo todavía entero y nada vaci-lantes pasos, cuando al ir ésta á trasmontar una pequeña eminencia del terreno, lo descubrió de improviso tan cerca de sí, que pudo percibir el blando murmullo de su sosegada respiración.

Reconocerle y sentirse presa de mortal desmayo fué

para Serena sola é instantánea sensación. Lanzó un íntimo gemido, y exclamando:

—¡León! ¡León!

Cayó desvanecida sobre el suelo.

Súbita como un relámpago, había medido sólo en ese instante su imaginación el insondable precipicio á cuyo borde se hallaba y la ciega violencia de la pasión que hasta allí la había arrastrado.

El joven, entretanto, en cuyo corazón había resonado el gemido de Serena con la intensidad de un trueno que hubiera estallado dentro de su pecho y con la dulzura de la voz de un ángel que lo llamara á la eterna bienaventuranza, se había medio incorporado sobre un brazo, y al ver que su amada caía presa de mortal desmayo, exclamó con acento imposible de describir:

—¡Serena! ¡oh, Dios mío!

También había medido su imaginación de un sólo golpe de vista los dos insondables abismos entre los cuales se hallaba suspendido como las almas en juicio en el puente de Al-Sirat de los fieles de Mahoma: de amor, de felicidad sin límites, pero al mismo tiempo de deshonra y de vergüenza, el uno; de perpetua desventura y soledad, pero al mismo tiempo de abnegación y de virtud, el otro.



Veamos ahora de qué modo habían llegado los jóvenes amantes á colocarse en tan embarazosa situación.

El eco del beso con que habían sellado su amor repercutía aún en sus oídos con sus últimas imperceptibles vibraciones, cuando vino á despertarlos de su dulce

arrobamiento la voz de Brígida que los llamaba desde algunos pasos atrás.

La buena Brígida había dado en la manía de expiar constantemente á su «niña» cuando andaba en compañía del joven cirujano; pues si bien se llenaba de gozo viendo la ciega idolatría con que éste la miraba, por nada en el mundo habría consentido en dejarlo que se tomara con ella la más ligera libertad. Cuando lo vió, pues, caer de hinojos y estrechar entre las suyas las manos de la joven, corrió á todo correr desde el punto dedonde los expiaba y empezó á llamarlos á grandes voces.

No lo tuvieron á mal los jóvenes amantes, antes al contrario, se felicitaron de la oportunidad que se les ofrecía para volverse á Miramar sin decirse una palabra más.

En el camino no hablaron sino de cosas indiferentes, y así que llegaron á las casas se separaron en silencio, sin más que darse un prolongado apretón de manos. Durante el resto de la tarde y toda la velada, uno y otro procuraron no encontrarse: uno y otro temían turbar su dicha con nuevas declaraciones y protestas de amor.

Cuando llegó la hora de recogerse, Serena, radiante de gozo y de felicidad, se aproximó al joven cirujano y con tierno y apasionado acento, le dijo:

—Junto contigo quiero ver mañana el primer rayo de sol que caiga sobre el mirador de Miramar, ¿verdad que no faltarás?

No respondió el joven, pero en su mirada leyó Serena un poema entero de amor, de dicha y de ventura, y la aceptación de su poética invitación.

Cuando la joven se recogió á su lecho veía flotar entre vapores bañados de luz y de colores el rostro dulcísimo

del joven cirujano, y al amparo de sus cariñosas miradas se durmió tranquila y sonriente como el tierno niño al arrullo de los cantos maternos.

Y ¿qué era del joven cirujano entretanto?

Encerrado en su alcoba, sentado sobre un blando sillón delante de una mesa cargada de papeles, libros é instrumentos de cirujía, con los brazos cruzados sobre ella y la cabeza apoyada y escondida entre los brazos ni dormía ni velaba: recordaba ó meditaba.

Una tras otra y con inconcebible fidelidad había repasado su imaginación todas las páginas de su existencia y de la de su amada, cuando la luz del alba empezó á filtrar por los resquicios de las puertas y ventanas y á iluminar el aposento con aquel tinte de rosa que tanta belleza y alegría presta al aspecto de los objetos más vulgares y comunes. Levantándose entonces el joven, fué á abrir la hoja de una de las ventanas que daban al oriente; su semblante, en que se veían húmedas todavía las huellas de las lágrimas, revelaba tristeza y felicidad á la vez; paseó algunos instantes su mirada con tierna emoción por todos los objetos que encerraba el aposento, en cada uno de los cuales hallaba un nuevo recuerdo de Serena, y la dirigió en seguida al sonrosado cielo, dulce, vaga, indecisa, infinita, como queriendo romper con ella el esplendente manto de luz que lo cubría y enviar ferviente plegaria más allá.

—Hermosa luz del alba—pensó, que no dijo, modulando apenas sus labios algunas sílabas—imagen pálida aún de la mujer que amo, cual suelen empañar tu diáfano esplendor nubes de negros vapores, así empañaría su puro amor el aliento envenenado de esta torpe pasión en

que me abraso; si su mirada volviera á encontrarse con la mía, el rubor de la vergüenza encendería sus cándidas mejillas y se agostaría la inmaculada flor de su pureza... Nó, no he de verla otra vez; que entonces no tendría fuerzas para dejarla, y una sola palabra más convertiría esta memoria que llevo, suprema y única felicidad á que puedo aspirar, en fuente perenne de amargura, de pesar y de dolor para ella y para mí... ¡Amor, inmenso amor con que la adoro, ha llegado la hora de la prueba!

Momentos después, antes que el primer rayo de sol cayera sobre las vidrieras del mirador, dejaba á Miramar y se encaminaba por la Portada al campamento del Lazareto, en que se hallaban á la sazón concentradas las fuerzas del Gobierno.

Desde allí dirigió una esquila á Voltero, avisándole que deberes ineludibles lo retendrían por algunos días en el campamento y recomendándole que tomara sus precauciones, porque el combate iba á renovarse indefectiblemente á la expiración del armisticio pactado, es decir, tres días después.

Durante estos mismos tres días no se ocupó él más que de recorrer con febril agitación todo el circuito de la ciudad ocupado por las fuerzas sitiadoras; visitó una por una todas las trincheras y demás puntos de defensa y de ataque que se habían fortificado para asegurar el éxito del combate; no dejó de hacer algunas observaciones acerca de lo peligroso de algunos de los puntos elegidos y de lo inadecuado de algunas de las disposiciones tomadas; estableció, en las mejores condiciones posibles, varias salas de sangre en que prestar las primeras atenciones á los heridos; señaló á cada uno de sus subalternos

sus respectivos puestos, con la completa aprobación de ellos, como siempre sucedía, y les dió sus últimas instrucciones.

Notando sus amigos, por todas las medidas tomadas, que sus disposiciones estaban calculadas como para el caso de no encontrarse él presente en los días del combate, le preguntaron admirados:

—Y tú ¿qué papel te reservas?

—Mi puesto está esta vez en otra parte—les contestó él con cierta entonación de voz en que se traslucía que no abandonaba su puesto, sino bajo el peso de grande y escondido pesar.—No necesito recomendaros el cumplimiento de vuestros delicados deberes, que sé los cumpliréis como siempre.

—¿Te vas?

—¿Te sientes mal?

—¿Tu buena madre, acaso?

—Pero ¿qué tienes?—agregó un cuarto.—Todo el mundo, de tambor á general, ha conocido ¡mil bombas! por lo hosquillo y agitado que te ven, que algún tiro se te ha ido por la culata... ¡Y vaya que el tal tiro ha de haber sido de calibre, por lo azorado que te pones!

—Cállate, corneta—repuso el joven—no seas majadero; sólo puedo decirte que el deber me llama á otra parte. Adiós, pues, amigos míos; dejadme ir al cuartel general, que aún no tengo mi licencia, y, ya veis, faltan pocas horas para que el día acabe.

—Adiós, otra vez—añadió abrazándolos á todos—y ahora, cada uno á su puesto.

No fué menor la sorpresa de sus jefes cuando se presentó á pedirles su retiro en tales circunstancias.

--Nada temáis—les dijo él—dejo tomadas todas las

precauciones que el caso requiere, y de mis compañeros no hay uno solo que no sea digno de su puesto; si así no fuera, creédmelo, no abandonaría yo el mío ni para ir á asistir á mi madre moribunda.

—Bien lo sabemos, querido amigo—le replicó bondadosamente el coronel Garrido—y es por esto precisamente por lo que congeturamos que ha de ser muy grave la causa que os obliga á dejarnos en estas circunstancias.

—¿Daréis, pues, á mi asistente nuestros salvoconductos y permiso para que me espere esta tarde al anochechar, con los caballos en el cuartel de Peñuelas?

—No hay inconveniente, amigo mío, y para mayor seguridad de vuestra persona, tendréis un pequeño piquete de caballería á vuestra disposición para que os acompañe en las primeras jornadas, hasta Ovalle, ó hasta Illapel, si gustáis.

Poco después volvía el joven en camino de Miramar.

El día, hasta entonces limpio y despejado, empezaba á descomponerse: negros nubarrones cruzaban el firmamento y un helado cierzo rastrero, no infrecuente en aquella estación en la bahía y valle de Coquimbo, mecía con fuerza la copa de los árboles y levantaba densas nubes de polvo.

Llegado á Miramar, se dirigió el joven directamente á su estancia y se encerró en ella, poniendo llave á la puerta.

Imposible describir, con todos sus tetricos y sombríos colores, aquel cuadro final de la terrible y formidable lucha que peleaban en su alma el deber y la pasión.

Escaldados los ojos por el llanto, enronquecida la voz por los sollozos, abatidas, casi agotadas las fuerzas corporales con la ruda tarea de esos días, y aturdida el alma,

la razón perdida y lacerado el corazón, deteniéndose á cada paso, mirando con una última mirada cada uno de aquellos objetos que algún recuerdo tenían de las manos de su amada, salió al fin del aposento y se lanzó en dirección á la playa por extraviado sendero.

Al cruzar el jardín se encontró con Brígida, que venía con su diaria colecta de rosas; detúvola, y desviándola hacia un sitio escondido entre matorrales, le dijo:

—Voy á pedirte un favor, mi buena Brígida; pero antes has de prometerme cumplir religiosamente lo que voy á decirte.

—¡Por mi señora Santa Ana!—contestó Brígida—¿qué le sucede al señorito para poner esa cara y venirse con estos misterios? Hable no más, que ya sabe cómo cumplo yo lo que prometo ¡misericordia!

—Pues bien, has de saber que me voy ahora mismo para nunca más volver.

—¡Misericordia! ¡por mi señora Santa Ana y la Virgen del Carmen! ¿qué ha sucedido, pues?

—Nada, mi querida Brígida, sino que mi destino me llama á otra parte. Ahora, óyeme bien: toma esta llave, que es la de mi pieza; sobre la mesa del centro dejo una carta para Serena; esta noche, cuando las fogatas de los campesinos brillen ya en todas las cabañas, vé á tomarla y entrégala á Serena. Y ahora, adiós, mi buena Brígida.

—Lo dicho—respondió Brígida—pero por la Virgen del Carmen no se vaya sin despedirse de la señorita; ¡cuándo me lo perdonaría después, misericordia!

—¿En dónde está en este momento?—preguntó el joven con inquietud.

—Bajo el emparrado de la derecha con algunas amigas.

—Bien, Brígida; iré á verla. En adelante cuidala más que nunca por mí y por ti, que Dios te lo premiará.

Siguiendo entonces el mismo extraviado sendero que traía, procuró salir á la playa precipitadamente por el lado opuesto al que Brígida le había indicado; pero no salía todavía de los lindes de Miramar, cuando se desvió hacia este último lado, acercándose así al punto en que debía hallarse Serena.

—He jurado no verla—se decía—pero puedo oírla; una sola palabra, el eco sólo de su voz, y todo ha concluido para mí.

En aquellos momentos vibró en el aire, mezclándose al susurro que el viento producía en el follaje, pero sin confundirse con él, una armonía dulce, vaga, indefinible, llena de inmensa ternura é impregnada de pasión.

Era la voz de Serena que entonaba estas sencillas estrofas, que en su misma sencillez revelaban la sinceridad del sentimiento que expresaban:

Pasada la borrasca
que el cielo en negra noche encapotó,
brillan en la honda esfera las estrellas
con fúlgido esplendor.

Pero ni el ave alegre
el solitario bosque con su voz,
ni alza su tallo ni su aroma esparce
en el prado la flor.

Medrosas ó marchitas
aves y flores, sin olor ni voz,
de la pasada tempestad parecen
atentas al rumor.

Mas si Venus del alba
su estrella de suavísimo fulgor
levanta en el oriente, la venida
anunciando del sol;

el ave entonces llena
el solitario bosque con su voz,
yergue su tallo y su perfume exhala
en el prado la flor;
previendo el nuevo día,
aves y flores, bendiciendo á Dios,
de la pasada tempestad ya no oyen
el reciente fragor.

En la noche del alma
en que acerbo pesar me sumergió,
perdida la esperanza, ni consuelo
buscaba á mi aflicción.
Pero te vi, oh hermoso,
y mi alma á la esperanza renació;
que, cual Venus del alma, tú anunciabas
en mi vida un albor.
Yo vivo desde entonces,
si en ti pensando, bendiciendo á Dios,
porque para anunciarme el nuevo día
un ángel me envió.

Dejó la voz de cantar y sus últimas vibraciones se perdieron confundándose con las que el viento producía; pero por largos instantes aún quedó escuchándolas suspenso y arrobado el joven cirujano; parecíale que aquella melodía no iba á acabar nunca y que habría de llenar eternamente con sus ecos la inmensa esfera.

Era ya tarde y el tiempo se había hecho tempestuoso: arreciaba el viento y gruesos goterones empezaban á desgajarse de las nubes.

El femenino séquito de Serena armó entonces grande batahola y algazara y se desbandó en dirección á las casas de Miramar.

Serena, al contrario, siguiendo su costumbre, á pesar de lo malo del tiempo, se encaminó en opuesta dirección, es decir, hacia la ribera del mar.

El joven, que, despertado de su éxtasis por el bullicio, atisbaba en ese momento en la dirección que se había producido el femenino alboroto, la vió venir radiante de gozo, de amor y de hermosura por entre los claros del ramaje; apenas cincuenta pasos lo separaban de ella.

Verla y sentirse impelido hacia su encuentro con ímpetu irresistible, fué instantánea sensación para el joven, que no pudo esta vez dominar sus emociones y apenas si pudo contenerse abrazándose con desesperación del tronco del árbol tras el cual se hallaba escondido; latíale alborozado el corazón, palpitábanle las sienes con violencia y parecía su cabeza próxima á estallar.

Pero no había tiempo que perder. Serena se aproximaba y un segundo más sería tarde ya. Haciendo entonces supremo esfuerzo, apretó convulsivamente la cabeza contra el tronco, é irguiéndola de súbito, soberbia y arrogante, dió al fin al espíritu el triunfo final. Se escabulló en seguida por entre el espeso ramaje, saltó una alta pirca que por ahí formaba el linde de Miramar y se perdió en la espesura de los vecinos totorales.



Lo demás lo sabe ya el lector.

Apenas vió Brígida encendida la primera fogata, que por lo malo del tiempo fué encendida horas antes de la de costumbre general, contó á Serena su escena con el joven. Abrió ésta la carta con febril ansiedad: era una tierna despedida y una ingenua declaración de amor, de insensato amor, incompatible ya con la amistad. Vaciló Serena un instante, un instante brevísimo co-

mo un relámpago, y dijo entonces á Brígida resuelta-
mente:

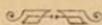
—Vamos á buscarlo, y, ó habremos de detenerlo, ó
habrá de llevarme consigo; nada temo: si él es débil, yo
soy fuerte.

RICARDO DÁVILA BOZA

(Continuará)



EN FRANCIA



(FRAGMENTOS INÉDITOS DEL DIARIO PRIVADO DE VIAJES DE DON
BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA)

(Continuación)

París, 31 de diciembre.

Fin del año 1854; me parece que era anoche cuando escribía en Cirencester el fin del año 1853.

¡Cómo se pierde el tiempo en nuestra memoria! ¡Cómo vuela empujando nuestra vida, que es sólo un soplo!

Recuerdo que un día del verano de 1845 ó 46, viendo al sol reflejarse largo tiempo en la pared frente á mi ventana, en la calle de las Monjitas, pensé por primera vez en la brevedad de las horas, en la rapidez de la vida. Desde ese día mi convicción se hace cada vez más profunda sobre la corta duración de nuestra existencia, y la lección jamás interrumpida que nos da la muerte sobre nuestra miseria. Nunca tal vez un hombre en la flor de sus años pensó con más frecuencia en sus pos-

treros días, que lo que yo lo hago, obedeciendo á los impulsos naturales de mi organización.

La vida de Europa ha producido en mí sensaciones extraordinarias, que creo raras en otros. Cuando asisto á una gran reunión, como anoche al Circo del Emperador, donde habría tres mil almas; cuando veo á los hombres en masa, es cuando su debilidad me parece más tangible. Cuando oigo risas y truenos de contento, me parece el ruido de la algazara el eco apagado de un quejido que no sé dónde existe.

Yo me lo digo á mí mismo con una franqueza que no temo: á los 23 años he aprendido sin grandes lecciones la triste convicción del desprecio por los hombres. El egoísmo es la ley más universal de la tierra, tal vez porque es una ley necesaria, pues sin ella la conservación no existiría.

Sólo el recuerdo de mi familia hace revivir en mi alma emociones puras de amor; todo lo demás lo miro con indiferencia; pago con la única moneda que recibo de los demás. Hay momentos en que, como en pasados años, no me siento contagiado todavía por la enfermedad de todos los hombres: el amor de sí propio, y creo que sería capaz de grandes sacrificios por otros.

Á veces toda la gloria y las empresas de un grande hombre me parecen polvo vano. ¿Qué es Napoleón en los Inválidos? Menos que un cadáver, una momia. Su nombre es admirado; pero ¿fué él feliz? ¿hizo feliz á alguien? ¿ha sido favorable para él el juicio eterno?

Mis pensamientos, en el día, tienden más á una vida tranquila y retirada que á la gloria y al ruido á que antes aspiraba. Estoy, sin embargo, en el camino de la vida pública, el profesorado de mis conciudadanos en

ciertas artes. Esto me demanda sacrificios de corazón, pero yo los hago con gusto, porque si soy egoísta, no es en el sentido mezquino y bajo de la generalidad.

En cuanto á mi vida en 1854, no ha podido ser más metódica y aprovechada. Puedo decir con seguridad que de los 365 días del año, no habrán sido más de cinco aquellos en que no he trabajado de seis á diez horas diarias—ocho, en término medio.

Si consulto mi programa para 1855, lo miro con placer en el sentido de mis estudios y educación; pero no así en el de mi felicidad, porque lejos de mi familia y de mi patria, siento mi corazón eternamente vacío y muerto.

Hoy me levanté á las 9, después de un sueño de 7 horas, que es mi descanso ordinario. Almorcé y me paseé por el jardín, donde encontré una pobre avecilla muerta, tal vez por la helada de anoche.

Desde las 11 hasta las 3 y media escribí apuntes varios.

Á esa hora vinieron á buscarme los Cerdas, y salimos á andar. Los boulevares estaban en el colmo de la animación. Entramos donde un individuo que hace retratos cortados con tijeras en un papel, y yo me hice sacar el mío, por tres sueldos; he quedado bastante parecido para ser hecho de ese modo, y en menos de un minuto.

Á las 10 de la noche he vuelto á casa y me he puesto á escribir diversas cosas. Espero que la campana de San Sulpicio dé las 12 para doblar la rodilla delante de mi Dios y pedirle perdón, amparo y dicha para los míos. Aunque hasta aquí puedo haber parecido distraído en las manifestaciones externas del culto, siento profundamente el amor y la gratitud á Dios por su misericordia. Mañana oiré misa con verdadero gozo.

Suenan las 12 en este momento y yo me arrodillo.
Estamos en 1855.

1.º de enero de 1855.

Á las 12 vinieron José Nicolás y Carlos Cerda y con ellos visitamos á M. Claudio Gay, donde pasamos un rato muy agradable; en seguida á M. Bihdur, cuya esposa es tan bella como agradable; y en seguida hicimos nuestra visita de Año Nuevo á nuestros compatriotas Undurraga, Sol, Gallo, Varas y el general Blanco.

Á las 5 comimos en el *Diner de Paris*, y á las 6½ llegamos apresuradamente al Teatro Francés, donde se daba *La dot de ma fille*, perfectamente representada por su propio autor Samsón, el maestro de la Raquel, y decano de los actores franceses; después *Les ennemis de la maison*, que ya había visto, y por último, el admirable *Malade imaginaire*, dado por Prevost, Regnier y la encantadora Fix.

Sólo á las 12 y media concluyó la función, que había comenzado á las 6 tres cuartos.

4 de enero.

Me levanté á las 8 y media, después de los sueños más extravagantes, tanto, que el de haberme convertido en una pastilla de almendra, es de los menores.

Trabajé hasta las 3, y en seguida fuimos con los Cerdas á hacer nuestra visita oficial al ministro chileno, general Blanco.

El general está excesivamente sordo, y ya algo débil de cabeza. Á su casa acude el gran mundo y la Corte de

París. Él, á su vez, asiste á menudo á la Corte, y la crónica de palacio es asunto familiar suyo. El busto de los Emperadores se encuentra en el salón de recibo, como dos santos de familia.

Después de una visita muy afable y cortés, y aunque doña Carmen nos convidó mucho á comer, nos retiramos, y yo he seguido trabajando en mi libro en francés sobre Chile hasta la 1.

21 de enero.

He ocupado estos días en escribir mi libro sobre Chile, en francés, y mi folleto sobre emigración, que es lo mejor que creo haber escrito aquí.

He visitado también diversos colegios y asistido á conferencias públicas.

Tal vez no hay en París una vida más activa, más variada, más fecunda, que la del hombre que estudia y pone una parte de su corazón en los esfuerzos de su inteligencia. Lo más puro y lo más brillante de la gloria de París brota de las inteligencias que educa, y que esparcidas después por la tierra, van constituyendo nuevos núcleos de civilización y de progreso.

El aprendizaje no es aquí una fatiga, es un placer, en que la aridez de la materia se presenta envuelta en las formas seductoras del lenguaje de las cátedras públicas de la Universidad, de los colegios nacionales y de las escuelas especiales, abiertas la mayor parte al primero que pasa por la calle.

La eminencia de los talentos, la excelencia de los sistemas adoptados, el número y especialidad de los establecimientos públicos, hacen resplandecer la educación

con una luz simpática á todos, y que no esclaviza á nadie. La educación es aquí libre como la inteligencia y la moral suprema en que se basa. Al menos, tal era hasta el 2 de diciembre de 1851, en que un singular aventurero trizó con el taco de su bota la frente de la Francia, preñada con los destinos de la humanidad.

Los principales colegios nacionales, como el de San Luis, Luis el Grande, el Liceo Napoleón (antiguo colegio Enrique IV) y el colegio de Francia, están agrupados al rededor de la Sorbona, la Universidad de París, al pie del montículo de Santa Genoveva, en cuya cima el Panteón, cementerio de la gloria y de la inmortalidad del genio, cubre las cenizas de muchos grandes hombres.

La Universidad de París tiene hoy 7,000 estudiantes, de los cuales 3,000 estudian leyes, 2,500 medicina (en Santiago la estudian 12 alumnos!) y 1,500 ciencias y otros ramos.

Además de los grandes colegios que he nombrado, hay el Colegio Bonaparte (antiguo colegio Borbón) y el Carlo-Magno, á cada uno de los cuales asisten más de 1,000 alumnos. En los liceos oficiales de educación hay 13,800 jóvenes más, bajo la dirección de 179 profesores. Hay además algunos millares que reciben una educación aparte en las escuelas especiales, como la Escuela Politécnica, la de Estado Mayor, la de Puentes y Calzadas, la grande Escuela Militar, el Colegio de Saint-Cyr, la Escuela de Minas, la de Comercio, la de Administración, la de Agricultura, la de Manufacturas, la Escuela Normal de maestros para la instrucción secundaria, la de Dibujo, de Bellas Artes, de Lenguas Orientales, etc.

Sin embargo, yo no aconsejaría á los padres de familia, que viven á cuatro mil leguas de París, que enviasen

á educar sus hijos pequeños en estos colegios donde el alma, privada de ternura y del dulce calor del hogar, vegeta y se seca, para los afectos puros, la generosidad y la franqueza.

He visto las escenas más delicadas y tiernas, principalmente en la pensión Geoffroy, donde he ido con frecuencia á ver algunos niños chilenos que allí se educan; pero era porque las madres residen aquí, y van á menudo á abrazar á sus hijos.

En cambio, he visto también los más repugnantes espectáculos de degradación y de cinismo en jóvenes que comenzaban á vivir y que ya parecían haber concluído su camino en el mundo, por la extenuación física, y el desenfreno y cansancio morales. Recordaré siempre la invitación de un joven estudiante gascón, que venía conmigo en un ómnibus, para entrar en una casa del barrio Latino, sobre la plaza de la Sorbona; acepté por curiosidad. Entré en un cuarto donde uno de los estudiantes rascaba un violín, mientras medía docena de parejas bailaban, más por la ebriedad de sus cabezas, en un espacio de seis varas. Había sobre una mesa sendos vasos de cerveza que los muchachos y las mujeres vaciaban y llenaban, mientras que el humo de sus cigarros oscurecía el tenue resplandor de una lámpara de estudio...

La educación física de los colegios de gobierno es, sin embargo, bastante esmerada bajo un sistema militar. Los alumnos están organizados en escuadras, con cabos y sargentos, tienen un uniforme de parada y aprenden el ejercicio del fusil.

En el invierno, cuando hace unos de esos apetecidos días de sol y todo París se lanza á la calle como una gran masa animal que obedece al influjo del calórico, se

ven por los malecones del Sena grandes procesiones de niños vestidos con soltura y abrigo, que se pasean y toman el aire que les falta en los sombríos patios de sus pensiones. Á veces prolongan sus paseos hasta los bosques vecinos, como Vincennes y Bondy.

22 de enero.

No serán menos de 20,000 personas las que se educan bajo los auspicios del gobierno en París, y un número no inferior debe de existir en los colegios privados, donde se hace la enseñanza preparatoria para los cursos públicos.

He asistido á éstos, oyendo las elocuentes lecciones de literatura francesa de M. Saint Marc Girardin; el curso de química de M. Balard, en la Sorbona; á M. Woloski, Payen y Boussingault, en el Conservatorio de Artes y Oficios, en que se hacen al pueblo cursos nocturnos de las ciencias aplicadas; en el Jardín de Plantas, á M. Geoffroy Saint Hilaire, el modelo de los profesores que he conocido; á M. D'Orbigny, el más eminente de los viajeros de la América del Sur, después de Humboldt.

He tenido oportunidad de encontrarme, envuelto en mi oscuridad y mi admiración, en medio de los más ilustres nombres de la ciencia; con M. Decaisne, el presidente de la Sociedad Botánica de Francia; con M. Chevreul, el decano de los químicos; con M. Jomard, reliquia de los exploradores de Egipto que acompañaron á Napoleón; y aun notabilidades de otro género, como M. Dupin, el presidente perpetuo del Cuerpo Legislativo bajo Luis Felipe, y el segundo hombre de la monarquía durante tantos años.

30 de enero.

He asistido á una sesión general del Instituto.

Había unas 800 personas en el anfiteatro; M. Jomard presidía, y á su lado estaba M. Villemain, el literato más consumado del siglo y uno de los hombres más feos y más estrafalarios que yo he visto, aunque ha sido Consejero de Estado y Par de Francia.

Faltaban en aquella asamblea del genio las celebridades más conocidas del Instituto; no estaba Lamartine, á quien hasta hoy no he podido ver, ni Guizot, ni Thiers; pero sí todos esos magníficos grupos que componen las cinco Academias del Instituto: Mignet, Chevalier, Elie de Beaumont y tantos otros.

En la sección de Bellas Artes se distinguían Horacio Vernet, con su cara de Don Quijote en miniatura, y David D'Angers (que acaba de morir), colorido como el bronce de que hacía sus magníficas estatuas.

La sesión duró dos ó tres horas y se abrió por un elogio de Arago, poco há muerto, que leyó M. Jomard. Se distribuyeron después los premios nacionales, y se leyeron varias Memorias por algunos miembros del Instituto. M. Babinet hizo reír con una sátira sobre la aparición de los cometas, cuyo desórdenes etéreos atribuía él á los desórdenes políticos de la tierra; y, por último, la sesión se cerró con un elogio del organista Frobherger, leído por Halevy, el gran compositor autor de la *Judía*, y cuya nariz aplastada y voz gutural parecen sirvieran de disfraz á su genio de melodía.

Otro día he asistido á la distribución de premios de la Academia de Medicina.

Había 60 profesores con sus ropas talaes, y 3,000

alumnos coronaban hasta el techo el vasto anfiteatro. M. Bouchardat, uno de los médicos más eminentes de la Facultad de París, que es la primera facultad profesional de Europa, pronunció con voz conmovida el elogio fúnebre de su amigo el botanista Richard, recién muerto. Al aludir á uno de los hijos del ilustre profesor, que prometía seguir las huellas de su padre y que estaba ahí presente en el banco de los catedráticos, prorrumpió éste en sofocados sollozos, y toda la reunión, conmovida como por una corriente eléctrica, aplaudió unánime aquella escena de ternura.

El conjunto de aquellas 3,000 fisonomías juveniles, iluminadas sobre el fondo negro de los trajes por la luz opaca de la cúpula, en un día de invierno, tenía cierta lividez fúnebre, como el destino á que son llamados en la vida...

Un momento después, una estrepitosa carcajada sacudió á todos, porque M. Bouchardat dijo que los cocodrilos del Nilo se habían comido al Dr. Petit... Así son los franceses: lloran y se ríen á la vez como los niños.

Presidía la ceremonia M. Dubois, el partero de la emperatriz, y que es hoy el Corvisart del segundo Napoleón. Se hallaban también presentes M. Andral, el eminente patologista; M. Roux, uno de los cirujanos más distinguidos de la Facultad; el doctor americano Ricord, que tiene la especialidad de la sífilis, y que aunque con una gran dosis de *humbert* trasatlántico, es un médico eminente. Orfila había muerto, y su nombre querido y venerado es repetido por todos. Raspail, el genio más atrevido de las ciencias médicas, erraba en el destierro...

He visitado también la Biblioteca imperial de Fran-

cia, la más vasta que existe, pues tiene 1.500,000 volúmenes, de los cuales 15,000 son manuscritos.

Aquí he visto las tabletas movibles usadas antes del descubrimiento de la imprenta, y una Biblia publicada en 1457. ¡Cuánta veneración no inspiran estos trozos de la cuna en que se meció la nodriza de la civilización y de la inteligencia!

Vi también los manuscritos de Rousseau y muchos autógrafos, entre otros la correspondencia entre Luis XVI y la más bella y desdichada de sus *maîtresses* inmoladas, Luisa de la Vallière. Una de las cartas de esta víctima de la licencia regia, datada del claustro en que se refugió, tiene por firma sólo su nombre de monja, *Luisa*.

Esta mañana fuimos admitidos con Undurraga á inspeccionar la imprenta imperial, la más considerable de Europa. Entramos por el taller de la fundición de tipos, que se hace en un hornillo de una vara de circunferencia con más facilidad que la fabricación de balas con que se entretienen los niños en una cayana. Y sin embargo, se funden tipos para 48 lenguas diferentes!

La sala de la composición es enorme. En la sala de impresión hay 120 prensas de mano y 10 á vapor, que tiraban 350,000 pliegos por día. La máquina de presión para apretar el papel tiene una fuerza de 800 toneladas. Hay 600 hombres, 300 mujeres y 50 niños empleados. Los compositores ganan 6 francos diarios y las mujeres que cosen y compaginan, 3 francos 50 céntimos; los niños de 1 á 2 francos.

Esta imprenta tiene el privilegio de fabricar todas las figuras del palo de bastos de los naipes, de modo que todos los paquetes fabricados en manufacturas particula-

res vienen á completarse aquí, sin duda para garantía de la legitimidad de los naipes. Fabrican 12,000 paquetes diarios, como si dijéramos 12,000 puñales!

Cuando Pío VII visitó este establecimiento, los obreros le presentaron al salir los Mandamientos, impresos en 150 lenguas, operación que ellos habían hecho durante la visita de Su Santidad.

10 de febrero.

Á las 4 de hoy me entregaron en la imprenta los 30 primeros ejemplares de mi libro sobre Chile, con una exactitud que nosotros no conocemos: me los habían prometido para el 10, y los he tenido puntualmente.

El cuaderno está bastante bien; tiene 144 páginas en 4.^o mayor, nutridas y con el mapa de Chile; me costarán probablemente 450 francos los 1,000 ejemplares. No me parece caro.

13 de febrero.

M. Bureau, mi vecino de cuarto, vino á verme y á felicitar me por mi publicación. Ayer me escribió también M. Geoffroy Saint Hilaire una cartita de felicitación que me ha llenado de orgullo, y con justicia, pues él es el Buffon del día.

M. Saint Hilaire me hace las más amables y halagüeñas invitaciones.

16 de febrero.

Después de comer, á las 8 nos fuimos con Carlos

Cerda donde M. Claudio Gay, con quien debíamos ir á hacer una visita á M. Geoffroy Saint Hilaire. M. Gay estaba ya de gran parada, y luego salimos.

Pero nuestro cochero se envolvió y se perdió en la inmensa ola de coches que rodeaban el Hôtel de Ville, y sólo á las 10 llegamos á casa de M. Saint Hilaire. Había unos veinte caballeros y ocho señoras. Sus saloncitos son pequeños, pero muy bien arreglados. El ilustre sabio me recibió con extremada amabilidad, me tomó dos veces la mano y me contó cómo había distribuído los ejemplares de mi obrita que le había mandado.

Su esposa, una bella y enfermiza señora llena de dulzura y suavidad, me hizo llamar y me habló con el mayor interés de mi librito y de Chile. *¡Oh, quel pays!* exclamaba, y decía que quería verlo y llevar á M. de Saint Hilaire. La hermana de éste es una señora excelente; parecen ser personas muy religiosas, caritativas y con muy poco afecto al bonapartismo. Su sociedad es *délicieuse*.

Estaba ahí M. Denis, el bibliotecario de Santa Genoveva, hombre de vasta ilustración; Mr. Milne Edward, con quien hablamos de Chile. Le dije que su obra había sido traducida en Belfast, lo que lo sorprendió, porque no lo sabía. Los verdaderos hombres superiores son siempre modestos.

Á las 12 me vine á pie á casa, en medio de una nevada espantosa.

B. VICUÑA MACKENNA

(Continuará)



AI ME!...



(Á MANUEL BARROS BARROS)

I

Ha sido muy loada, amigo amado,
esta vida del campo y su sosiego;
su soledad, ajena del enfado
del ruido diario y tumultuoso; y luego,

la ausencia de los usos relamidos
de la culta ciudad; el abandono
de aquella perfección en los vestidos
que muestra el lechuguino de buen tono;

el olvido de aquella compostura
que cubre de una máscara el semblante,
que no admite expansiones y procura
dar seriedad hipócrita al talante;

el desprecio de tantas arterías,
que se llaman allí modas sociales,

con que sin turbación todos los días
se engañan mutuamente los mortales;

y todavía más, la pura brisa
impregnada de rústicos aromas,
que, siempre juguetona, va de prisa
por collado, praderas, valle y lomas,

sin temor de encontrar en su carrera
estrecha calle ó reducida casa
donde quede perdida ó prisionera
de helados muros, y de luz escasa;

y más aún, la grata melodía,
ese *cantar sabroso no aprendido*,
con que las aves, saludando al día,
dan gozo al alma y notas al oído;

y aún después, la sencillez ingenua
del labrador, si de saber escaso,
siempre fuerte y constante en la faena
cuando guía del buey el tardo paso.

II

Todo eso y mucho más de que me olvido,
de la vida del campo se ha loado...
Yo debo confesar que no he podido
distinguir de lo vivo lo pintado!

Y he llegado á pensar que tal belleza,
si en la ciudad no existe, aquí tampoco,

y que para creer tanta lindeza
es fuerza ser idiota ó estar loco.

¡Sosiego y soledad en esta vida
del campo!... Lo primero es sólo un mito;
lo segundo es peor, porque se olvida
el cortesano trato en el maldito

trato con gente inculta y tan grosera
que no entiende si le hablan castellano
y las palabras de tal modo altera
que no deja al idioma punto sano.

Ya llega el labrador... ¿Sencillo? ¿Ingenuo?
¿Con semblante risueño?... ¡Nada, nada!
Lleno de mugre y de malicia lleno,
el *corvo* al cinto y dura la mirada.

El mismo que le paga es su contrario,
su peor enemigo el que lo emplea;
se gasta en la taberna su salario
por más que la miseria en su hogar vea.

«¡El Rico!» llama con rencor secreto
al que le da trabajo y lo mantiene;
guarda las apariencias del respeto
para faltar á él si le conviene...

III

¿Que no hay ruidos? ¡Por Dios! Mugen las vacas;
lanza á distancia el toro su bramido;

relinchan de placer las vivas hacas;
la oveja da "su trémulo balido";

Alborota la casa el gallinero
si alguna joven polla un huevo puso;
los canes ladran con tesón guerrero,
porque vieron pasar algún intruso.

Arma una zambra tras la rata el gato;
canta la cocinera á grito herido
con desentono tal y tan ingrato
que está el amo rabioso y aturdido.

Al pasar un milano por la altura
los pájaros, chillando, huyen veloces;
y á par que aromas, trae el aura pura
del vaquerizo las brutales voces!...

IV

¡Y así pretendes que remonte el vuelo
desde la neta prosa de la vida
y busque un rayo de la luz del cielo
para alumbrar mi mente oscurecida!

¡Ay, mísero de mí! ¿Cómo desgarró
la soporosa niebla que me envuelve?...
Pues que de barro soy ¡ay! en el barro
mi espíritu impotente se revuelve!

Manuel, si quieres exaltar mi musa,
muéstrame al punto la celeste hada

que acaricia tu mente en la confusa
visión del sueño á par que en la velada.

Así yo, pobre vate sin aliento,
podré admirar también la luz divina
cuando á impulso de dulce pensamiento
dos pupilas ardientes ilumina.

Ese letal desmayo de la hora
que nos lleva á la tarde de la vida,
cuando todo de sombras se colora
y al eterno descanso nos convida,

cesará ante la mágica figura
de la celeste aparición, y estrecho
para la inmensidad de su ternura,
el tuyo confidente hará á mi pecho.

Borraré las injurias de la prosa
el rayo de tu amor; sobre mi frente
rasgaráse la niebla soporosa
y visiones sin fin creará mi mente.

Así, arrobado en el radiante foco
donde se engendra la alma poesía,
sintiendo el corazón de gozo loco,
brotará de mi pluma la armonía!

ANTONIO ÉSPIÑEIRA



À ORILLAS DE LA LAGUNA



Ya lo sé; llegué tarde. Vi la dicha;
tendí las manos y voló al tocarla.

(HARTZENBUCH)

Era aquella una de las primeras tardes del otoño, tarde llena de encantos con su sol que descende, inundando en viva luz el occidente cubierto de ligeras nubes, y con sus brisas que gimen entre los árboles, desprendiendo acá y allá alguna hoja amarillenta demasiado pronta en marchitarse y que abandona la rama, verde todavía.

El joven que pierde sus primeras ilusiones se asemeja á las plantas del bosque, que antes de tiempo se despojan de sus galas, y el otoño es fiel retrato de muchas almas para las cuales llega esa hora melancólica en que las alegrías comienzan á desvanecerse y las ilusiones nos dicen adiós.

Pablo y yo cansados de recorrer el parque de la casa de campo, donde habíamos pasado algunos días en medio de una escogida sociedad de amigos, nos habíamos sentado en un banco rústico, frente á la laguna sobre

cuyas aguas se adormecían los últimos rayos del sol poniente.

Aquel sitio era muy hermoso.

Daban acceso á él sombrías alamedas de olmos y acacias. Sauces babilónicos rozaban con la punta de sus ramas las cristalinas ondas dormidas; estatuas marmóreas de ninfas y diosas se destacaban entre el verde follaje, y desde las copas de los árboles las aves saludaban al sol con sus últimos cantos.

Á lo lejos se divisaban los potreros recién regados, rubios aún con los restos de los trigales que las vacadas comenzaban á talar, los canales de agua que cruzaban el llano, los carros de los campesinos que volvían de sus tareas, la parvas doradas con sus montones de trigo, y, por fin, perdida entre las frondosas alamedas, la torrecilla de la parroquia campesina que en aquellos momentos dejaba oír el místico toque del *Angelus* con que la piedad cristiana despide diariamente al sol.

Yo dirigía de un lado á otro mis miradas, aspirando un aura de paz en aquel espectáculo tan lleno de hechizos para el corazón. Pablo no miraba el campo y parecía reconcentrarse en sí mismo.

No sé por qué el aspecto del valle y aquella naturaleza que aparecía tan encantadora, aún en el momento en que comenzaba á perder su galanura, me hizo pensar en el amigo que tenía al lado.

Los árboles se desnudaban de sus hojas, como su sien, ya algo despoblada, iba despojándose de los dorados rizos que la coronaban en otro tiempo. Alguna arruga prematura oscurecía su frente y la expresión de su rostro revelaba profundos y dolorosos pensamientos.

La primavera y el verano habían pasado para Pablo

que veía acercarse la tarde de la vida, en que el horizonte del porvenir se torna á cada instante más estrecho y desconocido.

Su alma, tan enérgica y animosa, su corazón, que había consolado á tantos, se sentían ahora débiles y desmayados. Hacía tiempo que no era ya el mismo, por más que se le viese á todas horas entre los que se llaman felices y el mundo envidiase la alegría ficticia con que disfrazaba secretos pesares.

Ya sea que Pablo penetrase en mi pensamiento, ó porque acaso sus ideas se habían encontrado con las mías, rompió de repente el silencio que hasta entonces habíamos guardado, y, sacudiendo la cabeza como quien quiere desviar lejos un fantasma odioso, me dijo:

—¿No es cierto, Luis, que el caer de la tarde despierta pensamientos graves y melancólicos y que la solemne tranquilidad de esos campos medio envueltos en las sombras convidan á meditar en el pasado?

—Dices bien, Pablo—respondí—ese silencio y esa quietud tienen algo que nos hace suspirar por lo que fué.

—Y desear que vuelva atrás el tiempo—añadió él, completando mi pensamiento.—La vida—continuó—no es más que un día que amanece radiante, creciendo en esplendores hasta que el sol toca en el meridiano... Después la luz declina... sí, declina demasiado pronto—concluyó con tristeza.

—¿Por qué te vas volviendo tan melancólico Pablo?—pregunté yo.

—Es que me he convencido de que la tarde llega para mí.

—Pero tú eres joven todavía.

—Hace tiempo que voy dejando de serlo.

—Veo que te encuentras viejo cuando otros aseguran que á tu edad comienza para el hombre una vida nueva.

—Los cuarenta años—dijo Pablo—son, según muchos, la plenitud de la vida, y lo serían, Luis, si á las fuerzas del cuerpo pudiéramos juntar la frescura del alma, si aún nos halagaran los sueños de otra edad y conserváramos íntegro el fuego del corazón que, va apagándose cada día que pasa. Pero, por desgracia, nos apresuramos á deshojar demasiado pronto las flores de la vida y á apurar la copa de los goces, como si el néctar no hubiese de agotarse jamás. Y como los años no pasan en vano, venimos al fin á comprender que el tedio del alma pesa como un fardo penoso, agobiando hasta el cuerpo mismo; que ya las alegrías no acuden cuando las llamamos, y que de todo lo que fué un bien y una esperanza no queda al fin sino un recuerdo... Tú has sabido lo que es el amor—continuó—y aunque hoy lo llores perdido y la muerte haya segado sus flores más bellas, te queda todavía el consuelo de volver tus ojos hacia el sér querido que se fué y acompañarte en tu soledad con su memoria. Sientes, es cierto, la orfandad del alma y te llamas acaso desgraciado; pero ten seguro que mi soledad es más triste y más honda que la tuya.

—¡Cómo!—dije yo sorprendido—¿sería verdad que no hubieses amado nunca de veras?

—¡Quién sabe!—contestó Pablo—eso sería difícil de decir hoy. Fuí por muchos años uno de esos hombres que, creyendo eterna la juventud, no fijaron nunca su ánimo inconstante, sino que buscaron como la abeja la miel de todas las flores. Y, con todo, Luis, ya habría

amado con verdadera pasión, y sólo ayer he llegado á comprenderlo.

—¿Y por qué entonces no te dejas llevar por los impulsos de tu corazón?

—Es tarde para seguirlos—contestó Pablo con amargo convencimiento.

—Mira, Pablo—repliqué—creo que estás enamorado, y no te atreves á confesártelo á ti mismo.

—Puede que aciertes; pero, por mi desgracia, ese amor ha sido un resplandor de la tarde que brilló para sepultarse pronto entre las sombras.

—No en balde te he visto tan preocupado en los últimos días...—observé.

—¿Lo habías notado?

—Sí, Pablo.

—Sucede—dijo Pablo—que hay momentos en que, á nuestro pesar, nos arrastra la debilidad del corazón y yo he cedido fatalmente á su influjo, acariciando sueños locos que todavía siento un amargo placer en recordar.

—Mejor fuera que trataras de convertir esos sueños en una hermosa realidad—contesté.

Pablo guardó silencio, quedando un rato como embebido en la contemplación de las hojas que iban cayendo sobre las aguas, y luego incorporándose en su asiento:

—Óyeme y juzga lo que me pasa—dijo.—Ya tu conoces á Matilde.

—¡Cómo!—exclamé—¿sería posible que la amaras?

—Nó—respondió él.—Matilde fué mi primer amor, y acaso el único afecto de mi vida que no haya dejado en pos de sí un remordimiento. Cuando nos conocimos tenía yo dieciocho años y ella apenas quince. Ambos nos

amamos sin confesárnoslo durante más de un año, hasta que un día, encontrándose de súbito nuestras miradas, mi pasión se desbordó revelándola cuanto encerraba mi pecho. Ella me confesó que hacía tiempo me amaba, y fuimos felices hasta que una miserable cuestión de intereses destruyó la amistad que ligaba á nuestras familias; desde entonces cesamos de vernos, y aunque esa forzada separación desgarró de pronto nuestros corazones, acabamos al fin por olvidarnos. Tres años después ella era esposa de otro hombre, y entretanto yo me había lanzado al mundo, dejándome arrebatarse en el torbellino de sus mentidos placeres. Era joven y vivía sediento de goces, por lo que me costó poco olvidar. Yo creía muerta para siempre esa pasión de la adolescencia, hasta que en estos días vine á convencerme de que me engañaba y la ilusión del pasado revivió á mis ojos pura y radiante como cuando soñaba con mi primer amor.

—Deliras, Pablo—le dije contemplando con extrañeza el fuego que brilló de repente en el rostro de mi amigo.

—Nó, no deliro—respondió él.—Aquí mismo donde estamos sentados volví á encontrar á Matilde, amorosa é inocente, con su faz llena de frescura y sus cabellos rubios como los de esos ángeles que los pintores colocan á los pies de sus vírgenes. Sí; era la misma, con su rostro de adolescente, sus ojos tímidos y velados por espesas pestañas y el lenguaje y los sentimientos de los días felices en que juntos ideábamos venturas quiméricas que debían disiparse para los dos. Ella me hablaba con la voz de otro tiempo y tal vez con las mismas palabras; pero yo permanecí mudo y sombrío contando con angustia los latidos de mi corazón y clavados en el suelo los ojos en los que oscilaba una lágrima.

Al oírlo expresarse así, miré fijamente á Pablo.

La emoción que lo dominaba me sorprendió penosamente.

¿Por qué raro prestigio, Matilde, madre de varios hijos, esa mujer sobre la cual el tiempo había pasado ajando las flores de su primera belleza, aparecía ahora de ese modo á los ojos de Pablo? ¿Ni cómo ella, modelo de virtudes, habría podido olvidarse de sí cediendo con tal abandono al influjo de recuerdos que debiera haber olvidado del todo?

—¿Comprendes Luis...—prosiguió mi amigo con voz trémula y animado por un repentino calor—comprendes la situación del que en un instante ve volver hacia atrás el río de los años y revivir en toda su pureza y frescura el tierno idilio de los primeros amores? Yo estaba aquí, donde me halló sentado, ella junto á mí, y en torno nuestro ese paisaje que la naturaleza y el arte se han empeñado en transformar en un paraíso. Nuestra soledad y el abandono del alma que no recela el peligro, iban ejerciendo, poco á poco, su influencia sin que nos diéramos cuenta de ella. De pronto los dos sentimos una inmensa sed de hablar de amor, tal vez de jurarnos una fe eterna y de lanzarnos juntos tras un porvenir que se nos presentaba sin nubes. Parece que cuanto nos rodeaba se convertía en cómplice de nuestro delirio y que la creación, risueña y lozana, nos envolvía en una atmósfera de esperanzas y de placer... Veo—continuó Pablo—que me miras con extrañeza; pero lo que te digo es la verdad; únicamente que Matilde revivía para mí en su hija, que lleva su nombre y es tan encantadora como ella.

—¡Sí que es muy hermosa y seductora!—interrumpí yo.—Pero... ¿ella te amaba?

—Sí, Luis; y no tardé mucho en comprenderlo. Cediendo á la fatalidad del momento y bañándome en la luz de sus ojos que me miraban con confiada ternura, sentí un deseo vehemente de sondear los misterios de ese corazón virginal. Esas curiosidades son siempre funestas y te aconsejo que las deseches cuando te asalten, pues siempre ocultan un lazo que el corazón se tiende á sí mismo. Seguro de mí, comencé á hablar con ella de la vida, de las ilusiones que la embellecen y de los sueños y aspiraciones que roban la paz al corazón de la mujer. Matilde me escuchaba con embeleso como si yo le diera la clave de algún enigma que hasta entonces la había preocupado y más de una vez clavó sus ojos en los míos con cierta expresión de ansiedad que no acertaba á explicarme.

—Y vos—me preguntó al fin, obedeciendo á un movimiento de franca expansión—¿habréis amado mucho en la vida?

—Sí he amado—le contesté profundamente conmovido y recordando á su madre, que había sido mi única pasión.

—Y ¿serías amado también?

—Sí—respondí con voz ahogada y sintiendo que una mano de hierro oprimía mi corazón—amé con delirio á una niña tan pura y tan bella como vos; ella me amaba, pero los hombres nos separaron y más tarde el roce del mundo y las agitaciones de la vida borraron de nuestros corazones un afecto que debió ser mi única felicidad.

—¿Y después?

—Después—respondí—después... ¿para qué hablaríamos de eso? Después no he vuelto nunca á amar de veras

y, de engaño en engaño, he dejado correr la vida tras la quimera de fastásticas venturas, sediento de amor y sin encontrarlo jamás. ¿Por qué? ¿Sería tal vez porque no hallé otro sér tan puro y tan amante como la mujer de mis primeros amores? ¿Ó era que su recuerdo se había llevado consigo mi alma, agotando en ella las fuentes del sentimiento? ¡Oh, no creáis que he sido uno de esos hombres descreídos que se burlan de la santidad de los afectos y, después de hollarlo todo, concluyen por no tener fe en la lealtad de otro corazón! Nó; demasiado sé que hay en el mundo mujeres abnegadas que mantienen vivo el fuego del amor y que por un hombre querido llevarían su abnegación hasta los últimos límites del sacrificio. He visto en más de un hogar asentarse la dicha al lado de la virtud y sobrevivir la pasión al hielo de los años, y en presencia de ese espectáculo he envidiado para mí una dicha que hoy nadie podría darme.

La inocente niña suspiró al oírme.

—Veo—me dijo—que habéis vivido en una soledad muy amarga.

—Así he vivido—respondí—así he vivido; pero siempre con la sonrisa en los labios y la frente levantada como si no la inclinara ningún pensamiento doloroso, tratando de engañar al mundo y aún á mí mismo con las bulliciosas apariencias de un contento que nunca sentía.

—Pero eso debe de ser muy triste.

—Demasiado—respondí.

—Me admiro cómo habéis podido vivir de ese modo.

—¡Qué queréis, Matilde, ese mal no tiene remedio!

—No lo creo.

—Para que pudierais comprenderme, sería preciso que hubieseis padecido lo que yo.

—No hay mal sin remedio—insistió ella con el acento de una convicción profunda.

—Repito—contesté—que mi situación no lo admite, porque ya pasaron los años en que debí buscarlo. El amor y las ilusiones son flores de primavera que no resisten á los vientos del otoño, y hoy no hallaría los bienes que me hubieran encantado cuando me sentía con el alma joven y en la integridad de todas mis esperanzas. Los patriarcas de la antigua ley, ancianos y agobiados por el peso de la edad, cuando todo parecía haber concluído para ellos en la tierra, veían á los ángeles detenerse delante de su tienda para derramar sobre ellos bendiciones que se extendían hasta su posteridad. Los hombres de hoy no recibimos semejantes visitas. Nuestro destino es caminar apoyados en un báculo de caña, que al fin se rompe, ensangrentándonos la mano. Si, por ventura, en alguna ocasión nos sonrió un sér celestial, fué sólo por un instante y para desaparecer en seguida, porque no suena dos veces en la vida la hora de la felicidad. Si al brindarnos el amor su copa dejamos derramarse el néctar, quedamos condenados al tormento de una eterna sed. ¿Quién amará al hombre gastado por el tiempo y los desengaños, como hubiera amado al joven en la lozanía de la existencia? ¿Quién querrá ceñir de rosas una frente de la que van huyendo los cabellos y en la cual se anidan torvos y melancólicos recuerdos? El amor es para la juventud, y yo, Matilde, he traspasado sus umbrales.

Matilde se sonrió con inocente coquetería. Sus ojos parecían asegurarme que no me encontraba tan viejo como yo lo pensaba.

—Os engañáis—me dijo con tono amable y festivo—sois joven porque sabéis sentir.

—Sólo sé llorar sobre la memoria de los bienes perdidos.

—Dejad eso para más tarde—replicó con cierta expresión de ternura que me hizo estremecer de gozo.—Las lágrimas son para derramarlas cuando enlutan el alma los remordimientos, ó es una quimera el asirse á la sombra de una esperanza. Os creéis gastado—continuó—y, sin embargo, sentís como en otro tiempo, adoráis la memoria de vuestro amor y fatiga vuestro corazón una inmensa necesidad de ternura que hasta hoy no habéis podido saciar.

—Eso último es cierto—respondí.

—Os quejáis de la soledad en que vivís—continuó Matilde—no porque ella sea tan profunda, sino porque no queréis buscar una mano que aparte de vuestra frente la melancolía que os devora. Decidme que me engañó, Pablo—concluyó con indefinible acento mi joven amiga.

—¡Matilde!—murmuré extasiado y sin poder contenerme...

Pero no concluí la frase, dominado por una extraña alucinación.

Parecióme que la que tenia á mi lado brindándome tesoros de ternura y ofreciendo á mi alma la realización de mis sueños más caros, no era la joven Matilde con quien estaba hablando, sino su madre, la mujer adorada de quien, por mi desgracia, me había separado el destino. Resucitaban mis ilusiones, la juventud volvía, el fuego de la vida y de la pasión circulaba acelerado por mis venas. Todo yo me alzaba brioso y altivo, tendiendo

mis ojos hacia un porvenir en el que no se veía una sola nube y sintiendo sobre mis sienes un roce de alas invisibles que oreaba el sudor ardiente de una jornada hecha al través de un desierto sin manantiales y sin flores.

—¡Matilde!—volví á exclamar.—¿Por qué me habláis así? ¡Si supiérais el efecto que producen vuestras palabras en mi corazón!

Y al decir esto, la envolví en una mirada profunda que la hizo palidecer. Dominada por la pasión que se pintaba en mi semblante, Matilde me tendió la mano sobre la que imprimí un beso de fuego.

Ambos quedamos en silencio, porque la intensidad de nuestra emoción no nos permitía pronunciar una palabra más. Pero nuestros suspiros se confundían en el aire y sentíamos el latir apresurado de nuestros corazones.

Mi éxtasis se prolongó todavía algunos instantes, figurándoseme que me hallaba junto á la mujer que fué mi primer amor, contemplándola en la púdica y radiante faz de su hija, adornada con los encantos que en otro tiempo me encadenaban á sus plantas.

De repente, echando una mirada sobre mí, quise encontrar en mi alma lo que la agitaba en los albores de la juventud, antes que la amargara la experiencia ó se se manchara torpemente en el lodo del mundo. ¿Dónde estaban ya la virginidad de los afectos y la fe de otros días? ¿Dónde las esperanzas que delante de mí iban derramando rosas en el camino?

Por más que pretendiera engañarme, yo era el hombre de siempre, con mi corazón marchito, con mi alma llena de sombras y de remordimientos. Era preciso despertar, por más dulce que fuese la embriaguez de mis ilusiones. ¿Podría recibir de manos de Matilde una co-

rona que se marchitaría sobre mis sienes? ¿Con qué derecho aceptaría el amor de aquella criatura tierna y entusiasta que había abierto los ojos á la vida cuando yo había ya perdido la frescura del corazón y la energía para amarla? ¿Qué le daría en cambio de su abnegación? ¿La dicha, el amor apasionado y ardiente que hubiera consagrado á su madre? Los años habían puesto un abismo entre los dos, no siendo posible unir la mañana con el ocaso, y la alegría y la fe con la tristeza y el desengaño. Todos estos pensamientos cruzaron delante de mí con la ligereza con que el relámpago ilumina el cielo en una noche de tempestad. Comprendiendo entonces que cuanto había ocurrido no podía ser sino un sueño, incliné con dolor la frente, mientras de mi pecho se exhalaba un ronco y doloroso gemido.

¡Yo no podía amar á la hija como había amado á la madre!

—Matilde—exclamé sofocando valerosamente los latidos de mi corazón y adoptando el dulce y franco *tú*, que tan bien expresa la familiaridad del cariño—perdóname si rechazo el dón que me ofreces, de una vida que no podría embellecer con las ilusiones y la dicha. Mentí al decirte que los ángeles no bajaban ya á la tierra, cuando dos veces se han detenido en mi camino. Amé en el pasado á una mujer tan buena y tan hermosa como tú, y hoy me he estremecido de gozo al oírte, pensando que me hablaba por tu boca; porque tenía tus ojos, tu acento que llega al alma, tu belleza celestial, en fin, tenía tu propio corazón... ¿No adivinas quién era?

Matilde desprendió sus manos de las mías, inclinando con tristeza su frente nacarada al través de cuya suave epidermis veía circular la sangre.

—¡Oh!—le dije—me has comprendido demasiado; la mujer de quien te hablo es tu madre, á quien he vuelto á amar en ti, contemplándote á la luz de mis recuerdos.

—¡Mi madre!—murmuró Matilde con profunda amargura—¡mi madre!

—Sí, dulce Matilde; ella fué el primer ángel que visitó mi vida; tú eres el último que has venido á arrojar un rayo de luz sobre una noche cuyas tinieblas se harán con tu ausencia más espesas. Visiones celestiales, cuya memoria me acompañará hasta el sepulcro, estabais destinadas á desvaneceros, dejando en el aire el perfume de vuestras alas. Dios lo quiere, Matilde; la ventura no se ha hecho para mí en la tierra.

—Sí, por desgracia tenéis razón, Pablo—dijo Matilde, suspirando penosamente.

Y sin añadir una palabra más se alejó sollozando al través de la avenida de olmos que tenemos delante.

Aquella tarde Matilde y su madre partieron sin decirme adiós.

Para esquivar una despedida penosa, yo había salido al campo y miré pasar su carruaje, oculto tras un árbol del camino.

Al verlas alejarse, doblé mi frente y lancé un ¡ay! doloroso, llorando la eterna muerte de mis esperanzas.



Pablo dejó de hablar.

La historia lastimosa que acababa de contarme me conmovió profundamente, y en vano busqué una palabra de consuelo para ese corazón lastimado.

El sol se había ocultado, y apenas en el lejano hori-

zonte se diseñaba una faja de esa luz tenue y melancólica, última huella de su paso por el cielo.

La tarde, antes tan apacible, comenzaba á turbarse, y un viento helado se agitaba gimiendo sobre las azules aguas de la laguna. Una ráfaga repentina del norte comenzó á sembrar de hojas amarillentas el suelo. El pequeño lago se enturbiaba y los despojos de la naturaleza marchita caían sobre las ondas cristalinas.

Pablo levantó la mano para mostrarme las hojas que volaban arrebatadas por el viento.

—Bien se conoce que ha llegado el otoño—me dijo—sólo sí que al revés de la naturaleza, que siempre se renueva, yo no veré ya primavera ni verano. Mi alma es un árbol seco en el cual no brotará ninguna flor.

ENRIQUE DEL SOLAR

Andes, 17 de enero de 1888.

LA MISIÓN DE MONSEÑOR MUZI

Y LA IGLESIA EN CHILE EN LOS PRIMEROS AÑOS DESPUÉS DE LA
INDEPENDENCIA



(Continuación)

X

Relaciones con el gobierno de Errázuriz.—Ejercicio de la autoridad del Vicario.—
Sus facultades.

En lo concerniente al desempeño de la misión en sí misma, no parecía tampoco que se ofrecieran por entonces serias dificultades al señor Muzi.

Deseoso éste de activar el despacho de los más graves asuntos que se le habían encomendado, dirigió al gobierno, con fecha 25 de abril de 1824, una nota en la cual iniciaba los principales de ellos. Con el fin de proveer á las necesidades del obispado de Concepción, pedía se le comunicaran los datos relativos á ese asunto; exponiendo tener orden de mirar con especial interés las misiones de infieles, pedía se le describiera su estado actual; en tercer lugar preguntaba al gobierno si habría

«alguna dificultad para que él pueda ser juez de apelación en las causas eclesiásticas después de una sola sentencia del ilustrísimo obispo»; y finalmente, decía: «Siéndose expuesto á la Santa Silla que el señor obispo de Santiago no quería administrar su diócesis, y estando ahora en la pacífica administración de esta misma diócesis, no parece oportuno al infrascrito usar de las facultades que tiene sobre este asunto.»

Por ser interino y estar próximo á terminar el gobierno del señor Errázuriz, probablemente no se trataron por entonces las cuestiones iniciadas en aquella nota; acaso esta explicación se dió verbalmente al señor Muzi; el hecho es que en el libro copiador del ministerio no se encuentra la contestación á la nota del 25 de abril.

No dejaremos de llamar la atención á que, como lo indica la última advertencia de la nota, el señor Muzi había necesitado muy poco tiempo para hacerse cargo de la situación del señor obispo Rodríguez y aprobar sin reserva su conducta. No podían menos de marchar de acuerdo aquellos dos hombres que en sus actos manifestaron conocer los derechos de la Iglesia, y que supieron defenderlos contra los ataques del autoritarismo; á los ojos de todo el mundo aparecieron siempre el uno al lado del otro en sus opiniones y propósitos, y los enemigos de la Iglesia los envolvieron á ambos en las mismas inyectivas y acusaciones.

La cuestión relativa al ejercicio de la jurisdicción en segunda instancia, no debió ofrecer dificultades; más tarde el gobierno, siendo ya ministro el jefe de los reformistas don Francisco Antonio Pinto, no tuvo dificultad en aprobar una resolución del Vicario sobre materia análoga, de que nos ocuparemos más adelante.

Por lo demás, el gobierno le reconoció ampliamente la libertad de ejercer las facultades de que venía investido, é hizo que fuera respetada su autoridad y jurisdicción. El fiscal había consultado al gobierno sobre la extensión de las facultades del Nuncio; y el ministro don Diego José Benavente le contestó con la nota siguiente:

«*Santiago, 24 de mayo de 1824.*—El Director Supremo me manda contestar la consulta que US. le hizo el 6 de abril último, en los términos siguientes: que se ha impuesto de las facultades con que Su Santidad se dignó autorizar á su Vicario Apostólico cerca de este Estado; que ellas son más amplias que las que se pidieron á Roma por conducto del enviado del gobierno de Chile; que, en esta virtud, se ha reconocido y hecho reconocer de todas las autoridades por tal Vicario Apostólico á don Juan Muzi, arzobispo Filipense; que las expresadas facultades no deben publicarse, y sí las credenciales de su misión, sobre las que debe recaer y efectivamente ha recaído el *exequatur*; y que, en consecuencia de todo, debe US. evacuar la vista en todos los breves de secularización que se han pasado y pasaren en lo sucesivo, expedidos por el señor Vicario Apostólico.»

Tal era la disposición de ánimo del gobierno del Vice-Director hacia el enviado del Papa. No sólo le reconoció el pleno ejercicio de sus facultades, sino que negó á las autoridades é individuos el derecho de exigir se les diera conocimiento de ellas para cerciorarse de si eran autorizados los actos de jurisdicción del Vicario; éste había creído conveniente exhibir únicamente al Supremo Gobierno el elenco de sus facultades.

Eran éstas tan amplias, que ponían en manos del se-

ñor Muzi la solución de todas las gravísimas dificultades que habían ocurrido ó podían ocurrir respecto al estado de la Iglesia chilena. Creemos que jamás en América el Soberano Pontífice haya acumulado tal suma de autoridad en una sola persona, ni confiado tan trascendentales intereses como al señor Muzi; la misión de éste es, bajo tal aspecto, la más importante de las que en América se han visto, y su desempeño ha probado que el enviado era digno de la confianza que en él se depositó.

Además de numerosas facultades para conceder gracias espirituales y favores especiales sobre servicios religiosos, el señor Muzi tenía amplia jurisdicción sobre todas las cuestiones relativas á las órdenes de regulares, ya para la concesión de secularización, derecho de administrar y poseer bienes, y de testar; ya para conocer en última apelación de todas las causas de regulares; ya, en fin, para examinar, aprobar ó modificar las actas de sus capítulos, y aun reformar sus reglas. Sobre otras materias de jurisdicción, tenía numerosas facultades de importancia. Podía disponer que de las sentencias de uno de los Ordinarios chilenos, se apelara en segunda instancia ante el otro Ordinario chileno, y en tercera ante el Vicario Apostólico, pudiendo así suprimir los recursos á Lima y á Roma; podía cambiar y reducir en número los días festivos; confirmar en todo Chile el goce de la Bula de Cruzada, etc.

Ni eran menos amplios los poderes del Vicario Apostólico, en cuanto á proveer á la organización y gobierno de las diócesis chilenas, y á las relaciones de la Iglesia y el Estado. Para darlos á conocer, traducimos en seguida algunos de los capítulos de *Facultates alic.*

«17.º De cuidar de que se provea á las necesidades de

la Iglesia Catedral de Concepción, previo un diligente examen sobre la legitimidad del gobernador de ese obispado, sobre la cual se han suscitado dudas, ya sea legitimando su elección, ya sea proveyendo que con el cabildo completo de su Catedral se provea á la elección de Vicario; igualmente, de consagrar obispo al recordado gobernador, si fuere confirmado en su cargo, ó al Vicario Capítular canónicamente electo, asignándole título *in partibus infidelium*. Este obispo titular, que gobernará la diócesis de Concepción con vicaria potestad, tendrá congrua suficiente sobre los réditos de su mesa capítular.

«18.^a De nombrar, si el obispo de Santiago lo pide, obispo auxiliar, y no coadjutor con futura sucesión, á un sacerdote idóneo, y de consagrarlo, dándole título *in partibus infidelium* y asignándole congrua suficiente.

«19.^a De permitir provisionalmente que en las presentaciones á los beneficios eclesiásticos inferiores al episcopado, el Supremo Director de Chile ejerza aquellos privilegios del derecho de patronato de que antes gozaban los reyes de España, concedidos por el Papa Julio II é indirectamente confirmados por Benedicto XIV, de feliz memoria; y de insinuar esto mismo á los Ordinarios chilenos; pero si dichos Ordinarios no consienten, ni puede el asunto arreglarse de otro modo, puede instituir, si lo creyere necesario, á los presentados por el Supremo Director para dichos beneficios, con tal de que sean dignos bajo todos aspectos, y tratándose de beneficios parroquiales, con tal que los presentados exhiban debida prueba de su idoneidad en concurso.

20.^a Igualmente, en cuanto á que el actual gobierno chileno ejerza respectivamente, sobre las rentas del episcopado ó de cualesquiera beneficios, aquellos derechos

que, en tiempos pasados, los reyes de España obtuvieron legítimamente, y efectivamente ejercieron.»

Adviértase de paso, que aun cuando el señor Muzi hubiera hecho uso de las facultades que sobre estos asuntos le estaban conferidas, no habría podido conceder definitiva y ampliamente al gobierno el derecho de patronato, como lo ha sostenido últimamente don Francisco S. Belmar en un folleto, en el que acude hasta al triste medio de dar falsa traducción de textos latinos, para hacer siquiera verosímil su tesis.

Los dos últimos números de la citada serie de facultades, las amplían y generalizan aún más. Dicen así:

«32.^a Para resolver definitivamente todas las dificultades que puedan nacer acerca de la inteligencia y extensión de estas facultades, siendo obligatorio someterse á tal resolución.

«33.^a Para dar decretos con los que cuidadosamente se asegure, en general y en particular, la estricta observancia de la disciplina vigente en la Iglesia y el debido respeto y veneración á las constituciones, decisiones y decretos de la Santa Sede.»

Quedaba también autorizado el señor Muzi para nombrarse un delegado especial, y un suplente ó sucesor que, consagrado obispo *in partibus infidelium*, ejerciera sus mismas facultades.

Tales eran las facultades á cuyo uso el gobierno chileno, en la primera mitad del año 24, no puso obstáculos serios; la Iglesia gozaba de relativa paz; la reforma de los regulares, meditada desde tiempo atrás, especialmente en el Senado, encontraba oposición en el Vice-Director y sobre todo en su ministro Egaña, y parecía indefinidamente postergada; si el gobierno hubiera gozado de

alguna estabilidad, habría habido sólido fundamento para esperar grandes bienes para la Iglesia y para el país. Pero en poco tiempo el escenario político debía cambiar por completo.

El ministro Egaña fué enviado á Europa; don Fernando Errázuriz dejó la suprema dirección del Estado al general Freire, que volvía de Chiloé; y el general Pinto fué nombrado ministro de gobierno. Otros hechos debían también ejercer grande influencia en el cambio que se operaba.

XI

Cambios políticos.—Freire y Pinto.—Suspensión de la Constitución.—Mal estado del erario.

Á principios del año 24 había regresado á Chile la expedición enviada por este país á coadyuvar á la independencia del Perú á costa de inmensos sacrificios y á través de dificultades al parecer insuperables. El ejército expedicionario recientemente engrosado por un refuerzo llevado por el general don José María Benavente, regresó sin haber disparado un tiro, y la opinión pública no encontró motivo alguno que justificara tan costoso descalabro. El jefe de este ejército fué el general don Francisco Antonio Pinto. El señor Santa María, en su *Memoria Histórica*, pretende justificar al general, que fué después jefe del partido pipiolo; pero reconoce que su conducta fué condenada por sus contemporáneos: "El pueblo, dice, tuvo á mal, como el ejército, la vuelta de la expedición. Como éste, quería glorias que ensalzasen el nombre y el valor chileno. Era el sentimiento nacional que se consideraba humillado al no encontrar un

trofeo ó un hecho de armas que satisficiera su orgullo. Á no ser esto, no se habría condenado á Pinto.

Nó, el disgusto con que la opinión pública recibió la vuelta de la expedición, no se debió únicamente al desagrado que causan vanidosas esperanzas burladas: el público veía en ese fracaso la pérdida de considerable suma de dinero, de grandes sacrificios nacionales personales, de un tiempo precioso para la coronación de la independencia americana. Sin entrar, pues, á averiguar si la expedición fué bien ó mal conducida, bastan las recordadas circunstancias para comprender el disgusto con que su jefe fué recibido. Tales eran los antecedentes con que se presentaba al campo político el general Pinto, el cual, empujado por las cábalas de su partido y animado por la debilidad de Freire, llegó luego á ser jefe del gabinete.

Parecidas desgracias había debido soportar el mismo director Freire. Este general, como lo hemos recordado, se había puesto á la cabeza de la expedición destinada á arrojar á los españoles, que como en su último baluarte mantenían aún su dominación en la isla de Chiloé. Pues bien, esa expedición había igualmente fracasado. El general Freire, sin empeñar ningún combate serio, se vió obligado á reembarcarse y reasumió el mando supremo de la república en 14 de junio.

Se unieron, pues, en el poder estos dos hombres en cuyas manos la bandera chilena había hecho lamentables retiradas; débil el uno, sectario el otro, á ambos convenía distraer la opinión para que no fijara sus miradas en las últimas campañas.

Por otra parte, se hacía sentir otra grave causa de malestar: la Constitución de 1823 fué un aborto de reglamentación é idealismo; el ejecutivo palpaba la imposi-

bilidad de ponerla en práctica, y solicitaba su derogación ó suspensión; pero encontraba tenaz resistencia de parte del Senado, inspirada por don Juan Egaña, autor de la Constitución. El general Freire, como medio de apremio, convencido, como podía estarlo, de que por el momento era irremplazable, presentó al Senado la dimisión del cargo de Director Supremo; y durante el cambio de notas que se siguió se excitaron los ánimos, y el diecinueve de julio, el pueblo se amotinó pidiendo la derogación de la Constitución y la disolución del Senado. Freire concedió ambas cosas; y el partido liberal más avanzado quedó dueño absoluto del país, representado en el ministerio por don Francisco Antonio Pinto y don Diego José Benavente. El director Freire, que había decretado fiestas públicas y monumentos inmortales en unión de la Constitución del 23, apareció como el más interesado en su destrucción, encabezando desde su alto puesto los movimientos revolucionarios que la echaron por tierra. ¡Triste condición la del hombre sin ideas propias!

Había para ese gobierno dificultades mucho más apremiantes: el erario nacional, que tanto debía sufrir durante la dominación liberal de aquellos años, gracias á las dos expediciones de que hemos hablado, estaba ya, no solo exhausto, sino recargado de deudas. No sabemos si esa estrecha situación sería por sí sola mortificante para el patriotismo de los que gobernaban; pero lo indudable es que veían con creciente alarma al ejército quedar con sus pagos insolutos, y las entregas á *buena cuenta* disminuir día á día, y el descontento y la desmoralización de aquellas tropas convertirse en inminente peligro. Ésta fué la principal causa de lo que entonces se llamó la reforma de los regulares; porque aquella *reforma de*

los regulares no fué sino el robo de sus bienes. «Las necesidades de la época, dice á este respecto en su Memoria Histórica don Melchor Concha y Toro, eran crecidas y apremiantes, las entradas muy cortas, y ningún plan de contribuciones, por muy bien combinado que fuese, podía suministrar desde luego mayores recursos. Lo más fácil era apoderarse desde luego de los bienes de los regulares, pues tan sólo los situados en Santiago se estimaban en tres millones de pesos». Tal era en realidad el cálculo que hacían los liberales, y tal era el argumento capital cínicamente usado para defender la intentada reforma, y repetido hasta el cansancio en las páginas de sus periódicos.

Dejemos para tratar más adelante la famosa reforma; pero adviértase desde luego que los bienes de los regulares eran el fin; un fin para cuya consecución no debía trepidarse en medios; un fin al cual fué sacrificado el obispo Rodríguez que lo combatía en cumplimiento de su deber; con ese fin se quiso entregar el gobierno de la iglesia á dóciles instrumentos del poder, y el señor Muzi que se negó á consentir en ello, vió por este motivo esterilizados sus esfuerzos; y todavía los liberales soñaron con emancipar de Roma la iglesia chilena, y aun tomaron algunas medidas propias de un gobierno cismático.

XII

Hostilidades contra el Vicario.—Separación del obispo.

Apenas organizado, el gobierno reformista pretendió, por medio de medidas opresivas y amenazadoras, obtener para la realización de sus propósitos, la cooperación

del Vicario Apostólico. Se hizo partir el primer golpe del Senado, cuyos elementos heterodojos ya hemos indicado.

Dirigióse ese cuerpo al Supremo Director, exigiéndole que impidiera al Vicario el libre ejercicio de su autoridad, mientras no se celebrara un concordato para el arreglo de las cuestiones eclesiásticas. Fruto de esta moción fueron sin duda los obstáculos con que tropezó la autoridad judicial del señor Muzi y á que el mismo se refiere en su *Carta Apologética*. Esa carta, despues de recordar el decreto en que el gobierno de Errázuriz lo reconoció é hizo reconocer como Vicario Apostólico investido de amplias facultades, dice:

«En el mismo decreto se mandaba que en todos los tribunales fuese reconocida la autoridad del Vicario Apostólico. Instado entonces por los suplicantes, admitió las causas eclesiásticas en apelación. Dió tres sentencias definitivas; la primera en la causa remitida por el Supremo Director interino sobre ciertos derechos de regulares; otra sobre derecho á una capellanía; y la tercera sobre la validez de un matrimonio. De esta última sentencia ya pronunciada y remitida al Ordinario, con el mandato apostólico para su ejecución, se interpuso el recurso que llaman *de fuerza*. La sentencia pronunciada y los autos de la causa fueron violentamente pedidos por un tribunal supremo de justicia lego, bajo la multa de doscientos pesos. La sentencia estaba ya sostenida con el *cúmplase*. Los abogados que habían asesorado al Vicario en esta causa, aseguraban que no había en ella lugar al recurso de fuerza. Pero se trataba ya de vilipendiar la autoridad del Vicario Apostólico y vulnerar la misma potestad del Sumo Pontífice que había mandado

que se removiese toda apelación de la sentencia de su Vicario. La misma ley de Castilla 23, título III, partida 1.^a, admite que el legado apostólico pueda pronunciar sentencia omitido el medio; es decir, omitida la sentencia de otro ordinario, el que tampoco había en Chile. Además, el Vicario Apostólico tenía potestad para declarar acerca de las dudas de sus facultades. Con esta depresión de su autoridad permaneció cerca de cuatro meses en Chile en medio de los insultos y contumelias de la parte de los litigantes y de las amenazas que desde el principio hizo aquel tribunal lego de declarar nula, en un asunto meramente espiritual, la sentencia del Vicario Apostólico.

Pero si el gobierno de Freire empleó ó por lo menos toleró esos medios menudos é indirectos de coartar la libertad del Vicario y molestarlo, no se atrevió á desconocer francamente su autoridad, ni á revocar las anteriores disposiciones supremas relativas á su ejercicio, ni cedió á las insinuaciones del Senado para que no se permitiera al Vicario ejercer libremente sus facultades sino después de que se hubiera celebrado un concordato; en la contestación, fecha 22 de junio, del gobierno á estas indicaciones del Senado, decía el Director que reconocía la necesidad de un concordato especial para que las facultades del Vicario pudieran ejercerse libremente; pero no negaba el hecho de su libre ejercicio, ni manifestaba la voluntad de impedirlo, antes bien lo excusaba. Más aún: el gobierno de Freire, por actos expresos, lo mismo que el de Errázuriz, reconoció al Vicario el libre ejercicio de su autoridad; así, vemos que poco después, de acuerdo con el señor Muzi, nombró á don José Miguel Infante asesor de la nunciatura para el despacho de

aquellos asuntos contenciosos en que se debiera consultar las leyes nacionales; por nota fecha 12 de agosto, existente en el archivo del Ministerio de lo Interior, el asesor avisaba al gobierno que se había puesto de acuerdo con el Nuncio para comenzar el despacho de las causas.

Otro hecho manifiesta también que el señor Muzi continuó en el libre uso de su reconocida autoridad: en cumplimiento de sus instrucciones, determinó que la segunda instancia de las causas eclesiásticas fuera ante el Diocesano, y en su defecto, ante el vicario capitular de Concepción; y que la tercera instancia fuera ante el Vicario; por nota de 23 de septiembre, que se encuentra en el libro copiador del Ministerio de lo Interior, el gobierno se dió por notificado de esta resolución, y la aprobó.

Para los liberales del 24 no eran estos asuntos los de trascendental importancia; sin duda vieron gran conveniencia pública en llegar á un concordato; sin duda encontraban conforme á su credo político impedir el libre ejercicio de la autoridad del Vicario; pero ni una ni otra cosa les traía ventajas positivas, y ni en una ni en otra cosa pusieron empeño alguno. El gran proyecto era la reforma de los regulares, y el primer medio que para obtenerla imaginaron, fué someterlos al ordinario eclesiástico; pero no á autoridades altivas é independientes como el obispo Rodríguez, sino á autoridades manejables que era preciso crear. El señor Rodríguez debía dejar el campo libre; se decretó su destierro.

Hé aquí cómo se refiere este hecho en la *Carta Apologética* del señor Muzi: «Vi, dice, que el día 2 de agosto, por un decreto del gobierno es separado de la pacífica

administración de su diócesis, el ilustrísimo y reverendísimo señor don Santiago Rodríguez, obispo de Santiago, sujeto venerable no menos por sus canas que por su sabiduría y su celo pastoral. Llenóse de sentimiento toda la diócesis al cerciorarse de este suceso. Él angustió más que á todos al Vicario Apostólico, porque no podía ser separado de la administración de su diócesis el obispo sin que precediese proceso canónico formado por el solo Romano Pontífice, según lo mandado por el concilio tridentino...

«El mismo decreto del gobierno nombraba para gobernador del obispado de Santiago al señor Cienfuegos, que había expuesto en Roma que dicho obispo no quería administrar ya su diócesis; cuando la verdad del hecho era que había sido violentamente privado de la administración de ella, como nuevamente lo era también ahora.»

Para justificar semejantes medidas, el gobierno acusó al obispo de realista, y para presentar como serio el pretexto, se decretó ese mismo día el destierro de aquel presbítero Matta, que cuatro meses antes, como lo hemos referido, había predicado la condenación de las reformas en boga. Pero para convencerse de que ese destierro no fué motivado por temor á las conspiraciones realistas, basta referir que no se llevó á efecto, pues el gobierno se contentó con privar al obispo de la administración de la diócesis, única cosa necesaria para sus intentos. En efecto, el gobierno quería que toda la jerarquía eclesiástica le sirviera sumisa en sus propósitos políticos; por eso, en el preámbulo del decreto de destierro, decía que el señor Rodríguez nombraba solamente curas realistas, es decir, curas que no cadyuvaban al gobierno en sus proyectos anti-religiosos; quería concluir

con la proteccion del obispo á los que el pipiolismo llamaba realistas. Pero no era éste el único fundamento del destierro; en el preámbulo citado se supone que los habitantes de la república clamaban pidiendo la separación del señor Rodríguez de la silla episcopal. Ya hemos recordado en medio de cuánto júbilo universal fué recibido el obispo después de su primer destierro; sabemos que siempre se vió rodeado del aprecio y respeto de todos; según él mismo lo afirma, los fieles continuaron acudiendo á él en busca de autoridad para revalidar los actos nulos de Cienfuegos; ¿dónde están las pruebas del *clamor* de los habitantes? También se echó en cara al señor Rodríguez el *atentado* de usar entre sus títulos el de «del consejo de su majestad», porque en los formularios impresos que usaba, estaba esa frase impresa, y quizás se olvidó alguna vez de tarjarla, como tenía costumbre de hacerlo; uno se admira ahora de semejantes niñerías. ¡Tan verdaderos y tan serios fueron los cargos por los cuales se depuso al obispo!

XIII

Preparativos de la reforma

En su *Carta Apologética*, el señor Muzi señala otra medida del gobierno, que con sus resultados le causó profundo sentimiento: en 30 de julio se decretó la libertad de imprenta, y la prensa, que era entonces dominada por el espíritu reformista é impío, abusó de ella, atacando con toda clase de armas la religión y sus intereses, y en especial al clero.

Así preparado el terreno, los pipiols creyeron llegado

el momento de emprender la suspirada reforma; no podemos decir si por un inexplicable candor ó por exceso de malicia se acudió al mismo Vicario Apostólico para pedirle que entregara en manos del gobierno la clave de la reforma. Al efecto, en nota de 13 de agosto, el ministro Pinto decía á aquél: «Penetrado el Director Supremo de la necesidad de someter los regulares al prelado diocesano, me previene impetire esta gracia de V. E. I., en la que se interesa el culto y el reposo de los pueblos».

No conocemos el texto de la contestación que el señor Muzi dió á esa solicitud; pero las ideas que contenía se reflejan en las siguientes líneas de su *Carta Apologética*: «Propuso, dice, el gobierno al Vicario Apostólico que sujetase todos los regulares á los ordinarios diocesanos. Á esta propuesta quedó absorto el Vicario Apostólico, porque el Santísimo Padre le había conferido especialísima facultad sobre los regulares para cortar los abusos y reducirlos á su primitiva observancia. ¿Á qué fin, pues, se había de sujetar á los regulares á la autoridad de los ordinarios? ¿Con qué autoridad podía el gobierno hacer esto? ¿Con qué facultad podía el ordinario aceptarlo? Mas uno y otro se verificó. El gobierno, despreciando las razones del Vicario Apostólico, así lo decretó, y el señor Cienfuegos, como gobernador, la aceptó, bajo el pretexto de que el gobierno le había dado autoridad civil y económica sobre los regulares, aunque el decreto del gobierno hablaba solamente de potestad indefinida que debía tener el ordinario sobre ellos. De este modo fué injuriado el Sumo Pontífice, á quien están inmediatamente sujetos todos los regulares por causas justísimas. Lo fué igualmente el Vicario del Sumo Pon-

tífice, despojándolo de hecho de toda facultad sobre los regulares. Nada en efecto quedaba que hacer en sus recursos, pues se burlaba toda providencia con el engañoso colorido de potestad civil y económica, supuesta en el Ordinario».

¡Era imposible esperar que el señor Muzi entregara las órdenes religiosas á manos de Cienfuegos y otros instrumentos del liberalismo! Su contestación á las indicaciones del gobierno no pudo ser sino una terminante negativa.

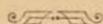
Pero lo que un criterio desprevenido se resiste á creer por la sola palabra del mismo Vicario, es que el gobierno se atreviera á tanto como á tomar la medida por la que tan tremenda acusación formula el señor Muzi, y todavía más, que el señor Cienfuegos se hiciera cómplice de esos atropellos.

NICOLÁS GONZÁLEZ ERRÁZURIZ

(Continuará)



⇨ MERCEDES ⇩



(Continuación)

XII

Cuando el joven cirujano atravesaba hacia la playa por entre los tupidos totorales que la espaldean, á haber ido menos preocupado de lo que iba, habría notado que seguía un sendero recién abierto por alguien que había pasado por allí procurando no dejar rastros ó dejar rastros engañosos de su paso.

En efecto, cosa de pocos minutos hacía que Voltero había pasado cautelosamente por ahí; pero en vez de descender á la playa, no bien hubo salido á su vista y recorrido un corto trecho por la arena, habíase vuelto á internar en el totoral, y había continuado en seguida en dirección al norte también, ya por entre el totoral, ya dejándolo á trechos para salir á uno ú otro lado cada vez que lo fangoso del piso le impedía continuar su escondida marcha.

En una de las salidas que hizo hacia el lado del mar,

divisó á su buen amigo, que, marchando por mejor sendero y más recto camino, se le había adelantado en breve algunas decenas de pasos. En el primer momento pareció contrariarle su presencia en aquellos lugares y el que continuara en la misma dirección que él llevaba, y se detuvo como indeciso entre seguir ó volverse; pero no tardó en continuar su marcha, diciéndose en sus adentros:

—Mejor que mejor.

Y acabó de tranquilizarse cuando poco después lo vió entretenerse en recoger piedrecillas y conchuelas y en trazar rayas sobre la arena.

Se desvió entonces resueltamente hacia la derecha del camino que llevaba, como acercándose en línea oblicua hácia la ciudad sitiada, pero avanzando siempre mucho más hacia el norte que hacia el oriente y manteniéndose escondido entre los espesos matorrales de brea que por allí ocupan todavía no cortas extensiones de terreno, entre los cuales no se veían á la sazón mas seres vivientes que unos cuantos representantes de la familia asnal, embadurnados con la resina que esa planta produce.

Llegó al fin á una especie de soto formado por una depresión del suelo con apariencias de zanja desecada y escondida entre una pirca, algunos matorrales más espesos que los demás y algunos sauces llorones.

Allí lo esperaba uno de los espías que tenía en la plaza sitiada.

Después de una larga conversación con éste y de haber cambiado con él algunos papeles, se volvió por el mismo camino que había seguido al irse.

No bien hubo llegado á la vista del mar, vió que en el mismo punto en que había dejado á su buen amigo entretenido en escribir sobre la arena, se hallaba ahora una

mujer que, al parecer, leía lo que aquel había dejado escrito.

La tarde estaba sombría, como hemos dicho anteriormente, y la distancia á que Voltero se hallaba no era muy corta; pero aquel perfil... aquella actitud... aquel traje... eran los de su propia esposa.

¡Su esposa en aquel sitio y en aquellas circunstancias!... ¡Y leía con atención lo que se le había dejado escrito en la arena!... ¡Y continuaba su marcha más allá todavía!... ¡Oh, era imposible, porque era demasiado!... ¡pero él lo veía con sus propios ojos!...

Una nube de sangre anubló la vista de Voltero, que, sin conciencia de lo que hacía, sacó de su cintura un revólver y lo amartilló. Ciego de ira y de celos, pero de ira reconcentrada, satánica, se dirigió entonces en la misma dirección que seguía su esposa. Llegó á veinte pasos detrás de ella en el momento en que el joven cirujano, alzado de un salto del suelo, tendía sus brazos para levantar el cuerpo exánime de su amada. Ebrio de sangre y de venganza y cauteloso á la vez como el tigre hambriento que acecha su presa, esperó...

Al sentir la joven el suavísimo contacto de aquellas manos temblorosas de amor y de emoción, lanzó un hondo suspiro desde lo íntimo del pecho; encendido carmín tiñó sus mejillas y sus hermosos ojos se abrieron más hermosos que nunca lo fueron. El eco de una detonación vibró en el aire y el cuerpo del joven cirujano cayó pesadamente salpicándole el rostro con su sangre.

Sobre él cayó Voltero.

Lívido, feroz, horrible, torva y siniestra la mirada y crispados los miembros en espantosa convulsión, púsole el pie sobre el pecho, diciéndole al mismo tiempo

con voz ahogada entre bocanadas de sanguinolenta espuma:

—Inmunda raza de cuervos y de víboras que la loba de Roma amamanta, ¡maldita seas!

Tomando en seguida con inusitada violencia el cuerpo de su desvanecida esposa en sus brazos y alzándolo en alto, atravesó de un salto el corto trecho que lo separaba de la orilla del mar y lo precipitó en las ondas, en la cresta de una ola gigante que en aquel momento parecía replegarse sobre sí misma para estrellarse después con mayor ímpetu sobre la ribera, exclamando ciego de enojo y de furor:

—¡Que haya mil infiernos para ti, infame!

Con tan vertiginosa rapidez ejecutó todo esto, que, á pesar de las rudas y violentas sacudidas que recibió, no alcanzó Serena á despertar de su desvanecimiento, ni tuvo más que débil conciencia de lo que sucedía, cuando del vacío caía sobre las ondas.

Pero entonces el instinto de la propia conservación le arrancó grito tan intenso y tan lleno de angustias, que Voltero mismo se sintió conmovido en lo íntimo de sus entrañas y como arrepentido de su crimen.

Nada más hizo, empero, que cruzar los brazos sobre el pecho y alzar al cielo el rostro en ademán soberbio y provocativo.

XIII

Resistía Voltero con satánica terquedad los impulsos de su corazón que lo empujaban al agua, cuando oyó gritos desesperados á corta distancia y en la dirección de Miramar.

Era Brígida, que, habiendo ido acercándose poco á

poco á aquel lugar en seguimiento de su niña, había alcanzado á oír el ¡ay! desgarrador que ésta lanzó al caer sobre el agua, y que en ese momento se aproximaba á todo correr dando alaridos de:—¡Socorro! ¡favor! ¡misericordia!...

Oír Voltero aquellos alaridos, medir de un golpe de vista la inmensidad de su deshonra si era cogido en su doble crimen y lanzarse al agua sin arredarse ante su inusitada agitación, obra fué de un segundo.

La luz del día expiraba ya en el lejano horizonte y esta vez sombrío ocaso. Brígida sólo alcanzó, pues, á contemplar los últimos esfuerzos de Voltero en su lucha desesperada contra las olas. Pero tan á tiempo llegó, que si pocos minutos más hubiera tardado, no habría encontrado más que dos cadáveres flotando sobre las olas.

Varias veces había conseguido Voltero llegar hasta quedar recostado sobre la arena, con sólo dejarse llevar de las olas; pero otras tantas había sido arrastrado de nuevo por el ímpetu irresistible con que éstas retrocedían.

Una última vez, é iba á abandonar su preciosa carga para buscarse su propia salvación, cuando oyó los lamentos de Brígida ahí á sólo algunos pasos de distancia, en el punto mismo de la orilla á que había alcanzado varias veces.

El inesperado auxilio le infundió nuevo aliento.

Sostúvose un poco más haciendo un esfuerzo último y supremo.

La ola le llevó otra vez á la orilla; en sus espaldas sintió el roce de la arena con aquella suavísima fruición de un cuerpo que, flotando, se siente alivianado de su propio peso; el agua se escurría velozmente por sus costados; su contacto con la arena se hacía más áspero, más firme; ya

iba á quedar en seco; extendió entonces su brazo desesperadamente buscando un punto de apoyo; no le halló.

La ola volvía á arrastrarlo en su movimiento de retroceso con vertiginosa rapidez; sintió por última vez la horrible sensación del vacío, sus exhaustas fuerzas se agotaron, vió que el abismo lo tragaba, y se desvaneció.

Conoció Brígida el peligro, y con ánimo superior á su sexo y á sus años, avanzó resueltamente algunos pasos dentro del agua y cogió una punta de los flotantes vestidos de Serena.

Aquel débil punto de apoyo fué suficiente: una nueva ola dejó en seco á Serena, arrastrada por Brígida, y á Voltero, que en las ansias de la agonía se había tomado crispadamente de los vestidos de su esposa.

Todo, todo había sido obra de un minuto.



Pero no había tiempo que perder.

La lluvia se había descolgado con violencia; la noche entraba ya, y Voltero temía, además, ser sorprendido en el teatro de su deshonra y de su venganza, á tan pocos pasos del sitio en donde yacía el cadáver de su rival.

Serena, por otra parte, si continuaba como aturdida, no había tenido mucho que sufrir en aquella violenta pero brevísima lucha con las olas: gracias á su traje y al instantáneo auxilio que le había prestado su esposo, se había mantenido constantemente á flote, y el frío del agua y los embates de las olas más bien la habían reanimado de su anterior desvanecimiento que abatido sus fuerzas.

Repuesto, pues, Voltero en algunos momentos de reposo y vuelta en sí su esposa, gracias á los cuidados de

Brígida, emprendieron la vuelta á Miramar, Brígida, llorosa; aturdida Serena, y con un torbellino de ideas en la cabeza y un huracán de pasiones en el pecho Voltero.

Próximos ya á llegar, interrumpió de repente este último, el prolongado silencio en que habían caminado hasta entonces inquiriendo de Brígida, que Serena no parecía estar en situación de dar explicación alguna, el motivo que había inducido á ésta á aquella excursión por la playa en tan peligrosas circunstancias; y como de sus respuestas dedujera que, si bien algo le ocultaba, lo esencial quizás, en cambio nada sabía de lo que había pasado, dijo como hablando consigo mismo, pero no en tan baja voz que Brígida no lo oyera:

—De todos modos fué grandísima imprudencia avanzarse por tan apartados sitios en estas circunstancias. ¡Ojalá que lo sucedido les enseñe á ser más precavidas y que no tengamos que lamentar una nueva desgracia!

—¿Pero qué ha pasado, su mercé?—exclamó Brígida, que hasta ese momento, y después de los primeros sustos, se descosía por saber lo sucedido.

—¡Cómo! ¿nada has visto? ¿En dónde estabas, pues?

—Como la tarde estaba tan oscura y á mí me iba entrando un miedo... ¡misericordia!

—Pues ha sido un lance bien serio y del cual quién sabe cómo haya salido mi buen amigo el doctor.

—¡Por mi señora Santa Ana! ¿Y qué fué ello, su mercé?

—Volvíamos, mi buen amigo y yo, de una excursión que habíamos tenido que hacer esta tarde sin falta, cuando de una depresión del terreno nos salieron tres ó cuatro de esos merodeadores que se valen de la situación por que atraviesa la comarca para asaltar y robar, en traje de soldados, á los desprevenidos viajeros. Como ninguno de

los dos traíamos armas con que defendernos, no tuvimos más recurso que emprender al punto la fuga. León, más ágil y más liviano que yo, se dirigió á través del pesado arenal al total más próximo; ignoro si alcanzó á llegar.

—¿Y su mercé?—exclamó asustada Brígida.

—Yo—repuso Voltero con naturalidad—viéndome perseguido de cerca y próximo á caer rendido de cansancio, me lancé al agua, prefiriendo sucumbir al furor de las olas á caer en poder de los asesinos y bandoleros. Cuando se convencieron éstos que me les había escapado, se volvieron atrás y me dejaron luchando con las embravecidas olas. Largo tiempo llevaba de lucha sin atreverme á salir por temor de que estuvieran cerca mis perseguidores, cuando veo venir á Serena, y pareciéndome que iba á continuar en la dirección en que deberían hallarse estos malvados, me decidí á llamarla, aunque temiendo hacerle mal con lo imprevisto del caso y el aparente peligro en que me hallaba. Ignoro si porque mi voz revelara alguna angustia ó si sólo á causa de la sorpresa de verme en aquella situación, dió ella un grito de espanto y se lanzó al agua. Lo demás, tú lo viste.

—¡Sea por la Virgen Santísima!—exclamó Brígida, que creía tanto más fácilmente la narración de Voltero, cuanto que así se explicaba ella la inesperada despedida del joven cirujano, el cual preveía, sin duda, los peligros á que iba á exponerse, y que ella misma había oído también el grito desgarrador de Serena.

—Cuatro velas—continuó—voy á prenderle ahora mismo á mi señora del Carmen por este milagro que me ha hecho; que si no hubiera sido por lo mucho que yo le pedí, lo más seguro es que ni sus mercedes ni yo estaríamos ahora para contar el cuento ¡misericordia!

Llegados á Miramar, en donde fácilmente se imaginará el lector qué escenas tendrían lugar, refirieron como testigos oculares y en todo contestes, Voltero á los unos, y Brígida á los otros, los sucesos que en tal estado los devolvían á casa, en la misma forma en que el primero se los había narrado á la última.

Cundió la voz de lo acaecido y se esparció á los cuatro vientos dentro y fuera de Miramar con la rapidez que cien lenguas le prestaron. Y como los dos testigos que lo referían gozaban de antigua y merecida fama de sinceros y veraces como los que más, y como nada tenían esos sucesos de extraordinario, puesto que día á día se estaban repitiendo otros de la misma índole en todos los contornos de la ciudad asediada, á nadie se le antojó ni por espíritu de chanza poner en duda una tilde de la narración que se hacía. Había llamado, es verdad, la atención de los pocos que los habían visto llegar la expresión de terror impresa en el rostro de Voltero, la cual, por lo extraña y siniestra, habría despertado la sospecha del menos suspicaz en otra persona de antecedentes menos conocidos ó menos puros que los de Voltero; pero atribuyéndola á las tremendas emociones experimentadas y al estado por demás alarmante de su esposa, hicieron todos caso omiso de ella y la olvidaron en breve, preocupados además con los cuidados que era urgente prestar á la de todos idolatrada Serena, ahora que no había médico en Miramar, y que para ir á buscar uno era necesario penetrar á la ciudad con riesgo casi cierto de perder la vida en tales circunstancias.

Había caído, en efecto, Serena, no bien recostada en su lecho, en prolongado desmayo, del cual no se conseguía hacerla volver con los recursos acostumbrados.



No corría, pues, Voltero por de pronto peligro alguno de ser descubierto como autor del asesinato de su buen amigo el doctor, ni podía tampoco abrigar razonablemente temor alguno para más tarde; porque ni sus mismas víctimas podrían aseverar tal cosa, puesto que no lo habían visto perpetrar el crimen, ni en caso de poderlo, se atreverían á hacerlo, que no llevarían su cinismo hasta hacer público su propio crimen, del cual el otro no había sido más que un justo castigo. Y, sin embargo, devorando á largos pasos la estancia en que se había encerrado en busca de un poco de calma y de reflexión, daba muestras en todos sus ademanes y en las pocas palabras que se le escapaban, de ser presa de un espantable estado de zozobra y de terror: rugía á veces de celos y de rabia y podía apenas contener sus ímpetus de lanzarse á la alcoba de su esposa y ultimarla á puñaladas; lleno de espanto, veía otras veces alzarse delante de sus ojos el espectro ensangrentado y amenazante de su amigo, ó creía oír aquella voz de la tierra que persigue á los sanguinarios: «Caín, Caín ¿qué has hecho de tu hermano?» Cogía después y apretaba ó mordía con furor un agudo puñal, y colocándolo sobre su pecho, parecía iba á atravesarse el corazón con él; mas luego, tirándolo lejos de sí ó alzándolo en ademán de herir á alguien:

—¡Honra mía—exclamaba con desesperada entonación—he de rasgar las entrañas á quien haya osado manciillarte!... ¡Oh, sí; he de cerciorarme de que está muerto; he de poner mi planta sobre su infame frente!... ¡y si no!...

Rendido al fin de cansancio, dejóse caer sobre una butaca, quedándose ahí inmóvil y en silencio.

Pero se alzó otra vez, y poniéndose al cinto el puñal que llevaba, salió de la estancia, se encaminó á la de Serena é informado de que aún seguía medio desvanecida, llamó á algunos de sus más fieles sirvientes y les dijo con resolución:

—Mi buen amigo no parece; vamos al punto á buscarlo. Armaos, pues.

Y marchó con ellos hacia el teatro de su propio crimen, fiero, altivo, resuelto, sin pizca de miedo en el corazón ni de remordimiento en la conciencia, dispuesto á todo, á ultimar á su rival si aún vivía y á matarse él mismo en seguida, ó á recoger su cadáver para darle honrosa sepultura, afrontando así la más repugnante situación en que hombre alguno de honor pudo verse en la vida para poner á salvo su propia honra y fama de toda sospecha, pero infligiendo al mismo tiempo á la esposa culpable el mayor castigo á que podía someterla, colocando sobre su lecho, tal era su resolución, el ensangrentado cadáver de su amante.

Próximo ya al punto preciso en que se había consumado el crimen, ó menos exactamente, como él lo quería, el crimen y su expiación, dirigió á sus acompañantes en varias direcciones y tomó él la única verdadera.

La noche continuaba tempestuosa y negra como boca de lobo; pero Voltero estaba seguro de haber llegado al punto preciso.

No estaba allí, empero, el cadáver que buscaba.

Siguió entonces buscando con mayor ahinco y mandó emisarios hacia los cuatro vientos hasta donde fué posible.

Pero nada...

La luz del alba llegó; la lluvia había borrado todos los rastros y nada más pudo avanzarse.

Volvió, pues, Voltero á Miramar ardiendo más que nunca en celos, en ira y en rencor: quizás no había muerto su odiado rival y á esas horas estaría gozándose de su triunfo y de su gloria, ebrio de júbilo y de orgullo.

Y creció de punto su abatimiento y su vergüenza junto con su encono y su despecho, cuando vió pintada la alegría en todos los semblantes con la nueva de que tal vez su buen amigo y aborrecido rival se había salvado.

—¡Amarga prueba—se dijo—de que si hay Providencia, es Providencia de injusticia y de maldad, ver al lobo ensalzado en casa de sus víctimas! ¡Infame!

XIV

Ocho días llevaba Serena de fiebre y de delirio, y de velar constantemente á su cabecera Voltero.

¿Qué retenia á éste velando con tan tierna solicitud á la cabecera de su delincuente esposa? Por una parte el interés de informarse por su delirio de si se había dado ó nó cuenta cabal de los últimos sucesos y de si había reconocido al culpable, y el temor, por otra parte, de que durante la fiebre se le escaparan palabras que revelaran la pasión que había concebido por el joven cirujano.

Y sólo causa tan poderosa podía mantener á Voltero en la inacción aquellos días; porque en ellos se estaban desarrollando los sucesos militares y políticos de la plaza asediada en sentido diametralmente opuesto al que convenía á sus miras y á las disposiciones que tenía toma-

das; con lo cual hacía cada día más difícil y de menos probable éxito su intervención en ellos.

Al amanecer del día 14 de noviembre, horas no más de terminado el armisticio, renovó el combate la artillería sitiadora, el cual se hizo bien pronto general en toda la extensión ocupada por los combatientes.

En la noche del mismo día, en tanto que la artillería continuaba sus fuegos sin descanso, iban á lanzarse los sitiadores al asalto de una de las trincheras enemigas; pero sorprendidos en el momento en que iban á empezar ya á favor de las sombras de la noche la marcha hacia la trinchera designada desde la plazuela de San Francisco, en donde se habían ido reuniendo paulatinamente, fueron muertos, heridos ó dispersados con una sola descarga cerrada y de mampuesto que, á boca de jarro, les envió enemigo desde la casa que forma el costado norte de la mencionada plazuela.

Sorprendidos en el momento en que se preparaban para dar una sorpresa, quisieron en breve los sitiadores probar al enemigo que no necesitaban de tal recurso para vencerlo y humillarlo, y que podían vengar el rechazo sufrido asaltando á pecho descubierto y á la luz del día sus mejor defendidas trincheras.

Hiciéronlo así, en efecto, sólo cuatro días después, esto es, el 18 á medio día, lanzándose á la bayoneta al asalto de las trincheras del costado sur de la plaza, al mismo tiempo que de los tejados vecinos apoyaban el ataque grupos de diestros fusileros. Fué este combate recio y encarnizado como pocos y quedó en él indecisa la victoria, hasta que con las primeras sombras de la noche, y más por el hambre y el cansancio que por desaliento, se retiraron los asaltantes, recogiendo sus heri-

dos y dejando el campo sembrado de cadáveres de uno y otro bando.

Como los días 15, 16 y 17, que lo habían precedido, los que siguieron al de este asalto, desde el 19 hasta el 23 inclusive, pasáronse en combates generales de artillería ó parciales de fusilería de trinchera á trinchera y en las mil escaramuzas, correrías, emboscadas y simulacros de ataque que forman el arte de la guerra.

Y como siempre en tales casos acontece, durante esos días de inacción, porque los combates parciales y al abrigo de las trincheras, son la inacción para la mayor parte de las tropas de un ejército en campaña, durante esos días, decimos, largos, monótonos y cansados, las tropas de los sitiadores fueron decayendo algo de ánimo y muchísimo de su anterior disciplina. Grupos medio amotinados, que sus jefes no se atrevían á llamar al orden por la violencia por no revelar al enemigo su verdadero estado, recorrían la ciudad ó los campos circunvecinos entregándose con desenfreno al pillaje, al robo, á sus instintos sanguinarios y á la satisfacción de sus más torpes y groseras pasiones. Otros grupos entraban en fraternidad con los pocos vecinos que habían permanecido por necesidad en sus casas y por su intermedio con los defensores de la plaza; muchos cayeron así en el transfugio pasándose á las fuerzas enemigas. Otros, en fin, tomaban resueltamente el camino de la desertión, ora por cansancio y hastío, ora por entregarse á sus propios instintos más á sus anchas, ora por otras causas particulares á cada cual, entre las cuales habría que citar muchas veces al amor.

De esta manera iba, pues, minorándose poco á poco el prestigio del Ejército Pacificador y enaltecándose en

razón inversa el de la guarnición de la plaza sitiada; haciéndose consiguientemente cada día más probable el triunfo definitivo de ésta y el levantamiento del asedio por aquél; lo que, como ya lo hemos dicho, echaba por tierra los planes de Voltero antes de haber sido puestos en obra.

Desde la estancia en que se hallaba confinado á causa de la enfermedad de su esposa y en cuya soledad se veía presa de la horrible lucha que reñían dentro de su pecho las más enconadas de las pasiones, la rabia, los celos, el despecho y la ambición, estaba sabiendo éste momento á momento el curso que seguían aquellos sucesos que tanto le interesaban.

Y tan encontradas emociones le producían las nuevas que le llegaban veinte veces al día, que cualquiera que hubiera podido observarlo cómo se movía, y hablaba, y gesticulaba habríale tenido al punto por loco rematado y no por hombre de sano juicio, y mucho menos por un héroe que tan grandes empresas proyectaba.

Al fin, felizmente para él, fué cediendo la fiebre y el delirio de su esposa, la cual dió claras muestras entonces de no darse cuenta ninguna de su estado actual y de no conservar ninguna memoria de la escena de la tarde del día trece en que su amante había caído herido á sus pies.

No se dió Voltero por satisfecho con esto y se quedó todavía de celoso guardián de su sueño y de su vigilia, no dejándola hablar á solas sino con Brígida, manteniéndose él aún entonces escondido lo más cerca posible, para no perder sílaba de lo que entre ellas se dijeran.

Convencido al fin de que nada tenía que temer, se decidió á dejar á su esposa entregada á sus propios remor-

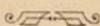
dimientos y á afrontar él de lleno la situación tal como se presentaba. Los sucesos apremiaban y no había tiempo que perder: ó se lanzaba en el acto á la realización de sus proyectos sin medir las dificultades ni pensar en las consecuencias, ó desistía para siempre de ellos quedándose con la doble ignominia de la deshonra y de la impopularidad.

RICARDO DÁVILA BOZA

(Continuará)



EN FRANCIA



(FRAGMENTOS INÉDITOS DEL DIARIO PRIVADO DE VIAJES DE DON
BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA)

(Continuación)

17 de febrero.

París es actualmente una vasta y prolongada fiesta. Hay abiertos más de veinte teatros, á los cuales asiste noche á noche una gran concurrencia. Los hay para todas las clases, todos los gustos y todas las fantasías. La tragedia, el drama, la ópera, la comedia, la equitación, el sainete, aún los caprichos del momento, todo tiene su especialidad, y á veces uno se aburre y se fatiga por la dificultad de escoger entre tanta tentación, como otras veces y en otras capitales uno se fastidia por no tener otra tentación que la de acostarse á dormir.

Hé aquí una lista de los teatros que funcionan hoy:

De ópera: Teatro Italiano ó Sala Favart, Grande Ópera, Ópera Cómica, Teatro Lírico.

Drama serio: Teatro Francés, Odeón, Gimnasio.

De vanderilles: Variedades, Vandeville, Palais Royal.

De gran pantomima: Ambigú Comique, Porte Saint Martin, Teatro del Circo.

De sainetes: La Gaité, Funambules, Delassements Comiques, Le Folie, Le Nouvelle Folie.

Teatros locales: Teatro Comte, Beaumarchais, Luxemburgo, Mont Parnasse, Batignolles etc.

Hay todavía los bailes de máscaras de la Ópera, los conciertos en el Jardín de Invierno, los Tableaux vivants etc.

Se podría decir que de la población total de París, de 1.200,000 habitantes, 80,000 personas, entre empleados de teatros, mozos de restaurantes, libreas, *écuyers* etc., están dedicados al placer de 40 ó 50,000 *escogidos*, la mayor parte extranjeros.

De los cuatro grandes teatros líricos, la Grande Ópera sólo me parece extraordinario é inimitable por su orquesta de cerca de 150 instrumentos, su cuerpo de baile, dirigido por la Taglioni y la Cemto, y su aparato escénico que es magnífico, más allá de lo imaginable.

Pero el arte, la música, el canto y el recitado francés, lleno de nasalidad y de dureza, no penetraban en mi oído como una melodía, sino á lo más como una bulla agradable. La Cruvelli, la Tedesco, la Dussis, y el gran tenor moderno Roger, por eminentes artistas que sean, no pueden dominar otro auditorio que el especial de París, que comprende la música de tan diversos modos.

El repertorio de la ópera francesa es muy escaso también. La *Judía*, los *Hugonotes*, la *Muda de Portici*, *Roberto el Diablo*, *Lucía* (puesta en francés), y sobre todo

la *Favorita* y el *Profeta*, compuestos expresamente para este teatro, son las óperas que se repiten todos los inviernos.

El aparato es sin igual. Nada he visto superior al incendio final del *Profeta*, hecho con una perfección tal, que se desea ver llegar las bombas para apagarlo. Á veces he contado hasta 500 personas sobre el proscenio. El primer golpe de orquesta, en el que hay cerca de 80 violines, es maravilloso; cuando los violinistas levantan sus arcos, parece que un batallón echa armas al hombro; pero la melodía se pierde después en el bullicio de los sonidos.

Para mí, prefiero el *Teatro Italiano*, donde la verdadera ópera es ejecutada por artistas que satisfacen un gusto universal, porque la melodía de la palabra, del acento, de la voz meridional, es la única que responde á la sensibilidad del alma que sólo la música sabe despertar. La Alboni, la Frezzolini, Tamburini, Bucardi, interpretando el *Trovador* ó *Lucía* son tipos inimitables. En el Teatro Italiano, aunque es uno de los más hermosos de París, no hay gran aparato escénico, ni orquesta, pero tampoco se echan de menos. La concurrencia á este teatro, el más caro de París, es generalmente de extranjeros.

El teatro favorito de los franceses es la Ópera Cómica, que, debo confesarlo, es el único teatro de París que me ha hecho subir un bostezo á los labios. Con óperas de un mérito solamente de ocasión, con compositores secundarios, como Auber y Adam, con artistas sin grande importancia, la Ópera Cómica no pasa de ser entretenimiento pasajero que puede ser agradable, pero que tam-

bién puede ser insulso; pero el gusto ligero, risueño, volátil, de la música y de los recitados, encanta el oído y el espíritu de los parisienses *pur sang*.

El Teatro Lírico es sólo como un ensayo, el pórtico para los otros teatros que se abren á los genios que comienzan.

Ninguno de los teatros de París tiene una belleza arquitectoral prominente, porque la mayor parte han sido edificadas en locales estrechos, y aún algunos, como el del Palais Royal, sobre el techo de las casas.

Su distribución interior es también muy incómoda y estrecha. El patio se divide en *orchestre* y *parterre*, aquella formada por una hilera de poltronas de terciopelo carmesí, al lado del proscenio, y la otra, de bancos sin espalda, más atrás.

Una ancha galería, llamada *l'amphithéâtre*, rodea toda la platea, y sobre ésta se levantan cuatro ó cinco hileras de *loges* ó palcos estrechos y oscuros, tapizados con papeles ó cortinas lacres.

Bajo del *amphithéâtre* hay otra serie de palcos, llamados *baignoires*, verdaderas cuevas, muy cómodas, sin embargo, para los que quieren estar sin ser notados.

Todas estas ocho ó diez clases de localidades tienen un precio distinto, que varía de un teatro á otro, y se necesita un año para entenderlas. En los palcos no hay tampoco ese derecho exclusivo, pues se venden separadamente cada uno de los asientos que contienen.

Mil dificultades rodean, además, la asistencia á cualquiera representación de algún mérito. Cuando trabaja la Raquel, por ejemplo, es necesario ir á la boletería á las doce del día, hacer una cola de media hora, y pagar el doble, para venir después á la noche á formar de nue-

vo una cola de dos cuadas, hasta que se abran las puertas. Otras veces, no habiendo uno comprado con anticipación el billete, llega al postigo de la boletería después de haber estado una hora en la cola, y tiene que retirarse porque los boletos se han concluido. Salvados estos inconvenientes, quedan todavía otros trámites indispensables. Comprado el billete, es recibido en el vestíbulo por un portero y cambiado por otro, que se lleva á otro portero, el cual le indica á uno su asiento. Y todo esto se hace por entre la confusión de pasadizos y escaleras que dan acceso á las diversas localidades.

No hay tampoco elegancia en la concurrencia, excepto en la Ópera; á los demás teatros va cada uno como á su casa.

En los entreactos aturden los vendedores de diarios con sus gritos chillones, y aún se venden naranjas y helados.

La *claque* ó aplaudidores pagados, que están organizados con un jefe visible á la cabeza y que se advierten por señas de sus maniobras, es otro de los fastidios de los teatros, principalmente en la Ópera Francesa, donde los *claqueurs* forman una legión formidable.

Tal vez el único sitio agradable en los teatros es el *foyer* ó el salón donde la gente va á pasearse en los entreactos.

De los teatros dramáticos, mi favorito es la Comedia Francesa, noble escuela de lenguas, de costumbres, de maneras, de estudio clásico de la literatura y de la historia. Corneille, Racine y Molière son los grandes maestros de esta escuela. Lo sublime de la epopeya, *El Cid*, lo más terrible de la vida, la *Fedra*; lo más ridículo de la miseria humana, el *Tartufo*, el *Misántropo*, el *Enfer-*

mo imaginario, *M. de Pourceaugnac*, en que he creído morir de risa, se representan aquí como los inimitables tipos antiguos de la comedia francesa; ó bien el repertorio moderno de Dumas, Scribe, Ponsard, Legouvé, Augier y otros. Aquí está la Raquel, de la cual ya he hablado.

Samson, el maestro de Raquel, es el decano de la Comedia Francesa; Prevost es inimitable en los protagonistas de Molière; Beauvallet, el mejor profesor en el arte trágico; Got, un actor de 25 años, el hombre que hace reír más gente en París; las dos hermanas Brohan; la *charmante* Mademoiselle Fix, son los principales actores de este admirable teatro; donde, cada vez que voy, encuentro, como nuevo motivo de predilección, la sociedad de dos ó tres amigos chilenos.

El teatro del Gimnasio es una imitación más fina y más moderna de la comedia francesa, pero más débil y menos perfecta, y se cita este teatro como el *único* en que, desde la primera dama, la simpática Rosa Chery, las actrices sean *sages*, en medio de la batahola de los teatros de París.

El *Ambigu*, el *Odeón*, el teatro de la *Puerta San Martín*, tienen hoy la especialidad del gran drama, de las piezas del estilo de *Pelayo* y de *Guzmán el Bueno*. Las clases pobres asisten en gran número á estas representaciones. He visto ocasionalmente en estos teatros algunas de las reliquias que aún existen entre las celebridades contemporáneas de Talma; Bignon, es el *Honneur de la maison*; Ligier es el pesado *Guzmán el Bueno* de Mery (y tan viejo y sin dientes está este célebre trágico, que ya no se le entiende lo que habla); y al más famoso de todos, Federico Lemaitre, que á los 70 años hace to-

davía una terrible impresión en los *Treinta años* de Ducange.

El *Vaudeville* y el *Variétés* son en el drama lo que la Ópera Cómica en la música: representan el gusto ligero parisiense. Kopp, Perey, Felix, Mlle. Ozy, y, sobre todo, Mme. Doch y Fechter, representando la *Dama de las Camelias*, arrancan algunas lágrimas, entre los torrentes de risa que inundan estos teatros desde que se levanta el telón. Aquí se dan las actualidades y las futilidades que van sucediéndose en París, y que después que pasan quedan como enredadas en los telones de estos teatros, más de circunstancias que de arte. Aquí se ven vaudevilles como el *Amor al daguerreotipo*, *L'amour, qu'est que c'est que ça?* los *Infiernos de París*, el *Tourlouron* etc.

En París hay teatros para todos y en todas partes, teatros de suburbio, teatros de boulevard, teatros de *Banlieu*; en el departamento del Sena hay 36 teatros. Hay teatros de niños, como el de *Comte*, donde el actor más viejo tiene 15 años; teatros para niñas, como la *Gaité*, *Les Folies*, *Les Delassements* y *Les Funambules*, y hay además teatros de teatros, y se puede decir así, porque el inmutable *Palais Royal* vive de las parodias de las piezas de los otros teatros y de la parodia y del ridículo de todos, principalmente de ingleses, como en el *Sir John Sbrouff*, y aún de ellos mismos, porque los hombres se presentan vestidos de mujeres... Es necesario llevar positivamente una mordaza para contener, no la risa, sino el mal de carcajadas que á todos acomete apenas se presentan en el proscenio Grassot, Ravel, Levassor ó Enrique Monier, que representa sus propias comedias.

No menos agradables noches he pasado en los Circos

ecuestres que en los teatros de París. En el Circo de la Emperatriz, dirigido por Franconi, he visto ejecutar á los caballos, perros, osos, y aún á las hienas, las más curiosas pruebas. El caballo *gourmand*, un hermoso caballo bayo, se sienta en sus ancas, delante de una mesa, toca una campanilla con el hocico, viene el mozo, le trae un beeftake con huevos, se lo come, hace las apariencias de limpiarse el hocico con la servilleta que tiene al pescuezo, vuelve á tocar la campanilla, le traen vino, y se empipa la botella con toda gracia; en seguida se retira reculando, para no dar las espaldas al público... Es llamado con estrepitosos aplausos, sale á la pista, hace una cortesía y se retira de nuevo reculando... El caballo *à feu* trepa una escalera reculando para arriba, y colocándose en un anfiteatro elevado, estira las patas y abre el hocico como en un terrible suplicio, mientras se prenden al rededor cohetes y granadas como en una hoguera. El caballo *Wagram* saca una moneda de un balde de agua, y desentierra un pañuelo oculto á una cuarta bajo de tierra.

Otras veces los *écuyers* andan por los techos con la cabeza y la vida en el aire, apoyando un pie tras otro en un tablado á 50 varas de alto.

Una noche el público se rió á mares viendo salir de un pastel que se servía en una mesa, á un hombrecito de media vara de alto que les tiró á los convidados los platos por el cuerpo y los corrió después con el cuchillo. Era éste el *Nuevo Tom-Pouce*, un hombre de 18 años, que apenas tenía el tamaño de un niño recién nacido.

Se dan también grandes farsas, como las *Siete Maravillas del Mundo*, hechas con un aparato escénico que cuesta, según me han asegurado, cerca de 50,000 pesos, y las han dado, noche á noche, por más de 300 veces. Lo

mismo sucede con las grandes piezas de moda en París, que nunca dejan de darse seguidamente 20, 40, 50 y más veces, con una asistencia numerosa que se renueva todas las noches.

Se calcula que no asisten menos de treinta mil personas diariamente á los espectáculos públicos, y hay en éstos no menos de ocho mil individuos ocupados en divertir á aquéllos.

En las *Siete maravillas* aparecen todas las maravillas del mundo, incluso los siete sabios de Grecia y los dioses del Olimpo. Venus es una vieja horrible, y Mercurio pasa á Júpiter un cigarro puro para que encienda un rayo, pero éste es un cohete mojado que se *chinga* en medio de la risa de todos.

El emperador fomenta también las representaciones militares, como *El Consulado y el Imperio*, en que se representan con doscientos ó trescientos personajes las principales batallas del imperio y otros rasgos de la vida de Napoleón el Grande. El actor Drouville, que es, sin duda, muy parecido á Bonaparte, se presenta en la batalla de Austerlitz en un caballo blanco y con paletot gris. Cada noche asiste un regimiento por orden del gobierno. Tengo presente un rasgo eminentemente francés en una de estas representaciones. El mariscal Lannes se presenta en la corte de Prusia á intimar la paz ó la guerra; el rey quiere calmarlo y le dice:—«La Prusia, el Austria, la Rusia, toda la Europa, se coaligan contra Napoleón; la Francia quedará sola contra todas!»...—*Ah!*—exclama Lannes—*telle est l'habitude de la France!*... y el público todo prorrumpió en un estruendoso *bravo!* Alejandro Dumas cuenta en sus *Memorias* que era necesario sacar del Odeón con una escolta al actor que

representaba el papel de *Sir Hudson Lowe*, porque el público quería matarlo.

Todas las impresiones que el hombre puede recibir, todos los contrastes que presenta el cuadro de la existencia, el placer en su delirio, la gloria en su apogeo, el dolor en su desesperación, la muerte en su olvido, todos los grandes escalones de la vida se encuentran en esta singular capital.

18 de febrero.

Temo que haya en mí una naciente afección al hígado. Ayer creí sentir el primer síntoma (1).

Hasta las 3½ escribí sobre agricultura. Á esa hora vinieron á buscarme los Cerdas, y á las 4 salimos con un frío espantoso.

Dimos una larga vuelta para ver la procesión del *bœuf gras* y la alcanzamos bien. No se veían sino tropes de gente en todas las calles. El buey iba en un carro, un hermoso animal blanco del peso de 1,325 kilogramos. Era precedido y seguido por cabalgatas de mosqueteros y hugonotes, y la procesión se cerraba con el carro del Olimpo, tirado por cuatro caballos, y manejado por el Tiempo, con su barba cana. Mercurio venía de chaquet y las diosas tiritando de frío en el carro.

Por todas partes se ven señales de Carnaval.

Comimos en el Palais Royal y á las 7 nos fuimos al Teatro Francés, donde se daban tres piezas de Molière, que nos hicieron reír á reventar. Entre la concurrencia estaba el príncipe Jerónimo, que, aunque joven, parece

(1) El señor Vicuña Mackenna murió, en efecto, á consecuencia de una enfermedad al hígado, treinta y un años más tarde.

un viejo verde. Su hijo estaba inmóvil, negro, muy parecido á su tío el Grande.

19 de febrero.

Á las 6 me fuí con Enrique Tocornal donde Rosales, y comimos perfectamente con él. Rosales se portó con extremada amabilidad, y me dijo tantas lisonjas como barbaridades ha sabido decirme antes.

Pasé ahí un par de horas muy agradables, y después nos juntamos con otros paisanos con quienes estuvimos hasta las 11.

24 de febrero.

Aunque anoche me dormí á las 4 de la mañana, me levanté hoy á las 9, despertado por una carta en que me anunciaban mi nombramiento de miembro de la Sociedad de Zoología.

Mi vecino M. Bareau me dijo que he sido nombrado también miembro de la Sociedad de Botánica, donde M. Decaisne habló favorablemente de mi obra, y fué admitida. De modo que en un día he sido incorporado á dos sociedades científicas de importancia.

27 de febrero.

Á las 9 me levanté, almorcé, y salí tan distraído que llevé hasta la mitad de la calle la pluma en la boca.

Me fuí al Jardín de Plantas, pasando por los boulevares, donde pagué mi contribución á la Sociedad de Zoología, y recibí mi diploma.

Hice una corta visita á M. Gay, y quedamos en juntarnos á la noche para ir á ver á M. Boussingault.

Tuvimos hoy la última lección de M. Geoffroy Saint Hilaire, que fué muy aplaudido. Siento muy de veras que tan interesante curso haya sido tan corto, de doce lecciones.

Comimos á las 6 con Carlos Cerda, me vestí y fuimos á la casa de M. Gay para hacer nuestra visita á M. Boussingault, como habíamos convenido. Pero M. Gay se había ido sólo, dejándonos sin la dirección de la casa. Tuvimos que ir á preguntar al Conservatorio de Artes y Oficios dónde vivía el ilustre sabio.

M. Boussigault nos recibió perfectamente. Es un hombre extremadamente bondadoso, como lo son su mujer y sus dos hijas. El trato de la familia es lo más franco y llano que puede darse.

Me dijo al verme que tenía que hacerme un reproche por haber hablado tan poco de los temblores en mi libro, que lo había leído todo entero, cosa que no hacía con todos los libros, y que lo encontraba muy interesante.

Nos hizo reír mucho contándonos algunas anécdotas de sus viajes por Nueva Granada. Nos refirió que para salvar su barómetro, mientras visitaba los volcanes del Ecuador, contra la curiosidad de los indígenas, había tenido que amarrarle un pequeño busto de San Antonio, el santo predilecto de los indios. Uno de sus guías, que andaba desnudo, era el hombre más honrado de la tierra; pero él le dió su par de pantalones, y apenas se vió con bolsillos, se volvió un insigne ratero. Una vez se le perdió un candelero, y lo encontró en una capilla, en los brazos de una Señora del Rosario. Aunque es uno de los sabios más serios y más laboriosos del día, me

dijo que no había conocido placer mayor que el de la ociosidad «cuando mecido en su hamaca en Guayaquil, había pasado quince días sin hacer nada».

Me dijo que la emigración, de la cual yo había escrito, para ser buena debía ser de buenos colonos. Que para escribir de Agricultura en el día era necesario un gran acopio de hechos, conocimiento personal de las cosas, y pensarlo todo. Así, me observó que las obras de Mathieu Dombarly su muy bien escritas, pero que en cuanto á números, no dice ni siquiera cuánto pesa una carretada de heno.

Sobre nuestro carácter nacional, comparativamente al resto de la América, me hizo esta reflexión histórica profundamente exacta: *Quant à vous autres, vous êtes plus circonspects parce que la guerre des Araucanos vous a appris l'art de la prudence pendant trois siècles!*

En el trato de estos sabios no hay casi una palabra que no sea una enseñanza. Las hijas son muy amables y hermosas; la madre parece una matrona chilena.

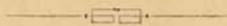
Á las 12 nos vinimos donde Carlos, y tenía tal sueño y pereza que por tercera vez me quedé á dormir en su casa, para mi gran descrédito con mi criado Honoré, que indudablemente está abrigando las más graves sospechas sobre mí.

B. VICUÑA MACKENNA

(Continuará)



SOBRE LA LÍRICA MODERNA



La lírica es, á nuestro modo de ver, un género de poesía incompatible con las exigencias del naturalismo. Probaremos á manifestar el fundamento de nuestra opinión, siquiera sea á escape y sin detenernos mucho en dibujos.

El idealismo, demás de ser una manera legítima del arte, es una cualidad esencial de la lírica y el motivo por donde ésta no se aviene con la máxima de que el arte consiste en la imitación de la naturaleza. Esta máxima, que constituye el fondo de la estética naturalista, no es de todo punto exacta. No cabe duda en que el artista tiene que imitar la naturaleza á fin de revestir de formas reales y sensibles la idea que de la hermosura se ha formado, pues de otro modo sus obras no resultarían macizas, jugosas y succulentas. Pero el placer estético no tiene su raíz en la mera imitación de la naturaleza, sino que es producido por la vibración de lo ideal en el seno de la realidad y por la expresión de la hermosura verificada mediante el enamorado consorcio de lo interno con lo externo. El valor de la obra de arte no nace de la realidad

reproducida de un modo inerte y opaco, sino de la transfiguración discreta y delicada de esa misma realidad por la emoción del artista. El novelador, por ejemplo, está obligado á hacer mucha cuenta de las luchas íntimas de la conciencia, que son la explicación de los acaecimientos de la vida, y á reflejar su personalidad en la exposición de los caracteres, en la pintura de los afectos, en la descripción de los lugares y, en general, en todo lo que elabore sobre el fondo permanente de la naturaleza. Las pasiones, los vicios y los errores deben ajustarse á la misma lógica que tienen en el mundo real; pero caben dentro de la novela todos los legítimos engendros de la fantasía, aunque parezcan inverosímiles y falsos; y es lícito al novelador, con tal que no salga de las fronteras de la belleza y del gusto, fantasear y apelar á lo inusitado, pues de otro modo carecería de sentido la palabra *novelisco* que se aplica á lo que no sucede comunmente. Nos parece excusado advertir, ya que se deduce claramente de lo que hemos dicho, que nuestras observaciones se refieren al naturalismo francés de que es apóstol Emilio Zola, y no á ese otro naturalismo corregido y aumentado donde, según la expresión de uno de sus más brillantes partidarios, se ven aunadas la fórmula clásica en lo que al concepto y finalidad del arte se refiere y la romántica, en lo que á la regla de conducta del artista atañe.

Tratándose de la poesía lírica, la máxima en que nos ocupamos es también inexacta. Cierto que la poesía lírica, por ser de suyo subjetiva, está destinada á mostrarnos rodeado de luz lo secreto del alma del poeta, pero no puede tener la reflexibilidad de un espejo ó la precisión de una autobiografía. Sobre la poesía lírica, al revés

de lo que pasa con la escultura y la pintura, no pesa la obligación de copiar siempre algo, sino que goza, como la música, del privilegio de crear la belleza y manifestarla por una manera vaga y libérrima. Lo único que puede exigirse del poeta es que parezca soñar con intuición vigorosa lo que expresa y que sepa producir en el ánimo de los demás hombres el deleite que lo bello naturalmente engendra; ya que no es muy hacedero que digamos esto de introducirse en el afecto del poeta á intento de aquilatar sus contemplaciones y examinar la hondura de sus raptos líricos. De este concepto que acabamos de expresar en orden al subjetivismo, no es lícito deducir que nosotros calificamos de buenas la hinchazón del estilo poético y la charra y empalagosa sensiblería, porque ya hemos dado á entender que, para que el poeta lírico pueda cantar de ideas ó de afectos que no siente de verdad, es menester que sepa expresarse de un modo dulce y penetrativo, sin hojarasca ni discreteos quinta-esenciados y por tal arte que la emoción parezca hablar por sí sola. Demás de eso, para que los rasgos de la pluma pongan en alarde la energía de la savia del poeta y no salgan pálidos y roñosos, se necesita esa misteriosa eficacia que se llama inspiración y que es producida de consuno por la razón, la sensibilidad y la fantasía. La máxima de que el arte consiste en la imitación de la naturaleza tiende, pues, á descabalar la esencia de la lírica; pues harto claro se ve que, exigir consecuencia al poeta como al filósofo, apurar la verdad de los raptos líricos á la luz de la dialéctica y desterrar absolutamente del arte lo fantástico, es convertir la lírica en confesonario ú otra cosa por el estilo, es obligar al poeta á rastrear austera-mente como un gusano entre el limo de la realidad y no

dejarle volar, espaciarse y tener sus cópulas libremente en la inmensa región de las quimeras.

En nuestro concepto, los críticos que vituperan el pesimismo de ciertos poetas líricos subjetivos alegando que no es lícito hablar con tristeza de la vida á los que aún no han sufrido los desgarrones de la desesperación, incurren en un error casi tan burdo como el de los que creen que sólo tienen acomodada condición para ser poetas el pobre, el melencólico, el mugriento y el ocioso.

No sostenemos que el poeta deba pulsar incesantemente la cuerda de la ironía y del desencanto y que deba contemplar la vida al través de un prisma implacablemente lóbrego, sin desplegar nunca á nuestra vista horizontes de luz y de consuelo. Muy lejos de eso. El poeta no es un monstruo destinado á derramar acíbar sobre todas las alegrías y á echar manchas de tinieblas sobre todo lo que hay de transparente, de fino, de rubio y de blando en la vida. En nuestros días, principalmente, en que no pensamos sino en lo que se pudre y en que el corazón humano parece estar envuelto en una enorme capa de grasa, de plomo ó de hielo, que no le permite abrir ampliamente sus puertas á la fe, á la esperanza y al amor, conviene mucho que el poeta cambie el diapasón, que toque otras teclas y registros, que ensaye todos los tonos y que despierte notas llenas de reflejos de aurora, cantos de ave y perfumes de primavera.

Lo que tenemos por cierto y afirmamos, es que, al paso que el optimismo sin fe religiosa es prosaico y revela estiptiquez de ánimo, el pesimismo con ó sin fe religiosa es siempre ameno y poético.

Hay una causa permanente por donde la tristeza vive dentro de nuestra alma como en casa propia y solariega,

y consiste en un anhelo hondo y cálido que sólo en lo infinito puede quietarse y en el desesperado pensamiento de la efímera vanidad de nuestra vida. Sólo Rabelais se ha atrevido á decir que *rire est le propre de l'homme*. Las almas áridas que no saben llorar son parecidas á una noche sin astros ó á un bosque sin pájaros ni murmullos. La tristeza nos mueve á acariciar á Dios por medio de la oración, como besamos con ternura la mano del querido pequeñuelo que pasa toscamente sobre nuestros labios para golpearlos ó rasguñarlos. Pero aún en el hombre sin fe, si está dotado de una alma ancha, enamorada y de excelsa inteligencia, como Musset, Heine, Byron y Leopardi, existe un deseo inextinguible de felicidad y un vago presentimiento de la suprema hermosura, que constituyen una fuente constante de tristeza. En balde se esfuerzan algunos para ahogar el gemido de la conciencia en el alto oleaje de los deleites sensuales y en el agitado devaneo del mundo; porque aún en medio de la algazara de las orgías y de las francachelas, entre el ruidoso choque de las copas y las estúpidas carcajadas, suele sentirse ese gemido de un modo temeroso y solemne. Para el incrédulo la vida es, si decimos, una barca sombría balanceada por las olas de lo desconocido; por donde la desesperación se enrosca como una culebra en torno de su alma y sus delirios pesimistas son helados, rabiosos y lívidos. El pesimismo de los hombres de fe es una melancolía augusta y sosegada, es una manera de asco y hastío que seca el manantial del entusiasmo y desteta la voluntad de los deleites de la vida. Pero ambos pesimismos se fundan en la naturaleza del alma humana, que tiene clavado en lo infinito el objeto de sus perpetuos y punzadores anhelos, y que á despecho de los sentidos

abomina del Universo con todas sus pompas y con toda su hermosura,—como un desterrado que vuelve siempre con tristeza los ojos al dulce cielo de la patria nativa donde ha dejado una esposa ó unos hijos queridos.

Todo extremo es vicioso. Es posible una poesía mixta que huya de las agrias voluptuosidades del sollozo, tanto como de las carcajadas que tienen el sonido de las monedas falsas. Cabe un término medio entre los poetas ojerosos que empapan su voz en el óleo de las lámparas sepulcrales y entre esos otros poetas amantes de los sentidos que están siempre como unas castañuelas y que parecen charlar con las ropas desabrochadas y con un vaso de ponche en la mano. Sin embargo, de nosotros sabemos decir que preferimos el invierno con sus días pálidos y soñadores, sus brisas heladas y sus copos de nieve, á esos días de verano desgarradamente azules, abiertos con obscenidad y en que el sol, que con sus rayos copiosos abrasa la piel, se asemeja, vamos al decir, á un hombre gordiflón y grosero.

Las poesías optimistas casi nunca son el reflejo de ideas elegantes ó de afectos generosos, por eso salen anémicas y no logran despertar ecos sonoros y profundos en el corazón humano. Por el contrario, nunca vibramos y nos estremecemos con más fogosa blandura en torno del alma del poeta, que cuando éste nos habla de sus melancolías y nos moja con sus lágrimas. Los oscuros cantos del poeta pesimista tienen para el que sufre la eficacia de una caricia, son como un rayo de sol altivo y risueño que desgarrar las nubes algodonosas después de una lluvia. La melodía de los versos sube al cerebro como una ola de vino añejo y hace que el alma, desenredándose de las grandes hierbas de los sentidos, se sumerja en la región

de los ensueños. Pensar es moverse en lo infinito, por eso el pensamiento es áspero como el vértigo ó como la sensación del que se mueve en un abismo lleno de tinieblas. El ensueño, por el contrario, es una embriaguez ó una enervación de la inteligencia que es besada por bocas invisibles y encierra una picante voluptuosidad. En las horas grises de la vida, cuando han caído de los pliegues del corazón las últimas perlas, cuando, en medio de nuestras hondas melancolías, abrimos los brazos en el espacio llamando una criatura que nos consuele y la duda evapora en nuestros labios el perfume de la oración, el ensueño adquiere para nosotros el intenso atractivo del anestésico que amortigua la sensibilidad y pone en olvido las heridas. La música lastimera y monótona del poeta pesimista que nos saca de la mezquina prosa de la vida y nos trasporta á la mansión del desconsuelo, produce en nuestra alma una vaga sensación de refrigerio semejante á la del que allá, en una noche fresca y apacible, después de haber estar encerrado largo rato dentro de su habitación, abre la ventana y se asoma al jardín para contemplar la pavorosa enormidad de la noche, las oscuras palpitaciones del silencio, el centelleo de los astros y los sordos ruidos de la vegetación.

En suma, los poetas líricos subjetivos pueden cantar de ideas ó de afectos no sentidos de verdad, á condición de que sepan expresarlos por tan galana, vigorosa y sobria manera que no sea fácil descubrir lo postizo. Y, por otra parte, el pesimismo lírico no puede ser censurado sin restricciones ni limitaciones, en el punto de vista estético, porque se aviene muy bien con las inclinaciones de todas las almas ricas que han sido amamantadas por los pechos de la tristeza.

Pero podría objetársenos diciendo que el poeta lírico, si fantasea sin más freno que el gusto y no pone ahinco para reflejar con exactitud la realidad de su vida interior, es imposible que pueda servir á los grandes intereses de la sociedad moderna. Á lo que contestaríamos nosotros que precisamente ésta es la otra razón por donde la lírica no puede seguir las nuevas tendencias de la literatura. Porque, en efecto, sobre que no se nos alcanza qué utilidad puede encerrarse en saber lo que pasa dentro de la conciencia de Fulano ó de Mengano, y sobre que es por todo extremo imposible conocer cuándo un poeta finge ó nó los afectos que expresa, creemos firmemente que el arte, y sobre todo la poesía, no tiene otro objeto que la manifestación de la belleza por medio de la palabra y del ritmo de una forma sensible revestida. La poesía es reina y no criada. El enseñar es propio de la inteligencia y nó de la imaginación; por donde la poesía y la ciencia son como dos mujeres en un mismo harén: si el dueño prefiere á la una, ha de irritarse necesariamente la otra. La poesía que se llama didáctica, observa Juan Valera, ó no es didáctica ó no es poesía. Y no es ésto sostener que el poeta deba ser una especie de Júpiter Olímpico que contempla los sucesos de la vida en el seno de una inercia majestuosa. Bueno y rebueno es que el poeta manifieste sus sentimientos y sus creencias en todo género de obras, pero no adrede, sino calladamente; pues el propósito científico, político y religioso, con no ser vituperable, no es tampoco necesario para que la obra de arte sea perfecta y contenga condiciones de vitalidad. Sostener lo contrario equivale á confundir lastimosamente el valor estético con el valor social.—Es casi imposible expresar en forma

artística lo que ha sido concebido reflexivamente, á la manera del filósofo, porque á ello se oponen las leyes del espíritu humano; y hé aquí por qué la escuela de Campoamor, que tiende á innovar la poesía en el sentido de esconder en ella, por un misterioso esoterismo, ideas filosóficas, ha sido llamada escuela de la poesía prosaica. Por otra parte, nuestra doctrina no desnuda de toda importancia de cuenta á la poesía lírica, porque la belleza, que es el único objeto de la actividad artística, contiene dentro de sí la verdad y la bondad, de arte que inconscientemente educa, nutre, purifica y engrandece. Se diría que es una escala de Jacob que conduce al cielo.—Creemos inútil explicar cómo, á pesar de lo que va expuesto, no somos partidarios de esa poesía enclenque y enfermiza que Núñez de Arce califica de «suspirillos germanos y vuelos de gallinas». La lira del poeta, para ser completa, debe tener cuerdas de seda y cuerdas de bronce. Detestamos de toda teoría exclusiva y no nos oponemos tercamente á ninguna innovación literaria, con tal que no se la extreme. Á nuestro juicio, todo lo que siente y piensa el hombre es lícito en el terreno del arte. Lo único que puede y debe exigirse al artista es que cree y manifieste la belleza.

Y aquí concluimos estas mal hiladas observaciones, aunque no hemos apurado completamente la materia, porque, sobre que estamos de prisa, nos pone miedo la idea de impacientar á nuestros lectores.

ALFONSO GUMUCIO LARRAÍN

CUANDO LAS SOMBRAS!...



Cuando las sombras de la tarde, tristes
la verde cima del collado enlutan
y vaga niebla misteriosa el valle
lúgubre envuelve,

dulces rumores de la brisa mansa
gimen en torno cual fugaz suspiro
de alma que evoca de un amado ausente
tiernas memorias,

ó ayes dolientes que sin rumbo vuelan
bienes llorando de otra edad más bella,
goces que apenas nos parecen ora
sombra de un sueño.

¡Oh! cuántas veces en aquellos días
vi sepultarse en el lejano ocaso
¡oh sol! tu lumbré del amor soñando
dichas sin nombre.

Y en cada ruido de la selva un eco
oír creía del que alzaba el alma
á la esperanza, á la ilusión querida
mágico canto!

No entonces triste fenecer miraba
la luz postrera ni pensé en la hora
en que la tarde del pesar descende
sobre la vida...

En sed ardiendo de gozar, la dulce
copa bebía, sin pensar ¡incauto!
que entre sus heces me guardaba el tiempo
árido hastío.

Hoy... ¡cuán diverso!... Con amarga pena
miro á lo lejos fenecer tu día,
grata y risueña juventud; contemplo
cerca la noche,

y no tras ella la mañana aguardo
de luz dorada, de cantar festivo,
de frescas auras que en sus alas llevan
vida y amores.

ENRIQUE DEL SOLAR

1884.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

I

Con la pérdida del hombre ilustre que acaba de desaparecer en la muerte, la brillante generación de literatos, historiadores y publicistas á que pertenecía, va ya quedando reducida á pocos. Casi todos, y muchos de ellos en la plenitud de la inteligencia y de la vida, han ido en corto tiempo desapareciendo, unos tras otros, como obreros fatigados en medio de la labor. No parece sino que los dones generosos de la existencia les hubieran sido repartidos de igual manera y según una misma ley y una sola medida.

Si á los que sobreviven por acaso ocurriera, como en mejores tiempos, reunirse una vez todavía en algún salón amigo, para departir juntos sobre artes, política ó literatura, la animada charla habría luego de convertirse en melancólica recordación de nobles amigos y numerosos compañeros. Lastarria, Barros Arana, Lillo, los Errázuriz, Sotomayor Valdés, Fernández Concha, Alberto y Guillermo Blest Gana y otros cuantos acudi-

rían á la cita. En cambio, qué larga lista de nombres que ya no existen sino en el recuerdo... Miguel Cruchaga, joven y llena el alma de hermosos sueños y generosas promesas; Hermógenes Irizarri, preparando las últimas páginas de una edición completa de sus inspirados cantos; Camilo Cobo, Justo y Domingo Arteaga... y entre todos, como un gigante herido al escalar la cima, Benjamín Vicuña, cuyo nombre era la personificación de las más grandes y atrevidas ideas. Por último, Miguel Luis Amunátegui.

Nadie podía esperarlo; y, sin embargo, apenas si ha dado un instante á sus amigos para que fuesen á estrecharle por vez postrera la mano desfallecida. Como si fuera á entregarse simplemente á un sueño, ha rendido su alma al último momento; tan rápidamente se ha ido, haciendo recordar aquellos versos del poeta, que parecen hechos para pronunciarse casi en silencio:

Cómo se viene la muerte
Tan callando!...

II

Nacido en Santiago el año de 1828, parecía Miguel Luis Amanátegui, por las relaciones de su familia y las distinciones de su apellido, destinado á recorrer por lo llano y sin obstáculos el duro camino de la vida. Fuera de que en ese tiempo algunas gotas de buena sangre en las venas valían tanto como el oro lavado y puro, su padre, además, era un distinguido magistrado del orden judicial y bien quisto con los más altos personajes de la política y de la administración. El niño, pues, no tenía, por decirlo así, más trabajo que el de crecer y de vivir,

para tomarse de la mano de su natural protector y seguirle á la prosperidad y la fortuna.

Pero hé aquí que, por circunstancia que ha de verse, este feliz heróscopo de su nacimiento hubo pronto de trocarse en lo contrario, y de tal modo que, antes que regalías y protecciones, fueron contrariedades de la suerte las que mayormente contribuyeron á su dichoso engrandecimiento.

III

Instruído convenientemente por sus padres en los primeros rudimentos de las letras, fué á la edad de once años colocado como alumno del curso de humanidades en el Instituto Nacional, donde desde el primer día llamó la atención de sus superiores por su extraordinaria afición al estudio y ejemplar consagración al cumplimiento de sus deberes.

Sus condiscípulos de ese tiempo recuerdan todavía al niño pequeño y débil que sus maestros les designaban siempre como el tipo y el modelo que debieran imitar. Encerrado como en prisiones, entre las altas paredes y las pesadas rejas del establecimiento, parecía allí olvidado de que en otra parte existiesen todos los goces y las seducciones de la libertad. El mundo exterior era como un país lejano para él, y su ruido y movimiento, confundidos con los temas de sus estudios, se lo fingían en la imaginación como una especie de antigua ciudad de Plutarco, por cuyas plazas y calles paseaban vestidos de amplias togas sabios filósofos y generales ilustres, y en cuyo recinto no podían penetrar sino los hombres dignos de alternar con ellos.

En esta época vino como á despertarle de esta bella

fantasía del estudio la dolorosa noticia de la muerte de su padre, haciéndole comprender á la vez toda la amarga y dura realidad de la vida. Tan tremenda desgracia no sólo le dejaba á él y á sus hermanos privados para adelante del mejor guía y cariñoso apoyo, sino al mismo tiempo en la penosísima situación de carecer hasta de lo más necesario é indispensable á la existencia. ¿Qué hacer, pues? Era el mayor de la familia y, aunque un niño, el que más pronto podría encontrarse en estado de servirla y ayudarla con su trabajo. Con este gran dolor entraba al mismo tiempo en su alma la más noble y la más firme de las resoluciones de su vida.

Desde ese momento fué una especie de hombre viejo encerrado en el débil cuerpo de un niño. Mientras sus gozosos compañeros se entregaban á su alrededor á los bulliciosos juegos propios de su condición y de su edad, él, abstraído y solitario, paseaba los largos corredores del viejo patio, reconcentrado en sí mismo y formando mil serios proyectos para el porvenir. ¿Qué era para el presente sino un paso hacia el tiempo en que podría ser la providencia de su casa y de los suyos?

Solicitado de continuo por estos pensamientos, no es extraño, pues, que un día se le viniera á la mente la idea de concurrir como pretendiente á una cátedra de profesor, que se daba á oposición en el mismo establecimiento donde todavía cursaba como alumno. Aunque grande sin duda el atrevimiento, sus superiores, en vista de sus méritos, á más de tolerárselo, hubieron en seguida y por la prueba que rindiera de su competencia, de concederle el puesto de honor y de responsabilidad que solicitaba. Tenía entonces diecinueve años y de esta manera se iniciaba en la carrera de continuados triunfos que debían

llenar toda su vida, en la enseñanza pública, en la política y en las letras.

IV

Pero no es de nuestro propósito seguirle en los actuales momentos por estos diversos caminos de la prosperidad y de los honores. ¿Para qué hacerlo ahora, en medio de circunstancias dolorosas que por sí mismas imponen al juicio de los extraños un respetuoso silencio? Como político de intención y de escuela, al juzgarle según nuestras ideas y principios, bien poco podríamos decir en su elogio y alabanza, y como maestro de toda una generación, acaso es uno de los que más ha contribuido á sostener el régimen pernicioso y absurdo que mantendrá por muchos años todavía la instrucción media y superior en nuestro país ahogada y comprimida en el estrecho molde oficial del bachillerato y de la Universidad. Estudiemos, pues, solamente al hombre de letras, cuyos importantes y numerosos trabajos enaltecen su nombre delante de la posteridad.

V

Treinta años de incesante labor intelectual representan por lo común en nuestro país mucho más que la vida de un solo hombre. Sobre todo y tratándose de escritores públicos, raros son los que han podido alcanzar ó pasar de este máximun, y las escasas excepciones que pudieran citarse son la mejor comprobación de la regla. Parece en verdad y como algunos lo han observado, que la misma templanza y benignidad de nuestra naturaleza y de nues-

tro clima fuesen un medio enervador donde los músculos del cuerpo y la energía del espíritu se relajan y se debilitan pronto.

Es cierto que Barros Arana y Rodríguez, por ejemplo, escriben aún y con la misma abundancia, vigor y lozanía de hace veinte años; pero, fuera de ellos y de otros cuantos, las naturalezas más enérgicas y bien templadas ¿no han sentido á poco que su físico y su inteligencia se rendían al peso de esta tarea generosa de prodigar á los demás las riquezas inestimables del espíritu? Vicuña Mackenna, según nos lo ha revelado un amigo confidencial de sus últimos días, veía á menudo en sus horas de asombrosa labor que el cielo se cerraba y oscurecía sobre su frente y que entonces una mano extraña y misteriosa detenía la pluma entre sus dedos. —Es que esta carga del pensamiento, al parecer tan ligera é imponderable en el cerebro humano, se hace más y más pesada á medida que con ella se asciende y se sube á la altura eminente de la gloria.

VI

Pues bien, entre estas raras excepciones de que hemos hablado, Miguel Luis Amunátegui ha sido, sin duda alguna, uno de esos grandes y fecundos obreros y que en mayor grado ha contribuído á levantar con las producciones de su ingenio el nivel intelectual de nuestro país. Durante el largo espacio de cuarenta años, desde la fecha en que diera á luz su primera obra de importancia, premiada por la Universidad el año de 1849, y casi hasta los últimos momentos de su existencia, puede con verdad decirse que no dió un sólo día tregua absoluta á su pen-

samiento y á su pluma. Con sus artículos y discursos, libros y folletos de toda especie, sobre educación, historia, literatura, bien podría hoy formarse una hermosa biblioteca de numerosos volúmenes.

Se comprende que, tratándose de libros de mero entretenimiento ó de imaginación, pueda escribirse tomos sobre tomos, como de ordinario suele verse. Pero en un orden distinto de estudios y de composición, la cosa varía en absoluto; sobre todo en el caso de nuestro autor y cuando se piensa en los elementos ó materiales con que hubo de contar para llevar á cabo esta inmensa tarea.

Fijándonos solamente en el ramo predilecto de sus estudios, recuérdese el estado de nuestro país en este sentido, cuando entre Amunátegui, Vicuña Mackenna, Barros Arana, Eyzaguirre y Errázuriz se propusieron, como objeto de sus trabajos, sacar de la nada y levantar el imponente edificio de nuestra historia americana y nacional. ¿Qué se había hecho hasta entonces y desde los días de la Independencia en esta interesantísima materia? Apenas si algún ligero trabajo de escaso mérito se había publicado y cuya veracidad histórica debía todavía comprobarse con el prolijo estudio de viejos pergaminos y antiguas crónicas coloniales.

El mismo Amunátegui, en el prólogo de una de sus obras, nos ha dejado una relación sencilla de esta especie de curiosa odisea al través de un mar de papeles y de antiguos manuscritos.

Los documentos que podían utilizarse para realizar tan magna empresa, en mucha parte entonces sólo existían fuera del país y enterrados bajo el polvo de las bibliotecas de la Península, y lo restante esparcido y repartido en poder de particulares ó en los archivos de todas las oficinas

públicas. Era preciso ir de aquí para allá y por todas partes buscando ésto ó aquello, ó simplemente algo, porque á menudo no podía irse sino tras de lo indeterminado, de cualquiera cosa que pudiera ilustrar el criterio en semejante investigación. Nuestra misma Biblioteca Nacional era una especie de revuelto caos, careciendo como carecía de un verdadero bibliotecario que tuviera el conocimiento de su ramo y pudiese guiar de algún modo á los que quisieran entrarse por sus estantes y cajones. Por manera que el osado que pretendía ir allí á perturbar con pasos profanos el sagrado silencio, corría el seguro riesgo de andar días y días por aquel laberinto con la probabilidad de hallarse al fin en el mismo punto de partida, sin haber visto ni encontrado nada.

«Es preciso haberse puesto, dice nuestro autor, á estudiar esos papeles medio borrados, medio podridos, que despiden un olor particular y que dejan en las manos un polvo delgado y pegajoso, para comprender todo el fastidio de una obra semejante. Esos legajos, cubiertos de telaraña, y no tocados por nadie en una serie de años, producen á menudo la impresión de despojos extraídos de una sepultura. Y adviértase que, ni con mucho, todos ellos tienen siquiera algún mediano interés. Sucede con frecuencia que, después de haberse empleado quizá horas en descifrar una letra parecida á geroglífico, lo que llega á leerse á costa de tanta fatiga es enteramente insignificante. Esta pesada tarea sería, por cierto, muy soportable, si hubiera la seguridad de que siempre había de llevarnos al descubrimiento de algo útil; pero por desgracia no es así.»

En vista de esto, se comprende, pues, que se necesitaba más que valor y paciencia, verdadera osadía en los

que intentaron la empresa y consagraron á ella la mejor y más brillante edad de la vida.—¡Oh! y cuando se piensa que al fin de ella se han encontrado viejos y agotados de cuerpo y de espíritu!..

VII

Fruto de estas laboriosas tareas, apenas concebibles en la juventud solicitada de todas partes por los placeres y distracciones propios de la bella edad, fueron en Amunátegui una serie de publicaciones históricas y de otros géneros, que desde el principio gozaron de justísima estimación entre los hombres cultos y estudiosos de nuestro país y del extranjero, y colocaron á su autor en la elevada categoría de nuestros primeros escritores públicos.

Su primer libro de importancia, dado á luz el año de 1849, es decir, cuando Amunátegui contaba apenas la edad de veintiún años, y que, como en otra parte lo hemos dicho, mereció un premio de la Universidad, fué la historia de la *Reconquista Española*, que comprende la narración de los hechos que tuvieron lugar en uno de los períodos más interesantes de la revolución chilena.

Si es verdad que algo pudiera hoy criticarse en esta obra respecto de la apreciación superficial de algunos detalles y la omisión de otros nada insignificantes, que hasta cierto punto concurren á deslustrar un tanto el valor real del conjunto, con todo, estos defectos no son tales que alcancen á privar al libro de las condiciones de bondad por las cuales fué justamente apreciado, al salir á la luz pública, como digno de grande estimación y merecedor de lisonjero aplauso. La crítica severa no debe olvidar que

semejantes desperfectos tienen su natural explicación en este caso, si se recuerda la época en que ese libro se publicara, cuando todavía se conservaban intactos y vivos los odios y profundas heridas que en uno y otro bando había naturalmente dejado aquella guerra de tan trascendentales resultados. Según esto, pues, antes que sus pequeños lunares, llaman la atención en él la madurez de juicio y rectitud de criterio con que por lo genera está escrito.

VIII

Debemos creer que el grande éxito y favor merecido que con ese su primer libro alcanzó Amunátegui en la opinión ilustrada y entre las gentes que dirigían en ese tiempo el movimiento intelectual en nuestro país, debieron influir poderosamente en su ánimo y alentarle en el camino así comenzado; porque desde ese momento su laboriosidad pareció redoblar, según las muestras que siguió dando de su noble empeño.

De cuando en cuando y como brillantes resúmenes de sus trabajos, que van marcando, por decirlo así, las distintas etapas de su vida de escritor, siguió dando á la publicidad diversas é importantes obras, que comprenden, ó la narración de épocas completas de la vida de la Colonia ó de la Independencia, ó simplemente de algunos de sus principales y grandes episodios. Sucesivamente leemos en el catálogo de ellas los títulos de la historia del *Descubrimiento y Conquista de Chile*, la de *La Dictadura de O'Higgins*, la de *Los Precursores de la Independencia de Chile*, la *Crónica de 1810*. Quere-mos citar meramente las que, como hemos dicho, señalan

en la vida del autor las distintas fases de su producción intelectual.

Ahora, en el espacio que media entre la publicación de cada una de éstas y como para llenar los vacíos ó lagunas que entre ellas van quedando, cuántas otras de diverso género, desde sus eruditos estudios sobre los títulos históricos de Chile á la posesión de tierras disputadas por los estados vecinos, hasta sus discursos y artículos sueltos sobre toda especie de materias que han recogido los periódicos literarios y las columnas de la prensa diaria. Si se exceptúa á Benjamín Vicuña, comparable al Tostado por su fecundidad asombrosa, no ha habido entre nosotros un obrero de las letras más infatigable y cuyas variadísimas producciones puedan llenar mayor número de volúmenes.

Merecen especialmente mencionarse las que llevan por títulos *De la instrucción primaria en Chile*, *Títulos de la República de Chile á la soberanía y dominación de la extremidad austral del continente americano*, *La cuestión de límites entre Chile y la República Argentina*, *La cuestión de límites entre Chile y Bolivia*, *Un juicio crítico de algunos poetas americanos*, *Narraciones históricas*, *Vida de don Andrés Bello*, etc., etc.

IX

Si fuéramos á hacer un análisis más ó menos prolijo de estas diversas publicaciones, para descubrir el magnífico tesoro de erudición y de doctrina en ellas contenido, mies abundante habríamos de cosechar y de la mejor sustancia para componer con ella un libro de utilísimas enseñanzas. Pero, hemos querido solamente reducirnos

á mostrar en su conjunto la obra de vastas proporciones llevada á cabo, desde los cimientos hasta la cúspide, durante cuarenta años de incesante labor y en lucha con dificultades al parecer insuperables, que nuestro autor supo vencer con una constancia y una intelijencia notables. Por esto, y siguiendo el plan de nuestro propósito, apenas si nos permitiremos analizar á la ligera su aspecto meramente literario y sin detenernos en menudas y lentas consideraciones.

JAVIER VIAL SOLAR

(Continuará)



LA MISIÓN DE MONSEÑOR MUZI

Y LA IGLESIA EN CHILE EN LOS PRIMEROS AÑOS DESPUÉS DE LA
INDEPENDENCIA



(Continuación)

Y sin embargo, una y otra cosa son exactas: el ministro don Francisco Antonio Pinto, no contento con arrogarse autoridad para suspender al obispo en el ejercicio de su cargo y para obligarlo á nombrar un gobernador en su lugar, entró ya de lleno y sin máscara en el camino del cisma, mezclándose en la constitución misma de la Iglesia, y pretendiendo modificarla por medio de simples decretos gubernativos. Se declaró sometidas las órdenes regulares á los gobernadores diocesanos: la disposición fué dictada con fecha 16 de agosto, es decir, tres días después de que la disposición en él contenida había sido inútilmente solicitada como *una gracia* del Vicario Apostólico. Y como si este decreto no fuera por sí solo una página harto triste de nuestra historia, todavía tenemos que reconocer que don José Ignacio Cienfuegos usaba de la autoridad que la violencia había

puesto en sus manos, para apoyar al gobierno en su obra de persecución y tiranía. En el mismo decreto citado se asevera que él fué dictado previa audiencia del gobernador del obispado; y lejos de protestar contra las medidas del gobierno, Cienfuegos se prestó siempre con buena voluntad á coadyuvar á sus propósitos; así se deduce de varias notas cambiadas en aquel tiempo sobre diferentes detalles relativos á las órdenes regulares.

Aquel gobierno se creía sin duda jefe de la Iglesia chilena. Las citadas no fueron las únicas medidas inspiradas por esta idea. El decreto de 13 de septiembre contiene disposiciones curiosísimas; es cierto que otros gobiernos mejor intencionados incurrieron en errores parecidos; pero éstas, inspiradas por el ministro don Francisco Antonio Pinto, y dictadas por el gobierno del año 24 son un verdadero delirio. Dicen así:

«1.^a Los sacerdotes seculares ó regulares, en todas las oraciones que pronuncien en público, bien sean panegíricas ó morales, terminarán su discurso implorando los auxilios celestiales en favor de la conservación de la religión católica, de la conservación y progreso de la independencia nacional y república de Chile, del acierto de sus magistrados, y recomendando siempre á los pueblos la obediencia y sumisión á las leyes patrias y autoridades encargadas de su ejecución.

«2.^a Es también un deber de los ministros del culto ilustrar á los pueblos sobre la necesidad, justicia y utilidad de que Chile permanezca en nación independiente de la España; hacerles conocer las ventajas de su independencia, demostrarles su utilidad y conveniencia, la de formar por sí sus leyes arregladas á los principios que rigen las sociedades más cultas. En esta parte los mi-

nistros oradores escogerán el tiempo oportuno, y contraerán un mérito muy particular con el gobierno los que se distinguan en ello.

«3.^a La oración *Pro tempore belli* se dirá en todas las misas privadas y solemnes mientras dure la guerra con la España.

«4.^a Todas las autoridades nacionales son encargadas del cumplimiento de este decreto, y en particular los ministros secretarios del despacho.—Insértese en el BOLETÍN.—FREIRE.—*F. A. Pinto.*»

Prueba es de la pequeñez de los propósitos de los liberales respecto de la Iglesia, el que siempre se les encuentra desplegando lujo de autoridad en asuntos de sacristía; en ese empeño anheloso por introducirse á la sacristía y por dominar en ella, los liberales de hoy son iguales á los del 24.

Pero veamos ya cuáles fueron las obras de aquel gobierno en cuanto al más acariciado de sus proyectos, á la pretendida reforma de los regulares.

XIV

La Reforma

Hemos visto ya el decreto en que el gobierno, constituyéndose en suprema autoridad eclesiástica, ordenó que los regulares quedaran sometidos al diocesano, y hemos visto también cómo no se atrevió a tomar esta medida sino una vez perdida la esperanza de obtenerla del Vicario Apostólico.

Pero aquellos gobernantes no tenían mayor interés en estos propósitos; lo importante era los bienes de los

conventos y todo lo que pudiera llevar á la completa extinción de las órdenes religiosas; y desde tiempo atrás los liberales de entonces se preparaban á obtener esos fines; hemos indicado cómo sus ideas predominaban en el Senado desde el año 23.

El señor Santa María refiere que en 21 de mayo de este año el Senado tomó estos acuerdos: 1.º que una comisión informase acerca de la conducta patriótica y opiniones civiles de los ministros del culto; 2.º que ningún eclesiástico de cualquier clase o jerarquía que fuese obtuviese oficio ó beneficio con cura de almas si no fuese de un patriotismo acreditado; y 3.º que en todos los conventos y monasterios se suspendiese dar hábitos ó profesiones mientras no se justificase hallarse en observancia la disciplina de su instituto, y el solicitante no tuviese cumplida la edad de veinticinco años.

Felizmente era entonces ministro de gobierno don Mariano Egaña, y éste se opuso tenaz y victoriosamente á esa intentona de someter al clero á tribunales terroristas y á procedimientos inquisitoriales, y sólo consintió en decretar la prohibición de profesar antes de los veinticinco años, y así se promulgó como ley, con fecha 24 de julio de 1823, en el BOLETÍN DE LAS LEYES.

En ese tiempo los reformistas que meditaban la expropiación de los bienes de los regulares, se valieron de otro procedimiento para eludir las honradas resistencias del ministro Egaña y para preparar el camino á sus propósitos. Sábese que el ministro de hacienda Benavente le era abiertamente contrario en este orden de ideas; pues bien, de él y de la debilidad de Freire se obtuvo un decreto en que, con fecha 19 de septiembre, se prohibió á los conventos enajenar sus bienes, bajo

pena de nulidad. Este decreto fué refrendado por el ministro de hacienda á pesar de ser evidentemente el asunto sobre que versaba, del resorte del ministro de gobierno ó del interior.

Tal era el estado de las cosas cuando el señor Muzi llegó á Chile. Una vez persuadido el gobierno de la imposibilidad de obtener nada de él, se resolvió á usar de la fuerza para cubrir la iniquidad, y acordó el famoso decreto de 6 de septiembre de 1824. Esta pieza es demasiado conocida para que necesitemos transcribirla; era el plan de la meditada reforma; en él se ordenaba la vida común; se autorizaba la libre secularización; se repetía la prohibición de profesar antes de los veinticinco años; se prohibía que en ningún pueblo hubiera más de un convento de la misma orden y que subsistiera ninguno con menos de ocho individuos; y por fin, se coronaba la reforma con la siguiente disposición: «Artículo 10. Para que los regulares puedan exclusivamente consagrarse á su ministerio y no sean distraídos en atenciones profanas, el gobierno los exonera de la administracion de los bienes».—En cambio se les prometía una pensión verdaderamente miserable. «Es curioso observar, dice el señor Concha y Toro, el medio disimulado que en este decreto se adoptaba para llegar á exonerar al Estado del antedicho pago. Con esta mira, seguramente, se mandaban cerrar los conventos en que no hubiera más de ocho individuos profesos, y se ofrecía á éstos las facilidades posibles para obtener de Roma su secularización. La secularización que se franqueaba, tarde ó temprano debía hacer venir el caso de cerrar el convento por falta de número.» No puede ser más exacto el juicio del señor Concha y Toro sobre los propósitos de aquel gobierno;

pero todavía debe observarse que el autor incurre en un error al afirmar que el decreto ofrecía solamente facilidades para obtener de Roma la secularización; hay mucho más: ordenaba ocurrir, para obtener la secularización, al gobernador del obispado, á quien ya de antemano había sometido los regulares.

Con la misma fecha del anterior decreto se dictaron dos reglamentos sobre la manera de ejecutarlo, y se exigió juramento de guardar secreto á los encargados de cumplirlo; y el decreto y los reglamentos sólo se publicaron, después de ejecutados, en el BOLETÍN de 23 de septiembre, á pesar de que en el número anterior se habían publicado decretos de fecha muy posterior. Las tinieblas de la vergüenza rodearon la perpetración del atentado; el despojo de los regulares fué salteo de media noche.

Dejemos á la pluma del señor Muzi referir estos sucesos: «Por esta sujeción de los regulares á los ordinarios, dice en su *Carta Apologética* al narrar los ataques del gobierno á la religión, hubiese sido demasiado lenta su supresión; fué necesario apresurarse para tomar cuanto antes posesión de sus bienes. Con efecto, al punto mismo de la media noche del día 22 al 23 de septiembre, se publicó la ley que el gobierno había establecido el 6 del mismo mes: habiendo despertado y reunido á todos los religiosos de todos los conventos del dominio de Chile, se les dió á elegir, ó abrazar la vida común ó recurrir al ordinario para obtener de él su secularización, y entretanto, que pusiesen en poder del gobierno todos sus bienes, así muebles como inmuebles. La ejecución de este decreto debe considerarse como una incursión hostil contra estos varones religiosos, que poseían pacífica, le-

gítimamente los bienes destinados al culto de Dios, á la sustentación propia y á la de los pobres.

«Considerando el Vicario Apostólico, continúa su *Carta*, por la serie de estos hechos, que el gobierno del Estado de Chile ningún respeto ni atención prestaba ya á los derechos de la Iglesia y del Sumo Pontífice; considerando que el mismo enviado chileno, el señor Cienfuegos, que había ido á Roma á impetrar de la Santa Sede un Vicario Apostólico, estaba enteramente entregado al gobierno, á sus leyes y decretos aunque fuesen contra la general disciplina de la Iglesia y las facultades del Vicario Apostólico; considerando, además, que la misma autoridad gravísimamente se comprometía, pues intentaba el gobierno convertir sus facultades en daño de la misma Iglesia; considerando, finalmente, que se divulgaba que el Vicario Apostólico en todos estos decretos estaba de acuerdo con el gobierno, se vió precisado á pedir á éste sus pasaportes en razón de que su permamencia en Chile era incompatible con los decretos del gobierno en asuntos eclesiásticos.»

Tal fué, en efecto, la terminante y enérgica protesta con que el señor Muzi contestó á los atentados del gobierno liberal. El 24 de septiembre, es decir, al día siguiente de publicados los decretos de que hemos dado cuenta, envió al ministerio una nota en que daba las gracias por las atenciones personales recibidas, y añadía: «Pero como las determinaciones que se acaban de tomar en puntos eclesiásticos son incompatibles con la presencia en este estado de un representante de Su Santidad, el Vicario Apostólico se ve precisado á pedir sus pasaportes para volver á Roma con sus familiares».

Se ha acusado al señor Muzi de haber soportado de-

masiado los avances de la impiedad, y á la verdad no es posible ver sin sorpresa cómo pudo mantener buenas relaciones con el gobierno después de sus numerosos atentados; prueba es esto de que el señor Muzi usó de una gran prudencia, de una longanimidad en grado tal como rara vez puede encontrarse unida á la firmeza de carácter de que constantemente dió muestras. Veía la oscuridad del caos en que la organización de la Iglesia se encontraba sepultada en Chile y en América entera; sentía crecer día á día las necesidades que afligían á los fieles, y que él hubiera remediado si hubiese contado un momento siquiera con la buena voluntad del gobierno; con su talento y demás relevantes cualidades de diplomático, había evitado las dificultades personales y había conseguido hacerse respetar siempre por las personas con quienes trataba, y no quería desperdiciar estas ventajas sin hacer hasta el último esfuerzo en el desempeño de la comisión que para honra de Dios había recibido del Padre Santo.

Por otra parte, quedaba un gravísimo punto sometido á la autoridad del señor Muzi, de cuya solución aún no se había tratado. Los gobernantes chilenos sabían que el Vicario podía proveer de pastores á las diócesis, y aquellos hombres acostumbrados á sus mezquinos propósitos y á sus propias debilidades, no perdieron la esperanza de hacer servir por ese medio á sus planes la autoridad del enviado del Papa. Quizá se hizo concebir al señor Muzi, para el caso de que en esta cuestión cediera, la esperanza de obtener alguna variación favorable en el estado de cosas que para las órdenes religiosas creaba el decreto de 6 de septiembre, y quizás con este propósito, no se dió al decreto un carácter definitivo,

pues al contrario, en cuanto á los bienes de los religiosos, hablaba sólo de *exonerar* á éstos de su *administración* y nó de su propiedad.

Sea de esto lo que sea, el señor Muzi permaneció aún algunos días en Santiago, y durante ellos se trató de proveer al gobierno de las diócesis.

XV

Negociaciones sobre provisión de obispos

Al acusar recibo de la nota en que el Vicario pidió sus pasaportes, el ministro señor Pinto insinuó la conveniencia de hacer, antes de su partida, la consagración de los tres obispos que estaba autorizado á consagrar; el señor Muzi contestó inmediatamente, diciendo: «Yo, desde luego, estoy muy pronto á la consagración de obispo que me es insinuada, en los mismos términos, modo y forma que Su Santidad se expresa en los artículos referentes al desempeño de un encargo de tan grande importancia, que tengo el honor de acompañar á V. S. separadamente y en copia.»

En consecuencia, el gobierno, en nota de 2 de octubre, propuso para obispo auxiliar de Santiago á don José Ignacio Cienfuegos; para Concepción á don Salvador de Andrade, y para Vicario que pudiera reemplazar al mismo señor Muzi en caso de muerte ó ausencia, al canónigo don Joaquín Larrain.

Á estas presentaciones el señor Muzi contestó en 5 de octubre con la nota que sigue:

«Las disposiciones que he manifestado para corresponder á los deseos del Excmo. Señor Director á fin de

proceder á la consagración de obispos, han sido siempre bajo la inteligencia de que esto sea en los rigurosos límites de mis facultades; pero como lo que V. S. me propone sobre este particular á nombre de S. E. en el último despacho, de octubre 2, no es según el modo y forma que me prescribe el Santo Padre, yo me hallo en la necesidad de no poderme prestar al efecto, para no comprometerme con el mismo Sumo Pontífice. Por tanto, sírvase V. S. remitirme el pasaporte que he pedido á fin de que pueda ponerme en viaje para volver á Roma con mis familiares. Aprovecho de esta circunstancia etc.»

De los defectos de forma á que la nota alude, adolecía principalmente la presentación del señor Cienfuegos. Se recordará, en efecto, que entraba en las facultades del señor Muzi, nombrar obispo auxiliar de Santiago, sólo en el caso de que el obispo lo pidiera, y lejos de hacerse constar el consentimiento del señor Rodríguez, era imposible esperar que lo diera.

Pero en el fondo, estas presentaciones eran de todo punto inaceptables. Defendiéndose el señor Muzi del cargo formulado contra él por haberse retirado sin consagrar obispos, dice en su *Carta Apologética*: «Y ¿cómo podrán ser confirmados aquellos que no son á propósito para defender la casa de Dios vivo que es la Iglesia; que toman del gobierno la jurisdicción que les dió sobre los regulares, y que no se niegan á recibir hasta la jurisdicción espiritual del mismo gobierno; que en los congresos privados patrocinan la pública libertad de cultos; que afirman ser de derecho de gentes la absoluta libertad de imprimir; que sacan del derecho de patronato civil el derecho de poseer y de vender los bienes de los regulares? Todos estos serán humildísimos siervos del gobier-

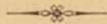
no civil, nó ministros y administradores fieles de los misterios de Dios.»

Por otra parte, el señor Muzi no podía nombrar á los propuestos sin aprobar implícitamente las ideas político-religiosas que dominaban en el gobierno y que encontraban en los tres sacerdotes indicados, por lo menos tácitos cooperadores, si no entusiastas defensores. Los dos primeros, Cienfuegos y Andrade, habían sometido con su silencio las diócesis que gobernaban á las tiránicas é impías disposiciones gubernativas; el canónigo Larraín se había hecho enemigo declarado del señor obispo Rodríguez á causa de la diferencia de opiniones sobre esas mismas materias. Para poder, pues, el Vicario Apostólico aceptar las proposiciones del gobierno, necesitaba atropellar las más vulgares consideraciones de justicia respecto al obispo Rodríguez, en cuya conducta no podía encontrar nada reprochable, y ofenderlo públicamente nombrando para reemplazarlo á sus peores enemigos; y sobre todo, hacerlo habría sido aprobar el régimen establecido, lo que habría constituido el peor de los antecedentes. Tales fueron sin duda las ideas que, en forma de objeciones contra las propuestas del gobierno, vertió el señor Muzi en una conferencia celebrada en la noche del 5 de octubre con el señor Freire, objeciones que sin duda concretó diciendo que no podía nombrar obispo auxiliar á ninguno que tuviera actualmente gobierno eclesiástico.

NICOLÁS GONZÁLEZ ERRÁZURIZ

(Continuará)

LA CANCIÓN DEL ORO



(Á PEDRO BARROS)

Aquel día, un harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizás un poeta, llegó, bajo la sombra de los altos álamos á la gran calle de los palacios, donde hay desafíos de soberbia entre el ónix y el pórvido, el ágata y el mármol, y en donde las altas columnas, los hermosos frisos, las cúpulas doradas, reciben la caricia pálida del sol moribundo.

Había tras los vidrios de las ventanas, en los vastos edificios de la riqueza, rostros de mujeres gallardas y de niños encantadores. Tras las rejas se adivinaban extensos jardines, grandes verdores salpicados de rosas y ramas que se balanceaban acompasada y blandamente como bajo la ley de un ritmo. Y allá en los grandes salones debía de estar el tapiz purpurado ó lleno de oro, la blanca estatua, el bronce chino, el tibor cubierto de campos azules y de rosales tupidos, la gran cortina recogida como una falda, ornada de flores opulentas, donde el ocre oriental hace vibrar la luz en la seda que resplandece. Luego

las lunas venecianas, los palisandros y los cedros, los nácares y los ébanos, y el piano negro y abierto, que ríe mostrando sus teclas como una linda dentadura, y las arañas cristalinas, donde alzan las velas profusas la aristocracia de su blanca cera. ¡Oh, y más allá! Más allá el cuadro valioso dorado por el tiempo, el retrato que firma Vuraud ó Bonnat, y las preciosas acuarelas en que el tono rosado parece que emerge de un cielo puro y envuelve en una onda dulce desde el lejano horizonte hasta la hierba trémula y humilde. Y más allá...



«Muere la tarde.

Llega á las puertas del palacio un break flamante y charolado, negro y rojo. Baja una pareja y entra con tal soberbia en la mansión, que el mendigo piensa decididamente: el aguilucho y su hembra entran al nido. El tronco, ruidoso y azogado, á un golpe de fusta arrastra el carruaje haciendo relampaguear las piedras. Noche.»



Entonces en aquel cerebro de loco, que ocultaba un sombrero raído, brotó como el germen de una idea que pasó al pecho y fué opresión y llegó á la boca hecho himno que le encendía la lengua y hacía entrechocar los dientes. Fué la visión de todos los mendigos, de todos los desamparados, de todos los miserables, de todos los suicidas, de todos los borrachos, del harapo y de la llaga, de todos los que viven ¡Dios mio! en perpetua noche, tanteando la sombra, cayendo al abismo, por no tener

un mendrugo para llenar el estómago. Y después la turba feliz, el lecho blando, la trufa y el áureo vino que hierve, el raso y el moiré que con su roce ríen; el novio rubio y la novia morena cubierta de pedrería y blonda; y el gran reloj que la suerte tiene para medir la vida de los felices opulentos, que en vez de granos de arena deja caer escudos de oro.



Aquella especie de poeta sonrió; pero su faz tenía aire dantesco. Sacó de su bolsillo un pan moreno, comió, y dió al viento su himno. Nada más cruel que aquel canto tras el mordisco.



¡Cantemos el oro!

Cantemos el oro, rey del mundo, que lleva dicha y luz por donde va, como los fragmentos de un sol despedazado.

Cantemos el oro, que nace del vientre fecundo de la madre tierra; inmenso tesoro, leche rubia de esa ubre gigantesca.

Cantemos el oro, río caudaloso, fuente de la vida, que hace jóvenes y bellos á los que se bañan en sus corrientes maravillosas, y envejece á aquellos que no gozan de sus raudales.

Cantemos el oro, porque de él se hacen las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes y los cetros imperiales; y porque se derrama por los mantos como un fuego sólido, é inunda las capas de los arzobispos, y refulge

en los altares y sostiene al dios eterno en las custodias radiantes.

Cantemos el oro, porque podemos ser unos perdidos, y él nos pone mamparas para cubrir las locuras abyectas de la taberna, y las vergüenzas de las alcobas adúlteras.

Cantemos el oro, porque al saltar del cuño lleva en su disco el perfil soberbio de los césares, y va á repletar las cajas de sus vastos templos, los bancos, y mueve las máquinas y da oído, y hace engordar los tocinos privilegiados.

Cantemos el oro, porque él da los palacios y los carruajes, los vestidos á la moda, y los frescos senos de las mujeres garridas; y las genuflexiones de espinazos aduladores, y las muecas de los labios eternamente sonrientes.

Cantemos el oro, padre del pan.

Cantemos el oro, porque es en las orejas de las lindas damas, sostenedor del rocío del diamante, al extremo de tan sonrosado y bello caracol; porque en los pechos siente el latido de los corazones, y en las manos á veces es símbolo de amor y de santa promesa.

Cantemos el oro, porque tapa las bocas que nos insultan; detienen las manos que nos amenazan, y pone vendas á los pillos que nos sirven.

Cantemos el oro, porque su voz es una música encantada; porque es heroico y luce en los corazones de los héroes homéricos, y en las sandalias de las diosas y en los coturnos trágicos y en las manzanas del jardín de las Hespérides.

Cantemos el oro, porque de él son las cuerdas de las grandes liras, la cabellera de las más tiernas amadas, los

granos de la espiga y el peplo que al levantarse viste la olímpica aurora.

Cantemos el oro, premio y gloria del trabajador y pasto del bandido.

Cantemos el oro, que cruza por el carnaval del mundo, disfrazado de papel, de plata, de cobre y hasta de plomo...

Cantemos el oro, amarillo como la muerte.

Cantemos el oro, calificado de vil por los hambrientos; hermano del carbón, oro negro que incuba el diamante; rey de la mina, donde el hombre lucha y la roca se desgarrá; poderoso en el poniente, donde se tiñe en sangre; carne de ídolo; tela de que Fidias hace el traje de Minerva.

Cantemos el oro, en el arnés del caballo, en el carro de guerra, en el puño de la espada, en el lauro que ciñe cabezas luminosas, en la copa del festín dionisiaco, en el alfiler que hiere el seno de la esclava, en el rayo del astro y en el champaña que burbugea, como una disolución de topacios hirvientes.

Cantemos el oro, porque nos hace gentiles, educados y pulcros.

Cantemos el oro, porque es la piedra de toque de toda amistad.

Cantemos el oro, purificado por el fuego, como el hombre por el sufrimiento; mordido por la lima, como el hombre por la envidia; golpeado por el martillo, como el hombre por la necesidad; realzado por el estuche de seda, como el hombre por el palacio de mármol.

Cantemos el oro, esclavo, despreciado por Jerónimo, arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, maldecido por Pablo el Hermitaño,

quien tenía por alcázar una cueva bronca, y por amigos las estrellas de la noche, los pájaros del alba y las fieras hirsutas y salvajes del yermo.

Cantemos el oro, dios becerro, tuétano de roca, misterioso y callado en su entraña, y bullicioso cuando brota á pleno sol y á toda vida, sonante como un coro de tímpanos; feto de astros, residuo de luz, encarnación de éter.

Cantemos al oro, hecho sol, enamorado de la noche, cuya camisa de crespón riega de estrellas brillantes, después del último beso, como una gran muchedumbres de libras esterlinas.

¡Eh, miserables, beodos, pobres de solemnidad, prostitutas, mendigos, vagos, rateros, bandidos, pordioseros, peregrinos, y vosotros los desterrados, y vosotros los holgazanes, y sobre todo, vosotros ¡oh poetas!

¡Unámonos á los felices, á los poderosos, á los banqueros, á los semidioses de la tierra!

¡Cantemos el oro!..



Y el eco se llevó aquel himno, mezcla de gemido, ditirambo y carcajada, y como ya la noche oscura y fría había entrado, el eco resonaba en las tinieblas.

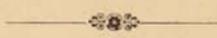
Pasó una vieja y pidió una limosna.

Y aquella especie de harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino y quizás un poeta, le dió su último mendrugo de pan petrificado, y se marchó por la terrible sombra, rezongando entre dientes...



APUNTAIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE
EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE



(Continuación)

Maitén (maytenus). «El *maitén*, dice don Claudio Gay, es un árbol de forma elegante, digno de adornar los campos, y siempre cubierto de un precioso follaje verde y graciosamente colocado... La utilidad del *maitén* no es menos preciosa: su madera, blanca por fuera, y rojiza por dentro, es dura y dócil, y sirve para diferentes objetos de carpintería; sus hojas son febrífugas, anodinas; sus simientes, muy abundantes, tiñen de amarillo el lienzo y el papel, y contienen bastante cantidad de aceite, que podría emplearse en las artes y para la comida».

Peumo (criptocaria). «El *peumo*, dice el mismo naturalista, es un árbol siempre verde y de una traza muy elegante. Su madera es muy dura, se conserva bien dentro del agua; y su corteza se emplea como el lingue para curtir los cueros, á los cuales da un color leonado. Los frutos contienen una pulpa poco abundante, blanca y

mantecosa; los campesinos los comen con gusto después de haberlos puestos en infusión dentro del agua tibia, lo que les quita el gusto amargoso y muy desagradable que tienen cuando crudos. Por este motivo, se suelen encontrar con abundancia en los mercados de las aldeas y de las ciudades».

Quillay (quillaja). «El *quillay*, dice Gay, es bastante común en los cerros y en los llanos de los valles, desde el cerro de los Hornos en Illapel (31°), que es su límite norte, hasta de los ríos Angol y Lebu (38°), que es su límite sur; y en las cordilleras sube hasta la altura de 6,540 pies sobre el nivel del mar. Es árbol que engruesa hasta seis pies, y cuya madera, algo dura, se apolilla con facilidad expuesta al aire; pero en los lugares húmedos y en los subterráneos, se conserva mucho tiempo: así es que los mineros la buscan para enmaderar sus minas. Pero lo más precioso del *quillay* es la calidad que tiene su corteza de espumar en el agua como el mejor jabón, y de limpiar del modo más perfecto los géneros de lana y de seda, quitándoles toda clase de manchas, y dándoles un lustre muy vistoso. El consumo que se hace con este fin es muy grande; y por algún tiempo, se ha exportado en cantidad, reducido á extracto. No produce el mismo efecto para los géneros de lino ó algodón, y les da, al contrario, un color amarillento, lo que atribuía Molina á otra especie de *quillay* más inmediata á la costa, y muy distinta de la de los cerros subandinos. Los chilenos y los indios la emplean también para lavarse la cabeza, como muy superior al jabón; y su uso es tan común, que se suele encontrar de venta en los bodegones y en algunas tiendas. Se cree generalmente que las chilenas y las araucanas deben la hermosura de sus cabellos

al uso frecuente que hacen del agua de dicha corteza para limpiarlos. La palabra *quillay* deriva del araucano *cullumn*, que significa *lavar la cara*».

Los ejemplos enumerados, que podrían multiplicarse fácilmente, demuestran que las futuras ediciones del DICCIONARIO DE LA ACADEMIA tendrán que autorizar muchos otros nombres que se usan á menudo en la América Española para designar los vegetales indígenas ó exóticos.

Sólo me resta para terminar este artículo el decir que, siendo el *coligüe* uno de los materiales con que en Chile se cubren los edificios, se ha inventado el verbo *encoliguar* para expresar el acto de poner *coligües en un techo*.

COLISEO

Coliseo, dice el DICCIONARIO de la Real Academia Española, es «teatro destinado á las funciones públicas de diversión, como tragedias y comedias».

En seguida agrega lo que va á leerse:

«Trae su origen del anfiteatro Flavio, delante del cual se puso una estatua colosal de Domiciano.»

Martínez de la Rosa, en la comedia titulada LA NIÑA EN CASA, Y LA MADRE EN LA MÁSCARA, acto 1, escena 2, emplea la palabra *coliseo* en el sentido mencionado.

¿No hay palco en el *coliseo*
este carnaval?...

Bretón de los Herreros hace otro tanto en la comedia
ERRAR LA VOCACIÓN, acto 2, escena 14.

¡Y mi hermana no medita
cuando sale al *coliseo*

que, en lugar de un palmoteo,
le pueden dar una grita!

Sin embargo, aunque el DICCIONARIO no lo recomiende, parece, atendido el origen de la palabra, que el nombre de *coliseo* sólo puede aplicarse propiamente á los teatros magníficos y monumentales.

Si esto es así, creo que dicha palabra fué mal usada en los estatutos de la sociedad anónima del *Coliseo* de Quillota aceptados por los socios el 17 de enero de 1869, y en el decreto expedido por el presidente de la República el 19 de octubre de 1871 para aprobar esos estatutos.

Por la razón dada, es mucho peor aún el uso de la palabra *coliseo* para denotar, no ya un teatro modesto, sino un pobre reñidero de gallos, como lo hace el reglamento para la contribución de serenos y alumbrado público de la ciudad de Concepción, aprobado por decreto del presidente de la República fecha 4 de mayo de 1858.

COLONIAJE

Esta es una palabra muy empleada por los escritores más sobresalientes de la América Española para significar la *época* ó el *régimen colonial*, es decir, los tres siglos en que en esta parte del mundo estuvo sometida á España, ó bien las instituciones que la rigieron en ese largo espacio de tiempo.

El año de 1836, don Andrés Bello insertó en EL ARAUCANO un artículo en que se lee la siguiente frase:

«Despojados (los pueblos hispano-americanos) durante el *colonillaje* de toda especie de derechos políticos, completamente ciegos en el conocimientos de ellos, tanto por la organización de la sociedad á que pertenecíamos, como

por el tenaz estudio de nuestros dominadores en no dejarnos abrir los ojos á la luz del saber y de la civilización, no considerando en nuestra patria más que el lugar que la naturaleza nos había designado para arrastrar nuestra existencia, y viviendo más para nosotros que para esa patria, debemos necesariamente ver más tibio que en otros pueblos en que la libertad ha echado profundas raíces, el amor á nuestras prerrogativas políticas, esto es, el espíritu público.»

El DICCIONARIO de la Academia no trae la palabra *coloniaje*.

Sin embargo, esa palabra hace falta, porque, sin ella, hay que recurrir á un circunloquio para expresar la idea.

COMBO

El DICCIONARIO de la Real Academia Española da á este vocablo dos acepciones:

1.º Empleado como adjetivo, «dícese de lo que está combado, esto es, lo que está torcido, encorvado».

2.º Empleado como sustantivo, significa «tronco ó piedra grande sobre que se asientan las cubas, así para preservarlas de la humedad, como para usar con más comodidad de los camilleros por donde se saca el vino.»

No sé que en Chile se dé á *combo* ninguna de estas dos acepciones.

Las ordenanzas ó reglamentos de aduana que se han dictado en 5 de junio de 1841, en 2 de junio de 1842, en 9 de junio de 1848, en 8 de mayo de 1851, en 25 de agosto del mismo año, en 6 de diciembre de 1860, en 16 de enero de 1865, en 6 de diciembre de 1866, y en 24

de diciembre de 1872, emplean la locución *combo de hierro ó de acero*.

El artículo 28 de un reglamento para el matadero de Valparaíso, aprobado por decreto presidencial fecha 25 de mayo de 1864, dice así:

«Artículo 28. Los animales vacunos serán degollados después de aturcidos por medio de golpes en la cabeza con un *combo*. El desposte de las reses en el matadero se practicará por cuartos, para de este modo ser conducidos en los carros destinados al efecto.»

En estos casos, *combo* está tomado en el sentido de mazo de hierro ó acero con mango.

COMITÉ

Don Rafael María Baralt, en el DICCIONARIO DE GALICISMOS, se expresa así:

«Tomado del inglés *commitee*, dicen los franceses *comité*, á lo que nosotros *junta ó comisión*, por lo cual me parece excusado el galicismo.»

En mi concepto, Baralt tiene razón.

El idioma castellano no há menester de *comité*, puesto que para expresar esa misma idea, hay los dos vocablos *comisión y junta*, que son muy propios y muy castizos.

Efectivamente, el DICCIONARIO de la Academia no trae la palabra *comité*.

Sin embargo, Salvá, Domínguez y Barcia admiten este vocablo, en el sentido de «reunión de personas encargadas por la autoridad del examen ó de la discusión de ciertas materias».

Es preciso convenir en que son muchos los que, de

palabra ó por escrito, usan este vocablo, no sólo en la significación restringida que le señalan los tres gramáticos citados, sino también en la de *junta ó comisión*, sea pública ó privada.

COMPARENDO

La ley de 15 de octubre de 1856 relativa á los juicios cuya cuantía no pasa de mil pesos, contiene, entre otras disposiciones, las que se copian á continuación:

«*Artículo 5.º* Contestada la demanda, el juez citará las partes á *comparendo* para uno de los ocho días siguientes. Del mismo modo procederá si, trascurrido el tiempo para contestar, no lo hubiese hecho el demandado».

«*Artículo 6.º* En este *comparendo*, el juez, examinando los escritos y documentos presentados, oídas las exposiciones que hicieren las partes, é interrogadas cada una de ellas sobre los documentos presentados y sobre los puntos materia del pleito, fijará las cuestiones que hubieren de ventilarse en el juicio. Si, fijadas las cuestiones, las partes pretendieren que se fijen otras además, el juez resolverá sobre tabla; y aún cuando no las fijare, deberá consignarlas en el acta de la sesión que debe levantarse, y que deben firmar el juez y las partes.»

«*Artículo 7.º* En ese *comparendo*, el juez citará á las partes para oír sentencia en los casos siguientes:

«1.º Si la cuestión ó cuestiones materia del pleito, fueren de puro derecho.

«2.º Si las partes estuvieren conformes en los hechos ó resultare su conformidad de las interrogaciones que el juez ha debido hacerles en la sesión.

«3.º Si los hechos estuvieren probados por los docu-

mentos presentados, que hubiesen sido reconocidos ó aceptados como válidos por la parte contra quien se presentan.

«4.º Si las partes convinieren en que el juez pronuncie sentencia en vista de los antecedentes que hasta entonces obren en el juicio.

«En estos casos el juez levantará el acta de la sesión; y oído lo que las partes alegaren en su defensa, en el mismo *comparendo* pronunciará su fallo, salvo que creyese necesario darse más tiempo para resolver, ó que las partes pidieren que se les señale día para hacer sus alegatos, y el juez, atendida la causa, lo considerase así conducente al acierto del fallo. Entonces designará al efecto uno de los días inmediatos en que resolverá, comparezcan ó no las partes.»

«Artículo 8.º—Si las partes no estuvieren conformes en los hechos, ni los documentos presentados los probaren, ó aunque sean conducentes á probarlos, fueren objetados legalmente, el juez procederá en el mismo *comparendo* á fijar los puntos sobre que ha de recibirse la prueba. Las partes podrán, á más de los puntos designados por el juez, pedir que se reciba prueba sobre otros. El juez accederá, ó se negará á la solicitud según los calificare de conducentes ó inconducentes; pero deberá consignarlos en el acta en la forma en que las partes los hubieren propuesto.»

Don José Bernardo Lira, en el PRONTUARIO DE LOS JUICIOS, libro 3, título 4, capítulo 5, *Parte teórica*, se expresa así:

«Presentada la cesión de bienes, manda el juez citar á *comparendo* á los acreedores para tratar de ella.»

Y algo más adelante agrega:

«Para calificar la graduación ó preferencia respectiva de los créditos en el concurso, concurren los acreedores á un *comparendo* especial á que se les llama con este objeto.»

Todos en Chile dan á la palabra *comparendo* el significado de *audiencia, junta, conferencia, comparecencia, reunión*, que tiene en los trozos antes citados.

No obstante, suele también emplearse en lugar de *comparendo* algunas de las cinco palabras enumeradas, ú otra equivalente, como puede verse en la ley del juicio ejecutivo fecha 8 de febrero de 1837, y en el PRONTUARIO de Lira.

Mientras tanto, Tapia, Escriche, Domínguez, Barcia y la Academia Española, dan á *comparendo* sólo la acepción de «despacho en que el superior ó juez cita á algún súbdito, mandándole comparecer».

Escriche, Domínguez y Barcia advierten que este vocablo se usa más común ó generalmente en los tribunales eclesiásticos.

La Academia confirma esta advertencia, diciendo que *comparendo* (se entiende en el sentido de *orden ó despacho*) «se usa mucho en esos tribunales».

COMPETENCIA

En más de una ocasión, he oído á ciertos juristas chilenos censurar el empleo de *competencia* en el significado de *idoneidad ó aptitud*.

En concepto de ellos, no podía decirse «la competencia de fulano en tal materia, en tal profesión, en tal arte».

Reprobaban, por lo tanto, que la ley de 9 de enero

de 1879 diera semejante sentido á *competencia* en el inciso 2 del artículo 29, que dice así:

«Antes de convocar al cuerpo de profesores para que proponga terna, el rector de la Universidad anunciará por la prensa la clase vacante que se trata de proveer, señalando un plazo dentro del cual podrán presentarse los que deseen servirla, y previniendo que deben ponerse en la secretaría las obras, diplomas ú otros documentos que acrediten la *competencia* de los candidatos.»

Efectivamente, el DICCIONARIO de la Real Academia Española, en la undécima edición de 1869, sólo daba á esta palabra las tres acepciones que siguen:

«1.^a Disputa ó contienda entre dos ó más sujetos sobre alguna cosa».

«2.^a Rivalidad».

«3.^a Pertenencia ó incumbencia.»

Pero ese mismo DICCIONARIO, en la duodécima edición de 1884, ya trae la cuarta acepción de «aptitud, idoneidad».

COMPETER, COMPETIR

Estos dos verbos, como puede observarse fácilmente, sólo se diferencian en una letra; pero sus significados son distintos, y no han de confundirse.

Competer vale tanto como pertenecer, tocar ó incumbir á uno alguna cosa.

Competir significa contender dos ó más personas entre sí, aspirando unas y otras con empeño á una misma cosa; ó bien igualar una cosa á otra análoga en la perfección ó en las propiedades.

Antiguamente *competer* se empleaba por *competir*;

pero el uso, estableciendo una distinción bien marcada entre las acepciones de estos dos verbos, ha remediado acertadamente el inconveniente de denotar con una misma palabra ideas muy diversas.

Sin embargo, en la América, se conserva el arcaísmo de sustituir *competer* á *competir*.

Y no faltan aún ejemplos en que se use *competir* por *competer*.

El artículo 1.º del decreto referente al crimen de derogación de justicia, expedido por el presidente de la República con fuerza de ley en 25 de septiembre de 1837, empieza así:

«El juez que en las causas cuyo conocimiento le *compitiere*, se negare á administrar justicia, etc.»

Don Andrés Bello insertó, el año de 1834, en EL ARAUCANO, UDAS ADVERTENCIAS SOBRE EL USO DE LA LENGUA CASTELLANA.

En la señalada con el número 34, enseña lo que va á leerse.

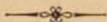
«Yerran contra la propiedad gramatical los que no distinguen á *competer* de *competir*. *Competer* es pertenecer, y se conjuga regularmente como *temer*; *competir* es contender, y se conjuga con varias irregularidades, imitando en todo á *concebir* y *colegir*. *Eso me compete, me compitió, me competerá, me debe competer*, significa que eso es, fué, será, debe ser de mi pertenencia ó jurisdicción. Dos rivales *compiten, compitieron, competirán, no pueden menos de competir*.»

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)



→MERCEDES←



(*Conclusión*)

Impuesto, como se hallaba Voltero por medio de sus espías de todo lo que en el interior de la plaza sucedía, sabía ya que su odiado rival había sido recogido muy mal herido por una partida de las fuerzas sitiadas que al eco muy apagado del disparo con que él lo había herido había acudido al punto del suceso momentos después que él lo había dejado; y que entre los papeles del herido se había hallado un plano ó croquis de las fortificaciones y puntos estratégicos elegidos por los sitiadores para asegurar el éxito del ataque que iban á emprender. Había sido este plano el que había guiado las punterías de la artillería sitiada y las varias escaramuzas de las avanzadas insurgentes sobre la línea enemiga.—«Hé aquí,—se dijo Voltero,—al lobo cazado en sus propias redes»—é hizo circular la voz de que un tráfuga había vendido á los sitiados el plano del campamento enemigo y de su línea de ataque; esperaba que pronto llegaría la oportunidad de revelar el nombre del tráfuga.

Dos días después, esto es, el 23, llegó al puerto de Coquimbo don Máximo Mujica, comisionado por el Gobierno para ir á dar mayor empuje á las operaciones del ejército pacificador del norte y obligarlo á concluir de una vez aquella ya demasiado larga campaña. No le faltó á Voltero medio de hacerle comprender que los jefes del ejército habían procedido hasta entonces con suma negligencia y lenidad, y que si quería concluir la campaña con presteza, era necesario decidirse á tocar los últimos recursos de la guerra, porque los sitiados estaban más envalentonados que nunca con los triunfos que hasta entonces habían conseguido; él mismo, en una conversación sobre asuntos generales que mantenía con varios militares y paisanos en presencia del comisionado, dijo con el aire más inocente del mundo, cuando se le presentó la oportunidad, éstas ó parecidas palabras:

—La experiencia, me parece, ha demostrado en demasía que las guerras en apariencia más crueles y bárbaras son las que al fin de cuentas cuestan menos sangre, menos lágrimas y menos dolores á la humanidad. Si en vez de hostilizar á una ciudad sitiada impidiéndole la llegada de víveres y lanzándole una bomba cada media hora, se le incendia por sus cuatro costados y por uno se la asalta á bayoneta calada con todo el empuje que se pueda, se destruirá muchos de sus más valiosos edificios indudablemente, se llenará de espanto y de terror á sus habitantes y correrá mucha sangre por sus calles; pero ahí habrá concluído toda devastación: se la rendirá el primer día ó el primer día dará á conocer ella á sus sitiadores que son impotentes para rendirla. ¿No lo cree usted así, señor?—agregó dirigiéndose, al parecer por simple deferencia, al comisionado del gobierno.

Si el lector conoce el carácter histórico de éste, ya habrá calculado que no esperó una nueva indicación. Al día siguiente, en efecto, á las ocho de la mañana había ya empezado el memorable incendio de la Serena por el barrio más central y valioso, al mismo tiempo que la artillería vomitaba con inusitado furor incesante lluvia de balas, bombas y granadas incendiarias sobre el recinto mismo asediado.

No era esto todo.

Al anoecer, cuando las guarniciones de las trincheras rebeldes medio amotinadas pedían á gritos ser llevadas al combate al campo mismo de los sitiadores, éstos, que sin duda contaban con aquel efecto del incendio, destacaron varias partidas de fusileros que saltando de casa en casa y por distintas direcciones deberían encontrarse al pie de una determinada trinchera. En el momento señalado, mientras arreciaba el combate general de artillería por todos los otros puntos, lanzáronse los fusileros sobre la trinchera indicada, y tan desprevenidos hallaron á sus defensores, que en un abrir y cerrar de ojos los desalojaron de sus posiciones, les clavaron un cañón, y habrían penetrado en la plaza si, vueltos éstos con denuedo á sus puestos, no hubieron dado tiempo para que la resistencia se organizara detrás de ellos. El combate había durado cerca de dos horas y había costado muchos muertos y heridos; pero los sitiados quedaron con él contentos de haber castigado como lo merecían á los perpetradores del incendio de sus hogares.

Este contento les duró poco, sin embargo.

Irritados más que nunca los sitiadores con el nuevo fracaso experimentado y resueltos á dar á todo trance pronto término á la campaña, prepararon mejor combi-

nada sorpresa y el asalto general, en vista de datos comunicados ese mismo día por cierto desertor de la plaza que los agentes de Voltero consiguieron hacer escapar.

Ocupáronse, para el efecto, todo el día veinticinco en dar al incendio, al pillaje y al saqueo las proporciones de una verdadera medida de guerra, o mejor dicho, de castigo y de venganza. En tanto que el cañoneo continuaba con sostenido vigor y que se intentaban sorpresas y asaltos á todas las trincheras, se esparcía el incendio sin ton ni són por todas partes, como para indicar que era obra de la soldadesca desenfrenada y falta de disciplina y no disposición acordada por sus jefes. Para mayor engaño, se asaltaron también las casas particulares ó de comercio de los adictos al gobierno, que hasta entonces habían permanecido indemnes de todo vejamen, y se las saqueaba con encarnizada saña, destruyéndolo todo é incendiando sus escombros.

Fué en esta obra de ruina y de devastación, de crueldad y de infamias increíbles, en la que conquistó sus mayores glorias aquella horda de bandidos encabezados por el argentino Neiro que se había denominado, para mengua de la provincia que la había organizado, con el nombre de «Lanceros de Atacama».

Contemplaron los sitiados desde lo alto de sus trincheras el incendio de sus hogares casi con indiferencia al principio, cuando no veían en él, como en el del día anterior, más que un desahogo de la rabia é impotencia del enemigo, si bien innoble, disculpable al menos. Pero de la indiferencia pasaron pronto á la ira, al encono y al furor, cuando se convencieron de que lo que el enemigo se proponía era reducir á cenizas la ciudad con todo lo que encerraba de amado, de respetado y ve-

nerado para sus esforzados hijos, para obligar así á rendirse por amor á sus hogares á los que no habían de vencer en buena lid.

Al caer la tarde, cuando con las primeras sombras de la noche empezó á reflejarse en el cielo el incendio con siniestros resplandores, el aspecto de la ciudad llegó á ser aterrador y sublime. Gruesas columnas de humo se elevaban al cielo arremolinándose en gigantescas espirales; inmensas llamaradas con millares de lenguas de fuego se agitaban en la tumultuosa agitación de un mar en plena tormenta; chisporroteaba la madera con mezclas de quejidos y lamentos, de carcajadas y de rugidos de cólera ó de dolor, retorciendo por entre las llamas millares de brazos incandescentes con las convulsiones de la desesperación, ó estallando en mil candentes pedazos como lluvia de lava de un volcán en erupción. Y al mismo tiempo tronaba el cañón con sordos bramidos, y con instantáneas y espantosas detonaciones las materias explosivas que el fuego iba alcanzando en su marcha invasora.

Dentro de la plaza el espectáculo no era en verdad menos aterrador. Al llanto silencioso de los ancianos que lloraban la pérdida de aquellos objetos del hogar que son para ellos veneradas reliquias y como el lazo de unión entre las varias generaciones, había sucedido el llanto clamoroso de las mujeres y los niños, que creían que iban á ser en breve envueltos en las llamas ó pasados á degüello por el enemigo implacable y enconado. Y luego aumentó la confusión el furor desbordado de la tropa, que, habiendo empezado por suplicar, pedía ahora á gritos desahorados el ser llevada al combate por sus jefes ó el que se le dejase ir á ella sola á ultimar á tan villanos como cobardes enemigos.

Durante el día habían podido apenas los jefes contener dentro de la disciplina á la tropa y dentro del orden al resto de los ocupantes de la plaza; pero cuando con la caída de la tarde creció tanto el espanto en los unos y el furor en los otros que todo se hizo confusión, desorden y motín, no fueron dueños ya de la situación, y ellos mismos se dividieron en dos bandos de encontradas opiniones. Querían los unos, con don José Miguel Carrera á la cabeza, dar gusto á la tropa y aprovechar su entusiasmo para empeñar el combate á muerte, cuerpo á cuerpo, sin tregua ni cuartel; y firmes y tenaces, empecinados los otros, encabezados por don Justo Arteaga, querían mantenerse estrictamente á la defensiva dentro del recinto fortificado, temiendo que la tropa se les desbandara á obrar por su propia cuenta i riesgo no bien hubiera puesto el pie fuera de las trincheras

El enemigo había conseguido, pues, con su nueva táctica un éxito con mucho superior al que se había propuesto alcanzar; porque no sólo había engañado al adversario acerca de sus propósitos, sino que había introducido, además, la indisciplina y la insubordinación en sus tropas y la discordia y el encono entre sus jefes, es decir, había hecho el caos en la plaza sitiada. Era ésta la obra de Voltero, escondida y sigilosa, pero sólida é inamovible.

Había llegado á su mayor auge el desorden, forcejeando cada bando por imponer su voluntad al contrario sin poderlo conseguir, y empezaban á obrar cada uno por su propia cuenta y bajo su personal inspiración, salíendose al exterior de las trincheras grupos numerosos de los más exaltados á pesar de las promesas que se les hacían de llevarlos al combate al amanecer del próximo

día y á pesar del llanto y desesperación de los niños y mujeres que abrazados á sus rodillas les suplicaban á gritos que no los dejaran abandonados, cuando la detonación de veinte cañones disparados á la par y á tan corta distancia que parecían estar dentro de la plaza, llevó el pánico á las mujeres, el terror á los niños, el desaliento á los jefes y la confusión á todos.



¿Qué había sucedido?

El plan de Voltero empezaba á realizarse.

Conociendo los sitiadores, por los datos que les había suministrado el desertor que los agentes de Voltero habían despachado desde la plaza al campo enemigo, los puntos débiles del recinto asediado, habían tenido especial cuidado en llamar la atención de sus defensores hacia el costado oriental, el cual correspondía precisamente á la parte central y más valiosa de la ciudad, en donde el incendio había tomado, como hemos dicho, proporciones colosales; y cuando calcularon, ó mejor dicho, cuando vieron que hombres de armas y simples refugiados, jefes y soldados, niños y mujeres, que todos, en fin, se habían acumulado en completo desorden hacia el lado del incendio, dejando indefensos y quizás hasta olvidados los otros costados de la plaza, destacaron dos gruesas columnas de lo más esforzado de sus tropas en dirección recta al costado sur; las cuales desde la quebrada de San Francisco, en cuya hondonada se habían puesto á cubierto desde horas antes, se dirigieron en marcha paralela una á otra por las calles que van á desembocar á uno y otro extremo del dicho costado sur de la plaza de la Serena,

junto á la iglesia catedral la una y á la de Santo Domingo la otra.

Adelantándose un poco la que seguía la primera de las calles mencionadas, llegó sin ser vista, gracias á la depresión del terreno, á colocarse á poco más de cien pasos de la trinchera que iba á asaltar. Pudo de este modo ahogar el primer «¡Alerta!» del primer centinela que la avistó en el estruendo de veinte cañonazos disparados á la par á boca de jarro, y lanzarse sobre la trinchera y tomársela, ultimando á sus heroicos defensores, antes que pudieran los asaltados oponer la más ligera resistencia.

Pasado el primer momento de confusión, consiguieron algunos oficiales de los sitiados hacerse oír y obedecer de sus tropas medio amotinadas y llevarlas al punto amagado.

Que fué encarnizada, sangrienta y feroz la riña que ahí se dió, no hay para qué declararlo habiéndose ya dicho cuál era la disposición de los ánimos de una y otra parte.

Aunque sin disputa el más sangriento, no fué, sin embargo, éste más que un episodio secundario de aquella noche tristemente memorable para los hijos de la Serena.

La segunda columna, que había quedado un tanto atrás, había llegado, pasando de casa en casa, hasta caer sobre la indefensa trinchera que llevaba encargo de asaltar, sin hallar ninguna resistencia ni ser siquiera vista.

La misión, si bien sencilla y de no difícil ejecución, era por demás atroz y salvaje. Consistía en apoderarse del convento de Santo Domingo, formar con sus moradores trincheras humanas, y al resguardo de éstas pene-

trar en el interior de la plaza, tomando así á sus defensores entre dos fuegos.

Se había sabido que en el convento se habían asilado todos los brazos inútiles para la guerra: mujeres, niños, ancianos y enfermos y un colegio entero de niñas, y se creía que los defensores de la plaza no opondrían la menor resistencia tan luego como vieran en peligro á sus propios hijos, padres y mujeres.

Para consuelo del lector y honra de la humanidad, diremos que tal idea no fué sino enfermiza sugestión de los más execrables de aquella horda de desalmados mercenarios que la provincia de Atacama había organizado en horas de pánico y de imprevisión.

La cabeza de esta columna, formada exclusivamente de estos miserables, que no llevaban esta vez mas arma que un pequeño sable de acerado filo, penetró, como hemos dicho, sin resistencia al interior de la mal guardada trinchera, ultimando sin ruido á los dos ó tres centinelas que hacían la guardia á la sazón.

De la trinchera procuró pasar directamente al interior del convento, saltando sus muros, no muy elevados por aquel lado, y derribando una pequeña puerta trasera que por ahí había. Cayeron algunos á un pequeño patio que se comunicaba directamente con el claustro mayor por un estrecho pasadizo, el cual se presentó inmediatamente á sus investigadoras miradas libres y expedito.

Advertidos los enfermos y las mujeres que estaban más próximos á aquel lado de que su asilo era invadido por el enemigo por la parte de atrás, corrieron á cerrar la puerta del pasadizo indicado que daba al patio invadido sin darse más tiempo que el necesario para tomar el primer objeto que les caía á las manos, y atrancándola con

catres, bancas, mesas etc., formaron detrás de ella y en todo el largo del pasadizo una especie de barricada, que sólo podría detener por algunos minutos el ímpetu del enemigo, es verdad, pero que daría tiempo para pedir auxilio á las fuerzas de la plaza.

Cedió la puerta á los primeros empujones; pero antes de limpiar el paso de los objetos que lo cerraban, recibieron los asaltantes una lluvia de piedras, pedazos de ladrillos, trozos de madera, útiles de cocina y aguas inmundas, que las más valerosas de aquellas incomparables mujeres arrojaron sobre ellos, más que como armas de combate ó como medios de defensa, como protesta contra lo cobarde y menguado del ataque y como marca de infamia sobre sus viles perpetradores.

No conocían éstos el rubor ni la vergüenza; y así, en vez de retirarse ante aquella enérgica aunque pasiva actitud de algunas débiles é indefensas mujeres, para ir á buscar más honroso campo de pelea, montaron en mayor cólera que nunca y sintieron abrasadas las entrañas por la torpe llama de la lujuria, de la venganza y del pillaje.

Expedido el paso, lanzáronse, pues, por el ancho claustro en persecución de sus víctimas, las cuales huían en todas direcciones, despavoridas y aterrorizadas, con la furia y el encarnizamiento de hambrienta jauría de chacales.

¡Gloria eterna, oh Serena, á tus heroicas hijas! Acorraladas muchas de aquellas infelices por tres ó más de sus feroces perseguidores, ninguna se rindió á sus torpes deseos, y las más pagaron con su vida su heroica resistencia cayendo descuartizadas bajo el filo de sus sables.

De las que consiguieron escapar por de pronto, unas

se refugiaron en lugares escondidos y apartados, pero el mayor número, junto con los niños y los enfermos fueron á buscar un último refugio en el templo, cuya única puerta al claustro cerraron y atrancaron con gruesos barreros de hierro.

Á esta puerta se abalanzó numeroso grupo de asaltantes, en tanto que otros recorrían los demás departamentos del convento ó ultimaban á sus víctimas; pero hallándose impotentes para derribarla, lanzáronse luego, á indicación de uno de ellos, hacia la puerta de la sacristía.

Al mismo tiempo que ellos, corría hacia el mismo punto por el corredor que forma ángulo recto con el muro del templo, y en cuyo extremo se abre aún hoy la puerta mencionada, una especie de espectro envuelto en blancas vestiduras; el cual, habiendo llegado ahí antes que los asaltantes, púsose de espaldas contra la puerta en ademán de defender la entrada, amartillando al mismo tiempo un revólver que llevaba. Apenas había tenido tiempo de colocarse en la posición indicada, cuando llegaron á cuatro pasos al frente de él los del grupo asaltante. Al resplandor del incendio reconocieron éstos al punto en el osado que así les salía al encuentro á su capitán, el cirujano del Chacabuco.

No ignoraban los Lanceros de Atacama las aventuras de que había sido víctima el joven cirujano, y así su extrañeza no fué mucha al verlo ahí, pálido cual espectro, enflaquecido y estenuado por la pérdida de sangre y la prolongada fiebre, vestido tan á la ligera que no llevaba mas que la sola camisa de grosera tela que vestía en el lecho, sin calzado ni otro abrigo que un chacó ó kepis de capitán. No les causó tampoco mucha admiración

su actitud, porque conocían muy bien sus ideas y su anterior conducta en casos análogos al actual.

Pero no eran ellos hombres de detenerse en el camino de la satisfacción de sus brutales pasiones ni mucho menos de abandonar una presa fácil y segura por respeto á la disciplina militar: sabían que la desobediencia á uno de sus jefes durante el combate habría de costar la vida á algunos de ellos; pero ¡había en este caso tantas causas atenuantes, y se les guardaba á ellos tanta deferencia en el cuartel general! Y además ¿qué les importaba una vida que día á día jugaban al azar de los combates?

El joven cirujano, por su parte, comprendía muy bien la inutilidad de la resistencia, y sólo se proponía ganar algunos minutos, para lo cual se resolvió hasta á sacrificar la vida.

Todo lo narrado fué obra de menos tiempo del empleado en referirlo; de modo que nada se sabía todavía en la plaza de lo que pasaba en el convento de Santo Domingo, cuando ya éste estaba completamente en poder del enemigo, salvo sólo la nave del templo cuya entrada defendía tan débil guarnición.

Lo que vamos á narrar en seguida fué obra de menos tiempo aún; y así, para que el lector se forme idea justa y cabal de ello, será necesario que no mida el tiempo por el que gastemos en narrarlo, sino sólo por el que emplearon en hablar los interlocutores á quienes cedemos por breves instantes la palabra.

No bien se plantaron delante del joven cirujano y lo reconocieron los tres ó cuatro primeros desalmados del grupo asaltante, le gritaron á un tiempo con voz amenazadora:

—¡Paso, mi capitán, que tenemos consigna de no respetar á nadie!

—No, mis amigos, repuso con calma el joven, no os dejaré manchar el uniforme que lleváis, con esta infame cobardía; para hacerlo tendréis que pasar sobre mi cadáver. Ó si no... llamad á uno de vuestros jefes de igual graduación que yo y entregaré al punto la entrada á su sola responsabilidad.

—Pues aquí estoy yo—tronó un gigantón de rudo y feroz aspecto—que siendo mayor de Lanceros os mando que dejéis libre el paso á mis valientes.

—¿Y sabes, Neiro!—contestó en tono suplicante el joven—quiénes se asilan en este santo recinto?

—¡Que si lo sé! Pues, hombre, las más hermosas hembras que en mi vida he visto, y ¡lástima que ahora se las estén devorando esos diablos de los frailes!

—¡Miserable!—gimió el joven cirujano enrojeciendo de indignación—¡cómo revelas que no eres más que un vil mercenario!

—Toma, miserable—rugió sarcásticamente Neiro! alzando su sable á dos manos y dejándolo caer con ciego furor sobre el cráneo de su interlocutor.

Pero antes que el filo rozara sus cabellos, disparó éste su revólver con certera puntería y cayó el bandido cuan largo era sobre el duro pavimento del corredor.

Lanzaron un rugido de rabia sus sicarios é iban sin duda á despedazar al matador de su jefe, cuando se abrió la puerta de la sacristía que defendía, apareciendo detrás hasta media docena de bocas de fusil apuntando al grupo de asaltantes.

No eran en verdad los inesperados defensores hombres capaces de una larga resistencia: enfermos que ha-

bían dejado el lecho á medio vestirse para ir á buscar un refugio junto con las mujeres, podían apenas sostener en sus manos aquellas pesadas armas que sin saber cómo ni para qué habían llevado consigo.

Los asaltantes pasaban en aquel momento de cuarenta, y aunque sin armas de fuego, darían en breves instantes cuenta cabal de tales defensores.

La situación no podía ser, pues, más crítica para los asaltados; aquello iba á terminar en un santiamén.

Así debió de comprenderlo el padre Robles, prior del convento, que manteniéndose de pie, firme y sereno, en la puerta sin hojas que comunicaba á la sacristía con el templo, alzó tranquilamente el brazo derecho al cielo y bajándolo en seguida con grave continente, trazando con la mano la señal de la cruz:

—¡Valor, hijos míos—exclamó—que yo os bendigo en el nombre de Dios uno y trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo!

No había en realidad más que una sola circunstancia que favoreciera la defensa. La puerta por que tenían que penetrar los asaltantes era demasiado estrecha; apenas podrían presentarse dos hombres de frente en ella; y como era seguro que los primeros que se presentaran habrían de pagar con la vida su osadía, podía abrigarse remota esperanza de que el miedo detuviera todavía algunos instantes á aquellos desalmados.

Sucedió así, en efecto. La actitud resuelta y decidida del débil puñado de defensores y la vista de su propio jefe, cadáver ensangrentado ahí, los hicieron detenerse y hasta retroceder en el primer momento.

El joven cirujano, por su parte, aprovechó este corto estupor de sus contrarios para retroceder algunos pasos

hacia el interior de la sacristía y ponerse así á salvo de ser atacado por los flancos.

Hubo un momento de indecisión.

Pero al oír los gritos y lamentos de las mujeres encañadas en el templo y al medir lo insignificante de la única barrera que les estorbaba el paso, más enardecidos en sus torpes pasiones y poseídos de mayor encono, empujaron los del grupo á los que formaban su cabeza, con tal ímpetu que no pudieron éstos resistir á pesar de sus desesperados esfuerzos. Dos hombres penetraron en la sacristía y otros dos se presentaron en la puerta; cayeron los primeros heridos de muerte, con el cráneo ó el corazón destrozados; viendo lo cual los de más atrás afirmaron sus brazos con esfuerzo sobrehumano, con la rigidez de barrotes de acero contra los lados del marco de la puerta y contuvieron un instante más aún el empuje de todo el grupo.

La escena tocaba á su término.

Aquella última resistencia no podía ser sino de muy corta duración.

Aquellos brazos empezaron á temblar; ya flaqueaba aquel último esfuerzo de la desesperación.

Hubo un instante de silencio espantoso, aterrador, en que no se oyó otro ruido que el acelerado martilleo de los corazones en todos aquellos pechos jadeantes de emoción.

Una descarga cerrada tronó á cincuenta pasos detrás del grupo asaltante y veinte ahullidos de maldición se escaparon del centro de éste; veinte de sus hombres habían caído revolcándose en su propia sangre.

Algunas valerosas mujeres habían salido del templo por la puerta que daba á la calle transversal y se habían

dirigido á la plaza atravesando á todo correr la extensa plazuela que de ella separa el templo, á la cual habían llegado también algunos de los asaltantes por otros caminos; algunas tuvieron que pagar, pues, ahí con la vida su temerario arrojó; pero otras alcanzaron á llegar al lugar en que se libraba el combate de la otra trinchera asaltada, y en medio del desorden y de la confusión de la lucha, consiguieron hacerse entender de algunos soldados, los cuales se encaminaron al punto al nuevo lugar amagado.



Lo que siguió después bien se lo puede imaginar el lector.

Al amanecer del día quedaba la plaza limpia de enemigos, pero sembrada de cadáveres de uno y otro bando y escarmentados de tal modo los sitiadores, que no volverían ya á emprender un nuevo asalto y ni siquiera á disparar ni un solo cañonazo más sobre los sitiados.

De los foragidos argentino-atacameños que habían penetrado en el convento de Santo Domingo, más de los dos tercios cayeron como perros rabiosos mordiendo el polvo entre blasfemias é imprecaciones innobles, al lado de los cadáveres descuartizados de sus heroicas víctimas, y el otro tercio fué á pagar más tarde la pena de sus crímenes en las cárceles ó en el patíbulo.

Entre estos últimos se contó Neiro, el cual, recogido por los suyos del sitio en que había caído, consiguió restablecerse de sus heridas gracias á su robusta naturaleza física y á su perversidad moral.

XV

Y en tanto que se desenvolvían aquellos sucesos, en gran parte impulsados por él, ¿qué era de Voltero?

Á la cabeza de una columna de no menos de doscientos hombres, escogidos de entre los más bravos, fuertes y decididos de todos los de aquellos grupos que, como hemos dicho, se habían en cierto modo independizado de sus respectivos cuerpos y de sus jefes, y perfectamente armados y equipados, se mantenía oculto en un solar vecino al punto en que según sus cuentas el combate iba á ser decisivo. Esperaba ahí las señales que, según convenio, habrían de hacerle sus parciales de la plaza, de que había llegado el momento oportuno.

Pero las horas pasaban y las señales no se hacían. ¿Qué había sucedido?

Envió uno tras otro hasta tres emisarios, y ninguno volvió.

Presa entonces de la mayor ansiedad y no pudiendo ya contener sino á duras penas el ímpetu de su gente, que si lo había seguido, había sido sólo en la seguridad de ser llevada pronto al combate, á la victoria, al pillaje y al saqueo, resolvió ir él en persona á darse cuenta de lo que pasaba.

Saltando muros y tomando los senderos menos iluminados por el resplandor del incendio, llegó hasta la trinchera por que habían penetrado los asaltantes del convento de Santo Domingo, y notando el profundo silencio que reinaba ahí, en tanto que en la trinchera vecina parecía reñirse el más encarnizado combate imaginable, creyó que sus instrucciones no habían sido seguidas con

exactitud. Impelido por la vivísima ansiedad que lo dominaba, se aventuró á penetrar en el interior del convento por las brechas que iba encontrando abiertas en su camino. Llegó así al claustro mayor en los momentos en que el joven cirujano del Chacabuco hacía los últimos desesperados esfuerzos por defender la entrada al templo.

Comprendió Voltero en el acto la verdad de la situación y reconoció al punto á su odiado rival.

Corría ya hacia el grupo asaltante, sin parar la atención en que iba á ser reconocido á la claridad del incendio, para llevarles el auxilio del arma de fuego que les hacía falta, cuando por la puerta principal del claustro vió entrar el piquete de rifleros que descargó inmediatamente sus armas á mansalva sobre las espaldas del desprevenido enemigo.

Iniciado así este desigual combate, no tuvo gran trabajo Voltero en calcular cuál sería su resultado y cuál sería el desenlace de toda aquella jornada de guerra.

Con aquella celeridad de concepción que le era peculiar, cambió al punto su plan por otro más adaptable á las actuales circunstancias.

Deshizo entonces velozmente el camino por donde había venido y antes de media hora volvía con su gente ebria de coraje y entusiasmada con sus elocuentes promesas.

Cuando llegó á la trinchera, era ya tarde.

Por sus anchas brechas ó saltándola á la desesperada, salían los últimos restos de aquellos fieros asaltantes que horas antes la habían derribado con sus victoriosos brazos.

No desistió, no obstante, Voltero de su empeño.

Ciego de rabia y de despecho al contemplar desvane-

cerse sus últimas y más brillantes esperanzas, dirigió unas cuantas palabras de sangre y de exterminio á los que huían y á su propia gente y se lanzó con esta adelante á renovar el asalto.

Fué brevísimo aquel último episodio.

En tanto que por el frente le oponían invencible resistencia, se veía la columna de Voltero atacada por la espalda por un destacamento que los sitiados habían hecho salir por la trinchera vecina en persecución del enemigo que huía.

La luz del día iluminaba ya toda la extensión del cielo en cuanto se le permitían los espesos nubarrones de humo que elevaban de la ciudad incendiada, cuando en un arrebato de frenesí subió Voltero á lo más alto de la trinchera para arrojarse á la bayoneta contra sus defensores. Conociéronlo entonces muchos de éstos, entre los cuales había no pocos parciales suyo; viéndole estos últimos figurar en una partida de asaltantes en el mismo punto en que él había prometido presentarse como salvador, en caso necesario, lanzaron un rugido de indignación y á una voz exclamaron varios de ellos como inspirados de un idéntico sentimiento:

—¡Al traidor!

Vió Voltero que todo estaba perdido y que ni en la fuga hallaría salvación.

Quiso intentar un último esfuerzo; pero al volverse para arengar á su gente, vió que, tomada entre dos fuegos, se le dispersaba en vergonzosa y precipitada fuga.

Aturdido de desesperación y ciego de furor, se acordó que su rival estaba á un paso de ahí y que iba á quedar vivo y triunfante mientras él iba á morir doblemente deshonrado.

Ágil entonces con la agilidad del tigre que se lanza sobre la codiciada presa, salvó de un salto el muro del convento, y veloz con la velocidad del gamo que huye, atravesó pasillos, y corredores y el claustro mayor en dirección á la sacristía.

Á la vista de los destrozados cadáveres por sobre los cuales tuvo que saltar y de los charcos de sangre en que más de una vez resbaló, intensa sensación de frío y de terror recorrió sus miembros. Hubiera querido detenerse, pero impulso irresistible lo empujaba hacia adelante: había sentido que lo seguían y que ni tiempo de demandar perdón podría tener.

Con la instantaneidad é intensa claridad con que la proximidad de la muerte suele iluminar la razón del hombre, vió Voltero en aquellos supremos momentos representados como en inmenso cuadro, resplandecientes de luz ó cargados de tintes sombríos, su propia vida, la de su esposa y la de su rival y amigo: consagrada entera la primera á la egoísta prosecución de la propia felicidad; al culto sincero pero inactivo del bien, la segunda; y al simple cumplimiento de los deberes que cada día le imponía, la última; reconoció de un golpe de intuición que, puestas en contacto apuellas tres existencias, con sus caracteres propios, sombríos ó brillantes, tenían que llegar poco menos que fatalmente al punto en que actualmente se hallaban; tuvo en su pensamiento una palabra de perdón para su esposa y para su amigo, á quienes vió entonces inocentes y exentos de toda otra culpa que la de comprenderse y de amarse á pesar suyo con amor purísimo, en fuerza de la atracción irresistible de sus idénticos sentimientos, y no estuvo distante de confesarse el

único culpable de que aquel nuevo amor hubiera echado tan hondas raíces en el corazón de su esposa.

Llegó en esto á la puerta de la sacristía y contempló desde allí el cuadro más grave y solemne que jamás había visto.

Venerable sacerdote cubierto de enlutadas vestiduras rezaba con voz cargada de lágrimas y de emoción el oficio de difuntos; confuso murmullo, más quejumbroso aún, se alzaba del cuerpo de la iglesia; era el rezo de las mujeres y del pueblo ahí congregados para orar por las víctimas del reciente combate: un joven enflaquecido y pálido cual cadáver, salpicados los vestidos de sangre, hundidos en sus cuencas los ojos, enjutas y marchitas las mejillas y temblando en todo su cuerpo, rezaba de rodillas en la sacristía cerca de la puerta que la comunicaba con la nave del templo; era el joven cirujano del Chacabuco que, pudiendo apenas tenerse en pie á causa de la estenuación en que lo habían dejado sus heridas y los últimos sucesos, no había querido, sin embargo, volver á su lecho sin pagar antes su tributo de lágrimas y de oraciones á las infortunadas víctimas de aquella noche fatal.

Ante tan triste y solemne espectáculo, dos lágrimas rodaron de los ojos de Voltero, el cual, cayendo de rodillas sobre el umbral de la puerta de la sacristía que daba al claustro, exclamó con desfallecida voz:

—¡Tarde, Dios mío, reconozco tu excelsa providencia!

Alzó las manos al cielo dejando ver un revólver amartillado en la derecha, se oyó una detonación y un cuerpo cayó pesadamente sobre el ya ensangrentado pavimento.

EPÍLOGO

Tres años después de los últimos luctuosos sucesos que dejamos narrados, en una espléndida mañana de primavera, celebrábase con grande y severa pompa solemne fiesta en el último departamento que se había construido en Miramar, en la capilla: ingresaban ese día al santo gremio de la iglesia de Cristo don Diego de Tercos con su esposa mistress Tercos y su hija la sin par Serena, y contraía matrimonio el joven doctor León del Monte con la gentil Mercedes, que así quiso llamarse en su nueva vida la hermosa viuda de Francisco María Miralta, más conocido con el seudónimo revolucionario de Voltero con que ha pasado á la novela.



¿Qué había acontecido en esos tres años para que tan inesperados sucesos llegara á contemplar en Miramar lo más culto y granado de la aristocracia serenense?

Creyendo uno de los que perseguían á Voltero que al alzar éste las manos con un revólver amartillado iba á disparar sobre alguien, hizo en el acto fuego sobre él hiriéndolo en la parte posterior de la cabeza y destrozándole la parte superior del cráneo.

Reconocido el herido y llevado á Miramar, fué atendido con maternal solicitud por su desolada esposa y por su inconsolable amigo León durante las largas horas que se prolongó su agonía.

Las palabras que había pronunciado antes de caer herido y que fueron las últimas que salieron de sus labios,

fueron también el único lenitivo que en algo mitigó el dolor de su viuda y de su amigo, al mismo tiempo que la razón principal para que su pérdida fuera llorada con íntima sinceridad por uno y otro.



Cumplidos sus últimos deberes para con el hijo de sus bienhechores y restablecida del todo Serena de su larga enfermedad, partió el joven cirujano de Miramar, no sin haber presenciado antes la terminación de aquella generosa cuanto desgraciada revolución que lo había llevado ahí, dejando por única despedida este sencillo billete:

«Si alguna vez, mi dulce amiga, inspirándote en el noble ejemplo de tu desventurado esposo, reconoces el vacío que hay en tu pensamiento y en tu corazón y salvas el abismo moral que nos separa, acuérdate que yo habré salvado ya el que la sociedad ha puesto entre nosotros.

«Y estemos ciertos de que el alma de nuestro amigo bendecirá nuestro amor desde el cielo, en donde mora.

LEÓN»



Tres años después, en momentos en que reposaba la cabeza en las faldas de su madre, cuyas caricias constituían toda su felicidad, recibía León la respuesta al anterior billete en los términos siguientes:

«Mi padre acaba de entregarme para ti el paquete que te envió, el cual, me dice, ha de causarte inmensa alegría.

«Me pide además que endulcemos juntos sus ya escasos días.

«Mi madre ha cedido al fin y nos dará el gusto que tanto le he pedido. Se siente muy feliz tu

SERENA»



Abrió el paquete León más bien con curiosidad que con interés; contenía un expediente no voluminoso y la copia autenticada de un supremo decreto del gobierno.

No bien hubo paseado el joven la mirada por las líneas del supremo decreto, lanzó un grito de júbilo y de dolor á la vez, cayósele el papel de las manos y hondos sollozos se escaparon de su pecho.

Su madre, que no acertaba á explicarse tan extraña emoción, lloraba y sollozaba juntamente con él en fuerza sólo del hábito de participar con doblada intensidad de todas las emociones de su idolatrado hijo.

Cuando, un tanto desahogados por el llanto, de la opresión que les anudaba la voz en la garganta, pudieron, siempre entre lágrimas y sollozos, recorrer todas aquellas páginas, vieron León y su madre que aquel expediente contenía la justificación completa del padre y del esposo tan amargamente llorado; el cual había pagado en ignominioso patíbulo la traición, hija del miedo, nó del crimen, del padre de Voltero. El supremo decreto del gobierno reconocía la inocencia de la desventura-

da víctima y ponía al hijo en el grado militar y en el goce de todas las preeminencias y honores que á la sazón le corresponderían si el fatal error de una justicia de miedo no hubiera cortado tan afrentosamente sus días.

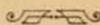


El viajero que haga hoy por la playa el tránsito del puerto de Coquimbo á la ciudad de la Serena encontrará á menudo un gracioso grupo de dos jóvenes de sin par belleza y una anciana de placentera mirada y de dulcísima sonrisa vestida del humilde hábito de las hijas del Buen Pastor: es Blanca que se goza en recorrer acompañada de las hijas de Mercedes aquellos sitios tan cargados de recuerdos repitiendo incesantemente con tierna unción:

—¡Bendito seáis, Dios mío, y benditos sean tus inescrutables designios!... Son felices y yo también lo soy.

RICARDO DÁVILA BOZA

EN FRANCIA



(FRAGMENTOS INÉDITOS DEL DIARIO PRIVADO DE VIAJES DE DON
BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA)

(Continuación)

3 de marzo.

Á las 9 me despertó el criado, diciéndome que el emperador de Rusia había muerto. No le creí al principio, pero me subió LA PATRIE y LE MONITEUR donde se publican los telegramas oficiales.

Dicen que ha sido de apoplejía, pero esta noche he oído que ha muerto estrangulado ó envenenado por sus hijos Miguel y Constantino, que probablemente quieren precipitar la guerra. ¡Qué dicha la de los tronos! Morir en manos de sus propios hijos!

París ha estado todo el día entregado á esta noticia. Nada se sabe sobre el giro que este suceso dará á la guerra.

Almorcé á las 10, y hasta las 3 de la tarde estuve trabajando en mis apuntes de agricultura.

Á esa hora vino Nicolás Cerda y salimos. Fuimos al Conservatorio, pero los dos cursos que se daban hoy eran sin interés. Comimos juntos, y á las 9 me fuí á ver á M. Geoffroy Saint Hilaire, donde había una numerosa reunión de 50 caballeros y 30 damas. M. Geoffroy me presentó al barón de Montgaudry, que ha recorrido todo el mundo y habla casi todos los idiomas conocidos. No hay exageración en esto, como pude convencerme en dos horas de conversación que tuvimos, pues sólo hablé con él y M. Saint Hilaire, y algunas palabras con la amable señora de éste.

Estuve en el dormitorio de la señora, pues los saloncitos de M. Geoffroy estaban completamente llenos de jente, y quedé verdaderamente encantado de la modestia en todo: cortinajes de quimón dibujados, lunas de espejos y cuadritos, tal era todo lo que había en el *boudoir*. El catre estaba cubierto con una colcha de quimón, como entre los colegiales, y en un pequeño estantito á la cabecera había algunos libros de devoción y una imagen de la Virgen. Esta sencillez, en casa de uno de los sabios más ilustres de la época, encanta y atrae.

Estuve ahí hasta las 12, en medio de la más útil y agradable conversación.

7 de marzo.

Después de varias diligencias por mis arreglos de viaje, que hice á fines del mes, me fuí á las 12 á ver á M. Gay, equivocándome de ómnibus, para lo cual tengo una suerte fatal, pues siempre subo á uno equivocado.

En seguida me dirigí por el boulevard á casa de Carlos Valdés. En la vidriera de una tienda vi el retrato de Alejandro II, emperador de todas las Rusias, hecho sin duda por telégrafo.

Estuve en la colonia chilena hasta las 5, y luego salimos en carruaje con Carlos y Nicolás Cerda al *Bois de Boulogne*. La tarde estaba lindísima y la concurrencia era inmensa. La emperatriz pasó cubierta con su espeso velo negro que apenas dejaba entrever los contornos de su melancólico rostro. El emperador pasó después, manejando una victoria de dos caballos, y me pareció más enérgico y hermoso que otras veces. La sencillez de su traje era completa.

La tarde era preciosa, como lo había sido el día, con su sol de Chile. Nos paseábamos al rededor del lago, hoy rebosando de agua, y que dejé hace año y medio en las operaciones de la cava. Hoy es un sitio lindísimo.

8 de marzo.

Me levanté á las 9, almorcé, y tomé el ómnibus de Neuilly en la estación del Louvre, para á visitar el palacio que Luis Felipe, el rey ciudadano, poseía á orillas del Sena.

Llegué al desolado sitio y me encontré solo en medio de aquellas ruinas que, como tantos corazones, son jóvenes por la existencia, pero prematuramente convertidas en escombros. Las decoraciones, frescas aún, están confundidas con los tizones. Sólo una horda de foragidos ebrios pudo devastar este asilo modesto y apartado de las virtudes de esa desgraciada familia que sólo en el trono parecía desdichada.

Aquella mansión que nada tenía de regio fué incendiada, cuando Versailles, el palacio que hizo la bancarrota de la Francia, ha quedado en pie á través de tantos sacudimientos.

Hoy día, la historia de Francia está escrita con carbón sobre los escombros. Letreros de todos los partidos, epitafios de los odios públicos se veían esparcidos aquí y allá en los muros que aún quedan en pie: «¡Muerte á los viles príncipes!» dice aquí, aludiendo á los Orleans. «¡Oh famoso Ledru Rollin, (ha escrito algún demagogo patibulario) cuándo vendrás tú á teñir de colorado nuestras camisas con la sangre de la aristocracia!» Algún orleanista ha escrito en otra parte: «El príncipe de Joinville hizo evadirse de Ham á Luis Napoleón. . . ¡Qué gratitud!» Un filósofo ha escrito esta sentencia: «Lamartine es una veleta á todos los vientos,» y entre numerosos vivas al emperador está escrito por una mano imperialista este siniestro epitafio de la república de 1848: «¡Libertad de morir de hambre! Igualdad en la miseria! Fraternidad de Caín! hé ahí la divisa de los feroces republicanos!» Todas estas inscripciones de la pasión diseñadas con el tizne de las ruinas sobre las ruinas mismas, tienen su significado triste y solemne á la vez.

Inmediata á este palacio está la capilla de San Fernando, la tumba del duque de Orleans, erigida en el mismo sitio en que aquel príncipe dió su último suspiro, que fué el principio de la agonía para la monarquía borbónica en Francia, privada de su único popular representante.

Su propio asistente es el guardián de su tumba, y él me la mostró. Una austera capilla de piedra cubre la tumba en que el príncipe está representado sobre el már-

mol en la actitud y con el traje que murió; un tinte rojo natural de la piedra sirve sobre su frente para marcar la honda herida que lo mató.

En un pequeño patio adyacente se cultiva un jardín cito, y en un aposento se conservan los recuerdos fúnebres que los hermanos y la madre del príncipe, la santa reina Amalia, le consagraron, cojines y coronas bordadas y tejidas por manos regias y regadas con lágrimas de una familia que fué modelo de unión y de virtudes domésticas,

El guardián, que todavía después de 15 años conserva su tono sentimental para referir la muerte de su amo, me decía que el príncipe había bebido algo aquella mañana, y que por eso se había precipitado del carruaje cuando no había peligro positivo ninguno.—¡Hay azares misteriosos en la historia!

14 de mayo.

Hoy había en Versalles *grandes aguas*, como todos los días domingos.

Había más de 30,000 personas al rededor de la fuente de Neptuno, aplaudiendo con entusiastas aclamaciones los bosques de agua que se levantaban tan altos como una avenida de álamos en los bordes del estanque. No cuesta menos de 25,000 francos cada domingo hacer correr las *grandes eaux*, que vienen desde Marly á una distancia de seis ó siete leguas.

Versalles, como palacio, como jardín, como bosque, todo á un tiempo, es lo más espléndido que existe. Calculan que costó trescientos millones de pesos, en una

época en que un millón era la renta de un Estado considerable, y se cuenta que Luis XIV, que no se alarmó por la pérdida de sus imperios conquistados, se asustó de las cuentas de sus mayordomos y quemó todos los papeles relativos á su construcción.

Es una mole de piedra forrada toda en mármoles, maderas exquisitas y cristales. El vestíbulo, la gran escalera, la capilla, el teatro, la maravillosa sala de los espejos, son de un lujo imponderable. En el centro está todavía el dormitorio de Luis XIV tal cual lo dejó él cuando el chambelán de servicio anunció desde el balcón *Le Roy est mort! Vive le Roy!*

De Luis XVI se conservan algunos recuerdos, como las chapas de los cuartos de María Antonieta, perfectamente trabajadas por el rey herrero.

La inscripción que se ve al frente del palacio *À toutes les glories de France*, dice el hermoso destino á que esta mansión de la disipación regia ha sido consagrada después. Versalles es hoy el museo histórico de la Francia, escrito con el pincel y el buril de los más eminentes artistas de Europa. Todos los grandes acontecimientos de la historia de Francia, desde Carlomagno hasta Luis Napoleón están pintados ó esculpidos en sus vastos salones. En la sala de Carlomagno se ve un gran cuadro del paso de los Alpes. En el departamento de las Cruzadas están las campañas de Godofredo de Bouillon y de San Luis. La época de Enrique IV es una de las más celebradas bajo la inspiración de Luis Felipe, así como los sucesos de la revolución de 1830 y las campañas de Argel en que Horacio Vernet ha inmortalizado el nombre de los hijos de aquel rey, en las admirables telas, las más colosales pinturas en tamaño que se conocen y que

por sí solas bastarían a dar celebridad a este palacio.

La bellísima estatua de *Juana de Arco* por la malograda María de Orleans, y el monumento del duque su hermano, por Pradier, son también uno de los más simpáticos ornamentos de Versalles.

Á Napoleón han consagrado una vastísima sala denominada «De las batallas» donde están todos los combates del imperio excepto el de Waterloo, aunque esta gloriosa derrota no habría desmentido el honor del palacio *Toutes les glories de la France...* Todos los mariscales del imperio tienen aquí también estatuas de mármol del tamaño natural.

Versalles está á seis leguas solamente de París por el ferrocarril y el museo se abre todos los días. Unos cien custodios están esparcidos en los diferentes pasadizos y escaleras para guiar al público. Estos empleados son muy atentos en todos los museos; algunos, sin embargo, suelen estar de mal humor, y otros se animan á veces con algún trago. Recuerdo que uno de éstos era muy esquivo á mis preguntas dinásticas, y hablando de Carlos X y de Luis Felipe, de Lamartine y de Napoleón III sólo decía, como tantos otros en el mundo: *Ah! monsieur, le temps! Que voulez vous! Suivons le temps.... Suivons le temps!...*

De vuelta de Versalles fui á ver á Juan Gallo, que está recién llegado, después me fui donde Carlos Cerda, donde estuve hasta las 11, y me vine a casa.

16 de marzo.

Me levanté temprano y me fui á ver á Manuel Beauchef, con quien debíamos visitar á Fontainebleau, este

palacio que ha sido para el amor lo que Versalles para la licencia de los reyes.

Mientras el regente y Luis XV vivían en los brazos de las grandes cortesanias de París, la Pompadour y la Dubarry entre otras, Fontainebleau era el asilo de los culpables pero ardientes amores de Francisco I y su bella Ferronnière, y de Enrique II, esclavo de Diana de Poitiers, que podría ser su madre. Aquí pasaba también Enrique IV algunos de sus más tranquilos días con Gabriela d'Estrées, y Napoleón, mientras amó á Josefina, se complacía en residir en estos románticos sitios, en el centro de una floresta que en doce leguas á la redonda ofrece los más variados paisajes. Luis Napoleón mismo pasó aquí algunas temporadas del año, y en el invierno de 1853 reunió allí su alegre corte. Muchas veces he oído á don Javier Rosales los detalles de la vida sentimental y de familia que Napoleón el Chico, plagiando en todo á su tío, llevaba aquí.

Pero los recuerdos napoleónicos de Fontainebleau son los más interesantes. La despedida de la Vieja Guardia en el patio del Caballo Blanco, cuando Napoleón anegado en lágrimas abrazó al general Petit y besó el águila, escena que Vernet ha hecho inmortal con su pincel y Cormenin con su inimitable pluma:

«Acercaos, general Petit; dejad que os abrace, que os estreche entre mis brazos. . .

«¡Ay! no puedo abrazaros á todos, pero abrazo á nuestro general. . . Pasadme el águila. . . ¡Que este beso resuene en todo el universo! . . .»

Nos mostraron bajo su fanal de cristal la pequeña mesa redonda en que Napoleón había firmado su abdicación en el mismo cuarto en que se cuenta tomó el ve-

nenos en su desesperación. Al visitar los aposentos que ocupó Pío VII mientras fué prisionero de Bonaparte, nos dijo el guía que éste, en su arrebatado de ira contra el inflexible pontífice, le había puesto sus manos en el rostro.

Todo el palacio está amueblado con un lujo antiguo y simple, que conserva mejor sus impresiones históricas. Vi aquí algunos de los más exquisitos gobelinos y una luna de Venecia de unas cuantas pulgadas, que se dice ser el primer espejo que existió en Francia.

Nos alojamos con Beauchef en la posada del Águila Negra, en el pueblo de Fontainebleau, y nos dieron aquí un guía llamado Carrafe, un viejo bebedor que se decía ex-postillón de Napoleón, Carlos X y Luis Felipe: ¡todos habían pasado, y sólo el postillón quedaba!

Visitamos á Thomery, una aldeita á orillas del Sena, quieta como un redil de ovejas. Las tapias de todas las pequeñas propiedades están tapizadas de viñas cuyos racimos maduros penden en festones sobre las veredas, respetadas por la tradición patriarcal de estas aldeas, á pesar de los días socialísticos en que vivimos. Sin embargo, en una puerta cochera vi escrito con tiza este original cumplimento: *Émile Legrand est un voleur*, que me hizo recordar los muchos análogos que suelen verse en las paredes de Santiago.

Visitamos las minas de la abadía de Franchart, recuerdo de Felipe Augusto en medio del bosque. Un criado de restaurant con su delantal y corbata blanca, nos guiaba por entre las rocas y los sombríos escombros donde los penitentes monjes albergaban á sus reyes fatigados de la caza. La abadía ha sido reemplazada por

un restaurant, los monjes por criados de café, los reyes por algún curioso extranjero. Había en todo esto algo que podía llamarse una grotesca solemnidad.

Durante cinco horas recorrimos los sitios más hermosos de la dilatada selva de Fontainebleau. En una parte los árboles se alzaban rectos, presentando millares de desnudos troncos, otros tendían sus ramas hasta la tierra y le cubrían como un bosque impenetrable. Turbaban la soledad apenas el ruido de nuestro *char-à-banc*, y la conversación de Carrafe, digno de su nombre de *jarra*, por el frecuente uso que hacía de ella, llena, no del agua de la *Fontaine belle eau* que dió su nombre á este bosque, sino del exquisito líquido de los viñedos de Thomery.

Veíamos aquí huir precipitadamente de la huella algún siervo, otras veces un jabalí, mientras los ruisseños cantaban en la copa de los árboles. Descendimos al agreste valle del Apremont, dominado por una altura en que aún se ven entre las rocas las grutas donde en pasados siglos se albergaban los ladrones que asechaban el vecino camino entre Lyon y París.

Algunos artistas con sus *kapsack* á la espalda, se ocupaban en tomar vistas estudiando la naturaleza en estos románticos sitios.

Nos detuvimos al pie de la encina de Faramundo, donde la tradición cuenta se reposaba el rey cazador, hace 1,600 años! Otra lleva el nombre de Enrique IV, y son venerables árboles cubiertos todavía con la hiedra que dejaba, á la aparición de la luna, la hoz de las sacerdotisas druidas. Dos encinas más jóvenes que crecían á la par á pocos pasos de distancia entre sí, habían recibi-

do los nombres de Hoche y Marceau, esos dos gemelos de la gloria y la desgracia, el más puro honor de los ejércitos republicanos que organizó la Francia.

Una niña de seis años nos sirvió de guía para atravesar el valle de la Solle, sembrado de rocas, mientras Carrafe iba á esperarnos á la otra extremidad. Volvimos por el camino carretero de Lyon, y observé que algunas mujeres con canastos al brazo iban recogiendo las bostas de caballos esparcidas en el camino, para venderlas como abono.

Fontainebleau es el sitio más ameno que hay en los alrededores de París. Aunque á 17 leguas de distancia, se puede llegar en dos horas por el ferrocarril de Lyon. Todos los domingos vienen algunos centenares de paseantes en los *trains de plaisir* que las compañías de ferrocarriles organizan por precios tan módicos que he visto anunciado un viaje de Bruselas por 2 pesos, de ida y vuelta, desde París. En el pueblo de Fontainebleau se encuentran buenos hoteles y guías. Hay un M. Deneourt que se titula el ermitaño del bosque, y conduce partida de exploradores; ha hecho publicar su biografía, pero Carrafe me la hizo más lacónica, diciéndome que era un *Menteur*, en vez de *Mentor*.

Después de dos días de grata permanencia en Fontainebleau, volvimos a París.

B. VICUÑA MACKENNA

(Continuará)



LA MISIÓN DE MONSEÑOR MUZI

Y LA IGLESIA EN CHILE EN LOS PRIMEROS AÑOS DESPUÉS DE LA
INDEPENDENCIA



(Continuación)

Más que suficiente prueba de lo dicho es la nota dirigida al día siguiente por el Ministro al Vicario. Dice así:

«Excmo. é Ilmo. Señor:

«En virtud de la sesión que ayer noche tuvo S. E. I. con el Supremo Director del Estado, en la que convino que consagraría de obispo á un sacerdote que reuniese las recomendables calidades de pureza de costumbres, literatura y un mérito sobresaliente en su carrera, con tal que no tuviese el gobierno de esta diócesis, me previene S. E. el Director Supremo que, adornando estos requisitos en grado eminente al benemérito deán de esta santa iglesia catedral don José Ignacio Cienfuegos, y exonerado del mando de la diócesis, para lo que ha expedido sus órdenes, podrá V. E. I. proceder á consa-

garle, en el concepto de no tener el gobierno del obispado. El ministro que suscribe tiene la honra de reiterar á V. E. I. las seguridades etc.—*Santiago, 6 de octubre de 1824.*—FRANCISCO ANTONIO PINTO.—Al Excmo. é Ilmo. Vicario Apostólico don Juan Muzi.»

Antes de juzgar en lo que vale la insinuación contenida en la nota anterior, digamos que la afirmación hecha en ella era de todo punto falsa. Era falso que el gobierno hubiera expedido órdenes para exonerar al señor Cienfuegos del mando de la diócesis; y en lugar de esas órdenes, pueden verse en el mismo libro copiador del ministerio, á continuación de la nota que hemos transcrito y con su misma fecha, diversos oficios dirigidos al gobernador del obispado. Esta sola circunstancia manifiesta que el ministro Pinto era capaz, en la persecución de sus propósitos, no sólo de usar de supercherías indignas de un diplomacia seria, sino de verdaderos fraudes indignos de un hombre honrado.

Pero aun después de suponer que realmente el señor Cienfuegos hubiera sido separado de la administración de la diócesis, uno se pregunta: ¿cómo pudo esperar el ministro Pinto que con el infantil recurso empleado iba á obligar al señor Muzi á desistir de su negativa á consagrar á Cienfuegos? ¿ó se pretendía hacer una grotesca burla al Vicario, burla de la que acaso también era víctima el mismo Director Supremo? Porque, sin duda, fué el señor Freire quien, en vista de la terminante negativa del Vicario á consagrar los propuestos, solicitó para ese mismo día una entrevista personal; y porque la palabra «convino», empleada por Pinto en su narración de la conferencia, hace presumir que después de discutidas las personas de Cienfuegos y de Andrade, hubo con-

venio en hacer recaer los nombramientos en otros individuos adornados de las condiciones exigidas por el Vicario. Pero es lo probable que el reñor Freire, después de convenir con el señor Muzi en hacer los nombramientos con esas circunstancias, se encontró con la intransigencia de su ministro que no consintió en abandonar las pretensiones de Cienfuegos, y que ideó esa travesura, ó como una simple burla, ó como un lazo tendido al Vicario Apostólico.

Si el señor Pinto tuvo la intención de burlarse del señor Muzi, no dejaría de encontrar, al recibir la contestación de éste, que la fuerza de las cosas ponía al Vicario en situación de poder lanzarle un sarcasmo mucho más cruel. En efecto, el señor Muzi se limitó á contestar que, en conformidad á sus instrucciones, el sujeto que se le proponía necesitaba *la comendatoria del obispo de Santiago*. De esta manera el cumplimiento de los deseos del atrabiliario gobierno, y de las ambiciones de Cienfuegos, venía á quedar en manos de la víctima odiada y perseguida: del Ilmo. señor Rodríguez.

El señor Pinto nada podía ya esperar; en nota de 7 de octubre dijo al señor Vicario que las condiciones que imponía para la consagración de Cienfuegos, eran «degradantes» para la alta dignidad del Supremo Director; y le envió los pasaportes ya dos veces pedidos.

Pocos días después el gobierno desahogó su despecho, dando una forma definitiva al despojo de las órdenes de regulares; no había ya que guardar consideraciones al Nuncio, y se promulgó el siguiente lacónico decreto:

«Santiago y 16 de octubre de 1824.»

«He acordado y decreto:

«1.º Todas las temporalidades de los regulares quedan incorporadas á la hacienda pública.

«2.º Los directores de la caja nacional de descuentos, comisionados para el arreglo y liquidación de dichas temporalidades, se entenderán directamente en todas sus gestiones con el Ministerio de Hacienda.

«Tómese razón, etc.—FREIRE.—*F. A. Pinto.*»

¡Nueva semejanza entre los liberales del 24 y los de nuestros días! Aquéllos no consumaron el despojo de los regulares sino una vez perdida la esperanza de que el representante de Su Santidad elevara á su candidato. Éstos no realizaron sus planes de matrimonio civil y secularización de cementerios, sino una vez desechada por el Padre Santo la presentación del señor Taforó para el arzobispado de Santiago; mostrando con ello cuán bien sabían que sus medidas herían á la Iglesia en sus más caros intereses; y por eso las utilizaban como amenaza antes de realizarlas, y como venganza al adoptarlas.

Á pesar de los antecedentes y documentos referidos, se propaló en aquel tiempo, y se ha repetido después que el señor Muzi se había propuesto nombrar obispo auxiliar de Santiago á don Juan María Mastai Ferretti, y que el no haber sido aceptado este candidato por el gobierno chileno fué la causa de la retirada del Nuncio.

Si los documentos dados á conocer no han sido suficientes para demostrar que la causa de la ruptura definitiva con el Vicario Apostólico fué única y exclusivamente

primero, el despojo de los regulares, y después, el intran-
sigente propósito del gobierno de hacer nombrar obispo
auxiliar de Santiago á don José Ignacio Cienfuegos,
basta, para hacer este hecho evidente, reproducir aquí
el oficio con el cual se remiteron al señor Muzi los pasa-
portes. Dice así:

«Excmo. é Illmo. Señor:—El ministro que suscribe
tiene la honra de acompañar á S. E. I. el Vicario Apos-
tólico el pasaporte para la corte de Roma pedido por
V. E. I. en sus respetables comunicaciones del 25 del
pasado y 5 del presente.

«El ministro que suscribe desea saber el día de la
partida de V. E. I. á fin de dar las órdenes competentes
á los pueblos del tránsito, para que V. E. I. sea recibido
y hospedado de un modo digno á la respetabilidad de
su carácter, y para que en el puerto de Valparaíso se le
dispongan habitaciones por el tiempo que estuviere
allí.

«S. E. el Supremo Director, á quien he instruído de
la honorable comunicación fecha de hoy, en la que
V. E. I. se resiste á consagrar al deán de esta santa
iglesia catedral don José Ignacio Cienfuegos, me pre-
viene expresar á V. E. I. que, habiendo hecho cuanto
está á sus alcances á fin de que V. E. I. consagrara un
obispo que cree necesario para la conservación de la reli-
gión, y pasándole V. E. I. condiciones degradantes á la
alta dignidad que ejerce, no puede escucharlas sin hacer-
se culpable ante la nación que representa.

«El infrascrito aprovecha esta oportunidad para rei-
terar á S. E. I. el Vicario Apostólico, los sentimientos de
su distinguida consideración y respeto.—*Santiago, 27 de
octubre de 1824.*—Hay una rúbrica del Supremo Direc-

tor.—F. ANTONIO PINTO.—Excelentísimo é Ilustrísimo señor Vicario Apostólico.»

Toda negociación entre el gobierno y el Vicario quedó con esto concluída. Siempre que el ministro Pinto pretendió obtener algo del señor Muzi, fué impulsado por deseos y aspiraciones hostiles á la Iglesia y á sus intereses; esperó quizás engañarlo ó amedrentarlo; pero encontró siempre en el Vicario miras tan elevadas y voluntad tan enérgica y constante, que á cada paso hubo de arrojar la máscara y resignarse á construir sus acariciados y torcidos planes, únicamente sobre la tan pesada como movediza arena que sirve de cimiento á las obras de la tiranía.

Muchos años más tarde, durante la administración Santa María, cuando el gobierno quiso con idénticos propósitos doblegar la voluntad del Papa, se valió de medios y amenazas iguales, y sólo llegó al mismo vergozoso resultado.

XVI

Otros trabajos del Vicario Apostólico.—Su vuelta á Roma.

Aun cuando el Vicario Apostólico se vió privado de la buena voluntad y de la cooperaci3n que tenía derecho á esperar del gobierno para los grandes bienes que estaba llamado á hacer en Chile, la anhelante solicitud de los fieles le abrió ancho campo donde derramar á manos llenas favores y gracias espirituales que para la fe de los chilenos tenían un valor inestimable.

Esta clase de servicios son á menudo objeto de las burlas hipócritas de los impíos; pero, estando por su

naturaleza limitados sus efectos al fuero interno de la conciencia, quedan fuera de la órbita de acción de los poderes humanos, y no solamente no tendrían éstos derecho de impedir prestarlos ó aprovecharse de ellos, sino que materialmente les sería imposible evitarlos. Los católicos chilenos pudieron, pues, gozar, y efectivamente gozaron de esos bienes; para los creyentes, ellos son causa de puros y celestiales placeres, y para repartirlos, el señor Muzi estaba ámpliamente facultado.

Prestó además otros servicios espirituales también, pero de efectos más generales, que no debemos pasar por alto.

La Iglesia en América durante el coloniaje, dedicó sus mayores esfuerzos á mejorar la condición de los pobres indios avasallados, oprimidos y aniquilados por las desapiadadas guerras de sus conquistadores y por la insaciable avaricia de sus dueños y señores. Impulsada principalmente por el deseo de poner límites al mortal trabajo diario á que eran sometidos los indios, buscó un medio de aliviarlos designando un número considerable de días en los cuales debía darse de mano á las abrumadoras faenas, para dedicarlos al descanso del cuerpo, á los goces del hogar, á la instrucción de la inteligencia y al ennoblecimiento del alma en el culto de Dios.

Pero, con los años y los acontecimientos, las circunstancias habian cambiado. Suprimidas las encomiendas y el servicio personal de los indios, abolida la esclavitud, la libertad individual podía ya limitar y normalizar los trabajos de los hombres; y por otra parte, á ella quedaban entregados el progreso material del país y su riqueza. El Vicario Apostólico creyó, pues, conveniente disminuir los días festivos, y así lo hizo por indulto de 7 de agosto de 1824.

Puso también término el señor Muzi á varias dificultades en que con respecto á la bula de cruzada y de carne se encontraban las conciencias de los creyentes. En diciembre de 1821, el gobierno había ordenado suprimir ó modificar ciertas ceremonias usadas en la publicación bienal de las bulas. Sea con esta ocasión ó con otra cualquiera, se promovieron graves dudas de conciencia sobre el derecho con que se continuaba usando de esos privilegios; por este motivo, el gobierno de O'Higgins creyó conveniente solicitar de la Santa Sede la declaración de que los habitantes de América podían gozar de esos privilegios, y así lo ordenó al plenipotenciario Cienfuegos. En consecuencia, el Papa autorizó al señor Muzi para entender y resolver todo lo referente al expresado asunto; mas, al tratar de hacerlo, encontró de parte del gobierno de Freire pretensiones á que no le era posible acceder dentro de sus facultades.

Con todo, como no era posible dejar en la oscuridad á los fieles en asunto tan importante para ellos, el señor Muzi, el día 29 de octubre del 24, la víspera misma de su partida á Roma, firmó un indulto apostólico, en el cual extendía á Chile los privilegios de la bula, y para cortar las dificultades promovidas por el gobierno, disponía que gozaran de ellos los que cumplieran con la única obligación de dar la limosna correspondiente para la obra pía que ellos mismos escogiesen.

Naturalmente el cumplimiento de esa disposición escapaba absolutamente á la acción gubernativa. No quedando impuesta la contribución de la bula con otra fuerza que la de la conciencia, y no pudiéndose conocer las obras pías que los fieles quisieran favorecer, era mate-

rialmente imposible al poder civil tomar la menor ingerencia en la materia. Pero aquellos liberales estaban ansiosos de ejercer poder, y sometieron el indulto al estudio de los letrados y á los trámites del *exequatur*, y convencidos al fin de que no podían evitar su cumplimiento antes de confesar que no alcanzaba á ello su acción, se resolvieron, un año después, en 10 de noviembre de 1825, á mandarlo *ejecutar* publicándolo en el BOLETÍN DE LAS LEYES.

En cuanto al verdadero remedio del mal estado de las órdenes religiosas, aunque la actitud del gobierno le impidió aplicarlo de una manera radical, no dejó de intentarlo el señor Muzi en lo posible, marcando la norma que algunos años más tarde debía seguir con tan feliz resultado señor arzobispo Valdivieso.

En efecto, promovió el restablecimiento de la vida común en los conventos, ya elogiando y recomendando el instituto de la Recoleta Dominica que la observaba, ya autorizando, por rescripto de 18 de octubre de 1824, al provincial de San Francisco, el padre José de la Cruz Infante, para erigir en la provincia de Santiago uno ó dos conventos de vida común y regla estricta. Abrió también ancha puerta para la secularización de los frailes descontentos con sus votos, de tal manera que su conducta á este respecto dió pretexto para las acusaciones de sus enemigos. Y aun cuando le fué necesario retirarse de Chile, deseoso sin duda de evitar las nulidades y sacrilegios á que podían dar lugar las disposiciones del decreto de 6 de septiembre sobre secularizaciones, autorizó á don José Ignacio Cienfuegos para conceder hasta cincuenta secularizaciones, imponiéndole únicamente la

obligación de destinar los frailes que de ella se aprovechasen, al servicio religioso de la desamparada diócesis de Concepción.

Refiere el señor Sallusti que el Supremo Director don Romón Freire, movido por el sincero deseo de contribuir á la felicidad de su patria, y á diferencia de sus ministros, puso grande empeño en retener en Chile al Vicario y en arreglar las gravísimas dificultades que se habían originado. Dejamos constancia de este atestado honroso para el general Freire, porque, á nuestro juicio, los actos con que contribuyó á los graves males de aquellos tiempos, no nacieron de mal espíritu, sino de su debilidad de carácter y falta de ideas propias.

Pero puesto que la permanencia en Chile del señor Muzi se había hecho imposible, el Supremo Director quiso rodearlo hasta el fin de las esmeradas atenciones á que sus relevantes cualidades personales lo hacían acreedor, y de todos los honores á su alto rango debidos. Así lo comunicó el ministro señor Pinto por nota de 11 de octubre contestando al Vicario Apostólico el anuncio de la próxima partida de éste á Valparaíso.

«La emoción del pueblo, dice el señor Sallusti, fué del todo admirable. Animado de los más vivos sentimientos de una verdadera piedad, corría en tropel á nuestra casa, y por varios días asedió de tal modo la puerta, que fué necesario atrancarla por dentro, ó hacerla custodiar con guardias para evitar los inconvenientes, si se abría para administrar la confirmación ó para dar curso á las infinitas súplicas que se habían presentado en aquellos últimos días. Este raro espectáculo de piedad y de afecto, fué de todo punto conmovedor; desde que despuntaba el día hasta muy avanzada la noche, el pueblo permanecía

siempre agolpado al rededor de nuestra casa, y crecía continuamente la multitud á medida que se acercaba el día fijado para nuestra partida.

No menores que en Santiago fueron en Valparaíso las muestras de veneración y de afecto hacia el señor Vicario. Ahí también el Supremo Director Freire, que había ido á activar una expedición al Perú, le hizo tributar altos honores hasta el momento mismo del embarque. Sólo el señor Pinto se permitió lanzar expresiones ambiguas, recibidas por el señor Muzi y sus compañeros como una mortificante sátira, que les debió evitar la más vulgar cortesía, y el respeto al hospedaje ofrecido en esos momentos por el mismo Supremo Director.

Durante su permanencia en Valparaíso, el señor Muzi no cesó de ejercer las funciones de su ministerio y las de su jurisdicción, ya con decretos, de algunos de los cuales hemos dado cuenta, ya con la concesión de privilegios y gracias espirituales.

Los viajeros partieron de Valparaíso el 30 de octubre y llegaron á Montevideo el 4 de diciembre.

En Montevideo el señor Muzi fué acogido con el fervoroso afecto de autoridades y pueblo verdaderamente cristianos. Escribió allí y entregó á la publicidad su *Carta Apologética*, de la cual y de cuyos resultados hemos de ocuparnos en párrafos separados; y el 18 de febrero de 1825, acompañado por el clero y el pueblo, se embarcó para llegar á Roma después de un penoso viaje, el 6 de julio del mismo año.

XVII

La Carta Apologética

En su obra sobre esta misión, don Luis Barros Borgoño asevera que el importante documento de que vamos á ocuparnos, ha sido empeñosamente retirado de la circulación; no conocemos el fundamento de esta aseveración que, á ser verdadera, constituiría una grave acusación contra los impugnadores y detractores del señor Muzi, pues sólo ellos podían tener interés en ocultar la vindicación del Vicario, de todos los cargos que contra él se formularon. La *Carta Apologética* fué impresa en Córdoba, en 1825, por el eminente sacerdote, patriota argentino, don Pedro Ignacio Castro Barros; á nosotros nos ha sido fácil conocerla, gracias al cuidadoso esmero del señor arzobispo don Rafael V. Valdivieso, que la conservaba entre los libros de su rica biblioteca.

Durante su permanencia en Santiago, las negociaciones del Vicario con el gobierno estuvieron rodeadas de la reserva natural en la clase de asuntos sobre que versaban. La prensa chilena, en la que dominaba sin contrapeso el espíritu reformista, se abstuvo de hacer apreciaciones directas sobre los actos del señor Muzi, y los gobernantes liberales, no encontrando ningún motivo de queja en la conducta prudente y diplomática observada por el Vicario, y comprendiendo, sin duda, que la publicidad habría favorecido más á éste que á ellos, se abstuvieron también de dar al público noticia de las diferencias originadas.

Pero apenas el señor Muzi hubo decidido irrevocable-

mente su partida, en los mismos días en que se embarcaba en Valparaíso, los periódicos EL LIBERAL y EL CORREO DE ARAUCO, comenzaron á publicar una serie de artículos en los que se trató por todos los medios posibles de desprestigiar la misión pontificia y de arrancar las profundas raíces que en el corazón de los católicos chilenos habían echado los sentimientos de veneración, afecto y adhesión al Soberano Pontífice.

Comprendió el señor Muzi que le era necesario hablar, defenderse de la calumnia y rectificar los hechos que en su ausencia se tergiversaban escandalosamente, y afirmar de nuevo las verdades que ya en su pastoral había predicado.

Dirigióse el señor Muzi á sus muy amados chilenos; «distinguiendo siempre, como él dice, al Estado chileno de aquellos pocos que abusan de la potestad que tienen en daño de la religión y de la Iglesia», no dudó de que dejaría en ellos el profundo convencimiento de las verdades que afirmaba.

Contiene la carta una breve y clara narración de los principales incidentes ocurridos durante la corta permanencia de la misión en Chile, y resume y aprecia sus resultados de la manera siguiente:

«Acusan al Vicario Apostólico, los mismos editores, de que nada hizo, ó casi nada hizo en favor de los fieles durante su estada en Chile. ¡Desvergonzada acusación! Respondan á ella todos aquellos que así de uno y de otro clero, como de los seglares, se apresuraban á la posada del Vicario Apostólico para obtener ya la absolución de reservados al Sumo Pontífice, ya para tranquilizar sus conciencias en muchos casos, y ya también para impetrar gracias, dispensas y privilegios...

«Mas no debe ocultarse que el Vicario Apostólico, casi nada hizo en la ejecución de aquellas partes de su comisión para las que necesitaba el concurso del gobierno. Pero el Vicario Apostólico ¿no instó repetidísimas veces, de palabra y por escrito, para que se publicase la bula de la santa cruzada, según se expresaba en las facultades conferidas por el beatísimo Padre? ¿No pidió que se promoviese la causa del gobierno eclesiástico de la diócesis de Concepción con respecto á su dudosa autoridad; que se estableciese el cabildo de aquella iglesia catedral, y que se estableciese allí un obispo administrador? ¿No promovió las sagradas misiones á los indios infieles, para las que debía dedicarse la limosna que diesen los fieles que tomasen la bula de cruzada? En vano promovió todas estas cosas cerca del gobierno de Chile.

«Éste no sólo recibía con frialdad é indeferencia las reclamaciones del Vicario Apostólico, sino que muchas veces se mostró quejoso porque Su Santidad no había concedido al gobierno el patronato absoluto en los beneficios eclesiásticos; porque para la bula de cruzada se señalaba un vicario general y no comisario; porque el Vicario Apostólico no había traído facultad para erigir arzobispo en la ciudad de Santiago, que tuviese dos obispos sufragáneos, uno en la ciudad de Concepción, y otro en la ciudad de Coquimbo; porque, en fin, el Vicario Apostólico debía instituir un vicario castrense. Para todas estas cosas no había recibido facultad alguna del Santísimo Padre, y ellas eran, no obstante eso, las que con instancia pedía aquel mismo señor Cienfuegos que había estado enviado en Roma, y que había tratado los asuntos con la Santa Sede.»

Como documento histórico, la *Carta Apolegética*, es de un valor inestimable; se refiere toda ella á hechos de grande importancia que interesaban vivamente á todos los chilenos; su completa autenticidad y pureza no sólo está comprobada con los importantes documentos publicados por el mismo señor Muzi, sino que en todas sus partes se encuentra en perfecto acuerdo con todos los documentos de aquella época, y ni en sus menores detalles fué desmentida por las autoridades ó personas contra las que en la *Carta* se formulan graves cargos.

Graves inculpaciones personales se enrostraron en aquel tiempo al señor Muzi por los que no querían perdonar medio alguno de desprestigiar su santa misión que tan honda impresión había hecho en el corazón de los fieles; esas acusaciones nunca han sido abonadas ni por la más leve prueba; al trasmitírnoslas, la historia no hace sino mostrarnos que la calumnia, entonces como siempre, fué hija de bajas é impotentes pasiones. Sin embargo, el señor Muzi en su *Carta*, recogió varios de esos cargos y con humildad y firmeza se vindicó de ellos, y agregó estas sencillas y nobles palabras:

« El Vicario Apostólico, acordándose del Evangelio donde dice: *seréis bienaventurados cuando los hombres os maldijeren, y dijesen contra vosotros todo mal*, ruega en primer lugar, á Dios por los que le calumnian; en seguida confía en la misericordia de Dios que Dios tendrá por bueno todo lo que él ha hecho por el honor y la utilidad de la Iglesia. Espera también que el beatísimo Padre ratificará todas las cosas que ha practicado con arreglo á las instrucciones que recibió de él mismo. Ha preferido despojarse del honor sublime, á que sin ningun-

nos méritos suyos había sido elevado, y perder cualesquiera utilidades temporales, más bien que ser traidor y prevaricador de su comisión.»

Pero si importante era establecer la verdad de los hechos, aún más importante era establecer el dogma de la religión católica en los diferentes puntos en que las discusiones de la prensa ó los actos del gobierno lo habían desconocido. Ya en la pastoral había enseñado á los fieles los eternos principios de la fe y las reglas fundamentales de la organización y disciplina de la Iglesia; en la *Carta Apologética* aplicó esos principios y esas reglas á los hechos concretos de que había sido testigo y actor, refutó los errores que sobre las relaciones de la Iglesia y el Estado se propalaban, y condenó los atentados que contra la Iglesia se cometieron en el nombramiento de preladados, en la reforma de los regulares y en la usurpación de sus bienes.

El señor Muzi, para enseñar como pastor la verdad, y para condenar como juez el error, contaba con la seguridad de que sus palabras se grabarían profundamente en la fe sincera de los chilenos. Podía, por consiguiente, al despedirse de ellos, mostrarles el camino de Roma, seguro de que pronto acudirían allá, confiarles su propia defensa y el depósito de la fe, seguro de que la habían de conservar íntegra y valientemente, y saludarlos con afecto paternal, seguro de que ese afecto era sinceramente correspondido.

« Braman y se horrorizan los chilenos, dice, al oír estos errores de algunos pocos hombres irreligiosos. Los chilenos de todas clases profesan interiormente lo que con sus palabras y con sus lágrimas han expresado, que quieren vivir católicos, apostólicos, romanos; por consi-

guiente, siempre unidos y obedientes al soberano Pontífice.

« La entrada á la Santa Sede apostólica siempre está abierta; ella siempre está preparada para oír los recursos de todas las partes del mundo católico y pronta á proporcionar remedios idóneos á las necesidades espirituales. Un insigne y perpetuo monumento de ello es la concesión que hizo del Vicario Apostólico, que nunca se hubiese retirado, á no haber encontrado obstáculos invencibles en el ejercicio de sus facultades. . .

« Amadísimos chilenos, tenéis ya ingénuamente manifestada la causa de mis operaciones en el tiempo que he estado entre vosotros, y los motivos por que me he retirado; sabéis también los medios con que podéis repeler las calumnias que se inventan contra mí y contra vosotros; sabéis, finalmente, la sana y católica doctrina que debéis oponer á los errores que se esparcen entre vosotros. Atended, pues, á los falsos profetas que vienen á vosotros con vestiduras de ovejas, mas interiormente son lobos voraces.

« Con la ternura de un alma reconocidísima, con íntimo afecto de amor de la verdadera efusión del corazón, en el nombre del Sumo Pontífice, os damos la apostólica bendición.

« Dado en la ciudad de Montevideo, á 25 de enero, día dedicado á la conversión del apóstol San Pablo, de 1825.—JUAN MUZI, Arzobispo Filipense, Vicario Apostólico.»

XVIII

Ecos de la *Carta Apologética* en Chile.—Destierro del obispo.—Los bienes de regulares.

Contiene la *Carta Apologética* un párrafo que debía producir en Chile graves efectos inmediatos; era el siguiente:

«Con qué razón haya podido el señor Cienfuegos con sólo la colación de la potestad civil aceptar la administración de la diócesis, lo ignoro, no constando por algún acto público que le haya sido conferida por el obispo. ¿Acaso ignoraba el señor Cienfuegos que entre los artículos condenados por el Sumo Pontífice Juan XII, en su bula dogmática contra Marsilio de Padua, *como contrarios á la escritura sagrada, y enemigos de la fe católica, heréticos ó hereticales y erróneos*, se lee también este artículo: «todos los sacerdotes, bien sea el Papa, el arzobispo ó cualquier otro simple sacerdote, por la institución de Cristo tienen igual autoridad y jurisdicción; el que uno tenga más que el otro, esto es, según lo que el emperador ha concedido más ó menos, y así como lo ha concedido, puede revocarlo»?

«Aunque el señor Cienfuegos de palabra ha afirmado que ha recibido del actual obispo la vicaria potestad; pero hay muchos sujetos de muy buena nota que aseguran lo contrario. Lo ciertísimo es que el señor Cienfuegos ha cometido muchos excesos en el ejercicio de su empleo, porque él, á instancia del gobierno ha erigido muchas parroquias y nombrado para curas de ellas á curas que estaban suspensos por su obispo de las funciones sagradas del ministerio. Se dice también que el mismo

Cienfuegos, cuando estuvo anteriormente de gobernador de la propia diócesis, se había excedido mucho y arrogádose facultades al arbitrio de dispensar en casos reservados á la Santa Sede Apostólica.»

El señor Cienfuegos, cuyas gravísimas faltas deben atribuirse, no á mala fe ni á perversidad de intenciones, sino á ignorancia de la alta misión de la Iglesia, y á una notable debilidad de carácter que lo impulsó siempre á dar gusto á los poderosos, se sintió profundamente conmovido por la clara y terminante condenación de su conducta hecha por el Vicario Apostólico. Pensó desde luego en retirarse de su alto puesto; pero después, animado quizás por la esperanza de legitimar su posición, se dirigió al señor obispo Rodríguez, anunciándole su deseo de permanecer algún tiempo en el campo y pidiéndole permiso para nombrar provisor y juez á don Diego A. Elizondo.

Ya hemos explicado, al hablar del primer nombramiento de Cienfuegos, cómo era que aun cuando Cienfuegos sabía y reconocía que no tenía más jurisdicción eclesiástica que la que el obispo le había delegado, nunca habían creído ser el uno subalterno ó dependiente del otro; ambos sabían que el cargo de gobernador había nacido y subsistía únicamente gracias á la voluntad del gobierno; jamás habían mediado entre ellos las relaciones del superior con su subalterno; ni Rodríguez había dado órdenes á Cienfuegos, ni éste las había pedido á aquél. Parecía, pues, que con su carta al obispo, Cienfuegos quería adoptar una nueva norma de conducta, regularizando sus mutuas relaciones y sometién dose á la voluntad de su superior. Pero hacía mucho tiempo que el señor Rodríguez soportaba humillado y jamás resig-

nado que un sacerdote, enemigo personal suyo, ocupase su puesto á sabiendas de que lo hacía contra su voluntad, y que usase un título conferido sólo por la voluntad del gobierno, y que ejerciese atribuciones no delegadas, y que aun contrariase abiertamente los deseos y los actos del obispo.

¿Por qué el señor Rodríguez no había manifestado hasta entonces todo su pensamiento á este respecto? Acaso aquella voluntad, tan enérgica como era, mientras se sintió completamente aislada y sin apoyo, temía echar sobre sí la enorme responsabilidad de los conflictos que podía causar la terminante condenación de la conducta de Cienfuegos; y sólo después de que el Vicario Apostólico hubo hablado, y lo hubo confortado en el espíritu de la Iglesia, se resolvió á arrostrar todos los peligros y á cumplir por completo su deber.

La carta del señor Cienfuegos ofrecía al obispo la ocasión de manifestarle sus ideas; la contestación de Rodríguez fué una explosión de indignación por el vejatorio tratamiento de que había sido víctima, un severo castigo impuesto al intruso y una altiva reivindicación de su despreciada autoridad.

El señor Rodríguez escribió, pues, á Cienfuegos con fecha 7 de julio de 1825; le recordaba, al comenzar la carta, que no se había considerado sino como empleado del gobierno: «Y si yo hubiese nombrado á Ud., añade, para gobernador del obispado por mi arbitrio y voluntad, que es como se deben hacer estos nombramientos para que sean legales, legítimos y verdaderos, seguramente no habría consentido ni permitido que obrase Ud. y procediese con la arbitrariedad, despotismo é independencia que lo ha practicado, de que acaso no habrá ejemplo.»

Continúa en seguida la carta formulando la serie de cargos á que la conducta de Cienfuegos había dado lugar, y reprendiéndolo severamente por ella y en un tono tan altivo y viril que á la verdad sorprende en aquel perseguido anciano, y que él mismo cree necesario explicar en estas últimas líneas de su carta: «Es muy difícil, dice, manejar la pluma con templanza cuando la impele un vivo y penetrante dolor, y ninguno mayor ni más agudo para un obispo que ver atropellada y ultrajada esa dignidad é invadida tan enormemente su jurisdicción, y esto por un súbdito de la misma dignidad; circunstancia que agrava más la injuria y empeña más la obligación á propulsarla con vigor.»

La contestación dada á tan tremenda carta por Cienfuegos, sorprende por el tono de respetuosa sumisión y de sinceridad en que está concebida. Se lamenta en ella de que el obispo no le hubiera hecho antes las advertencias que hubiera estimado oportunas, asegurando que él había creído ocupar legítimamente su puesto; reconoce haberse excedido en el ejercicio de sus facultades, y excusa este exceso con las exigencias de las circunstancias por que atravesó, y especialmente con la necesidad de complacer al Supremo Gobierno, y termina defendiéndose del cargo de orgulloso y ambicioso con calor y sencillez; uno se siente movido á perdonarle sus numerosas faltas en gracia á su no maleado corazón.

Pero la inteligencia entre Cienfuegos y Rodríguez era imposible; el obispo se negó a reconocer y declarar como delegado suyo al gobernador del obispado, y finalmente, hizo éste en 1.º de diciembre de 1825, ante la junta que entonces gobernaba en lugar de Freire la renuncia «del

gobierno de este obispado, dice el oficio, que por nominación de V. E. se depositó en mi persona.

La renuncia fué aceptada; y el gobierno, por decreto de 5 de diciembre, ordenaba al obispo nombrar á don Diego Antonio Elizondo para el gobierno de la diócesis. El obispo comunicó á Elizondo su nombramiento; pero siempre dejando establecido que el nombramiento no lo hacía él sino el gobierno, y que sólo le confería algunas facultades, obligado y compelido por la autoridad civil. Prevenido ya Elizondo con el ejemplo de Cienfuegos, no aceptó el nombramiento en esa forma, é inútilmente insistió en que se le extendiera en forma regular y legítima, y también fueron tan inútiles como absurdas las reiteradas amenazas con que el gobierno pretendió obligar al señor Rodríguez á declarar que hacía el nombramiento por su libre y espontánea voluntad. El obispo se mantuvo en su constante negativa; hacía presente que lo que se le pedía era una abdicación, y él no podía ni quería despojarse del sagrado carácter que investía. ¿Cómo puedo yo, decía al señor Elizondo, en nota de 12 de diciembre, haber abandonado por mi arbitrio y voluntad unos intereses sagrados de que soy el custodio y dispensador; unos derechos de que soy responsable á Dios, á la Iglesia y á mi conciencia?... «Pero es el caso que Ud. quiere ser un gobernador absoluto, independiente del obispo, y esto no puede ser sin un trastorno de ideas y de principios que produciría escándalos horribles dentro del santuario.» Poco después, dirigiéndose al ministro de Estado, decía: la jurisdicción espiritual «la he recibido inmediatamente de Dios para gobierno de mi Iglesia; *Spiritus Sanctus posuit vos Episcopos regere Ecclesiam Dei*; y ninguna potestad del mundo puede qui-

tármela. «... «Mi grey, añadía más adelante, debe, quiere y desea ser gobernada por su legítimo pastor y no por mercenarios á quienes no pertenece el cuidado del rebaño: *quia mercenarii sunt et non pertinet ad eos de ovibus.*»

NICOLÁS GONZÁLEZ ERRÁZURIZ

(Continuará)

DISCURSO SOBRE LA ROPA HECHA

Acrescentóse el apetito de los presentes viendo que, dejando de comer, don Quijote comenzó á decir: Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas empresas acometen los que al servicio de la prensa se dedican. Si no ¿cuál de los humanos habrá en el mundo que en una imprenta entrare y á los escritores trabajando viera de día como de noche, que no juzgue y crea que son ellos los que alientan el progreso de las naciones esparciendo constantemente la semilla de las nuevas ideas? ¿Quiénes son, en los tiempos que alcanzamos, los que pelean las batallas de la libertad sino aquellos que han hecho profesión de la palabra escrita? Ahora no hay que dudar sino que esta arte y ejercicio de la prensa, en que cumplen noviciado la mayor parte de los que abrazan la carrera de las letras, excede á aquellas y aquellos en que se manifiesta el amor á la literatura, y tanto más se ha de tener en estima cuanto más sinsabores acarrea.

Quítenseme de delante los que dijeren que es grata profesión la del periodista, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen y que no ven más que

lo exterior de las cosas; porque la razón que los tales suelen dar, y con que creen haber convencido á los contrarios, es que los periodistas gozan de algunas consideraciones y alcanzan favores de que pueden no sólo usar pero también abusar á su antojo y discreción, como si por el ejercicio de esto que llamamos la prensa los que á su oficio nos consagramos fuérale al hombre lícito desentenderse de las limitaciones que el honor impone, para gozar honradamente de las ventajas que la artificiosa sociedad le ofrece; ó como si el periodista, soldado de una idea, no sufriese ásperos contratiempos por su causa y más de una vez no se viese obligado, de la noche á la mañana, á renunciar los goces de contemporizar con medio mundo. Si no, dígaseme si es agradable quemarse noche á noche las pestañas para narrar hoy un escándalo, mañana una discusión y al día siguiente los detalles de un crimen, con que satisfacer la pública curiosidad, ó si es cosa de poca monta soportar las malquerencias de un conocido á quien se combate en sus ideas y cuyos designios se frustran con la noticia anticipada de ellos.

Siendo, pues, así que el oficio de la prensa trae aparejadas odiosidades sin cuento, todavía pueden sus partidarios pregonar que es grato, y en esto, de verdad, tienen razón; porque, además del placer que experimenta el alma del hidalgo caballero que lucha por sus ideas, debe suponerse que los periodistas son literatos consumados que al instinto literario aúnan el conocimiento de nuestra lengua. Y no se me arguya que algunos no lo son, que yo les contestaré que los tales no tienen de periodistas más que el desplante para escribir en un periódico.

Empero, acaece por desgracia, señores, que en la prensa, que debiera ser espejo de la cultura intelectual y modelo de elegancia y pureza literarias, afea y obscurece la buena producción una literatura de molde, sin horizontes ni colorido, que mejor que los sentimientos refleja la pobreza de dicción del escritor, una literatura especial de que no hablan los textos pero que ingeniosamente ha sido calificada de «Ropa Hecha», porque así como en la Casa Francesa vístense con pantalones del mismo corte piernas de distintas proporciones, nivélanse en algunos diarios los sentimientos del que escribe ó los grados de apreciación que un hecho produce para que tanto éstos como aquellos puedan pasar por el marco inflexible de frases de estereotipia.

Y si alguien pudiese pensar, señores, que son imaginaciones más cuanto dejo dicho, ó cuando menos que hay injusticia en mis palabras, yo le pediría, para convencerle sobradamente de su error, que parase mientes en la muerte de un sujeto que poco hizo en vida para merecer honores especiales después de ella y verá cómo luego que tiene lugar (del mismo modo que cuando fallece algún magnate distinguidísimo, llorado de corazón por todo el pueblo), la prensa se apresura á decir que *el telégrafo, en su desesperante laconismo, nos ha comunicado* (si la persona de que se trata murió en algún punto distante) *la dolorosa noticia del fallecimiento del señor don N. N.*; ó bien que *el telégrafo, en su desesperante laconismo, habrá ya comunicado al resto de la República* (si la persona murió en el punto en que se escribe) *la dolorosa noticia del fallecimiento del señor don N. N.* Cumplido este deber, *este penoso é imprescindible deber*, los diarios echan á volar, séase cual se sea la con-

dición del muerto, que *el señor don N. N. deja en la sociedad un vacío difícil de llenar; que el cariño de los suyos y los recursos de la ciencia (que en realidad acabaron con el soplo de vida que quedaba al pobre enfermo) fueron impotentes para librar su existencia de las garras de la muerte; y que nada hacía presagiar tan triste fin;* después de lo cual, cada periódico, por su cuenta y riesgo, *envía á la familia del señor don N. N. su más sentido pésame.*

Si el que dudare no fuere convencido de tales ejemplos, que brotan espontáneamente todos los días y de todas las hojas periódicas, que deseche entonces las fúnebres ideas que la muerte puede haber engendrado en su alma, y trate, en compensación, de tomar conocimiento de los sucesos teatrales. Los diarios, estos amables guías de los curiosos y de los ociosos, le contarán muy pronto que *el dió del tercer acto arrancó nutridos aplausos á la concurrencia;* que *La Africana se representó con teatro lleno,* y finalmente, como si fuese propiedad de los asuntos del teatro la de ser expresados en idioma bárbaro, que *«las noches que van corridas han sido otros tantos llenos para la empresa».*

Aseméjense todas las reuniones á las representaciones teatrales en que tienen su vocabulario especial consagrado por el uso de los malos escritores. Si se trata de una comida, la prensa dice que *durante ella reinó la mayor animación y cordialidad;* si de algún concierto se da cuenta, que *el programa se ejecutó en todas sus partes á satisfacción general;* si los atractivos de un gran sarao se enumeran, que *todo lo que la sociedad tiene de más elegante y distinguido por su posición, su fortuna ó su talento, se había dado cita en los salones del señor don*

Fulano; que los salones eran estrechos para contener á la inmensa concurrencia, y que los convidados se retiraron sumamente agradecidos á las exquisitas atenciones de los dueños de casa.

Pero el depósito en que se encuentra más abundante surtido de ropa hecha es la política; no si no echaos á recorrer, señores, las diversas secciones de un diario consagradas á comentar las noticias políticas y al pronto os saltarán á los ojos frases como *se hace necesario tomar nota de la actitud del Gobierno en las elecciones; conviene que el país tome nota de estos hechos; nos hacemos un deber de felicitar al orador; nos hacemos un honor de publicar su discurso al pie de estas líneas.*

—Diarios he visto yo—interrumpiéndole Sancho—que decían esas mismas cosas con mejores y más frescas maneras.

—No te negaré—contestó don Quijote—que diarios hay que las expresan con elegancia y brillo; sino que algunos no tienen más que un reducido repertorio de frases y de ideas y las repiten todos los días; y si quieres ejemplo, tómalo, que es de un periódico de mucha circulación y mucha repetición que tú conoces, y que, refiriéndose al jefe del gabinete, decía en cierta ocasión no muy distante: «Una renuncia de su puesto ministerial en tales circunstancias es realmente incomprendible. Sea cual fuere la apreciación que merezca su conducta ministerial, la verdad es que nadie le ha increpado ninguna inconsecuencia política y que él *se ha hecho francamente un honor de la solidaridad* que liga á la administración actual con la anterior.» Y basta, Sancho, que, según he leído en muchos libros, no es ley de caballeros

andantes alternar con sus escuderos cuando hablan con personas de noble alcurnia.

¿Qué mucho, señores,—continuó don Quijote, dirigiéndose á los presentes, que colgados se hallaban de sus labios—qué mucho, después de los casos que os he presentado, que cuando un proyecto le agrada, el periodista diga con grave solemnidad que *el proyecto del señor Diputado don Mengano corresponde á la satisfacción de una necesidad imperiosamente sentida por la opinión pública*, ó que, por el contrario, ponga la frase en pasiva cuando el dicho proyecto le desagrada?

Todas estas expresiones é infinidad de otras que no recuerdo por no pecar de prolijo, acusan falta de sinceridad en los diarios, supuesto que el fin de las letras es manifestar lo que se siente ó lo que se piensa, y supuesto también que mal puede hacerse manifestación semejante con frases frías y de antemano preparadas. Casos hay, sin embargo, en que el periodista, sin quererlo y sin poderlo remediar, tiene que acudir á la ropa hecha, como cuando en una semana debe lamentar día á día la muerte de alguna persona, ó que hacer durante mucho tiempo variaciones sobre el mismo tema, que entonces se agota la imaginación más ricamente dotada y el escritor se ve obligado á fingir lo que no siente.

Por esto, yo no culpo, señores míos, de usar tan pobre lenguaje á todos los que escriben para la prensa, ni hago escribidores de los verdaderos escritores, que eso sería injusticia tan grande como llamar poetastros á todos los poetas, matasanos á todos los médicos, charlatanes á todos los oradores, tinterillos á todos los togados y polí-tiqueros á todos los políticos, bien que mucho de esto se

encuentre en la viña de Cristo. Culpo á los que, ignorantes ó faltos de meollo, métense periodistas sin tener las aptitudes que se requiere, y empañan con sus mal concebidos garabatos el diáfano cristal de la prensa, en que, mejor que en otra parte, puede manifestarse la elegancia y riqueza de la lengua castellana.

.

LUIS COVARRUBIAS

Febrero de 1888.

CAMBIANDO IDEAS



(DIÁLOGO DE VERANO)

—¡Don Sabino!...

—¡Don Blas!...

(Grave saludo.)

—Gusto de ver á usted.

—Y yo igualmente

á usted.

—¿Viene al paseo?

—Á él acudo.

—¡Guachísss!...

(Estornudando)

—¡Salud!

—Gracias.

(Don Blas saca el pañuelo prontamente,
Con ronco són la trompetilla suena,
Como un hombre de peso hacerlo sabe,
Y lo guarda después con modo grave.)

—Podremos conversar.

—Sin duda alguna.

—Á la luz de la luna.

—Que está hermosa.

—Como que es luna llena.

—¡Bella luna!

—De charla entretenida y amistosa

Serán momentos gratos.

—Sí; muy gratos.

—Cambiaremos ideas.

—¡Qué me place!

(Con naturalidad, como quien dice:

«Cambiaremos zapatos.»)

—Hoy, ha hecho calor.

—Todavía hace.

—Ha sido día ardiente.

—Ardiente día.

—Todavía está ardiente

—Todavía.

—Si sigue el tiempo así...

—Si sigue... ¡Vamos!...

—¡Nos asamos, amigo!

—¡Nos asamos!

—Y ha de seguir así.

—Como es verano...

—El pecho me traspira.

—Á mí la frente.

—Por eso hay tanto insano.

—Tanto insano.

—Usted, don Blas, se bañará?...

—Día á día,

Don Sabino, ¿y usted?

—Mañana y tarde

En agua fría, amigo.

—¡Oh!... ¡El agua fría!...

—Detesto el agua tibia.

(Con horror; con el tono de quien sabe que bastante pasado está por ella.)

—¡La detesto, don Blas!

—Yo la abomino.

(Con más horror aún que don Sabino.)

—¡La común maldición le caiga encima!

(Á dúo con viveza.)

—Aquel que en algo su salud estima jamás moja con ella su cabeza.

—Después de un baño tibio da bastante calor la reacción.

—Y, sobre todo...

—¿Qué?...

—El baño tibio es muy debilitante..

(Como con calofríos; con el modo de quien sus muchos años rememora.

—¡Oh!... ¡La debilidad!...

(Temblequeando.)

—¡Oh! ¡La debilidad es matadora!

(Como quien un sepulcro está mirando.)

—Es preciso ser fuerte.

—Ser robusto.

—El agua fría entona

—¡Que si entona!...

—Uno se siente bien.

—No pasa susto de enfermedad.

—Se asea la persona.

—Rejuvenece el cuerpo.

—¡Ya lo creo!

(Queriendo enderezar la curvatura de la espina dorsal y la cintura.)

—Y cuando es uno ya metido en años...

(Con gran coquetería, como haciendo del jovencito.)

—¡Qué está usted diciendo!...

¡Don Blas metido en años!...

—Don Sabino,

qué quiere usted!...

—¡Bah, bah! ¿Á mí con engaños?

(Mucha zalamería.)

—Cualquiera me echaría...

—¡Cuarenta años,

no más!...

(Interrumpiendo)

Y, á fe mía,

que usted no tiene más... ¡Si es coetáneo de mi humilde persona!

(Complacido

mira don Blas á don Sabino, y éste pretende simular, aunque le cueste, que los sesenta... y pico no ha vivido.)

—Don Sabino, es usted fisonomista...

—¡Excelente!...

—¡Me admiro de su acierto!

(Con tono de falsete.)

—En cuestiones de edad soy muy experto.

—No lo engaña la vista.

—¡De cien veces no yerro, amigo, siete!

(Con énfasis al ver que su mentira don Blas acepta por verdad desnuda.)

—¿Sabe usted una cosa que me admira,

don Sabino?...

—¿Qué cosa?

—Que sin duda
usted le tiene horror al matrimonio,
ya que aun está soltero.

—¡Amigo mío!...

(Con tono de mocito picaresco.)

¡quién sabe si algún día San Antonio...

(Reticencia.)

—¡Hola! ¡hola!

(Con malicia.)

¿Se piensa un poco en ello?...

—Si es propicia

la suerte...

(Con melindres.)

—¡Hola! ¡hola!

—Pero... y usted, don Blas ¿no se ha tentado?

(Con risa retozona).

—¡Don Sabino!...

(Mirando al suelo, todo avergonzado.)

—Conque sí... ¿eh?

—¡Por Dios!...

—¿Ya está en camino?

¡Conquistador!... ¡Je... je!...

(Muy zandungero

y haciéndose gestitos á lo mono.)

—¡Me ha descubierta usted!...

—¡Viva el salero!...

¡Y usted á mí con su modito y tono!...

(Entrambos, sumamente complacidos,

se dan la mano, se sacuden recio

y, á las lides de amor apercebidos,

se apartan con mil muestras de alto aprecio.
Lejos ya uno del otro, ambos exclaman:
—¡Es muy sandio este pobre don Sabino!
—¡Este pobre don Blas es muy zopenco!
(Se detienen los dos en su camino;
se vuelven uno al otro y con la diestra,
después de aquel mandoble de lo fino,
se dan la última muestra
de lo que vale el hombre cortesano
que cambia sus ideas en verano.)

La sola idea buena que tuvieron,
la postrera, cambiarla no quisieron;
la dijo cada cual para sí mismo.
¡Qué egoísmo, señores, qué egoísmo!

ANTONIO ESPIÑEIRA

TRES TRADUCCIONES DE RICHEPIN



(DE LA MER)

I

EL CATAFALCO

En medio de la calma y las tinieblas
aspecto funeral el buque toma.
Combado, oblongo, enteramente blanco,
se extiende el puente. Luce misteriosa,
á babor y estribor, linterna opaca,
mientras abajo las corrientes lloran.

¡Catafalco! sarcófago de virgen,
con dos luces de cirios temblorosas!
Arriba un paño negro, el de los cielos...
Mas, nadie reza en las vacías bóvedas;

y al *Requiem* silencioso
yo sólo asisto entre la fría sombra.

II

LAS DOS HERMANAS

Sin rumbo, mi pupila
sube unas veces y otras veces baja...
Á babor, bajo el agua espesa y negra,
fosforescente disco se levanta.
Á estribor, en el cielo desteñado,
de ópalo un disco se alza.
¿Cuál de ellos más redondo, cuál más pálido?
Abajo es la medusa, una campana
silenciosa que mueve
de sus badajos la frondosa rama,
una sombrilla de cien pies flotantes;
arriba, con las franjas
de su difusa luz, se alza la luna.
Luna y medusa me parecen ambas:
iguales en la forma, en la dulzura,
diríanse una hermana
que á una hermana sonrío;
tanta es su semejanza,
que á la medusa entre las nubes veo
y el disco de la luna bajo el agua.

III

OCEANO NOX

Duerme el buque en el silencio
y á compás se balancea.
En la proa, un grumetillo
entona con su voz tierna
la cancioncilla monótona
que el viento, al pasar se lleva.
Del occidente lejano
en las pálidas violetas,
moribundas luces de ópalo
dulcemente se reflejan;
y sobre las olas verdes,
de la tarde ya cubiertas
por los moarés y las rosas,
en coro otras luces juegan,
como besos que acarician
mejillas blancas y frescas.
Luego, en brusco movimiento,
huyen, se borran; y quedan
sólo, en la faz del espacio
y en la sombra cenicienta,
crepusculares reflujos
de luminosa marea.
Las olas descoloridas
que mueve la brisa inquieta,
tienen del estaño viejo
el color gris y apariencia.
Álzase entonces la viuda

de la cabellera negra,
y dice:—"De mis alhajas
quiero admirar la riqueza
en ese espejo". Es la noche,
que sus cabellos arregla
y entre ellos, bajo los pliegues
de sus gasas soñolientas,
se coloca los diamantes
de sus fúlgidas estrellas.

N. TONDREAU

APUNTAIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE
EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

Don Rufino José Cuervo, en las APUNTAIONES CRÍTICAS SOBRE EL LENGUAJE BOGOTANO, que dió á luz el año de 1867, se expresa así:

«Vemos que con lamentable frecuencia se confunde á *competere* con *competir*; aquél significa *pertenecer, tocar, incumbir*; éste, *contender, rivalizar*; conjúgase el primero como *beber*, el segundo como *pedir*. Patentízanlo estos ejemplos:

—«Pondérase en el concilio la importancia de este servicio, confiérese el premio que le *compete*.

«(Saavedra Fajardo, REPÚBLICA LITERARIA).

—«Ninguno sufre á quien *compite* con él en las cualidades del ánimo.

(«Id., EMPRESAS POLÍTICAS).

—«Es tanta la beldad de su mentira
que en vano á competir con ella aspira
belleza igualdad de rostro verdadero.—

(«Lupercio L. de Arjensola, soneto: *Yo os quiero*, etc.)

—«El templo de Salomón,
 aquea fábrica antigua,
 que ni antes, ni después hubo,
 ni habrá otra que le compita.—

«(Calderón, EL PRIMER REFUGIO DEL HOMBRE).»

CONCILIATORIO

Don Andrés Bello, en un artículo publicado en EL ARAUCANO el año de 1843, empleó el adjetivo *conciliatorio*.

Léase la frase en que esa palabra se encuentra.

«El remitir esta clase de causas (las concernientes á las divergencias entre los capitanes de buques mercantes y sus marineros) á los cónsules, no es precisamente reconocer en ellos jurisdicción alguna, porque, para componerlas, les bastará en la mayor parte de los casos la autoridad extrajudicial y *conciliatoria* de que nuestras leyes y todas las del mundo civilizado las consideran revestidos.»

El mismo Bello insertó el año de 1847 en EL ARAUCANO unos artículos muy interesantes sobre la expedición que el general don Juan José Flores, con el auxilio de la reina Cristina, proyectó y preparó en España contra la república del Ecuador.

En uno de ellos, tornó á usar el adjetivo *conciliatorio*, como aparece en la siguiente frase:

«Grande es la importancia que damos á estas demostraciones de la voluntad de los americanos relativamente al asunto que ha ocupado nuestra prensa periódica desde las primeras noticias de los preparativos de Flores; y si ellas fijan la atención de los gobiernos europeos, como es natural que la fijan, su influencia en nuestros negocios

(hablamos, por supuesto, de la sola influencia aceptable, la influencia legítima, la influencia natural del poder, dirigida por ideas humanas, morales pacíficas, y ofrecida de un modo amistoso y *conciliatorio*) puede acelerar el desarrollo de nuestros elementos de civilización y prosperidad, que tanto conviene al suyo propio.»

El laborioso y erudito académico don Marcelino Menéndez Pelayo, que se esmera en la pureza del lenguaje, usa igualmente el adjetivo *conciliatorio* en su obra titulada HISTORIA DE LOS HETERODOJOS ESPAÑOLES.

En el libro 1, capítulo 3, párrafo 6, página 176, escribe esta frase:

«Clodoveo juró arrojar de la Aquitania á los herejes; y á pesar de los esfuerzos *conciliatorios* del rey de Italia Teodorico, la guerra fué declarada, y vencido y muerto Alarico en Vouglé, cerca de Poitiers.»

En el libro 5, capítulo 3, párrafo 1, página 628, escribe lo que sigue:

«La inquisición apuraba todos los medios benignos y *conciliatorios*; absolvía á los neófitos con leves penitencias y sin auto público; é inauguró el reinado de Felipe III con un nuevo y amplísimo edicto de gracia para los que abjurasen de la ley musulímica, y confesasen sus pecados.»

El DICCIONARIO de la Academia no ha autorizado hasta ahora el uso de *conciliatorio*, no obstante que esta palabra satisface una verdadera necesidad de la lengua.

La Real Academia admite sólo á *conciliador*, *conciliadora* «que concilia»; y á *conciliativo*, *conciliativa*, adjetivo que se «dice de lo que concilia»; pero *conciliatorio* significa «que tiende á conciliar ó que trata de conciliar».

CONCUBINAJE

Don Pablo de Jérica dió á la estampa el año de 1836 una obra en dos tomos titulada MISCELÁNEA INSTRUCTIVA Y ENTRETENIDA, que tuvo mucha circulación en la América española.

En el tomo I, viene un artículo sobre el CELIBATO DE LOS CLÉRIGOS; y en ese artículo, el pasaje que va á leerse:

«En el concilio de Nicea fué donde algunos padres propusieron una ley que prohibía á los obispos y á los clérigos acercarse á sus mujeres; pero el obispo de Tebas en Egipto, San Panucio, que fué después mártir, se opuso diciendo en voz alta: Que el acostarse con su mujer es castidad. La mayor parte de los padres del concilio fueron del mismo parecer entonces, y sólo se prohibió á los eclesiásticos tener en sus casas más hembras que sus mujeres, porque el *concubinaje* se había hecho común y causaba ya grandes escándalos, lo que explica muy bien la opinión de San Panucio.»

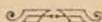
Don José Joaquín de Mora empleó la palabra *concubinaje* en la estrofa 74, parte I del poema titulado DON OPAS, que, con otros de su especie, dió á luz el año de 1840.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)



EN FRANCIA



(FRAGMENTOS INÉDITOS DEL DIARIO PRIVADO DE VIAJES DE DON
BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA)

(*Conclusión*)

19 de marzo.

Á las 9½ estábamos con Nicolás y Carlos Cerda en la estación de Saint-Lazare, á las 11 en Versalles y á la 1½ en Grignon, habiendo atravesado cinco leguas de un campo desnudo y monótono, pero agradable con el sol templado de la mañana y con la alegre compañía de mis dos amigos que ensayaban conmigo todos los tríos de la ópera de Chile, que es nuestra eterna canción. ¡Qué bella y dulce es esta libertad! ¡Cuánto más hermosa sería si gozásemos de ella en Chile!

Pasamos tres horas visitando la Escuela Agrícola de Grignon, guiados por nuestro excelente amigo Perrault, del Canadá. Había también un brasilero muy afable, de modo que estaban allí representados el polo Norte, el polo Sur y el Ecuador de la América.

Inspeccionamos primero una lechería de 50 vacas. Las suizas, de cola barrosa, eran grandes y hermosas, excelentes lecheras; una ya vieja ha dado hasta 32 litros diarios. Las francesas eran bastante regulares; y una que demostraba, según los signos de Guenan, su gran desarrollo posterior en la faja de pelo, era excelente lechera y daba 15 litros al día, que, vendidos á 2½ sueldos, producían 3 reales diarios. Había una gran cantidad de Durham, y tenían una triste apariencia, pues me parece un error destinar estos animales á la leche. Había algunas Ayr, pequeñas y bonitas, de gran desarrollo en las ubres. Las bretonas son más pequeñas, overas negras, y había cuatro de una uniformidad completa. Podría decirse de esta raza que son un término medio entre la cabra y la vaca.

Los toros de cada raza estaban al lado de las vacas, lo que no comprendo en una lechería. Los suizos y uno Durham eran espléndidos. Los terneros se tenían aparte. El alimento, casi exclusivo de betarragas de Silesia de enorme tamaño.

El gallinero, que contiene 400 gallinas, es sólo un salón bajo, con varillas atravesadas. No concibo cómo las aves de corral francesas son tan buenas con este sistema.

Los caballos son mediocres, y se alimentan de zanahorias. No hay padrones.

El servicio de los alrededores de la casa se hace con bueyes; cuatro en un gran carro.

La maquinaria es buena, y hay especialidad en Grignon para surtir el distrito. Los arados son pesados y sencillos. Hay dos máquinas de trillar con bueyes, que marchan de á cuatro, con los ojos cerrados, lo que es muy pintoresco. Se trillaba la avena en el *fléau*. Un joven

español de Navarra hacía esta operación. El tal *fléau* es un triste recurso; más valdría bailar sobre las gavillas un buen zapateo. Los rastrillos, al revés de los arados, me parecieron demasiado livianos, tanto que un burro tiraba uno, cuando en Inglaterra poníamos dos caballos. La herramienta salta así sin arañar el suelo. Había un arado para abrir pequeños canales, tubo de asfalto para el *drainage* y una máquina bastante sencilla para levantar los bueyes y herrarlos.

La ovejería es enorme, y más de 1,000 ovejas están á la vez bajo el mismo techo. El ruido de los balidos es ensordecedor, mucho más cuando los corderos de mes y medio están separados de sus madres. Son por lo general mezcla de merino y South Down.

Los chanchos se mantienen de carne de caballo. Había dos pequeños hermosísimos en engorda.

Las papas, zanahorias, betarragas, etc., se conservan en silos económicamente hechos.

La educación que se da á los jóvenes en esta escuela es excelente, según Perrault. Se levantan á las 4 y media y á las 12 son libres. Muchos se van al pequeño hotel de Grignon á beber cerveza, jugar al billar, y aun á los naipes, pero sin que en esto haya vicio sino simple pasatiempo.

El museo es bueno; hay dos hermosas alpacas disecadas, una colección geológica extensa, granos, esqueletos, modelos de herramientas, etc.

El laboratorio es pequeño é insuficiente.

Vimos una pequeña fuente de reproducción artificial de salmones. Dentro de dos años, los salmones pescados irán á la cocina del Palais Royal; y hoy no parecen más que zancudos.

Á las 5 nos despedimos de Perrault, después de tener desayuno de excelentes huevos y algunas carambolas en el billar.

Á las 8 llegábamos á París.

20 de marzo.

Con M. Gay por guía, visitamos hoy la Manufactura imperial de Sèvres.

El establecimiento está en el camino de Versailles, á media hora de París.

Nos mostraron todos los procedimientos de la fabricación de la porcelana. El *kaolin* ó tierra blanca de que se hace la porcelana, es traído de Limoges, en el centro de Francia, y mezclado en ciertas proporciones, se hace suna masa líquida con agua. Un obrero vacia esta agu obre moldes de yeso cuya porosidad capilar retiene las partículas sólidas de la masa en forma de costra; cuando ésta se seca, el objeto queda formado; se quema, se enmienda, se barniza con cuarzo puro, que es lo que da el lustre á la porcelana, y se vuelve á quemar á un calor muy subido.

Lo que constituye la especialidad de la manufactura de Sèvres es la pintura exquisita que se aplica sobre la porcelana. Hay varios distinguidos artistas ocupados en el establecimiento, y principalmente mujeres que pintan en miniatura.

En la sala de exposición de los artículos fabricados, vimos algunos cuadritos de dos ó tres figuras que valían hasta cincuenta mil francos. Los objetos de menor valor eran pequeñas tazas de café, cada una de las cuales valía cien francos. Es extraño que haya tales precios, siendo positivo que el establecimiento vende sólo al costo para

fomentar el gusto. Hay imitaciones de esta porcelana, del mismo mérito sin duda, que valen seis veces menos.

En verdad, este es un monopolio de la Corte, porque en Europa cada familia reinante tiene alguna especialidad para hacer regios regalos á sus *primos*. Nicolás de Rusia regalaba tazas de malaquita; el rey de Prusia, trozos de ámbar del Báltico; el emperador de Austria, ópalos de Hungría; la Italia, estatuas y cuadros; la Inglaterra, cachemiras de la India; y la Francia, damascos de Lyon, tapices de los Gobelinos y servicios de Sèvres.

Se fabrican aquí toda clase de objetos, desde una porcelana que se llama *muselina*, y es casi transparente, hasta sólidas mesas para el *boudoir* de alguna princesa. En el museo vimos una colección de todos los modelos adoptados desde el tiempo de Luis XV, en que se estableció la manufactura, hasta el día, en que aquel gusto ha revivido. No se cómo habrá llegado hasta los estantes de esta colección un dorado y oloroso *mate* de las monjas de Chile.

21 de marzo.

Me levanté á las 8, y hasta la 1 me ocupé en arreglar mis papeles, que quedan definitivamente encajonados para mi viaje que será en pocos días más.

Á la 3 me fuí con Nicolás Cerda á los Campos Elíseos. La tarde era de perfecto verano. Pasó la emperatriz, pálida, triste, envejecida, pero rodeada de fausto.

El mejor carruaje que había en el paseo era, sin disputa, el de nuestro ministro el almirante Blanco, con su grande escudo chileno y la estrella chilena en la escarpela de las libreas.

22 de marzo.

Fuí temprano á la Sociedad de Agricultura en busca de mi nombramiento de miembro, y á las 12 volví á casa, donde me encontré con una singular tarjeta de un M. Joseph Mendel, con este letrado escrito con lápiz:—"Je vous prie de me donner un rendez-vous pour un affaire d'ami."

La cosa es original, y aunque no sospecho de qué pueda tratarse, escribí á M. Mendel que lo esperaba mañana en casa, á las 11.

24 de marzo.

Á las 10 vino á verme el sujeto de la esquila misteriosa de anteayer.

Era un judío; hablaba como un millonario, y quería llevar la emigración á Chile: 10,000 individuos para comenzar, sólo por 400 francos de costo cada uno.

Esto me pareció sospechoso. En la tarde vi á Marcó del Pont y me dijo que el tal Mendel era un solemne bribón. En consecuencia, le escribí que era inútil que volviese á verme más.

En seguida me fuí á nuestra colonia de la Magdalena, hoy despoblada, pues los Tocornales han partido para el Oriente. Luego llegó Joaquín Fernández, colono de paso, pues mañana parte para Roma, y comimos juntos.

Á las 7 me fuí á casa, me vistí, y fuí á hacer mi visita de despedida á M. Geoffroy, quien se condujo con la mayor amabilidad, lo mismo que M. Guerin de Menneville, el eminente entomologista, á quien me presentó.

25 de marzo.

Me vestí á las 9, y á las 11 fuí á la capilla de las Tullerías con boletos que don Javier Rosales había conseguido para Nicolás Cerda y para mí.

Fuimos de los primeros en llegar. La capilla es muy sencilla: dos porteros y tres lacayos recibían á la gente. Un maestro de ceremonias nos señaló nuestro puesto en la modesta y pequeña capilla, y cuando todos los bancos estuvieron ocupados, un chambelán anunció: *L'imperatrice!*

Los cuatro soldados de los *Cent Gardes*, los más bellos soldados del ejército francés, presentaron sus carabinas á la puerta del oratorio, y el cuerpo de capellanes se adelantó á recibir el cortejo. Desfilaron una docena de chambelanes, vestidos de todos colores, y la emperatriz se adelantó saludando á los canónigos. Venía vestida de negro y con un sombrero blanco sin velo.

La emperatriz es un bello y simpático tipo de mujer: su aire pensativo, sus grandes ojos azules rasgados, dulces y melancólicos, su palidez y su cabellera rubia, revelan el origen escocés de su sangre, mientras que su delicado talle, gracioso y elegante sin ser esbelto, la mano y el pié pequeños, y la espalda redonda, que ella luce, revelan á la maga de Andalucía. Tiene lo más bello del tipo inglés: los ojos azules y la cutis pálida; y lo más gracioso de la andaluza, el pié y las manos pequeñas, y su talle torneado y libre. Es una persona simpática más que bella, amable más que majestuosa.

Es una mujer profundamente desgraciada; la tirantez absoluta de la corte que ha resucitado Luis Napoleón,

por una parte, y las conspiraciones sangrientas que se organizan contra su mando, formarán para ella una desdicha positiva, que apenas mitigarán el fausto y la adulación.

La emperatriz conserva en el trono de Francia algunas de sus amables dotes de española. Oí referir hace días en un círculo español que al presentársele su antigua amiga la duquesa de Fernán Pérez, la había ésta saludado con el título de *Sa Majesté*, pero la amable condesa de Teba la había interrumpido en español de Sevilla, diciéndole: «Nó, hijita, ni francés ni *Majesté* entre nosotros, sino el dulce *tú* de Andalucía...»

La emperatriz se detuvo un momento en la puerta de la capilla, tosió con una tos seca que revela una fuerte afección al pecho, hasta que otro chambelán anunció *L'empereur!* Entró éste y dió la mano á su mujer. Venía vestido como un coronel de infantería, con pantalón lacre y casaca azul abrochada. Un brillante estado mayor lo seguía. El emperador pasó impasible, su gran cabeza pesada, soñolientos sus ojos verdosos inescrutables. Ambos soberanos tomaron asiento y oyeron la misa con gran devoción, arrodillados la mayor parte del tiempo en cojines de terciopelo.

Después de un magnífico *Kirie eleison* en harpas angélicas y excelentes voces masculinas y femeninas, el elocuente jesuíta Ravnian, predicador ordinario del emperador, subió al púlpito é improvisó un sermón lleno de la sentimental elocuencia que caracteriza á este célebre predicador, que no tiene, sin embargo, la majestad ni la filosofía de Lacordaire, ni la vehemencia del Padre Ventura. Es una figura pálida, dulce, penitente; su voz es de un acento penetrante y delicioso.

Su tema fué el avasallamiento de las pasiones por la razón, y condenó en el centro de las Tullerías el lujo, la disipación, el orgullo; dijo que el orgullo era causa de la pérdida de la fe, porque los hombres, atribuyéndoselo todo á sí mismos, negaban á Dios el poder que sólo de él recibían; glorificó á los sabios y á los hombres pacientes; manifestó que el que se dominaba á sí mismo valía más que el dominador de pueblos; y en el corazón de París, frente al hombre de Estrasburgo y de Boulogne, anatematizó *la révolte et la vengeance!* Al concluir, dirigiéndose á Napoleón, le dijo: *Ne croyez pas, sire, que la couronne temporelle qui orne votre front vous fera digne de la couronne éternelle; mais la vertu et la justice!*

Luis Napoleón estaba enfrente del púlpito, escuchando impasible aquella plática; ni una sola impresión parecía deslizarse sobre su frente helada. Los apóstrofes de la elocuencia sagrada se estrellaban contra su rostro como el viento que se desliza por un trozo de mármol.

Este gran tirano posee, si no la grandeza moral de su misión, la máscara, al menos, inmutable y severa del papel que ha asumido. Yo le contemplaba esta vez desde cerca; lo había visto en todas partes y en todas situaciones, ya á pie seguido de un ayudante, ya manejando un veloz tilbury, ya en sus grandes trenes á la Daumont en las avenidas del Bosque de Boulogne, pero distraído entonces por el placer. Ahora, sentado en el centro de un templo, delante de un predicador que parecía su juez, este soberano de ayer tenía algo de histórico en su actitud, algo que llevaba el espíritu á las comparaciones del pasado, á la memoria de otros tiranos grandes y afortunados como él.

Yo contemplaba con toda la intensidad de mis mira-

das y de mi pensamiento aquella singular figura que nadie comprende todavía; que unos temen y otros aman. Salvador ó verdugo, su misión me parecía un arcano del destino. Sus manos se han empapado en sangre para iniciar una obra aún inconclusa; ¿quién puede absorberlo? Su vida entera ha sido una eterna osadía, una abnegación sin fin, una aspiración única que él llama la *gloria de la Francia*; ¿quién puede condenarlo?

Pequeño de talle, sus ojos rasgados y de un azul verdoso, dormidos, como acostumbrados á una eterna *rêverie*, se ven como apagados en su enorme cabeza. Interesante, pero más que feo, porque es tal vez deforme, su pesada cabeza y sus anchas espaldas descansan sobre una cintura y piernas demasiado cortas. Esto le quita todo aire de majestad; pero tiene sin duda el *no sé qué* del genio ó de la predestinación que fascina sin que lo comprendamos. La sonrisa perenne que á tantos parece siniestra, es llena de dulzura y melancolía, mientras que su frente altiva, recta y firme como una muralla de hierro, revela las dotes de su admirable energía, su previsión y su poder extraordinario de organizar las cosas y dirigir los hombres... Pero lo acabo de decir, Luis Napoleón es un sér fatídico; su misión es un arcano. Los contemporáneos lo juzgan y lo interrogan, pero su sentencia pertenece á la posteridad. ¿Será absuelto? ¿será condenado?...

Al salir, la emperatriz me dirigió un saludo, que me tocó de lleno, porque me encontraba en ese momento aislado. Yo contesté con una reverencia, hecha más á la linda mujer que á la soberana.

Salí con el alma levantada; esta misa de dos horas me pareció de un minuto.

Me dirigí después á la colonia con Carlos Cerda, á pie, y llegué primero que Nicolás y Carlos Valdés, que se vinieron en coche.

Reunidos todos, celebramos mi nombramiento de miembro de la Sociedad de Agricultura con un banquete de 100 francos en la Maison d'Or. Todo pasó con el mejor humor del mundo, y nos separamos á las 11.

28 de marzo.

Me dirigí esta mañana al cementerio del *Père-Lachaise*.

Una calle de marmolistas, de tapiceros y de floristas que tejen coronas de siemprevivas, da acceso al gran cementerio. Es costumbre de las floristas ofrecer sus ramos y coronas á los que pasan, y por una de esas delicadezas de gusto de que sólo los franceses son capaces, estas vendedoras de recuerdos fúnebres usan vestidos negros...

La primera tumba que se ofrece á la vista es la de Eloísa y Abelardo. Los bustos de los dos amantes, hechos con la piedra del Paraclito donde se refugió Eloísa, yacen reclinados el uno al lado del otro, unidos en la tumba como lo estuvieron por el amor en vida. Un jardincito rodeado de una reja está dedicado á este mudo himeneo que los siglos han consagrado en la memoria de los que aman. La tumba estaba cubierta de coronas, unas marchitas, otras frescas todavía, votos de los amantes desgraciados que vienen á pedir á estos supremos mártires de una pasión sin ventura un consuelo ó una esperanza.

Vi más allá la estatua del bravo Labedoyère, el único

soldado á quien Napoleón dijo abrazándolo: *Je vous dois l'empire!* Una figura de mujer llora sobre una modesta urna en la que hay esta inscripción: *Enlevé à tout ce qui lui était cher, le 19 août 1815*; y en la base, sobre un bajorelieve en que una madre abraza á su hijo en la cuna, este otro voto de amor: *L'amour de mon fils a pu seul me retenir à la vie*. Este hijo, á quien he conocido, es hoy un gallardo chambelán del emperador.

La tumba de Ney, la otra gran víctima de las venganzas de la monarquía, no tiene inscripción ni lápida siquiera. Las iniciales de *Miguel Ney* están diseñadas con algunas hierbas que crecen en el suelo; pero una estatua del *Bravo de los bravos* acaba de ser levantada en el mismo sitio de su inmolación, tras de un viejo muro en el jardín del Luxemburgo; apenas caben en las cuatro faces del pedestal que lo sostienen los nombres de las campañas y victorias del más ilustre de los mariscales de Francia.

Sus compañeros de armas y de gloria, Montier, Maséna, Suchet, Macdonald, Saint Cyr, Junot, están agrupados á su derredor.

Casimiro Périer tiene un soberbio monumento coronado por su estatua, levantado por suscripción nacional. Á un lado del vasto círculo en que éste ha sido erigido, está el busto de Fourier, casi perdido entre las ortigas y malezas. Tal es la diversa suerte del genio: el que ha servido una bandera política egoísta tiene un mausoleo consagrado por la gratitud de sus parciales; el que se consagró á la humanidad no tiene sino olvido, ingratitud, calumnia, abrojos.

Benjamín Constant no posee más inscripción que su busto, tan conocido por su tipo de inglés y sus abundan-

tes bucles. Los tres hermanos Lameths tienen por símbolo tres columnas que sostienen una urna. Garnier Pagés y Armand Carrel están sepultados bajo una simple lápida, austera como el respeto que han legado sus nombres. El general Foy se ve en la actitud de arengar al pueblo, vestido con una túnica romana. La tumba del republicano Manuel tiene por epitafio aquella sublime protesta, cuando vino á la Cámara á hacerse echar á empujones de su banco: «Ayer anuncié á la Cámara que no cedería sino á la fuerza; hoy vengo á cumplir mi palabra.» *La patrie*, dice otra línea, *attend pour lui d'autres honneurs*.

Uno de los monumentos más hermosos es el del general Gobert, cayendo de su caballo mortalmente herido. El caballo tiene entre sus patas al soldado que ha derribado á su jinete. Esta afectuosa inscripción embellece la figura: «¡Jamás, oh padre mío, el enemigo tocó de tu espada sino el filo... y en la primera derrota has muerto!»

La Fontaine, Molière, Delille, Talma, Moratin, Bernardin de Saint-Pierre, Aimé-Martin, Bellini, forman un grupo bajo los árboles. ¡Cuántos pensamientos no brotan al recuerdo de tanta gloria!

Este cementerio, el más bello de Europa, está construído en una colina boscosa y accidentada al oriente de París. Ofrece, pues, sitios muy románticos, y en la cumbre de la colina, donde se alza la pirámide de la familia de Doras, se obtiene una doble vista, que domina el cementerio y París, el París de la muerte y el de la vida, dándose la mano el uno con el otro, separados sólo por la mano del sepulturero...

Vuelto á la gran capital de los vivos, me ocupé en reunir las semillas que debo llevar a Chile, y en otras

diversas diligencias y preparativos para mi próximo viaje.

31 de marzo.

He concluído de hacer en estos días todos mis aprestos de partida. Á las 4 envié mis efectos y equipajes al pasaje de la Magdalena.

Por la noche, fuimos por última vez al Vaudeville, donde se daba *La Dama de las Camelias*, por la linda Mad. Doche y Fetcher. Estuvo magníficamente representada. El contraste de la loreta en el banquete y de la moribunda enamorada, es cuanto he visto de más dramático y de mejor representado.

Á la una salimos del teatro. Una luna magnífica, iluminando los solitarios boulevares, contribuía á poetizar más las impresiones del teatro.

Es esta la última noche que pasaré en París. Mañana partimos con rumbo á Italia.

B. VICUÑA MACKENNA



LA MISIÓN DE MONSEÑOR MUZI

Y LA IGLESIA EN CHILE EN LOS PRIMEROS AÑOS DESPUÉS DE LA
INDEPENDENCIA



(Conclusión)

Tal fué el lenguaje con que el obispo Rodríguez contestó á las amenazas de destierro. Aquel heroico anciano prefirió dejarse arrancar del lecho en que sus dolencias lo tenían postrado y ser arrojado de su amada patria, antes que someter su voluntad y con ella la independencia de la Iglesia al despotismo del poder civil; legó así á sus sucesores en la silla episcopal de Santiago, un noble ejemplo de firmeza de que hasta ahora aquellos no se han apartado.

El 22 de diciembre de 1825 el gobierno, compuesto de una junta, cuyo presidente era don José Miguel Infante, decretó el destierro del obispo; y antes de que el decreto se publicara, antes de que el día venciera las tinieblas de la noche, la fuerza pública sacó del palacio al señor Rodríguez en medio del sombrío y amenazador

silencio de una inmensa multitud, porque sólo al temor de verse privados de su padre y pastor, habían acudido y llenaban la plaza de Armas. Así fué llevado el Iltmo. señor don José Santiago Rodríguez Zorrilla al destierro, en que algún tiempo después murió, cuando se preparaba para volver á su patria y á su sede, adonde lo llamó la voluntad del pueblo que al fin se sobrepuso al tiránico desgobierno liberal.

Esta vez el decreto de destierro no fué encabezado ni por la más ligera exposición de los motivos en que se fundaba; en la forma como en el fondo, no era más que un acto brutal de la arbitrariedad que no podía soportar la negativa de una conciencia honrada á faltar á su deber. Pero el ministro Campino, en una exposición en que posteriormente pretendió justificar la conducta del gobierno, para hacer revivir la acusación de realismo que tantas veces sirvió de pretexto á las persecuciones al señor Rodríguez, publicó una nota del ministro de Chile en Londres don Mariano Egaña, en la que transcribe otra del ministro colombiano en la cual se denunciaba al señor Rodríguez por el supuesto delito de estar en comunicación con Fernando VII. Con evidente mala fe, el ministro daba á entender, y los historiadores han afirmado después, que el denunció fué hecho por el señor Egaña, cuya honradez y religiosidad era de todos conocidas y respetadas. Y sin embargo, el señor Egaña, al hacer esta transcripción, en el cumplimiento estricto de su deber, á solicitud expresa del ministro colombiano, no le agrega ni el más leve comentario, ni una palabra de asentimiento. Por lo demás, atendiendo al fondo de esa comunicación, para convencerse de que ella era calumniosa, basta reproducirla. «Se me asegura, decía el mi-

nistro colombiano, que el obispo de Santiago señor don José Santiago Rodríguez Zorrilla, se ha procurado medios de comunicación con el gobierno de Fernando VII, y que dirige constantemente comunicaciones para el consejo de Indias y para el papa, *quejándose de las usurpaciones y desaire que le infiere el Vicario Apostólico, y pidiendo que se le llame á Roma y se le deje á él libre el ejercicio de sus funciones.*» Á la verdad, sería imposible haber inventado una afirmación más claramente contradicha y desmentida por los hechos. El único comprobante de la acusación de realista formulado contra el ilustre desterrado, fué un documento que, por cierto, no procedía de la autorizaba pluma del señor Egaña, y que lleva en sí el sello de la calumnia. Porque, según todo lo referido, de quien menos podía quejarse el señor Rodríguez era del señor Muzi. Este, lejos de privar de su autoridad al obispo, declaró desde el primer momento que no estaba en el caso de usar las atribuciones que al efecto investía. Ambos procedían tan de acuerdo en Chile, que sus enemigos lanzaron contra ellos idénticas acusaciones. Si el obispo Rodríguez hubiera sido desterrado por realista no se le habría llamado antes de morir á ocupar su silla episcopal, ni sus restos, trasladados en 1852 por el señor Valdivieso, descansarían en paz en la Catedral de Santiago.

En cambio, toda la amplitud de las miras del gobierno en el destierro del obispo, se reflejan en las últimas palabras de la ya citada exposición del ministro Campino; y como ellas son un timbre de gloria para el ilustre señor Rodríguez, las recordamos aquí. La última razón que el ministro dió para justificar la expulsión es que ella hacía fáciles las reformas, porque desaparecería con el obispo

«la resistencia terrible que habría podido oponer á cualquiera medida de éstas, con el partido de que él era el jefe».

Solo momentáneamente se había visto la Iglesia gobernada por su legítimo pastor; después de que la renuncia de Cienfuegos dejó abandonada la diócesis, el señor Rodríguez acudió presuroso á su puesto de labor; con su destierro cayó de nuevo la Iglesia en poder del gobierno liberal. El cabildo nombró vicario capitular al mismo don José Ignacio Cienfuegos, y éste aceptó el cargo, ó el gobierno lo mantuvo en él á pesar de que el señor Rodríguez nombró su vicario general á don José Alejo Eyzaguirre. El gobierno, previo informe de una comisión del cabildo, de la cual desgraciadamente formaba parte el señor Elizondo, declaró nulo el nombramiento del vicario general.

Si no estuviéramos alejándonos demasiado del objeto que nos habíamos propuesto, refiriríamos la manera cómo la Divina Providencia, valiéndose de la solicitud del Papa León XII y de la cordura de los chilenos, puso al fin término al anómalo estado de la Iglesia de Chile. Baste decir que por breve de 22 de diciembre de 1828, Su Sanidad instituyó al obispo de Cerán don Manuel Vicuña, vicario apostólico para la diócesis de Santiago, y que éste, llegados que fueron al poder los conservadores, tomó posesión de su puesto á principios de 1830.

Hacia la misma fecha, el gobierno conservador remedió en lo posible otro de los grandes males que, según hemos visto, hizo á la Iglesia la dominación liberal. En 14 de septiembre de 1830 el Congreso de Plenipotenciarios decretó, á solicitud de las municipalidades de Santiago y de Concepción, la devolución á los regulares de

sus bienes, exceptuados únicamente los ya enajenados con autorización de los cuerpos legislativos. «De este modo, dice el preámbulo del decreto, se llena el voto de los pueblos que desde un principio se ha emitido altamente en los términos que lo han hecho el ayuntamiento de esta capital, la intendencia y ayuntamiento de Concepción.»

«Antes de que el Congreso de Plenipotenciarios decretase la restitución de las propiedades de regulares, refiere el señor Sotomayor Valdés, averiguóse por la oficina de la caja nacional de descuentos, á cargo de la cual corría el arreglo y liquidación de dichas propiedades, que el erario se hallaba notablemente réagravado por su deuda á favor de los conventos, lo cual tenía una sencilla explicación. El producto de los predios vendidos había sido, en primer lugar, de poca monta, porque los escrúpulos religiosos habían apartado á muchos capitalistas de optar por su adquisición, deprimiendo, por tanto, su precio; y este producto había desaparecido en los consumos del Estado. Los bienes restantes, fincas, censos, etc., administrados por cuenta del gobierno, producían aún menos que bajo la administración de los regulares, y sus rentas no alcanzaban para el pago de asignaciones de congruas y demás gastos á que el erario había quedado obligado.»

Poco después de su partida de América, el señor Muzi pudo tener noticia del pobre resultado obtenido por el gobierno liberal con el decreto de 6 de septiembre de 1824, que lo había obligado á pedir sus pasaportes. El padre dominico Ramón Arce, en carta de 26 de junio de 1825, decía á don José Sallusti: «la situación de los regulares en Chile continúa en el mismo estado en que la misión la dejó. Á pesar de los repetidos decretos acordados por

la mayoría del Congreso, en que se ponían en venta los bienes de los regulares, no ha habido nadie que se haya prestado á la compra; á lo que ha contribuído en mucho la *Carta Apologética* de monseñor con su protesta de nulidad de los decretos de gobierno.»

XIX

Apreciaciones sobre la misión Muzi

Difícil sería formarse una idea precisa de los sentimientos que la opinión pública abrigó respecto de la misión Muzi, pues ni aun á los contemporáneos les habría sido posible diseñar perfectamente cuál era la opinión general respecto á los muchos problemas entonces debatidos; en ellos entraban como muy principal elemento ideas de un orden complicado y elevado que estaban lejos de la vulgarización deseable en una república, y que para todos se presentaban únicamente en una forma vaga é incierta, como necesariamente debía suceder en una organización política que apenas comenzaba á perfilarse.

La masa de la población y la mayoría de su parte ilustrada, recibió al señor Muzi como enviado del Jefe Supremo de la Iglesia, le tributó los honores y el homenaje de sumisión que le eran debidos, y se manifestó firmemente adherida á la unidad católica, cuya cabeza era representada por el Vicario Apostólico. Testigos de ello fueron el fervoroso respeto con que el señor Muzi fué acogido, la infatigable solicitud con que se recibieron las gracias espirituales de que estaba facultado para disponer, y el sentimiento universal que su partida produjo.

La adhesión de la inmensa sociedad de los fieles, fué siempre elocuente en sus manifestaciones; y los hechos posteriores han demostrado que las enseñanzas del Vicario se grabaron profunda y permanentemente en nuestra sociedad.

Tan claro debía verse entonces este hecho que, como lo asegura el señor Sallusti, el Supremo Director Freire hizo personalmente grandes esfuerzos para retener en Chile al señor Muzi, y en esos esfuerzos fué ayudado por los principales de los chilenos. Y no fué solamente en Chile donde así se manifestó la convicción general de la utilidad que había en mantener ese medio práctico de unión con el centro de la Iglesia; en Montevideo, el señor Muzi recibió de las autoridades y del pueblo premiosas exigencias en el mismo sentido. El gobierno del Perú, á cuya cabeza estaba entonces el gran Bolívar, al saber que el señor Muzi había resuelto retirarse de Chile, solicitó de él que se trasladase al Perú á prestar á la iglesia y al país los grandes bienes que de él se esperaban. Mas, sea porque esta solicitud enviada por intermedio del señor Cienfuegos, alcanzó al Vicario demasiado tarde en su viaje á Roma, sea porque no estaba facultado para acceder á ello, el hecho es que el señor Muzi dió por terminada su misión. El señor Sallusti lamenta que el señor Muzi se retirara de América, y en las primeras páginas de su obra asegura que el Vicario Apostólico de Chile recibió facultades jurisdiccionales para todas las repúblicas hispano-americanas; el hecho es innegable, pues aunque directamente no consta de documentos que conozcamos, lo demuestra el que el señor Muzi ejerció efectivamente esas facultades en la República Argentina y otros puntos; ello no significa que es-

tuviera facultado para presentarse, además del chileno, á otros gobiernos que no lo habían solicitado; al contrario, no es posible presumir que la Santa Sede, especialmente en aquellas circunstancias, se adelantara á enviar delegados especiales á países en donde no tuviera seguridad de que serían bien recibidos.

Pero de parte del público católico, la adhesión al Vicario Apostólico no podía manifestarse en actos de apoyo eficaz en sus tareas. La conciencia católica privada de oír la voz libre de sus legítimos pastores, y escandalizada por desgraciadas disidencias políticas en el alto clero, en aquellos tiempos en que apenas había pasado la tempestad de la independencia que todo lo conmovió, formulaba sólo de un modo vago sus aspiraciones, y aún se veía en la imposibilidad de enunciarlas en público.

La religión de nuestros padres rara vez encontró en la prensa periódica de aquellos tiempos digna defensa. Hasta la llegada del señor Muzi, EL OBSERVADOR ECLESIASTICO, redactado por el padre dominico Tadeo Silva, fué el único periódico que alzó la bandera de la verdad en las polémicas religiosas. En los meses que duró su publicación, no cesó de combatir con nutrida y sólida argumentación las reformas que se proyectaban; generalmente se limitó á la enseñanza y demostración de los principios, no llegando á la discusión de los hechos concretos, sino por imprescindible necesidad, y esto, siempre desde puntos de vista tan elevados y en una forma tan digna como es difícil verlo en el periodismo, y mucho más en el de aquellos tiempos en que la sátira personal, hiriente y grosera era casi la única arma de combate.

Antes de la llegada del señor Muzi, el padre Silva había muerto, y su periódico había dejado de publicarse;

y sólo algún tiempo después comenzó á ver la luz pública EL PENSADOR POLÍTICO-RELIGIOSO, redactado por otro sacerdote de la Recoleta Domínica, fray Justo Donoso, que después llegó á ser obispo de Ancud y de la Serena; en ese periódico, siguiendo las huellas de EL OBSERVADOR, no sólo se combatían los principios reformistas, sino que se echaban las bases de una verdadera organización social.

Mientras el señor Muzi estuvo en Chile, el liberalismo reformador no sólo dominaba en el gobierno sin más contrapeso que el débil freno que por algún tiempo le ponían los conservadores Egaña y Errázuriz, ó alguna voz aislada en los congresos, sino que era dueño absoluto de la prensa periódica del país, y los juicios inspirados en sus doctrinas parecían dominar en todos los ecos de la opinión pública. Así se explica que el comediante Luis Ambrosio Morante que, según don José Zapiola, hacía aplaudir en aquel tiempo en Santiago sus gracias no poco desvergonzadas é inmorales, se atreviera á ridiculizar en las tablas al señor Muzi, y provocara la risa y aún los aplausos de un público no escaso, á costa del prestigio y de la dignidad que debían rodear el desempeño de la alta y delicada misión de aquél.

Se explica también que no faltará, según el señor Salusti refiere, algún individuo que poseído de odioso fanatismo, se presentara á insultar en su propio domicilio al señor Vicario.

Con todo, como más atrás lo hemos dicho, la prensa chilena, fué reservada mientras estuvieron pendientes las negociaciones.

Después de que éstas terminaron, el liberalismo reformador, al ver estrellarse sus sueños de iglesia nacional y

de su absorción por el Estado, contra las sólidas enseñanzas esparcidas por el Vicario Apostólico con su voz y con su ejemplo, usó de todos los medios posibles para desprestigiar entre los chilenos la misión.

Nada diremos de las acusaciones lanzadas contra la persona del señor Muzi, porque si la historia, para hacer justicia, tuviera que recoger hasta esas menudas calumnias de callejuelas, perdería la nobleza y seriedad que siempre debe adornarla.

Ya hemos recordado cómo se supuso en el señor Muzi la intención de obtener para el señor Mastai el obispado de Santiago, y cuán infundada era semejante suposición.

Algún tiempo después el ministro don Joaquín Campino ideó otro sistema para desprestigiar la misión del señor Muzi: en la *Exposición* publicada en 1826 y destinada á justificar el destierro del obispo Rodríguez, al tratar de condenar la conducta de éste, necesario se hacía también infundir en el público por lo menos la duda sobre los propósitos del señor Muzi, cuyos actos estaban tan estrechamente ligados con los que en el digno obispo castigó el gobierno. Tejió con este fin una trama de suposiciones tendentes á hacer creer que la retirada del señor Muzi no fué, como éste lo aseguró, un resultado necesario de las reformas iniciadas y de las medidas tomadas por el gobierno, sino que obedeció á órdenes expresas emanadas de Roma á insinuación de Fernando VII. Estas suposiciones no sólo no descansan en el más leve fundamento, ni se adujo para comprobarla documento alguno, sino que para formularlas es necesario olvidar que la misión fué despachada contra las exigentes reclamaciones del mismo Fernando VII y en los mismos días en que aquel monarca recobraba su poder absoluto,

y que no había ni motivo ni el tiempo necesario para que la Santa Sede cambiara tan radicalmente de manera de pensar, y llegara á hacerse el juguete de las pretensiones del gobierno español ó de su ministro diplomático en Roma don Antonio Vargas y Laguna.

Otros fueron aún más lejos en sus deseos de hacer aparecer la misión Muzi como el fruto de siniestros planes. Supusieron á éste espía de la Santa Alianza. De esta indigna acusación se hizo eco en 1869 don Benjamín Vicuña Mackenna. Discutiase el proyecto de dar una subvención á los obispos chilenos para que pudieran concurrir al Concilio Vaticano. Como el diputado-historiador hubiera vertido algunos errores sobre la misión Muzi, el señor don Enrique Tocornal le contestó con los documentos en la mano. El señor Vicuña, al replicarle, lleno de satisfacción, exclamaba: «Su señoría no ha visto sino la superficie. Los arcanos los traigo yo conmigo;» y entraba en seguida á sostener su tesis de que el señor Muzi «era un espía de la Santa Alianza, *por lo que se le hizo salir del país más que de prisa*». Desgraciadamente, el haber convenido los diputados en dar por terminado el debate pendiente, impidió al señor Tocornal contestar á tan estupenda tesis y refutarla. Y no fué ella la única inconcebible aberración en que el señor Vicuña incurrió; afirmó también que el señor Muzi había ayudado al gobierno en el despojo de los conventos. «Pasaron algunos meses, dijo, el Nuncio estaba ocupadísimo confirmando criaturas, secularizando frailes y *dando la mano al gobierno* de este modo en el despojo que cometía con los regulares.» Como muestra de la lógica y del criterio histórico del señor Vicuña, bastan, sin duda, las dos proposiciones trascritas, cuya refuta-

ción, para quien tenga ligera idea de los documentos á que nos hemos referido, es absolutamente innecesaria. Para comprobar sus afirmaciones, el señor Vicuña no adujo entonces una sola prueba directa, sino solo fantásticas inducciones, cuyo análisis no puede detenernos un momento. Y sin embargo, hablaba con tal convicción que preguntaba: «¿Se alegará la disculpa acomodaticia de que el Nuncio salió de Chile porque así lo pidió al Papa el ministro de España Vargas?» De modo, pues, que el señor Vicuña Mackenna, para presentar la falsa narración que ideó, necesitó desmentir las citadas suposiciones del ministro Campino; siempre los errores se destruyen unos á otros. Los hombres que, guiados por torcidos móviles, pretenden apartar á una sociedad del conocimiento de la verdad, no trepidan en destruir el error que de las inteligencias se ha apoderado, á trueque de infundirles otro error que pueda presentarse como más verosímil ó servir mejor á sus propósitos.

Todos esos esfuerzos para tergiversar ú oscurecer los hechos relativos á la misión Muzi, sólo una cosa prueban. Los liberales de aquellos tiempos, imbuídos quizás inconscientemente en las ideas jansenistas que tan en boga estuvieron en Europa, acariciaron el proyecto, vago tal vez, de adueñarse del gobierno de la Iglesia chilena, independizándola de Roma. Y ellos comprendían muy bien que la venida del Vicario Apostólico y el tributo de honor y de sumisión que la sociedad le rindió, significaba la unión indestructible de la América á Roma; después de las lecciones dadas á nombre del Vicario de Jesucristo, no podían ya pretender que los católicos fueran engañados respecto á los planes de reforma; no podían contar, ni contaron con la buena fe de la

ignorancia. Trataron entonces de hacer que la mala fe conquistara con todas esas invenciones sobre el señor Muzi el campo perdido en la opinión pública. Pero todo fué inútil. La adhesión de los católicos fué firme y duradera; y aunque entonces la falta de disciplina y de preparación política y los otros motivos ya indicados, mantenían á los conservadores en estado de desorganización, y la fe en aparente sopor, con todo, poco debía tardar ésta en triunfar y en hacerse respetar.

La circunstancia de que el señor Muzi se viera privado del eficaz auxilio que en sus graves tareas hubiera podido prestarle un partido católico organizado y militante, pone de relieve la entereza de alma que distinguió al Vicario Apostólico; porque aún echando de menos la cooperación ardiente de una sociedad cristiana, aún sintiendo á veces á su alrededor el vacío y la indiferencia, supo mantener constantemente en alto la bandera de la fe católica y defender sin olvidar ni por un momento en nada los sagrados intereses que le habían sido confiados, y por los cuales, cúpole en suerte combatir en las más desventajosas circunstancias contra los ataques más rudos que jamás esos intereses hayan sufrido en Chile.

Mientras por algunos meses se prolongó su resistencia altiva é intransigente con el mal, sin duda no se imaginaria que algunos años más tarde los acontecimientos dirigidos por la Divina Providencia iban á dar los resultados á que él aspiró; no se imaginaria que el pueblo chileno enseñado por amarga experiencia y poderosamente agrupado al rededor del más grande de sus hombres para reconquistar su libertad, su bienestar y su grandeza perdidos en manos del pipiolismo, había de

hacer triunfar en las urnas electorales y en los campos de batalla, los mismos principios á que, como vicario del Jefe de la Iglesia, consagró el señor Muzi sus esfuerzos, y había de restituír á ésta los bienes y la tranquilidad que á pesar de sus enérgicas protestas le había sido arrebatada. Pero quizás llegaría después á sus oídos la noticia de los triunfos que esos principios é intereses alcanzaron en 1829, y pudo con ella gozar de noble satisfacción; porque esos triunfos fueron irrefutable prueba del acierto del señor Muzi al negarse á doblegar jamás su voluntad á las pretensiones del gobierno chileno.

Estamos, pues, muy lejos de creer que la falta de éxito inmediato en los trabajos de aquella misión, la prive de grande interés para la historia, ni disminuya su importancia en el desenvolvimiento del país; al contrario, creemos que los hechos posteriores han demostrado que los esfuerzos del señor Muzi, al parecer reducidos á la impotencia por la impiedad del gobierno, fueron los más fecundos que es dable imaginar..

NICOLÁS GONZÁLEZ ERRÁZURIZ

LA
LITERATURA EN CENTRO-AMÉRICA

Muy pocas obras hay que puedan dar á conocer siquiera sea con alguna variedad de datos la producción intelectual de Centro-América. Juarros, el historiador, apenas si habla de los escritores de su tiempo; Montúfar se circunscribe en su larguísima *Reseña*, á la política y á la vida social; Uriarte, en su *Galería Poética* no hizo sino una compilación mal ordenada y peor impresa; y exceptuando la obra de Mayorga Rivas sobre los poetas del Salvador, no hay casi libros que den una idea bastante clara del asunto.

Félix Medina intentó coleccionar las producciones de los poetas nicaragüenses, y creemos que Pío Víquez las de los de Costa-Rica. El primero desmayó desalentado. Del segundo, no tenemos noticia de que haya llevado á cabo su tarea.

Mr. Paul Lévy, viajero francés, en su *Geografía de Nicaragua*, al hablar del adelantamiento intelectual de los nicaragüenses, se ocupa en él sin conocimiento y muy á la ligera. Apenas si cita versos mediocres de Carmen

Díaz, quien, si fuese conocido únicamente por su *Yo pienso en ti* y su *Elegía*, no mereciera el puesto de grande y bravo poeta que sus muchas buenas producciones le han conquistado.

En la *América Poética* de José Domingo Cortés, no figura ningún centro-americano, y en otras varias antologías americanas se han omitido nombres harto gloriosos. Bastará con citar á Batres Montúfar y á los hermanos Dieguez, tres fuertes lirás.

Dos nuevas colecciones de obras poéticas americanas se preparan, una en Bogotá dirigida por don Lázaro María Pérez y otra en Buenos Aires, por un literato argentino según noticias que hemos recibido en carta del poeta Obligado. Ojalá se subsanen aquellas lamentables omisiones.

Los artículos que hoy comenzamos á publicar en la REVISTA serán una ligera reseña de la vida literaria en Centro-América.

I

Á los comienzos de este siglo, cuando aún el poder español gobernaba en todo Centro-América, Guatemala era el foco de la ilustración y del progreso en aquellos países. No sólo ostentaba la capitanía general, sino una universidad que sólo tenía como rival á la entonces nombrada de León, en Nicaragua, donde ciencias sagradas y profanas se enseñaban como en la misma patria española.

De León salió Miguel Larreinaga, que comenzó por ambicioso y acabó por sabio. Larreinaga fue á Guatemala con ese anhelo de los que buscan buen aire para sus

pulmones sedientos ó para sus alas abiertas. En Guatemala había aparecido Valle, un hombre de vastas concepciones, amigo de Jeremías Bentham, con quien se carteaba muy á menudo y quien le envió poco antes de morir un mechón de sus cabellos y un anillo de oro, brillante como el estilo de José Cecilio. También lucía entonces José Francisco Barrundía, no como escritor al modo de Larreinaga ni por lo profundo de la sabiduría como Valle. Era orador robusto y vibrante, con palabras vencedoras que sacaba á lucir como hachas doradas, con argumentos vigorosos, con el relampagueo del hablar inimitable de los tribunos elocuentes.

¿Quién más? Estaba Irisarri, cuyo nombre es en Chile glorioso quizá más que en la tierra que vió nacer á aquel ingenio.

EL CENTRO-AMERICANO, si mi memoria me es fiel, se llamaba el periódico en que esos hombres daban luz al pueblo en los principios del siglo.

Ahí fué donde Irisarri empezó á tratar las cuestiones sociales y literarias, que más tarde desenvolviera en escritos más extensos y famosos; ahí el viejo Larreinaga expuso su célebre teoría sobre el origen del fuego central de la tierra, teoría en que se ocupó la REVISTA DE EDIMBURGO; ahí Valle enseñó en las pequeñas hojas de un periódico, lecciones que valían por muchos grandes libros.

La imprenta estaba entonces en sus principios por aquellos lugares. Desde la publicación del primer libro centro-americano, un *Tratado sobre el cultivo del añil*, impreso con tinta azul, hasta la fecha á que nos referimos, pocos eran los adelantos tipográficos. No sabemos si después de Guatemala las otras secciones tuviesen imprentas

á la sazón, ni quiénes fueron los antecesores de Justo Hernández y Nicolás Aguado en Nicaragua.

En Méjico se imprimían algunas poquísimas obras de los guatemaltecos, y creemos que cuando don fray Matías Córdoba, el poeta, publicó su libro científico en latín, lo hizo por prensas mejicanas. Don fray Matías fué un poeta que floreció á fines del siglo pasado. Dado á la escolástica y á las cuestiones científicas, dilucidaba sobre los asuntos filosóficos y sabía botánica. Pero, sobre todo, era un excelente poeta. Los Ambrosios y los Baslios tenían en aquella cabeza entrada al par con los Horacios y Lucrecios.

Sabía latín como un romano de los buenos tiempos, y en fuentes latinas bebía el agua clara de su sabrosa poesía, la frescura de aquellos versos suyos, las maravillas de *La tentativa del león y el éxito de su empresa*.

Era un versificador clásico y fino, correcto y pulcro. Su estrofa es liviana y bella; y el frey sabía lo que se hacía cuando llamaba á las musas, con perdón del hábito y de la capucha, á las musas griegas, hermosas, fragantes é inspiradoras.

Á fray Matías, á Irisarri, al sabio Valle, á Larreina-ga, á Goyena, á José Milla, dedicaron últimamente los escritores y artistas guatemaltecos una gran velada lírico-literaria. El discurso del notable escritor Fernando Cruz es una obra excelente y se ha publicado en EL CORREO DE PARÍS.

Bien está que se recuerde así á esos hombres gloriosos.

José Milla fué un escritor posterior á la independencia de Centro-América, que, como se sabe, se realizó en el año de 1821.

Milla era un gran novelista de costumbres, quizá y sin quizá, el único verdadero novelista que ha tenido la América Central y uno de los muy pocos de que los latino-americanos podemos enorgullecernos.

No existía, cuando Milla escribió, la novela realista, ni esa que se ha dado en llamar de trascendencia. Lo que él seguía en sus muchas obras era la novela vieja española, el estilo chispeante y rico de los noveladores de la buena edad de nuestras letras.

Era fecundo, como casi no ha habido allá otro, y su fecundidad era siempre causa de nuevas obras plausibles y excelentes. *La hija del adelantado* es novela que los aficionados chilenos, no digo los letrados, deben de conocer. Aquel eximio narrador salvó las fronteras de su patria, y su nombre es uno de los pocos que han volado fuera de aquellas tierras, donde si hay flores hermosas que admirar, hay también zarzales que aprisionan y martirizan á los que tienen alas.

Antes de que brillara José Milla (de quien es bueno advertir que era y es más conocido por su anagrama, *Salomé Gil*, que por su propio nombre) había aparecido para regocijo de las letras castellanas el insigne contador en verso, el poeta satírico José Batres y Montúfar.

Batres fué imitador de Casti, y sus principales obras fueron escritas con esa tinta simpática que trae risa á los labios de los lectores.

Antes de que don Andres Bello escribiera su *Proscrito* y que don José Joaquín de Mora publicase su *Don Opas*, ya Batres había concebido y derramado en el molde de sus octavas graciosas y frescas, el pensamiento capitalde su *Reloj* y de sus *Falsas apariencias*.

Son estos dos poemitas dos joyeles de la literatura

americana, y me complazco en recordar que Menéndez Pelayo los estimó en cuanto valen cuando llegaron á su vista y conocimiento. Batres Montúfar jugaba con la rima como un prestidigitador con un naípe, como un malabar con sus cuchillos acerados. Hacía las más raras combinaciones, y esto sin abandonar el metro clásico de la octava real.

Por lo que respecta á la invención, tomaba siempre el poeta asuntos de la época colonial, y su conocimiento de esos detalles de la historia patria, le hacía salir airoso en sus propósitos. Era, además, puro en el decir, y tal hablaba, que hubiese parecido un rimador de la edad de oro de la lengua. Estudió é imitó, es innegable, al autor de *Los animales parlantes*; pero le mejoró en lo de exponer lo picante bajo la capa sedosa de lo pulcro. Las octavas de Batres Montúfar ríen solas. Ya se miran, al leerle, las pelucas empolvadas de los nobles de Santiago de los caballeros, las damas con sus trajes á la española, y las cabalgadas de los días de alegría y jolgorio. Narra en el verso ligero con tanta gracia como soltura; y hay que ver esos rosarios de consonantes que parecen imposibles y que fáciles triunfan. Con el nombre de Batres se ufanaría cualquier parnaso.

Al propio tiempo que este ingenio, era motivo de aplauso y alegría otra musa juguetona de la ciudad de Guatemala. Nos referimos á María Josefa García Granados. Su apellido es uno de los más conocidos desde los tiempos de la colonia. Sus versos son casi ignorados fuera de su país. Fué esta poetisa de carácter hombruno y talento audaz. Dicen que era gran improvisadora, y que gustaba de los asuntos libres para sus versos, que se inmiscuía en la política y que echaba letrillas y glosas

por su pluma, que daban escozor á los gobernadores y encendían las mejillas de las damas que en ellas ponían los ojos.

Fué amiga de Batres, y aun hay quienes recuerden en Guatemala composiciones que ambos se dirigían. María Josefa García Granados, ha sido la mujer de más ingenio que haya producido Centro América.

Honduras tiene como envanecerse, habiendo sido la cuna del Padre Reyes, también poeta.

Este es el poeta sencillo, aunque á veces volara lleno de las audacias de una inspiración soberbia. Sus principales producciones fueron escritas para ser representadas ó cantadas. Á veces autos sacramentales, á veces pastorelas y villancicos. Aún en los pueblos que conservan sabor de lo pasado se representan las segundas en las noches de pascua. Hacía sus versos el padre para ser entendidos por los rústicos, y, en verdad, que hay en todos perfume de égloga, dulzura de miel de abeja. Habla el pastor, el que tiene fe, el que lleva regalos al niño Jesús al establo; y ahí se dice de la estrella que guía, del dios tierno, del buey que echa su vaho para calentar al recién nacido, y de la madre santa que tiene en los ojos luz celeste y en la frente pureza inmaculada.

El padre Reyes se inspiraba de veras en las escrituras; y en el gran Verbo de la Biblia, enigma y grandeza, hallaba la claridad de sus conceptos y la humildad mansa de su musa creyente y desprovista de gala y pompa.

Los hermanos Dieguez llenaban con sus versos poco tiempo después del padre Reyes, si mal no recuerdo, el gusto guatemalteco. Juan y Manuel eran dos poetas de grande inspiración, y si el uno era más artista, el otro era más sentimental. Manuel Dieguez era delicado y elegan-

te, conocía los resortes de la buena versificación y parecía pulir sus poesías como un escultor sus estatuas, dejándolas exentas de toda mancha ó aspereza.

En cambio, su hermano Juan era poeta que se iba más á lo hondo, y tocaba el alma y sentía lo que le brotaba por el pico de la pluma. El primero escribió su bella *Garza*, que empieza:

¡Oh tú, de la onda immaculado lirio,
melancólica reina del estanque,
tan silenciosa, tan inmoble y limpia
cual si te hubiesen cincelado en jaspe!

Y el segundo escribió sus letrillas sentidas, y supo cantar con una dulce tristeza aquello que no dejarán de recordar los que lo hayan leído, del *Fuego que se torna en ceniza*.

Los hermanos Dieguez vivieron juntos la vida del arte, al modo de los Goncourt, de los Daudet, de los Arteaga Alemparte. Ambos á dos tenían el fuego sagrado, ambos á dos sentían las vastas ansias de los hombres superiores.

Contemporáneo de ellos fué don Ignacio Gómez, salvadoreño, literato poderoso, gran conocedor de lenguas y poeta de no escaso numen. Tenía Gómez el dón de la universalidad, y se complacía en tratar todos los asuntos que le venían en deseo. Traductor excelentísimo, vertió al castellano versos alemanes de Gœthe, italianos de Leopardi, franceses de Lamartine, ingleses de Byron y de Gray. Creemos que una de las mejores traducciones que hay en nuestro idioma, de la elegía de este último *En un cementerio campestre*, es la de Gómez, y la colocamos sobre la versión de Vedia. En los versos

suyos propios no demostraba inspiración Ignacio Gómez, sí conocimientos clásicos y arte intachable. Era aficionado á la poesía pastoril, á tal punto que la conocidísima sociedad literaria de los Arcades de Roma (á la cual pertenece su santidad el Papa) le acogió en su seno, dándole el nombre de Clitauro Itascense.

Si no nos equivocamos, Gómez llegó á Chile de ministro de la república de Honduras hace mucho tiempo, y en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD se puede encontrar una memoria suya ó discurso sobre letras.

En Nicaragua surgían por aquel entonces letrados de poco valer, de los cuales casi nada digno de atención se conserva. Don José Cortés y el señor Núñez eran poetas populares y afamados, aunque no sino versificadores decadentes y pobres, casi vulgares, y cultivadores de un género que no vacilamos al calificarlo en chileno de *siútico*, el género desgarbado y estéril de los juegos de ingenio, de los logogrifos chinescos, de las charadas, acrósticos, glosas y tonadillas.

RUBÉN DARÍO

LA PRINCESA DE ABISINIA

—Me muero por las morenas. De las rubias no digo nada; si no me gustasen, merecería ser quemado en la plaza pública y paseado á lomo de mula, con un sambenito al cuerpo, por los familiares de la Santa Inquisición. Si veo una trigüeña, entonces...

—¿Qué?

—Ese «entonces» necesita más explicaciones que el Código Civil. Recuerdo haber conocido á una mujer de ese color, que valía por muchísimas mujeres. Debo confesar que, antes de verla, no sabía cómo eran las trigüeñas. Voy á contarte mis amores con una princesa de Abisinia.

Al decir estas palabras, mi amigo, un ex-secretario de la legación de Chile en Gran Bretaña, aspiró su puro, y dejó escapar una gran nube azulada que formó círculos, hasta perderse lentamente. Yo me acomodé en la silla tomando esa postura especial que cada uno tiene para escuchar la narración que le interesa.

—Cuando llegué á París—me dijo—supe casualmente la llegada de mi primo Carlos, y como las buenas noticias casi nunca vienen solas, me agregaron que se había di-

rijido á Lyon para arreglar varios asuntos y que se hallaba mal. Tú no sabes lo que es caer enfermo en un país extranjero, conociendo apenas el idioma nacional y sin tener quién nos socorra. Esta noticia, los deseos que tenía de ver al primo y conocer al mismo tiempo la ciudad de Lyon, me hicieron matar todos esos pájaros de una sola pedrada. Mis sentimientos caritativamente egoístas, si me es permitido hablar así, me condujeron en una mañana del mes de febrero á la estación del Mediodía.

El wagon que me tocó tenía todas las comodidades de los carros de primera clase en Europa: calentadores de agua hirviendo y lámparas para suplir la escasa luz de un día nebuloso. Había pocos pasajeros y el departamento en que yo entré estaba completamente solo. No era muy agradable, por cierto, la perspectiva de un largo viaje, sin compañero alguno, sin cruzar una palabra, sin hacer reflexiones, aun cuando más no fuere sobre el estado de la atmósfera. Recorrí ligeramente los diarios y en seguida saqué una novela con toda la lentitud posible, como tratando de engañar al tiempo. Nos demoramos en llegar á la estación vecina un espacio que me parecía interminable. Por fin, sentí un ligero ruido, se abrió la puerta del centro y penetró una señora seguida del conductor que la acompañó hasta su asiento, cerca de mí. Seguí leyendo tranquilamente, y cuando se cerró de nuevo la puerta y desapareció el conductor, levanté maquinalmente la vista.

Estaba sólo con una señora joven que por su aire parecía distinguida. Llevaba una larga capa, indispensable contra el frío, adornada con pieles de zibelina azul, la gran moda de entonces. El adorno sólo debía costar un dineral. Su traje de lana oscura, cubierto casi entera-

mente por la capa, era sencillo y de buen gusto, con ese corte esencialmente parisiense. Con el descuido y el movimiento natural del viaje, se subió un tanto el vestido y dí gracias á Dios de haber podido contemplar el pie más mono del mundo, fino, delgado, elegante, exquisito, por decirlo todo de una vez; de esos pies que sólo se ven de tarde en tarde, y que valen por toda una genealogía. Llevaba sobre la cabeza una gorrita de pieles y un espeso velo cubría su rostro. Los dioses inmortales saben que en aquella ocasión maldije al inventor ó la inventora de los velos.

La encantadora desconocida, porque necesariamente debía de ser encantadora esa mujer que vista á medias encantaba, abrió suavemente un *necessary* de cuero ruso y sacó una novela.

Todo esto pasaba en un segundo, de manera que cuando el tren volvía á continuar su marcha, yo conocía al enemigo.

Sólo entonces pudimos notar que una ventana había quedado algo entreabierta. Y la niña, desplegando por primera vez los labios, me dijo esta frase en abominable francés:

—*Mossié, veuillez fermer la chose par où entre le vent.*

Casi reventé de risa, por dentro, y con la seriedad más grande, y sin la manifestación más leve de lo que interiormente sentía, cerré el vidrio y volví á mi lugar.

La niña, al instante, me dió las gracias saludándome, y como para recompensarme, se quitó el velo. Había comprendido con ese tacto particular de las mujeres que no se encontraba con una persona vulgar. Si yo me hubiera reído no hubiera visto...

Una fisonomía ovalada de color trigueño, pálida;

boca pequeña de color de fresa, de esas fresas deliciosas con que se hacen las *marquesas de champagne*; nariz aguileña y fina, muy fina; frente satinada y pura. Todo ese rostro se hallaba iluminado por una sonrisa y por unos ojos negros inmensos, velados por pestañas infinitas; una mirada que valía el canto de la Patti, el violín de Paganini, una sonata de Beethoven, las marchas de Chopin.

Amigo, daría cien libras esterlinas por encontrarme de nuevo sólo y frente á frente á esa mujer.

Á los pocos instantes ya éramos amigos. Yo no había pasado de la página 15 de mi novela, justamente la página que leía cuando ella entró.

La desconocida también llevaba su novela, como dije hace un momento, pero debía de ser novela inglesa con gran moralidad, virtud triunfante y vicio castigado, á juzgar por lo que se aburría la lectora. Las mujeres son así, les gusta un poquito el vicio, un poquito... nada más.

Contuvo un bostezo, miró por breves instantes el paisaje cubierto de nieve y de monotonía y en seguida me miró.

Y ¿qué hacía mientras tanto el humilde servidor de ustedes?

Reuní todo mi valor, cerré los ojos, ó más bien dicho los abrí y me lancé, como el héroe mitológico, al Averno.

La niña hablaba muy mal el francés, lo que no impedía que fuera encantadora.

—He creído, por su acento, que usted es extranjera —le dije— y me parece que no ando equivocado.

—Sí, señor, soy extranjera.

—Se conoce únicamente por el lenguaje; que si nó, cualquiera diría que era usted la más parisiense de París.

Ella contestó con una sonrisa negativa y yo continué:

—Es una verdadera felicidad para mí saber que usted es extranjera; yo también lo soy y podemos unirnos contra los franceses, enemigos comunes de nuestros bolsillos. Usted lo sabe, la unión hace la fuerza.

—Usted parece americano—dijo ella con cierta timidez.

—En efecto, señora. Soy hijo único de uno de los principales caciques de Chile.

—¿En Chile hay caciques?—preguntó con una sonrisa maliciosamente ingenua.

—Sí, señora. Hay cuatro caciques que gobiernan alternativamente y por cinco años la República. Es un país asombroso: hay por allá bosques de palmeras, de plátanos y de bambúes. En la plaza de armas de Santiago hay quinientos naranjos que casi tocan la punta de la torre de nuestra catedral.

—Será muy baja esa torre...

—Al contrario, es muy alta.

—¿Hay muchas fieras en su país?—preguntó la desconocida clavándome unos ojos inmensos, irresistibles y llenos de curiosidad.

¿Cómo responderle que el más temible de nuestros animales es el gato?

—Así, así...—agregué—En los bosques del sur hay leones, tigres y panteras, pero en Santiago sólo tenemos los caimanes del Mapocho que son, verdaderamente, dignos de vencer á un Napoleón. Pocos días antes de que yo partiera devoraron á un cochero de posta que daba de beber á sus caballos.

—¿Completamente?

—Sólo quedaron los zapatos que había dejado prudentemente en el interior del coche.

La desconocida, á su turno, me escuchaba con una seriedad imperturbable.

—¿Sería una imprudencia preguntarle su nacionalidad?—agregué.

—Absolutamente nó—me dijo.—Soy de Abisinia y mi padre es príncipe en esa lejana comarca.

—¡Príncipe! Pues entonces la Divina Providencia ha hecho una magnífica carambola juntando un cacique chileno y una princesa abisinia.

—Así es.

—¿Está contenta en Europa?

—Todavía no me acostumbro. Figúrese usted que en Abisinia tenía más de veinte esclavas para sólo mi persona: una me ponía las chinelas...

—¡Qué feliz!...

—Otra me hacía aire con un grande abanico de plumas de colibrí, que son, como usted sabe, muy lindos aunque muy caros... Otra...

—Probablemente se habrán resfriado sus esclavas, señora—exclamé señalándole el wagon en que sólo nosotros estábamos.

—Nó. Las dejé en Abisinia. El viaje cuesta caro y los príncipes de estos tiempos son muy económicos...

—Los caciques de Chile, al contrario, son muy derrochadores...

—En Abisinia también—me contestó—pero se derrocha conforme á las costumbres del país. Por ejemplo, cuando los brillantes están viejos, mi mamá los regala á sus sirvientas para que los usen...

La mentira era demasiado grande, pero... ¿acaso miente una mujer bonita?

No recuerdo qué otras cosas nos dijimos; sólo sé que pasé el viaje perfectamente y que la novela inglesa con moralidad quedó cerrada en su rincón.

Naturalmente, yo conduje el sitio amoroso con toda la pericia de un diplomático de primera nota. Hice más despliegue de recursos que Bismarck por la unidad de la Alemania, ó Cavour por la de Italia.

Sólo sé que al fin de la jornada salí en derrota, aunque merecía mejor suerte.

—¿Le gusta á usted el amor? le pregunté, envolviendo esta idea en frases escogidas.

—Sí, pero á cierta distancia—respondió ella con finura.

El amor era yo, naturalmente.

El tren se detuvo; estábamos en Lyon. Acompañé á la desconocida hasta su coche y nos separamos como buenos amigos. Por mi parte, me dirigí al hotel París donde se hallaba Carlos, y después del arreglo indispensable me hice conducir á su cuarto.

—Gracias—me dijo al abrazarme—por haberte acordado de tu pobre primo. Ven, Carmela, agregó dirigiéndose á una persona sentada en una parte oscura—ven.

Carmela avanzó y cuando estuvo en plena luz casi di un grito.

Era la princesa de Abisinia... chilena, por supuesto.

—Mi señora... Mi primo...

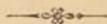
—Si ya lo conocía—dijo ella sonriendo y en excelente castellano—el señor es hijo de un cacique de Santiago y te trae de regalo una partida de caimanes del Maipo.

Yo me dí una palmada en la frente. ¡Haber hablado en mal francés durante varias horas con una mujer tan linda y que hablaba castellano como yo!

Pero, en fin, ha sido una fortuna para Carlos.

LUIS ORREGO LUCO

→ Á MARÍA ←



(EN SU ÁLBUM)

I

¡Un himno más! Mi desacorde acento
halle un eco en la voz de tu esperanza,
é impregnado en la fe del sentimiento,
con sus notas te augure venturanza.

Sí María, te augure el labio mío
lo que anhela tu edad de primavera,
esa edad que en su llanto da el rocío
que la flor de sus dichas regenera,

y que en su albor, tras de risueña cumbre,
lleva á sus horas de existir, dichosas,
la aurora de un amor, en cuya lumbre
fuego hay de anhelos y pudor de rosas.

II

Yo quiero aquí que, cual la flor su aroma,
vierta un ángel su vida en tu destino
y te asile en sus alas de paloma,
ya que oculta sus simas el camino.

Pues al cruzar, en su ansiedad secreta,
la senda cuyo término es el cielo,
ve surgir muchas veces el poeta
pechos sin fuego, espíritus de hielo.

Goces que acaso el corazón embotan,
flores que se marchitan al cogerlas,
rayos de fuego que del alma brotan
trocando á su crisol el llanto en perlas,

misterios de una vida inexplicable
mientras no hay fe que el corazón encienda;
por eso en mi deseo inmensurable
quiero á tu fe de la ilusión la venda.

III

Sólo así es bella del vivir la lucha,
y adora su ideal quien es sensible.
¡cuán bella la mujer si á su alma escucha
y ama algo etéreo, vago, indefinible!...

Oye tú el eco de esa voz que canta
entre tu sér su ingenua melodía,

y encontrarás que la ventura es tanta,
que el alma sin su aliento se ahogaría.

¡Oh! todo en ti nos diga venturanza
reflejando en tu frente lo soñado;
¡María, si es tu pecho la esperanza,
es luz tu porvenir, luz tu pasado!

R. VILLALOBOS

La Paz, Septiembre de 1881.

APUNTAIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE
EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

¡Que tenga yo un sobrino tan salvaje!
(clamó don Ojas, dando un golpe recio).
Se fija en un pueril *concubinaje*,
y mira el honor patrio con desprecio.
De príncipes amigos el ultraje
el corazón no inflama de este necio;
y se enfada por esas niñerías
que estamos viendo acá todos los días.

El mismo Mora dirigió á su amigo, el literato chileno don Ventura Blanco Encalada, una epístola que forma parte de las POESÍAS que reunió en un volumen así denominado el año de 1853.

Léense en esa epístola las siguientes estrofas:

Cuando Jorge Sand complica
los hilos que al lector tiende,
y las pasiones que enciende,
filosófico alambica,

y con elocuencia rara,
cuando describe, deslumbra,
y hasta los cielos encumbra
los afectos, ¿en qué pára
el magnífico lenguaje
y el romántico misterio?
En detestable adulterio,
y en sucio *concubinaje*.

Y no se crea que Mora, el cual no era hombre á quien la tiranía de la rima pusiera en conflictos, se vió arrasrado á emplear por la fuerza del consonante la palabra *concubinaje*.

En la estrofa 72, parte 1.^a del mismo DON OPAS, se leen los siguientes versos:

Súbito le sacó de su letargo
carta de don Julián larga y prolija,
que era un comentario tétrico y amargo
sobre el *concubinaje* de su hija.

No faltan en Chile quienes de palabra ó por escrito usen *concubinaje*.

Manifiestamente este vocablo es una traducción cruda del *concubinaje* francés.

Sin embargo, la razón mencionada no sería suficiente para rechazarlo.

Hay otros muchos que se hallan en igual categoría y que, no obstante, han merecido colocación en el DICCIONARIO de la Real Academia.

Ejemplos: *ambigú* (ambigu), *aval* (aval), *belitre* (belitre), *buró* (bureau), *desabillé* (deshabillé), *embalaje* (emballage), *petimetre* (petit maitre), *coqueta* (coquette), etc.

No tiene nada de extraño, ni de inconveniente el que

en dos lenguas derivadas del latín como el castellano y el francés, haya gran número de vocablos enteramente iguales, ó que sólo se diferencien por ligeros accidentes ortográficos.

Tengo por casualidad á la mano LA MARSELLAISE, donde se encuentran las siguientes palabras comunes á las dos lenguas: *mugir* (mujir), *feroces*, *ignobles*, *ah! cohortes*, *tristes*, *complices*, *tigres*.

Razón más poderosa, pero no decisiva, porque una misma idea ó ideas análogas pueden á menudo ser indiferentemente expresadas por dos ó más vocablos distintos, es la de que, en lugar de *concubinaje*, puede decirse en castellano *concubinato* ó *amancebamiento*.

Sin embargo, el DICCIONARIO de la Academia no ha admitido hasta ahora la palabra *concubinaje*, no por las dos razones que quedan apuntadas, las cuales por sí solas no justificarían tal omisión, sino porque, probablemente, sus doctos autores piensan que el uso de esa palabra no se halla bastante extendido.

CONCURSO

Concurso de acreedores, dice el DICCIONARIO de la Academia, es «la cesión que el deudor hace de sus bienes en manos de la justicia, ante la cual concurren los acreedores, justificando sus créditos y grado para la paga de cada uno».

Tal definición da á entender que todo concurso es promovido por el deudor.

Sin embargo, es sabido que, tanto en la legislación española, como en la de todos los pueblos civilizados, el concurso puede ser solicitado por el deudor ó por los

acreedores, ó puede ser *voluntario* y *necesario*, empleando la tecnología forense.

Por esto, me parece más exacto el modo como don José Bernardo Lira define la dicha expresión en su PRONTUARIO DE LOS JUICIOS, libro 3, título IV, capítulo V, *Parte teórica*, donde se lee que «concurso de acreedores es el juicio promovido por un deudor que tiene varios acreedores, ó por éstos para el pago de las deudas.»

CONFECCIÓN, CONFECIONAR

Don Rafael María Barait, en el DICCIONARIO DE GALICISMOS, explana acerca de *confección* y de *confeccionar* las observaciones que van á leerse:

«En cualquier boletín oficial, real orden, reglamento, discurso parlamentario ó artículo de periódico, tropeizamos hoy con *la confección de una ley, la confección de un canal, la confección de las listas electorales*, y otras *confecciones* no menos extravagantes.

«La sociedad debe estar enferma, porque todo el mundo se ha vuelto boticario.

«*Confeccionar* es en castellano *hacer confecciones*; y *confección* es *medicamento compuesto de diferentes sustancias reducidas á polvo, y mezcladas con jarabe hasta adquirir la consistencia y forma de conserva*.

«Por consiguiente, *confeccionar anuncios, noticias, periódicos, libros*, etc., que leemos ú oímos á cada paso, es buenamente hacer conserva de libros, periódicos, noticias ó anuncios; muy buena, sin duda, para algunos paladares, pero insoportable al gusto puro castellano.

«De todo tiene la culpa *confectioner*, que vale para los franceses lo que para nosotros valen *hacer, fabricar, tra-*

zar, *perjeñar*, *hilvanar*, etc., tanto en el estilo grave, como en el jocoso ó familiar. Así, en España, un sastre *hace vestidos*, un arquitecto *traza planos*, un arbitrista *discurre planes*, un maestro de obras *fabrica casas*, un gacetillero *hilvana noticias*, un periodista *escribe o perjeña un discurso*: cosas todas que los franceses, por más que quieran, no pueden hacer *fabricando*, *trazando*, *discurriendo*, *hilvanando*, *perjeñando*, *escribiendo*, etc., sino precisa y forzosamente *confeccionando*.

«Por lo que toca á *confeccionar leyes* por *hacer leyes*, *dar leyes*, *legislar*, etc., cualquiera comprenderá que es cosa aún más ridícula que las anteriores.»

Lo que Baralt expone en las líneas precedentes, manifiesta que ya en 1875 era muy general en España el uso de dar á *confección* y á *confeccionar* los significados que él reprueba.

Efectivamente, don Ramón Joaquín Domínguez, en el DICCIONARIO NACIONAL DE LA LENGUA ESPAÑOLA impreso en 1848, asigna á estas dos palabras las acepciones que se mencionan en seguida.

Confección, «fabricación, preparación, elaboración, combinación, etc.»

Confeccionar, «por extensión, disponer, preparar, combinar, etc., cualquiera cosa».

Don Andrés Bello, en el CÓDIGO CIVIL CHILENO, que se promulgó el 11 de diciembre de 1855, aplica la palabra *confección*, no sólo á las obras materiales, sino también á las intelectuales.

El epígrafe del párrafo 8, título 26, dice: «De los contratos para la *confección de una obra material*».

El inciso 1.º del artículo 1,996 se expresa como sigue: «Si el artífice suministra la materia para la *confección*

de una obra material, el contrato es de venta; pero no se perfecciona sino por la aprobación del que ordenó la obra. »

Si Bello en los ejemplos precedentes aplica la palabra *confección* á las *obras materiales*, hace otro tanto en los artículos 1,253 y 1,256 respecto á las intelectuales.

Léanse esos artículos.

«*Artículo 1,253.* En la *confección* del inventario se observará lo prevenido para el de los tutores y curadores en los artículos 382 y siguientes, y lo que en el Código de Enjuiciamiento se prescribe para los inventarios solemnes. »

«*Artículo 1,256.* El heredero que en la *confección* de inventario omitiere de mala fe hacer mención de cualquiera parte de los bienes, por pequeña que sea, ó supusiere deudas que no existen, no gozará del beneficio de inventario. »

En el tomo IX de las OBRAS COMPLETAS de Bello, página 475, se encuentra una memoria titulada VALOR DE UN TESTAMENTO OTORGADO ANTES DE LA PROMULGACIÓN DEL CÓDIGO CIVIL, en la cual (página 483) torna á emplear *confección del testamento*.

La Real Academia Española, en la undécima edición del DICCIONARIO, que apareció el año de 1869, modificó los artículos destinados á *confección* y á *confeccionar*, admitiendo una de las acepciones reprobadas por Baralt á pesar del uso general que él mismo reconoce.

Hé aquí la nueva redacción que la Academia dió á esos dos artículos.

Confección, «el acto y efecto de confeccionar.—*Farmacía*. Medicamento de consistencia blanda, compuesto

de varios polvos, casi siempre de naturaleza vegetal con cierta cantidad de jarabe ó miel».

La segunda de estas acepciones era la única anteriormente autorizada.

Confeccionar, «hacer, preparar, componer, acabar, sobre todo tratándose de obras materiales.—*Farmacia*. Preparar confecciones, electuarios ú otros medicamentos compuestos».

La segunda de estas acepciones era la única anteriormente autorizada.

Resulta que la Academia en 1869 aprobó el que *confección* y *confeccionar* se aplicasen, no sólo á ciertas preparaciones de la farmacia, como Baralt lo quiere, sino á obras materiales á intelectuales de otra especie, aunque advirtiendo que sobre todo podía aplicarse á las obras materiales.

En la duodécima edición de 1884 ha conservado sin variación el artículo destinado á *confección*.

Por lo que toca al de *confeccionar*, le ha dado la redacción que va á leerse:

Confeccionar, «hacer, preparar, componer, acabar, tratándose de obras materiales. Es acepción de uso reciente.—*Farmacia*. Hacer confecciones, preparar, según arte, los medicamentos».

Se ve que la Academia declara terminantemente que *confección* y *confeccionar* sólo pueden aplicarse á los medicamentos y á las obras materiales.

¿Por qué no igualmente á las intelectuales?

¿Por qué no ha de poder decirse la *confección de un testamento* el *de un inventario*?

El sustantivo *confección*, entre otras acepciones, tiene

en francés la de «hechura, corte, manera, disposición buena ó mala de vestido y el trabajo que cuesta el *confeccionarle*»; y la de «taller, oficina, local en que se trabaja de sastren».

El verbo *confectionner*, entre otras acepciones, tiene en francés la de «cortar, disponer, coser y dar completo un vestido, un traje y también el calzado».

Á causa de estas acepciones peculiares, *confection* se usa en Francia para denotar un traje ó una prenda del traje.

Se advierte desde luego que es defectuoso este sistema de designar un vestido ó una parte del vestido por una palabra que sirve para expresar la preparación ó elaboración, no sólo de la ropa, sino de cualquiera obra material ó intelectual.

Así, en mi concepto, cometen un galicismo impropio é injustificado los que en Chile y en otros pueblos españoles dicen, verbigracia: *tienda de confecciones* por *tienda de modas*; ó *compré una confección* por *compré tal prenda de vestido*.

CONGENERADO

Don Francisco de Paula Canalejas, en el discurso de recepción que leyó ante la Real Academia Española el 28 de noviembre de 1869, empleó varias veces el adjetivo *congenerado*, ó, mejor dicho, *congenerada*, aplicándolo á lengua.

La frase que sigue suministra un ejemplo:

«La teoría comparativa de las letras, de su persistencia, de sus permutaciones en el sanscrito y en las lenguas *congeneradas* era de todo punto indispensable; porque,

antes del cotejo y comparación de unas palabras con otras, era necesario simplificar la diversidad de sus sonidos reduciéndolos á la unidad, y este trabajo no era fácil sino comenzando la comparación por los elementos fonéticos, ó sea por las letras.—(MEMORIAS DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA, tomo II, página 30.)

Don Juan Valera, en su contestación al mencionado discurso de Canalejas, usó igualmente el adjetivo *congenerada* en las dos frases que siguen:

«Sólo quedan hoy en el riñón de Europa los filandeses, los húngaros y los turcos, y en el occidente los euscacos, que no sean pueblos de la raza indo-europea y que no hablen lenguas *congeneradas* del ario primitivo» (página 110).

«Otra causa de la diversidad de las lenguas hermanas y *congeneradas* del mismo tronco, es adoptar una raíz diversa para significar el mismo objeto, lo cual no impide que de cada una de las raíces haya derivados en cada una de las lenguas» (página 117).

El DICCIONARIO de la Real Academia no trae el verbo *congenerar*, ni mucho menos el adjetivo *congenerado*, *congenerada*.

Menciona únicamente el verbo anticuado *generar*, «engendrar».

Sin embargo, creo que los señores Canalejas y Valera han procedido bien al formar el compuesto neológico *congenerado*, *congenerada*, el cual se ajusta perfectamente á las leyes del idioma y cuyo sentido es muy claro.

Excusado es advertir que esta palabra no se usa en Chile.

Á pesar de ello, me ha parecido oportuno dedicarle estas líneas para demostrar, con el ejemplo de dos repu-

tados académicos, que los pueblos y los autores hispano-americanos pueden, sin exponerse á merecida censura, formar una palabra nueva cuando así lo exija la expresión de sus ideas y siempre que se ajusten á las leyes generales del idioma.

CONFORTABLE

Ni el DICCIONARIO de la Real Academia Española, ni ninguno de los que conozco, trae esta palabra.

Don Pablo de Jérica, en la MISCELÁNEA INSTRUCTIVA Y ENTRETENIDA, tomo I, página 10, se expresa como sigue:

«Entonces es cuando el solterón desechado, que ha sacrificado la última mitad de su existencia por la mayor comodidad de la primera, se acoge á su lado y se congratula con sus compañeros, tan arrugados y viejos como él, de haber tenido la buena idea de asegurar un retiro tan *comfortable*, y en cierto modo una casa y familia.»

Con referencia á *comfortable*, Jérica coloca al pie de la página una nota que dice así:

«Esta palabra hermosísima debe naturalizarse en todas partes, y no es necesario traducirla á otros idiomas.»

El severo Baralt cree que *comfortable* debe admitirse en castellano; pero no en el significado de *cómodo* ó *agradable* que Jérica le da.

Comfortable, dice Baralt, es un «vocablo que los franceses han tomado de los ingleses, y que los galiparlistas han traído á España en significación de *cómodo*, *conveniente*, que proporciona deleite ó bienestar material, y así dicen muchos: «El calor de esta chimenea es muy *comfortable*; abrigo *comfortable*; comida *comfortable*.»

«Yo no veo ningún inconveniente en adoptar este adjetivo teniendo, como tenemos, *confortación, confortador, confortadora, confortamiento, confortante, confortar, confortativo, confortativa*; anticuado *conforte y conforto*; y que *confortable* se acomoda á la índole de la lengua, es evidente.

«Esto en cuanto á la forma; pero ¿qué significación le atribuiremos? Á mi juicio, la suya propia y natural de *lo que conforta y da vigor, espíritu y fuerza*, en una acepción; en otra, *lo que anima, alienta y consuela*; y como extensión del primer significado, *lo que proporciona bienestar material*. Por lo cual tendremos por bien dicho *calor confortable, abrigo confortable, comida confortable* (como decimos *calor, abrigo, comida saludable*, en un sentido análogo); porque el calor, el abrigo, la comida, etc., confortan y dan vigor, espíritu y fuerza. Pero no diremos *sillón confortable, zapatos confortables, casa confortable, jardín confortable* (y lo dicen muchos), porque ni el caso es el mismo, ni tenemos por qué poner en desuso los más propios vocablos *cómodo, acomodado, proporcionado, bien dispuesto, bien distribuido*, etc.

«Ingleses y franceses dicen *confort* al *bienestar material, á las comodidades de la vida*. En este sentido (y también en el malamente anticuado de *socorro, asistencia, consuelo, confortación*), podíamos muy bien nosotros emplear nuestros vocablos *conforte y conhorto*. Me gusta más el segundo.

«Y así diríamos, verbigracia: Escogió tres de sus discípulos para su compañía y *conhorto* (consuelo). Fray Luis de León. Y en el sentido moderno: *El conhorto de la vida. El conhorto de todas las clases sociales es la mejor prenda y más segura fianza de la paz general.*»

Creo que Jérica habría podido objetar á Baralt que, si en su concepto, puede decirse por extensión *abrigo comfortable*, por ejemplo, á pesar de poder decirse *abrigo saludable*, no se percibe motivo fundado para que, por un grado algo mayor (es cierto) de extensión, no pueda decirse *asilo comfortable* ó *casa comfortable*, á pesar de poder decirse igualmente *asilo cómodo*, *casa cómoda*.

CONFUSIÓN

El artículo que el DICCIONARIO de la Real Academia Española destina á esta palabra, dice así:

«*Confusión*. (Del latín *confusio*). Femenino. Falto de orden, de concierto y de claridad.—Figurado. Perplejidad, desasosiego, turbación del ánimo.—Figurado. Abatimiento, humillación.—Figurado. Afrenta, ignominia.—*Jermanía*. Venta.—*Echar la confusión* á uno, frase anticuada. Forense. Imprecarle ó maldecirle.»

Se ve que el DICCIONARIO no comprende entre las de *confusión* la acepción forense ó legal que se encuentra definida en el artículo 1,665 del CÓDIGO CIVIL CHILENO, artículo que dice como sigue:

«*Artículo 1,665*. «Cuando concurren en una misma persona las calidades de acreedor y deudor, se verifica de derecho una *confusión* que extingue la deuda, y produce iguales efectos en el pago.»

Los jurisconsultos, desde los romanos, emplean esta palabra en el sentido mencionado.

Confusión, dice Escriche en el DICCIONARIO RAZONADO DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, es «la reunión de las calidades de acreedor y deudor de una misma cosa en una misma persona».

Los artículos 1,156 y siguientes del proyecto de CÓDIGO CIVIL ESPAÑOL, emplean esta palabra en idéntica acepción.

Igual cosa hace don Florencio García Goyena en sus comentarios á esos artículos.

CONGRESO

«El poder legislativo, dice la Constitución vigente en Chile, reside en el *congreso nacional*, compuesto de dos cámaras, una de diputados y otra de senadores.»

Las constituciones de varias de las otras repúblicas hispano-americanas dan esta misma denominación de *congreso* á las dos cámaras, las cuales, sin embargo, salvo en rarísimas ocasiones, funcionan por separado.

El DICCIONARIO de la Real Academia Española no menciona esta acepción de la palabra *congreso* en el artículo que le destina.

Hélo aquí:

«*Congreso*. (Del latín *congressus*, de *congrēdi*, conferenciar, conversar). Masculino. Junta de varias personas para deliberar sobre algún negocio, y más comunmente la que se hace para tratar asuntos de gobierno y ajustar las paces entre naciones.—Con arreglo á la constitución española, el *cuerpo de diputados*, el cual y el senado constituyen las cortes.—Ayuntamiento ó cópula de hombre y mujer.»

Antes de todo, puedo asegurar que en Chile no se usa nunca la palabra *congreso* en la última acepción.

Resulta que en España se llama por la constitución *cortes*, lo mismo que en Chile y en otras de las repúblicas hispano-americanas se denomina por las constitucio-

nes respectivas, *congreso*; y *congreso* lo que entre nosotros se llama *cámara de diputados*.

Es de esperar que, cuando la Real Academia fije la atención en este punto, tenga á bien consignar una nueva acepción en el artículo de la siguiente edición del DICCIONARIO, destinada á *congreso*.

CONGRUO

Como se sabe, se llaman alimentos las asistencias que se dan en dinero á alguna persona á quien se deben por ley ú otro motivo.

El artículo 323 del CÓDIGO CIVIL CHILENO divide los alimentos debidos por precepto legal en *congruos* y *necesarios*.

«*Congruos* son los que habilitan al alimentado para subsistir modestamente de un modo correspondiente á su posición social.

«*Necesarios* son los que le dan lo que basta para sustentar la vida.»

El DICCIONARIO de la Academia no menciona esta acepción del adjetivo *congruo*, el cual, según la docta corporación, significa sólo *congruente*, esto es, *conveniente*, *oportuno*.

CONMUTA

El artículo 3 de una ordenanza municipal de Quillota, aprobada por decreto del presidente de la República, fecha 22 de julio de 1856, dice entre otras cosas lo que sigue:

«El tesorero será nombrado por el gobernador con

acuerdo de la municipalidad á propuesta en terna del procurador de ciudad, y durará en su empleo durante el período de las funciones de la municipalidad que lo nombre, á menos que, por mala versación de los fondos ú otra falta semejante, se hiciere necesario renovarlo. Corresponde al tesorero recaudar y percibir todas aquellas cantidades que procedan de mandas forzosas, intestadas, multa y *conmutas* pecuniarias por infracciones de bandos y otras disposiciones de policía.»

Según el DICCIONARIO de la Real Academia Española, la palabra es, no *conmuta* sino *conmutación*.

Sin embargo, como *permutar*, verbo análogo por la forma y el significado á *conmutar*, tiene los dos sustantivos afines *permuta* y *permutación*, muchos chilenos, ajustándose á esa ley de la analogía tan poderosa é influente en los idiomas, han querido que *conmutar* tenga por sustantivo afín no sólo á *conmutación*, sino también á *conmuta*.

CONSEJO, CONCEJO

Los españoles castellanos y algunos otros peninsulares pronuncian con una diferencia bien marcada estas dos palabras, porque saben y están habituados á distinguir perfectamente la *c* y la *s*.

Los españoles americanos distinguen estas dos palabras en la escritura, pero no en la pronunciación.

Ello tiene muy poca importancia.

Concejo significa lo mismo que *ayuntamiento*, *cabildo*, *municipalidad*.

Las demás corporaciones semejantes que tienen á su cargo el estudio ó la resolución de los negocios públicos

ó privados, se denominan *consejos*: el *consejo de estado*, el *consejo de ministros*, el *consejo de instrucción pública*, el *consejo de guerra*, el *consejo de familia*, etc., etc.

No parece, pues, que habrá mucho inconveniente en aplicar á los cabildos la denominación de *consejos* en vez de *concejos*.

En la América Española, casi no se da á estas corporaciones otra denominación que la de *cabildos*, asignada de preferencia á las de la época colonial, y la de *municipalidades*, que es la más usada.

Son muy pocas las veces que se les llama *ayuntamientos*.

En Chile, por lo que puedo observar, no se les aplica nunca el nombre de *concejos* ó de *consejos*.

CONSTANCIA

El verbo *constar* tiene, entre sus varias acepciones, la de "ser cierta y manifiesta una cosa".

Á causa de esto, muchos dan al sustantivo *constancia* el significado de "testimonio fehaciente de un hecho", como, verbigracia, en la frase: "Hay *constancia* de esta obligación."

En el artículo destinado en estas APUNTACIONES á *barreta*, *barretear*, *barretero*, he empleado en este sentido la palabra *constancia*, ajustándome sin propósito deliberado al uso general de Chile.

Hé aquí la frase á que me refiero:

"Hay *constancia* de que los conquistadores del siglo XVI daban también á la *barreta* el nombre de *barra*."

El DICCIONARIO de la Academia asigna á esta palabra

sólo el de «firmeza y perseverancia del ánimo en las resoluciones y en los propósitos».

CONSTAR

Según lo enseña la Real Academia Española en su GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA, edición de 1881, puede decirse «constar *de* los autos, ó constar *en* los autos».

CONSTATAR

Bretón de los Herreros escribió una graciosísima comedia titulada UN FRANCÉS EN CARTAGENA, en la cual presenta á uno que va á España creyendo ser verdades y muy verdades todas las estupendas patrañas inventadas acerca de este país por algunos de los viajeros compatriotas suyos.

El protagonista aludido penetra, saltando por el balcón, en el aposento de una joven á quien desea tomar por esposa.

El padre le pide explicaciones de su conducta tan extraña é injustificable.

Don Gustavo (que así se llama el francés) empieza á darlas en esta forma:

Mas, présteme usted oreca,
 señor, porque yo le informe...
 Señor, yo tengo leído
 memorias de compatriotes
 que estudian en filosofos
 las costumbres españoles;
 señor, yo tengo aprendido
 que, en vuestras poblaciones,
 y otro tanto en Cartagena

que en Málaga y en la corte,
 es de rigor... ¿cómo dicen?...
 pelar el pavo las cóvenes,
 y haser musica á las damas,
 y... dar asalto en balcones.
 Y esto no lo disen sólo
 los franseses viacadores,
 que de mismo lo *constatan*
 Mojretos y Caldejrones.

No son pocos los chilenos que, á ejemplo del don Gustavo de Bretón de los Herreros, emplean *constatar* en el sentido de *comprobar*, *verificar*, *constar*, *legalizar*.

Excusado es advertir que ningún diccionario autoriza el empleo de semejante galicismo.

Sin embargo, don Pablo de Jérica, en la MISCELÁNEA INSTRUCTIVA Y ENTRETENIDA, tomo I, página 132, empleó este verbo *constatar*; y don Eugenio de Ochoa, en su traducción de la FÍSICA escrita en francés por Privat Deochavel, hizo otro tanto.

CONSULTA

Don José Bernardo Lira, en el PRONTUARIO DE LOS JUICIOS, libro 4, título 2, capítulo 5, número 622, dice lo que va á leerse:

«Hay en materia criminal sentencias que no quedan ejecutoriadas, aun cuando las partes, dejando de apelar, manifiestan conformarse con ellas.

«*Consulta* (en el significado que aquí nos incumbe considerar esta palabra) es la remisión que el juez inferior debe hacer al superior de ciertas sentencias para que las apruebe ó enmiende.

«Para determinar qué sentencias deben *consultarse*,

es preciso distinguir si son condenatorias ó absolutorias.

«En cuanto á las primeras, deben *consultarse*, según los términos de la ley, todas las que impongan las penas de muerte, de expatriación, de perdimiento de miembro, ó de destierro, ó de presidio por más de un año, es decir, en el lenguaje del CÓDIGO PENAL, todas las que impongan las penas de reclusión ó presidio por más de un año, ú otra igual ó mayor.

«En cuanto á las absolutorias, deben *consultarse* todas las definitivas que se pronuncien en los procesos sobre delitos á que está señalada la pena de muerte, de expatriación, de perdimiento de miembro, ó de destierro, ó presidio por más de tres años, esto es, las que recaigan en procesos seguidos sobre delitos que la ley castigue con la pena de presidio ó reclusión menor en su grado máximo, ó con otra igual ó mayor. Con mayor razón deben *consultarse* las sentencias que recaigan en estos procesos cuando condenan al reo, disminuyendo la pena ordinaria del delito por la existencia de circunstancias atenuantes.

«La *consulta* debe hacerse pasado el término de apelación, con citación y emplazamiento de las partes.»

Tratando el mismo señor Lira de los juicios de hacienda, en el libro 6, título 3, capítulo 3, número 745, se expresa así:

«En el caso de la *consulta* de la sentencia, se mandan llevar los autos en relación con citación del fiscal y de la persona ó personas que sean parte en el juicio.

«Viendo la causa remitida en *consulta*, sólo puede el tribunal modificar ó revocar la sentencia en cuanto la considere gravosa al fisco.»

El señor Lira, en el libro 6, título 6, capítulo 1, número 772, dice lo que va á leerse:

«Si la asistencia del comandante general de armas impusiere alguna de las penas de muerte, degradación, destierro, suspensión ó privación de empleo, debe *consultarse* á la corte de apelaciones.»

En la legislación de España se da á la palabra *consulta* el mismo significado legal á que acabo de referirme.

Escriche, en el artículo destinado á *consulta*, dice, entre otras cosas, lo que se copia á continuación:

«Los autos de sobreseimiento que dieren los jueces de primera instancia cuando, terminado el sumario, vieren que no hay mérito para pasar más adelante, ó que el procesado no resulta acreedor sino á alguna pena leve, deben *consultarse* siempre á la audiencia del territorio; y en ella, oyendo al fiscal, cuando corresponda de palabra ó por escrito, y sin más trámites ni necesidad de vista formal se dará desde luego la determinación que sea del caso, de la cual no habrá lugar á súplica.—REGLAMENTO DE 26 DE SEPTIEMBRE DE 1855, artículos 51 y 71.»

Parecería que esta acepción, muy usual, consagrada por el texto de las leyes, debería haber sido consignada en el DICCIONARIO de la Academia; pero no ha sido así.

El artículo destinado á *consulta* contiene únicamente lo que va á leerse:

«*Consulta* (De *consultar*). Femenino. Parecer ó dictamen que, por escrito ó de palabra, se pide ó se da acerca de una cosa.—Conferencia entre abogados, médicos ú otras personas para resolver alguna cosa.—Dictamen que los consejos, tribunales ú otros cuerpos dan por escrito al rey sobre un asunto que requiere su real resolución, ó proponiendo sujetos para un empleo.—*Subir la consulta*. Frase. Llevarla los ministros ó secretarios para el despacho.

CONTRAFIADOR

Hay documentos públicos ó privados en los cuales se emplea esta palabra.

El CÓDIGO CIVIL CHILENO usa la palabra *subfiador* en los artículos 2,366, 2,367 y 2,380, que dicen así:

«*Artículo 2,366.* El *subfiador* goza del beneficio de excusión, tanto respecto del fiador como del deudor principal».

«*Artículo 2,367.* Si hubiere dos ó más fiadores de una misma deuda que no se hayan obligado solidariamente al pago, se entenderá dividida la deuda entre ellos por partes iguales, y no podrá el acreedor exigir á ninguno sino la cuota que le quepa.

«La insolvencia de un fiador gravará á los otros; pero no se mirará como insolvente aquel cuyo *subfiador* no lo está.

«El fiador que inequívocadamente haya limitado su responsabilidad á una suma ó cuota determinada, no será responsable sino hasta concurrencia de dicha suma ó cuota».

«*Artículo 2,380.* El *subfiador*, en caso de insolvencia del fiador por quien se obligó, es responsable de las obligaciones de éste para con los otros fiadores.»

Ni el DICCIONARIO de la Real Academia, ni otro que yo sepa, trae estas palabras.

Contrafiador y *subfiador* ¿significan lo mismo?

Algunos opinan que sí.

Otros, que nó.

Estos dos neologismos tienen garras y colmillos.

Hay quienes piensan que el *contrafiador* se obliga

únicamente respecto del fiador, como que la fianza puede constituirse, según el artículo 2,335, no sólo á favor del deudor principal, sino de otro fiador.

Hay quienes pretenden que el *contrafiador* es sólo un fiador subsidiario.

Conozco dos sentencias por las cuales se resuelve (en una de ellas sólo por mayoría de votos) que el *contrafiador* debe pagar al fiador toda la cantidad que éste hubiere gastado.

Este caso puede suministrar un ejemplo formidable á los que rechazan los neologismos.

CONTRAFIRMA

El artículo 34 del reglamento del cuerpo de bomberos de Taltal, cuerpo que un decreto del presidente de la República declaró persona jurídica con fecha 16 de mayo de 1884, enumera entre los deberes del capitán de la compañía el que se menciona en el siguiente párrafo:

«Proponer al director de su compañía las reparaciones, mejoras y reformas que creyere conveniente se hicieren. Estas proposiciones se harán por escrito con la *contrafirma* del secretario; y si el director las aprueba, las pasará con su vistobueno al directorio.»

Hay en castellano ciertas partículas con las cuales, anteponiéndolas á sustantivos, adjetivos ó verbos, pueden formarse casi á discreción cuantos compuestos nuevos se tengan á bien.

Se encuentran, verbigracia, entre ellas, *anti*, *archi*, *cis*, *con* ó *co*, *semi*, *tras*, *ultra*, *vice*.

Don Marcelino Menéndez Pelayo, en su obra *Histo-*

ria de los heterodoxos españoles, ha empleado los siguientes compuestos de *anti* que no se encuentran en el DICCIONARIO: *Anticamónico* (tomo I, páginas 270 y 480), *antitrinitarismo* (página 314), *antiestético* (página 335), *antiespañol*, *anticristiano* (página 373), *antialbigense* (página 418), *antievangélico* (página 637), *antilatino*, *anticlásico* (tomo II, página 11), *antifrancés* (tomo III, página 20), *anticatólico* (página 34), *antirregalista* (páginas 59 y 171 nota), *antirreligioso* (página 84), *antitempestuoso* (página 97), *antijesúttico* (páginas 128 y 168 nota), *anticlerical* (páginas 224 y 541), *antirracional* (página 244), *antihumano* (página 257), *antiheterodoxo* (página 309), *antienciclopedia* (página 315), *antirrazón* (página 321), *antiescolástico* (página 338), *antirrevolucionario* (páginas 345 y 351), *antieconómico* (página 345), *antisensualista* (página 356), *anticonstitucional* (página 453), *antiespiritualista* (página 532).

El reputado novelista moderno español don José María de Pereda, en *Don Gonzalo González de la Gonzaleza*, capítulo 9, página 164, edición de 1884, usa el adjetivo *antielegante*, que tampoco ha encontrado cabida en el DICCIONARIO.

El muy justamente respetado en esta materia de lenguaje y en otras, don Melchor Gaspar de Jovellanos, en su *Tratado Teórico-Práctico de enseñanza*, párrafo destinado á la *Ética*, tomo III, página 392, edición de 1831, emplea los adjetivos *antisocial* y *antirreligioso*.

El poeta don Juan Bautista Arriaza, el año de 1810, en Londres, publicó un folleto contra don José María Blanco White, titulado *El Antiespañol*.

El conde de Toreno pronunció, á principios de 1813, en las cortes de Cádiz, un elocuente discurso donde se

encuentra esta frase: «Hasta el nombre de inquisición es *anticonstitucional*».

El académico don Pedro Felipe Monlau, tan riguroso en lo que toca á la pureza del lenguaje, empleó dos veces el vocablo *anticontagionista* en la RESEÑA NECROLÓGICA DE DON MATEO SEOANE que leyó ante la Real Academia Española en junta de 27 de abril de 1870, y que se halla inserta en las MEMORIAS de esta corporación, tomo I, páginas 133 y 134.

Excusado es advertir que ninguno de estos compuestos se encuentra en el DICCIONARIO.

En uno de los artículos anteriores, he traído á la memoria ejemplos no oficiales (digamos así) de palabras formadas con *archi*.

El único compuesto en que entra la partícula *cis*, autorizado por el DICCIONARIO de la Academia, es el adjetivo *cisalpino*, *cisalpina* «situado entre los Alpes y Doma».

Sin embargo, creo que no habría fundamento para rechazar los de igual clase *cisandino*, *cisplatino*, y otros análogos.

He citado en varias ocasiones los nuevos compuestos de *con* ó de *co* formados por Bello, tanto en su GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA, como en el CÓDIGO CIVIL CHILENO.

Don Pedro Fermín Cevallos, en su BREVE CATÁLOGO DE ERRORES EN ORDEN Á LA LENGUA Y AL LENGUAJE CASTELLANOS, censura que el CÓDIGO CIVIL del Ecuador haya empleado, en vez de *condómino*, la palabra *condueño*, «voz de las bien formadas entre nuestras provinciales; pero que no debió emplearse por no estar aún auto-

rizada, y porque, en las obras serias, no tienen entrada las de tal género».

El DICCIONARIO de la Academia, en la duodécima edición de 1884, ha declarado legítimo el uso de un vocablo como *condueño* que se halla amoldado á las leyes del idioma.

«Aunque *semi*, dice el docto gramático venezolano don B. Rivodó en el TRATADO DE LOS COMPUESTOS CASTELLANOS, se encuentra en el DICCIONARIO en muy pocas voces, es, no obstante, de aquellas partículas que se usan con frecuencia discrecionalmente anteponiéndola á nombres y á verbos.»

Si el DICCIONARIO de la Academia admite la legitimidad de *trasalpino* ¿por qué no habrá de hacerse igual concesión á *trasandino* y á otros compuestos parecidos?

Ultra es una partícula que se antepone discrecionalmente á los vocablos que denotan partidos, sectas ó parcialidades, para indicar que las personas de que se trata llevan al extremo las ideas ó propósitos que sostienen.

De esta manera se forman compuestos que no tienen cabida en el DICCIONARIO.

Ejemplo: *ultraliberal*, *ultracalvinista*, *ultraromántico*, *ultrarevolucionario*.

En la misma condición se encuentra la partícula *vice*.

Ni *vicepatrono*, ni *vicepárroco*, ni *viceinspector*, ni otros compuestos análogos, se encuentran en el DICCIONARIO; pero, á pesar de esto, se usan y pueden usarse sin inconveniente, ó mejor dicho con ventaja.

La partícula *contra* pertenece á la categoría de aquellas con las cuales pueden formarse fácilmente compuestos nuevos.

La Real Academia Española, en su GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA, edición de 1880, explica los diversos significados que esta partícula *contra* toma en las combinaciones de que forma parte.

«En composición, *contra*, además del sentido natural y recto, unas veces rebaja en un grado lo que sin ella significaría el nombre á que se agrega, como en *contralmirante* y *contramaestre*; otras refuerza y como que presta mayor seguridad á lo que expresa el dicho nombre, como en *contrabarrera*, *contramarca*, *contrapares*, *contraquilla*, *contravidriera*, y otras degenera de su natural significado, como en *contralto*, *contramesana*, *contrapunto*, etc. Variedad que descubre cómo la preposición *contra* muy á menudo pierde su naturaleza convirtiéndose en partícula componente de caprichoso influjo en el significado de la palabra formada con ella.»

Así, agregándose *contra* á sustantivos, adjetivos ó verbos, puede darse origen á compuestos nuevos, los cuales, hablando en general, pueden usarse, aun cuando no se encuentren en el DICCIONARIO.

Contrafirma no se halla en este caso, porque, desde tiempo atrás, tiene un significado especial y técnico, que no es precisamente el que correspondería á la reunión de la partícula *contra* y del sustantivo *firma*.

Sucede igual cosa con el verbo *contrafirmar*.

Léanse las definiciones de estas dos palabras que se consignan en el DICCIONARIO de la Real Academia Española.

Contrafirma, «inhibición contraria á la de la firma».

Contrafirmar, «ganar *contrafirma*».

Escriche, en el DICCIONARIO RAZONADO DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, explica aún más claramente el significado propio de *contrafirma*.

«En Aragón, dice, la inhibición contraria á la de la firma, esto es, el despacho expedido por el tribunal á solicitud de un interesado para que se le mantenga en la posesión de los bienes y derechos que se supone pertenecerle, contra el tenor de otro despacho que ha obtenido anteriormente á su favor la parte contraria, se denomina *contrafirma*. El que logra el despacho de *contrafirma* se llama *contrafirmante*; y *contrafirmar* es ganar inhibición contraria á la inhibición de la firma, ó conseguir un nombramiento de posesión que revoca el que se había dado al adversario.»

Puesto que *contrafirma* y *contrafirmar* tienen la acepción especial que acaba de mencionarse, no conviene darles también la neológica que se les atribuye en el reglamento del cuerpo de bomberos de Taltal, porque esto podría ser motivo de equivocaciones.

El artículo 37 de esa misma pieza dice, entre otras cosas, lo que sigue:

«Son deberes y atribuciones del secretario:

«1.º

«2.º *Contrasignar* la firma del director en toda la correspondencia de la compañía. Lo mismo hará con los presupuestos ó cuentas que hayan de ser presentados al directorio.»

Contrasignar es igualmente un compuesto mal formado, no por lo que toca á *contra*, que, como se ha visto, toma veces el sentido de *refuerzo*, sino por lo que toca á *asignar*, que no significa *firmar*, de lo cual resulta que *contrasignar* no puede emplearse en la acepción de *autorizar*, *testificar* ó *dar otra garantía mayor á una firma*.

CONTRAQUERELLA

Don José Bernardo Lira, en el PRONTUARIO DE LOS JUICIOS, libro 3, título 1, capítulo 2, número 485, nota 1, expone lo que sigue:

«Era también frecuente antes del CÓDIGO, y se observa hasta ahora en toda la República, el admitir al querellado una *contraquerella* en oposición á la reclamación contra él deducida. Por su propia naturaleza, esta segunda demanda es siempre una querella de amparo en virtud de la cual pretende á su vez el reo de la primera ser amparado en la posesión de que otro intenta privarle judicial y sumariamente. Admiten los jueces esta *contraquerella* conformándose con lo dispuesto por la ley 6, título 34, libro 11 de la NOVÍSIMA RECOPIACIÓN, que permite á aquel contra quien se hubiere expedido un acto restitutorio de despojo, oponerse á la ejecución de éste si pudiese probar—clara y abiertamente... por pública ó auténtica escritura, ó por testigos dignos de fe, que, por mandado de juez competente, tomó la posesión de dichos bienes.—Se da lugar á la *contraquerella*, no sólo después de expedido y antes de cumplido el auto restitutorio, sino pendiente el interdicto.»

Esriche autoriza esta palabra.

«*Contraquerella*, dice en el DICCIONARIO RAZONADO DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, es la mutua queja que propone el querellado contra el querellante ante el mismo juez ú otro, quien sólo debe admitirla en los casos y en la forma que el derecho previene.»

Aunque el DICCIONARIO de la Academia no ha dado cabida en sus columnas á este compuesto, parece que debe

aceptarse como otros de su clase, porque haría falta, y está bien formado.

CONTROLAR

Este verbo, en todas sus acepciones, es un galicismo puro.

Sin embargo, son bastantes los que, en Chile, lo emplean en la de *inspeccionar*, *examinar*, *revisar* y también en la de *comprobar cuentas*.

No debe hacerse.

Lo único que en castellano se asemeja al flamante verbo *controlar* es el anticuado *contralorear*, el cual significa "poner el *contralor* su aprobación, ó refrendar los despachos de su oficio".

El DICCIONARIO de la Academia dice que *contralor*, proveniente del francés *contraleur*, significa:

1.º "Oficio honorífico de la casa real, según la etiqueta de Borgoña, equivalente á lo que, según la de Castilla, llamaban veedor. Intervenía en las cuentas, los gastos, las libranzas, los cargos de alhajas y muebles, y ejercía otras funciones importantes."

2.º "En los cuerpos de artillería, y en los hospitales del ejército, el que interviene en la cuenta y razón de los caudales y efectos."

CONVENCIÓN

El DICCIONARIO de la Real Academia Española señala á este vocablo sólo las siguientes acepciones:

1.ª "Ajuste y concierto entre dos ó más personas."

2.ª "Conveniencia, conformidad."

3.^a «Asamblea de los representantes de un país que asume todos los poderes.»

En la América española, se añade por extensión á las tres mencionadas por el DICCIONARIO la de reunión de los representantes de un partido para designar candidatos ó adoptar otras resoluciones.

Creo que esta cuarta acepción, dada frecuentemente á la palabra *convención*, debe aceptarse.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)
